

Alvaro Vieira Pinto

EL PENSAMIENTO CRITICO EN DEMOGRAFIA



CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA
SANTIAGO DE CHILE, 1973

CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFÍA
CELADE

Sede: J. M. Infante 9. Casilla 91. Teléfono 257806
Santiago (Chile)

Subsede: Ciudad Universitaria Rodrigo Facio,
Apartado Postal 5249
San José (Costa Rica)

Este estudio que edita el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), fue escrito, en gran parte, durante el período en que el profesor Alvaro Vieira Pinto colaboró con el cuerpo docente del Centro. Introdujo él en nuestras actividades de enseñanza una dimensión que hasta entonces nos había sido un tanto ajena: la de la relación de la demografía con otras ramas del conocimiento. En esta obra, el profesor Vieira Pinto aporta, desde su particular punto de vista existencial, el examen de esta relación. Ese esfuerzo nos lleva necesariamente a la reflexión y nos plantea la ineludible tarea de autodefinir la razón última de nuestro quehacer científico.

Para el profesor Vieira Pinto la respuesta es clara. Aunque la demografía es una ciencia de la población, la que para algunos puede no pasar de ser una mera abstracción, para él se genera, se modifica y desaparece por la acción del hombre, que se constituye así, en última instancia, en la razón de ser de la demografía como ciencia.

Durante su permanencia en CELADE, llegamos a apreciar el alto valor del profesor Vieira Pinto, como científico y como ser humano, lo que hace fácil nuestra tarea de presentar este libro a los estudiosos de América Latina.

CARMEN A. MIRO

PROLOGO

Hasta el presente la bibliografía demográfica que circula por la mayor parte del mundo, sin importar el idioma en que haya sido escrita, puede dividirse en dos grandes grupos de contribuciones: analítico-descriptivas y metodológicas. Claro está que se le da aquí al término metodológica una acepción tan generosa como para incluir en esa categoría a obras que versan sobre técnicas e instrumentos del análisis demográfico. Un tercer grupo del que otras ciencias sociales muestran un extenso repertorio, en la demografía resulta prácticamente una clase vacía: la de los libros que tratan de su concepto, de su objeto y de su propia naturaleza como cuerpo de conocimiento. Esta carencia de -si se quiere- pensamiento teórico sobre la demografía es lo que explica y hasta justifica, con alguna razón, la reticencia en concederle el carácter de ciencia.

Aquellos que se interesan en traspasar el campo de las técnicas del análisis y de las variables clásicas, tropiezan con dificultades casi insuperables para satisfacer la inquietud en procura de fundamentaciones teóricas y conceptuales.

El libro de Vieira Pinto resulta así una novedad doble. Novedad temática, por un lado; por otro, el hecho de que haya sido escrito por un no demógrafo. El autor, que procede de los campos de la lógica, la filosofía, la biología y las ciencias de la educación, se asoma a la demografía -ciencia en formación, y víctima, por lo tanto, de su mismo desarrollo- con espíritu reflexivo y crítico; con la tranquilidad, además, que da el no estar comprometido con las angustias cotidianas que enfrenta el demógrafo ante su realidad y los datos que de ella dispone.

Seis temas básicos están tratados en igual número de capítulos, vertebrados todos en unas pocas ideas fundamentales que aparecen como constantes a lo largo del desarrollo de la obra. Podría decirse que estas constantes son la contribución de tesis, una de cuyas virtudes es la de poner al demógrafo en una actitud crítica frente a sí mismo y frente al comportamiento seguido, con general aceptación -o resignación-, al levantarse el andamiaje de la demografía contemporánea.

Los conceptos de demografía y población hacen el objeto del primero de los capítulos, y al pasar revista a las definiciones más recibidas queda clara la falta de unidad. Al mismo tiempo, al tratar el concepto población, el acento se ha puesto en dos de sus notas principales: historicidad y dinamismo, con el deliberado propósito de rescatar para ellas la jerarquía que tienen.

El capítulo segundo está dedicado al objeto de la demografía, definiéndolo y enmarcándolo dentro de una perspectiva dialéctica. La mediación entre el individuo y el colectivo al cual pertenece está tratada con cuidado. Ese mismo flujo de acciones recíprocas, con su efecto interpenetrador, sirve luego de apoyo para un segundo enfoque del objeto de la demografía desde ángulos tan variados como el biológico, social, económico, político y filosófico.

Con el título "Los métodos de la demografía", el capítulo tercero resulta para nosotros el punto más alto en el esfuerzo crítico de Vieira Pinto y, también, en su aporte. La cuestión de los métodos de la demografía, soslayada sistemáticamente en la mayoría de los textos, le da oportunidad de tratar un acompañante íntimo del asunto: el de los datos. No es secreto para nadie que el subdesarrollo se manifiesta con vigor en los datos disponibles para áreas que merecen tal apelativo. El demógrafo que trabaja sobre su realidad insume gran parte de los esfuerzos en inferir, desenmarañar e integrar una realidad partiendo de datos cuantitativa y cualitativamente incompletos. Los hechos exigen de él afilado sentido crítico, cautela en la inferencia, pero, al mismo tiempo, agudeza para recuperar el dato sacándole su máximo provecho.

El tema cobra entonces un interés de primer orden en este ámbito más que en otros, donde el problema es de menor cuantía. Sigue luego otro punto igualmente atractivo y que *deberá* ser polémico. Decimos *deberá* porque hasta ahora también se lo había dejado de lado: la ubicación de la demografía dentro de los diversos tipos de ciencia. Se sustenta y fundamenta aquí su lugar entre las ciencias hoy llamadas de información y como el asunto va más allá de un problema de simple clasificación, queda planteado un reto para los investigadores.

La noción de verdad y las etapas de la investigación demográfica también se han tratado en este capítulo y atraerán, sin duda, el interés del estudioso, puesto que hay material abundante como para excitar la reflexión.

Desde un punto de vista filosófico, la demografía ha sido concebida en esta obra como una ciencia antropológico-existencial, y todo el capítulo cuarto está destinado a ahondar en el asunto partiendo desde el fenómeno biológico a nivel de individuo para llegar al todo. Pero al mismo tiempo, y desde otro enfoque, lo importante ahora es pasar del plano social y económico, en que hoy se colocan los fenómenos demográficos, a uno más profundo, existencial nos dice Vieira Pinto, donde individuo y población estén en relación dialéctica.

Y, como podía anticiparse, una vez conocida la concepción del libro, éste concluye con dos capítulos destinados, respectivamente, al espacio y al tiempo en demografía; dos coordenadas fundamentales que dan la oportunidad para agregar a las acepciones corrientes otras nuevas que proceden del plano existencial.

Por último, nos parece que se justifica advertir al lector, y particularmente al demógrafo, sobre unos pocos puntos generales. Encontrará que problemas de dimensión dispar, conceptos y herramientas de uso corriente, pero de distinto rango, han sido colocados a veces en un mismo pie de igualdad y podría pensarse que se les ha dedicado un tratamiento inmerecido, en algunos casos por exceso y, en otros, por

defecto. Lo importante es, sin embargo, tener presente el esfuerzo por enmarcar un cuerpo de conocimientos, la demografía, dentro de una concepción lógica y filosófica coherente. Y no es tarea de poca monta. Quien lea lo que sigue se verá forzado a la introspección crítica; se encontrará de seguro con que muchos de sus problemas científicos tienen una dimensión más amplia que la que su horizonte le ofrece. Sentirá, por fin, la necesidad de recurrir al apoyo de categorías más generales del saber.

GUILLERMO A. MACCIO

Esta obra ha sido escrita por un ex Catedrático de Historia de la Filosofía, de la Facultad Nacional de Filosofía, de la Universidad del Brasil; no por un demógrafo.

El autor se la dedica a la Profesora Carmen A. Miró, Directora del Centro Latinoamericano de Demografía.

Santiago, 1966.

I. CONCEPTO DE DEMOGRAFIA

LA DEMOGRAFÍA COMO CIENCIA.

El conjunto de conocimientos relativos a la población humana se vino constituyendo en ciencia desde 1855, cuando Achille Guillard, la denominó *demografía*. A la inmensa mayoría de quienes la estudian les parece que se trata de una ciencia, aunque no a todos les corresponda el calificativo de científico ni todos lo acepten. Por ejemplo, Frank Lorimer declara que prefiere usar la expresión *disciplina*, en lugar de *ciencia*, para designar su propio campo de investigaciones, ya que no desea discutir hasta qué grado la demografía es científica. Por lo demás, utiliza el nombre de "estudios de población" para tratar de los problemas demográficos.¹ Si exceptuamos estas reducidas voces discordantes, se reconoce a la demografía la dignidad de ciencia, con el consenso prácticamente universal. Así lo atestigua la definición dada por el Diccionario Demográfico Plurilingüe, editado por las Naciones Unidas.²

Mas el simple reconocimiento de la naturaleza científica de la demografía nos sirve poco para captar su esencia distintiva, ya que lo que necesitamos es saber a qué tipo de ciencia es afín. Si estudiamos este problema, comprobaremos desde el primer momento sus numerosas dificultades, que nos exigen un enfoque consciente y metódico para discutirlo y resolverlo. No basta poseer un determinado concepto propiciado por la lógica y la epistemología de lo que sea la *ciencia* en sí misma; es necesario verificar hasta qué punto las determinaciones de este concepto se cumplen en las diversas realizaciones intelectuales que se presentan bajo el nombre de *demografía*; y, además, cómo conciben su ciencia los numerosos autores e investigadores que a ella se dedican. El análisis de estas cuestiones sirve para penetrar en el tema de la

¹ Philip M. Hauser y Otis Dudley Duncan, en *The Study of Population*, The University of Chicago Press, pág. 80.

² Naciones Unidas, *Diccionario demográfico plurilingüe*, ST/SOA/Ser. A/29.

12 demografía, intentando deslindar y debatir los múltiples aspectos generales que ofrece. En nuestra exposición procuraremos descubrir en la obra de renombrados demógrafos y en otras fuentes fidedignas, cuáles han sido hasta ahora los distintos conceptos de la ciencia que estudia los fenómenos más significativos de la realidad del ente colectivo que es la población humana. Solamente después de haber procedido a una exposición y crítica de las calificadas opiniones que hemos podido reunir a este respecto, presentaremos nuestro particular punto de vista. En verdad, lo que se va a notar, es la gran variedad de conceptos observados entre los autores y su divergencia en cuanto a la esencia epistemológica del estudio a que se dedican.

Pero no basta con enumerar opiniones variadas, confrontarlas y especular sobre su desacuerdo, si no se poseen los medios para proceder a un examen crítico y llegar a una presentación coherente de los aspectos y problemas más importantes de la demografía. Para no incidir en el error de una formulación abstracta, creemos que el modo crítico será aquel que parta del examen del significado y de la función de la teoría como hilo orientador para conducir a la correcta definición particular de un área de conocimientos. En este sentido, el carácter científico de la demografía no es el tema que haya de debatirse en primer lugar, pues está supeditado a otra investigación, más general: la del papel de la teoría en el proceso lógico de descubrir, ordenar e interpretar los hechos referentes a la población; proceso que, en su esencia, se confunde con lo que se considerará como la *ciencia* demográfica.

EL PAPEL DE LA TEORÍA.

La actitud teórica se manifiesta en dos sentidos en el ámbito de la demografía. Por un lado, puede tratarse del juicio teórico proferido sobre la totalidad de tal conocimiento, sin tomar en consideración, por el momento, sus diferencias internas; de otro, referirse a las síntesis explicativas de aspectos particulares de este campo del saber, comprendidas en las formulaciones que, desde el siglo pasado, se vienen llamando *teorías demográficas*. Esta distinción tiene decisiva importancia, pues permitirá superar la frecuente situación en que, por escepticismo hacia la actitud teórica en general, o por desconfianza en las diversas doctrinas de población propuestas desde los orígenes, gran número de demógrafos se declaran desinteresados de tales especulaciones, o incluso hostiles a su cultivo. Son injustificables tales posiciones, pues, en primer lugar, incurren en el error de confundir los dos sentidos de la noción de teoría que acabamos de indicar, toda vez que toman las teorías de la demografía por teorías *sobre* la demografía, con el resultado de que la desconfianza que muchas veces acompaña a las primeras contamina los esfuerzos racionales destinados a construir las segundas. Además, dejan

de comprender que es imposible la investigación organizada de los datos demográficos si falta la concepción general que debe proveer los principios, ideas, categorías, el cuadro de referencias, las líneas de estudio práctico, sin los cuales no se estructura ningún conocimiento que pretenda la dignidad epistemológica de ciencia. Por eso, la demografía, como cualquier otro cuerpo de nociones relativas a un objeto real que aspire a la condición de saber científico, necesita de la teoría, en la doble acepción de la palabra antes indicada, para juzgarse a sí misma, y comprender qué especie de saber, qué tipo de ciencia es el suyo; e igualmente, para evaluar la naturaleza de las explicaciones acerca de los fenómenos que son su objeto propio; el significado, alcance y veracidad de las leyes que intenta formular, sin las cuales sus generalizaciones no pasarían de enunciados retrospectivos, sin valor interpretativo del conjunto de datos recogidos en lo presente y los que desde ahora proyecta para lo futuro. Para el estudio de un objeto en permanente transformación —las poblaciones humanas—, no basta recoger el estado cuantitativo y cualitativo vivido en un tiempo anterior por las masas humanas, ni tampoco los sondeos y verificaciones de la situación presente, sino que se necesita prever, con el máximo de exactitud, las variaciones futuras; de lo contrario, su objetivo y utilidad serían grandemente reducidas.

Es obvio que el punto de vista teórico no falta nunca. Lo que falta, en ocasiones, es su conciencia o reconocimiento. A este respecto, los demógrafos se dividen en dos grupos: los que comprenden y valoran la teoría, se detienen en discutir y aclarar este aspecto fundamental y, por tanto, están plenamente conscientes de la significación de los enunciados y proposiciones teóricas sobre la demografía; y los que, callada o abiertamente, se niegan a aceptarlo; mas hacen teoría sin saberlo, inconscientemente adoptan puntos de vista teóricos, lo que ocurre en las mismas declaraciones con que las rechazan. El motivo de esa oculta o involuntaria teorización, está dado por la naturaleza del trabajo que emprenden. Como no es posible constituir un cuerpo coherente de conocimientos sobre un objeto real sin la correspondiente actitud teórica, y como no se llega a conclusiones generales sin fundamentos metódicos e ideas directivas que permitan aclarar su sentido, alcance y validez, la teoría ha de estar presente, patente α imperceptiblemente, a lo largo de todo el trabajo, aún en el del más empírico de los especialistas. Si tuviera que explicar su justificación y la satisfacción que encuentra en hacerlo, este esclarecimiento asumiría inevitablemente la forma de un pensar teórico.

Caeríamos, sin embargo, en el equívoco por nosotros mismos señalado, si dejáramos de distinguir los dos sentidos en que la actividad teórica participa en la construcción de la demografía: uno, su definición, fundamentación y clasificación epistemológica; otro, su capacidad de for-

14 mular juicios generales con el valor de explicaciones causales, acerca de principios o de leyes referentes al comportamiento de los fenómenos que investiga. La primera actitud es la que se desarrollará más extensamente, en este ensayo. A ella pertenecen cuestiones como las siguientes: ¿Qué concepto debemos tener de la demografía como tal? ¿Cuál es su definición lógica? ¿Qué se entiende por población? ¿Cómo interpretar las nociones de cantidad y cualidad aplicadas a masas humanas? ¿Qué quiere decir *estado* y *movimiento* de una población? ¿Cómo se justifican los métodos de que se vale la demografía, las pretensiones que ostenta, sus relaciones con las demás ciencias? Y, tal vez, la cuestión más importante de todas, ¿cómo debe interpretarse el objeto propio de sus estudios: el hombre en colectividad? De las respuestas y de la posición teórica, consciente o no, asumida, derivará el concepto general de demografía. Este concepto podrá coincidir o no con el emitido en un comienzo. Sin duda, hay que partir de una noción inicial; pero el desarrollo de los análisis y de la investigación, la lectura y la reflexión crítica, nos llevarán por fin a una concepción teórica que, esperamos, contribuya a esclarecer estos temas. Lo importante sería que tal esfuerzo, emprendido por un simple estudioso y no por un profesional, sirviera para llamar la atención de los especialistas sobre algunos aspectos lógicos y puntos de doctrina, desafortunadamente con frecuencia descuidados o aun omitidos, los cuales, con todo, nos parecen tener vital significación para el científico que no se contente con la rutina, con el procedimiento ingenuo o acrítico de sus trabajos, sino que se preocupe por averiguar lo que realmente representan y qué valor tienen para la sociedad que le mantiene como trabajador.

Varios autores se han referido a la peculiar situación reinante en el desarrollo de la demografía, en el cual se alternan períodos en donde abundan las teorías explicativas y los puntos de vista generales con otros en los que se observa una marcada retracción en las especulaciones y en el interés por ellas. Hauser y Duncan¹ expresan esta situación al decir: "Hay una alternancia cíclica en la popularidad relativa de los dos modos de ver". Los citados autores creen que los estudiosos de los asuntos de población están ahora más conscientes de sus deficiencias teóricas de lo que estaban años atrás. Otro autor, Wilbert E. Moore, se pronuncia en el mismo sentido, mostrando, en una concisa frase, la creciente conciencia de la necesidad de la teoría en la demografía: "Si una queja frecuente respecto de la sociología es la de que tiene teoría de más, una queja frecuente respecto de la demografía es la de que tiene teoría de menos".² El reconocimiento de la necesidad de los debates teóricos se abre paso cada vez con mayor vigor. Sin embargo, co-

¹ Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 80.

² Wilbert E. Moore, en *The Study of Population*, pág. 845.

múnmente falta a los demógrafos, aun a los mejor dispuestos en este sentido, la noción correcta del significado de la teoría en sí, de su papel en la sistematización de los conocimientos y en la formulación de los proyectos de investigación práctica, tanto en la ciencia en general como en la demografía en particular. El más corriente de los equívocos es la confusión entre el significado de la *teoría*, como producto interno de la demografía para explicar los hechos de su dominio —las llamadas *teorías de la población*—, y la *teoría* como concepción epistemológica general, fundadora y explicativa de la propia demografía en cuanto ciencia. Habitualmente, los autores que debaten el tema sólo se refieren al primer aspecto; en su torno traban las discusiones sobre la necesidad, el valor y la eficacia de las generalizaciones interpretativas. Según ya hemos señalado, nuestro interés se dirige de preferencia en el segundo sentido, y observemos que éste envuelve e incorpora al primero y le da su fundamento. En efecto, según sea el concepto del científico acerca de la naturaleza específica de la demografía, tendrá una correspondiente noción de la esencia, calidad y valor de las teorías que en su área interna elabora y propone.

La desconfianza, o aun el menosprecio, de algunos demógrafos por las teorías, se explica, a nuestro juicio, posiblemente por dos causas: primera, la ausencia de reflexión metódica sobre los supuestos de su ciencia, la falta de una introducción epistemológica al estudio de los problemas de población con el objetivo de debatir la verdadera naturaleza de ellos, su esencia, su constitución en un cuerpo lógico ligado por principios e ideas generales, sus relaciones con otros órdenes de conocimientos, todo lo cual conduce al especialista a enclaustrarse en los análisis de datos estadísticos inmediatos, sin llegar jamás a recapacitar sobre el significado de su trabajo, el valor de las cifras que manipula y de las conclusiones que saca de las investigaciones; y en segundo lugar, el que la demografía se haya constituido en sus inicios como un conjunto de proposiciones doctrinales sin suficiente apoyo en datos objetivos explícitos, provenientes de indagaciones o encuestas regulares, lo que hizo que, por varios siglos, la clase de preocupaciones que devendría en ciencia demográfica, se limitase a especulaciones genéricas fuertemente influidas además, aunque raramente admitidos, por intereses ideológicos. Louis Chevalier, escribe sobre ello: "En buena lógica, la observación debería preceder a las conclusiones y las doctrinas. Las doctrinas de población no harían sino traducir los resultados de observaciones previamente reunidas... De hecho, jamás ha sido así... Las doctrinas de población han precedido a la observación de los fenómenos demográficos, y el surgimiento del propio conocimiento demográfico no ha disipado enteramente el atractivo más o menos irreal de las doctrinas".¹

¹ Louis Chevalier, *Demographie Générale, Etudes politiques, économiques et social*, Dalloz, París, 1951, pág. 15.

- 16 De este modo se explicaría el temor o la sospecha con que muchos especialistas mal preparados consideran el enfoque teórico. Esta insuficiente preparación teórica por parte de trabajadores solamente preocupados de datos concretos y de los aspectos técnicos de los problemas que investigan, ha sido puesta de relieve por autores como Hauser y Duncan, quienes declaran: "Los estudiosos de la población dedican relativamente poco tiempo al debate de puntos sutiles de filosofía de la ciencia o a la auto-crítica a un nivel metodológico verdaderamente general. En consecuencia, en la literatura se encuentran comparativamente pocas discusiones entre demógrafos sobre la naturaleza de la teoría científica y tópicos afines".¹

Las citas anteriores parecen suficientes para comprobar el estado de desorientación reinante en la conciencia demográfica actual respecto al valor y naturaleza de la teoría en el ámbito de las preocupaciones de los científicos. Mientras algunos consideran que actualmente faltan especulaciones doctrinarias, otros creen que éstas sólo poseen un "atractivo irreal". Una consecuencia de la desorientación existente es que los tratadistas adoptan con frecuencia una actitud dogmática, sentenciando de manera completamente acrítica, acerca de lo que debe ser la naturaleza de la ciencia demográfica. Sin ninguna mención de las razones que los inducen a proferir juicios sobre la esencia de la demografía como ciencia, declaran lo que comprenden que ella es; pero no fundamentan su posición ni debaten otras posibles explicaciones. Así, unos declaran que la demografía es una ciencia matemática, otros, que es un conocimiento de orden sociológico; pero, como prescinden del indispensable análisis teórico, tales proposiciones no pasan de juicios magistrales. Las limitaciones intelectuales, los desvíos prácticos y la pérdida de fecundidad acarreadas por semejante actitud son graves, y por eso nos cumple advertir sobre la necesidad, para quienes se inician en esta profesión y en tales investigaciones, de debatir el problema del significado y valor de la teoría en demografía.

También concurre a exigir el examen propedéutico de la demografía, partiendo de la crítica teórica al conjunto de sus conocimientos actuales, para en seguida establecer por vía del análisis conceptual la especie de ciencia de que se trata, la necesidad de referir tales conocimientos a su objeto propio, la población humana. No hemos encontrado en ninguno de los autores consultados mención alguna del hecho evidente de que el objeto de una ciencia determina en última instancia su naturaleza específica. Claramente, el objeto de la demografía es la población humana, su estado y su dinámica; pero a fuerza de repetir la palabra *población*, el demógrafo insensiblemente olvida que el elemento constitutivo de las poblaciones humanas es el hombre, y por lo tanto,

¹ Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 81.

él debe ser el objeto real y último de la demografía. La aglomeración impide ver al individuo y hace que el estudioso ignore el condicionamiento recíproco entre el ser particular y el colectivo. Es cierto que el hombre es el objeto de varias clases de conocimiento, y por consecuencia de diversas ciencias. Si así es, lo que hay que decidir es el sentido en que la demografía considera al hombre, que es su objeto, o, en otra perspectiva, en qué medida el hombre, como ser existente en grupos sociales, determina la particular clase de nociones que se constituirá en ciencia con el nombre de demografía.

EL CONCEPTO DE DEMOGRAFÍA.

Si pasamos revista a las múltiples definiciones con que los autores han procurado expresar el concepto de demografía, nos llama la atención la ausencia de unidad de pensamiento a este respecto. Y no se dirá que son variaciones referentes a aspectos secundarios del concepto, pues se percibe que no existe uniformidad de comprensión, ni aun en lo esencial. Esta multiplicidad de definiciones refleja la diversidad de interpretaciones sobre el contenido de la ciencia demográfica por parte de sus más calificados exponentes. Otra causa que conduce a la disparidad de definiciones es la inclusión, en los varios enunciados, de nociones no directamente relacionadas con la esencia de la idea, sino con consideraciones de carácter metodológico, y la referencia a las finalidades y la aplicabilidad de la demografía.

Igualmente, es preciso considerar las diferentes épocas y los distintos medios geográficos y nacionales en que fueron emitidas las definiciones que ahora revisamos. Más tarde, mostraremos que tal hecho es inevitable a consecuencia del carácter cultural de todo concepto científico, y que la multiplicidad de conceptos de la demografía, desarrolla el proceso de formación de su idea, de conceptuación de su contenido, a lo largo de la evolución histórica. La demografía ha recorrido en su desarrollo etapas diferentes, en cada una de las cuales se presentan a los estudiosos y a los que emprenden investigaciones prácticas, tareas vinculadas a las condiciones locales y de momento que van a servir, por los resultados que propicia, para agregar nuevos aspectos al concepto fundamental de esta ciencia. Así es que en ciertas ocasiones se destacan con preferencia los aspectos estáticos de la indagación demográfica; era lo que acontecía muchas veces en lo pasado en las épocas de preparación de los censos nacionales, cuando el objetivo de mayor interés era el sencillo cómputo. El concepto de demografía depende también de la formación cultural del demógrafo, la cual o hace necesario incluir en la noción las evidentes correlaciones entre este y otros departamentos del saber, o bien, en aquellos especialistas de menor visión general, los lleva a estrechar en demasía el campo de su acti-

- 18 vidad científica, de lo que resultará una definición más reducida del contenido de la ciencia. Siendo su fin el estudio de la población humana, el concepto de demografía va a reflejar, en último análisis, la noción que el autor tenga de la realidad de la población, de lo que constituye su esencia, o sea, indicará qué características del ser humano le parecen más distintivas, más merecedoras de estudio cuando considera los individuos en comunidad, sometidos a los procesos biológicos de su naturaleza y a las relaciones sociales.

Señalaremos algunas de las más sensibles diferencias al enunciar este concepto, indicadas por competentes autoridades. Hauser y Duncan declaran: "No existe una concepción uniforme del objetivo o del marco de la demografía. Las nociones respecto de lo que la demografía es, varían de lugar a lugar y de tiempo en tiempo, de acuerdo con perspectivas y predilecciones variables".¹ Parécenos que los desacuerdos en la concepción de la demografía se refieren a tres aspectos principales:

- a) a la inclusión de datos cualitativos en el ámbito de las investigaciones de tal ciencia;
- b) a la mención del método preconizado, y
- c) al valor concedido a la teoría en el cuadro constitutivo de la demografía.

La aceptación del análisis cualitativo de un conjunto humano no es punto unánimemente aceptado. Muchos autores lo rechazan, considerando como única materia específica de esta ciencia el estudio de las cantidades de los grupos de población y de las relaciones numéricas entre ellos. Aun entre quienes admiten el estudio cualitativo de la población, reina completo desacuerdo acerca de lo que se debe entender por *calidad*, según veremos más adelante. Para ejemplificar la divergencia en lo que concierne a este primer punto, bástenos reproducir las definiciones conceptuales de la demografía, que encontramos en el Diccionario Demográfico Plurilingüe.² Tendríamos derecho a esperar que, por tratarse de una misma obra, editada con el fin de establecer la unidad de criterio en la nomenclatura y en la concepción de los términos de la ciencia demográfica, hubiese identidad de puntos de vista en sus varias ediciones nacionales. Con sorpresa, verificamos lo opuesto. Confrontemos la definición dada por las ediciones inglesas (USA), francesa, italiana, española, alemana, rusa y checa. Dice la primera: "La demografía es el estudio científico de las poblaciones humanas primordialmente con respecto a su tamaño, su estructura y su desarrollo". La edición francesa se expresa de la siguiente manera: "La demografía es una ciencia que tiene por objeto el estudio de las po-

¹ Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 1.

² Naciones Unidas, *op. cit.*

blaciones humanas y que trata de su dimensión, de su estructura, de su evolución y de sus caracteres generales, considerados principalmente desde un punto de vista cuantitativo". Para la edición alemana la demografía es: "la ciencia que se ocupa principalmente del estudio de las poblaciones humanas en consideración cuantitativa: número (amplitud), articulación según características generales (estructura) y desarrollo". La edición rusa se expresa así: "La demografía, o la ciencia de la población, estudia la cantidad, composición, distribución y movimiento de la población". La misma declaración de la naturaleza cuantitativa de la ciencia demográfica se encuentra en las ediciones española e italiana, con pequeñas variantes de expresión. La edición checa, empero, refleja un modo de pensar distinto: "La demografía es la ciencia que estudia la población humana, ocupándose de su tamaño, estructura y desarrollo, principalmente desde un punto de vista cuantitativo, pero también desde un punto de vista cualitativo".

Entre los autores, se verifica la misma división de pensamiento. Unos consideran la demografía como ciencia exclusivamente cuantitativa, mientras otros incluyen en su ámbito el estudio de los aspectos cualitativos de los fenómenos de población. Representan el primer modo de pensar Hauser y Duncan: "La demografía es el estudio del tamaño, distribución territorial y composición de la población, sus cambios, que pueden ser identificados como natalidad, mortalidad, movimiento territorial (migración) y movilidad social (cambio de *status*)... La omisión de la referencia a la cualidad de la población es deliberada, para evitar introducir consideraciones normativas".¹ De idéntico modo de ver es Dennis H. Wrong, quien escribe: "Diferentemente de lo que pasa en algunos otros campos de las ciencias sociales, la demografía opera obligatoriamente con datos expresados en forma cuantitativa. Aún más, dichos datos son cantidades, puesto que justamente los objetos de su investigación son cifras. En su sentido más amplio, cabe definir la demografía como el análisis estadístico de las poblaciones humanas".² Agreguemos todavía dos opiniones más en el mismo sentido. La de Marcello Boldrini: "La demografía es un sistema de encuestas estadísticas sobre poblaciones humanas..."³ Y la de Giovanni Lasorsa: "Demografía, en sentido lato, es la aplicación de los métodos estadísticos, es decir, cuantitativos, a los fenómenos de la población".⁴

¹ Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 2.

² Dennis H. Wrong, *La Población*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1961, pág. 9.

³ Marcello Boldrini, *Demografía*, Milán, Dott. A. Giuffrè Editore, 1956, pág. 3.

⁴ Giovanni Lasorsa, *Demografía*, Bari, Francesco Cacucci Editore, 1948. pref.

20 No debemos ignorar que uno de los primeros demógrafos de la época moderna, y, además, creador del nombre de esta ciencia, Achille Guillard, no la concebía sino como indagación cuantitativa: "La demografía, es, en su sentido más amplio, la historia natural y social de la especie humana. En el sentido restringido en que debemos tomarla aquí, es el conocimiento matemático de las poblaciones, de sus movimientos generales, de su estado físico, intelectual y moral... La demografía describe las masas por medio de números y según los lugares que cubren".¹ Otro demógrafo, Michel Huber, escribe: "La demografía es la aplicación de los métodos estadísticos al estudio de las poblaciones, o, más generalmente, de las colectividades humanas".²

No parece necesario aumentar la lista de los representantes de este unilateral modo de concebir la esencia de la demografía. Ya queda documentado, que para conspícuos demógrafos la ciencia que ejercen debe estudiar las poblaciones humanas, tomando en cuenta solamente sus aspectos cuantitativos, los que pueden ser expresados en números y relaciones matemáticas, y sometidos a las técnicas y previsiones estadísticas. En cambio, oponiéndose a estos autores, otros consideran indispensable que los datos cualitativos sean objeto de consideración y de teorización por parte del demógrafo. Giorgio Mortara nos ofrece la siguiente definición: "Puede definirse la demografía, con criterio amplio, como la ciencia de observación que estudia la constitución cuantitativa y cualitativa de las colectividades humanas —poblaciones en la terminología demográfica— y sus variaciones —movimientos, en dicha terminología".³ En el mismo sentido se manifiesta Adolphe Landry: "Existe acuerdo en pedir a la demografía que considere primeramente las poblaciones bajo el aspecto cuantitativo: habrá, pues, una demografía cuantitativa, cuyo objeto esencial será el estudio de los movimientos que se producen en las poblaciones... La demografía cualitativa no debe establecerse fuera del dominio de la objetividad. El que las calidades provoquen juicios de valor subjetivos, no debe constituir obstáculo a un estudio objetivo".⁴ La definición presentada por Livio Livi muestra que los dos aspectos aquí discutidos son parte normal de la ciencia demográfica: "La demografía, valiéndose de todos los medios de observación y de todos los métodos de investigación,

¹ Achille Guillard, *Eléments de Statistique Humaine ou Démographie Comparée*, París, 1955, Prefacio. (Cit. por Louis Chevalier, *Demographie Générale*, pág. 7, 68).

² Michel Hubert, *Cours de Démographie et de Statistique Sanitaire*, París, Herman, 1938, tomo I, pág. 5. (Cit. por Louis Chevalier, *op. cit.*, pág. 8).

³ Giorgio Mortara, *Objetivos e métodos da Demografia*, en *Rev. Bras. de Estatística*, año XII, Nº 46, pág. 128.

⁴ Adolphe Landry, *Traité de Démographie*. París, Payot, 1949, págs. 8, 9.

determina las leyes que gobiernan el desarrollo y la estructura de las poblaciones, con el fin último de establecer aquellas condiciones cuantitativas y cualitativas que son un presupuesto fundamental para el mejor ordenamiento y para el progreso de la sociedad humana".¹

Los autores que reconocen la existencia del aspecto cualitativo en el análisis demográfico no siempre conciben claramente cómo se asocia el cuantitativo. Con frecuencia, tratan ambos como si fueran lados opuestos, formalmente antagónicos y mutuamente exclusivos, de una misma actividad, o como si fueran métodos distintos de una misma ciencia, sin penetrar íntimamente en la naturaleza de la relación que une estas dos facetas de la realidad demográfica. En un capítulo ulterior, dedicado a un examen más minucioso de la esencia de la demografía, discutiremos el problema lógico envuelto en esta cuestión. Pero ahora, que procuramos exponer la diversidad observada en la concepción de la demografía, desearíamos citar la opinión de Louis Chevalier, quien, al menos verbalmente, se acerca a nuestra posición, aunque no parezca poseer, o no la declara, una teoría lógica que fundamente su aserción. Chevalier vio con exactitud la unidad existente entre los aspectos cuantitativos y cualitativos de la demografía, y comprendió que es imposible separarlos considerándolos unilateralmente o favoreciendo cualquiera de ellos; igualmente percibió que ninguno representa aspectos absolutos de la realidad, sino más bien aspectos mutuamente correlativos, pues no hay cantidad sin calidad, como no se puede pensar en calidad sin un valor cuantitativo correspondiente. Dice Chevalier: "La distinción entre un estudio cuantitativo y un estudio cualitativo de la población no es cosa que se haga sin algún artificio; no se justifica desde un punto de vista de fondo ni de forma ni de los métodos de investigación adoptados. Es esta unidad de la demografía, indistintamente cuantitativa y cualitativa, pero también su diversidad, sucesivamente cuantitativa y cualitativa, la que es preciso subrayar como introducción".²

Se observa que la falta de una teoría interpretativa de carácter epistemológico y filosófico resalta en las líneas citadas, donde el autor declara que la distinción entre el aspecto cuantitativo y el cualitativo es un tanto artificial, sin relación con la realidad fundamental del ser de la población. Aunque, en la página siguiente reconozca que no hay cantidad sin calidad, como no hay calidad sin cantidad, no enuncia ninguna idea general sobre las relaciones entre estas dos determinaciones del ser objetivo. La falta de una verdadera fundamentación filosófica y lógica que permita entender la validez simultánea de la unidad y de la diferenciación entre cantidad y calidad, en general y en

¹ Livio Livi, *Trattato di Demografia*, Cedam, Pavía, 1941. vol. I, pág. 1.

² Louis Chevalier, *op. cit.*, pág. 68.

22 particular, en el contexto demográfico, es patente en dicho autor. Por el momento no es ésta la cuestión que nos interesa directamente, sino tan sólo el reconocimiento de que la demografía no puede desentenderse, al contrario de lo que piensan los autores del primer grupo antes referido, de investigar las cualidades de su objeto: las poblaciones humanas. Hasta aquí hemos reunido en un sólo grupo a los demógrafos que aceptan la necesidad de estudiar el lado cualitativo de las masas poblacionales, sin indagar cómo conciben lo que sea *cualidad* de una población. Más tarde, cuando examinemos con mayor minuciosidad este asunto, verificaremos que entre los autores de este segundo grupo tampoco hay unidad de criterio, y que bajo el nombre de *cualidad* figuran aspectos o características de la realidad humana que difícilmente admiten ser concebidas de tal forma. En dicha oportunidad procuraremos mostrar, basados en una concepción general de la realidad, lo que nos parece debe entenderse por *cualidad* de una colectividad y de qué modo y en qué sentido esta noción ingresa en el campo del análisis demográfico científico.

Otro punto que suscita divergencias al formular una definición de la demografía es la inclusión, que varios autores consideran necesaria, de la referencia a los métodos peculiares a esta ciencia en el enunciado de su concepto. No vamos a repetir, a este propósito, una serie de citas, sino tan sólo indicaremos cómo difieren las definiciones por el hecho de incluir la mención de los métodos que la ciencia utiliza. Antes, empero, séanos lícito observar que considerar cuestiones de método en el enunciado definidor de una ciencia, constituye, si no propiamente una infracción lógica, al menos un acto innecesario. Además, tal inclusión puede conllevar un juicio previo de los resultados del trabajo científico. En la definición deben constar sólo las notas esenciales de la cosa, del objeto, real o abstracto. Ahora bien, los métodos de una ciencia son un factor histórico de su constitución, evolucionan en el tiempo, y algunos que durante cierto período fueron admitidos como válidos, pueden llegar a ser posteriormente abandonados; otros, descubiertos y engendrar fecundas adquisiciones, de las cuales no se sospechaba; de modo que contar el método entre los rasgos definidores de un orden de conocimientos es incorporar un elemento variable, histórico, relativo a un momento dado del desarrollo del concepto de una ciencia, la cual, si bien es igualmente histórica y varía en el tiempo, no lo es en virtud de la mera variabilidad de sus métodos, sino de la variabilidad real, concreta, de su objeto. De modo que nos encontramos frente a este dilema: o considerar el concepto de una ciencia como inmutable —y entonces la mención del método es inconveniente, porque lleva a suponer que este método esté fijado de una vez para siempre—; o considerar aquel concepto de la ciencia como histórico y variable, y en este caso tampoco es adecuado referirse a los mé-

todos utilizados, ya que lo que modifica una ciencia no es la variación eventual de sus procedimientos, sino la historicidad intrínseca de cualquier objeto de conocimiento, reflejada subjetivamente en la constitución de todo saber, y todavía más acentuada en el caso de la demografía, por cuanto el objeto de su estudio —el hombre en colectividad—, es el propio sujeto de todo el curso de la historia.

Como ejemplo de definición de la demografía por sus métodos, citaremos la de Hauser y Duncan en su conocida enciclopedia: "Así, la demografía puede ser concebida en un sentido estricto como sinónimo de *análisis demográfico*, o en sentido lato como abarcando tanto el *análisis demográfico*, cuanto los *estudios de población*".¹ Las definiciones anteriormente citadas de Livio Livi, Giorgio Mortara y Giovanni Lasorsa, se clasifican también entre las que incluyen la referencia al método como elemento del concepto. Lo mismo puede decirse, además, de aquellos autores que insisten en declarar que la demografía es una *ciencia de observación*, y consideran hasta tal punto decisivo este aspecto metodológico, que lo incorporen al concepto de esta rama del saber. Dejaremos para más tarde la discusión de tal extremo.

La primera definición de esta ciencia, dada por Achille Guillard, y anteriormente citada, especifica que se trata del conocimiento matemático de las poblaciones, lo que implica designar los métodos adecuados a este campo de estudios. Señalemos, todavía, la opinión de Peter F. Cox, quien define el término *demografía* como: "usado hoy día para designar el estudio de poblaciones humanas por métodos estadísticos".² Verifícase de esta manera, que tales definiciones, por contener en sí la designación del método que la ciencia debe utilizar, limitan *a priori* la esfera de las investigaciones y de los resultados que puede alcanzar, y representan un juicio previo de sus posibilidades, con evidente violación de las reglas lógicas que prescriben otras cualidades a una correcta definición.

Otro motivo de divergencias en la definición de la demografía se encuentra en la interpretación del papel de la teoría en el cuadro de esta ciencia. No percibiremos muchas veces en los enunciados definidores estas divergencias, porque, siendo de orden más profundo y substancial, se refieren, no tanto a la definición verbal, sino a la conceptualización lógica de la demografía. Esta ciencia puede ser entendida en dos sentidos distintos: o como un saber al cual compete la simple, pero rigurosa recolección de datos, su distribución y clasificación, el establecimiento de las regularidades que presentan y una superficial tentativa de explicación empírica de las posibles causas de esas re-

¹ Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 3.

² Peter F. Cox, *Demography*, Cambridge University Press, 1957, pág. 1.

24 gularidades en los antecedentes inmediatos, o en una referencia bruta, no analizada, de la coyuntura que emana de la situación en examen; o es parte obligatoria de éste saber, aprender en forma de teorías generales explicativas de las relaciones causales, las leyes que rigen los fenómenos estudiados, para llevar a la elaboración de previsiones para lo futuro. Esta divergente orientación está implícita en los conceptos de demografía que nos ofrecen los tratadistas. Si no siempre aparece declarada en los enunciados con los cuales los autores definen su ciencia, subyace a toda concepción de la misma, considerando lícito dividir a los demógrafos entre los que manifiestan una tendencia favorable a la elaboración de amplias teorías para satisfacer el espíritu científico, e igualmente por la utilidad práctica que ofrecen, y los que desconfían de estas abstracciones que casi nunca comprenden bien, y creen que sería mejor que el técnico se abstuviera de generalizaciones audaces e inseguras, ocupándose solamente en la tarea empírica del análisis de los hechos vitales.

A este tema se ciñe la discusión sobre la existencia de lo que algunos llaman *demografía pura*. No hay concordancia de puntos de vista a tal respecto, lo que proviene ciertamente de la imprecisión que afecta el concepto de teoría, cuando es utilizado por autores en los cuales se percibe una insuficiente preparación para abordar estos temas abstractos de la lógica de la ciencia. De los dos puntos de vista que se enfrentan, el primero, podría llamarse el fenomenológico o positivista; el segundo, sin noción clara de sus razones, tiene que apelar a una concepción de la realidad, que le preste apoyo.

Respecto al primero, A. Landry considera que una teoría de la población es "un conjunto de opiniones que, metódicamente desprendidas, formando un sistema, permitirían apreciar una situación, una evolución demográfica, y en consecuencia, orientar una acción destinada a dirigir esta situación, esta evolución, en el sentido juzgado favorable".¹ En contraposición a esta tendencia puramente apreciativa o descriptiva, otros demógrafos atribuyen a la teoría la función efectivamente explicativa. Así, para M. Boldrini las teorías deductivas de la población "tienden principalmente a *explicar*, es decir, a hacer comprender, cómo los grupos humanos se desarrollan, a controlar en la experiencia las leyes postuladas y a proyectar, con finalidad heurística, sus efectos en lo futuro".² Idéntica posición es la asumida por Sidney H. Coontz, el cual admite que "las teorías de la población se orientan hacia una explicación de los cambios en las pautas de fecundidad".³ El Diccio-

¹ A. Landry, *op. cit.*, pág. 549.

² Marcello Boldrini, *op. cit.*, pág. 368.

³ Sidney H. Coontz, *Teorías de la Población y su interpretación económica*, Trad. española, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pág. 21.

nario Demográfico Plurilingüe, de las Naciones Unidas, nos presenta una definición de la teoría demográfica que coincide con este segundo punto de vista: "...teorías ideadas para explicar y prever, mediante consideraciones económicas, sociales o de otra índole, la evolución de los fenómenos de la población, así como para poner de manifiesto sus consecuencias..." Por ende, se verifica que la tendencia predominante es la de atribuir a la demografía la función interpretativa de los fenómenos analizados, con la intención o sin ella, de convertir esta interpretación en modelo que permita anticipar el curso futuro de los acontecimientos o dirigirlos racionalmente. Sin embargo, la primera posición congrega también un significativo número de adeptos, para los cuales el valor de sus análisis estriba únicamente en representar, de manera ordenada y fácilmente inteligible, el cuadro de una realidad dinámica que, de otra forma, no se conseguiría concebir. Admiten los más esclarecidos de estos especialistas, que, en una segunda etapa, se parta del conjunto ordenado de datos recogidos para la formulación de hipótesis explicativas, eventualmente compendiadas en un cuerpo de doctrinas; pero tal operación ya no goza de las mismas garantías de veracidad que la primera, y por eso puede que sea interesante o no, pero será siempre la expresión de una mera opinión personal. La desconfianza hacia las teorías es peculiar al espíritu científico estrechamente empírico, desprovisto de una correcta visión epistemológica. La ciencia se mueve en el plano de las abstracciones racionalmente construidas, con eso se distingue del conocimiento vulgar. Si las hipótesis sugeridas para explicar la realidad y la ordenación de los hechos adquieren señal de certidumbre, en vista de los criterios comprobatorios adecuados a cada sector particular del saber, y se convierten en teorías, debemos considerar esta ascensión abstractiva como la marcha natural del espíritu para alcanzar la máxima inteligibilidad sobre el mundo objetivo. Conviene repetir, con todo, que permanece válida a este respecto la observación inicialmente expuesta, de que en la mayoría de los autores no se nota la presencia de un punto de vista epistemológico general que conciba la esencia y los procedimientos de la demografía como una totalidad.

DEFINICIÓN DE LA POBLACIÓN.

El término *población*, en el sentido con que ahora se usa en demografía, se ha originado en la obra de Francis Bacon, a principios del siglo XVII. Dice que "se debe prever que la población de un reino (especialmente si no es diezmada por guerras) no exceda los recursos del reino que debería mantenerla".¹ A partir de entonces, en la obra

¹ Cita de Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 125.

26 de los precursores, como Graunt y Petty, la palabra adquiere su significado más usual, el que permanece como único hasta época reciente, cuando, por contacto con otros dominios de la investigación científica de carácter cuantitativo, particularmente la matemática, la palabra se desdobra en otros significados. En la actualidad, es posible encontrar los cuatro siguientes:

a) Designación de un conjunto cualquiera de elementos, reales o ideales. En este sentido, *población* es sinónimo de multiplicidad, finita o infinita, de objetos discernibles y designables. Se usa en la teoría matemática de los conjuntos y en ramas particulares y aplicadas de esa misma teoría. Como este empleo de la palabra carece de tradición, no vemos con agrado su difusión, por cuanto no percibimos las ventajas que ofrece, siendo, al contrario, muchas las confusiones que puede originar.

b) El segundo sentido es aquél, normal, que designa el conjunto de los habitantes humanos, de una cierta área, que puede ser, en el caso extremo, la totalidad de la superficie terrestre.

c) En tercer lugar, designa un conjunto de seres vivos, no humanos, sea referido a un ámbito geográfico natural, sea cuando menciona la reunión de tales seres en un medio artificial; por ejemplo, un cultivo de vegetales o una crianza de animales en laboratorio o una colonia de células vivas en reproducción experimental.

d) Y, por fin, puede representar un valor numérico, la cantidad de individuos que componen los agregados referidos en las letras *b* y *c*.

El primer significado, a nuestro juicio, de manera desafortunada, tiende a difundirse en la práctica de la estadística. Tal vez por el deseo de ampliar la sinonimia, con el fin de evitar la monotonía de la repetición de las palabras *conjunto* o *universo*, el hecho es que, según Kendall y Buckland, "el empleo estadístico de la palabra *población* está referido a un colectivo finito o infinito de elementos individuales. El término ha desplazado al más antiguo *universo*, derivado del *universe of discourse* de la lógica. Prácticamente, es sinónimo de *agregado* y no se refiere necesariamente a una colectividad de organismos vivos".¹ No distinguiendo explícitamente los significados *b* y *c* arriba citados, la definición presentada por el Diccionario Demográfico Prurilingüe de las Naciones Unidas en su volumen en español establece las siguientes acepciones: "En la terminología estadística la palabra *población* designa cualquier conjunto de unidades distintas, empleándose entonces este término como sinónimo de *universo*. Sin embargo, la palabra *población* sirve comúnmente

¹ Maurice G. Kendall y William R. Buckland. *Diccionario de Términos Estadísticos*. Preparado por el Instituto Internacional de Estadística, con la asistencia de la Organización Internacional Científica y Cultural de las Naciones Unidas (sic) (UNESCO), Comisión de Educación Estadística del Instituto Interamericano de Estadística, Rosario, 1959, (Biblioteca Interamericana de Estadística Teórica y Aplicada), pág. 242.

para designar el conjunto de personas que componen un pueblo o nación, es decir, el conjunto de *habitantes* de un cierto territorio. Cuando se quiere designar cierta parte de una población, como la *población escolar*, suele emplearse la palabra *sub-población*. Con frecuencia se usa la palabra *población* no para designar el conjunto mismo, sino el *número de personas* que lo forman (*son éffectif*, según la nomenclatura de la edición francesa)". El concepto de población, no se reduce al aspecto cuantitativo. Ningún sentido tendría la ciencia demográfica si se limitara a establecer y combinar números que expresaran sólo cantidades de seres humanos. Sería reducir todo el esfuerzo lógico de interpretación de la realidad de los grupos humanos al limitado fin de contar gente, como se cuentan las cabezas de un rebaño. El concepto es inmensamente más rico, y es en su plenitud significativa, o sea, en la totalidad de sus notas lógicas, como la demografía debe utilizarlo e investigarlo.

Podemos señalar en este concepto las cinco notas inteligibles siguientes, que serán otras tantas tareas de la investigación de la ciencia demográfica:

- a) tamaño o volumen del conjunto;
- b) composición;
- c) variación cuantitativa;
- d) distribución;

e) base material, entendida en el más amplio sentido, no tan sólo como el área espacial ocupada o la existencia de recursos, sino también como la forma de organización social de la comunidad.

Es importante insistir en la necesidad de una comprensión simultánea y combinada de todos estos aspectos para constituir, con un carácter verdaderamente objetivo y universal, el saber demográfico. De lo contrario, éste no pasaría de un cálculo de cantidades que se habrían vuelto abstractas, es decir, que habrían perdido la significación real, concreta, histórica, humana con motivo de haber tomado aparte arbitrariamente, el *dato* cuantitativo, de destacarlo indebidamente, desligándolo de su fundamento objetivo. Así, por ejemplo, la referencia al territorio sobre el cual vive una población humana, que configura la nación y convierte la *población* en *pueblo*, con todas las notas históricas y sociológicas de este concepto, es una mención indispensable. Gracias a ella, la demografía penetra en el campo de la geografía, de la historia y de la sociología, sin perder su carácter específico, enriqueciéndose, en cambio, con el contacto con otras ciencias que investigan aspectos también integrantes del saber demográfico. El concepto gana en concreción e incluye en su comprensión las señales de las necesarias conexiones lógicas con otras regiones de la realidad y de la existencia que lo amplían y le aseguran auténtica universalidad. Estas relaciones no son extrañas a la cantidad, sino que determinan efectos originales, superiores en inteligibilidad, las cuales se manifiestan en el campo del análisis cuantitativo de

28 la población, se reflejan en los rasgos numéricos, en las tasas e índices que cabe investigar a la demografía. Observemos que los autores, de modo general, se dividen entre aquellos para los cuales la población se toma sólo en el sentido cuantitativo y los que incluyen en su concepto referencias a una u otra de las notas mencionadas. Representando el primer grupo, citemos la definición dada por Hauser y Duncan: "Población, como concepto, se refiere aquí a un agregado real (*actual aggregation*) de organismos, y explícitamente a organismos humanos".¹ Alfred Sauvy amplía el concepto para incorporar a él la base geográfica, evidentemente siempre presente, y de innegable influencia en su caracterización: "...una población es el conjunto de los individuos que viven sobre un territorio determinado. Este conjunto puede conservar las mismas características o evolucionar, sea aumentando, sea disminuyendo, sea presentando cambios cualitativos".²

La importancia del problema semántico de la definición de la población es decisiva. En efecto, si desde un comienzo no percibiéramos claramente lo que entendemos por este término, a qué entidad real, objetiva, corresponde, y qué determinaciones reconocemos en ella, todo nuestro esfuerzo como investigadores de hechos concretos puede quedar perdido o dar solamente menguados resultados por falta de un criterio correcto para juzgar los fenómenos que estudiamos. El modo de encaminar las investigaciones y de establecer las conclusiones va a depender ampliamente del concepto de población que adopte el científico. La seriedad de la tarea de acuñar una noción lógica de la *población* está muy justa y exactamente declarada en estas palabras de Rupert B. Vance: "El desarrollo de un concepto científico de la población es la primera tarea de la demografía".³ La elaboración correcta del concepto no puede dejar de remontarse a los orígenes etimológicos de la noción. Sabemos que la voz latina *populatio* significaba originariamente *saqueo, devastación, pillaje*; por tanto, tenía en rigor, el sentido opuesto al que vino a tener más tarde. Posteriormente, se han desarrollado dos significados: el común, referido a los habitantes de un país o territorio; y otro, según el cual *populatio* significa la acción de poblar. James A. Field, nos indica cómo el concepto *población* llegó a tener la implicación dinámica de su verbo, cómo vino a significar el proceso de poblar.⁴ En verdad, lo que ésta segunda connotación apunta es la importancia progresivamente predominante de la idea de la *población* como proceso y no como agregado

¹ Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 2.

² A. Sauvy, *La population*, París, Presses Universitaires de France, 1948, pág. 6.

³ Rupert B. Vance, en *The Study of Population*, pág. 295.

⁴ James A. Field, cit. en *The Study of Population*, pág. 295. Igualmente A. Landry, *op. cit.*

amorfo de elementos distintos sobre los cuales sólo cabe ejercer operaciones aditivas y establecer relaciones matemáticas. La población como proceso corporifica, en efecto, la idea de un ser colectivo, de un sujeto histórico que *puebla*, es decir, ocupa un área física, y se multiplica, extendiendo su base geográfica. Veremos más tarde las varias connotaciones de este sentido al analizar la noción de *población* y su relación con el espacio. Por ahora, impórtanos hacer constar que por su misma evolución semántica el término *población* transporta dos significados, opuestos y complementarios: uno, estático, cuantitativo, y otro, dinámico, cualitativo, social e histórico. Los lazos entre el concepto de población y el de poblamiento se vuelven, cada vez más, objeto de estudio a medida que se constituye y se desarrolla una de las ramas afines más recientes de la demografía: la ecología humana. Ya en 1894, C. H. Cooley vislumbraba su autonomía científica y su importancia, pero solamente en la época actual se ha comprendido lo que Duncan expresa en esta frase: "Que algunos conjuntos de población especialmente delimitados tienen carácter unitario, es una de las aserciones fundamentales (*key assumptions*) de la ecología humana, así como la premisa de que existen significativas propiedades de este conjunto que difieren de las propiedades de sus elementos componentes".¹ El mismo autor, líneas adelante, declara, con razón, que una población humana concreta no existe en un limbo, sino en un ambiente. Se ve, pues, como el reconocimiento de las bases espaciales, geográficas, de los fenómenos demográficos está hoy suficientemente asegurado. Es lástima que no ocurra lo mismo con relación al tiempo, el cual se toma, en general, como simple parámetro cronológico, marcando fecha o midiendo edades de individuos o de grupos, y no es reconocido en su aspecto cualitativo, de tiempo primeramente existencial y después histórico, tiempo de acontecimientos personales y universales, en el cual se dan episodios estudiados por la demografía. En un capítulo posterior examinaremos mejor este asunto.

La necesidad de una exacta formulación del concepto de *población* resalta todavía más cuando se considera el actual desarrollo de la rama de la biología denominada *genética de las poblaciones*. Es lo que nos hace sentir el artículo de Kallmann y Reiner: "Para ser eficiente, un enfoque de la genética de las poblaciones requiere no solamente la comprensión de los principios generales de la genética, sino también una definición de *población* que sea suficientemente precisa para uso tanto en las investigaciones demográficas como en las genéticas".² A este respecto, el peligro que podríamos señalar sería la tendencia a fundar el concepto demográfico de población en bases genéticas, en términos de *inbreeding* de la reproducción de las especies sexuadas, lo que resul-

¹ Otis D. Duncan, en *The Study of Population*, pág. 681.

² Franz J. Kallmann y John D. Reiner, en *The Study of Population*, pág. 165.

30 taría en concebir la demografía predominantemente por el aspecto biológico. Las consideraciones anteriores deben bastar para mostrar cuán complejo es el problema de definir lo que sea *población*. De un lado, la fórmula debe ser suficientemente precisa para representar sólo la esencia del objeto aludido; pero, de otro, la continua expansión de la demografía, sus contactos y relaciones cada vez más estrechos con otras ramas del saber, obliga a ampliar la definición para incluir nuevas notas significativas que derivan de su progreso y desarrollo. Para llegar al resultado más claro posible, es indispensable una teoría de la definición en general. Es necesario examinar el problema metodológico de la definición como tal y adoptar una concepción teórica a este respecto, lo que, en verdad, significa optar entre un punto de vista formal, positivista, y una comprensión dialéctica de la ciencia de la lógica. No será la mera colección de notas juzgadas esenciales de la realidad de una cosa, abstractamente yuxtapuestas por el raciocinio formalista, la que nos dará la definición correcta. Es preciso que el enunciado miente la interconexión dialéctica entre todos los aspectos esenciales del objeto, pues si no figuran éstos de este modo en el concepto, no retratarán cómo se encuentran objetivamente en la cosa. Por eso, el análisis lógico de la población, que ha de practicar el demógrafo, debe empezar por concebir las notas constitutivas de los conjuntos de población para después concebirlas como unificadas bajo la ley de su interpenetración e interacción dinámica. Una nota como, por ejemplo, el volumen de una cohorte o su distribución por sexo o por edades, no existe aislada de las otras ni sin influencia sobre éstas. No hay volumen sin referencia al fundamento geográfico, como éste no se comprende sin la composición del grupo humano, que lo exige con tal o cual dimensión, con ésta o aquella ubicación, dadas sus calidades físicas y climáticas específicas.

Otra consideración de capital importancia en la elaboración de la definición en examen está unida a la naturaleza del proceso con que hay que concebir toda población. En efecto, éste no es un rasgo componente, entre otros, de igual valor, sino el aspecto lógico más general, por el cual se tiene que pensar la realidad de la cosa. Es preciso señalar, además, que no se trata de un proceso, sino fundamentalmente de dos, en indisoluble relación. Si la población en conjunto es una totalidad dinámica, en permanente desarrollo, los elementos que la componen, como seres vivos, hombres o representantes de otra especie animal, son también realidades en desarrollo, constituyendo cada individuo un proceso propio unitario. El concepto de población tiene, por tanto, que representar la interacción de esos dos procesos, no con las características de la inclusión formal de un elemento en una clase lógica, sino con las características de interpenetración y de acción recíproca de dos totalidades en movimiento, que sólo existen y se conciben en su mutuo condicionamiento. Esta es la principal razón por la cual no es posible confi-

gurar la definición de *población* en los moldes del pensamiento estático y formalizador, exigiéndose recurrir a otra modalidad de pensar, el empleo de las categorías dialécticas, como la de elemento y totalidad, y la de acción recíproca entre procesos, uno elemental, otro envolvente. Lo que distingue en este caso el modo de pensar formal del dialéctico, es que el primero reconoce la noción de relación entre los datos de la realidad, pero sólo la concibe en su aspecto de relación externa, mientras el segundo articula a la estructura lógica de las propiedades de la cosa e interpreta los fenómenos objetivos, valiéndose del concepto de *relación interna*. Sin desviarnos hacia una exposición más extensa, baste decir que la categoría de relación interna permite pensar en todos los aspectos del objeto a la luz de su mutua dependencia, de tal suerte que cada aspecto real de la población que percibimos aisladamente por análisis empírico o que expresamos en una formulación didáctica, contiene en sí la presencia, la influencia de todos los demás, sin los cuales no sería lo que es. Así, no se puede considerar una distribución por edades o de otro tipo, sin que el espectro obtenido sea igualmente un reflejo de las condiciones cuantitativas de composición, velocidad de crecimiento, etc. Más específicamente todavía se tiene que considerar las relaciones internas cuando se examinan fenómenos particulares, como la natalidad y la mortalidad, las cuales no se comprenden plenamente si los tomáramos tan sólo por el lado de las relaciones externas con los demás aspectos de la realidad poblacional. Es preciso introducir en el campo de la explicación teórica todo el conjunto de factores que confieren existencia completa al individuo que nace o que muere, factores de orden fundamentalmente histórico, social y económico; de lo contrario, el dato que sometemos al análisis demográfico es sólo una abstracción vacía, con la cual podremos realizar un juego o un cálculo combinatorio formal, de interés especulativo, pero que no será en ningún caso representativo de una realidad humana efectivamente vivida. Vemos, así, cómo, a propósito del problema de la definición de la población, empiezan a despuntar los grandes temas de carácter filosófico y epistemológico que motivan este ensayo. Deseábamos, por el momento, gracias a la cita de algunas de las nociones expuestas en los libros de distinguidos autores, indicar las limitaciones que, no por nuestro deseo, sino en función de un punto de vista crítico, estamos obligados a denunciar, acerca de la manera como muchos de ellos tratan el problema de la definición de la población.

LA NATURALEZA DE LA DEMOGRAFÍA COMO CIENCIA.

Las reflexiones anteriores nos encaminan a la consideración del problema de la naturaleza de la demografía como ciencia. Si examinamos los autores a que hemos tenido acceso, encontramos una gran diversidad

32 de opiniones. Esta cuestión merece detenido estudio, pues de ella depende el concepto de la ciencia que cultivamos. Al contrario de lo que ocurre en otros departamentos del saber, más antiguamente constituidos, o cuyo objeto ofrece menos motivos de incertidumbre y menor margen de indeterminación, la demografía, por las múltiples facetas que presenta, no permite que se perciba, al inspeccionar su estado actual, tal como se ha descrito en los trabajos de mayor jerarquía, su cualificación epistemológica. Una cosa es segura: no se puede concebir el contenido de la ciencia demográfica, ni su naturaleza, sin considerarlo en el proceso histórico de su desarrollo, ni se llega al concepto sin el proceso de conceptualización, el cual ha sido lento y progresivo. Tal es la lección que encontramos expresa en estas palabras de Carmen A. Miró: "La expansión del contenido y el marco de referencia de la demografía como disciplina científica ha sido gradual desde la temprana iniciación de la *aritmética política* hasta llegar al concepto, generalmente aceptado hoy día, de que ella abarca el estudio de los cambios de la población en sus contextos biológico y social".¹ Si no procedemos a un análisis lógico y filosófico, seremos arrastrados por la primera impresión o por una idea preconcebida, y llegaremos a una comprensión mal fundada, dogmática o impresionista. Pasemos breve revista a algunos conceptos emitidos a propósito de la naturaleza de la demografía, para criticar acto seguido ciertas insuficiencias, intentando encaminar la investigación hacia rumbos que nos parecen más justificados y fecundos. La primera observación es que hay autores para los cuales la demografía no tiene contornos definidos como ciencia; es un campo de estudios que se confunde con el de diversos otros conocimientos y se compone por la reunión de fragmentos de éstos. Para la mayoría de los tratadistas, empero, la demografía se constituye con perfil propio, y debe ser clasificada en una de las secciones en que se divide la ciencia. El desacuerdo se acentúa cuando se trata de precisar a cuál de estas secciones pertenece la demografía. En principio cabe decir que la demografía puede ser interpretada como ciencia:

- a) teológica;
- b) matemática;
- c) natural o biológica;
- d) social;
- e) histórica;
- f) antropológica;
- g) política;
- h) existencial.

¹ Carmen A. Miró, *Experiencia y Problemas en la Promoción de la Enseñanza y la Investigación Demográfica en los Países en Vías de Desarrollo. El caso de América Latina*, Santiago de Chile, CELADE, septiembre, 1965, Serie A, Nº 53.

En sus orígenes la demografía fue considerada parte de la teología, pues su objetivo era demostrar la acción de la Providencia en el cuidado por los hombres. Las leyes demográficas serían la comprobación de la bondad divina en asegurar a la humanidad los recursos para su subsistencia y multiplicación, aconteciendo lo mismo cuando le castiga por las violaciones de las leyes morales. John Graunt es considerado el fundador de la demografía moderna por haber establecido la existencia de regularidades en acontecimientos aparentemente fortuitos, o dependientes de la voluntad humana, tales como nacimientos, muertes, casamientos, migraciones, etc. A su vez, este hecho ha sido interpretado por Derham como señal de un designio de la Providencia, la cual utiliza hasta las plagas, catástrofes y guerras para mantener el equilibrio en el mundo de los seres vivos. La obra de Derham, publicada en 1723, tenía el significativo título de *Physico theology*. La idea de que un equilibrio tan perfecto no pueda explicarse sino por la intervención divina, aparece igualmente en la obra de otro ilustre precursor de la ciencia moderna, Johann Peter Süssmilch, cuyo concepto de la demografía se denuncia en el mismo título de su libro: *Die Göttliche Ordnung in den Veränderungen des menschlichen Geschlechts aus der Geburt, dem Tode und der Fortpflanzung desselben erwiesen*, publicado en 1775, ("El orden divino en las variaciones del género humano demostrado por el nacimiento, muerte y transmigraciones del mismo").

Concebir la demografía como ciencia matemática, es el resultado del amplio empleo de los métodos estadísticos y de su innegable fecundidad. En virtud de la confusión entre la esencia de un orden de conocimientos y los métodos que utiliza, algunos autores han considerado que la demografía se definiría específicamente como ciencia matemática, aun cuando reconozcan que su objeto son hechos sociales y acontecimientos relativos a la vida humana. Parece a tales autores que el método predominante determina la esencia del saber y por eso lo define. Esta posición está bien expresada en el siguiente pasaje de Marcello Boldrini, el cual citamos por la lección que nos brinda, con su mismo equívoco y como ejemplo de insuficiente comprensión del problema lógico de la fundamentación de las definiciones: "La demografía es un sistema de encuestas estadísticas sobre las poblaciones humanas, consideradas tanto en el aspecto biológico cuanto en el social, en su técnica de ejecución, en su significación lógica, en las finalidades, en los resultados. Cuando se dice que la demografía es un sistema de encuestas estadísticas, se afirma, ante todo, la necesidad de una coordinación de las partes en un complejo orgánico de ideas, y se quiere, pues, significar que los varios problemas en que el sistema necesariamente se articula deben ser tratados con el método estadístico. Esto queda expreso claramente, porque —guiados por apariencias engañosas— existen todavía autores que creen poder negar que la estadística sea el único método de

34 investigación de las ciencias naturales, a las cuales pertenece justamente la demografía".¹ La última parte de este texto revela una visión insuficiente y unilateral de la teoría de la ciencia. Declarar que el único método de investigación de las ciencias naturales es el método estadístico, representa una afirmación que no podrá ser tomada en serio por estudiosos con mejor formación lógica y filosófica. A pesar de su patente ingenuidad, sirve como ejemplo expresivo de la estrechez a que se reduce el horizonte intelectual del científico cuando confunde los métodos eficaces en su trabajo con la esencia epistemológica de las cuestiones en que se ocupa. El instrumento le hace olvidar la materia sobre la cual actúa. Comprensión más clara y racional es la de Denis H. Wrong, el cual, aunque juzgue que "en su sentido más amplio cabe definir la demografía como el análisis estadístico de las poblaciones humanas", agrega que "el estudio de las causas subyacentes de las tendencias demográficas, hace que el demógrafo deba pasar del campo de las mediciones estadísticas puras al dominio de todas las ciencias físicas y sociales, cuyo objetivo es el estudio de los hechos que inciden sobre los procesos demográficos básicos".

La concepción de la demografía como ciencia matemática, aunque corriente en los medios profesionales especializados en la práctica de los cálculos censales y en la preparación y análisis de las estadísticas vitales, va perdiendo terreno en lo que se refiere a cuestiones de orden interpretativo, en favor de aquella que considera la demografía más caracterizada por la naturaleza biológica y social de su objeto. Observe-mos, desde luego, que estos dos aspectos casi nunca aparecen claramente distinguidos, lo que revela indiscutible confusión en el pensamiento epistemológico de los autores que adoptan este punto de vista. Partiendo del hecho evidente de que la realidad humana es la de un ser vivo que subsiste en la sociedad, no llegan a discernir con claridad lo que pertenece a un modo de ser y a un orden del saber, de aquello que pertenece a otro modo de ser y a otro esfera del conocimiento. No hace falta decir que esta comprensión, aun incidiendo en las imprecisiones indicadas, representa un progreso conceptual en relación a las anteriores. Como ejemplo de esta posición citemos a Livio Livi, el cual, después de decir que la población se define por las formas elementales de asociación—casamiento, familia, grupo— explica: "Los factores biológicos antes señalados forman la trama primaria y más estable de la agregación; ellos guían y han guiado esta agregación dentro de determinados esquemas impuestos por la naturaleza física de nuestra especie, tanto entre los pueblos más salvajes cuanto entre los más civilizados". Los factores biológicos, según esta hipótesis, forman los determinantes básicos de los cuales derivan los aspectos sociales de la existencia del hombre. Por

¹ Marcello Boldrini, *op. cit.*, pág. 3.

eso "la demografía posee el conocimiento de estos caracteres biológicos y de sus efectos sociales, y creemos que todos los fenómenos, o la mayor parte de los fenómenos en que la demografía se ocupa, son interpretados y estudiados a la luz de esta premisa fundamental".¹ Se ve, pues, que, según el pensamiento de este autor, en la concepción y la interpretación de los problemas demográficos el hecho original es siempre de naturaleza biológica y de él derivan, como fenómenos secundarios, los hechos sociales.

Al reconocer la estrecha relación entre el plano biológico y el social, otros autores la interpretan de manera diferente. Dando mayor autonomía al factor social, basan la demografía íntegramente sobre los datos de esta especie. La ciencia de las poblaciones se constituiría como una de las divisiones que componen la gran clase de las ciencias sociales. Tal es el pensamiento de Giorgio Mortara: "Si entre las ciencias de observación se discriminan las tres grandes ramas: ciencias físicas, que estudian la naturaleza inanimada; biológicas, que investigan los fenómenos de la vida, del organismo individual, y las ciencias sociales, que se dedican a la investigación de las sociedades humanas, tórnase obvia la clasificación en la última rama, de la demografía la cual, no trata del individuo aislado, pero sí de las sociedades".² En la misma dirección se sitúa el pensamiento de Kingsley Davis: "Siempre que el demógrafo profundiza en sus investigaciones hasta el punto de preguntarse por qué los procesos demográficos se desarrollan en la forma que lo hacen, penetra en el campo de lo social".³ La concepción de la demografía como parte de la *física social*, y estrechamente relacionada con la antropología ha sido propuesta en la mitad del siglo pasado por Adolphe Quételet. Las características somáticas del hombre están en el origen de procesos que, en virtud de la necesaria vida en colectividad, se manifiestan como hechos sociales. El análisis estadístico de tales hechos los concibe en su desarrollo, pero no en su origen. Si penetramos hasta este plano, descubriremos la íntima asociación del aspecto demográfico con el antropológico. No necesitamos insistir en que el concepto de *antropología* de que se valen los pocos autores que adoptan esta posición, es insuficiente y parcial en su fundamentación teórica, puesto que sólo considera una parte bastante reducida de la realidad del hombre. Para nosotros, la demografía es, en efecto, una ciencia antropológica por su contenido; aunque lo que entendemos por *antropología* no se confunde con la descripción empírica de los estadios culturales de las poblaciones llamadas primitivas, o con las prácticas antropométricas que los antropólogos de profesión cultivan con generalizada ausencia de espíritu crítico.

¹ Livio Livi, *op. cit.*, Vol. I, págs. 23, 24.

² G. Mortara, *op. cit.*, pág. 2.

³ Kingsley Davis, en Dennis H. Wrong, *op. cit.*, pág. 11.

Pocos son los tratadistas que, al definir la esencia de la demografía, señalan las relaciones entre la demografía y la historia. La mayoría ignora este aspecto de los problemas demográficos, y por eso no encontramos ningún autor que procure definir la demografía como saber histórico por esencia. Aun los especialistas que, sobre todo en la actualidad, se dedican a cultivar la disciplina ahora llamada *demografía histórica*, no llegan a establecer como nota intrínseca y definidora de la demografía en general su historicidad. Así, la colección *The Study of Population* no contiene ningún estudio especializado sobre demografía e historia. La explicación presentada para justificar esta ausencia nos parece inadmisible, y casi diríamos pueril, pues se declara que "es debido más a limitaciones de espacio que a la falta de reconocimiento, por los editores, de los importantes lazos entre esas disciplinas".¹ Los autores que actualmente están desarrollando las relaciones de la demografía con la historia lo hacen en general por motivos extrínsecos. En una visión ingenua la identifican con las investigaciones sobre el estado y los movimientos de las poblaciones en lo pasado, entendiéndose como tal casi siempre la época anterior a la realización de modernas encuestas censales y al establecimiento de sistemas de registro. El Diccionario demográfico de las Naciones Unidas define la demografía histórica como la disciplina particular que "...se ocupa de la historia del desarrollo de las poblaciones; en sentido estricto se designa con este nombre aquella parte de la ciencia demográfica que estudia las poblaciones de la era preestadística, con los métodos a la sazón existentes". Como estas investigaciones ofrecen considerables dificultades y sólo pueden llegar a resultados de gran imprecisión, la mayoría de los demógrafos contemporáneos siguen mostrándose poco adictos a tal especie de trabajo o escépticos en cuanto a su provecho, de modo que, a pesar de crecer el interés por estos estudios, es todavía escaso el número de profesionales que consideran que poseen alguna utilidad, más allá de un simple ejercicio especulativo. Una opinión que refleja este modo de pensar es la de A. J. Jaffe, para quien "las posibilidades de determinar el tamaño y las características de las poblaciones pasadas con suficiente exactitud de manera que tornen los datos demográficamente útiles, son pequeñas... La relación exacta de tales síntesis para los problemas de la población en el mundo moderno no parecería muy estricta".² Un reconocimiento algo más adecuado de la significación de la historia para la constitución de la demografía, aunque lejos de alcanzar las verdaderas raíces de la realidad histórica de los procesos demográficos, por falta de una reflexión filosófica y sociológica fundamentadora, es ofrecido por A. Landry, para quien "la demografía mientras estudia los hechos, es decir, lo pa-

¹ Hauser y Duncan, *The Study of Population*, pág. 50.

² A. J. Jaffe, en *The Study of Population*, pág. 50.

sado, es historia".¹ Podría parecer, por esta cita, que el autor identifica la demografía con la historia o la incluye en ésta. Lo cual no es cierto, pues, lo que busca es tan sólo mostrar las conexiones de la demografía con otras ciencias, como la geografía, la biología, la sociología, la psicología, la economía política. Estos estudiosos carecen de la noción decisiva para aprehender el problema; sólo manejan el concepto de *historia* como sucesión de hechos ocurridos en el tiempo cronológico anterior, mientras lo indispensable es utilizar el concepto de *historicidad* de los fenómenos demográficos. Por eso, en general las consideraciones sobre *demografía histórica* padecen de un vicio original: el de no haber sido concebidas en función de categorías lógicas correctas. No es ahora el momento de presentar nuestra opinión respecto de tan importante problema, lo que haremos al final de este trabajo.

La concepción de la demografía como ciencia política es cronológicamente la más antigua de todas las consideraciones sobre los fenómenos de la población, aunque sólo aparezca con carácter científico en los ensayos de fondo teológico, a que nos hemos referido. En efecto, la comprensión de que el volumen de la población y sus movimientos son hechos de primordial importancia política, no escapó a los gobernantes y filósofos políticos de la antigüedad, quienes percibieron que el potencial militar de un Estado o los problemas de la dirección de la sociedad dependen de la cantidad de la masa que lo habita, de su distribución geográfica y ocupacional, y de las fluctuaciones de la natalidad y mortalidad que en él ocurren. Desde los primitivos gobernantes chinos hasta Platón y Aristóteles, la búsqueda de un equilibrio demográfico para la construcción de una sociedad más perfecta y más justamente dirigida, ha sido una preocupación constante. La pretensión de fijar la composición demográfica de la sociedad según un modelo ideal, para un mejor gobierno, convierte la demografía en capítulo de la ciencia política. Los censos y las medidas para regular el volumen y composición de las masas son actos eminentemente políticos; y todavía hoy, así lo entienden, clara o inconfesadamente, muchos autores para quienes la demografía es apenas una disciplina estadística de carácter práctico al servicio de fines políticos. En el medioevo esta finalidad se ocultaba bajo ropajes religiosos y éticos. Dice un estudio de las Naciones Unidas: "Los tratadistas cristianos medievales considerarán las cuestiones demográficas casi exclusivamente desde el punto de vista moral".² El interés en multiplicar el número de hombres, que se expresa en las doctrinas poblacionistas de la época bajo la forma de un llamamiento para aumentar el número de almas ofrecidas a la divinidad, refleja, en verdad, los intereses reales, de orden político, del engrandecimiento de la

¹ A. Landry, *op. cit.*, pág. 10.

² Naciones Unidas, *Factores Determinantes y Consecuencias de las tendencias demográficas*, Estudios sobre población, N° 37, cap. III, pág. 24.

38 cristiandad, frente a un mundo de infieles y paganos mucho más numeroso, y, en ciertas áreas, culturalmente más desarrollado. También justifica esta idea la necesidad de engendrar mano de obra barata y abundante para sostener la fracción guerrera feudal, no directamente ocupada en la producción de bienes de consumo.

LA DEMOGRAFÍA COMO CIENCIA DEL HOMBRE.

Las concepciones mencionadas se caracterizan por la tentativa de reducir la demografía a alguna de las ciencias tradicionalmente establecidas, o de fundamentarla en consideraciones tomadas de ciertos dominios particulares del saber. La parcialidad de este procedimiento se hace patente cuando verificamos que en todos los casos se elige una ciencia rectora o un campo específico de la cultura para incluir la demografía. Existe siempre una preocupación de orden general que dicta esta elección, y fundamenta, en forma de teoría, la explicación de la esencia de la demografía. Ninguna de las anteriores identificaciones de la demografía con otras áreas del saber es en sí misma falsa si la consideramos sólo en su valor parcial. Pero se vuelve inadmisibile cuando pretende exponer la cualidad real de la demografía. En este momento se descubre su unilateralidad, la que sólo se identifica por algún aspecto particular, sin que invalide la parte de verdad que acaso posea el enfoque de la ciencia demográfica por el ángulo desde que es realizado. La existencia de puntos de vista tan variados constituye por sí un problema epistemológico que vale la pena investigar, indagando la causa de esta multiplicidad. Según nuestra manera de pensar, esta variedad es un indicio que puede conducirnos a una conclusión más general y verdadera. La causa posible de tan distintas opiniones respecto de la demografía está en que se trata de una ciencia cuyo objeto es el hombre en su existencia concreta; por tanto, en la totalidad de los aspectos de su realidad, de los cuales el más sobresaliente es el de sólo existir como miembro de una colectividad —la sociedad, el país, la humanidad—, en la cual ingresa al iniciar su vida como ser, por el nacimiento, y de la cual se retira cuando muere. Por eso, tienen relativa cabida las definiciones parciales que se propusieron para definir la demografía, pues ésta es, de hecho, una disciplina que enfoca desde diferentes ángulos la realidad del ser del hombre. De ahí que no sean de falsedad absoluta las opiniones anteriormente señaladas, si las interpretamos como otras tantas líneas de enfoque que se dirigen a aprehender un objeto complejo. Sólo son inadmisibles cuando pretenden presentarse como el modo exclusivo, o por lo menos dominante, de concebir la esencia del objeto a que se refieren. La multiplicidad de las interpretaciones de la demografía tiene su razón de ser en la multiplicidad de aspectos del mismo objeto: el hombre, quien por na-

turalidad, es al mismo tiempo un ser vivo, social, político, histórico, económico, moral, cuyos fenómenos, en que figura activa o pasivamente, se prestan al análisis matemático. La parcialidad en la consideración de la naturaleza de la demografía se debe a que cada especialista tiende a concebir la realidad de la ciencia demográfica desde la perspectiva que mejor corresponde a sus inclinaciones, intereses o formación intelectual. Eleva a la condición de absoluto lo que es relativo, parcial. Y, además, por falta de visión dialéctica, o niega la existencia de los demás aspectos divergentes de aquel que ha elegido como esencial, o, si los reconoce, los subordina, estática o formalmente, al preferido. En cualquier caso, deja de reconocer lo principal, la interpenetración, la acción recíproca de todos los datos de la realidad estudiada y el modo como contribuyen en conjunto a constituir el campo del conocimiento. La falta de percepción de la íntima correlación entre todas las manifestaciones del objeto proviene casi siempre de la falta de interés de los tratadistas demográficos por las cuestiones generales referentes a la verdadera naturaleza del hombre. No llegan a descubrir el objeto real de su ciencia porque no poseen una noción idónea de lo que significa la realidad existencial del hombre. No llegan hasta la fundamentación última del ser de que se ocupan, y por eso, estacionados en los planos menos profundos, difieren en la elección de la faceta más representativa del conjunto de conocimientos que desean caracterizar. Al destacar cualquiera de los aspectos de la demografía, —el matemático, el biológico, el social, el económico, u otro—, están implícitamente cometiendo el engaño de relegar los demás a un plano secundario o dependiente, cuando, en verdad, tienen correlativo valor epistemológico; son como caras de un poliedro regular, de las cuales no se puede decir que una sea más representativa que las restantes.

Para no caer en el error de la unilateralidad, necesítase poseer una concepción teórica previa que oriente al científico, que lo lleve a considerar como objeto real de la demografía al ser humano en la totalidad de sus aspectos. Pero es preciso más que la simple referencia a la colección completa de esos aspectos; es preciso iluminar ese conjunto por la aplicación de la categoría dialéctica de la totalidad, sin la cual, aun la mención a la suma de las notas efectivamente constitutivas del ser humano, no ofrece su verdadero concepto. Si procedemos a la enumeración sucesiva de todos los modos de ser, según los cuales aparece el objeto que es el hombre, no llegamos a tener de él una visión unitaria y realmente objetiva, sino más bien aditiva. De este procedimiento resultará nada más que una reconstitución formal subjetiva. Por consecuencia, el hombre en la totalidad de su existencia concreta se presenta como el verdadero objeto al cual se refiere la ciencia demográfica. En este sentido, cabe decir que la demografía es

40 una ciencia antropológica, en la cual el hombre debe ser entendido, para la explicación última de los fenómenos que a él se refieren, con el auxilio de las categorías de la filosofía dialéctica y existencial.

No se diga que este modo de pensar destruye la originalidad de la demografía, reduciéndola a un capítulo de la antropología filosófica. Eso no acontece porque, el objeto *hombre*, que la antropología dialéctica y existencial explica e interpreta en sus fundamentos, preséntase con fisonomía original y propia, inconfundible con la considerada por otras ramas del saber. Se trata del hombre en colectividad, no del individuo apreciado sólo en su ser personal y único. La demografía va a enriquecer la antropología filosófica, ofreciendo a este campo especulativo una serie de problemas relativos a la realidad humana, concretamente revelada en su condición colectiva, que anteriormente no eran conocidos o debidamente comprendidos, porque, declarada o implícitamente, el hombre al cual las especulaciones antropológicas se referían no llevaba consigo la nota de su realidad plural ni la de su existencia gregaria, colectiva, en cohortes numéricamente mensurables. La demografía presta de esta manera a la filosofía la valiosa colaboración de mostrar lo insostenible de los conceptos abstractos de una antropología del hombre solitario. En ésta o se omite del todo la consideración de la existencia colectiva o, si se menciona, es como apéndice de las especulaciones sobre la persona individual, como aspecto adjetivo a las reflexiones abstractas sobre la *comunicación*, la *intersubjetividad* del ser humano, lo que no contribuye a aclarar la nota original de auténtica sociabilidad, esencial a la definición de la realidad del hombre. La correcta comprensión de la demografía, partiendo de concepciones filosóficas adecuadas, resulta un precioso auxilio para la filosofía, la cual se despertará a la percepción de la realidad del hombre como ser colectivo, y no caerá en las ingenuidades derivadas del aislamiento artificial y falsificador en que es mantenido el objeto de la investigación teórica. De este modo, si la demografía recibe preciosa contribución de la antropología filosófica, a su vez, ésta, se enriquece con numerosas adquisiciones, se profundiza y evita desfiguradoras simplificaciones, por el hecho de concebir al hombre en su condición de ser, solamente existente en colectividad, envuelto por un régimen de relaciones sociales. Es evidente que el rumbo de las reflexiones filosóficas es muy distinto del que sigue la demografía; pero no debemos ignorar que el objeto de uno y de otro de esos dominios del saber es el mismo. Convergen en el origen, en aquello que justifica su calidad común de ramas del conocimiento racional, como convergen en sus resultados, puesto que aun ahí la colaboración del pensar filosófico al examen de la legitimidad de las conclusiones de las investigaciones demográficas va a la par con la asistencia que la producción de estos resultados presta a la antropología especulativa, al revelar siempre nuevos datos de

la existencia concreta del hombre, los cuales ha de tener en cuenta la filosofía para mantenerse al nivel del progreso de la investigación de la realidad y no perder el contacto con el mundo que es su fundamento.

Si nos asiste razón en lo antedicho estaremos obligados a interpretar la demografía como ciencia fundamentalmente antropológica. La fecundidad de este punto de vista se manifiesta en que, por un lado, absorbe las interpretaciones parciales antes indicadas, que ahora sólo aparecen como falsas cuando se las supone absolutas y totalizantes; y, de otro lado, permite, en una insospechada profundización del campo del análisis demográfico, debido al cambio de aparato conceptual, introducir categorías de pensamiento y criterios metodológicos que confirman la útil contribución de la antropología filosófica. En efecto, abandonada a sí misma, la demografía sólo puede buscar sin orientación definida un camino de progreso, el que le sería inmensamente facilitado por una reflexión más general, tendiente al descubrimiento y comprensión de la esencia de su objeto, el hombre. Sabemos que la antropología admite múltiples campos especializados, tal es la antropología física, la social, la cultural. Todos caen bajo el concepto más general de antropología filosófica, que, como saber de más alto tenor abstracto, engloba los demás, los ilumina, los provee de nociones normativas y critica los resultados a que llegan. Lo que proponemos es que se amplíe ahora el ámbito general de la antropología para incluir en él, como sub-rama, con derecho de existencia y perfil definido, la demografía. Esta se denominará, pues, con mayor exactitud, antropología demográfica. No se confundirá con ninguna de las ramas establecidas de la antropología ni con cualquiera de las ciencias afines que anteriormente hemos mencionado, aunque se mantenga estrechamente vinculada a todas ellas.

Particularmente importante es distinguirla de la sociología, tal como ésta suele entenderse. La distinción consiste en que, aunque ambas consideren al hombre en su existencia real de ser que vive en colectividad, la demografía se sitúa en un plano más profundo, en el cual las nociones de estructura y de proceso organizado no son apreciadas como dato inmediato, sino por las influencias que ejercen sobre el orden de los fenómenos relativos a un hecho más original y absoluto, la producción de la existencia del hombre por el hombre. La demografía considera también las nociones de estructura y de proceso, pero son para ella de importancia, por decir así, supra-estructural. Lo esencial es la consideración del hombre en la colectividad, y si se tiene obligatoriamente que tener en cuenta que tal colectividad está organizada en sistema social y se mueve según un proceso real particular, esos datos no intervienen como factores constitutivos absolutos, sino sólo por sus efectos en la formación del concepto de colectividad en cuanto tal. Por eso, la demografía tiende naturalmente a acentuar el

42 lado cuantitativo de la noción de colectividad, hasta el punto de ser, por muchos autores, identificada con éste, pura y simplemente. Si la sociología se presenta desde el inicio como una ciencia más caracterizadamente cualitativa de las colectividades humanas, eso se debe a que su interés se concentra inmediatamente en el estudio de las estructuras y de los procesos de tales colectividades, teniendo en menor cuenta, y sólo por vía de mediación, el dato cuantitativo, lo que la lleva a resaltar los rasgos morfológicos y los problemas de las relaciones, estáticas o dinámicas, entre los elementos que componen las totalidades que investiga. Demografía y sociología son campos limítrofes y complementarios del estudio de las colectividades humanas. Por eso, ambos caen bajo las determinaciones genéricas de la antropología filosófica, pero se distinguen una de otra en que la demografía acentúa el papel de la cantidad en el hecho cualitativo, sin ignorar de modo alguno éste, mientras la sociología considera preferencialmente el lado cualitativo del dato cuantitativo, sin ignorar tampoco que las relaciones estructurales y los procesos de desarrollo que examina no tendrían existencia ni se explicarían sin la presencia de las cantidades que intervienen en ellos. Así, por ejemplo, la composición de la familia, la mortalidad o la distribución de la fuerza de trabajo son simultáneamente objetos de estudio de la demografía y de la sociología. Lo que los aúna, es que los dos son objetos de un punto de vista superior a ambos: la reflexión antropológica. En el plano empírico, la familia es objeto de la demografía más especialmente por su constitución numérica y porque el hombre no vive sino agrupado en unidades familiares, cuyas determinaciones cuantitativas reflejan un cierto modelo de estructura de relaciones sociales y un particular papel en el proceso histórico de la colectividad. Mientras, la familia es objeto de la sociología con la complementariedad inversa, es decir, estudiándose hasta qué punto las determinaciones cuantitativas actúan sobre el sistema de relaciones en que se presenta ese organismo social.

En el capítulo siguiente examinaremos con más detenimiento los problemas resultantes de la concepción ahora sumariamente expuesta. Bástenos, por el momento, indicar la colaboración que la demografía, como ciencia antropológica, puede recibir de la filosofía, por el hecho de que, incluida en el ámbito de la reflexión existencial y servida por el método dialéctico, se encuadra en una serie de conceptos categoriales y de principios normativos que le abren perspectivas fecundas de comprensión de su objeto y de esclarecimiento de sus procedimientos heurísticos. La concepción de la demografía como ciencia antropológica y existencial permite que la filosofía aporte a los estudios demográficos un precioso auxilio, que se expresa, entre otras, en las siguientes contribuciones:

- 1) La filosofía permite dotar a la demografía de una teoría de

la conciencia científica, de naturaleza crítica, con lo que el demógrafo adquirirá el instrumento primordial que le permitirá examinar los resultados de su actividad y reformular muchas de sus afirmaciones a la luz de un nuevo concepto de su trabajo intelectual. En efecto, gran parte de las actuales perplejidades y de las desviaciones de la elaboración demográfica resultan de la imperfecta preparación teórica del científico para la ejecución de sus tareas profesionales, derivada de la falta de reflexión sobre los presupuestos de su propia conciencia y de las condiciones objetivas, históricas, sociales en que opera. La ausencia de reflexión previa a este respecto produce en el científico un estado de ingenuidad intelectual. Durante el período de su formación cultural y de estudio de su especialidad, recibe con el mayor candor, sin posibilidad de someterlas al indispensable análisis crítico, todas las enseñanzas que le sean transmitidas. En su vida profesional repetirá más o menos mecánicamente lo que le haya sido inculcado como principios generales y técnicas de investigación. No se le despierta una conciencia crítica y ágil en la elaboración de una visión original de los datos que tiene que manipular. La filosofía, investiéndole de una conciencia auténtica, alterará su actitud frente a la realidad, lo liberará de los comportamientos pasivos, para convertirlos en portador de un pensamiento constantemente crítico de las ideas y hechos que examina, y creador de perspectivas originales.

2) La filosofía procede al análisis interpretativo del valor de las nociones, categorías y métodos de la ciencia demográfica. Su papel es el de proveer los principios de que se valdrá el demógrafo para la crítica e interpretación de las técnicas tradicionales y de las experiencias que su actividad investigadora le proporciona. Conociendo ahora que su campo de trabajo se incluye en el dominio de una visión más amplia —la del hombre comprendido en la totalidad de su naturaleza—, el demógrafo revisará y criticará permanentemente los soportes metodológicos de su ciencia, indagará las ideas generales por las que se orienta y cual es el verdadero contenido de las nociones universales que utiliza. Si no fuera alertado, por la filosofía, acerca de la posibilidad del empleo ciego, acrítico, de ideas generales, que por su contenido, van a influir los resultados de operaciones prácticas, el demógrafo permanecería esclavo de la formación recibida, sin progresar al paso de su propio trabajo ni asumir la actitud interpretativa que es el primer peñón para convertirse en un sujeto creador de conocimiento.

3) La más preciosa de las indicaciones de la antropología filosófica es la que acentúa la necesidad de pensar concretamente la realidad del hombre. En el curso de este estudio se indicará, con frecuencia, que una de las ingenuidades más repetidas en la investigación demográfica es la falta de la consideración auténticamente concreta

44 del ser humano. El hombre al cual se refieren los censos, encuestas, medidas, tasas, no llega a tomar forma y consistencia de ser vivo real, porque, dada la imperfección resultante del carácter abstracto, forma lista, de las ideas generales que orientan el trabajo demográfico, el objeto de estos estudios queda despojado de toda realidad efectiva, se vuelve un simple dato anónimo, sólo caracterizado por una expresión numérica. El hombre es comprendido como un ser aislado, que el científico colectiviza *por afuera*, por la agregación con otros aislados semejantes. Tendremos ocasión de mostrar que, cuando la demografía se refiere a la cualidad de su objeto, a la cualidad de las poblaciones —por ejemplo, o a la distribución cualitativa que presentan—, está, en verdad, lejos de aplicar en forma correcta el concepto de *cualidad*, justamente por no darle el carácter existencial concreto que le es propio. Lo anterior reduce la demografía a la curiosa condición de una ciencia que, debiendo conocer el estado y las variaciones de las colectividades humanas, de manera que haga comprensible la realidad del hombre como individuo, por las abstracciones y el formalismo que la dominan se convierte en una ciencia cuyo objeto, en rigor, es *nadie*. Por ausencia de auténticas categorías antropológicas existenciales, sólo puede hablar del hombre después de haberlo despersonalizado al punto de reducirlo a *nadie*. Ahora bien, lo propio del hombre real es ser siempre *alguien*. Como tal, debe considerarlo la demografía. Aun cuando lo trata colectivamente y en razón de la cantidad, es a un conjunto de seres humanos existencialmente distintos y subsistentes cada cual en la dignidad de su persona, a lo que ha de referirse. Está claro que entre *individuo* y *colectividad* existe una contradicción. La lógica formal, por aislar y contraponer conceptos, y agotarse en ello, es incapaz de superar tal contradicción. Veremos, más tarde, que una de las grandes contribuciones de la lógica dialéctica a la demografía está en superar racionalmente esta contradicción. La filosofía corregirá también otra distorsión de perspectiva, habitual en los estudios demográficos, mostrando la necesidad de introducir, como noción categorial, en todas las consideraciones de la ciencia, la del hombre como *ser en situación*. El desconocimiento de este concepto priva a la demografía de ricos caminos de investigación, y le impide rectificar muchas de las ingenuidades que ahora cultiva; si, en cambio, lo admite, dará insospechada profundidad a sus análisis y un enriquecimiento singular a sus teorías específicas.

4) Conviene destacar esta posibilidad como un beneficio peculiar de la concepción antropológica de la demografía. Las teorías demográficas han menospreciado hasta ahora la consideración de la realidad existencial del hombre, para atenerse a modelos abstractos en los cuales el ser humano aparece despersonalizado, esquematizado en simple elemento anónimo de una colectividad. La teoría demográfica

sólo cobrará veracidad cuando sus fundamentos sean auténticamente críticos. Para eso es preciso que reciba de una disciplina más general, que la englobe, los principios y normas que le permitirán reflexionar sobre los límites, el valor histórico, la aplicabilidad restringida, pero concreta de sus enunciados. A partir de ahí, sus teorías adquirirán cariz legítimamente crítico y no serán ya combinaciones abstractas, y muchas veces arbitrarias, de ideas, o reflejo ideológico de situaciones personales del demógrafo, las que no llega a percibir por no haberse constituido en auto-conciencia de su actividad intelectual. Las teorías demográficas, como señala Chevalier, han representado un límite por vencer, un obstáculo al progreso de los conocimientos demográficos: "Límites, resultantes de las doctrinas de la población que continúan contraponiéndose sobre planos muy alejados de la propia realidad estadística".¹ La razón de este hecho se encuentra, no en la carencia de datos, ni en los excesos especulativos, sino en el desconocimiento de los correctos fundamentos del pensar teórico.

5) Estrechamente ligada al área de las consideraciones anteriores está otra de las contribuciones de la antropología filosófica a la demografía: la delimitación del ámbito de verdad de las conclusiones de esta segunda. En efecto, una ciencia no puede establecer los límites de su validez sino a la vista de criterios lógicos y epistemológicos que no le pertenecen originariamente, sino que deben provenir de otro plano u orden de conocimientos más fundamental, más general, que ejerza de derecho una función reguladora en relación a la primera. La ignorancia de esta regla de la teoría de la ciencia deja a la demografía a merced de especulaciones fortuitas e indisciplinadas. La verdad de sus conclusiones no está fundamentada en principios de validez general.

6) Por último, otro servicio que la filosofía puede prestar a la demografía consiste en situar correctamente a esta última en el cuadro de las ciencias. La demografía ha visto su situación epistemológica variadamente interpretada, en razón del desconocimiento de los principios lógicos que definen la clasificación de las ciencias. La teoría filosófica de la demografía corregirá esta imprecisión.

Estas consideraciones sobre la esencia de la demografía como ciencia del hombre en colectividad, nos hacen sentir la necesidad de un mayor esclarecimiento de su objeto y de los problemas que el enfoque peculiar a la demografía propone con relación a él. Tal será el tema del capítulo siguiente.

¹ Louis Chevalier, *Démographie Générale*, pág. 52.

II. EL OBJETO DE LA DEMOGRAFIA

El problema que se presenta al demógrafo que desea someter su ciencia al análisis epistemológico es de marcar su campo propio, por el establecimiento de *en que*, de *como* el hombre se constituye en objeto de sus investigaciones. Para que la demografía no se confunda con otras ciencias afines es preciso considerar *aquello en que el hombre es su objeto* desde dos ángulos: el contenido y la forma. El contenido de la demografía es la realidad del hombre en su presencia en el mundo, bajo la única determinación de ser un animal que vive en colectividad y eleva ésta a la condición de objeto de su conciencia, al hacer de ella la materia de un campo especial de conocimientos. La forma es el conjunto de aspectos por los cuales la existencia en colectividad se manifiesta al examen exterior, puede ser apreciada y corresponde a la esencia objetiva del hombre en colectividad, considerados tales aspectos simultáneamente en lo cuantitativo y en lo cualitativo. Los principales aspectos formales por los cuales es posible aprehender la realidad del hombre son los siguientes: biológico, social, económico, político, y existencial. La consideración histórica de la realidad demográfica del hombre no constituye un aspecto aparte, porque pertenece a la naturaleza de todos, abarcándolos como un punto de vista supremo y universal que da a cada cara particular su plenitud inteligible. Cada uno de estos aspectos, dentro de su perspectiva propia, tiene que considerar al hombre según el modo de comprensión histórica, pues la historicidad no es un atributo extrínseco de este ser, sino una nota constitutiva de su esencia, y como tal está presente en todas las consideraciones que con él se relacionan.

Tampoco la tendencia gregaria del ser humano representa una nota externa, y por eso no constituye uno de los aspectos formales en que la demografía tiene que considerarlo, por la sencilla razón de que es una nota definidora esencial siempre presente en todos los aspectos formales en que se puede descomponer y apreciar su realidad. La demografía se ocupa de la existencia en colectividad, la toma en su significado más general, y así se distingue de otras ciencias, como la

48 sociología, que estudian empíricamente los modos según los cuales se realiza esa condición de ser. Se acerca al plano de los análisis existenciales por la generalidad de la nota de colectividad, de comunicación en que capta el modo de ser del hombre.

La afirmación de que la demografía, como otras ciencias, tiene por objeto al hombre, no debe hacernos olvidar que el hombre es también su sujeto. Eso significa que las notas o aspectos que definen la inteligibilidad del hombre como objeto de la demografía revierten sobre él como una aclaración adicional de su ser, puesto que valen también para él en cuanto sujeto de esa ciencia, o sea, autor, creador de esta especie del saber. Particularmente decisiva a este respecto es la exigencia de concreción. No es el *hombre en general*, no es un sujeto abstracto, oculto, el que produce el conocimiento demográfico, el que se interesa por la investigación de los fenómenos de la población; en verdad, es un sujeto siempre existente *en situación*, viviendo en cierta localización histórico-territorial, con determinado *status* social, sometido a un sistema de condicionamientos materiales, ideológicos, etc. Para comprender más profundamente el significado de la demografía como ciencia, es preciso concebir al hombre, no tan sólo como el ser de que ella trata, sino también como el que trata de ella, que la crea y desarrolla como saber, organizado según principios normativos y conducidos por métodos sistematizados. La consideración del hombre como sujeto de la demografía nos llevaría a reflexiones sobre la tipología del demógrafo, al estudio de sus condicionamientos como científico, al papel que ejercen sobre los resultados de su trabajo las determinaciones materiales y sociales de éste, como el hecho de que en la actualidad el especialista tiene que ser necesariamente un funcionario del Estado o de organizaciones internacionales, públicas o particulares, pues la profesión de demógrafo difícilmente podría ejercerse en forma privada. De ahí resultan inevitables condicionamientos, según reconocen Hauser y Duncan al estudiar la demografía como profesión. Consideran dichos autores que es función de la sociología del conocimiento informarnos sobre el modo cómo las características de la profesión demográfica afectan al progreso de la demografía. Y agregan: "En virtud de la dependencia en que se encuentra la demografía, de los datos reunidos por los gobiernos, y por otras razones, las actividades profesionales de los demógrafos tienden a ser diferenciadas y especializadas de acuerdo con el tipo de filiación a una institución".¹ La filiación ideológica del trabajo del investigador originada por este hecho, no necesita ser acentuada; pero no por ser la regla general debe dejar de estar presente en el espíritu de todo crítico que se dis-

¹ Hauser y Duncan, *The Study of Population*, Cap. 5, *Demography as a profession*, pág. 116.

ponga a enjuiciar los resultados de los análisis y técnicas demográficas. Es imperioso profundizar más la verificación del condicionamiento del demógrafo por las circunstancias de su trabajo y por el tipo de agencia social que lo subvenciona llevando la indagación hasta el plano de las diferenciaciones ideológicas, tanto las introducidas por la formación cultural del profesional, como las creadas por los intereses sociales de los organismos, públicos o privados, que lo sostienen. Nuestro intento en este momento, sin embargo, no es estudiar el hombre como demógrafo, sino como objeto del estudio de éste.

INDIVIDUO Y POBLACIÓN.

La característica de la colectividad en que el hombre existe es la de constituir una población, en sentido demográfico. Si el hombre existe sólo como elemento de una población, cabe indagar cómo se relacionan individuo y población, y cómo se distinguen, en cuanto objetos de la demografía. Encontramos aquí un excelente ejemplo de la afirmación anteriormente hecha, de la necesidad de manejar categorías dialécticas para comprender y fundamentar el pensar científico en demografía. En efecto, entre las realidades mencionadas en esos dos conceptos se traba una relación de implicación recíproca que no se aclara con el mero empleo de principios lógicos formales. El concepto dialéctico-existencial de hombre como ser *en situación* se particulariza en el campo demográfico, reduciéndose al de hombre como *ser en población*. Significa eso decir que el individuo no tiene existencia apreciable desde el punto de vista demográfico sino cuando es considerado como miembro de una *población*, definida ésta por notas lógicas, que cabe a la demografía dilucidar. Pero, inversamente, no se puede hablar con sentido de *población* sino interpretándola como un colectivo de unidades individuales, que, siendo humanas, son en sí únicas, cada cual original e insustituible en su existencia, y que imprimen al todo las características peculiares de las partes, o, mejor dicho, imponen al todo la necesidad de ser concebido tomando en consideración los rasgos determinativos con que cada unidad figura en la totalidad. Encontramos aquí el origen de la noción lógica de *media demográfica*. En efecto, el individuo ingresa en el todo colectivo con la totalidad de sus determinaciones personales; pero, dado el volumen numérico del conjunto, no se puede llegar a concebirlo con la representación clara de los cualificativos de cada uno de los miembros que lo componen, lo que sobrepasa la capacidad de representación y de concepción. De ahí resulta que son los valores medios de los rasgos con que los individuos figuran en el conjunto, los que son considerados. La demografía no puede apreciar el dato individual sino por mediación de la *media* con que ese dato figura en el conjunto. La población se

50 constituye, por tanto, como un colectivo uniformado por las medias de los valores de sus elementos componentes. Eso significa que, si por el aspecto cuantitativo la *media* anula las diferencias individuales, encubriéndolas bajo la uniformidad del valor medio, que surge como representativo del todo, por el aspecto existencial tal no acontece, pues en este sentido no hay operación mediadora, pero sí es preciso conservar la noción de que el individuo nada pierde de su realidad personal al ser considerado, demográficamente, como miembro de una población. Por eso, cuando entendemos la demografía como ciencia antropológico-existencial, necesitamos abandonar los modos de pensar típicos de la percepción exclusiva o predominantemente cuantitativa, los cuales, cuando se refieren a cualidades, sólo las consideran en sus valores medios. Tenemos que asumir otro modelo de pensar, el que alcanza a través de lo múltiple la realidad esencial única, personal, intransferible de la *unidad* que figura en él.

Para ahondar en este problema, debemos penetrar en el meollo de esa correlación entre la unidad y el múltiple. Observemos, en primer lugar, que, tratándose de una colectividad biológica, no se da la equivalencia de duración de existencia entre el individuo y el todo. Este, como realidad objetiva, precede y sucede al individuo aisladamente considerado. Cada hombre existe en una población, que ya existía antes de su nacimiento, y que continuará existiendo después de su muerte. La población no se forma por el nacimiento de algún individuo en particular, pero tampoco sin el nacimiento de sucesivos individuos. El múltiple poblacional presenta la fisionomía de entidad objetiva relativamente estable, porque es un proceso dotado de cierta regularidad en su curso temporal. Permanece relativamente idéntico a sí mismo al costo del cambio, de la substitución de sus partes. Dentro de él se produce el flujo de los individuos que lo forman al formarse en él. El individuo precisa de la población para nacer, subsistir y morir; pero la población precisa del individuo para conservarse y ampliarse con la relativa estabilidad de un todo en movimiento que perdura gracias a la substitución de sus partes unitarias. La dialéctica del individuo y de la población consiste en la interpenetración de dos procesos de naturaleza distinta, pero correlativa cada cual con ritmo y cualidades propias, mas condicionadas mutuamente. Al contrario de las multiplicidades estáticas, que, cuando finitas, suponen la simultaneidad del todo y de las partes, aquí, tratándose de procesos recíprocamente implicados, no sólo la multiplicidad se conserva aun extinguiéndose cualquiera de sus partes individuales dinámicas, sino que, como la extinción del individuo es condición de la permanencia del todo, éste es capaz de variar el carácter a lo largo del tiempo justamente como consecuencia de la contribución de cada proceso-parte. Por eso, cambian las calidades de la población en función de la variación de las

calidades de los individuos; pero, lo que constituye el rasgo distintivo de este proceso, es que, aun desapareciendo los individuos que han dado al conjunto tal calidad, ésta se conserva en la población por transmitirse a otros miembros que ingresan en ella por el nacimiento. Así, por ejemplo, el grado creciente de cultura de una población puede tomarse, en el aspecto colectivo, como un índice de tal población, cuando en verdad es producto de la ascensión cultural individual de cada uno de sus miembros. Estos, por su desarrollo cultural, incrementan la cultura del todo, que, de esta manera, la transmite a los nuevos miembros en grado más elevado, lo que les permitirá, a su vez, progresar y enriquecer todavía más el todo.

En esta acción recíproca entre procesos se encuentra la característica más saliente de la dialéctica de la parte y del todo en demografía. Otros aspectos, merecen ser citados. Uno de ellos es la naturaleza peculiar de la génesis de las partes. Al contrario de las totalidades que se forman por mera agregación, la totalidad poblacional, es factor genético de sus mismas partes, o sea, la población engendra al hombre que, a su vez, la engendra. Es decir, que el individuo no puede nacer sino de una colectividad preexistente, que le confiere la realidad física, así como los rasgos existenciales, sociales, que definirán su individualidad. Se establece de este modo un vínculo original de condicionamiento intrínseco de la parte por el todo. Hablando en sentido figurado, podríamos decir que la parte es un producto de la voluntad del todo, lo que por lo demás hasta cierto punto se tiene que admitir como verdad literal, cuando reflexionamos en que el nacimiento de un nuevo ser humano es determinado en medida cada vez más ponderable por la voluntad de la *población*, en el sentido de que está sujeto a las normas de la conciencia social en ella vigente, que dicta procedimientos, cultiva valores y se expresa, entre otros mecanismos compulsivos en la regulación, por la familia, del nacimiento de sus miembros. Lo mismo cabe decir de la mortalidad, la cual, sea por las influencias inconscientes y fatales del estado material y social del colectivo, sea por deliberaciones conscientes, como en el caso del infanticidio en las poblaciones primitivas, del aborto o del suicidio, es igualmente el resultado de una acción de la totalidad sobre los componentes. El hombre no nace ni muere *por sí*, sino por la mediación, consciente o inconsciente, del *otro*, representado colectivamente por la población, en particular por razón del grado de desarrollo económico de la sociedad nacional.

Las repercusiones psicológicas y existenciales de esa relación son muy variadas; baste decir que sobre ese fundamento se elabora la explicación última de la función que compete a los rasgos sociales, económicos y políticos del colectivo humano. Tales aspectos son como la supra-estructura de la situación original, expresada en profundidad

52 en la dialéctica del individuo y de la población. Pero, además de comprender que el hombre no existe sin el pueblo ni el pueblo sin el hombre, es preciso acentuar de qué manera los rasgos definidores de cada una de estas realidades se comunican a la otra. Ya nos hemos referido a la necesidad de introducir en demografía la preocupación de concreción. El conseguirlo es complejo y delicado, por cuanto no basta definir, por inferencia del concepto general de demografía como ciencia antropológico-existencial, la concreción del individuo que es objeto del estudio demográfico. Igual de importante es discernir acerca de la concreción de la población. El pensar dialéctico nos obliga a ampliar el horizonte del concepto de *objeto de la demografía*: en último análisis, es siempre el hombre; pero ahora, sabemos, es el hombre mediatizado por la totalidad de la que es parte: la población. Cuando la demografía convencional se define a sí misma como estudio de las poblaciones, ignora, en virtud de su procedimiento formal de pensar, la realidad del hombre individual como elemento y soporte último de la existencia de la población. Si, viceversa, tomáramos los individuos como unidades de estudio, desconociendo la validez de la población, estaríamos quizás haciendo antropología, en un sentido, por lo demás, discutible; pero, ciertamente, no demografía. Esta sólo se organiza auténticamente como ciencia cuando, por el empleo del método dialéctico-existencial del pensar, reconoce la unidad dinámica formada por la interacción de la parte y del todo, y sobre este cimiento construye su edificio científico. Por consecuencia, es necesario extender la noción de concreción a la población, de modo que no se proceda por vía abstracta y formal cuando a ella nos referimos.

Toda población es siempre una población, aun en el caso límite en que se entienda como tal la humanidad entera. Decir que es concreta, equivale a decir que es un proceso concreto, o sea, que cada población-proceso se distingue de todas las demás por notas particulares, que la ciencia demográfica no puede ignorar. El desconocimiento de este hecho la priva de gran parte de su fecundidad, entregando a otras ciencias afines, como la economía, el derecho de explicar objetivamente la realidad que investiga. El concepto de concreción de las poblaciones tiene que estar íntima y constantemente relacionado con el de los individuos, ambos entendidos como procesos. Es posible establecer, con carácter teórico, un modelo de relación entre los dos tipos de proceso, y, en verdad, ésta es una de las tareas de la lógica demográfica. Pero la investigación de los mismos tiene que hacerse siempre observando en la práctica la naturaleza concreta de cada uno. No debe confundirse en ningún caso pensamiento concreto con aplicación empírica de modelos teóricos concebidos especialmente para contener la nota de concreción. El concepto de *concreto* tiene que ser inducido de la práctica, de la observación, del contacto con el objeto poblacional, y no im-

puesto a él, para encuadrarlo como una categoría *a priori*. La demografía corriente puede lograr esto sin alcanzar por ello el plano de la fundamentación dialéctico-existencial de sus principios. Sólo se piensa concretamente la realidad de una población cuando, además de su importe cuantitativo y de las medidas de sus variaciones de estado, se aprehenden objetivamente todos los aspectos que la distinguen de otra cualquiera, y se incluyen estos datos cualificativos en la esencia del concepto que forjamos de ella. Así, si la mención de su estado económico, de la distribución de los individuos por las formas vigentes de producción y de trabajo, es tenida en cuenta como una referencia extrínseca, seguramente no estaremos pensando en concreto su realidad. Lo que define el pensar concreto es que la referencia de un hecho particular a los varios aspectos de la realidad histórica de la población sea entendida como relación interna, como la conexión de cada aspecto con los otros de la población en el propio seno del concepto, y no como una conexión entre varios detalles aparentes de la realidad objetiva o como la proyección de un dato central en otros colaterales. Si examinamos, por ejemplo, el aumento o la disminución de la natalidad en cierta población, no basta con referirlos exteriormente al conjunto de factores económicos, sociales, ideológicos, etc., vigente en el contexto; es preciso incluirlos en el concepto de la población que presenta tales índices y manipular estos aspectos, no como algo externo, como simples parámetros, sino como datos constitutivos del objeto concreto que es la población en estudio.

La producción teórica del concepto concreto, así como la práctica de los trabajos de investigación de carácter auténticamente crítico, sólo pueden ser llevados a cabo si nos valemos de otra noción categorial, la de totalidad dialéctica. Lo que define esta categoría es que expresa una relación interna entre las partes de un todo y el mismo todo en virtud de la cual, cada parte, sin dejar de ser parte, refleja en sí la realidad objetiva del todo, y éste implica en su concepto concretamente los elementos parciales que lo componen. Tiene lugar así una conjugación interna entre parte y todo, una implicación y expresión recíprocas, que se oponen a la idea formal de totalidad como agregado de partes ligadas por una relación externa. Pero no es solamente la implicación recíproca, es también el dinamismo natural de toda realidad lo que se contiene en el concepto de totalidad dialéctica. Ni las partes son invariables en sí mismas, ni tampoco el todo que componen, el cual posee, por eso, doble movilidad: la que le es propia en cuanto totalidad relativamente autónoma y capaz de ser pensada con abstracción metódica de las partes, y la de estas mismas partes que se incluyen y reflejan en él. Se produce así la noción de *proceso* con toda la complejidad de los antagonismos lógicos que contiene y le dan la fuerza motriz de su desarrollo, noción esencial a la comprensión de una

54 totalidad real que necesariamente se encuentra en permanente transformación. Asimismo, las totalidades concretas tienen como aspectos distintivos complementarios el lado cuantitativo y el cualitativo. De hecho, estando compuestas de partes, es intrínseco a su concepto un número representativo de la suma de estas partes. Pero, como éstas se distinguen las unas de las otras por notas cualitativas propias —por ejemplo, por la distribución de los elementos según el sexo—, pertenece igualmente al concepto del todo, como un dato interno de su composición, el lado cualitativo de sus elementos. Ambas nociones no faltan jamás, y por eso el todo no puede ser completamente definido por el mero contar sus partes; su noción implica la de cualidad, como consecuencia de no ser posible concebir los ingredientes que lo constituyen sin las respectivas notas cualitativas. En consecuencia, la implicación recíproca entre el todo y las partes, el dinamismo del conjunto y su doble cara, cuantitativa y cualitativa, son categorías lógicas que no pueden faltar en la determinación de una totalidad a la que se le reconoce naturaleza dialéctica.

Tal es el caso de la totalidad poblacional. Aplicando a ésta lo que se acaba de exponer, se verifica que no es posible ni aislar el concepto de *población*, vaciándolo de su contenido objetivo, los hombres que la componen, ni concebir a éstos sin la referencia a su condición de elementos de un conjunto que los envuelve. No se trata de pensar sucesivamente estas dos nociones, sino de aprehenderlas en una representación simultánea y mutuamente implicativa. El individuo no existe primero, para tornarse después elemento de un grupo poblacional; ni una población precede lógicamente a sus componentes. No es legítimo pensarlas a una y a otra aisladamente, para, en seguida, relacionarlas por un vínculo exterior, establecido *a posteriori*. En la unidad del uno y del múltiplo, del individuo y de la colectividad, del habitante y el pueblo, tiene que estar apoyado, como en un centro, en una fuente única de inteligibilidad, el pensamiento teórico en el campo de la demografía. Cada individuo es la población a la cual pertenece, y que refleja en su condición antropológica-existencial, así como la población es el agregado de los individuos reales, cualitativamente distintos, que la constituyen. Este es el fundamento lógico de la idea, ya percibida por varios demógrafos, de que no solamente es imposible desconocer el doble carácter, cuantitativo y cualitativo, de los datos demográficos, sino que tampoco es legítimo ignorar que se condicionan y penetran recíprocamente, de tal suerte que no hay cantidad que no deba ser entendida como poseída por un múltiplo de elementos, con cualidades distintas, ni la cualidad de cualquier dato demográfico va aislada de la referencia al *quantum* de individuos de una población que la poseen en común. Con todo, el simple reconocimiento de la exigencia recíproca de la cantidad y de la calidad no

representa todavía una categoría dialéctica, pudiendo permanecer como relación formal, si no es entendida como expresión de una relación inherente a la propia realidad del objeto, desde donde, como reflejo, pasa al concepto que el pensamiento forma de él. Los demógrafos generalmente no van más allá de aquel primer momento, no llegando, por tanto, a producir un auténtico concepto. Es lo que parece expresar Chevalier: "No hay cantidad sin cualidad, y no hay cualidad sin cantidad de la cualidad. Notemos, por lo demás, que los instrumentos esenciales de la propia demografía cuantitativa, los censos, toman ampliamente en consideración las exigencias cualitativas, cuando dan informaciones sobre la edad, el sexo, el estado civil. Así, desde el punto de vista del fondo del problema, no hay sino una sola demografía, cuantitativa por sus exigencias estadísticas, cualitativa por las circunstancias consideradas, mas finalmente cuantitativa también por las reglas estadísticas necesarias al estudio de estas propias circunstancias". Y agrega: "El estudio cuantitativo plantea el problema de la investigación cualitativa... Las propias preocupaciones puramente cuantitativas deben tomar en consideración elementos biológicos, económicos, sociales, intelectuales mismos, es decir, elementos cualitativos".¹

La idea de *proceso*, como categoría para aprehender los fenómenos demográficos, exige igualmente ser entendida en su naturaleza logico-dialéctica, es decir, en la contradicción immanente a ella entre *movilidad* y *reposo*. La inmovilidad es siempre relativa, y se refiere a las condiciones prácticas en que se realiza la manipulación de los datos; el dinamismo, en cambio, es el aspecto absoluto, dominante, y se descubre en todo dato desde que se penetra hasta la representación de su esencia. En demografía esta contradicción se presenta bajo la forma de la distinción, bien conocida, entre *estado* y *movimientos* de una población. Se entiende por *estado* de la población su realidad en cierto instante, su tamaño, su distribución territorial y su composición por sexo, edad, formas de ocupación, etc. Por *movimiento*, su variación en el tiempo, lo que significa estudiar la natalidad, la nupcialidad y la mortalidad, o su variación en el espacio, y tenemos entonces por finalidad la investigación de los fenómenos migratorios y de los índices de extensión en la ocupación de las áreas disponibles. Si es conveniente conservar esta distinción, no debemos utilizarla sin la debida comprensión lógica de lo que estamos haciendo: sabemos que no hay reposo demográfico, que lo llamado *estado* es, en verdad, al menos en una primera aproximación, un corte ideal en el flujo de un proceso, realizado para apreciar mejor ciertos datos de la realidad dinámica de las poblaciones. Real sólo lo es el movimiento, el flujo que engloba tanto el proceso unitario, el micro-proceso que es la exis-

¹ Louis Chevalier, *op. cit.*, págs. 69 y 130.

56 tencia de cada individuo elemento del todo, como este mismo todo en su más compleja y envolvente movilidad. El reposo, el *estado*, es una abstracción, una imagen de la cuantificación y de la repartición cualitativa del todo en aspectos distintos, que representamos en forma de ideas, de la cual excluimos intencionalmente la nota de variación. La división no es arbitraria, porque respeta diferencias objetivamente existentes, siendo por ello justificada. No se trata solamente de contar objetos invariables, sino datos del proceso poblacional general. De esta forma, se ve que, sin la apreciación lógica dialéctica, corremos el riesgo de establecer divisiones de carácter absoluto en un todo que unifica en su dinamismo las distinciones que se puedan apreciar en él, y por eso invita a pensar su realidad conjunta no ya como unidad de *parte* y *todo*, sino también de *estado* y *movimiento*.

El concepto de flujo de la totalidad nos da la representación más perfecta de esta situación. La población constituye realmente un flujo que se procesa en el espacio y en el tiempo. Una determinada área habitable es cruzada a lo largo de la historia por una cohorte de seres humanos que entran por una extremidad y se evaden por la otra, distribuidos en variadas formas mientras permanecen en tránsito dentro de tal área. Son vetas o corrientes de este flujo. Según estudiamos el fenómeno del flujo, en sí mismo, tendremos la dinámica de la población y los acontecimientos concretos que son el nacimiento, la muerte y las migraciones. En cambio, mientras cruzan el área, los elementos presentan un volumen mensurable, no se distribuyen de manera uniforme, sino según calificaciones específicas que diversifican la corriente total, y se da el caso de poder estudiar el aspecto general que tales elementos ofrecen como si fuera algo estático y, por eso, se puede hablar de *estado*. La reflexión sobre estos conceptos nos conduce a descubrir la importancia de otros dos, ligados a ellos: los de limitación y calificación.

El análisis, estático o dinámico, de las poblaciones nos hace ver que en todos los casos tenemos que establecer un *límite espacial* y *temporal* para la totalidad en examen. Incluso en el caso máximo en que por población se entienda la humanidad entera, todavía ahí se impone a la reflexión el concepto de límite, si no espacial (mientras los hombres no se trasladen a otros cuerpos celestes), por lo menos temporal. En los análisis corrientes de la demografía, aquellos que tienen por escenarios el área de una entidad nacional, el concepto de *frontera* es constitutivo del procedimiento lógico. Se entiende en el espacio como frontera propiamente dicha y en el tiempo como *fecha*. En un caso como en el otro, son siempre límites para encuadrar el razonamiento entre términos finitos. Lo que figura como fecha en la investigación demográfica es, en verdad, el límite temporal de un proceso que puede ser el individual en el interior del proceso colectivo

o un límite señalado a este último en el curso de la duración cronológica, por ejemplo, la fecha de un censo. El rasgo distintivo de este dato demográfico es que la fecha que en la perspectiva de la totalidad es concebida como cantidad, aparece como cualidad en la perspectiva de las partes, pues el nacer o el morir son acontecimientos existenciales, son en sí mismos lo cualitativo puro, no susceptible de medida o cuantificación, y sólo se prestan, a ésta cuando se convierten en hechos de un conjunto que los envuelve. Así, si el hecho de proceder a una estadística de la natalidad implica ignorar *quien ha nacido*, por otro lado, cuando se estudian las condiciones con que el individuo figura en la totalidad poblacional, no es obligatorio conocer los valores cuantitativos de ésta. De tal manera, cuando se estudia la cantidad del todo, es lícito, bajo ciertas condiciones, ignorar la cualidad de las partes; e inversamente, cuando se estudian éstas, puede desconocerse hasta cierto punto la cantidad del todo. En la teoría de la demografía aquí expuesta, los dos aspectos se interpenetran, porque hemos aceptado el carácter antropológico existencial de esta ciencia. En consecuencia, podemos admitir como regla metodológica para el trabajo demográfico este precepto: todas las veces que procedemos a la división de la totalidad poblacional, para efectuar alguna investigación, tenemos que realizar lógicamente la correspondiente recomposición de lo dividido, así como considerar globalmente que el todo implica la referencia teórica a su división interna y la práctica efectiva de esta tarea analítica. La síntesis de lo discriminado, lo mismo que la descomposición de la totalidad, son momentos lógicos de un único acto aprehensivo, y por eso tienen que ser pensados simultáneamente en la unidad del concepto dialéctico, y no como etapas sucesivas de una operación formal, primero analítica y después sintética.

Entendemos por *cualificación* una nota distintiva del colectivo poblacional que sirve para reflejar en un concepto único la apreciación objetiva de su condición en determinado momento. Es un predicado del conjunto, del todo, y por eso sólo puede ser comprendido cuando se lo relaciona con las partes que componen el agregado. Cuando decimos que una población revela una tasa de natalidad decreciente, o que es subdesarrollada, o que posee una estructura de mano de obra predominantemente agraria, estamos haciendo una cualificación del conjunto. Este concepto no debe ser confundido con el de *cualidad*, pues es más complejo y frecuentemente resulta de una reunión de cualidades como factores. Para analizarlo, tenemos que recurrir a la dialéctica de la parte y del todo. La cualificación del todo es un predicado propio, pero resulta de la manera como las partes, por sus cualidades, contribuyen a formarlo. Si atribuimos al todo una cualificación, tenemos, al descubrir sus fundamentos, su razón de ser, en las partes componentes. Pero, inversamente, éstas no pueden ser caracterizadas sino como re-

58 ebiendo en su ser la influencia de aquella cualificación determinante de la totalidad a que pertenece. Así, una población con alto índice de mortalidad infantil tiene esta cualificación en virtud de condiciones existenciales intrínsecas de las partes; pero éstas sólo se comprenden haciendo intervenir el universo de factores que constituyen la población, mencionando, por ejemplo, el hecho de tratarse de una población económicamente subdesarrollada. Esta cualificación se refleja en todas las cualidades y condiciones del complejo formado por la totalidad de la población. Estas indicaciones son suficientes para convencernos de la conveniencia de profundizar el pensamiento demográfico, transportándolo desde el plano lógico formal, donde no se captan las sutilezas de las ideas utilizadas, los aspectos más precisos de los hechos, hacia el plano lógico dialéctico, donde, con auxilio de otras categorías y según direcciones metodológicas diferentes, se llegará a un enriquecimiento mayor de la comprensión de los fenómenos de la población.

En el análisis de las relaciones entre individuo y colectividad interviene todavía otro concepto fundamental, el de *mediación*. Comprenderemos su significado al comprobar que el todo y la parte, como conceptos extremos, no se relacionan directamente, no se funden el uno con el otro por absorción recíproca. Esta unificación de aspectos o datos contrarios tiene lugar siempre por efecto de una mediación, de la interposición de un tercer concepto, que actúa como factor de vinculación de un extremo al otro. Así, en la dialéctica de la parte y del todo, la función lógica del concepto del mediador determina que las notas singulares de las partes se eleven a la condición de universalidad con que figuran en el todo, y que los atributos del colectivo se distribuyan en las partes que lo constituyen. Nos referimos a la mediación dialécticamente entendida y no a los llamados *términos medios* de que trata la lógica formal silogística. La noción de mediación nos obliga a pensar que en todo conjunto es siempre posible discernir la existencia de subconjuntos en número variable. En el caso de colectivos reales, estos subconjuntos son igualmente reales. De esta manera, cuando pensamos como extremos de un conjunto concreto en el individuo y la población a que pertenece, sabemos, desde luego, que entre ellos existen otras realidades colectivas, mediadoras, mayores que la unidad componente y menores que el todo en cuestión. La búsqueda de estos subconjuntos mediadores es esencial, pues cada uno de ellos representa un modo particular de como el elemento unitario se relaciona con la totalidad. Para todo conjunto objetivo hay, por tanto, un número, definido o indefinido, de subtotales, que representan otras tantas modalidades de pertenencia del elemento a su colectivo total. En el caso de una totalidad concreta, como una población, estos conjuntos mediadores son de máxima importancia y a ellos es a los que se refiere la

demografía corriente, aun ignorando la teorización aquí expuesta, cuando calcula la distribución del conjunto general en sub-conjuntos, tales como los grupos de edad, las clases sociales, el grado de instrucción, las diferencias de origen migratorio, etc. Son agrupaciones reales en el seno del conjunto general, y que desempeñan, desde el punto de vista lógico, la función de mediación entre el universo y el elemento.

El especialista utiliza empíricamente el concepto de mediación, trabaja con él, ignorando su papel, y por eso intentamos llamar la atención hacia la función lógica de tal procedimiento, a fin de que la investigación pase a ser hecha con plena conciencia. Nadie es directamente miembro de la población, sin ser intermediariamente miembro de un segmento de edad, de una clase social, de un conjunto de residentes en cierta localidad, etc. Estas discriminaciones sólo se presentan como *divisiones* del todo para quien se sitúa en una perspectiva formal, cuantitativa o cualitativa. En este caso, sí; los sub-conjuntos aparecen como grupos determinados por un criterio, abstracto o real, en que se hace posible dividir la población. Operando según el modo de pensar formal, las relaciones entre tales subconjuntos y el todo, son concebidas como relaciones externas, los colectivos-partes; por ejemplo, los grupos de edades, integran la totalidad de la población por simple yuxtaposición. Cuando empleamos el método dialéctico, la relación entre los grupos componentes reviste el carácter de relación interna, de tal modo que dos grupos de edad no representan dos secciones contiguas, sino momentos de un proceso evolutivo continuo que la existencia de cualquier individuo recorre. De este modo, no se puede concebir la pertenencia de éste a la población sino como miembro del conjunto intermedio constituido por sus contemporáneos de una misma edad. El concepto de mediación dialéctica asume capital importancia en una ciencia como la demografía, cuya naturaleza simultáneamente cuantitativa y cualitativa obliga a manejar instrumentos lógicos más perfectos y refinados que las sencillas divisiones o clasificaciones practicadas por la lógica formal. Además de la mediación fundamental entre *parte* y *todo*, tenemos que considerar otros tipos, los que se establecen entre sub-conjuntos de varias otras especies, cualitativamente distintos en el seno de la población. Tal hecho se deriva del carácter dinámico de la vida de la población, que determina con frecuencia el cambio en la situación de un individuo, la conveniencia de considerarlo en un nuevo conjunto, que lo representa mejor cuando es sujeto a transformaciones substanciales. Por ejemplo, en una población subdesarrollada en virtud del estado predominante de miseria de las masas, un índice como la duración media de la vida define mucho más adecuadamente el conjunto poblacional que el grado de cultura o la renta *per capita*. A medida que la sociedad evoluciona y progresa económicamente, otros índices, otras estructuras intermediarias asumen importancia relativa

60 mayor, y, por tanto, representan mejor el papel de indicadores del estado general y de mediadores entre el individuo y la totalidad, que la pura indicación de las tasas biológicas o económicas. Es la dinámica del todo la que determina la conveniencia de preferir en un caso concreto éste o aquel conjunto mediador. En este sentido puede decirse que el proceso demográfico se refleja en la sucesión de los conjuntos mediatizantes que con mayor riqueza lógica expresan las etapas por las cuales va pasando el desarrollo general de una comunidad. Cuanto más atrasada la sociedad, la mediación entre el individuo y el todo se hace con mayor veracidad por índices primarios tales como los biológicos y económicos. Una tarea de la ciencia sociológica, que la demografía tiene que aprovechar, consiste en describir y fundamentar la escala ascendente de los índices mediadores que sirven para retratar la realidad de la sociedad en las etapas sucesivas de su desarrollo.

ASPECTO BIOLÓGICO DEL OBJETO DE LA DEMOGRAFÍA.

La realidad del hombre como ser existente en colectividad presenta varios aspectos o facetas por las cuales puede ser aprehendida. Ciencias especializadas, y sus ramas, se ocupan, cada cual, de uno de dichos aspectos. En el campo de la demografía estos se manifiestan por una serie de fenómenos, que constituyen en rigor la materia del estudio demográfico. Los fenómenos por los cuales la demografía se interesa son, en verdad, otras tantas manifestaciones de la realidad antropológica-existencial. El fenómeno demográfico expresa un modo de ser del existente humano; de ahí la necesidad, para la demografía, de profundizar en el análisis llegando hasta los fundamentos ontológicos, si quiere llevar al extremo límite de las posibilidades cognoscitivas el esclarecimiento de su objeto. Claro está que el terreno habitual de los estudios demográficos y la práctica rutinaria de las investigaciones, recuentos y registros, no demandan esta profundización. Pero la formación de la conciencia científica del demógrafo la exige. De lo contrario, podrá ser un competente profesional, trabajar con éxito sobre los datos usuales, pero carecerá de la comprensión exacta, última y perfecta de los elementos que manipula y del objeto que investiga. Permanecerá en el plano de los fenómenos, de las apariencias, sin alcanzar la esencia que debajo de ellos se oculta. En último análisis, conocerá los datos, pero ignorará por qué se presentan como tales y lo que efectivamente significan en términos de existencia humana.

El ser del hombre y el proceso de su vida en colectividad se manifiestan en varios aspectos, cada uno de los cuales es fuente de fenómenos que la demografía estudia. La tarea del demógrafo presenta, en consecuencia, un doble plano: inicialmente, investigar los datos objetivos del estado y movimiento de las poblaciones en sus determina-

ciones cuantitativas y cualitativas, buscando establecer conclusiones que valgan como explicación dentro de los límites de esta circunscripción metodológica. Para llegar a una comprensión más profunda, se hace necesario referir los datos de la aprehensión inmediata a sus orígenes en el ser del hombre. Es natural que se admita que esta profundización no sea materia del análisis demográfico, pero su exigencia no debe ser desconocida por el hombre de ciencia, el cual, si así procediera, estaría, voluntariamente, renunciando a ampliar hasta el límite su deseo de comprensión. Si tales indagaciones de naturaleza más profunda pasan las fronteras de la investigación corriente, no por eso el demógrafo, al cultivarlas, perdería sus esfuerzos, pues agrandaría su ciencia personal con el conocimiento del significado profundo de las ideas que utiliza, de los métodos que aplica y de los fines que tiene en vista. Además, aun en el mismo terreno técnico se forma una comprensión más clara de los datos que examina, puesto que le aparecerán ahora dotados de un contenido humano, de una dimensión existencial, que antes no sospechaba.

El primero de los aspectos con que se presenta el ser del hombre es el aspecto biológico. Vivir es la primera condición para que el individuo se constituya en elemento de una colectividad poblacional. Este aspecto se traduce en el campo demográfico en una serie de fenómenos, entre los cuales los más importantes son el nacimiento, la duración de la vida, la salud, la fertilidad, la fecundidad y la muerte. Cada uno de éstos, tomado en sí mismo, representa uno de los datos de las encuestas demográficas corrientes, aquellos a los cuales se limitan los análisis rutinarios y el interés habitual de los profesionales. Pero, por reflejar aspectos de la existencia humana, precisan recibir, además de la interpretación técnica, la explicación de fondo, esencial, la que liga el fenómeno exterior a la realidad de que se origina, y que es, en el caso, el ser del hombre en situación. El nacimiento es el hecho básico de la ciencia demográfica. Como fenómeno, es una ocurrencia simple, pero, según hemos señalado, posee una naturaleza lógica dual, pues si, de un lado, es el hecho original por el cual se inicia la existencia del individuo que va a integrar la población, presupone, por otro lado, la realidad de ésta, de cuyo seno emerge. El nacimiento, como fenómeno biológico, se refiere sólo al par de progenitores que engendran el nuevo individuo; pero, como fenómeno demográfico apreciado por una conciencia científica crítica, implica la totalidad de la población en la cual se verifica. Desde el punto de vista de la demografía, cada individuo al nacer está engendrando la población que le da nacimiento. Esta es la razón de que, para apreciar el fenómeno desde el aspecto demográfico crítico, se necesite una comprensión lógica no positivista, sino la lógica de la implicación mutua, mientras para comprender la ocurrencia biológica la categoría de

62 causalidad lineal es suficiente. La diferencia se muestra más acentuada cuando reflexionamos que la apreciación demográfica del nacimiento se hace mediante el establecimiento de la tasa de natalidad, que se define como la relación por cociente entre el número de nacimientos ocurridos en una población y el número total de personas que la componen. Así, si biológicamente el nacimiento es un hecho individual que se refiere al ser aislado que en cada caso nace, demográficamente es un hecho colectivo, o sea público, que se refiere necesariamente a la totalidad de la población donde se produce.

Por eso la biología estudia el nacimiento como hecho determinado en cada caso, mientras la demografía estudia los nacimientos como fenómenos estadísticos. No es sólo la diferencia de cantidad la que deseamos mencionar, sino también la de cualidad. Biológicamente, cada ser humano nace solo; demográficamente, nace acompañado de toda la población a la cual va a pertenecer. Esta presencia de la colectividad no es un hecho correlacionado externo, no representa una circunstancia eventual, sino que es constitutiva de la realidad del nacimiento tal como se da en cuanto objeto de la ciencia demográfica. El aspecto biológico se vincula todavía más al fenómeno demográfico, los dos tienden a coincidir, cuando reconocemos que el acto de nacer un nuevo individuo depende cada vez más de las condiciones subjetivas y objetivas de sus progenitores, que, a su vez, son influidas por el estado concreto de la colectividad y por la conciencia general en ella reinante. Hasta cierto punto, puede decirse que, teniendo en cuenta la libertad personal, es la población quien engendra aquí al individuo, por la mediación de sus procreadores biológicos. Cabría introducir el concepto de *paternidad demográfica*, por la cual los padres fisiológicos serían como los ejecutores, los delegados, encargados por la colectividad de hacer nacer un nuevo individuo deseado por el conjunto. Uno de los temas de la sociología de la demografía deberá ser investigar hasta qué punto, en qué forma y por qué motivos la colectividad desea, o no, poseer un nuevo elemento, y cómo elabora los mecanismos compulsivos para favorecer, o no, la aparición del nuevo ser. Será fácil ver que estos mecanismos son, en su mayoría, inconscientes y se cifran en el estado material de la comunidad y en las condiciones sociales de vida, de trabajo y de bienestar; otros, en menor grado, son conscientes, representados por las ideas corrientes en la colectividad respecto a su futuro, su seguridad, el valor que atribuye a la vida, el modo como desea vivirla, la expectativa de sobrevivencia y de educación que formula en relación con el niño, etc. La delegación demográfica de procrear o no, puede ser aceptada o rechazada por los procreadores, y esta decisión representa un nuevo hecho demográfico. En consecuencia, si formalmente el hecho biológico está en el origen del hecho demográfico, dialécticamente ambos se interpenetran, no hay

origen absoluto, porque también el fenómeno demográfico está en el origen del biológico. La evaluación, la expectativa de vida del ente humano por engendrar decide acerca de su efectiva concepción. Pero esta evaluación se hace en función de las circunstancias presentes de la realidad colectiva, entre ellas la idea de que son excesivos o escasos los miembros del conjunto, de modo que éste en amplia medida predetermina el ser que después vendrá a integrarlo. 63

Reflexiones análogas se pueden hacer a propósito de la muerte como fenómeno biológico traducido en hecho demográfico. Si cada individuo muere solo, y a consecuencia de causas internas de su proceso biológico, demográficamente cada defunción es un hecho que sólo tiene significado en una evaluación conjunta. Biológicamente, quien muere es el individuo; demográficamente, quien muere es la población. Y así como el primer fenómeno se entenderá por el empleo de la causalidad lineal, el segundo exige el tratamiento dialéctico. Tomados en consideración los dos aspectos, es justo decir que la muerte de un individuo es predominantemente un hecho social, que se debe, en gran parte, a condiciones letales exteriores a su realidad, al estado del conjunto de la población que todavía no ha alcanzado a erradicarlas. Es la sociedad la que en amplio margen mata a sus miembros, unas veces conscientemente, como en los infanticidios de las tribus primitivas, y en los abortos inducidos; otras inconscientemente, por la estructura inapropiada e inhumana en que los obliga a vivir. En los países subdesarrollados es posible decir que se traba lo que ya ha sido llamada guerra civil invisible en la cual la parte poderosa y rica de la sociedad, en virtud de apropiarse con exceso los escasos recursos generales existentes, condena a la otra parte, generalmente más numerosa, a la fatalidad de la mortalidad precoz. En un país pobre, la mortalidad infantil está, en su mayor parte, representada por víctimas inocentes caídas en el campo de esta batalla incesante e imperceptible.

El fenómeno demográfico de la muerte es, en verdad, el más profundo de los acontecimientos existenciales.

A este respecto la reflexión filosófica contemporánea ha sido fértil en teorías especulativas. No es aquí oportuno mencionarlas, evidentemente. Bástanos con señalar que se pueden distinguir tres acepciones del término *mortalidad*: la filosófica, la biológica, y la demográfica. La demografía aprecia la muerte por varias caras: en sus causas, en sus modalidades, en sus efectos; pero siempre por medidas estadísticas, medias, tasas, en las cuales va incorporado, sin tornarse aparente, el factor cualitativo que determina el fenómeno de la letalidad y el significado existencial que posee. Hasta ahora la demografía se ha limitado al examen de la muerte colectiva. Mas nos parece que, sabiendo actualmente que éste no es el significado profundo del fenómeno, y reconociendo que tal significado es originariamente exis-

64 tencial y toca a la esencia de cada hombre, la ciencia está en la obligación de elaborar una forma de introducir en sus cálculos y tablas la referencia al conjunto de aspectos existenciales, sin los cuales el fenómeno continuará siendo concebido y descrito en la superficialidad de las enumeraciones anónimas. La demografía, en su esfuerzo por progresar, deberá descubrir medios y métodos para que, sin alterar lo que es específico de su actividad como ciencia, consiga superar lo que se podría llamar la contradicción del anonimato. La demografía corriente convierte los índices de mortalidad en el epitafio de la masa anónima. Sin duda, en el recuento el dato demográfico tiene que ser impersonal, pero, como se sabe que tras de cada número lo que existe es un individuo humano, el cómputo debe buscar conciliar lo más posible la indicación cuantitativa con la representación de la cualidad, el dato humano concretamente vivido que en ella se contiene.

Ejemplifiquemos con el caso siguiente: si decimos que en determinada ciudad del área pobre de un país subdesarrollado la mortalidad infantil es de tal tanto por ciento, la información contenida en esos datos oculta el lado cualitativo del fenómeno, o sea, no indica el hecho, absolutamente decisivo, de que no para cualquier niño de los residentes en tal ciudad vale la tasa calculada, porque, si un niño pertenece a las clases más altas de la población, prácticamente tal índice general de mortalidad no le afecta. Como los niños de la clase alta mueren en número inmensamente menor, la influencia que ejercen sobre el cómputo total es relativamente insignificante, pues son los niños de las clases desfavorecidas los que realmente producen por su mortalidad aquel trágico coeficiente. Así, la tasa global que supuestamente pertenece a todos es, en efecto, una abstracción; objetivamente, pertenece a la clase más pobre y más numerosa.

Cuando sacamos un valor global y suponemos que representa la totalidad, lo que se está mencionando es un contingente definido, parcial, aunque casi siempre mayoritario, de la población, oculto bajo el manto de la indiscriminación cuantitativa. Si en tal ciudad mueren, por ejemplo, 100 niños por cada 1.000 nacidos vivos anualmente, no son cualesquiera niños entre todos los de la población los que tienen esta probabilidad de muerte, sino los que pertenecen a los sectores más desprovistos de poder adquisitivo. Por consecuencia, el índice cuantitativo importa un juicio previo cualitativo, bajo la apariencia de aplicabilidad indiferenciada a un total anónimo, que efectivamente nada significa, puesto que ningún niño existe aparte de su posición social. Considerarlo así sería reducirlo a una mera abstracción, un valor aritmético, uniforme, encubriendo lo que de hecho es un valor existencial diferenciado. La demografía tiene que descubrir nuevos rumbos en su investigación metodológica que le permitan unificar en sus análisis la cantidad y la calidad de los datos, de tal modo que, en relación a

los seres humanos de que trata, la consideración de ¿cuántos? no opaquen la preocupación por ¿cuáles?

65

Reflexiones del mismo tipo se pueden hacer con relación a otros fenómenos demográficos, en los cuales se traduce la realidad de la existencia individual. Así, la duración de la vida y la salud. La demografía corriente se ocupa de estos hechos sin interesarse por el contenido existencial que poseen. Si, por un lado, ésta es una exigencia de la ciencia demográfica, como conocimiento predominantemente cuantitativo, que por eso tiene que proceder de este modo, por otro lado el demógrafo no puede, en su trabajo teórico, en su esfuerzo de interpretación y esclarecimiento de los datos recogidos, dejar de tomar en cuenta el significado humano contenido en tales datos. Solamente de esta manera se supera en el plano interpretativo la contradicción que resulta del empleo de cuadros de referencia, ideas y fundamentos arbitrarios, para calcular la probabilidad de ocurrencia de fenómenos concretos. Definiciones de valores demográficos como los de *esperanza de vida*, o *vida media*, incluyen, como raíz de una tabla de sobrevivencia, la noción de *generación ficticia*. El problema epistemológico del demógrafo consistirá en saber si debe contentarse con estos resultados probabilísticos o sí, después de haberlos adquirido por operaciones exclusivamente matemáticas, debe admitir como parte normal y obligatoria de su trabajo interpretarlos cualitativamente, con la declarada finalidad de compensar el anonimato del dato cuantitativo. Creemos que esta segunda, es la actitud correcta. Cabrá al especialista elaborar procedimientos de síntesis dialéctica que integren lo cualitativo en lo cuantitativo, de modo que los valores estadísticos asuman un significado concreto.

El estudio de la fertilidad y de la fecundidad como hechos biológicos, da motivo al mismo orden de consideraciones. Aquello que en sí es un proceso de la fisiología humana, se vuelve objeto de la ciencia demográfica en cuanto se despoja de la representatividad concreta, y se presenta como hecho apreciable cuantitativamente en una colectividad. Se carga de las determinaciones que el colectivo le impone, a medida que se aleja de la referencia a la persona en la cual se produce. El Diccionario Demográfico Plurilingüe de las Naciones Unidas, define la fecundidad en estos términos: "Bajo el nombre de fecundidad se estudian en su aspecto cuantitativo los fenómenos directamente relacionados con la procreación humana considerada en el seno de una población o de una subpoblación". Lo que la demografía estudia es, específicamente, un hecho biológico que se transforma en demográfico por el procedimiento que se podría llamar de *substitución de sujetos*, gracias al cual se deja de pensar en el individuo concreto, la mujer encinta, como la portadora de la fecundidad, para considerar como tal a la población, el sujeto abstracto, lo universal, que envuelve y di-

66 suelva en su seno al particular. Después de esta operación abstractiva, el concepto de fecundidad pasa a valer para el colectivo, que se comporta entonces como un gigantesco sujeto único que da nacimiento un cierto número de veces por año a una cantidad determinada de seres. Para la demografía quien pare es la población, lo que desde cierto aspecto es verdadero; pero como biológicamente quien efectivamente pare es el ser humano, nos encontramos de nuevo frente a la contradicción del anonimato, ya referida, y que no es otra cosa sino la contradicción entre el uno y el múltiple, cuya solución sólo puede ser encontrada por vía dialéctica de la lógica de la superación de los opuestos, por la mención del factor existencial contenido en los datos de las tablas de la natalidad. ¿Cómo se introducirá tal factor? No será evidentemente por la enumeración de caso a caso, lo que, además de su imposibilidad práctica, no tiene interés científico, por no elevarse al plano de las generalizaciones significativas. Se hará introduciendo en el concepto de un aspecto cuantitativo de la realidad un número suficiente de notas cualificativas que permitan pensar, por vía de mediación, el caso singular con un conjunto tal de determinantes que lo hagan distinguirse de lo amorfo del colectivo sin caer en la condición de elemento aislado y único. El problema es, pues, de naturaleza lógico-dialéctica, y consiste en encontrar el plano de generalización abstracta que venga a satisfacer las condiciones prescritas.

ASPECTO SOCIAL DEL OBJETO DE LA DEMOGRAFÍA.

La totalidad social en la cual el individuo desempeña su existencia, se traduce en el dominio demográfico por una serie de fenómenos que son apreciados cuantitativamente en los empadronamientos estadísticos y que el demógrafo denomina *cualidad* de su objeto. Sólo es legítimo el empleo de esta expresión si previamente poseemos la representación correcta del significado de los aspectos sociales demográficamente denominados *cualidades* y, de su objetivo correlacionado en el contexto de la sociedad. Tenemos que aplicar en este caso, como en otros análogos, la noción, ya referida, de multiplicidad de aspectos en que siempre se presenta el objeto propio de la demografía, el hombre en colectividad. Tal multiplicidad se transfiere al campo de la demografía bajo la forma de notas, o *cualidades*, que esta ciencia somete a sus métodos específicos de análisis. Para la fundamentación antropológica del conocimiento demográfico, aquí preconizado, lo que importa es que el especialista sepa ver a través de cada dato concreto singular que investiga, la realidad global del objeto, reflejada en aquel dato. De esta manera, no solamente se unifica en la investigación el dato cuantitativo con el cualitativo, sino también se producen interpretaciones que expresan realmente un modo de ser del objeto demográfico.

El primero y más general de todos los modos como la realidad del hombre en la colectividad se transfiere del campo social para el demográfico, es el concepto mismo de *población*. Si el demógrafo toma este concepto en su puro significado cuantitativo, cometerá el error de no ver que toda población constituye en verdad una *sociedad*. Bajo las especies de la cantidad, lo que existe de hecho es un conjunto definido por notas esenciales cualitativas, que expresan la realidad de tal sociedad. Esta, en efecto, no subsiste como un mero conglomerado de elementos humanos, en el cual se puede verificar, además del número que lo mide, una serie de características de estado y de movimiento, que refieren distribuciones internas, igualmente tratables por procedimientos estadísticos. La realización de estos procedimientos evaluadores, aunque llamado por el demógrafo examen cualitativo, no revela lo que hay de específico en la naturaleza social de los fenómenos en cuestión. Para alcanzar este resultado hace falta introducir categorías efectivamente sociológicas en la comprensión de los datos demográficos. La población, por ejemplo, se convertirá en *sociedad*, concretamente pensada, es decir, dotada de definida configuración humana, presentando determinado grado de desarrollo, constituida por un proceso histórico singular. Sin duda, el demógrafo continuará hablando de *población*, pero ahora verá en ella una *sociedad* con toda su complejidad y especificación económica. Los criterios que utilizará para definir, digamos, lo que llama *movimientos* de una población, no podrán ser tomados inmediatamente, directamente, de las investigaciones demográficas, sino que deberán proceder de la reflexión de que no hay movimientos del colectivo poblacional a no ser como efectos de causas sociales.

Insistimos en que no basta la referencia externa, extrínseca, del dato demográfico a su soporte social. Al hacer esta sencilla correlación podemos no salir del plano formal, con lo que los dos términos permanecerán todavía ajenos el uno al otro. Lo que importa es emplear un procedimiento lógico, que sólo puede ser de naturaleza dialéctica, que unifique en una relación interna la cara demográfica con la sociológica. Así, la población no será sólo un *quantum*, sino un *quale*. No habrá entonces dos poblaciones iguales, puesto que aunque lo fueran por el número y por algunas características generales, serían distintas por las notas sociológicas. Sin duda, la demografía, al estudiar las corrientes migratorias, tiene conciencia de que estos movimientos son efectos de causas económicas y sociales. Pero, aunque profundice el análisis, como al investigar las características profesionales de los contingentes migratorios, o al estudiar los efectos sobre el nivel de los salarios o el desempleo, en todos estos casos es siempre la preocupación por los efectos sobre los índices demográficos la que predomina, y no la de naturaleza existencial, que explicaría por qué el hombre

68 emigra. Si transporta consigo para un país menos desarrollado un valor tal como su fuerza de trabajo, que irá a ayudar al desarrollo de la nación recibidora, es siempre por motivos de vida por los que se decide a este desplazamiento. La demografía corriente, dominada por la visión económica, sólo tiene ojos para el proceso migratorio en sus consecuencias en el plano de la producción. Son raros en la literatura de esta ciencia los trozos en los cuales se vislumbra preocupación por el hecho humano, concretamente vivido. Citaremos como ejemplo un trozo del trabajo de las Naciones Unidas en el cual¹ se discute la cuestión de la inadaptación del emigrante a un nuevo medio, y se muestra la inevitable oposición entre los intereses del individuo emigrado y los del país que lo recibe. Si éste trata de dispersar al máximo a los recién llegados, para evitar la formación de colonias raciales y favorecer la asimilación del recién llegado por el medio, el emigrante reacciona a la dispersión, procura llegar en grupos, residir donde encuentra compatriotas y cultivar desesperadamente todos los rasgos lingüísticos, étnicos, culturales o religiosos que tejan una red de resistencia al proceso de descaracterización. Tenemos así la imagen de un conflicto existencial real. El individuo que ha emigrado por presiones sociales irresistibles sabe que precisa integrarse en la nueva sociedad, pero reacciona, porque lleva consigo todo un conjunto de valores, afectivos, éticos, ideológicos, cuya pérdida constituye un drama de conciencia. La demografía tendrá que examinar no solamente lo que la migración representa como transporte de fuerza de trabajo y sus consecuencias económicas, tanto en el país de salida como en el de entrada, sino, al mismo tiempo, los reflejos de orden cultural y existencial que tal hecho acarrea para el individuo.

El cambio de contenido social en ambos países tiene que ser apreciado en la gran variedad de fenómenos en que se manifiesta. La estructura de trabajo de una sociedad se revela en la esfera demográfica por encuestas que tienen en vista principalmente elucidar las relaciones generales entre las características cuantitativas y cualitativas de la población y la oferta de mano de obra. El crecimiento absoluto de la población, determinando variaciones en la fracción económicamente activa, constituye el factor más importante entre cuantos influyen en el mercado de mano de obra. Las fluctuaciones que ocurren en este mercado pueden ser medidas demográficamente. Es posible que el especialista que realiza tales cálculos juzgue que con estas operaciones expresa todo el contenido social de los datos objetivos que manipula, pero sería un error pensar así. En efecto, la presencia de un individuo en la faja económicamente activa de una

¹ Naciones Unidas, *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas*, cap. XVI, pág. 316.

población total o su inclusión en los segmentos marginales, es una alternativa que tiene que ser apreciada a partir de categorías más amplias que las usadas en la concepción exclusivamente económica del proceso demográfico, pues es necesario hacer intervenir el aspecto cualitativo, el grado de desarrollo de la sociedad.

La noción de *población económicamente activa* es una categoría abstracta del pensamiento económico, además de ser claramente un concepto fraguado por la comprensión metropolitana del mundo, o sea, expresa el punto de vista de la ciencia económica que refleja ideológicamente las condiciones de las áreas culturales más desarrolladas. Sólo adquiere carácter concreto y contenido objetivamente definido, cuando se refiere a un contexto social particular y toma en cuenta la etapa de desarrollo en que se encuentra, el cual, a su vez, sólo se comprende por la consideración histórica de su proceso. En este contexto, siempre particular, es donde el individuo figura, y por eso su presencia o ausencia en la *población económicamente activa* depende del juicio que se haga sobre la calidad del trabajo social que su población total es capaz de producir, en razón de la etapa de desarrollo en que se encuentra. En las sociedades subdesarrolladas, atrasadas, el mercado de trabajo no tiene límites precisos, ni en la cualificación ni en la edad, ni en el espacio, ni en el tiempo. En estas sociedades, en las cuales gran parte y casi siempre la mayoría de su contingente humano vive en las condiciones de una economía de pura subsistencia, la noción de *mano de obra* se presenta completamente subvertida, y no puede regirse por los cánones de la economía y de la demografía corrientes, que reflejan naturalmente el saber en su versión metropolitana. Los conceptos de *menor de edad* o de *jubilado* son siempre relativos a las condiciones de trabajo social predominante, al régimen de valoración comunitaria del trabajo y a otras características que varían de una sociedad a otra. Hacer ahí encuestas demográficas utilizando rígidamente el concepto de *población económicamente activa* en la forma en que es válido para las sociedades superiormente desarrolladas, es incurrir, no sólo en una confusión teórica, sino en un efectivo error práctico. La concepción antropológico-existencial del ser del hombre que vive en tales poblaciones, que ahí trabaja para subsistir, y necesariamente tiene que trabajar en las formas que le son posibles, es la que deberá proveer los criterios para la definición del concepto de *población económicamente activa* válido en tales condiciones y aun para el análisis estadístico de la participación de los individuos en el proceso productivo y su distribución cualitativa en este mismo proceso. El concepto de *población económicamente activa* tiene que ser, por tanto, dialécticamente inducido de la realidad social concreta, y no aplicado formalmente, mecánicamente, como una idea general de validez universal invariable e indiferente al objeto a que es referida.

Otro campo de investigación demográfica en que se tiene que considerar como fundamentales los hechos sociales que se reflejan en él, es el que trata de las relaciones de parentesco, en especial la nupcialidad. Todo cuanto la demografía nos dice a este respecto es, en esencia, un conjunto de hechos sociales en el cual se refleja la estructura de una particular sociedad, su grado de desarrollo y la complejidad de sus relaciones. Pero aun aquí el hecho demográfico es en último análisis un hecho de orden existencial, que sólo puede ser alcanzado, sin embargo, por la mediación de su ocurrencia social. Lo que la sociología nos ofrece es la posibilidad del descubrimiento, clasificación, delimitación y correlación de tales hechos, pero cabe a la demografía investigar con métodos cuantificadores la función específica de cada uno de ellos en el proceso social global. El origen del hecho, empero, es de naturaleza antropológica, y por eso participa del interés por él la ciencia de la antropología cultural. La estructura del parentesco, la legitimidad de las relaciones humanas, expresadas en los códigos, escritos o no, de una sociedad, particularmente el encuentro entre los sexos para la procreación, caen bajo el dominio de la ciencia demográfica, la cual debe ponderar estos hechos desde el ángulo de los análisis numéricos y de la estadística diferencial, pero no puede al mismo tiempo ignorar su verdadera esencia de hechos humanos que exigen ser interpretados como tales. No podemos hablar de un aspecto particular de un sistema de relaciones humanas, sin que tal aspecto traiga consigo la referencia a todo el resto de la estructura social a que pertenece y que en él se refleja. Los estudios demográficos que relacionan el papel de la nupcialidad con la tasa de natalidad, aparecerán como simples tablas de correlación numérica, si no los aclaramos considerando el contenido social de esta relación: que, en aplastante mayoría, los nacimientos se dan en parejas humanas legalmente constituidas, o sea, casadas. El fenómeno de la nupcialidad traduce el hecho existencial, ya mencionado, de que el individuo se somete a las determinaciones de su sociedad para el fin de ejercer la función biológica de la procreación. Lo que la demografía analiza en sus encuestas y estudios es sólo el grado, la extensión en que se verifica ese fenómeno existencial. En consecuencia, lo que está tras él son los mecanismos de presión social que conducen la voluntad libre del individuo a aceptar las normas de convivencia de su sociedad, fortificándolas por el acatamiento que les da, al someterse, en el ejercicio de sus funciones procreadoras, a los usos, costumbres y valores éticos del medio.

Todo este complejo de acciones sociales y de condiciones existenciales desemboca en el dato demográfico. De ahí la necesidad de que el demógrafo recorra epistemológicamente el camino inverso en su trabajo de interpretar los datos investigados. Deberá partir de los núme-

ros, coeficientes y tablas, que son su producto propio, y alcanzar sus orígenes sociales, para, enseguida, a través del plano social, elevarse al significado existencial que constituye el origen auténtico de los hechos examinados. Los autores señalan que la nupcialidad sufre los efectos de la coyuntura económica; pero reconocen que, de modo general, es notable su relativa estabilidad y uniformidad, pese a la alteración de substanciales factores sociales. Revela este hecho estadístico un fenómeno sociológico de innegable importancia: la inercia de los sistemas de hábitos y costumbres sociales, y su correspondiente supraestructura ideológica, frente a las modificaciones de los factores materiales condicionantes. La acción de éstos, aunque real, no se traduce de inmediato, no se torna perceptible con nitidez, como una catástrofe material de importancia, una epidemia diezmadora, una época de hambre o una invasión militar. Largo tiempo pasa hasta que los efectos de las modificaciones condicionantes se vuelven visibles, y su variación está siempre sujeta a graduaciones. La constancia relativa de los datos demográficos traduce este hecho. Si le falta al demógrafo la teoría sociológica explicativa de esta inercia, concluirá, basándose en las apariencias, que las modificaciones de la coyuntura no afectan a la frecuencia de los matrimonios. Una conclusión de este tipo tendría carácter dogmático y sería falsa, dado que el especialista, no dotado de la necesaria comprensión dialéctica, no habría aprehendido el papel retardador ejercido por las estructuras sociales mediadoras sobre la correlación de los términos extremos.

En efecto, tales estructuras son el resultado de un largo proceso histórico de sedimentación, de defensa y conservación de las situaciones objetivas existentes, y han sido constituidas con el fin de ofrecer la mayor resistencia posible a los eventuales influjos de cambios. Toda modificación en los cimientos tiende a ser absorbida por el sistema de hábitos, costumbres y relaciones de una situación social, superimpuesto con la finalidad de amortiguar las conmociones que ocurren en los fundamentos. De ahí el inevitable atraso con que los cambios estructurales de profundidad se hacen sentir en la superficie del proceso. Como las transformaciones de profundidad sólo afectan al individuo por la mediación de las estructuras interpuestas, el efecto que el individuo sufre o es anulado o se retarda por la mediación estabilizadora. Por eso los cambios coyunturales sólo se reflejan en el comportamiento personal, al punto de influir la fecundidad familiar, con significativa lentitud, dando la impresión demográfica de relativa uniformidad. La estructura de la familia ya está de hecho profundamente alterada, como consecuencia de las modificaciones vitales impuestas a sus miembros —como el trabajo femenino—, mucho antes de que la nueva situación sea confesada, aceptada como moralmente respetable y convertida en determinaciones legales. Así, en los países de fuerte

72 predominio de valores ideales tradicionales y estructura económica arcaica, el divorcio existe como fenómeno social corriente antes de lograr su institucionalización jurídica. Si el demógrafo quiere dar a su ciencia la dignidad de disciplina interpretativa, y no convertirla en un sencillo registro de hechos, precisa poseer un pensamiento que le permita apreciar el objeto que investiga en la plenitud de las condiciones en que existe, o sea, que aprehenda los comportamientos del hombre en colectividad, a través del sistema de relaciones funcionales, normas y valores que constituyen la estructura de la sociedad interpuesta entre el individuo y la comunidad.

ASPECTO ECONÓMICO DEL OBJETO DE LA DEMOGRAFÍA.

A este aspecto debe el especialista dedicar la más detenida atención. El motivo de exigirse una profunda comprensión del fenómeno económico es de orden existencial y consiste en el hecho de que el hombre es, por definición, un ser que produce su existencia. A este asunto dedicaremos un capítulo del presente libro; aquí van sólo, algunas observaciones preliminares.

Al contrario del animal irracional que se reproduce en las condiciones que el medio le ofrece, hasta el punto de que, si éstas no son favorables, el individuo muere, y se extingue la especie, el hombre crea las condiciones que le permiten existir y reproducirse. Se hace, así, relativamente independiente del medio, en la medida en que consigue, por el uso de la razón, alterar la realidad del ambiente con el empleo de los recursos que le brinda ese mismo ambiente. El hombre es, pues, producto de un medio que, en gran parte, es producto del mismo hombre. De donde se deduce que hay una implicación recíproca entre el ser y la realidad objetiva en que vive, solamente capaz de ser expuesta e interpretada gracias a los instrumentos del pensar dialéctico. El pensamiento formal desvincula uno de otro los dos términos de este proceso de implicación, ignora las mediaciones que los correlacionan, y, al considerarlos aparte, o bien hace sobresalir a uno o bien a otro. No consigue extraer la riqueza de la situación real que sólo la lógica de la interacción refleja e interpreta debidamente.

En toda especie animal, un individuo reproduce a otro con la intervención del medio; pero solamente en la especie humana este medio es el mismo, en amplia parte, un producto del hombre. Este proceso de implicación recíproca, por el cual el hombre crea el medio para que éste a su vez, lo cree a él, se denomina economía. Verifícase, pues, que la estructura económica de una colectividad es el intermediario fundamental y el concepto categorial de más extensa utilización a que la ciencia demográfica se debe referir para comprender su objeto. El problema se complica porque la creación del medio, a la que abs-

tractamente aludimos aquí, y que prácticamente significa la explotación de los recursos naturales y la organización de modos de producción y de un sistema de relaciones de producción, es resultado de la acción, no del individuo aislado, sino de la colectividad a que pertenece. La reproducción del individuo no puede hacerse independientemente de la reproducción de la generación en que figura, porque el trabajo colectivo de ésta modela el medio para asegurar al individuo la posibilidad de la reproducción personal.

La visión del demógrafo es más amplia que la del economista, porque, mientras éste indaga sólo los procesos por los cuales el hombre explota la naturaleza para arrancarle los recursos con que sostener su vida, el demógrafo ve este mismo proceso en la perspectiva, no meramente de la producción, sino también de la reproducción de la vida, con todos los fenómenos que le son peculiares. La originalidad del punto de vista demográfico frente al económico está en que aprehende la unidad del individuo y de la colectividad en el trabajo de conservación de la vida de la especie. La actividad económica aparece, no solamente como un procedimiento productivo de bienes de uso, sino como la forma por la cual el hombre modela el medio natural para asegurar la perpetuación de la especie. Por eso, fenómenos demográficos como el nacimiento, la duración de la vida, la muerte, tienen que ser analizados en sus bases económicas, o sea, en los tipos y modos de actividad humana sobre el medio natural que corresponden a cada uno de dichos fenómenos. La transformación de los recursos naturales en medio de subsistencia no es espontánea, como en el caso de los animales, sino que se produce con dispendio de energía humana en forma colectivamente organizada, lo cual es, exactamente, lo que se llama *trabajo*. Esta es una noción capital, a la que la demografía tiene que dedicar la máxima atención: el hombre sólo produce para sí el medio en que vive mediante el trabajo. Este, empero, no sólo significa la acción directa, organizada del hombre sobre la naturaleza; implica la organización de la acción de los hombres unos sobre otros. Créase, pues, un sistema social, en que el individuo y la colectividad participan, en interacción, de las operaciones sobre la base física, para sacar de ella el mayor rendimiento, pero al mismo tiempo se ven obligados a organizarse entre sí en un sistema de convivencia dotado de relativa estabilidad.

Este cuadro de relaciones de los hombres con la naturaleza y de unos con otros es el que define el aspecto económico del objeto de la demografía. La consideración de los problemas de forma y distribución del trabajo, especie de recursos producidos, modalidades de empleo, pautas de consumo, distribución de mano de obra, renta, propiedades de bienes muebles e inmuebles, etc., son detalles. Conceptualmente, lo que importa entender es que el dato demográfico se apoya

74 en un soporte económico, porque la conservación de la especie supone la manutención, por algún tiempo, de la vida de los individuos, pero ésta sólo tiene lugar por la explotación del medio y la búsqueda de recursos de subsistencia mediante el trabajo. De otro lado, sin embargo, hay que reflexionar en que el trabajo no consiste en la actividad aislada de cada miembro de la especie, sino en la acción conjunta del grupo, dentro de alguna forma de organización. Estas formas son variables históricamente, y se suceden a medida que cualesquiera de ellas agota sus posibilidades de rendimiento. Creando una determinada estructura de producción y de relaciones económicas correspondientes, que se revelan capaces de asegurar el incremento del trabajo, de lo que resulta el aumento cuantitativo de la producción, un sistema económico atraviesa su fase histórica positiva ascendente. A cada sistema económico en estas condiciones, corresponde una ley demográfica general que le es propia.

Las teorías de la política demográfica incurren frecuentemente en la ingenuidad de no reconocer la diversidad de formaciones económicas a lo largo de la historia y de querer aplicar universalmente un criterio sólo válido para una peculiar formación. La generalización y fijación de criterios, por inadvertencia o por convicción doctrinaria, violan el principio de la universal historicidad y variabilidad del ser del hombre, individual y colectivo, y transforman en regla absoluta, equivocadamente, lo que sólo tiene vigencia para condiciones sociales peculiares. Tales generalizaciones son resultado del modo de pensar abstracto, que se destaca de su base objetiva para basar ideas sólo en el mundo de las ideas. El demógrafo poseedor de la conciencia crítica de su ciencia, tendrá la indispensable visión dialéctica, gracias a la cual, dentro de la unidad de los principios, descubrirá la diversidad de las leyes objetivas que corresponden a cada etapa histórica. En toda formación económica, el trabajo, en el cual se funda la posibilidad de reproducción de la especie, tiene características cuantitativas y cualitativas diferentes. Como los hechos demográficos están condicionados por esta situación de trabajo, síguese que el principio general que declara la correlación recíproca entre los fenómenos de la población y la modalidad dominante de trabajo en ella vigente, se manifiesta empíricamente según leyes particulares, cuya validez está limitada a cada formación histórica y al peculiar modo como en ellas se desarrolla el proceso económico. Esta ley general es lo único invariable, que subentiende la variabilidad de las leyes particulares, correspondientes a los diversos períodos históricos.

El trabajo del hombre sobre el medio se convierte en origen de manutención de la especie mediante la producción de bienes de subsistencia, de los cuales, los más importantes son los productos alimenticios. El alimento se vuelve, así, el bien fundamental, y por eso varias

doctrinas demográficas, con ingenua simplificación, reducen el aspecto económico del objeto de la demografía a la consideración exclusiva de los bienes alimenticios. Se han creado doctrinas fundamentadas en el análisis de la correlación única entre la cantidad de la población y la cantidad de bienes alimenticios disponibles. Como no tenemos la intención de criticar en esta obra cualquier doctrina, bástenos con decir que la ingenuidad primordial de esta actitud consiste en reducir lo que en realidad es un complejo de relaciones entre numerosos hechos económicos y múltiples fenómenos demográficos, a una sola relación entre dos cantidades, la de alimentos y la de gente, suponiendo que todas las demás correlaciones o pueden ser ignoradas o reducidas a ésta. Tenemos aquí el ejemplo de un modo de pensar simplista que no respeta la auténtica riqueza de lo real.

La teoría verdadera es la que aprehende los hechos en la perspectiva de la historia de la especie, comprendiendo al hombre como un productor de sí mismo por su capacidad de transformar el medio natural en factor positivo para la conquista de sus finalidades. Cuanto más primitiva es una situación histórica, tanto más importante es el papel económico del alimento, pudiendo, en la fase inicial extrema, ser de hecho el bien único. Pero, a medida que evoluciona el dominio de la naturaleza por la razón humana, la producción de alimentos va subordinándose a la capacidad de producción de otros bienes, y entonces, progresivamente, va siendo la posesión de estos últimos la que decide acerca de la disponibilidad, cuantitativa y cualitativa, de los alimentos y de la distribución de su consumo. Paralelamente, se da la evolución del proceso social, de modo que el sistema de relaciones que aseguran la posesión de estos bienes de producción de alimentos va adquiriendo configuraciones sociales variables a lo largo de sucesivas formaciones históricas. En las etapas adelantadas, como la actual, cuando, por el enorme desarrollo de la mecanización y de la química agrícola, el alimento pasa a ser, cada vez más, un producto industrial, los fenómenos demográficos están mucho más directamente relacionados con la producción y posesión de las máquinas productoras de alimentos que con los propios alimentos, con los cuales guardan una relación más indirecta y lejana. Sin embargo, aun en estas formaciones superiores la propiedad de la tierra es un factor decisivo, pero su importancia es proporcional al grado de desarrollo de la sociedad: a menor grado de desarrollo es mayor como factor dominante la propiedad de la tierra, la que asume un significado cualitativamente distinto a medida que la sociedad evoluciona. Sin duda, lo que se come es el pan y la carne, pero la posibilidad de consumo de estos bienes vitales es de tal manera dominada por la interposición de los bienes industriales, que la comprensión demográfica, que, para una etapa atrasada se hacía directamente en relación a la abundancia o carencia de alimentos, tiende ahora a hacerse con rela-

76 ción a la existencia del equipo mecánico y químico necesario para producirlo y al régimen de propiedad del suelo cultivable.

El concepto de *hambre* es eminentemente histórico. No está relacionado con carácter absoluto con la cantidad de bocas que han de nutrirse, sino que está determinado por la interposición del concepto de forma de la producción. En una humanidad en que son tan amplios los desniveles económicos entre distintas áreas de población, el hambre de las más atrasadas es efecto, en mucho mayor grado, del régimen de tenencia de la tierra que expolía al auténtico trabajador y le impide producir en condiciones económicas superiores, y de la carencia de máquinas y recursos técnicos para obtener abundante producción alimenticia, que de circunstancias naturales. Cada vez el pensamiento demográfico tiene que preocuparse más, en el terreno económico, con los factores de orden secundario o terciario, supraestructurales, los que determinan la falta de tierra para el campesino, o de maquinaria agrícola o abonos para las cooperativas, pues es de estos factores sociales y políticos de los que depende la existencia de los bienes fisiológicamente esenciales.

Ya observamos que la alimentación no es el único bien económico, y se va tornando en el panorama de las exigencias sociales uno entre otros bienes de esencialidad creciente. La habitación, el vestuario, los transportes, la educación, los objetos culturales, las diversiones, son, en escala siempre mayor, condicionantes económicos de la existencia humana. La demografía tiene que considerarlos, pues su falta o escasez ejercen gran influencia sobre los fenómenos demográficos. Si en una etapa menos desarrollada una familia podía decidirse a limitar el número de hijos sólo por el temor de no conseguir con qué alimentarlos, hoy hará lo mismo por el temor de no tener una pieza para ellos en la vivienda donde habita, de no conseguir darles la educación conveniente o de no tener perspectivas de asegurarles la comodidad, y el *status* de vida que juzga necesario.

Al definir estas correlaciones, es importante no perder de vista la cadena de factores objetivos que se oculta tras de ellas. El hecho primitivo es la explotación de la naturaleza por el individuo en comunidad, para obtener los recursos de subsistencia y reproducción; pero esta explotación, cuando está socialmente organizada, asume la forma de trabajo. Este es, pues, una realidad superpuesta a la anterior, un dato objetivo de segundo orden. El trabajo, en las formaciones históricas más desarrolladas y complejas, se traduce, con las variantes correspondientes a los distintos sistemas sociales, en rendimiento monetario, por el cual el individuo tiene acceso a los bienes que necesita y que no crea directamente. La renta se vuelve un tercer aspecto del hecho económico de la producción de la vida, y por eso la demografía tiene que tomarla en cuenta como factor de fenómenos cuales la natalidad y la

mortalidad. Pero es preciso que el especialista posea la teoría del proceso en su totalidad, a fin de no perderse en la consideración aislada de correlaciones abstractas, como la establecida entre renta *per capita* y fecundidad comunitaria, y no se incapacite para recorrer la cadena de condicionamientos sucesivos, desde el fenómeno inmediatamente observado hasta el hecho original, inicial, que es la producción de la existencia por la explotación de los recursos naturales. En último análisis, los elementos primordiales del proceso demográfico son el individuo y la naturaleza, pero entre ellos se establece una serie de mediaciones, por sistemas de relaciones sociales y fenómenos económicos, de complejidad creciente con el desarrollo histórico de las civilizaciones. La demografía no puede ignorarlas, so pena de permanecer prisionera de simplificaciones y abstracciones que restringen su alcance.

ASPECTO POLÍTICO DEL OBJETO DE LA DEMOGRAFÍA.

El hombre es definido por Aristóteles como un "*animal político*" en el sentido de que sólo puede subsistir biológicamente y desarrollar las potencias de su naturaleza racional viviendo en comunidad, fundando la *pólis*, como su ambiente existencial. Por su aspecto político, es decir, por la necesidad de existir en comunidad, manifiesta el hombre la normalidad de su modo de ser. Como el objeto de la demografía es el hombre en comunidad, es lícito decir que el aspecto político es el que se refleja más vivamente en el campo demográfico. No sólo es importante por el significado que posee en sí mismo, sino también porque resume los anteriores aspectos, en el sentido en que éstos son necesariamente dominados por la organización política de la comunidad, o sufren de algún modo las influencias de la estructura política. Toda sociedad, para subsistir, tiene que institucionalizarse en un régimen de organización, a fin de explotar los recursos naturales del medio, que irán a proporcionar las bases de mantener la vida y la convivencia del agregado humano. A lo largo de la historia, estos regímenes variarán considerablemente en formas y grados de apropiación de la naturaleza por el hombre, desde la sociedad primitiva, en la cual la estructura aparece con características de relativa simplicidad, en virtud de la calidad elemental de las técnicas de explotación del medio, hasta las formaciones superiores, hoy existentes, notables por su complejidad. En el proceso de progresiva apropiación de la naturaleza, por procedimientos cada vez más complicados, pero más fecundos, los hombres incluyeron entre las fuerzas transformadoras del ambiente natural el trabajo físico de otros hombres. De este modo, se originaron regímenes de organización política en que la condición para el mejor rendimiento de la explotación de la naturaleza era la explotación sistemática del trabajo de otros hombres. Además de su evidente inadmisibilidad ética,

78 dada la limitada capacidad productiva obtenida por ese régimen, la razón humana se empeñó en el descubrimiento de medios que pusieran al servicio del hombre las fuerzas naturales, y de ahí resultaron las máquinas, que tornaron caduco el trabajo servil. El resultado fue el tránsito de un sistema a otro, en virtud de lo cual mejoraron las condiciones de vida de las masas trabajadoras y se aprovecharon de manera más fecunda los recursos naturales.

La situación de vida de cada individuo depende de la organización política imperante en la colectividad. Esta es la conexión básica que determina el reflejo del hecho político en el campo demográfico. La natalidad, la duración de la vida, la mortalidad, fenómenos que en sí mismos son de orden existencial, sólo pasan a la categoría de hechos demográficos por la mediación del factor político. La estructura vigente afecta a la vida humana en forma decisiva. Así, establece para cada individuo, por el simple hecho de nacer en tal o cual familia, la posición que irá a ocupar en la sociedad y las condiciones en que podrá pasar de tal posición a otra. Determinará las expectativas de sobrevivencia en el primer año de vida, y, por intermedio de las modalidades de trabajo, que más tarde irá, con gran probabilidad, a ejecutar, condiciona las causas de muerte que le aguardan. Aún antes del hecho fisiológico de nacer, la mera posibilidad de la concepción del ser humano está regulada por la estructura vigente, como efecto de las influencias psicológicas e ideológicas que ejercen sobre la pareja procreadora y por las condiciones materiales de vida que le impone. Los desajustes sociales, determinando que considerables masas de la población vivan mal, se sientan desamparadas y tengan una visión pesimista del mundo y de la vida, hallan consecuencias en la fijación de la tasa de natalidad, pues, si nos está permitido usar una expresión imaginaria, se considerará un beneficio hecho al ser que todavía no existe el hacerlo no nacer. En las capas populares de vida más miserable el grado de conciencia de sí y de la realidad es tan oscuro que el individuo casi no reflexiona sobre los problemas de su existencia. Esta transcurre cercana al nivel de simple animalidad, con lo que la reproducción de la especie se hace al sabor de las exigencias fisiológicas. En las capas más elevadas se establecen otras formas de lucha por la subsistencia; las durezas de la realidad se reflejan en la conciencia individual por conceptos axiológicos y actitudes prácticas que se corporifican en comportamientos egoístas y en la defensa de la propiedad individual, juzgada base indispensable del bienestar. Tales particularidades de la lucha por la subsistencia también se convertirán en hechos demográficos, como son la limitación de la prole a uno o dos hijos, la concentración de la propiedad de las familias, el desempleo de los asalariados por imposición económica, la insensibilidad moral al espectáculo de la mortalidad infantil de las masas trabajadoras, etc.

En todos estos casos tenemos repetidos ejemplos de cómo el factor político se manifiesta intensamente en la esfera demográfica. Podría decirse que los demás son, desde cierto punto de vista, como subsidarios de él. La demografía, en verdad, puede ser definida como el estudio de las condiciones políticas, estructurales y de organización de la sociedad en sus efectos sobre la vida del individuo. No hace más que detallar estos efectos y someterlos a métodos de examen, investigación y evaluación, sirviéndose, en gran parte, de lo cuantitativo de los mismos. Como trata de los efectos sobre una colectividad, no es el caso individual el que le interesa, pero sí lo que se llama *fenómeno de masa*. Tal es la razón de la preponderancia, en el primer plano del pensamiento demográfico, del lado cuantitativo, dado que el objeto inmediato de estudio es una colectividad. Como, además, lo que interesa son los aspectos cualitativos de la vida de los individuos que componen el objeto real de la demografía, lo que permanece en el plano profundo, es el ser humano en las cualificaciones de su realidad vivida. La consideración de estos dos planos, de la contradicción existente entre ellos y de la necesidad de procedimientos lógicos distintos en relación a uno y a otro, explica que para comprender la realidad vivida por el individuo, en un primer momento, es preciso, metodológicamente, ignorarlo en su individualidad, y disolverlo en el conjunto de sus semejantes de clase y de condiciones de vida, tratar a estos conjuntos por los procesos cuantitativos, y de ahí sacar correlaciones que deben, en un segundo momento, por un camino inverso, hacernos volver al punto de partida lógico y real, el ser humano en su existencia concreta. La demografía es una interpretación y una medida de la realidad del hombre por intermedio de la masa, en que es preciso incluirlo para aplicar a su estudio los métodos estadísticos de análisis. Así se comprende la exigencia de resaltar constantemente en la operación demográfica la significación política de los hechos que investiga, por lo que tal significación representa como medida objetiva para el esclarecimiento del dato real último, el dato humano, existencial.

Con esta concepción nos parece que hemos llegado a comprender mejor el problema epistemológico de la demografía, y también sus posibilidades como ciencia, capaz de revelar toda la inteligibilidad de su objeto. En efecto, el sencillo concepto de *población*, si no lo tomamos en la forma ingenua en que lo trata la demografía convencional, ya es integralmente político en su esencia. Hablando concretamente, la población es una colectividad que siempre se presenta y sólo se concibe bajo las especies de una realidad histórica, lo que equivale a decir, según determinado tipo de organización política. El nacer o el morir son acontecimientos eminentemente políticos, en el sentido de que en ellos se expresa un modo de coexistencia establecido entre los hombres. Como, la organización de la sociedad se hace para el sostenimiento de la vida,

80 y el nacer y el morir son episodios de la conservación de la vida, es evidente que la manera como se establece esa organización influirá directamente en los fenómenos demográficos fundamentales. La demografía corriente, al examinar hechos como la legitimidad de un nacimiento, que se define por referencia al carácter jurídico de la unión de los progenitores, no puede ignorar que tal carácter es un hecho histórico, variable con las sucesivas formaciones sociales, y de naturaleza rigurosamente política. Si está explícito en la ley escrita de las sociedades adelantadas o si está implícito en el sistema inmemorial de las colectividades arcaicas, en nada se modifica el tenor de verdad de esta afirmación. Como la demografía habitual admite ser una ciencia práctica, sus encuestas y conclusiones tienen en vista llegar a los efectos jurídicos, económicos, fiscales, etc. Por eso con frecuencia deja de interesarse por el estudio de los fundamentos de los fenómenos investigados, que cree la hacen salir de su terreno natural, y empeñarse en discusiones teóricas que muchos especialistas juzgarán bizantinas. Pero, aun admitiendo como teórico el interés por el estudio de los principios, su repercusión en el terreno utilitario es considerable, pues la comprensión más justa permite alejar del espíritu del técnico una serie de ideas inadecuadas y darle una amplitud que el tratamiento empírico no permitiría.

El concepto de *población* no se revela solamente histórico en su esencia, sino que se desdobra en el de *territorio ocupado*, como complemento lógico y existencial del primero. No puede haber una colectividad humana que no ocupe, sedentaria o nómada, un área de tierra, de donde saca los medios de subsistencia por efecto del trabajo, que asume formas variables, progresivamente más productivas y complejas, de acuerdo con un proceso evolutivo que se extiende de la recolección manual a la fabricación de máquinas-herramientas. En consecuencia, el territorio no es tan sólo el fundamento material, sino el complemento ontológico de la existencia de una población. Ahora bien, el territorio de que ésta dispone es un hecho histórico, de naturaleza eminentemente política. El concepto representado por el término *demos* significa originariamente *territorio habitado por un grupo humano* y no sólo la aglomeración de éste. Un *demos* es una colectividad humana políticamente organizada, la cual es el objeto propio de la ciencia demográfica. Obsérvese que la simple idea de una colectividad popular, de *pueblo*, se designa en griego preferentemente con el vocablo *laos* y no *demos*. El segundo término transporta consigo, allende el significado geográfico, un significado político. Por eso la ciencia de las poblaciones es llamada con propiedad *demografía* y no *laografía*.

La demografía es una ciencia política, no solamente en razón de su objeto particular de estudio, el *demos*, sino también por su constitución como ciencia a lo largo de la historia. La operación fundamental para la construcción de la demografía, el censo, está siempre determinada por

motivos políticos, y el grado de exactitud y veracidad que posee es función del estado político de la comunidad que la realiza. Desde la antigüedad, cuando los primeros ensayos de recuento de la población tuvieron por origen las necesidades prácticas de evaluar los posibles contingentes de guerreros para la defensa de la tribu o del imperio, o calcular las recaudaciones fiscales, hasta el inicio de la era moderna, los empadronamientos han sido, ante todo, operaciones políticas. El conocimiento de la repartición de la población por edades y modos de ocupación obedece a criterios políticos. Los resultados de los censos se convierten siempre en valores políticos, y por eso o bien son exhibidos con orgullo o bien son ocultados, o aun desfigurados por temor de las repercusiones políticas que acarrearán. J. Lambert y Costa Pinto, señalan que el interés por los censos y la posibilidad de ejecutarlos dependen de un proceso de evolución social, peculiar a cada comunidad nacional: "Los Estados no empezaron a establecerlos sino cuando su estructura los ha tornado al mismo tiempo necesarios y posibles". Las estadísticas de la población aunque realizadas en tiempos antiguos en momentos especiales, son sociológicamente un producto cultural de la civilización moderna, de carácter eminentemente político por su inspiración, y coinciden en sus orígenes con el final del medioevo, cuando el trabajo del individuo o era de simple subsistencia o, en forma más adelantada, era controlado por las organizaciones corporativas urbanas. El Estado no trataba directamente con el individuo, como acontecerá a partir del inicio de la época moderna. Por eso, como indican con acierto Lambert y Costa Pinto, solamente entonces, cuando las obligaciones fiscales, militares o económicas empezaron a recaer directamente sobre el individuo, sin intermediarios, el Estado necesitó conocer con seguridad el número de súbditos que poseía.

Aunque no sea de modo alguno verdadera, frente al conocimiento que tenemos de las operaciones censales en el mundo antiguo y medieval, vale la pena citar una opinión de Chevalier, únicamente para indicar la íntima correlación entre el dato demográfico y el estado político de la comunidad: "Insistimos sobre este punto esencial: los censos caracterizan un cierto tipo de civilización occidental y el hecho de que estos censos estén circunscritos a las naciones dependientes de esta civilización, limita las posibilidades de un estudio demográfico que ambicionara conocer otras regiones del mundo".¹ El mismo punto de vista expresa luego, cuando se refiere a la "identificación que establecemos entre la contabilidad humana y la civilización occidental". Digamos, de paso, que encontramos aquí una excelente muestra de este rasgo típico de la conciencia ingenua que es la percepción de los hechos a partir de la supuesta supremacía del punto de vista metropolitano, representado en el caso

¹ Louis Chevalier, *op. cit.*, pág. 72.

82 por la llamada "civilización occidental". Pero no es a eso a lo que nos referimos ahora, ni a la falsificación literal de la verdad en el pensamiento expuesto, que desconoce enteramente las realizaciones censales de civilizaciones orientales en la antigüedad, como la de China. Importa acentuar, que en medio de este error, el autor ha percibido los vínculos entre el proceso básico por el cual se crea la ciencia demográfica, política en su génesis, y la estructura histórica de las comunidades donde se originó este campo del saber. Si reflexionamos que son preocupaciones de naturaleza religiosa las que determinaron el establecimiento de los registros de nacimientos, casamientos y muertes en amplias áreas europeas, y que tras de estas anotaciones lo que se esconde son los intereses políticos de los Estados, se comprenderá por qué la estadística de población, llamada al principio *aritmética política* (William Petty), se sirve de los registros parroquiales para computar la población. En 1694, el Parlamento británico, necesitando dinero para financiar la guerra contra Francia, estableció una tasa sobre nacimientos, casamientos, funerales y sobre el celibato, lo que determina una orden de proceder a un censo estadístico de la población, no sólo en su valor global, sino también en distribución cualitativa.

Tenemos ahí un caso demostrativo de la subordinación de la demografía a intereses políticos. Todo censo es un acto político, tanto en el terreno demográfico como en el establecimiento de índices sociales y económicos, hasta el extremo de que puede acontecer que los resultados de la encuesta se tornen secreto de Estado. Durante la época moderna las preocupaciones militares han sido las predominantes en el interés por los datos demográficos para efectos políticos. En una época en que el efectivo de los ejércitos y su eficiencia estaba en función de la masa de la población, el conocimiento del *quantum* de ésta era capital, no solamente para los cálculos del Estado que planeaba operaciones militares de envergadura, sino para trazar los planes de defensa.

La significación de la demografía en la expansión colonial es un capítulo del que todavía queda gran parte por escribir. Se sabe, empero, que en el plan de conquista y colonización de las áreas no metropolitanas, especialmente las del continente americano, figuraban consideraciones de orden demográfico, pues se procuraba, no sólo expandir el poderío económico, sino también resolver algunos problemas de población de la metrópoli. En la actualidad, en vista del cuadro político mundial y de la evolución de los equipos bélicos, declina de cierta manera la importancia del factor demográfico en los planes militares, aunque se conserve todavía como un dato de alta relevancia sobre todo en aquellos casos en que se enfrentan naciones de poderío armado aproximadamente similar, pero cuyas poblaciones son fuertemente desiguales en cantidad. Desde hace mucho tiempo las preocupaciones económicas son las que dan el tono al cuadro político. Cada vez es mayor el grado en

que la demografía manifiesta hoy su carácter político, en función de objetivos económicos. La posibilidad de aprovechar los recursos naturales de países dotados de real o nominal independencia política queda supeditada en gran parte a la decisión, que incumbe a la conciencia política de su pueblo; de utilizar por sí mismo los recursos que posee o de ceder a otra nación más fuerte, los derechos a esta explotación. Pero como dicha capacidad de decisión está influida por el proceso de la población, se ve que el cuadro político está, a su vez, poderosamente definido por consideraciones de potencial demográfico. El atraso en el desarrollo de las naciones ricas en recursos naturales valiosos, pero caracterizadas por un reducido contingente de población o bajo índice de densidad humana, las convierte en presas más fáciles de ambiciones ajenas. Por otro lado, se verifica que todos los pueblos aspiran ahora a un continuo desarrollo, a una inmediata ascensión del nivel de vida, lo que depende en amplia escala de las posibilidades de mano de obra que posean. De esta forma, el factor demográfico está presente en la determinación de la relación *recursos naturales-población*; y como la posibilidad y la modalidad de llevar a la práctica la explotación de tales bienes y recursos del país está determinada por condiciones y decisiones políticas, se percibe claramente cuán inmensa es la influencia que desempeña en estas últimas la reflexión sobre los datos demográficos. Un pueblo podrá ser convencido de la necesidad de entregar a empresas extranjeras la explotación de sus riquezas naturales simplemente por el argumento de que no dispone de un volumen de población suficiente para hacerlo por sí. Se ve así como una discutible razón demográfica puede servir de instrumento para intenciones políticas de pueblos económicamente más fuertes. El atraso tecnológico, el grado de calificación de mano de obra, la tasa de aumento de población, son índices de naturaleza demográfica que se sitúan en la médula de los problemas políticos. La diversidad de tasas de crecimiento de la población en países de desigual volumen poblacional, colocados en etapas distintas del desarrollo económico y cultural, dotando, por lo tanto, a unos de la capacidad de influir material e ideológicamente sobre otros, crea el cuadro internacional en que se traba actualmente gran parte de la discusión de los problemas demográficos.

El hecho político supremo de nuestra época es el despertar de la conciencia nacional en las regiones atrasadas y hasta ahora periféricas, y el conocimiento de sus propios intereses por inmensas masas de la población de la tierra, las cuales vivían hace poco en la obscuridad de la existencia colonial o semicolonial, y que, al tomar conciencia de su fuerza numérica y de las riquezas potenciales de que disponen en su territorio, dejan de comportarse con la pasividad inmemorial que las caracterizaba. Surgen como fuerzas políticas originales, con variadas direcciones y unas exigencias nacionales que crearán a las naciones po-

84 derosas, algunas de ellas asentadas sobre una economía de utilización predatoria de los recursos de las áreas atrasadas, un problema agudo, que cada día se hace más angustioso para estos pueblos colocados en posición económica privilegiada. Como reconocen que uno de los factores que impulsan el crecimiento de esta conciencia nativa en las áreas tradicionalmente dependientes, es su alta tasa de natalidad, acompañada ahora de un coeficiente de mortalidad declinante —o sea, que el crecimiento bruto de la masa humana de las regiones pobres asume para ellas un valor político práctico inestimable—, los responsables por las ambiciones económicas de las naciones ricas tendrán que imaginar varios expedientes para hacer frente a esta situación que amenaza subvertir el equilibrio de relaciones mundiales en que descansa la superioridad de algunas naciones poderosas. Entre estos expedientes, algunos son de naturaleza demográfica y se configuran en la difusión de ideas y doctrinas que pretenden influir en el proceso de la población. Es lo que explica en su ensayo Edward A. Ackerman: “El tipo europeo, a pesar de cierta poderosa tecnología, tiene recursos domésticos limitados, lo que impone una fuerte presión para obtener una ligazón de alguna especie con los recursos extranjeros. Si su posición comercial no les permite continuar expandiendo esas ligazones, las crisis son probables”.¹ Ahora bien, el hecho decisivo de la actualidad económica es que estas ligazones, o como quiera denominárselas, no se hacen ya con el mutismo y la indiferencia de las naciones cesoras de sus recursos. La conciencia de la posibilidad de aprovecharlos para sí y por sí es inevitable, con el despertar de la personalidad nacional. Pero la posibilidad concreta, real, de llevar a cabo este intento tiene que tomar en cuenta los datos demográficos; en primer lugar, el volumen actual de la población, su densidad, su ritmo de reproducción, casi siempre alto, la necesidad de resolver problemas sanitarios, como la alta mortalidad por enfermedades evitables, y de prolongar la fase productiva de la existencia. Estos datos, que componen el panorama común de las áreas periféricas, reflejan una realidad humana que, en el campo económico, se traduce por disponibilidad actual y potencial de mercado, productividad marginal del trabajo, posibilidad de desarrollo de la tecnología, etc. Comprendemos, así, como la demografía es entrañablemente política en su naturaleza y en sus operaciones. Podríamos todavía agregar otro sentido, aquél a que se refiere A. Landry² cuando considera la demografía como fuente de acción política con el objetivo de descubrir los medios que se han de emplear para llegar a los fines que se propone.

¹ Edward A. Ackerman, *Population and Natural Resources*, en *The Study of Population*, pág. 645.

² A. Landry, *Traité de Démographie*, págs. 10 y 11.

Al analizar dialécticamente las principales facetas por las cuales se puede captar el objeto de la demografía, se ve que cada una de ellas revela un lado, alguna característica de tal objeto, pero no lo agota. Es necesario que el análisis sea completado por la síntesis, es decir, abarcar en su totalidad y en sus relaciones recíprocas los datos revelados por la indagación anterior. Esta síntesis sólo puede ser de carácter filosófico, pues se refiere a la totalidad del objeto, es su evaluación global. De esta manera se descubre que la demografía contribuye valiosamente al conocimiento de la realidad del hombre en comunidad y da a conocer los modos como empíricamente el individuo se comporta en el ejercicio de su naturaleza comunitaria, prestando así un precioso servicio a la filosofía, la que especula desde un punto de vista ontológico sobre la realidad de la comunicación entre los hombres.

La reunión de los varios aspectos anteriormente tratados conduce a una concepción de la realidad del hombre en comunidad, en que destacan los siguientes rasgos: 1) Carácter existencial. Revela que la vida comunitaria del hombre, por la creación de la conciencia de sí y por la influencia que ésta ejerce sobre la colectividad humana, tiene el carácter de un atributo existencial del hombre. No es un hecho accidental sino un dato constitutivo de su esencia. La población es, pues, un *existencial* del hombre; no un envolvente externo, sino un *modo de ser*, y como tal, tiene que ser entendida si la queremos apreciar en su significación más honda. 2) El individuo no está presente en su población como una unidad indistinta, indiferente, entre otras iguales en el seno de una colectividad amorfa. La población es, sobre todo, una trama de relaciones entre los hombres, un ámbito de mediaciones, que son objeto de la sociología, de la economía, de la ciencia política, de la filosofía, y que dan origen a los fenómenos específicos que la demografía estudia. El nacer, el morir, el emigrar, sólo se entienden en su íntimo significado a la luz del concepto de *mediación*, examinando qué datos objetivos del conjunto de la población tienen en ellos expresión. 3) La población constituye un colectivo máximo, pero sólo puede ser concretamente aprehendido mediante su parcelación metódica, por abstracción, en grupos y sub-grupos internos. Las nociones de *masa* y de *pueblo* tienen realidad demográfica, pero sólo pueden ser comprendidas en el plano del análisis filosófico. Los sociólogos discuten sobre el contenido de estos términos y les atribuyen connotaciones no coincidentes. Desde el punto de vista demográfico lo que interesa es defender la legitimidad de su uso, pidiendo a los teóricos que ofrezcan las convenientes definiciones de cada una. 4) Por último, la población es el espacio, el ambiente, en el cual se realiza este dato original de la realidad del ser humano: la comunicación existencial. Tan fundamental para estudiar *la esencia* humana como para

86 afirmar que el hombre es un *ser en situación*, es decir, que igualmente se trata de un *ser en comunicación*.

Este concepto, propio a la ontología existencial, se traduce en lenguaje demográfico por la expresión *ser en población*. Esta última es la correlación objetiva, empírica, de la condición humana que la filosofía aprecia en sus significados más generales. En efecto, es peculiar al hombre el existir en relación con otras existencias, las de los demás hombres, de los cuales depende no sólo para su sustento vital y material, sino para la configuración humana de su ser. Los animales gregarios también viven en bandas y no aislados. Pero la falta de conciencia de sí, no les permite crear entre ellos el vínculo que, filosóficamente, se denomina *comunicación*. Esta es una relación espiritual, y tan característica del ser humano, que se constituye en rasgo definidor de su esencia. Compete, está claro, a la filosofía el estudio de la naturaleza y formas de la comunicación; pero lo que ahora nos interesa es señalar la contribución de la demografía al esclarecimiento de este concepto. Si especulativamente puede ser tratado por la filosofía, lo cierto es que, siendo un modo de ser real del hombre, tiene ejercicio práctico y el campo donde se trava objetivamente la comunicación es el ámbito de la población. Ahí la comunicación entre los hombres se desdobra en fenómenos peculiares que son estudiados por la ciencia demográfica.

Todo fenómeno demográfico tiene origen en una situación existencial y da lugar igualmente a repercusiones existenciales. Cuando estudiamos la mortalidad de una determinada población, tratamos de modo cuantitativo, digamos *bruto*, por vía de una aprehensión anónima, un hecho que existencialmente significa el morir de una cohorte de seres humanos. Cada uno de éstos mantenía, en el seno de la población donde vivía, una serie de vínculos que desaparecen con su muerte, que afectan a otros seres que de él dependían o que con él sostenían una relación existencial definida. Un niño que nace, demográficamente aumenta en una unidad una suma aritmética, pero humanamente significa la alteración de todo un sistema de relaciones psicológicas, sentimentales, económicas, en el ámbito de una familia. Durante toda su vida, en las relaciones sociales que entable con los otros hombres, el individuo va construyendo su esencia; pero ese proceso no se realiza en un espacio abstracto, en el vacío, sino en un ámbito de población ya estructurado, en el cual tiene vigencia una trama de relaciones preexistentes, las que cada hombre va a tejer para sí por su actividad, y forma la textura de su situación. La comunicación está, por tanto, condicionada por la situación que el ser humano encuentra como hecho al empezar a existir y que sólo en parte le es dable modificar por su esfuerzo consciente. La situación se expresa en numerosos fenómenos que son, cuantitativa y cualitativamente, objeto de la demografía.

La ciencia de la población aporta una preciosa contribución al co-

nocimiento de los fundamentos objetivos de la comunicación existencial. Puede decirse, por tanto, que son igualmente inadecuadas la filosofía que especula sobre la realidad humana sin tener en cuenta los datos demográficos, en los cuales se reflejan el estado y los cambios de una población real, como la demografía convencional, que ignora estos aspectos más profundos de los hechos que investiga y no se interesa por examinarlos a la luz de categorías generales, de investigar los fundamentos de su objeto y de sus problemas, en el concepto auténtico del ser del hombre. Se observa frecuentemente que la actitud más avanzada en el sentido de llegar a la fundamentación teórica de la demografía no traspasa el plano sociológico, y aun los demógrafos que se inquietan con estos problemas son escasos. Sin duda, es imperioso establecer la ligazón entre el hecho demográfico y su condicionamiento sociológico, pero este procedimiento sólo es justificado y fecundo, cuando, además de servirse de una concepción idónea de la sociología, lo que raramente acontece, no se detiene en el exclusivo plano sociológico, sino que parte de él para concepciones más generales, las cuales ya pertenecen a la esfera de la filosofía. Esta establecerá, por encima del aspecto sociológico de los problemas demográficos, su real naturaleza, de orden antropológico-existencial.

A título de ejemplo de una ingenuidad en la cual inciden renombrados demógrafos, por faltar la exigencia de fundamentar el objeto de sus estudios, citaremos el ensayo de Wilbert E. Moore, en *The Study of Population*, en donde se revela claramente la inseguridad del especialista al buscar base para su ciencia. De un lado, se percibe que no tiene noción de la necesidad de ir a los orígenes lógicos de los conceptos que maneja para investigar los hechos de la población; pero, de otro, la incertidumbre sobre si tal fundamento se encuentra en el plano sociológico o en otra parte es igualmente evidente. Dice: "La demografía es discutida inicialmente como un subcampo de la sociología, con pleno reconocimiento de que la jurisdicción de la sociología no es exclusiva"; y agrega: "Como la demografía se relaciona con un cierto número de disciplinas científicas consagradas, se puede argumentar que la práctica, predominantemente americana, de tratar este campo como parte de la sociología, es meramente arbitraria y convencional. Esta es una vez más, una cuestión que probablemente no puede ser decidida en términos estrictamente lógicos".¹ Así se comprueba que la generalidad más alta que un demógrafo como éste puede vislumbrar, y eso todavía con inseguridad sobre su valor como cimiento teórico para fundamentar el conocimiento demográfico, es la esfera de la sociología. Si consiguiera cimentar en ella los enunciados más generales de la demografía, por cierto juzgaría enteramente racionalizada su ciencia y satisfecha su curiosidad

¹ Wilbert E. Moore, en *The Study of Population*, págs. 832, 833.

intelectual. Sin embargo, cuando nota las relaciones de dependencia mutua entre la teoría demográfica y la sociología, así como entre la teoría sociológica y la demografía, cae en una perplejidad que sólo sería deshecha si alcanzara un plano de mayor generalidad, que superara a ambas, el plano propiamente filosófico. Es ahí donde la inteligencia, por el empleo de los instrumentos lógicos adecuados, explica esta correlación y abre la perspectiva para desentrañar la verdadera naturaleza de la demografía y sus fundamentos. *El hombre en sociedad* sólo es una forma de mediación entre el concepto empírico de *hombre en población* y el concepto existencial de *hombre en comunicación*. Objetivamente, la población es el hecho primordial, original, el dato básico que la estadística demográfica desmenuza y analiza. Procediendo así, descubre el carácter social de las relaciones que se establecen entre los individuos en el seno de la población y que condicionan los fenómenos demográficos. Pero el hecho social, si, por un lado, gracias a las teorías que suscita, esclarece ciertos datos de la realidad del conjunto de la población, por otro deja muchos aspectos inexplicados, y se torna fuente de problemas y de nuevas interrogantes que sólo serán satisfechas por la reflexión filosófica, la cual, sirviéndose del método dialéctico, explica la realidad del hombre como *ser en comunicación*.

III. LOS METODOS DE LA DEMOGRAFIA

En el análisis crítico de la ciencia demográfica, el examen de los procedimientos metodológicos de que se vale con el fin de establecer la verdad de sus conclusiones es de suma importancia, pues constituye la mejor vía de acceso para descubrir la naturaleza epistemológica de la demografía. La correcta clasificación de la demografía en el cuadro general de las ciencias y la definición de su esencia dependen directamente del esclarecimiento de los métodos que utiliza, porque no se puede separar, en la investigación de una determinada rama del saber el contenido de la forma que reviste. Por la relación entre estos dos aspectos y la actitud cognoscitiva correspondiente, se define el tipo de ciencia de que se trata. La metodología de la demografía debe ser objeto de discusión teórica previa, en el plano propio de la lógica, como estudio de los modos de aplicar a los datos y hechos específicos de un campo particular de la realidad, los procedimientos universales del pensamiento, necesariamente abstractos, expuestos por la lógica. Los tratadistas revelan tener conciencia de esta situación cuando dedican gran parte de sus obras a la descripción y evaluación de los métodos usados en la práctica demográfica para constituir con seguridad los conocimientos de este saber. No vamos a someter a una crítica de orden técnico la validez intrínseca, el rigor y la conveniencia de la aplicación de los métodos usuales en demografía. Nuestro intento se limita a discutir teóricamente algunos aspectos de los problemas metodológicos suscitados por la demografía, tomando por base la naturaleza especial de los datos demográficos, los procedimientos técnicos, según los cuales éstos son obtenidos, y los métodos de razonamiento adoptados para llegar a las conclusiones.¹ Permaneceremos, voluntariamente, en un plano crítico de gran generalidad, con el fin de apreciar el valor de verdad y el carácter práctico de la demografía en

¹ Para el conocimiento de un completo plan de estudios e investigación, en todas sus particularidades técnicas, en las actividades que deben desarrollarse y en las interrogantes que propone, véase el esquema del curso dictado por Carmen A. Miró: *Fuentes de datos demográficos*, Santiago, CELADE, Serie B, N° 13, 1959.

90 función de los recursos técnicos gracias a los cuales se construye sistemáticamente. Podemos calificar de "lógica demográfica" a esta indagación. Se trata de investigar la manera como se utilizan los procesos generales de razonamiento para que sean apropiados a la ciencia de las colectividades humanas, los resultados a que llegan y el tenor de verdad que se les puede atribuir. La lógica demográfica constituye, pues, una rama de las aplicaciones prácticas de la lógica: la aplicación de la teoría general del pensamiento al estudio de un grupo específico de fenómenos de la realidad.

Como cualquier tratado de demografía enseña, son muchos los procedimientos metódicos provechosos para esta ciencia. Pero lo que, en general, no se discute suficientemente son los principios teóricos que fundamentan la aplicación de los métodos, el significado de éstos, el grado de verdad de las conclusiones a que conducen, y sobre todo no se examina con la necesaria profundidad el concepto de "dato" demográfico, aunque se alude a él en todo momento. A estas cuestiones deseamos dedicar las reflexiones que siguen. Como primer principio de la exposición metódica, sentamos que en demografía, como en cualquier ciencia, pero en ella con mayor nitidez, por las razones que a continuación se aducirán, reina una relación dialéctica entre el método utilizado y el objeto al cual se aplica. La fijación de este último, delimita la naturaleza y la extensión de la ciencia que a él se refiere. Podemos decir que entre el concepto de la demografía y los métodos que emplea existe una relación tal que, en virtud de una implicación recíproca, el método es función del concepto que se tiene de la demografía, así como éste será, y su concepto lo reflejará, lo que le permitan los métodos que utiliza. No es posible establecer *a priori* la precedencia del método sobre el cuerpo de verdades que de él deriva y va a constituir la ciencia demográfica; así como tampoco es lícito imaginar anticipadamente el tipo de saber que se desea alcanzar para definir, después, los métodos más convenientes para llegar a él. Conclusiones y procedimientos, verdades y métodos para descubrirlas, son concomitantes y se implican mutuamente, de suerte que avanzan en conjunto y se condicionan unos a otros, teniendo por único determinante real y permanente los hechos de que se parte y que se quiere investigar. Ahora bien, sabemos que estos hechos, que en apariencia son de orden biológico, económico, social y político, en esencia representan manifestaciones de la naturaleza del hombre como ser en comunicación. El hecho demográfico está fundado en la esencia de la realidad humana, y expresa lo que el hombre es en virtud de existir como ser en colectividad, pero por sus múltiples facetas se diversifica en variados "hechos" demográficos, los cuales, al presentarse con características distintas, imponen la diversidad de los recursos metodológicos con que hay que aprehenderlos. En esta perspectiva el hecho aparece como determinando el método. Pero no es menos justo afirmar que igualmente el método, una

vez puesto en práctica, se convierte en instrumento heurístico, es decir, descubridor de nuevos hechos, ampliando el área de investigación, de modo que funciona como determinante del hallazgo y la configuración del hecho.

Aunque sea difícil mantener en la práctica de la investigación y en el lenguaje habitual rigurosa distinción entre los conceptos de *hecho* y de *dato*, pues ambos se refieren a lo que está presente en la realidad, se podría decir que la noción de *dato* corresponde a la realidad en su aspecto bruto, de simple "estar ahí", de la cosa, del fenómeno o de la situación, frente al sujeto de conocimiento que se dirige a ella; mientras el concepto de *hecho* se refiere a la misma cosa, pero en su significado elaborado, en cuanto objeto del interés de la investigación científica. El *dato* sería el elemento bruto, en sí, de la realidad. El *hecho* sería este mismo elemento transportado al terreno de un saber científico. La muerte de los hombres en el seno de una población es un dato bruto, una ocurrencia objetiva que se verifica con determinada frecuencia en cierto lapso. Cuando la inteligencia se vuelve hacia este fenómeno y lo toma como objeto de conocimiento, la mortalidad de tal población pasa a ser un *hecho* que la demografía decide estudiar. No siempre se puede ser fiel a esta diferenciación semántica, pues no siempre hay necesidad de tal precisión, y por eso, con frecuencia, en la práctica se intercambian los dos términos. Pero, en una discusión de principios, se les debe distinguir, pues el paso del *dato* al *hecho* es el resultado del proceso lógico que el espíritu recorre en una de las direcciones de la correlación recíproca entre el objeto y el método, aquella en que el método aparece como determinando el objeto. En efecto, el interés que el saber demográfico ya constituido tiene en recoger nuevos datos, lo lleva a expandirse, aplicando sus métodos a nuevos elementos de la realidad, que aparecen entonces como *hechos*, a los cuales se dirige la investigación, con el empleo de las técnicas correspondientes.

Por este proceso de avance simultáneo de los métodos y de los hechos se va creando la ciencia demográfica. Esta es, como sabemos, un producto histórico, no solamente en relación a la historia exterior, al cuadro de la cultura universal en que ha surgido y se está desarrollando, sino en cuanto historia interior, en el sentido de que su constitución en cuerpo de saber distinto y delimitado, su estructura lógica, el acervo de verdades y resultados prácticos que obtiene, son efecto de una evolución interna, cuyo motor es la aplicación, cada vez más extensa y correcta de los métodos a los hechos objetivos, conduciendo al hallazgo de nuevos hechos que ponen a prueba los métodos de aprehensión y aún la creación de otros nuevos. Así, la demografía a lo largo de su historia interna va creando su concepto de sí. Este no se constituyó *a priori* intemporalmente, ni tiene validez rígida, absoluta, inmutable, la demografía no es algo anterior a su realidad como ejercicio del saber científico.

92 La demografía es aquello en que la ha constituido su historia. Si una consideración análoga vale para cualquier tipo de ciencia, en el caso de la demografía se aprecia mejor la verdad de tal formulación, por cuanto esta rama del saber es esencialmente histórica, toda vez que no sólo como cualquier saber, es histórico el proceso de su constitución, sino que también es histórica la naturaleza de su objeto, el hombre en colectividad. Esto se tratará con detalle más adelante.

Deseamos apenas resaltar aquí la historicidad intrínseca del concepto de demografía. Indicamos el doble significado, interior y exterior, de tal carácter. La demografía se desarrolla en un contexto cultural que influye en su construcción como ciencia, que va dictando "desde afuera" las etapas de su desarrollo en función de los problemas que la realidad obliga a resolver. Pero, al mismo tiempo, esta evolución está sujeta a una ley interna, endógena, que impone *desde dentro* la sucesión de sus fases como efecto del conocimiento acumulado en cada momento. La demografía aparece, por este segundo aspecto, como la autoconciencia de sus problemas, en virtud de lo cual va creando los métodos adecuados para la aprehensión de los hechos que tiene por objeto. El estado del saber de una fase dada, representa el fundamento para el establecimiento del criterio de verdad en el juicio de la validez de los métodos anteriormente aplicados, así como abre las perspectivas de nuevas aplicaciones de los métodos corrientes y de su extensión a otros hechos o aun de innovación de procedimientos. Por todo eso se ve que sólo el manejo de los principios generales de la lógica dialéctica nos da la indispensable flexibilidad de raciocinio para captar la movilidad histórica representada por la creación de un cuerpo de saber, lo que se demuestra con particular relieve en el caso de la demografía.

Si el método es función del concepto de la ciencia, y si ésta es historia por esencia, el método también lo es. Y no sólo en el sentido extrínseco, de que la demografía ha seguido varios procedimientos para llegar a organizarse en la forma en que actualmente la conocemos. Lo mismo se dirá del aspecto intrínseco del método, en cuanto proceso que se constituye, se afirma y se corrige a sí mismo por fuerza de su aplicación. Se demuestra así que la demografía es en cada momento un producto de su historia, y que sólo tiene las posibilidades de desarrollo futuro que su estado actual le permite. Citaremos como ejemplo la técnica metodológica de proyecto y realización de los censos demográficos. Desde la resolución recomendada por el Primer Congreso Estadístico Internacional, realizado en Bruselas, en 1853, hasta el *Handbook of Population Census Methods* editado por la Oficina Estadística de las Naciones Unidas en 1954, la historia de los censos ha sido la de un proceso técnico continuo que se corrige a sí mismo por efecto de su aplicación. Por consecuencia, el concepto actual de censo es el producto de la realización de los censos pasados, la imprecisión inicial va desapareciendo poco a poco, a

medida que se configuran mejor los objetivos de las encuestas y se evitan los errores en la técnica de las preguntas. Solamente la práctica puede revelar la impropiedad de procedimientos incompatibles con la psicología de las poblaciones, que ninguna razón podrá denunciar *a priori*. Así, en Francia la boleta censal preguntaba antes de 1901: "¿Qué edad tiene?"; pero esta pregunta, por motivos que la experiencia demostró ligados al deseo de ocultar la verdad, o aun por inocente olvido, no daba resultados precisos. Entonces fue substituida por esta otra: "¿En qué año nació?". Este modo de preguntar ofrece resultados más exactos porque es más fácil que la persona interrogada se acuerde de una fecha fija, y además la respuesta no sugiere referencia directa al factor "envejecimiento", que despierta resistencias e inhibiciones psicológicas, principalmente en la población femenina. La finalidad de una operación censal que se divulga socialmente, es también factor que en ciertas condiciones dificulta la veracidad de los resultados, mientras en otros casos puede favorecerla. Así, cuando en sus inicios en el siglo pasado, se hacían los censos con el fin de preparar las bases para el cálculo de impuestos o para el reclutamiento militar, había evidente resistencia de la población a suministrar datos exactos y hasta repudio en participar en los empadronamientos. Cuando, empero, en la actualidad el público conoce que la estadística vital sirve de base para la organización de la previsión social, para el cálculo de las necesidades populares en escuelas, hospitales, servicios públicos, etc., cambia radicalmente su actitud, cooperando con gusto con el agente censal.

Los resultados de la investigación demográfica dependen de los métodos, pero éstos dependen, a su vez, de las condiciones históricas en que se realizan. Por otro lado, los métodos son también función de la extensión mundial de su ejecución. Tenemos aquí un excelente ejemplo de la relación dialéctica entre cantidad y calidad. La verdad de los resultados de un censo, aunque local y limitado, está ligada a la totalidad de los censos de la misma especie precedentes o simultáneos. En efecto, al principio los censos abarcaban parte muy pequeña de la población mundial y sólo gradualmente se han extendido; o sea, fue aumentando la cantidad de individuos abarcados por ellos, a medida que nuevas áreas y países se fueron incorporando a la superficie ecuménica demográficamente iluminada. Este aumento cuantitativo condiciona una correspondiente mejoría cualitativa, no sólo porque los censos que por primera vez se realizan en países que antes no los hacían se benefician de los progresos de la ciencia demográfica en general, sino porque el conocimiento de un volumen de población mayor permite corregir deficiencias y dar una visión global del proceso demográfico mundial, que las indagaciones iniciales restringidas, no dejaban percibir. En la primera mitad del siglo *XIX* sólo existían datos obtenidos de fuentes censales en pequeño número de países. Entre 1860 y 1870, menos de 200 millones de personas estaban censadas, es decir, menos del 20 por

94 ciento de la población mundial. Después, el avance de los censos fue cada vez más rápido y llegamos al punto de que en la década de 1945-54, para un conjunto de cerca de 214 países soberanos, territorios bajo mandato y territorios sin gobierno propio —un total aproximado de 2.490 millones de personas—, la actividad censal abarcaba más del 80 por ciento de las poblaciones.¹ Este rápido incremento se hizo con substanciales alteraciones cualitativas en la metodología de los procedimientos censales y en la veracidad de sus resultados, no solamente porque se corrigieron las formas inadecuadas de recoger datos, sino también porque en la realización de los censos en nuevas áreas se aplican métodos depurados, que la experiencia indica como más convenientes.

A pesar de esas mejoras, los métodos demográficos están todavía lejos de haber llegado a un grado de perfeccionamiento satisfactorio, aun relativamente. Varios factores dificultan el mejoramiento de los resultados, entre ellos el estado político y el grado de desarrollo económico de las poblaciones. Si las áreas mundiales más atrasadas se benefician, por un lado, con la aplicación de las técnicas censales más adelantadas, por otro, el primitivismo de la vida y la ausencia de una conciencia popular esclarecida son coeficientes negativos que hacen relativamente ineficientes los depurados procedimientos técnicos que se intenta poner en práctica. La correlación entre la exactitud de los resultados demográficos y la etapa de desarrollo social de las colectividades nacionales, está hoy perfectamente reconocida. Un país tiene la ciencia demográfica que su grado de desarrollo económico le permite. En rigor, la exactitud en las operaciones censales y en los registros de población es uno de los índices del progreso cultural y material de una comunidad. Aunque el grupo de especialistas que se ocupen de planear y conducir una campaña censal conozca satisfactoriamente la ciencia demográfica, y sus técnicas y métodos más modernos, la ejecución práctica de éstos depende, no de la conciencia cultural de los dirigentes, sino de la conciencia de las masas a que va a aplicarse el aparato investigador. Son ellas las que proveen los datos y de ellas depende predominantemente la calidad de los resultados finales.

La demografía representa, como otros productos de la civilización, uno de los indicios de la etapa en que se halla el proceso histórico de un pueblo. Es lo que reconoce Amos A. Hawley: "En verdad, es difícil comprender cómo los datos demográficos para las poblaciones de los llamados países subdesarrollados puedan ser mejorados más rápidamente que la maduración de sus sociedades para alcanzar niveles más altos de organización. La calidad de los datos demográficos es, entre otras cosas, un índice del grado de desarrollo social, económico, técnico y político alcanzado por una población".² El condicionamiento

¹ Forrest E. Linder, en *The Study of Population*, pág. 331.

² Amos H. Hawley, en *The Study of Population*, pág. 370.

histórico de la metodología demográfica es tan perceptible que Louis Chevalier, con una visión típicamente metropolitana del problema, ha podido referirse a la "identificación que establecemos precedentemente entre la contabilidad humana y la civilización universal".¹ Tal correlación, si es verdadera, con las limitaciones y el relativismo que la correcta teoría histórica impone, se relaciona, no sólo con la concepción de las finalidades de las operaciones demográficas en función de las exigencias del colectivo poblacional, sino sobre todo con los métodos de investigación. La lectura del *Manual de Investigación Demográfica en Países Subdesarrollados*, de Robert Blanc, es instructiva a este respecto.² La necesidad de adaptar personal y métodos a las condiciones de un medio primitivo determina el descubrimiento de las dificultades de los objetivos pretendidos y lleva a verificar que los temas y las finalidades de las encuestas demográficas propuestas corresponden a la forma como las mismas se justifican en el medio occidental desarrollado donde se originaron y se practican. La comprobación de que varias cuestiones habituales en la inuagación demográfica, por ejemplo, las relativas al estado civil o hasta el hecho del nacimiento, son comprendidas de modo totalmente distinto por poblaciones de otro nivel, basta para mostrarnos la naturaleza histórica de los proyectos y de la tecnología demográfica y de los fundamentos objetivos, sociales, sobre los cuales reposa. Observemos, a título de muestra, que el concepto de "enfermedad" está determinado históricamente y sociológicamente. En una región subdesarrollada y miserable, la familia no tendrá por enfermo a un niño portador de una verminosis crónica, pues tal enfermedad es endémica, y sus síntomas se manifiestan en la gran mayoría de los niños de igual edad; de ahí que sea admitida como un hecho normal, que no despierta inquietud ni la necesidad de buscar medidas terapéuticas, con las consiguientes exigencias sociales de sanidad. Por eso es muy difícil e incluso imposible interpretar ni comparar los resultados de los trabajos demográficos, sin tener en cuenta el grado de desarrollo de las poblaciones a que se refieren.

Esta proposición tiene indiscutible valor práctico, pues revela la inutilidad de llevar el perfeccionamiento de las técnicas demográficas allende un cierto grado, el permitido por el desarrollo económico y social de la comunidad a que se aplican. Cuando se pretende violar este principio, se obtienen resultados inciertos y sin contenido definido. Por eso se hace necesario suscitar en los demógrafos de cada país la auténtica conciencia de su realidad nacional, para que establezcan el esquema de las operaciones censales, especialmente la recogida de los datos y la elaboración y análisis de los hechos, en consonancia

¹ Louis Chevalier, *Démographie Générale*, pág. 72.

² Robert Blanc, *Manuel de Recherche Démographie en Pays sous-développés*, Ministère de la France d'Outre-Mer, Abril, 1958.

96 con el grado de desarrollo social del medio a que pertenecen. Sólo de esta manera la demografía escapará a una abstracción peligrosa y el técnico no incidirá en el error y en la desilusión de ver fracasados sus brillantes proyectos por su imposible aplicación a una realidad adversa. Todo proyecto de operación demográfica tiene que ser inducido de la realidad, exigido por ella y conducido en la forma más avanzada posible dentro de las condiciones existentes. Preguntas referentes, por ejemplo, a la religión profesada por el individuo, son fatalmente respondidas de modo incorrecto e inutilizable, en un medio social donde exista intenso sincretismo religioso, en el cual las masas pobres declaran pertenecer a las religiones civilizadas cuando, en verdad, practican cultos aborígenes o ligados a sus raíces ancestrales. Lo mismo se dirá del color, que en gran número de sociedades metropolitanas constituye un valor, pero no es sentido como tal por las masas de los países subdesarrollados. Indagar estas calidades personales, es evidentemente una pretensión inútil e impertinente. Se trata de cuestiones típicas de ámbitos culturales correspondientes a un tipo y un grado particular de civilización que no pueden, de ninguna manera, ser generalizados. Copiar los formularios de encuestas demográficas de los países metropolitanos llevará a los demógrafos de los países todavía periféricos, que sólo ahora inician su ascensión histórica y perciben la necesidad de organizar sus servicios censales y estadísticos, a equívocos y perplejidades insuperables que no podrán evitarse sino orientando la actitud científica de sus profesionales con arreglo a la conciencia crítica de su realidad nacional. Tal conciencia les indicará de antemano el error de trasplantar sin modificaciones la metodología demográfica en vigor en los países más adelantados. Varios ítems de los formularios metropolitanos tienen que ser omitidos.

Por otro lado, tienen que figurar muchas cuestiones en las encuestas de los países menos desarrollados con mayor importancia e insistiendo en minucias que no son precisas en las áreas adelantadas; por ejemplo, todo cuanto se refiere al trabajo y a la educación del adulto, especialmente la mujer, y al trabajo de los menores. La pregunta sobre el analfabetismo no figura ya en los censos de varios países europeos. En las áreas subdesarrolladas este ítem es de capital importancia, aunque las respuestas hayan de tener considerable imprecisión, lo que es perfectamente natural e imposible de superar por el momento, pues sólo podrá corregirlo la expansión de la cultura. Como éstas son realidades de inmensa significación para caracterizar el cuadro sociológico y vital de las poblaciones atrasadas, es preciso desdoblarse toda una gama de cuestiones peculiares que permitan percibir la situación de los pueblos en condiciones de reducida capacidad física, en precario estado de salud y de nutrición y con la correspondiente baja productividad. Mientras en el país desarrollado bastará una indi-

cación sumaria, catalogada en ítems definidos, para llegar a la comprensión del modo de trabajo individual, porque éste en las sociedades adelantadas se clasifica en tipos bien caracterizados, en las condiciones de pobreza y de atraso en el desarrollo de las técnicas productivas, en los regímenes de producción para la simple subsistencia, las modalidades de trabajo son extremadamente variadas, y abarcan a ambos sexos y casi todas las edades. A fin de obtener la imagen real de las condiciones de vida de una de estas comunidades, y a partir de ellas establecer correlaciones con los fenómenos demográficos vitales, es preciso investigar un gran número de aspectos y detalles de la realización del trabajo humano en tal medio, para lo cual se hace necesario crear métodos propios, los que no pueden venir recomendados de los centros desarrollados, donde tal problema simplemente no existe. La demografía en el país subdesarrollado tiene que ser creación de su genio nacional, un producto de su auto-conciencia, porque se trata de captar su propia imagen, que es algo que sólo la misma comunidad puede producir. Solamente así medirá el grado de independencia cultural a que ha llegado y, además, se tornará instrumento útil para la más rápida superación del retraso de la comunidad. El más importante de los principios de la metodología teórica es el que nos permite comprender, dentro de la visión historicista del proceso cultural, que la realidad objetiva determina los métodos técnicos que le ha de aplicar el demógrafo, el cual debe reflejar fielmente el medio social a que pertenece.

LOS DATOS EN DEMOGRAFÍA.

Como toda ciencia, la demografía se organiza basándose en un conjunto de "datos", que son fenómenos ocurridos en la realidad exterior, objetiva, y se ofrecen como elementos de posible aprehensión por el conocimiento. Al descubrir métodos adecuados para investigarlos, esos elementos engendran un conocimiento efectivo, científico, y los datos se convierten en hechos definidos, para analizarlos la razón humana. La primera noción por dejar establecida, y que desde un punto de vista epistemológico constituye un valioso principio, es que los datos demográficos son fenómenos reales, que, por la capacidad abstractiva de la inteligencia, llegan a constituirse en ideas, capaces de originar otras; pero no son producto de la imaginación y sí ocurrencias del mundo real, que existe con independencia del sujeto que lo estudia. Los datos demográficos son, por esencia, materiales, son fenómenos de la realidad. Si se los somete a un tratamiento lógico, dándoles la calidad de "hechos" y elevándolos a la condición de ideas o representaciones intelectuales, no por eso dejan de ser aspectos de la realidad material y de la existencia del hombre en colectividad. Siendo

el hombre un ser en comunicación, su existencia se desdobra en un número teóricamente infinito de aspectos, algunos de los cuales vienen a tener interés para la demografía. Considerados tales aspectos como "datos", son la manifestación del modo de ser del hombre en colectividad, y por eso tienen el mismo grado de objetividad que la población que van a reflejar. Pero si desde el principio se debe establecer firmemente la materialidad esencial del "dato" demográfico, por otro lado tenemos que considerar que, por la elaboración que sufre para constituirse en "hecho" científico, y, todavía más, porque, siendo "dato", está implícito en esta misma palabra que es "dato de alguien", se carga de una significación subjetiva, y como tal ingresa en el dominio del saber demográfico. Tenemos, así, que distinguir con claridad, pues es tarea capital en la elaboración metodológica de la demografía, entre el lado objetivo y el lado subjetivo de los "datos" con que esta ciencia trabaja. Si no lo hacemos, estamos expuestos a una incorrección epistemológica inicial, que viciará todo el subsiguiente proceso de construcción de la ciencia.

Objetivamente, los datos tienen existencia propia. No se limitan a aquéllos, más significativos, que la demografía corriente recoge. En verdad, la multiplicidad de aspectos de la realidad vital del hombre en comunidad es innumerable. Tan sólo los intereses prácticos dictan para cada situación particular la elección de los datos que se han de recoger y la extensión en que deben ser investigados. Todavía cabe señalar aquí el fondo histórico y los determinantes circunstanciales en que opera la recolección de los datos demográficos. El conocimiento de la evolución de esta ciencia verifica que la necesidad de registrar ciertos aspectos de la realidad, se ha presentado gradualmente y, que, con el progreso de la vida, en especial la urbana, la encuesta demográfica pasa a ocuparse de cuestiones que anteriormente no le interesaban. El registro de los abortos y la investigación de las condiciones sociales y psicológicas que los determinan, o el de accidentes de tránsito como causa de muerte, son aspectos de la realidad que van ganando significación más acentuada por el crecimiento de la civilización urbana. Señalemos todavía que aun los "datos" tradicionales son también históricos en el sentido de que están sometidos a permanente revisión, al balance de su valor para la coyuntura presente, y constantemente se descubren en ellos nuevas connotaciones conceptuales, nuevos significados, nuevas relaciones con otros datos, que obligan a la investigación demográfica a desdoblarse en técnicas más depuradas de registro y en el establecimiento de correlaciones estadísticas teóricas antes insospechadas.

En todos estos casos, es la naturaleza material del dato, como fenómeno del mundo humano colectivo, la que explica lo inagotable de sus contenidos significativos. Al descubrir cada vez mayor número,

de aspectos en la realidad que estudia, la demografía está obligada a desarrollar un aparato metodológico y técnico que le da el carácter de ciencia en constante expansión. El establecimiento de servicios de estadísticas vitales en regiones que hasta ahora carecían de ellos, no es sólo un crecimiento cuantitativo, sino que se acompaña de alteraciones cualitativas, determinadas por la entrada de tales regiones en el área demográficamente incorporada a la cultura. Como los pueblos que ingresan en el cómputo demográfico están constituidos por fracciones de los más subdesarrollados de la humanidad, hasta ahora marginados, los datos que se refieren a ellos, o son realmente originales, representando algo nuevo como conocimiento, sin precedentes en el pasado de la demografía, o son la repetición de fases que ya han perdido importancia para las áreas metropolitanas. De un modo u otro, la aprehensión de los datos demográficos de los países atrasados no se agrega como una cantidad más en las encuestas estadísticas universales, sino que trae consigo aspectos cuantitativos nuevos, por los cuales no puede dejar de interesarse quien reflexione sobre la demografía.

Subjetivamente, los datos demográficos tienen existencia definida por cuanto su ingreso en el campo de la ciencia no se hace sólo por su reconocimiento objetivo, sino que también son el resultado de la interpretación que les da el científico. En tres sentidos, por lo menos, están relacionados los datos con la subjetividad del investigador. En primer lugar, por el mismo acto de elegirlos como "datos". Esta operación ya se manifiesta como proceso subjetivo, muy complejo. Justamente porque en su esencia son materiales, objetivos, los datos demográficos son parte de una realidad inagotable en ofrecer contenidos inteligibles al espíritu. Aun limitado *a priori* el interés del examen de la realidad por el cuadro conceptual y por las finalidades prácticas que delimitan el ángulo de la demografía, la multiplicidad que se ofrece es ilimitada. Si en ese campo sin fin se recortan los objetos particulares que van a ser los "datos" de la demografía, esta operación ya obedece a determinaciones del espíritu investigador. En tal sentido, los "datos" se manifiestan como producto de la curiosidad intelectual y los intereses prácticos de quien los descubre y estudia. Su recogida, su interpretación y la estructuración de las ideas a ellos referentes en cuerpo de doctrina tiene por origen la subjetividad del investigador, pero éste no procede a ciegas ni arbitrariamente, sino que obedece a motivos subjetivos que representan el reflejo en su conciencia de necesidades y utilidades prácticas de la sociedad a que pertenece. No cualesquiera "datos" de la experiencia de una comunidad son los acogidos por la demografía, como si ésta procediese al azar, sino aquellos en los cuales se descubre un contenido significativo que importa desentrañar y fijar en fórmulas científicas, tanto por su importancia para

100 la comprensión teórica de la población, como por la posibilidad de convertirlos en instrumentos para la acción social. Esta primera modalidad de relación del dato con la subjetividad del demógrafo explica que se deba considerar en cierta manera incorrecto el vocablo "dato". En efecto, lo que llamamos "dato" es antes un "buscado", pues datos son igualmente muchos otros aspectos de la realidad nacional por los cuales no nos interesamos. El dato como fenómeno material, es algo que simplemente "está ahí", en un universo de infinitos fenómenos. Si nos interesamos por algunos para elaborar con ellos una ciencia, eso los convierte en objetos buscados y, sin duda, debe haber motivos que explican esta preferencia, pero son motivos subjetivos. Es la subjetividad quien altera la perspectiva de lo que en sí mismo es sólo dato, transformándolo en "buscado". Si, por tanto, desde este ángulo sería en rigor incorrecto hablar de "dato", no puede dejar de reconocerse que, de todos modos, lo que se pretende expresar con este término, además, de uso universal e insustituible, es la naturaleza objetiva, en sí, del fenómeno que la demografía estudia.

La relación del dato con la subjetividad del investigador nos hace comprender que la investigación en demografía es una actividad que suscita problemas teóricos, de exégesis y de valoración lógica, que necesitan ser tratados. Aquí diremos por ahora sólo que la procura del "dato" depende de presupuestos ideológicos, los cuales importará siempre señalar, en principio, y dejar concretamente establecidos en cada caso particular. La idea del "dato" como algo dado por sí mismo sólo es verdadera relativamente. La intención investigadora lo configura según determinaciones subjetivas que pertenecen a la esfera de la ideología del investigador y que se tienen que computar entre los presupuestos de todo trabajo científico en este campo. Poco importa que el especialista no tenga conciencia de este aspecto de la realidad de su trabajo, o que lo niegue, en muchos casos, cuando llega a conocerlo. Es imposible concebir el dato objetivo sino en su condición de término de un acto cognoscitivo de la razón humana que lo investiga, lo que confiere necesariamente a esta operación carácter ideológico, como acontece con todo producto cultural del pensar racional. El concepto de ecuanimidad e imparcialidad del observador, del investigador o del intérprete, es mítico, no corresponde a la verdad en la práctica social de la construcción científica, y es, él mismo, ideológico. Representa ya un presupuesto, un punto de vista ideológico sobre el trabajo científico, aunque sea bajo la apariencia de negar tal presupuesto. No vamos a discutir este asunto, que pertenece a la teoría sociológica del saber, sino tan sólo deseáramos recordar el hecho, para que no escape a los estudiosos de la demografía esta noción capital, de que su ciencia no está, ni jamás ha estado, exenta de premisas ideológicas. El dato, siendo inicialmente un "buscado", y

terminando como un "construido", un "elaborado", después de sometido a las condiciones del pensar que lo examina y lo incluye en el sistema de verdades de la ciencia demográfica, depende constantemente de la subjetividad del científico. Lo reconocen Hauser y Duncan: "Los datos son evidentemente una función del marco de referencia de una disciplina. Es decir, aquello que constituye los datos está determinado en parte por aquello que es procurado como tal, así como por aquello que existe realmente en el mundo fenomenal. El demógrafo, como otros científicos, desempeña importante papel en la creación de los datos, por la selección de las variables con que trabaja y por los métodos con que los observa, describe y clasifica".¹

La frase citada revela un correcto reconocimiento del carácter a la vez objetivo y subjetivo de los datos demográficos. También otras consideraciones refuerzan esta concepción. Nos referimos a la propia técnica de la recogida de los datos, que los autores, inadecuadamente a nuestro juicio, consideran una "observación". Ya sabemos que el "dato" sólo puede ser encontrado si es "buscado", pero no es sólo la subjetividad del demógrafo de oficina, del científico social que lo elige, el único factor que lo determina; hay que contar además con la subjetividad del agente censal, aquel que va al medio de la población, al campo de acción, para recogerlo. Todavía ahí la subjetividad desempeña un papel decisivo. Los mismos autores antes citados reconocen igualmente este hecho: "La integridad y la calidad de los datos demográficos dependen ampliamente de las técnicas de recogida, que típicamente envuelven la comunicación entre un agente que recoge y una persona que contesta".² Más tarde tendremos ocasión de reflexionar sobre este lado del problema, que confirma, en las palabras de los referidos autores, el significado existencial que pretendemos atribuir a la ciencia demográfica. Esta es existencial no sólo por su contenido, los hechos que estudia, sino igualmente por la naturaleza de los procedimientos de recogida de los datos de que se vale, y sin los cuales no podría constituirse. En este último sentido, la demografía está fundada sobre la "comunicación" del agente indagador con la persona que responde. La subjetividad de ambos, sus motivos personales, sus inclinaciones y características existenciales están en juego, y se reflejan, sin que a primera vista se perciba, en los resultados obtenidos. De parte del agente estadístico, el dato que recoge es en gran medida función de su capacidad y habilidad, por tratarse, como es sabido, muchas veces de cuestiones personales y hasta íntimas, sujetas a la censura del pudor, que con frecuencia se contestan a disgusto, e incluso falsamente, por el tema a que se refieren. Y por parte del interrogado, porque para él el "da-

¹ Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 5.

² Id., pág. 5.

102 to" a menudo es una "confesión". La naturaleza íntima del asunto, las resistencias psicológicas que suscita, los temores que levanta, todo concurre para dar a la recogida de los datos, que, con todo, es el punto de partida de la ciencia, un carácter subjetivo.

Además del efecto que tiene sobre la selección y recogida del dato, la subjetividad del demógrafo interviene en la determinación de su significado. Nuevamente debemos distinguir aquí la parte que cabe a la objetividad, y la que deriva de la subjetividad. Todos los autores señalan la dificultad de comparar los datos estadísticos vitales, obtenidos en encuestas distintas, con un gran número de factores que no se consigue uniformar en la práctica, tales como diversidad de métodos, omisión de grupos de población, variación de fronteras nacionales, imprecisión en la definición del hecho por investigar, falta de integridad de la indagación, etc. A este respecto declara Forrest E. Linder: "Una enumeración de los factores arriba enunciados es suficiente para mostrar que el análisis de la disponibilidad de los datos demográficos sólo puede ser aproximado".¹ Se hace evidente así que en todo trabajo demográfico la significación del dato, el peso, el coeficiente de verdad que se le atribuye, en amplia parte son producto de la opinión, de la impresión, del juicio que de él hace el especialista. La falta de determinaciones objetivas, claras y distintas, es suplida por cierto margen de interpretación que se insinúa desde la etapa inicial de la recolección de datos, hasta la final, la fase de la tabulación y crítica. La subjetividad del científico está presente en todas estas fases y en gran parte convierte el "dato" en una "creación", como dicen los autores antes citados. Sin embargo, si, de un lado, debemos reconocer con franqueza la verdad de esta situación, no por eso se justifica caer en la actitud opuesta, la de suponer que el dato es totalmente un producto del pensamiento que lo construye. Eso sería reducirlo a la condición de resultado de la fabricación subjetiva individual. Lejos de ello, la objetividad del dato es el carácter del cual no deberemos olvidarnos jamás. Si para investigarlo mejor se hace necesario someterlo a diversos procedimientos metodológicos, en cuyo curso puede haber distorsiones y dificultades que abren la puerta a la imaginación, eso no significa que el dato pierda, en ningún momento, su validez de fenómeno material. Tan sólo obliga a que, por la mayor precisión de los métodos de investigación y de crítica, se descubra una verdad objetiva que está siempre a nuestro alcance y a la cual nos aproximamos constantemente según corregimos los errores en que incidimos.

Estas reflexiones no deben descorazonar la investigación y la construcción demográfica; sólo obligan al especialista a ser cauto en su tra-

¹ Forrest E. Linder, en *The Study of Population*, pág. 325.

bajo y prudente en sus conclusiones. Si para el caso de ocurrencias demográficamente burdas, como la mortalidad o la natalidad globales, los censos pueden ser comparados con mínima instrucción del factor subjetivo, a medida que se trata de datos sutiles, como los de la religión, el color, estado civil, grado de instrucción, renta económica, número de hijos, tipo de ocupación, etc., el coeficiente de posible inexactitud crece rápidamente. Hemos dicho que en todos estos casos debe considerarse el grado de desarrollo cultural y económico de la sociedad a que se refieren los datos, pues éste es el factor que con mayor peso influye en la eventual falsedad de las informaciones recogidas. Para proceder al necesario descuento de este factor, cuando se computan estadísticas correspondientes a áreas políticas y culturales de desigual nivel de desarrollo, entra en juego la capacidad de apreciación del demógrafo, es decir, su subjetividad. No hay regla absoluta para proceder a la comparación de datos numéricos cargados de significado cualitativo distinto. En tal caso, sólo el poder de discernimiento del hombre de ciencia es el factor decisivo. Debemos tener presente este hecho para comprender la natural resistencia del pensador crítico a aceptar una demografía que pretende aparecer como ciencia exacta, libre de presupuestos ideológicos. En todos los momentos que señalamos, en la búsqueda de los datos, en la organización de la investigación, en la comparación de las respuestas, inciden los determinantes subjetivos del trabajo del demógrafo.

Observemos que, al referirnos a presupuestos subjetivos o ideológicos, no estamos pensando sólo en aquellos que pertenecen al individuo como subjetividad personal, aislada. Esta, en rigor, no existe, porque el hombre es siempre un ser en colectividad. Son los determinantes del grupo social, del ambiente de que deriva el demógrafo, los que influyen en su espíritu, y a través de éste se manifiestan en su trabajo. Por eso, el demógrafo, como conciencia socialmente condicionada en su actividad, constituye él mismo un producto cultural de su realidad social. La subjetividad que se revela en ella sólo en mínimo grado, es la del individuo que descubre y manipula los datos científicos. Lo que más decididamente influye son los factores sociales, aquello que el grupo social, al que pertenece el investigador, espera o "desea" que se pruebe. Lejos de nosotros dar a la expresión anterior cualquier cariz de deshonestidad intelectual; consideramos que se trata de una inevitable situación existencial, sólo posible de superar por la conciencia crítica del trabajador científico, lo que, desdichadamente, no siempre ocurre. El único recurso contra esta situación adversa, es el conocimiento de la verdad de este mismo hecho. Conocer los propios condicionamientos sociales no conduce a nadie a destruirlos, si son existenciales; pero puede llevar al investigador, en función de la idea clara que de ellos tenga, a tomarlos en la debida cuenta y a incluir conscientemente su influencia en la evaluación de los resultados del trabajo que ejecuta.

Si las condiciones personales, como reflejo de situaciones sociales, influyen en la recogida y elaboración de los datos demográficos, a título de presupuestos ideológicos, los datos, una vez obtenidos y evaluados, influyen a su vez en la conciencia del científico y se convierten así en un factor determinante de su subjetividad. Encontramos aquí el tercer aspecto de la relación entre la objetividad de los datos y la subjetividad del demógrafo. Todo trabajo científico, aun el de base rigurosamente empírica como el demográfico, incorpora ciertas hipótesis que son anticipaciones subjetivas sobre la verdad que ha de ser demostrada. Siempre hay en el trabajo científico una "expectativa de verdad", que puede, o no, ser ratificada por la conclusión de las investigaciones, la verdad entrevista, o que se espera confirmar, ejerce poderosa influencia subjetiva sobre la elaboración de las operaciones científicas, en cualquier campo, pero especialmente en la demografía, donde se ejercen ciertas presiones de naturaleza sociológica, ideológica y hasta política, que solicitan una actitud "partidaria", aunque casi siempre inconsciente del especialista. La verdad al fin proclamada, independiente de su valor intrínseco, actúa como uno de los condicionamientos del investigador y determina su comportamiento frente al trabajo siguiente. De este modo, la verdad adquirida, cualquiera que sea su exacto tenor y su efectiva validez, se constituye en factor del proceso de adquisición de nuevas verdades, a través de la conciencia del demógrafo, que se carga de convicciones por fuerza de las primeras adquisiciones y se condiciona para la aceptación o repudio de las verdades que vayan surgiendo de sus investigaciones. A este hecho podemos dar el nombre de "retorno ideológico" de la verdad demográfica sobre la conciencia indagadora. Ningún hombre de ciencia está exento de este efecto, pero el demógrafo, por especiales razones, menos que otros. Al referirnos a la "verdad adquirida", estamos sólo mencionando lo que se presume como tal, pudiendo ser una completa falsedad, y por eso el demógrafo precisa estar dotado de conciencia crítica para tener conocimiento de esta situación y superarla por el análisis a que constantemente se debe someter, investigando los determinantes objetivos y subjetivos que actúan como elementos formadores de su personalidad.

En virtud de este "retorno", cuando la demografía la practican, como desafortunadamente sucede, personas sin conciencia crítica, corre el riesgo de encaminarse cada vez más por un rumbo erróneo, en virtud del efecto acumulativo que tal retorno determina. Tenemos un excelente ejemplo de ello en los creadores de algunas teorías de la población. Movidos por una anticipación hipotética de la verdad, que, como tal, es una actitud ideológica, elaboran una doctrina explicativa del estado y del movimiento de una población, y después buscan la confirmación del principio establecido en hechos seleccionados e interpretados con la finalidad aunque no declarada, de servir a prueba de tales principios. Una vez practicada esta primera parte de las operaciones metodológicas ingenuas, los su-

puestos resultados comprobatorios van a confirmar, tanto la convicción subjetiva, cuanto la verdad de las premisas, y conducirán a reunir nuevos datos que las confirman. Se realiza así un círculo vicioso ideológico, en virtud del cual cada nuevo dato confirma el cuerpo de datos anteriores y apunta, o mejor selecciona, aunque inconscientemente, los nuevos datos por descubrir. Con eso, desaparece prácticamente la posibilidad de libre observación, de "escuchar" la realidad. El científico queda prisionero de su misma subjetividad, y expuesto a los más graves engaños por no poder salir de un círculo de tiza del cual ni siquiera tiene conocimiento. En estas condiciones, entre los hechos, que supuestamente la comprueban, y la teoría, que realmente los selecciona, se establece un juego de espejos, del cual no podemos liberarnos sino por la alteración de la naturaleza de la conciencia investigadora.

Hay un sentido, sin embargo, en que es legítima y deseable la determinación del dato futuro por el dato presente: se trata del proceso de acumulación del saber. Esto ocurre en todas las ciencias y debemos tener clara noción de ello para no confundirlo con aquello que estamos denunciando. El que lo conocido abra el camino para llegar a lo desconocido, constituye un rasgo específico del progreso del conocimiento. La advertencia del pensar crítico se hace en el sentido de que lo conocido condicione la adquisición del nuevo hecho teniendo en cuenta sólo la relación causal o el procedimiento metodológico que corresponde a la verdad objetiva y no la influencia de ingenuos juicios *a priori*. Es sabido que todo censo corrige las fallas del anterior. Y eso, por dos motivos: porque revela las lagunas de la operación anterior, y porque sugiere procedimientos originales para corregirlas. Tenemos ahí un excelente ejemplo de cómo la ciencia progresa con el estricto acatamiento de sus bases objetivas.

LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LA INVESTIGACIÓN DEMOGRÁFICA.

La demografía se constituye en ciencia social por dos de sus caracteres fundamentales. De un lado, porque su objeto es una comunidad social en transformación; y de otro, porque el sujeto, el agente que la crea y organiza como ciencia, es la propia sociedad, en la persona de sus científicos especializados, en las instituciones que funda para tal fin, en los recursos económicos que destina a las operaciones censales, en los ejecutantes que moviliza para la recolección de las informaciones básicas. Puede decirse, pues, que es la sociedad quien se investiga a sí misma, para conocer su estado en un momento determinado y las tendencias de las transformaciones cualitativas que en ella ocurren. Para eso es evidente que la demografía tiene que ser una ciencia casi totalmente institucionalizada. Sí en sus orígenes un comerciante como John Graunt, impresionado con el fenómeno de la mortalidad humana, en una época de

106 periódicas devastaciones por epidemias mortales, con su trabajo personal de investigación de los informes semanales de las parroquias londinenses sobre las defunciones, pudo establecer los primeros *bills of mortality* (1662), en la actualidad esta hazaña individual es inconcebible, y por lo demás carecería de interés, aunque llegara a intentarse. Solamente el Estado, o, en casos limitados y con objetivos especiales, poderosas organizaciones privadas, pueden conducir una encuesta demográfica, sostener el aparato humano y material necesario para realizarla y obtener conclusiones aceptables. Eso, porque uno de los rasgos distintivos de la especie de *datos* de que trata la demografía es su dispersión en el espacio y en el tiempo. El objeto demográfico obliga al estudioso, por decirlo así, a multiplicarse en un número inmenso de agentes que tienen por función abarcar la diversidad de los datos, y reunirlos en un solo punto del espacio bajo la forma de registros tomados de todas partes.

Las fuentes de conocimiento demográfico, según Carmen A. Miró, pueden dividirse en dos grupos: las que se basan en empadronamientos: el censo de la población propiamente dicho y las encuestas demográficas por muestreo; y las que se basan en registros: las estadísticas vitales y otros registros administrativos.¹ Por su volumen, extensión y diversidad exigen hoy en la casi totalidad de las operaciones una repartición del Estado que lleve a cabo los actos fundamentales. La misma autora nos da la siguiente definición de censo demográfico: "Operación por medio de la cual se determina el número y característica de los habitantes de un territorio determinado en un momento dado".² La inclusión en la esencia de la operación censal, de que ésta sea necesariamente efectuada por el Estado, está referida en la siguiente definición, de Dennis H. Wrong: "Un censo es un recuento periódico de la población, con registro de algunas de sus características, llevado a cabo por un gobierno". Se ve así que, aunque ciertos autores no incluyan la actuación del Estado en la definición de los censos, su papel es del más alto relieve, hasta el punto de ser juzgado esencial por otros autores.

En el estado actual de las necesidades, cada gobierno puede ocuparse de tareas locales; pero la percepción de los fenómenos demográficos globales, la coordinación de los datos relativos al mundo entero y el análisis de ellos desde un punto de vista universal, exigen un organismo internacional, como los que para este fin viene creando las Naciones Unidas. Si, por un lado, en el trabajo de recolección el individuo es superado por el aparato a que pertenece, por otro, esta gigantesca máquina de obtención de datos estadísticos sería inútil e inconcluyente, sin la reflexión individual del hombre de ciencia, que planea la investigación,

¹ Carmen A. Miró, *Fuentes de datos demográficos*, CELADE, Serie B, Nº 13, Santiago, 1959.

² I., pág. 2.

decide acerca de sus características, totaliza, analiza e interpreta la mole inmensa de datos recibidos. Tenemos ahí un aspecto de la complementariedad dialéctica entre el individuo y una entidad supraindividual, cual es el Estado, ejecutante de la investigación demográfica. La necesidad de éste constituye uno de los factores que dan a la demografía su carácter social, mientras el científico individualmente debe reconocer este hecho y su importancia para la interpretación de los datos con que trabaja. Sauvy explica así el papel del demógrafo: "Como todas las estadísticas, las que se refieren a la demografía comportan dos especies de trabajos: a) la reunión de los elementos de base, seguida de la depuración y de la totalización; b) la utilización de los totales obtenidos y el estudio profundizado de su significación".¹ Por ambas finalidades, se supone que el demógrafo pertenece a un servicio organizado para la encuesta de los hechos en examen. Aisladamente no podría jamás hacerlo; o sea, particularmente nadie puede ser demógrafo. El reconocimiento de esta situación debe llevar al especialista a comprender que, si el órgano impersonal del cual forma parte se comporta como un agente único para reunir los elementos dispersos de que se compone la ciencia demográfica, es a él, como razón investigadora personal e insustituible, dotada de métodos que crea y considera válidos, a quien incumbe extraer el contenido inteligible involucrado en la masa de los datos recogidos. De este modo el carácter social de la investigación no anula la actividad individual, no suprime el examen y la elaboración de los datos por la conciencia crítica del hombre de ciencia.

El demógrafo, más que otros trabajadores de campos congéneres, debe poseer la noción de la complementariedad de las fuerzas que operan conjuntamente en su persona. Como agente de la sociedad, lleva en sí los condicionamientos pertenecientes a ésta, y los refleja necesariamente en su trabajo; pero como razón individual, capaz de pensamiento autónomo, de autorreflexión, supera este condicionamiento, lo domina por el hecho de conocerlo, y se impone como conciencia juzgadora frente a su propia condición de investigador condicionado por las circunstancias del medio a que pertenece. Sería aquí el momento oportuno para tratar el tema de la conciencia alienada en demografía, pero deseamos dedicarle algunas consideraciones en párrafo aparte. En efecto, al ponerse a sí mismo como conciencia crítica de su realidad, de su ciencia y de su trabajo, el demógrafo, asume una actitud de repudio a todas las formas de sumisión al pensamiento ajeno, que son características de la postura alienada, y busca rehacer para sí, a base de su comprensión de la realidad, no sólo los formularios de las encuestas que realice, sino la crítica de los resultados ajenos y de los propios. En nuestras consideraciones nos co-

¹ Alfred Sauvy, *La population*, pág. 10.

108 locamos siempre en el punto de vista de la conciencia crítica, sin haber presentado con detalle la cuestión filosófica y sociológica relativa a la esencia de esta forma de pensar y de sus comportamientos.

LAS FUENTES DE LOS DATOS DEMOGRÁFICOS.

Los especialistas están de acuerdo, según se ha comprobado en páginas anteriores en que las dos fuentes principales de datos demográficos son los censos nacionales y las estadísticas vitales.¹ Dicen Hauser y Duncan: "En sentido amplio, pues, la dos fuentes generales directas de datos sobre la población son la encuesta de campo (*field canvass*) y el sistema de registro".² Sin duda existen otras subsidiarias, como las estadísticas de organizaciones de salud, de compañías de seguros de vida, de grupos sociales parciales cuales las fuerzas armadas, minorías étnicas, colectividades de varias índoles, datos históricos, etc. Pero, la demografía se funda sobre aquellas dos, y por eso es a ellas a las que tenemos que dedicar la atención. La primera distinción entre ellas, que va a determinar la veracidad de los métodos de estudio de cada una, el ámbito y la naturaleza de las conclusiones que permiten, es que los censos presentan los datos en su aspecto estático, mientras la segunda los presenta en el dinámico. Este concepto, universalmente reconocido, es expuesto por Louis Chevalier: "El estudio de las poblaciones reposa sobre los empadronamientos, operaciones periódicas que fotografían, por así decir, el estado de la población en un momento determinado, y sobre el estado civil, que registra de manera continua los nacimientos, muertes, casamientos, fenómenos que forman el movimiento de la población y de los cuales resulta finalmente el estado de la población".³ Lo mismo enseña Alfred Sauvy: "Dos especies de medidas pueden ser practicadas: unas estáticas, se refieren al estudio de una población en determinado momento, su estructura, su repartición según diversas características, edad, sexo, profesión, etc. Son fotografías, instantáneas. Las otras son dinámicas, o más exactamente cinemáticas, pues es útil estudiar separadamente los movimientos que se producen y las causas que los provocan. Son los nacimientos, las defunciones, las migraciones, etc. Estas estadísticas de movimiento son films".⁴

Bastan estas citas para hacernos percibir un hecho de la más alta importancia metodológica, es decir, que entre las dos principales fuentes de datos demográficos existe una relación de antagonismo y de identidad

¹ Dennis H. Wrong, *Population*, Revised edition, Nueva York, Random House, 1956, pág. 14.

² Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 48.

³ Louis Chevalier, *op. cit.*, pág. 71.

⁴ Alfred Sauvy, *La population*, pág. 12.

dialéctica. Ambas se refieren al mismo objeto: pero cada una lo capta por una cara opuesta. Así, las dos aparecen como contrarios que se identifican en la unidad real de los hechos objetivos que refieren. Reposo y movimiento, en sí conceptos opuestos cuando son abstractamente considerados, se unifican cuando se piensa concretamente en la realidad de la cosa a que pertenecen, la población humana. Si el dato censal aparece como una imagen inmóvil, es en verdad, la imagen inmóvil de una realidad efectivamente móvil, de un proceso que se desarrolla en el tiempo y en el espacio, movido por determinantes internos y reflejando en sus fases la ley lógica que lo gobierna. Si los datos del registro civil, por su desdoblamiento continuo a lo largo del proceso, constituyen una serie de valores variables, móviles, en cada momento la configuración de los elementos que los componen puede ser retratada en una imagen censal inmóvil. Así lo móvil y lo inmóvil no son sino dos modos de apreciar una sola y misma realidad, que en sí es un proceso, un dinamismo espacio-temporal incesante, que sólo puede ser adecuadamente aprehendido en su totalidad por la acción conjunta de estos dos procedimientos. No se trata, sin embargo, de la mera yuxtaposición de métodos. La relación entre el censo y el registro es más profunda. Pues lo que el censo, como corte transversal de la realidad social de cada población en cierto momento del tiempo, revela, es el resultado del proceso en que ella consiste. En este sentido, el censo da sólo el término último, el correspondiente al momento en que se realiza; pero, por otro lado, el registro civil, y especialmente el registro analítico y discriminado, no puede ser entendido sin el esclarecimiento ofrecido por las síntesis periódicamente practicadas por los censos, que unifican, en una visión de conjunto, los varios procesos parciales, y sus causas en curso dentro del proceso general de una determinada población.

La reflexión sobre la antítesis dialéctica entre censo y registro, y su simultánea identidad, debe acompañar todo esfuerzo de interpretación de los datos demográficos por el estudioso críticamente esclarecido. Comprenderá, desde luego, que no tiene el derecho de preferir ninguno de estos procedimientos, pues no son sino distintos modos de aprehensión de una misma realidad, la población humana. Deberá, igualmente, comprender que la íntima identificación entre ellos exige la percepción de su unidad como realizándose en un plano más profundo que el de las simples aproximaciones. El censo siempre posible, aunque no se realice a intervalos intercensales regulares, da el cuadro general de los efectos de las acciones particulares que las fuerzas sociales en presencia están ejerciendo, el mismo cuadro que el registro civil capta en forma de serie o sucesión temporal. El censo es el instante del tiempo demográfico al cual nos referiremos después. La configuración que revela no se crea cuando se efectúa la operación, sino que resulta del efecto de fuerzas regulares, inmanentes al proceso social, en actuación continua. Por eso,

110 la comparación entre las imágenes producidas por dos censos consecutivos esclarece el proceso transcurrido entre ellos, lo mismo que, por otro lado, el registro de los hechos demográficos de este período permite, dentro del correspondiente grado de probabilidad, la predicción de otro censo futuro.

Apreciados en su naturaleza metodológica, los empadronamientos, aunque diversificados en una gama de preguntas, son medidas cuantitativas. Tienden a dar un cómputo general de la población, o de los aspectos en que ésta se divide técnicamente para su examen. Pero, en una apreciación más general, son siempre los números globales, las cantidades representativas del estado momentáneo las que se buscan y se obtienen con el recuento censal. En cambio, los registros tienen naturaleza cualitativa. Cada hecho que anotan es de tipo y especie particular. Por eso, los registros son el espejo de los movimientos cualitativos, de las variaciones, los cambios de estado, en el sentido de cambios de modo de ser, de cualidad, en las poblaciones. Una sociedad que de estacionaria pasa a declinante, a causa, por ejemplo, de la disminución de la tasa de natalidad, es una sociedad que cambia de estado, utilizándose esta expresión por analogía con el fenómeno afín observado en el mundo físico, cuando se verifica que un cuerpo se funde. Ahora bien, entre cantidad y calidad de las poblaciones existe un vínculo que sólo la lógica dialéctica puede revelar. La lógica formal, al separar y contraponer esos dos caracteres de la realidad, hace imposible la percepción de su unidad real profunda. La cantidad sólo resulta del proceso por efecto de los determinantes cualitativos; por otro lado, la calidad en cada momento es función de la cantidad de los elementos existentes en la esencia del proceso, y no hubiera podido ser tal sino en correspondencia con esa cantidad. Así, el censo, como conocimiento de la cantidad, está previsto por el registro como conocimiento de la calidad; pero ésta, no se desenvuelve con los aspectos que manifiesta, sino como resultado de la cantidad existente, que sólo el censo puede decir cuál es en cada instante. Encontramos un excelente ejemplo de comprensión de este hecho profundo, de la unidad entre cantidad y calidad, en la obra de Gustavo Barbensi. Sin duda le falta, a nuestro juicio, el aparejo lógico-filosófico adecuado para interpretar la realidad que percibe, y por eso al discutir la diversidad entre forma y función en el terreno biológico, se contenta con declarar que las diferencias entre ambas son más aparentes que reales. Pero agrega: "Realmente, el biólogo que atribuye la máxima importancia a la exacta descripción de los fenómenos observados, se le puede objetar que los métodos cuantitativos no son en última instancia sino métodos descriptivos de mayor finura. Ni de otro lado, puede considerarse la forma como algo independiente de los agentes que operan más o menos intensamente y graduables cuantitativamente: estos agentes

no son otra cosa sino agentes de los cuales la forma es apenas la resultante...".¹

111

Si los fenómenos demográficos se presentan con doble aspecto, estático y dinámico, a cada uno de ellos debe corresponder una actitud metodológica distinta. Para comprenderlas es fundamental partir del concepto exacto de lo *estático* y de lo *dinámico* en demografía. Cuando decimos que los censos nos dan la visión estática de la realidad de la población, ese concepto de inmovilidad es relativo, tiene carácter dialéctico, y supone su opuesto, el movimiento, como parte de sí mismo. La realidad es el flujo del proceso real en su unidad, pero éste se compone idealmente de instantes, de *cortes* que, demográficamente, no son revelados por los censos. El valor de un censo es, por eso, necesariamente contradictorio, pues nos revela como inmóvil, como suma total finita, un conjunto de objetos que efectivamente están en incesante movimiento. Por medio de esta operación se descubren valiosos indicios sobre las leyes que regulan la marcha del proceso real. La imagen de la población en un instante es falsa, en el sentido de que está privada de movilidad esencial; pero, al mismo tiempo, es verdadera, porque las cantidades computadas son el resultado del proceso de alteraciones objetivas transcurrido hasta este momento y nos dan indicaciones sobre la evolución futura del movimiento de la población. Con el nombre de movimiento lo que se quiere significar en realidad es una transformación cualitativa. Si consideramos una población en el pequeño intervalo $t + \Delta t$, el número de nacimientos, fallecimientos, cambios de situación civil y funcional de los hombres que la componen y otros fenómenos demográficos más, representa una cantidad mensurable y, como tal, se presta a la diferenciación cuantitativa en relación al momento inicial t . Pero cada uno de estos hechos es en realidad una alteración cualitativa del conjunto en sentido estrictamente antropológico-existencial, pues quien nace en ese intervalo es "alguien", quien muere es también "alguien", siempre un individuo, una persona determinada, y no una unidad numérica abstracta que se cancela o se agrega. Lo cuantitativo apenas mide un hecho cualitativo, siendo éste en el que reside la esencia del fenómeno demográfico. Por eso, toda concepción de la demografía que la reduzca a los recuentos y a los análisis cuantitativos, como hace la corriente de los demógrafos que la limitan a la estadística de las poblaciones, mutila el objeto que estudia, desconoce lo que en él es capital y le da su especificidad. La demografía reducida a la estadística, por la ignorancia del carácter existencial del dato demográfico, se tornaría una ciencia sin mayor interés, simple terreno de aplicación de los procedimientos de otra rama del saber.

La reflexión sobre la verdadera naturaleza de la cualidad en demo-

¹ Gustavo Barbensi, *Elementi di Metodologia Biometrica*, Firenze, Ditta Editrice Luigi Nicolai, 1940, pág. 3.

112 grafía, que nos conduce a interpretar el dinamismo de las poblaciones como un proceso histórico de transformaciones vitales en la colectividad humana, permite fundar la demografía como ciencia autónoma, en virtud de la especificidad de su objeto, el hombre como ser necesariamente existente en población, estudiado en sus manifestaciones no simplemente biológicas, animales, ni tampoco psicológicas diferenciales, sino existenciales, como el nacer, el reproducirse, el morir. El aspecto cualitativo del concepto de movimiento demográfico, el valor existencial contenido en el hecho del cambio de apariencias, hace que no se pueda considerarlo como un dinamismo mecánico, una mera "cinemática", como quiere el autor antes citado. No es legítimo compararlo a una traslación y buscar sus causas en fuerzas presentes en el contexto social, que serían estudiadas según modelos mecánicos habituales. Si procediéramos así, caeríamos en una explicación descriptiva que, por analogía con los hechos mecánicos, nos llevaría a buscar los vectores del paralelogramo cuya resultante sería cada hecho investigado. Este modo de pensar desvirtuaría completamente la verdadera interpretación del fenómeno demográfico, por la omisión o ignorancia de su auténtica originalidad, el lado existencial. Tal es la razón por la cual no será con la aplicación de categorías tomadas de la mecánica como llegaremos a interpretar su naturaleza, y sí por la noción, profundamente más compleja, de "proceso histórico".

Los modelos mecánicos no revelan la realidad de los datos demográficos, porque nos hacen pensar que el movimiento que les atribuimos está causado por fuerzas que inevitablemente tienen que ser concebidas como físicas o como conceptualmente equiparables a éstas para su descripción, manejo e interpretación. Pero, en verdad, si hay que conservar, el concepto de *fuerza*, por su extrema generalidad y por la presión de los hábitos lingüísticos, no habrá que entenderlo con la connotación de vector físico, sino con el sentido de agente histórico. Por sus caracteres, la demografía es una ciencia histórico-cultural, según tendremos oportunidad de explicar. Pero la razón de ello reside en la esencia del dato demográfico, como representación de un hecho humano existencial. No será, por tanto, por la aplicación del modelo mecánico del paralelogramo, traducido estadísticamente por ecuaciones, curvas, diagramas y tablas, sino por la del modelo histórico de proceso, con toda las nociones categoriales que impone, como llegaremos a desentrañar la estructura lógica del hecho demográfico. La diferencia entre el concepto de movimiento mecánicamente entendido y el de proceso, está en que, mientras el primero coloca la inteligibilidad del hecho, considerado como efecto, en el dominio de las causas extrínsecas a que se les atribuye, en la idea de proceso, por la necesidad de apelar a las categorías dialécticas, la realidad de la causa persiste en el efecto, es inseparable de él, así como la realidad del efecto ya preexiste en la causa, la que no sería tal si no lo llegara a producir.

Se exige, pues, una radical alteración, no sólo de puntos de vista, sino del propio aparato conceptual del instrumento lógico, para entender el fenómeno cualitativo del movimiento de la población. Si en determinada área periférica el número de muertes durante cierto período excede el de los nacimientos o queda bajo él, este hecho, aunque posea todo un condicionamiento de circunstancias materiales, no se explica simplemente en función de éstas, pues en tal caso la relación sería de antecedente a consecuente o de concomitancias, pero no alcanzaría la raíz de la modalidad particular de causalidad racional que ahí está en juego: la causalidad histórica, definida como proceso. Faltaría la referencia al factor existencial que desempeña el papel de mediador entre las circunstancias materiales, precedentes, y el efecto histórico, demográfico, consecuente. Así, si en un área limitada, a consecuencia de una epidemia, como la de gripe en 1918, se observa aguda ascensión en la curva de mortalidad, o si, como en el conocido diagrama de las pirámides de edad relativa a países como Francia, que tuvieron una generación diezmada por la Primera Guerra Mundial, se verifica una sensible retracción del contingente humano normalmente esperado para esa época, estos hechos son sin duda reveladores de condicionamientos materiales, pero su esencia pertenece al proceso histórico donde se incluyen. El condicionamiento de base, objetivo, es de carácter material; el efecto final, el fenómeno, es de naturaleza demográfica. Pero entre los dos, se interpone el plano histórico, la presencia de la realidad existencial del hombre, que, por su calidad de ser en proceso de producción de su propia realidad, media entre los extremos, transformando el determinismo mecánico, al que la primera concepción reduciría la explicación de los hechos, en determinismo histórico, que es el verdadero modelo lógico al cual hay que recurrir. Si una guerra fuera causa de la disminución de una cohorte de la población de una época posterior, simplemente por el hecho de haber eliminado a los progenitores de las criaturas que deberían nacer, tendríamos el caso de un puro determinismo mecánico. Pero tal no ocurre. Los efectos de una guerra son, sobre todo, de orden existencial. La muerte de los individuos está regida por determinaciones existenciales, es "preferencial"; diríamos que hay "prioridades" en este trágico sorteo, que comprende selectivamente más a unos que a otros; más a los de tal edad que a los de otra; más a los de esta región; más a los de carácter más decidido y con disposiciones psicológicas más enérgicas, como la audacia y el coraje, con rasgos ideológicos fuertemente acentuados, como un patriotismo más impulsivo; atañe más a los individuos de esta nación que a los pertenecientes a otras. Y todo esto es determinado por motivos históricos, lo que, a su vez, remiten a la esencia del hombre, a las determinaciones de su voluntad libre, a su disposición de aceptar su realidad, de apoyar las razones de su clase o nación, de empeñarse en la lucha mortal, etc. Si en el

114 origen hay siempre el factor material, si en el final hay siempre el dato demográfico frío, como una cruz plantada en la tierra para señalar una sepultura, en el medio, es decir, en el plano de esencia, de las mediaciones creadoras, hay la realidad del hombre viviendo el drama de su existencia en la forma de un tránsito entre situaciones que en parte son producidas por él y en parte se destacan de él y se presentan como condiciones objetivas, materiales, independientes de su voluntad.

La reflexión sobre los datos demográficos, sus fuentes, su doble naturaleza, estática y dinámica, nos conduce a comprender la importancia de la elección de los modelos lógicos, de los sistemas de ideas generales o categorías que emplearemos para el raciocinio metodológico en demografía. Tres cuestiones se presentan en relación con el problema de las fuentes demográficas: la de la accesibilidad de los datos, la de su exactitud, y la de su interpretación. El acceso a los datos es el problema fundamental. Ya mencionamos la opinión de notables autores, de que los datos demográficos están *desparramados* por el espacio y por el tiempo, y que representa una difícil tarea preliminar su reunión. Pero anterior a esta operación de aunarlos es la de acceso a ellos, es decir, su descubrimiento y recolección, donde quiera que estén. Queremos declarar, desde luego, que en esta circunstancia, que es el surgimiento del dato, sin el cual no habría demografía, se nos presenta la naturaleza existencial de los hechos por investigar. En efecto, el dato en cuestión no es algo directamente observable como tal. Es una información. En esta observación general, que a continuación comentaremos en detalle, está contenida la manifestación metodológica de la esencia de la demografía. Parécenos difícilmente comprensible cómo los demógrafos han podido hasta ahora desconocer esta noción, o ser insensibles a ella. Tratan el dato demográfico como algo que se pudiera *observar*, cuando, en verdad, es siempre un *dato de información*. Siendo así, todo el aparato lógico-conceptual de que se sirven en forma habitual tiene que ser dejado al margen por inadecuado, puesto que, inadvertidamente, está tomado en préstamo de las verdaderas ciencias de observación y de la experiencia. Tenemos que montar un nuevo aparato basado sobre el correcto concepto de *información*. Dos consecuencias saltan inmediatamente a la vista si aceptamos esta comprensión del problema. La primera, que toda información implica, además de la *materia*, del *asunto* de la cosa informada o transmitida —lo que constituye su contenido—, un encuentro *humano* entre dos seres: el informante y el informado. La relación de reciprocidad entre estos dos aspectos, el contenido y la forma, y la relativa preponderancia de ésta sobre el primero en la información del dato demográfico, necesitan ser objeto de todo un estudio teórico que conducirá a posibles modificaciones en la práctica metodológica de la ejecución de los empadronamientos. La segunda consecuencia, de la que con sorpresa no hemos

encontrado hasta ahora la debida referencia en la bibliografía corriente, es que la demografía, como ciencia de información, constituye un campo para el empleo de los conceptos y el ejercicio de los métodos propios de la cibernética. Tanto por una como por otra de estas consecuencias, la demografía revela en su mismo origen, en el acto de surgir el dato que la constituye, su esencia como conocimiento de orden antropológico-existencial. Estudiemos por separado cada una de estas consecuencias.

EL DATO DEMOGRÁFICO COMO RESULTADO DE LA COMUNICACIÓN.

La obtención del dato demográfico se hace fundamentalmente por la comunicación de un hecho existencial, como el nacer de un niño, el fallecimiento de un individuo, los traslados personales, etc., a un agente censal, un oficial del registro civil, u otros representantes de la autoridad o de organizaciones de servicio social. Esta noción es decisiva para la conceptualización epistemológica de la demografía, y por eso es tanto más de extrañar que los tratadistas no la hayan explotado a fondo todavía, sacándole las consecuencias lógicas que contiene. La comunicación, como origen de los datos, es tratada en común, apenas en sus aspectos técnicos, al estudiar, por ejemplo, la forma de extender a amplias áreas la investigación censal, o de depurar de las posibles causas de error, las informaciones recogidas. Con todo, la cuestión principal no reside ahí, sino en la propia realidad de la comunicación. Lo que deseamos señalar es el aspecto humano de que se reviste esta operación, el contenido humano que la define, lo que da a la demografía, que se construye sobre la base de la comunicación, incluso por este lado, el carácter de ciencia existencial. En efecto, en toda comunicación existe siempre el objeto de ella, el *dato de información*, o simplemente la *información*, su asunto, el tema de la comunicación y, además, el sujeto de ésta. Aquí vamos a encontrar una complejidad especial, pues lógicamente estamos frente a una función triádica, en la cual interviene necesariamente un triple sujeto: la persona *que* comunica, la persona *a quien* el hecho es comunicado, y la persona *sobre quien* versa este hecho. Se engendra así el circuito de la comunicación, de naturaleza existencial, pues se trata de una relación entre seres humanos, determinada por individuos, formas y condiciones que sólo se comprenden en función de su realidad humana. No es tan sólo porque el hecho comunicado constituye, en sí, un dato humano esencial, como es el nacer o el morir; es porque la transmisión de este dato, hasta su incorporación a un producto científico, una tabla o curva demográfica, por ejemplo, se hace por la intervención de otras dos personas que van a participar en el circuito comunicativo, cada una con las condiciones peculiares de su realidad humana. Como la demografía depende total-

116 mente de la comunicación de los datos para constituirse en ciencia, la creación del circuito comunicativo es la condición de su organización. Justamente porque la comunicación es un hecho existencial, y no sólo social, es imposible aprehender debidamente el significado de la demografía si ignoramos este aspecto.

Un error muy frecuente entre los especialistas consiste en creer que el problema principal de la demografía estriba en el perfeccionamiento, que juzgan ilimitado, de las técnicas de realización del registro de la comunicación, o sea, que importa ante todo crear el modelo perfecto de boleta censal, extirpando de él las eventuales causas de incertidumbre, como ambigüedad de preguntas, inoportunidad de detalles del interrogatorio, de modo que permita la clasificación lógica o tipificación de las respuestas a efectos de padronización y de cálculo mecánico, etc. Todo eso, lógicamente, es correcto, pero en ningún caso comprende la raíz del problema. Hauser y Duncan representan bien este modo de pensar cuando consideran que es preciso desarrollar todos los esfuerzos para obtener una comunicación que esté lo más libre posible de causas lógicas perturbadoras y se preste a la mejor manipulación de los resultados: "El modelo de boleta envuelve tanto problemas de comunicación —concepto, significación simbólica y respuesta—, como problemas de medida —validez, autenticidad y precisión—".¹ Agregan que los errores que las respuestas originan, en el caso de la demografía habitual, son fáciles de ser razonablemente controlados. La cita anterior nos ayuda a percibir lo que los autores entienden por *comunicación*. Para ellos, la cuestión se limita a formular claramente los objetivos de la encuesta demográfica. Les parece que una vez que se haya cumplido con eso, no sólo está resuelto el problema técnico, sino que el especialista habrá llegado a aprehender en lo esencial el significado epistemológico del proceso básico de la ciencia demográfica.

Sin embargo, la verdad es que la noción de *comunicación* envuelve numerosos otros aspectos, mucho más sutiles que la sencilla claridad de una pauta de preguntas. Envuelve un contacto humano y la información de un dato también humano relativo a sí mismo o a otra persona. Y en ese circuito las causas de verdad o de error son muy distintas de las que se refieren a la simple exactitud u oportunidad de las indagaciones. Lo que está en juego es la consideración a que se somete la respuesta, por su significado humano. Las informaciones que un jefe de familia da sobre sí y los suyos son el retrato de una situación humanamente vivida, emocionalmente sentida, que de ningún modo puede ser equiparada a una comunicación fría, impersonal, indiferente por parte de quien la hace. Está cargada de intenciones, que se manifiestan en el deseo de ocultar ciertos hechos o en el impulso de dar relieve a otros. Al convocar a un individuo para prestar declaraciones

¹ Hauser y Duncan, en *The Study of Population*, pág. 57.

al agente censal, hay un aspecto o apariencia de juicio social, en que la sociedad aparece como "pidiendo cuentas" —al individuo— de sus actos, y éste se siente en la situación de quien hace una "confesión" de su pasado. La demografía no puede ignorar la substancia psicológica de esta situación que necesariamente crea la amnesia censal. Por más que se pretenda racionalizar, impersonalizar esta operación, su contenido humano, confidencial, emocional, jamás desaparecerá completamente y siempre tendrá que ser tomado en cuenta.

Especialmente en las capas con menor conciencia social, el registro civil es visto con temor, por sus consecuencias futuras, y sólo progresivamente va perdiendo el carácter intimidante de que se reviste para la mentalidad cándida, siempre miedosa respecto a los actos de gran responsabilidad. El demógrafo profesional, si no sabe apreciar este lado del problema, atribuye las imprecisiones que acaso pueda contener el cómputo demográfico, a las dificultades materiales o de correcto ajuste psicológico en la realización de la entrevista censal; pero esto sólo por el aspecto exterior, por la dificultad de cumplir una conducta oportuna por parte del agente. Considera debido a una deficiencia personal lo que en verdad deriva de las complicadas condiciones en que se traba el encuentro de dos conciencias, cada una movida por intereses distintos y con condicionamientos no fácilmente ajustables. Tratando de la obtención de datos exactos, dicen los autores antes citados: "Estas deficiencias derivan, en parte, de deficiencias de las técnicas existentes para la organización de los formularios y de las instrucciones, y, en parte, de problemas de realización de la entrevista". Y agregan: "Indudablemente, el eslabón más débil en la cadena de técnicas utilizadas para obtener información por medio del método de los censos, es la entrevista —la situación en la cual el agente censal obtiene respuestas a las preguntas de un formulario dadas por una persona que responde—. Es en la entrevista donde la compleja secuencia de técnicas para obtener datos censales pasa por la prueba más severa, pues es aquí donde la validez y la autenticidad de la información obtenida, y mucha de su precisión, son determinadas".¹

Se ve, pues, que no falta a los especialistas la perspicacia para descubrir que en la entrevista está la fuente de los datos con que se construye la demografía. Pero sólo vagamente presienten el significado humano del encuentro entre el interrogador y el interrogado, y son casi siempre insensibles a la naturaleza específica del dato, que es igualmente un hecho humano. En vez de orientarse hacia la fundamentación existencial de este problema, se pierden en la crítica de los detalles técnicos de ejecución material del interrogatorio, por más importantes que efectivamente sean. Se nos podría objetar que los resultados prácticos de las operaciones censales no se modificarían gran cosa si

¹ Hauser y Duncan, *The Study of Population*, pág. 57.

118 fuera admitida la concepción aquí expuesta. Aceptaríamos la objeción como válida, si el trabajo demográfico fuera una simple tarea administrativa y no un trabajo científico. Si la demografía es una ciencia, los puntos de vista teóricos son de trascendente significación. Claro está que el funcionario empadronador no necesita estar capacitado en lo que se refiere a la comprensión de los principios lógicos justificativos del acto que ejecuta. Pero el demógrafo, como científico, precisa una visión teórica que lo habilite para pensar los problemas que investiga y comprender las técnicas que utiliza. El dato demográfico sólo es social en su manifestación, en la práctica de su obtención, en cuanto fenómeno procedente del encuentro entre los hombres. En su esencia, empero, es de orden humano en el más auténtico sentido de la palabra. Por esto, según hemos dicho, no basta con profundizar la exégesis de la demografía tan sólo hasta el plano social. Sin duda, mucho de lo específico de estos fenómenos ya aparece con claridad en ese plano, y con ese proceder se supera la pobreza de la visión meramente estadística; pero todavía no se alcanza la plenitud de comprensión, que solamente se consigue por la interpretación antropológica. El rasgo distintivo de la comunicación demográfica es el que podemos encontrar en su naturaleza de *comunicación forzada*. Al contrario de lo que pasa en el fenómeno espontáneo de la apertura del ser humano hacia otro ser, en las formas de comunicación impuestas por la normal convivencia existencial, la comunicación demográfica es una situación artificial, intencionalmente creada, pero que debe adquirir todo lo posible los caracteres de intimidad y veracidad del encuentro natural entre los hombres. En demografía, por tratarse de una operación coercitiva, sin motivación interna por parte del individuo que se comunica, la comunicación, sin perder su carácter genérico, se reviste de rasgos originales.

La confesión demográfica no es la descarga de un contenido informativo motivada por situaciones vivenciales profundas; sino la transferencia de una verdad sobre la realidad de un individuo, convertida en *dato* por imposición oficial. Con todo, la calidad del encuentro continúa siendo existencial, pues lo que se pregunta es algo atañente a quien responde o a personas dependientes de él, con un fundamento en su existencia. De ahí, la dificultad de la encuesta censal, la que transporta en sí una contradicción inmanente, sólo superable por vía de interpretación dialéctica: en efecto, el interrogatorio obliga a que se realice en condiciones formales, frías, oficiales, una comunicación que normalmente se haría sólo por motivación interior. De este modo, lo que aparece como dato bruto, convertible en valor cuantificable, es, en verdad, una realidad humana cuyos aspectos determinantes se ocultan o se hacen imposibles de aprehender por el acto mismo que la convierte en *hecho* demográfico. El registro del nacimiento y la participación al grupo social del nacimiento de un hijo, el certificado de defunción y

los oficios fúnebres que origina la pérdida de un ser querido, son actos existencialmente distintos. La demografía necesita para la recolección de sus datos convertir un acto cargado de sentido vivo, emocional, en una información anónima, impersonal, imposible de obtener sin que se sepa que en su origen está un hecho existencial. El demógrafo que pierda de vista esto empobrece su pensamiento y se descarriará en especulaciones ociosas sobre "errores de técnicas", cuando lo que efectivamente ocurre es el inevitable desajuste entre un hecho humanamente vivido y su registro numérico. Las dificultades de orden ético que el especialista tiene que enfrentar en la indagación y en la elaboración de los censos proceden de este origen. No comprenderlo, es permanecer desorientado frente a dificultades que desaparecen cuando tenemos la noción verdadera del fenómeno que estudiamos.

LA DEMOGRAFÍA COMO CIENCIA DE INFORMACIÓN.

Pocos errores se comprende que persistan con tanta pertinacia en el campo de la demografía como el concepto que muchos demógrafos tienen de que la ciencia que cultivan es del tipo de las ciencias de observación. Hemos dicho algunas palabras a este respecto, pero nos parece conveniente retomar ahora el tema, a fin de intentar ofrecer un concepto substitutivo, que, a nuestro juicio, corrige un error de apreciación metodológica. La tesis corriente es la de que la demografía reúne sus datos mediante la observación de fenómenos del mundo externo, de modo análogo al de la astronomía, la geografía y la etnología. Tal es la concepción de los especialistas americanos Hauser y Duncan, cuando declaran: "La demografía es una ciencia de observación (*observational*), distinguiéndose de las ciencias experimentales. Es decir, la demografía depende, para obtener sus datos, de la observación y registro de acontecimientos que ocurren en el mundo exterior, antes que de experiencias de laboratorio en condiciones más o menos controladas". Repiten la misma idea en otro ensayo del *The Study of Population*, páginas después: "La demografía pertenece al grupo de las ciencias empíricas cuyos datos son producto de la observación y registro de acontecimientos que ocurren naturalmente en el mundo exterior, contrastando con aquellas cuyos datos proceden de experiencias realizadas en el laboratorio en condiciones controladas en mayor o menor grado por el experimentador".¹ Un punto de vista semejante a éste es el emitido por un representante de la escuela estadística italiana, Giorgio Mortara: "La demografía es una ciencia basada en la observación de la realidad y su objetivo es el estudio de las colectividades

¹ Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 5 y 45.

120 humanas. Ciencia concreta, por tanto, ciencia de observación; sobre esta clasificación no surgen divergencias”.¹

Tal es, por consecuencia, lo que se podría llamar el punto de vista oficial. Dada la seguridad con que se lo afirma, causa extrañeza que los mismos autores que están convencidos de él, acto seguido aduzcan argumentos para ponerlo en duda. Así, Hauser y Duncan, después de decir que los datos de la demografía están “desparramados en el espacio y en el tiempo”, declaran que “solamente una minúscula o desdeñable porción de los acontecimientos demográficos puede ser observada por cualquier investigador”. Con todo, en otro pasaje posterior, esos autores son todavía más categóricos y dicen: “En términos de número de personas a que se refiere, una proporción mucho mayor del conocimiento demográfico consiste en estimaciones y conjeturas, antes que en resultados reales de la observación”.² La contradicción, como se ve, es flagrante.

La inclusión de la demografía entre las ciencias de observación resulta de un mal entendido y del desconocimiento del problema lógico, teórico, de la clasificación de las ciencias. Falta la noción correcta de lo que sea *observación* en ciencia. La mera admisión de que el hecho que constituye objeto de una ciencia es de orden natural, que pasa en el mundo exterior, no permite que lo clasifiquemos como de *observación*, aunque en último análisis alguien lo deba observar, percibir, pues de lo contrario sería desconocido. Un hecho de laboratorio, un experimento, también es observado, pero las ciencias que se basan en situaciones intencionalmente provocadas para que la realidad conteste a las indagaciones del investigador, no reciben el nombre de ciencias de observación, sino de experimentación. La demografía no se encuadra entre éstas, pues es claro que no provoca los fenómenos que estudia. Estos son naturales, y, como están distribuidos en el espacio y en el tiempo, tienen que ser reunidos para constituirse en materia del saber demográfico. Este es por esencia una ciencia de “recogida de hechos”, pero como la recogida se realiza mediante la operación de “registro”, por relato de quien ha participado en ellos, se llega a la conclusión de que la verdadera índole de la demografía es la de una “ciencia de registro”. Otras ciencias, como la etnografía, y en parte la meteorología y la sociología, también se organizan teniendo por base el registro de fenómenos. Pero en estos casos le es posible al científico “recoger” por sí mismo, es decir, de cierto modo y hasta cierto punto observar los hechos que registra; y, además, los métodos con que va a tratarlos difieren completamente de los utilizados por la

¹ Giorgio Mortara, *Objetivos e Métodos da Demografia*, IBGE.

² Hauser y Duncan, *op. cit.*, pág. 68.

demografía. Lo importante aquí es la ausencia de observación directa, por el científico o por su agente, de los hechos que estudia y registra. Pero, entonces, ¿en qué se funda para registrarlos? En la información. He ahí cómo llegamos al origen primero de los datos demográficos.

En este hecho decisivo es en el que debemos apoyarnos para definir la naturaleza específica de la demografía. Los hechos demográficos son observados por quien no los registra. Son registrados por quien no los observa. Son estudiados por quien tiene apenas información de ellos. Si es así, todo el problema de la concepción de la demografía se resolverá en el análisis y profundización del concepto de "información", en el estudio de las modalidades prácticas de como ésta es adquirida, y en los procedimientos metódicos a que es sometida, qué valor de verdad llega a poseer. La demografía, en el plano epistemológico, se clasifica como ciencia antropológico-existencial; en el plano metodológico, se presenta como ciencia de información.

Estas comprobaciones si verdaderas, dan margen a importantes desarrollos teóricos que procuraremos indicar aquí de modo muy somero. En primer lugar, debemos señalar que se trata de la información relativa a un fenómeno de masa: esta nota es de decisiva importancia para la caracterización del objeto de la demografía. Este concepto tiene que ser entendido en la diversidad y contradictoriedad de sus aspectos. El fenómeno se dice "de masa" doblemente: por producirse en forma repetida en un colectivo de población y por ser apreciado por el lado cuantitativo. Pero es también contradictorio por naturaleza, porque los hechos que se aprecian como "de masa" son, en verdad, siempre individuales en sus motivos y ocurrencias concretamente vividas. Se trata de hechos en multitud, cualitativamente distintos, pero considerados por el interés de la cantidad en que se verifican. Siendo "de masa", la información, mientras se encuentra en el estado de informe personal no es aún objeto de la demografía; pero se torna "dato" demográfico cuando aparece en forma de información colectiva. Para recogerla se hace necesario un aparato social de colecta, una red de agentes que vaya a buscarla en su fuente, siempre individual, codificarla en registros especiales y hacerla pasar de la condición "individual" a la condición "en masa". Se trata aquí de una alteración de cantidad que conduce a la alteración de la calidad. Los datos no se tornan "de masa" simplemente porque son agregados unos a otros, sino porque son reunidos por una razón lógica —el esquema de indagaciones contenido en los formularios—, que los hace pasar a la condición de "datos de masa". Lo importante está en que la información sólo empieza a surgir para el demógrafo cuando se produce en masa.

La reunión de los datos determina, por la acumulación cuantitativa en función de un principio lógico, una alteración cualitativa. Desde luego, desaparece la *individualidad* de cada hecho. Este, que como

122 ocurrencia existencial es único, insustituible, es siempre el nacer o el morir de alguien, se vuelve anónimo y por eso se presta al tratamiento matemático. Lo que en primer lugar ocurre es la anulación de la individualización del fenómeno. Pero eso sólo se da porque lo tomamos "en masa", o sea, lo aprehendemos en un conjunto de fenómenos semejantes, lo que descaracteriza su realidad existencial concreta y hace surgir un nuevo sujeto, abstracto, la *población*, que de entonces en adelante es quien nace, quien muere, se traslada de un lugar a otro, se casa, etc. Captamos aquí la génesis lógica del concepto metodológico de *población*. Sin duda, como hecho original bruto, lo que le da origen es la existencia objetiva de una multiplicidad de seres humanos. Pero, para la lógica demográfica, lo que constituye el concepto de *población* es la posibilidad de la información en masa sobre un conjunto de individuos que han sido despojados de la suma de sus peculiaridades cualitativas para figurar solamente en la recogida de información por uno de los aspectos reales de su vida, metodológicamente seleccionado. Así, el nacer, tórnase en *determinante* demográfico del individuo, porque es una nota que lo hace figurar en una *información de masa*, con abstracción de todas las demás circunstancias, aspectos y calidades de la persona y del hecho en cuestión. La masa constituye la mediación dialéctica entre la cantidad y la calidad en la información demográfica. En sí, como hecho original, toda información demográfica, sería de naturaleza cualitativa, pero su reunión por el *field canvass*, por la red demográfica, la transforma en cuantitativa. La masa es el concepto mediador entre la unicidad humana del hecho y la presencia de éste en la colectividad retratada en un diagrama demográfico. Por la operación de colecta, conducida según un cuestionario racional, que es el factor lógico de mediación, el demógrafo crea la figura social de la "masa", que surge entonces como el objeto de conocimiento, la fuente de información con la cual se constituirá la ciencia de las poblaciones.

Pero aún en un segundo aspecto tenemos que concebir la demografía como ciencia de la información. Es lo que la aproxima a las interpretaciones cibernéticas. Creemos que corresponderá a los especialistas desarrollar las ricas vetas de conocimiento que esta idea contiene. Lo importante está en concebir la demografía como ciencia de información, y en trabajar después en el esclarecimiento teórico y en las indicaciones prácticas sobre la ciencia de las poblaciones con el empleo de las categorías y métodos propios de la cibernética. En sólo dos puntos, y a título de ejemplo, nos detendremos por un momento. En primer lugar, deseamos mostrar que la información demográfica obedece al principio del *feed-back*, o sea, del retorno de la masa de información recogida sobre las condiciones en que se produce el proceso de su colecta. Hace mucho que los especialistas señalan la constante mejoría de los resultados censales por la repetición de las operaciones. Pero

no suelen ir allende esta comprobación; no nos consta que hayan procurado explicar este resultado como consecuencia de la acumulación del conocimiento y del retorno del resultado sobre el método. Se trata de un fenómeno que solamente la dialéctica puede explicar. Estamos en presencia del retorno del efecto sobre la causa, que no puede ser entendido debidamente por las leyes y categorías de la lógica formal. La acumulación cuantitativa de resultados verídicos va determinando un conocimiento cada vez más profundo del objeto examinado, la población y sus movimientos, y dicta las correcciones a los métodos de investigación que deben serle aplicados. Vemos, así, que la operación censal, es de orden claramente cibernético. Cada resultado gobierna el siguiente, y este hecho caracteriza la naturaleza del conocimiento de que se trata aquí. Por eso, cada censo suple las deficiencias de los precedentes, funciona como coeficiente de corrección para los resultados anteriores, y también abre posibilidades de conocimiento más exacto para lo futuro. El problema lógico, tan importante en demografía, de las proyecciones y previsiones demográficas, encuentra en estas observaciones la base efectiva sobre que debe ser discutido. La proyección posee un tenor de verdad probable que es función de las proyecciones anteriores. La elaboración de los datos del registro civil es constantemente controlada por los resultados que produce. Son éstos los que guían la oportunidad y la forma de las preguntas, la organización de las hojas de registro, el cálculo proporcional de las cantidades parciales y muchos otros detalles característicamente cibernéticos.

Una segunda razón hay de la proximidad entre la demografía y la cibernética: la que atañe al incremento de la información. La cibernética establece que la información, análogamente a la función de la entropía, crece continuamente. Este aspecto es confirmado en pleno por la demografía. También aquí el proceso informativo es constantemente creciente, desde cualquiera de los ángulos que se considere. Se admite que no más del diez por ciento de todas las personas nacidas en el mundo durante la era cristiana han sido alguna vez empadronadas en un censo. En la década de 1855 a 1864 sólo se realizaron 24 censos en los diversos países. En la década de 1945 a 1954 el número de países soberanos que realizaron censos fue de 65. En la década de 1860 a 1870 solamente cerca de 200 millones de personas estaban enroladas en los registros censales, menos del veinte por ciento de la población mundial. Después, el crecimiento ha sido rápido. En 1880 ya subía a 500 millones de personas, o sea, cerca del 33 por ciento de la población mundial. En 1900 llega a 800 millones, en 1930 a 1.200 millones, en 1940 a 1.300 millones. De 1945 a 1954 la actividad demográfica ha crecido tanto que fueron enrolados cerca de 2.000 millones de habitantes, o sea, un ochenta por ciento del total aproximado. En la actualidad, con la liberación de numerosos territorios coloniales y la entrada

124 en la vida política de considerables parcelas de la población hasta entonces marginadas en un régimen de vida vegetativa, el cómputo censal debe haber alcanzado índices todavía más altos, y ciertamente estamos muy cercanos de la época en que, por lo menos en el aspecto cuantitativo, toda la humanidad estará incluida en la información demográfica.¹

Tenemos ahí un ejemplo decisivo del crecimiento constante de la cantidad de información demográfica, a ritmo acelerado. Lo que la teoría cibernética nos enseña, es que este efecto sólo puede ser explicado por un retorno de los resultados obtenidos en cada momento sobre las condiciones de su obtención. Existen ciertamente acontecimientos exteriores, como el progreso social, los cambios políticos, la expansión de los medios de transporte y de las comunicaciones, y factores internos, metodológicos, referentes al enriquecimiento de las técnicas demográficas. Pero lo esencial, lo que determina la naturaleza cibernética del proceso, es la especificidad del "dato de información", que, como función matemática, sólo puede tener valores crecientes, porque cada información que se recoge implica la referencia a otro ser humano. Dejemos de lado los aspectos meramente psicológicos, subjetivos, de la comunicación y las dificultades técnicas que acarrea; lo que nos importa es subrayar su carácter existencial. No sólo porque exige el encuentro de dos individuos, aunque reducido muchas veces a la situación de simple colecta de un formulario, sino porque la materia de la encuesta es algo relacionada con la existencia del individuo o de terceros. Este "dato", puede ser observado *desde afuera*, cuando es trasladado a un mapa demográfico o a una tarjeta perforada, pero en este caso estamos sólo ante la fase social del hecho demográfico, sin tocar su esencia.

No tan sólo en cantidad crece la información demográfica; también lo hace en calidad, en el sentido de que cada vez se torna más hacedero proceder a indagaciones cualitativas que desmenuzan aspectos más sutiles de un conjunto de población. También aquí se verifica el retorno de la información obtenida sobre las condiciones de obtención de nuevas informaciones. Por ejemplo, la estadística acerca del grado de instrucción de una colectividad mejora a medida que se desarrolla la cultura del grupo social examinado; lo mismo se dirá de las estadísticas sobre ocupación, o la fuerza de trabajo, que igualmente mejoran con la ascensión cualitativa general del trabajo nacional. Pero esta mejoría es efecto de las averiguaciones censales anteriores que, revelando el déficit de instrucción existente o la baja calificación del trabajo de las masas, fuerzan al poder público a adoptar las medidas necesarias de orden social para mejorar la educación del pueblo y crear condiciones superiores de trabajo. Lo mismo se podría decir de las

¹ Forrest E. Linder, en *The Study of Population*, cap. 15.

estadísticas sanitarias, en las cuales la calidad de la información mejora siempre como uno de los resultados de la mejoría de la salud del conjunto poblacional donde, por la desaparición de las causas miserables o difícilmente verificables de muerte o morbilidad, se alcanza notable progreso en la racionalización de la presentación del panorama sanitario.

NATURALEZA DE LA VERDAD EN DEMOGRAFÍA.

El grado de madurez de una ciencia se mide por la conciencia del valor de verdad que sus proposiciones poseen. Este valor, a su vez, es función de los métodos que emplea, de las condiciones sociales en que los ejecuta y de la naturaleza propia del dato sobre el cual versa. De este conjunto de factores surge la necesidad de una reflexión más profunda sobre los métodos de la ciencia, pues entre el método y la cosa por investigar existe un condicionamiento recíproco, que, aunque no formulado en términos lógicos explícitos, es presentado por varios demógrafos. Tratándose de estudiar fenómenos de masa, en que el origen de los datos es la información y el registro, el problema de la verdad se presenta principalmente en dos aspectos entrelazados: a) en qué medida la naturaleza del hecho estudiado condiciona el conocimiento que se puede tener de él, y b) en qué medida el método empleado en el tratamiento del dato se constituye en factor de verdad en el conocimiento de éste.

En cuanto al primer aspecto, la demografía es una ciencia en que los conocimientos se distribuyen en dos grandes clases, los ciertos y los probables. Esta diversidad es objetiva: se deriva de la realidad de los hechos estudiados, y sólo secundariamente, de modo reflejo, de la adecuación o imprecisión de los métodos utilizados. Observemos que, considerados en sí mismos, en su ocurrencia aislada, un nacimiento, una muerte, la determinación del sexo, pueden, en principio, prácticamente en la totalidad de los casos, ser objeto de un conocimiento exacto, cierto o falso. Pero no es por esta especie de conocimientos, los que se refieren a hechos aislados, por los que la demografía se interesa, sino por los fenómenos de masa, en los cuales toda ocurrencia particular se halla incluida y disuelta. Al pasarse de uno a otro de estos modos de apreciar el hecho se produce una transformación epistemológica fundamental: lo real, siempre individual en principio, se transfiere a un colectivo, y con eso se da la conversión de la calidad en cantidad, que en el plano de la aprehensión cognoscitiva se manifiesta como cambio del conocimiento exacto en probable. Digamos, desde luego, que esta transición no consiste en un defecto, es inevitable. Sin ella no habría demografía. Si consideramos un individuo aislado, la afirmación "este individuo está vivo", es rigurosamente verdadera, pero sin interés para la demografía. Si tomamos, empero, no un indi-

126 viduo, sino un grupo, al cual podemos imaginar cada vez mayor hasta coincidir con una *población* definida, la afirmación "los individuos de este grupo están vivos", ya contiene un margen de imprecisión, pues, durante el acto de contarlos, o en el intervalo entre dicho acto y la depuración científica de la verdad relativa a los mismos, individualmente algunos pueden haber fallecido, y otros haber ingresado en el grupo por el nacimiento, lo que implica que la colectividad constituida por ellos cambió de calidad, por haberse tornado cuantitativamente un objeto de orden superior, por haber pasado del uno al múltiplo, a un conjunto no considerado más como objeto de la investigación iterativa de seres particulares.

La diferencia entre certidumbre y probabilidad no tiene carácter formal fijo, sino que es dialéctica. Si nos representamos como cierto el conocimiento referente a un individuo, lo que aparece como probable es el conocimiento del colectivo en que tal individuo figura; pero si tomamos la información sobre el conjunto como correcta, lo que se muestra impreciso es el conocimiento de cada elemento dentro de él. Así, las nociones de verdad absoluta o de probabilidad no pueden ser fijadas *a priori* y con carácter definitivo. Entre ellas hay una relación lógica de complementaridad y de correlación de perspectivas. Creemos que la mayor parte de los tratadistas de la demografía, como Marcello Boldrini, comprenden las regularidades demográficas como certidumbres en el campo de la macrodemografía, resultantes del comportamiento variable, y tal vez fortuito, de los elementos, de los grupos homogéneos que componen el colectivo estudiado.¹ No perciben, sin embargo, la perspectiva opuesta. No notan que el dato individual, por ser concreto, es siempre objeto de una proposición verdadera, actual o posible. Pero lo que ocurre es que la demografía es el conocimiento de la masa. Al diluirse y desaparecer en el seno de la masa, el caso individual no pierde el valor de verdad que en sí posee; simplemente, lo que cambia es el punto de vista del investigador, el interés que tiene por el objeto, que ahora pasa a ser un conjunto total, no un agregado por yuxtaposición de individuos cualificadamente distintos y conocidos con rigor en su aspecto particular. Lo que sucede es que la perspectiva del científico cambia por el abandono del caso individual, con sus características e incluso con la verdad que le es inherente, en favor de la perspectiva que abarca la totalidad, el colectivo, en el cual se desprecia metodológicamente las características de certeza individual para asumir otras características de verdad, las que se refieren al colectivo. Procediendo así, es evidente que, si nos colocamos en el punto de vista del elemento aislado, lo probable es la proposición referente al todo; pero si observamos las regularidades con que éste se presenta, lo pro-

¹ Marcello Boldrini, *Demografía*, pág. 6.

bable son las proposiciones relacionadas con los individuos que lo componen. De este modo, el problema, tan debatido, del carácter de la verdad en demografía no tiene solución unívoca, sino que depende del tipo de concepción lógica en que lo aprehendemos. Si permanecemos en el terreno restringido y particular de la lógica formal, o bien caeremos en una actitud dogmática que nos hará afirmar arbitrariamente el primado de la certeza o la probabilidad del conocimiento demográfico; o bien, por falta de definición de los conceptos, incurriremos en un escepticismo técnico. Lo que nos da la correcta interpretación del problema es el cambio de plano lógico y el acceso al plano dialéctico.

Apreciado así, el problema de la verdad demográfica se muestra en su doble y simultánea cara de certeza y de probabilidad, y en la complementaridad e interrelación de estas dos modalidades de verdad. El dato, registrado en un formulario censal, individual o familiar, excluidas las causas accidentales de error empírico, es un dato cierto. La demografía se funda, pues, en el dato cierto. Pero el paso al colectivo, lo que hemos llamado la "mediación de la masa", no solamente disuelve el caso individual en el colectivo, sino que obliga al cambio de perspectiva del científico, impone el cambio del aparato lógico conceptual con que opera el investigador, el cual deja de interesarse por el dato concreto individual y se inclina sobre la información que se refiere al conjunto. La demografía pasa entonces a fundarse sobre el dato probable. Al instalarse en el plano de lo probable, al aceptar esta perspectiva, la demografía procura descubrir en el colectivo las regularidades, las relaciones homogéneas y repetidamente verificadas que ahí ocurren, o sea, de nuevo intenta buscar la certeza, pero ahora en el plano de la incertidumbre, de la probabilidad. Con estas regularidades, con estas certezas técnicamente aproximativas, pero prácticamente indubitables, la demografía se construye como ciencia, y entonces, por complementaridad y oposición dialéctica, lo que aparece como probable e incierto es el dato individual, del cual había partido toda la construcción. Para declarar correctas las conclusiones generales, es preciso declarar probables los datos iniciales, aun sabiendo que, cuando se trata de recogerlos, son éstos los que poseen la verdad teóricamente exacta, descontados los errores de operación. Como ciencia de masa, la demografía debería mencionar constantemente el carácter aleatorio de sus enunciados y resultados. Pero no está obligada a hacerlo repetidamente porque, en virtud de que le importa sólo el descubrimiento de regularidades estadísticas, sus pronunciamientos asumen exteriormente la forma asertórica. El enunciado probable que afectivamente emite viene revestido del carácter de certeza en el marco de referencia de la ciencia de que se trata.

A estas nociones se liga la distinción, establecida por algunos demógrafos, por influencia de la moderna especulación económica, entre

128 macrodemografía, también llamada demografía formal, y microdemografía, que estudia los comportamientos elementales, también denominada demografía individual. Autores que la adoptan, como M. Boldrini, declaran que esta distinción nada tiene de absoluta y que "a veces la macrodemografía —aunque partiendo de un punto de vista propio— procura, no menos que la microdemografía, penetrar hasta las raíces de los fenómenos de la población".¹ No se confunda la distinción entre juicios de certeza y juicios de probabilidad con la distinción entre verdad y falsedad. Esta última distinción por un lado es más general que la primera, pues tanto los juicios de certeza como los de probabilidad pueden ser verdaderos o falsos; pero, por otro, se revela menos general que la otra, pues sólo tiene significación en el cuadro de una lógica bivalente, mientras que en el de la lógica plurivalente los juicios de certeza son sólo casos extremos, límites hacia los cuales tienden los valores de verdad de proposiciones probables. En el caso de la demografía, la posibilidad de definirse una proposición como cierta, verdadera o falsa, o probable, depende de la naturaleza concreta del objeto de tal juicio.

El mismo tema está presente en el problema, más amplio, del determinismo o del probabilismo en demografía. Es bien conocida la importancia adquirida en la teoría demográfica moderna por consideraciones de este orden. Los trabajos teóricos de Volterra, Rahm, Kendall y Waugh, y las investigaciones experimentales sobre las poblaciones microbianas y animales, han abierto nuevas perspectivas en el tratamiento de un problema demográfico fundamental —el de conocimiento de los estados sucesivos de una población— y han puesto en cuestión el tipo de procedimiento lógico que se debe emplear en el estudio de estos objetos particulares. El problema se cifra en decidir si deberá usarse un modelo determinista o estocástico en la explicación teórica de la evolución de un grupo poblacional. La manera tradicional de enfocar la cuestión consiste en suponer que, siendo conocido el estado de una población en un momento determinado y las tendencias de variación de sus factores, es posible deducir el estado de esta población en otro posterior. Podría llamarse esta formulación *el modelo clásico*, representado por la teoría logística de Verhulst y Pearl y por la teoría de la población estable de Lotka. Es evidente la influencia sobre este modo de pensar de los modelos dinámicos de la física clásica, de tan fecundos resultados en la investigación de fenómenos macroscópicos del mundo material. El fundamento de esta actitud metodológica lo constituye la convicción de que en un instante están dadas, en el objeto que se investiga, las causas de su realidad actual y las de su transformación, ligadas entre sí por relaciones determinadas, incapaces de

¹ Marcello Boldrini, *op. cit.*, pág. 7.

ser modificadas por la aparición de otras causas imprevistas, o por el incumplimiento de los efectos de las causas antecedentes. Toda la realidad futura del objeto está en potencia, en el estado actualmente existente, pues las causas de su variación, o son internas y ya se hallan en el ser, o son externas, adventicias, y sólo pueden actuar en función de las que se encuentran en él precedentemente. De este modo, tenemos el modelo del determinismo clásico, en el cual la posibilidad del conocimiento del estado futuro del objeto, al menos en principio, es rigurosa. Es bien conocido el largo debate filosófico trabado en torno de este problema, el cual envuelve la cuestión de la legitimidad, aplicabilidad y límites del principio de causalidad, y reposa más profundamente en la admisión, o no, de la racionalidad de la naturaleza. Sea que se admita que esta racionalidad es inmanente al curso del proceso natural o es una forma de la percepción de los fenómenos por el espíritu; sea que se acepte que se expresa por procedimientos formales de razonamiento o se juzgue que se reviste de los modos del pensar dialéctico, tal es la cuestión que está en el fondo del problema.

No discutiremos estas materias, que se alejan de nuestro objetivo. Bástenos con indicar que el modelo determinista, además de respetables éxitos en el terreno demográfico, tiene a su favor la claridad teórica. De ahí su constante e indiscutible utilidad. Aunque no pueda aplicarse de modo satisfactorio en todos los casos, sino adicionándole suposiciones convencionales, es indiscutible su éxito. Tiene a su favor la simplicidad teórica. Sin embargo, supone conocidos con exacto valor de verdad, ciertos datos que efectivamente sólo se logran de modo aproximado y por convención. Así admite que los movimientos de una población pueden ser conocidos con exactitud, que todos los casos de defunción, de nacimiento, de emigración e inmigración están rigurosamente registrados. De ahí, que tengan validez estricta los índices tendenciales presentados por esta población. Ahora bien, tal registro perfecto, si es lógicamente concebible, por no envolver contradicción, es prácticamente irrealizable, según reconocen los mejores especialistas, y en consecuencia no se cumple la principal premisa del modelo determinista. Obsérvese, con todo, que esta deficiencia no invalida en principio el modo determinista de pensar, pues se funda en una razón teórica y no está dicho que en la práctica se consiga cumplir todas las exigencias de formulación abstracta del problema. Las divergencias presentadas por las operaciones empíricas no invalidan la regla, sólo revelan que no era posible alcanzar un grado de exactitud absoluta en la determinación y recuento de los factores y en el cálculo de la variación de los índices tendenciales. Pero no se revoca la imagen racional de una población en que todos los fenómenos tienen número cierto y valor computable, en principio, exactamente. De este modo, la inexactitud de algunos resultados no es obstáculo para consolidar

130 el modelo teórico determinista. Lo importante es la actitud racional de que parte el demógrafo para encuadrar *a posteriori* en el modelo abstracto, los hechos y valores recogidos de la experiencia.

En tiempos más recientes se ha iniciado en la demografía un movimiento metodológico que abandona el esquema determinista e interpreta los fenómenos de población según el modo de pensar probabilista. Esta actitud se basa en la siguiente reflexión: si los resultados efectivos, concretos, de los análisis demográficos son siempre aproximaciones, dado que jamás se pueden recoger los datos con la precisión exigida para el cumplimiento riguroso del modelo determinista, nada impide que se abandone tal modelo y se consideren los datos en su real incertidumbre construyéndose, con el auxilio de los conocidos métodos de la teoría matemática de las probabilidades, uno nuevo para la representación del estado y el movimiento de las poblaciones: el modelo probabilista. Por la primera concepción, los fenómenos demográficos eran concebidos como momentos de un proceso determinista; por la segunda, se admite que son momentos de un proceso estocástico. Como la demografía es el estudio de los acontecimientos cualitativos apreciados por el aspecto cuantitativo, en virtud de la mediación de la masa entre el fenómeno individual, concretamente ocurrido, y su percepción por el científico, o sea, su registro, es perfectamente legítimo abandonar el punto de vista que supone el determinismo riguroso en la causalidad y considerar sólo la mediación de la masa, en su *status* demográfico, de hecho-elemento ocurrido en un conjunto de población. Si adoptamos este segundo punto de vista, nos estamos refiriendo al mismo hecho real, a un fallecimiento, por ejemplo, pero ahora tomándolo, no como fenómeno determinable en sí mismo, en su singularidad, sino como fenómeno determinable sólo en el seno del colectivo humano donde tiene lugar; por tanto, no determinable en principio sino por métodos que alcancen el caso singular por vía de la referencia a la probabilidad de su ocurrencia. Situado en un conjunto de población, el valor de verdad relativo al hecho del fallecimiento de un determinado individuo es desconocido en términos exactos y apenas puede ser establecido entre límites de mayor o menor probabilidad.

Concebida de este modo la cuestión, se pasa desde el modo de razonar determinista al pensamiento probabilista. A este cambio en el esquema metodológico corresponde una substitución en los procedimientos de interpretación del proceso demográfico objetivo, que deja de ser explicable en términos de morfología y variación funcional interna, para serlo por el concepto de valor estocástico de variables aleatorias. Según este concepto, el valor que se debe atribuir a un dato cuantitativo es el que, de acuerdo con los métodos y procedimientos adoptados para descubrirlo, representa la máxima probabilidad de ocurrencia del fenómeno que se traduce en tal dato. Este valor

oscila en el intervalo entre 0 y 1, extremos sólo imaginariamente alcanzables. El valor empíricamente obtenido tiene siempre un coeficiente de incertidumbre, y por eso la teoría demográfica no puede, so pena de alejarse de la realidad del trabajo epistemológico, ignorar este aspecto de su fundamento, adhiriéndose a una abstracción como el modelo determinista. Lo que se impone, en consecuencia, es construir la demografía, la explicación del estado de las poblaciones y las proyecciones de sus movimientos, en términos de valores probables de los fenómenos observados. No basta con verificar el acontecimiento; es preciso determinar el grado de probabilidad que le corresponde en el proceso real en que sucede. Supongamos que se trate de estudiar el problema del equilibrio de los sexos. Los conocimientos de la genética humana nos llevan a deducir que, por lo menos en el momento correspondiente al nacimiento, las cantidades de los dos sexos deberían ser iguales. Esta es una conclusión forzosa del modo de pensar determinista. Sin embargo, la experiencia revela que tal igualdad no tiene lugar. El llamado *índice de masculinidad*, que expresa el número de hombres por cada 100 mujeres en una población determinada, no es igual a cien, oscila entre límites tan amplios como 106,5 para Borneo Británico (1951), y 87,2 para Irak (1947). Mucho se ha discutido sobre las condiciones y factores determinantes de estas desigualdades; pero el hecho es indudablemente real. Dos vías de acceso se prestan al razonamiento demográfico en la explicación de este fenómeno: o partir de modelos deterministas, y, pensando deductivamente, explicar la variación cuantitativa del índice de masculinidad como debida a factores interferentes, externos, todavía no debidamente conocidos, y por eso actuando como fuerzas perturbadoras en la previsión rigurosa que el modelo determinista, en principio, permitiría; o partir de la comprobación empírica de la existencia de oscilaciones en la relación de los sexos, en una población determinada y, por vía inductiva, según modelos estocásticos, limitarse a predecir el estado futuro de esta población con base en el conocimiento de la probabilidad que tienen los futuros miembros de ella de pertenecer a uno u otro sexo. Ejemplos de la misma especie se podrían aducir con relación a otras características de la población, como la distribución por edades.

Se ve, pues, que existen dos modelos distintos de pensamiento en demografía. En verdad, están en juego dos métodos lógicos y las respectivas implicaciones. La cuestión que espontáneamente surge al espíritu, es la de decidir cuál de ellos debe preferirse, o por ser el *verdadero* método, o por conducir a resultados más fecundos. No es preciso gran esfuerzo para percibir que esta formulación dualista padece de ingenuidad. Se trata de una exigencia exclusivamente formal, que opone como contradictorios formales dos procedimientos de raciocinio y pide al espíritu científico que decida entre ellos. Planteado

132 el problema en estos términos, no tiene solución, pues los criterios que se podrían invocar para decidir en favor de un tipo de pensamiento pertenecerán siempre al plano formal, abstracto, serán razones de principio, y no están lejos de ser marcados por un rasgo de arbitrio y voluntarismo. No hay duda de que la mayor parte del edificio de la ciencia demográfica ha sido construido con el empleo del raciocinio formalista y utilizando modelos deterministas. La teoría de las variables aleatorias en demografía es de reciente extracción, y no está sino en inicio de desarrollo, como reconoce Marcello Boldrini, quien, por eso, se muestra insatisfecho con los resultados y las perspectivas ofrecidas por el nuevo método: "Los modelos estocásticos de desarrollo de los grupos vivos y de las poblaciones son muy interesantes, pero estamos hasta ahora lejos de la posibilidad de cimentarlos sobre aquel terreno experimental que —fuera de la pura satisfacción del intelecto—, continúa siendo el único que tiene interés para el demógrafo".¹ La dualidad de estos puntos de vista está indicando que la cuestión no se reduce a la sencilla decisión entre procedimientos distintos, pero de la misma especie lógica, sino que se trata de definir el cuadro lógico fundamental en que se presenta, como tema particular, la opción entre los procedimientos prácticos de estudio y resolución de los problemas. Procuraremos mostrar que la discusión sobre la verdad de los modelos de pensamiento demográficos no tiene solución exclusiva y única en términos puramente formales, pues pertenece al plano general de la lógica, vista en una perspectiva suficientemente amplia para abarcar las modalidades formal y dialéctica, cada una con su campo de aplicación válida correctamente definida.

PENSAMIENTO FORMAL Y PENSAMIENTO DIALÉCTICO EN DEMOGRAFÍA.

En diversos pasajes hemos visto diferencias entre el modo de pensar formal y el dialéctico en demografía. El tema en sí dice relación con los fundamentos filosóficos de la lógica y de la epistemología, pero aquí sólo nos interesa discutir las posibilidades de aplicación de uno y de otro modo de pensar a la demografía. La mera observación de que el objeto de esta ciencia, las poblaciones, es algo permanentemente variable y no estático, y de que para caracterizarlo se asocian, complementándose uno al otro, el punto de vista de la cantidad y el de la cualidad, hace ver la conveniencia de emplear en demografía preferentemente el pensar dialéctico. No debe rechazarse el pensamiento formal, legítimo en la construcción de la ciencia demográfica, especialmente cuando se trata de establecer distinciones macroscópicas, en cierto sentido groseras, y cuando es preciso reflexionar en términos operatorios, según modelos

¹ Marcello Boldrini, *op. cit.*, pág. 433.

sencillos permitidos por una lógica bivalente. El cálculo matemático aplicado a los censos para obtener resultados generales o especificaciones de tipo elemental, sin descender a los pormenores, representa un buen ejemplo de la utilidad del razonamiento formal. Pero, cuando se trata de penetrar en la esencia de los fenómenos estudiados, de dar una explicación lógica que los aprehenda en su génesis, en su movilidad original, que revele y explique las contradicciones entre sus aspectos, que les son inmanentes, se hacen sensibles las limitaciones de los instrumentos formales y se tiene que recurrir al modo de pensar dialéctico. En su condición profunda, el hecho demográfico sólo puede ser entendido dialécticamente, pero en sus manifestaciones superficiales es posible describirlo según modelos formales, lo que no invalida el principio dialéctico, sino que más bien lo confirma, pues muestra que la realidad tiene que ser aprehendida por múltiples procedimientos, de acuerdo con las determinaciones objetivas que derivan de la naturaleza de la cosa y justifican el empleo de recursos lógicos de especie y alcance variables.

Esta visión generalizadora, que demuestra la legitimidad de los múltiples planos del pensar y de los procedimientos lógicos correspondientes a ellos, es por sí una visión dialéctica; o sea, sólo la dialéctica es capaz de abarcar en su campo de aplicación los modos distintos y hasta cierto punto opuestos, los modos formales, justificarlos, indicar su parte de verdad y los límites de su validez. La lógica formal, por lo absoluto de sus pretensiones y de su procedimiento, no puede incluir a su opuesta, sino que está obligada a rechazarla. La dialéctica, entre tanto, no solamente incluye el formalismo, como un modo legítimo de pensar, dadas las condiciones y el objeto a que se aplica, sino que lo explica e interpreta, desempeñando así el papel de una metalógica en relación a la lógica formal. La demografía es un excelente terreno para comparar los dos tipos de actitud intelectual. Porque, de un lado, el objeto de esta ciencia, la población, es algo que sólo existe en perpetua transformación, lo que indica que cuando se trata de explicar en su esencia fenómenos en los cuales no se puede abstraer el hecho de la movilidad, sólo la lógica dialéctica es competente; pero, por otro lado, la relativa estabilidad de los conjuntos de población en el espacio y en el tiempo, las regularidades elementales que manifiestan a una visión de poca profundidad, y, sobre todo, la posibilidad de traducir, mediante los recursos de la estadística, en términos matemáticos, la multiplicidad variable de los datos, todo eso permite el empleo del cálculo formal y de las explicaciones generalizadoras que asume la perspectiva de la inmovilidad. Muchos demógrafos ni sospechan de la existencia de estos problemas. Habitados, por formación y por la práctica, a los procedimientos rutinarios que manipulan, permanecen en un plano de vagos esclarecimientos teóricos, cuando —lo que es raro— se interesan por

134 las discusiones de problemas de fondo, suscitados por sus investigaciones. Pero —y este hecho mismo ya es dialéctico—, el desarrollo de la demografía es el que les irá conduciendo a descubrir la insuficiencia de los postulados formales en que se asienta hasta ahora, y que eran suficientes mientras su penetración en la realidad era corta y sus exigencias explícitas no llegaban a levantar problemas de esencia, refiriéndose al simple comportamiento coyuntural, de los fenómenos estudiados. De este modo, puede decirse que el progreso de la demografía la va encaminando hacia el terreno de la dialéctica.

El reconocimiento de esta verdad significa mayores obligaciones intelectuales para los especialistas, que tendrán que elaborar nuevos esquemas de interpretación de los hechos, en substitución o base de los que ahora utilizan. Pero no se puede ocultar una verdad solamente porque crea nuevas obligaciones para la ciencia. Por lo contrario, el especialista tendrá que prepararse con mayor rigor para las tareas que ha de enfrentar, tendrá que multiplicar y perfeccionar sus instrumentos de análisis, incluyendo como procedimientos nuevos de su trabajo intelectual las formas y los hábitos del pensar dialéctico, en función del descubrimiento de originales exigencias de penetración en los fundamentos de los problemas que investiga. No queremos ser pretenciosos esperando asistir en breve a un cambio radical en las teorías y técnicas demográficas; pero, más modestamente, parece lícito predecir el surgimiento de una nueva mentalidad, correspondiente al descubrimiento de este nuevo estrato de la investigación teórica en demografía, y que serán numerosos los espíritus que se lanzarán a la creación intelectual en este terreno inexplorado. Mientras, se hace preciso un amplio estudio de la dialéctica, como lógica de la realidad en transformación, para adquirir los conceptos, categorías, principios y leyes que, por dominar la totalidad de los objetos en movimiento, se aplican, en modalidades especializadas, al objeto demográfico. No es nuestro propósito sino indicar brevemente cuán útiles serían a los demógrafos los conocimientos adquiridos por esta vía. Mostraremos sólo cómo se cumplen las leyes generales de la dialéctica en materia demográfica.

Tomemos, por ejemplo, el concepto de oposición. Para la lógica formal, se trata de una relación que el espíritu descubre entre conceptos o entre proposiciones que no pueden ser admitidos como simultáneamente válidos cuando están referidos al mismo objeto. Dada la naturaleza abstracta del punto de vista formal, la oposición entre los conceptos permanece en el plano del pensamiento, es la imposibilidad de la afirmación conjunta de los opuestos, de los contrarios, porque tal aserción repugna al espíritu, que solamente sabe aprehender la realidad según aspectos sucesivos, cada uno de los cuales la representa estáticamente, en uno de sus momentos. Así, aunque se admita la existencia del proceso objetivo como movimiento real, continuo, en que los

momentos sucesivos se interpenetran, su aprehensión se hace por aspectos sucesivos distintos, desligados, cada uno de los cuales es concebido como inmóvil, de modo que la movilidad, aun reconocida, sólo es captada *por reconstitución* en el espíritu a partir de la operación de yuxtaposición de datos inmóviles. La dialéctica, en cambio, se libera del principio de oposición formal en que los aspectos opuestos se diferencian porque se repelen mutuamente, y se coloca desde el comienzo del proceso de conocimiento, en condiciones de pensar la realidad en el propio estado de movimiento en que es percibida. Los opuestos son concebidos como aspectos relativos de validez igual y antagónica, pero sólo apariencias en que se produce la aprehensión de la realidad objetiva única que los engendra. Siendo ésta una sola, sea en la totalidad de las cosas y fenómenos del universo, sea en la relativa particularidad de cada cual, los opuestos no tienen existencia absoluta, pues desde el punto de vista del ser, de que constituyen manifestaciones, son una identidad, son los modos como la unidad objetiva del ser se presenta en el exterior. Pero el mismo hecho de reconocer que dos aspectos opuestos sucesivos son aspectos opuestos del *mismo* objeto o ser, ya importa reconocer que, en cuanto al ser original, no existe tal oposición; de lo contrario, si cada aspecto opuesto implicase la noción de que a él corresponde algo único en el ser que lo engendra, tendríamos que admitir que no existiría el ser como unidad objetiva, porque éste se desdoblaría en tantos seres cuantos opuestos percibiéramos. Así, la propia existencia de contrariedad y aspectos fenoménicos de un objeto imponen admitir la identidad de su fundamento, que anula, en una unidad más profunda, la contradictoriedad, y hace que los opuestos sean entendidos como momentos, distintos en la apariencia, pero idénticos en la esencia, de una sola cosa, por representar sucesivamente lo que es la permanencia del mismo ser.

Estas reflexiones, algo abstractas, encuentran aplicación en la esfera demográfica. Como ejemplo de opuestos demográficos consideremos el nacimiento y el fallecimiento. Tomados en cuanto manifestaciones formales de la realidad poblacional, son evidentemente opuestos el uno al otro, pero, entendidos dialécticamente, se identifican en la unidad de la existencia de la población. Esta, en efecto, sólo puede subsistir idéntica a sí misma a lo largo del tiempo, por los movimientos antagónicos de entrada y salida de contingentes humanos en su seno. Los efectos cuantitativos y cualitativos de esos fenómenos son claramente opuestos; no se necesita demostrar esta aseveración. El problema lógico se reduce, pues, a lo siguiente: ¿Puede el pensamiento formal aprehender la esencia de la población en un concepto que revele su realidad sin representar aisladamente uno de otro esos dos fenómenos opuestos y sólo procurar superar el antagonismo entre ellos por procesos estadísticos compensatorios? Parécenos indiscutible que no. Toda tentativa de reconstituir el movimiento real de la población por la ponderación alternativa

136 de los aspectos contrarios conduce a resultados que pueden ser prácticamente correctos, pero no lleva a una interpretación de la realidad que extraiga de la cosa su esencia, y la transfiera, conceptualmente, al espíritu investigador. Esto sólo la actitud dialéctica lo consigue. Porque en esta segunda perspectiva, nacimiento y muerte no se toman como hechos abstractos independientes, para ser definidos exteriormente como opuestos, sino que son entendidos como correlacionados, en función de las causas objetivas que los producen, pues el nacimiento de un individuo es un hecho influido por la desaparición de otro, y la tarea de la demografía está precisamente en explicar cómo y por qué; y, en segundo lugar, nacimiento y fallecimiento son manifestaciones opuestas de la unidad de la cosa real que los produce, la población. Esta, en efecto, no subsiste sino por su movimiento, que necesariamente obliga a la desaparición, en un período determinado, de algunos de sus miembros y al surgir de otros. Si, apreciado en un instante del tiempo cronológico, no es el mismo individuo el que nace y el que muere, para un segmento de duración más extensa, que para el colectivo corresponde a un instante de su existencia, es el mismo individuo el que nace y también muere. El nacimiento y la muerte pertenecen, como opuestos, a la unidad de la población, porque también pertenecen a la unidad de los individuos de que se compone la población.

Si, por consecuencia, nacer y morir son fenómenos necesarios para la existencia de cierto objeto —la población—, entonces uno no existe ni se concibe sin el otro, no son independientes. Una lógica que empiece por juzgarlos tales, estará violando las condiciones objetivas que los producen. Sólo la lógica dialéctica, aprehendiendo, no por compensación o por alternancia, la realidad de uno y de otro, sino por unidad, es capaz de constituir el modelo real que nos dará la visión del proceso de que se originan aquellos fenómenos. Será, está claro, un modelo dinámico, regido, entre otras, por la ley que unifica los aspectos opuestos de la realidad estudiada, que los explica en su interpenetración, en su correlativa determinación. Nacimiento y muerte, infancia y vejez, nupcialidad y divorcio, hambre y hartura, trabajo y desempleo, emigración e inmigración, crecimiento y disminución volumétrica de la población, y tantas otras facetas opuestas que constituyen la materia del saber demográfico, sólo resultan auténticamente inteligibles cuando son aprehendidas por un pensamiento que las interpreta en el seno de esa misma unidad, cuyo soporte objetivo es el ser de que proceden todos esos aspectos contrarios de la población, como realidad en sí.

Otro ejemplo, todavía, podrá aclararnos la distinción entre oposición formal y dialéctica en demografía. Tomemos el concepto de *población en movimiento*. Su opuesto, desde el punto de vista formal, es el de *población estacionaria*. Si permaneciéramos en el ámbito de la simple contradicción formal, deberíamos concluir que la segunda, sien-

do una población cuya tasa de crecimiento es nula, en que es constante el número de individuos de cada clase o grupo de edades, sería una población donde no habría nacimientos. La verdad, sin embargo, es que la población estacionaria es aquella en que el número de nacimientos y el de muertes son equivalentes, y que tiene la composición por edades dada por la tabla de mortalidad. Aunque en cantidad sea una población invariable, no es una población inmóvil, sino de un tipo especial de movimiento. Lo estacionario no se identifica con su sinónimo, lo inmóvil, según exigiría el pensar formal, sino con su contrario, el movimiento de un tipo particular, diferente, en una identidad de opuestos de los que solamente la lógica dialéctica puede ofrecer el cuadro para la aprehensión racional.

Otra de las leyes de la dialéctica que se ejemplifica en el campo de la demografía es la de la transmutación de las cualidades por la variación de las cantidades que las determinan. Obsérvese que los demógrafos hacen instintivamente uso de ella, sin profundizar el significado de las explicaciones que proponen y sin comprender, casi nunca, su fundamento lógico. Examinemos el caso de una población en la que la natalidad descende progresivamente. Supongamos continuo ese fenómeno. Sus repercusiones demográficas son, entre tanto, discontinuas, configurando así el caso de la ley dialéctica de la transformación de la cantidad en cualidad. En efecto, en una primera fase, como consecuencia de la reducción de las edades infantiles, crece el segmento de las edades centrales, crece la edad media de la población, que se torna capaz, potencialmente, de más intensa reproducción, o sea, de agrandar las edades infantiles. Con todo, como por motivos varios, y por la hipótesis que estamos discutiendo, la población adulta en fase media de vida en gran parte no se reproduce, al fin de algún tiempo disminuyen las edades centrales y aumentan las extremas, principalmente las mayores. Disminuye así la capacidad reproductiva del conjunto. El total de la población envejece, y entonces el aumento numérico de las edades medianas, que antes era una variación cuantitativa que tendría como consecuencia el aumento cualitativo expreso en el rejuvenecimiento de la población, ahora tiene por efecto lo opuesto, su envejecimiento. Vemos, pues, que la variación continua del fenómeno condicionante, la huida de la reproducción, da como resultado la variación discontinua del condicionado, que salta de una cualidad a su opuesta, del incremento potencial de las edades juveniles al incremento potencial de las seniles.

Otro caso digno de registrar es el que acontece en la ejecución de encuestas demográficas, en los censos en particular. El volumen de la población por censar es uno de los factores de la calidad de los resultados. En el límite inferior, supongamos en el caso del censo de una sola familia, los resultados son, desde un punto de vista teórico, exactos. Pero a medida en que ampliamos el área de la encuesta, la inexactitud

138 potencial progresa y los resultados se tornan cada vez más inseguros. Si pasamos de los censos regionales a los nacionales, y por integración, a las evaluaciones universales, la incertidumbre se manifiesta como una función creciente, pero la clase de los datos que se van tornando cada vez más inciertos, es variable. No hay una correlación continua entre los dos órdenes de factores. Con el incremento continuo de una cantidad, la otra, un dato que antes se conservaba en una faja de suficiente certeza, de súbito se vuelve aleatoria. Eso ocurre con una clase particular de datos, pero otras proseguirán variando dentro de la faja de certeza, y sólo irán a sufrir el mismo salto cualitativo en su grado de precisión, pasando de la condición de certeza a la aleatoria, con el paso del volumen total de la población a otro nivel cuantitativo.

La correlación cantidad-cualidad, siendo dialéctica, implica naturalmente una mediación, que es dada, casi siempre, por el estado de desarrollo de la sociedad. En condiciones de gran pobreza, las masas de los países subdesarrollados se reproducen en alta proporción. El incremento del factor humano, representado por esa elevada natalidad, debería ser causa de alteraciones profundas en la estructura de la sociedad, principalmente por la presión política que desempeñaría, pero tal resultado no llega a concretarse porque la miseria existente actúa como factor letal y engendra, al lado de la alta natalidad, la alta mortalidad infantil. De este modo, sólo lentamente, y por un juego contradictorio, la población real aumenta, con el consiguiente amortiguamiento del efecto retroactivo (*feed-back*) que se podría haber supuesto existía entre la elevada fecundidad y la rápida superación del atraso social. Es que en el intermedio se interponen las condiciones sociales objetivas, el estado económico de tales poblaciones, que actúa como causa auto-conservadora, en vez de ser factor de su propia destrucción. Para comprender este mecanismo, su lógica inmanente, es preciso recurrir a esquemas de pensamiento no formales, pues los formales conducirían a resultados erróneos. Así, en la misma población en que las masas viven en un estado de penuria tal que se da el fenómeno ha poco mencionado, el de la extensa mortalidad infantil, hay otras clases que, por su situación de bienestar, deberían ofrecer un panorama demográfico que negara el de las clases pobres. Sin embargo, los índices de fecundidad de esos estratos superiores apuntan en la misma dirección que los de las clases populares, porque los factores sociales, que influyen en un grupo y otro son distintos, aunque conduzcan a consecuencias paralelas. Si en las capas inferiores la alta natalidad es anulada por la fuerte mortalidad infantil, en las superiores se da el fenómeno de la *preanulación*, es decir no llega a verificarse la intensa fecundidad porque ahí son de otra calidad los factores sociales que actúan como freno. El análisis demográfico clásico comete con frecuencia el error de disociar el aspecto cualitativo del cuantitativo, de configurar aparte los efectos de cada

uno, para después, en un movimiento lógico opuesto, de síntesis, recomponer el todo con la evaluación de lo que toca a uno y a otro de aquellos aspectos. Este modo de pensar peca de formalismo y se revela incapaz de aprehender la esencia de la realidad. El motivo es que no existe simple concomitancia de factores opuestos, sino unidad de ellos. Los opuestos no figuran únicamente en el espíritu como ideas separadas unas de las otras, sino como aspectos reales de la cosa, y por eso, unidos uno al otro por la identidad de lo real, consigo mismo, que se da en el permanente proceso que es la existencia. El pensar dialéctico avanza donde el otro se revela limitado. La oposición entre la natalidad y su opuesto, la mortalidad, es acompañada de una desigual distribución de cualidades. Mientras la natalidad es en principio ilimitada, la mortalidad es limitada, pues es evidente que sólo pueden morir los individuos que se hallan en vida. Así, la mortalidad cuantitativamente depende de la natalidad por una razón biológica. Pero la distribución cualitativa, por edades, de la mortalidad, es mediatizada por factores no biológicos, sino sociales, que aseguran a ciertas poblaciones una longevidad mayor que la de otras, y desplazan para las edades más avanzadas la mayor parte de la mortalidad general.

El pensamiento dialéctico en demografía acentúa la necesidad del manejo del concepto de mediación, e impone al investigador, para comprender el juego de determinada correlación de factores, descubrir el dato objetivo que funciona como mediador entre ellos. Siendo la demografía la ciencia del hombre existente en colectividad, o sea, en sociedad organizada, la mayoría de las correlaciones que estudia son mediatizadas por factores sociales. El demógrafo tiene que poseer, pues, un cuidadoso conocimiento de las condiciones objetivas de la sociedad, para descubrir cuáles son las que intervienen en el análisis de determinado proceso demográfico. La mortalidad influye en la natalidad por una complicada trama de factores económicos interpuestos, referentes especialmente a la distribución de la riqueza social, a su desigualdad, y al temor por lo futuro, el temor existencial, reinante en las clases pobres. Por las condiciones estructurales vigentes, las clases de edad madura, o aun avanzada, tienden a concentrar para sí la mayor parte de los recursos económicos disponibles, ya que el mismo estado de espíritu de temor existencial las hace, con más conciencia, recelar de tener que pasar necesidades en la etapa de la vida en que declina su capacidad productiva y su ímpetu para enfrentar las dificultades de la existencia. Tienden, pues, a protegerse, concentrando recursos, o sea, negándolos para actividades sociales que beneficiarían a las edades infantiles y, por tanto, asegurar a los procreadores potenciales confianza en engendrar sin cuidados un número mayor de hijos. El resultado será que las clases de edad más alta van a disponer de mejores medios para asegurar su subsistencia, van a morir más tarde, mientras forzarán a la parte res-

140 tante a morir más temprano, no dejando nacer nuevas cohortes de población en volumen deseable o natural.

Estas reflexiones ejemplifican la distinción entre los dos modos de pensar. El razonamiento formal por naturaleza aísla los hechos, los toma aparte y busca para cada uno sus antecedentes causales y las consecuencias que acarrea. Razona inductiva o deductivamente, sólo procura establecer cadenas de hechos por vínculos causales formales, en general calcados sobre el modelo mecánico. Hay, por tanto, una visión lineal de los procesos sociales, y, en particular, de los demográficos, que repele el principio dialéctico de totalidad. La concepción no formal, en cambio, se constituye según la percepción de la totalidad. Para este modo de pensar, un hecho demográfico no está ligado sólo a un antecedente, y no determina sólo un consecuente; todo el proceso real de la sociedad en que se da se halla comprometido en su ocurrencia, y el demógrafo tiene que pensarlo en la multiplicidad de aspectos y de vínculos que manifiesta. Como, además, las correlaciones no son inmediatas, sino mediatizadas, lo propio del razonamiento dialéctico en demografía es la aprehensión de complejidades lo más amplias posible.

Un buen ejemplo de las perplejidades del pensamiento demográfico moderno, lo encontramos en la ausencia de conclusiones definidas en un problema de tanta importancia como el de los efectos de la tasa decreciente de la población sobre el ahorro, y, por tanto, la tendencia al empleo general. Dos tesis se enfrentan: la que admite que el descenso de población tiene efecto negativo sobre la capacidad de ahorro y el ritmo de inversiones, y la que asevera lo opuesto. "Algunos autores presentan argumentos tanto a favor como en contra de la tesis y llegan a conclusiones que están entre los dos extremos".¹ La oscilación o la indecisión pueden ser retratadas en esta frase de B. Higgins: "No puede decirse que la teoría ha sido probada; hay circunstancias previsibles... en las cuales resultaría equivocada. Sin embargo, a juzgar por los conocimientos actuales, los supuestos en que se basa la teoría son, al parecer, más plausibles que las circunstancias en las cuales resultaría equivocada".² "El resumen procedente de las conclusiones relativas a la tesis del estancamiento, muestra claramente que no hay acuerdo entre los economistas acerca de los efectos de una tasa descendente de la población sobre las inversiones y el ahorro, y, por tanto, sobre la tendencia del empleo. La controversia sobre esta cuestión está lejos de haberse resuelto. Se han presentado argumentos convincentes que apoyan la hipótesis de que el crecimiento de población tiene un efecto ad-

¹ Naciones Unidas, *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas*, pág. 259.

² B. Higgins, *The theory of increasing underemployment*. The Economic Journal, vol. LX, Nº 238, junio 1950, pág. 274.

verso a este respecto. En cambio, hay muchos argumentos que tienden a refutar esta hipótesis".¹

Tenemos aquí un modelo de la perplejidad a que conduce el modo de pensar formal y abstracto. Si asumiéramos la perspectiva dialéctica, dos conceptos surgirían de pronto como parámetros de la discusión y encaminarían a una visión objetiva y segura: los conceptos de totalidad y de historicidad. Aun cuando razona sobre materia económica, y, por tanto, social, la mentalidad formalista ignora la necesidad de abarcar la totalidad real de que el fenómeno estudiado es parte y reflejo. No percibe que entre las variaciones crecientes o decrecientes del volumen de población y la tasa de desempleo, o la cadencia de las inversiones, existe, no una relación lineal, de causa a efecto entre dos fenómenos aisladamente, sino dialéctica, que supone una mediación en el seno de una totalidad real. El número de factores que podrá intervenir en la conexión entre los dos fenómenos es variable, y, por lo general, grande, cuando se trata de procesos complicados, o, mejor, cuando los fenómenos investigados están más próximos al mecanismo fundamental de que derivan. Aparece ahí otro concepto, el de historicidad, que al igual tiene que ser constantemente tomado en cuenta. El problema demográfico ofrecido a título de ilustración sólo existe en determinado contexto social, con las características que definen esta realidad, con su particular estructura de producción, de obtención de recursos, de financiamientos, de régimen salarial, de garantías vitales, etc. Si nos referimos a otro contexto, donde sea diferente la estructura del proceso, el sistema de producción, donde el mecanismo económico que lo define tenga otro tipo, desaparece o adquiere un significado completamente distinto, pues el régimen demográfico, las tasas vitales, el modo y los medios para la construcción económica de la sociedad serán otros. En cualquiera de los casos, se precisa una referencia a la totalidad real, desde donde surge el problema discutido, para no caer en la abstracción, en el irrealismo, que define la actitud formalista.

La noción de fase histórica es indispensable, pues si no, incidiremos por otro camino en la misma abstracción formalista. En efecto, al discutir las relaciones entre variaciones cuantitativas de la población y la posibilidad y rentabilidad del ahorro y de las inversiones, tenemos que recordar que todo eso pasa siempre dentro de determinado cuadro histórico, el cual es variable y posee un proceso autónomo, dotado de leyes objetivas, que van a interferir en todos los fenómenos que ocurren en tal cuadro histórico. Si ignoramos este condicionamiento fundamental, permanente e inexorable, estaremos consciente o inconscientemente intentando resolver un problema científico que se refiere al mundo real

¹ Naciones Unidas, *op. cit.*, pág. 258.

142 evadiéndonos hacia un mundo abstracto, irreal, pues recusaremos reconocer el aspecto más evidente de la realidad, su variación cualitativa a lo largo del tiempo, su historicidad. Sólo hay desempleo, como sólo hay condicionamientos demográficos de ese hecho social, dentro de condiciones estructurales específicas. El demógrafo que olvida esta referencia queda desorientado, pues según dice la frase hace poco citada, encuentra motivos para admitir o bien uno o bien otro de dos modos opuestos de interpretar. La situación en que los argumentos contradictorios le aparecen, cada cual con aproximadas posibilidades de verdad, es efecto de la insuficiente profundización en las condiciones objetivas de la totalidad, del incompleto análisis del proceso real, histórico, de la sociedad, que, por las contradicciones que le son inherentes, ofrecen, por un lado, cierta justificación para determinada conclusión, y por otro, para la opuesta. Esta situación, que se constituye en escándalo lógico para la razón formal, y conduce por eso a las actitudes de perplejidad e indecisión, es normalmente esperada por el pensar dialéctico, que no se espanta con ella, sino más bien la toma como indicio de que, para el correcto entendimiento del problema, es necesario profundizar más sus raíces, descendiendo a la indagación de las condiciones de totalidad en que se da el caso en debate, y señalar su condicionamiento por la fase histórica, vivida por la comunidad. No nos interesa este problema, que hemos mentado a título sólo de muestra para hacer sentir a los especialistas la conveniencia de modificar su punto de vista a fin de no formular los problemas demográficos en términos que obstaculicen su adecuada solución. Conviene recordar la oportuna reflexión metodológica de A. Einstein: "El planteamiento de un problema es realmente más importante que su solución, la cual muchas veces se reduce a una mera cuestión de habilidad matemática o experimental".¹ Palabras justas, si las entendemos significando, no la simple tentativa de reformulación de una cuestión en términos más apropiados, sino extendiéndose hasta el cambio del propio sistema lógico de pensar con que la abordamos, principalmente el paso desde el enfoque formal, abstracto, lineal, ahistórico, hacia el modo de pensar dialéctico, con el empleo de las categorías de proceso objetivo, mediación, totalidad concreta, situación en el curso real de la historia.

LA CUESTIÓN DEL MÉTODO EN DEMOGRAFÍA.

El problema del método, vital para cualquier saber, asume particular importancia en demografía, dado que el carácter antropológico-existencial de esta rama del conocimiento exige el empleo de variados modos de investigación y sistematización de resultados, con frecuentes riesgos

¹ A. Einstein-L. Infels, *L'evoluzione della fisica*, Torino, 1948, pág. 102.

de confusión y equívocos que la lógica de la ciencia debe aclarar y corregir. La falta de reflexión filosófica sobre el significado del método conduce a perspectivas simplistas desde el inicio del trabajo demográfico, según se puede verificar en los esfuerzos de competentes demógrafos por definirlo. Así se ve en el siguiente párrafo de Hauser y Duncan: "Los métodos de la demografía incluyen la metodología global de la ciencia, los aspectos relevantes en estadística matemática, y las técnicas de las ciencias afines, a las cuales contribuye y de las cuales se vale. Además de eso, el demógrafo desarrolla un cierto número de técnicas específicas de análisis demográfico. Los métodos más peculiares de la demografía son, desde el punto de vista de la recogida de datos, la evaluación, ajuste, estimación, y análisis de los mismos, incluso predicción y proyección".¹ Tenemos aquí una buena muestra de las nebulosidades en que se ve envuelto el problema del método cuando es tratado por especialistas que no se orientan por una clara y rigurosa perspectiva lógica. En primer lugar, falta un verdadero concepto del método; en seguida, falta la comprensión de la correlación entre los resultados de las diversas ciencias, y, por fin, no se distinguen los varios planos de la ejecución del método. La referencia más amplia es a la "metodología general de la ciencia", pero parece que los autores no comprenden que esta metodología representa el resultado de indagaciones de mucho mayor amplitud y profundidad, que se sitúan en el terreno de la lógica pura, y que determinan no solamente la construcción de la "metodología general de la ciencia", sino todos los demás conceptos y distinciones con que se tiene que tratar en el problema del método. La "metodología general de la ciencia" no puede servir como punto de partida absoluto, para el esclarecimiento del método de una ciencia particular, porque no es algo único, indubitable, evidente, sino el resultado de especulaciones anteriores, de carácter lógico puro, que no solamente la fundamentan, la constituyen e iluminan, sino que determinan la naturaleza y las peculiaridades de su aplicación a los diversos campos del saber. Por consecuencia, la discusión del método tiene que partir de la lógica pura, y, después de haberse constituido en teoría general del método, determinar las condiciones y particularidades de su aplicación a la investigación de cada orden de objetos.

La visión metodológica de una ciencia como la demografía, que posee numerosas facetas dirigidas hacia campos de saber tan variados, con los cuales se tocan sus resultados, tiene que concebir con nitidez las relaciones generales con las ciencias afines, para que no se confunda, no se pierda la individualidad de sus objetivos, procedimientos y resultados. Esta especial condición de la demografía, de limitar áreas de conocimiento tan variadas, es la que da particular relieve al problema de

¹ Hauser y Duncan, *The Study of Population*, pág. 6.

144 sus métodos. Es preciso definir hasta qué punto la demografía puede servirse de los métodos de formas de saber afines e incorporar sus resultados sin desfigurar su perfil, sin perder sus características. Como ciencia del hombre, no solamente tiene fronteras comunes con otras varias, sino que también en ciertos asuntos los campos se superponen, lo que es legítimo e inevitable, pero ello no debe conducir a confundir dominios de saber realmente distintos por notas específicas. Para que no se disuelva en la sociología, en la antropología, en la economía, en la estadística, debe poseer una teoría metodológica que justifique los préstamos que toma y los que ofrece a otros compartimientos de la investigación científica, sin descaracterizar su individualidad.

El trozo citado revela también falta de discernimiento entre los diversos planos de la ejecución del método en demografía. Se llama *métodos peculiares*, lo que no pasa de técnicas y procedimientos de investigación, estudio y sistematización de los datos. Pocos son los demógrafos que emprenden un estudio serio de la cuestión del método, partiendo de una perspectiva lógica idónea. Casi todos usan y abusan de la palabra *método* sin definir previamente lo que entienden por tal, ni discutir el problema que la elección y la práctica de los métodos postulan, y, sobre todo, puede decirse que casi todos toman la palabra en su sentido vulgar, de lo que resulta llamar por el mismo nombre actitudes y comportamientos completamente distintos. Raros son los que persiguen la necesidad de referir los diversos procedimientos técnicos de descubrimiento, análisis y elaboración de los datos a las operaciones lógicas generales que cada cuál implica. Boldrini distingue los métodos de la demografía en deductivos e inductivos, y procede a otras subdivisiones. Pero, no solamente porque la perspectiva exclusivamente estadística en que se sitúa le impide llegar a una visión más amplia, sino que además al no discutir el significado lógico de los procedimientos en causa, sus formulaciones, aunque valiosas en diferentes aspectos, no conducen a la elucidación general del problema. Discutiremos este particular cuando tratemos de la deducción y la inducción en demografía.

Parécenos importante llamar la atención hacia la conveniencia de dedicar interés a este problema. De un lado, en efecto, los especialistas no pueden prescindir de consideraciones metodológicas y de suscitar constantemente la cuestión de la racionalidad, legitimidad y veracidad de los procedimientos que emplean; y, de otro, no es admisible que se comporten a ciegas, o guiados por una concepción vulgar. De ahí, la necesidad de una cuidadosa preparación en este asunto, principalmente para los que no desean limitarse a la práctica del trabajo rutinario, al empleo de técnicas insuficientemente garantizadas, sino profundizar el contenido de sus investigaciones, en procura de la justificación lógica de su práctica, que al mismo tiempo les servirá como punto de partida

para descubrir rumbos y procedimientos originales. Por todos estos motivos se impone un detenido estudio del problema del método. A este respecto la observación inicial; y la más general, que tenemos que hacer, consiste en recordar la distinción entre la conceptualización formal del método y la dialéctica. Como no es oportuno discutir ahora con amplitud el problema, basta con señalar que la primera, por el espíritu que la inspira, es capaz de proveer solamente algunas verdades sencillas, generales y superficiales; pero conduce a errores y limita el horizonte de la interpretación con inconvenientes efectos sobre la actitud del hombre de ciencia en relación a su objeto de estudio. La metodología formal establece distinciones conceptuales, divisiones rígidas de plano y de caminos que, en verdad, sólo tienen validez relativa y que en ningún caso alcanzan la esencia del problema del método. No percibe la influencia recíproca, la interpenetración de los varios procedimientos de raciocinio, sino que los presenta como fórmulas estáticas, como recetas y, sobre todo, no aprehende las vías de acceso cognoscitivo al objeto como determinadas en gran parte por la propia naturaleza de éste. El modo de pensar dialéctico, al contrario, propone un concepto de método que refleja la naturaleza dinámica del pensamiento y todos los aspectos del acto real practicado en la adquisición, comprobación y exposición del saber. El término *método* es un término general, que no solamente indica diferentes procedimientos cuando es aplicado a campos diferentes del conocimiento, sino que se divide en varias connotaciones, correspondientes a aspectos y etapas distintas de la operación general de adquisición y sistematización de los contenidos de la ciencia. Por consecuencia, bajo el nombre de *método* se subentienden contenidos lógicos y operaciones cognoscitivas que nos importa deslindar.

En su acepción más general, en lo que se podría llamar plano especulativo, *método* significa dos cosas diferentes:

- a) la teoría generalizada de la construcción del saber, sea éste cual sea, y
- b) el examen de las formas de pensamiento lógico utilizadas en cada tipo de ciencia. Existe, sin embargo, otro plano, que se llamaría, por oposición al especulativo, plano aplicado, aunque en él se trate de discutir, con carácter todavía general, la relación de los conceptos, operaciones y divisiones establecidas en el plano anterior a los objetos de cada ciencia particular. En este segundo plano es en donde se sitúan y se discuten los conceptos *técnica*, *medio*, *procedimiento*, *elaboración*, tan frecuentemente confundidos con el de *método* en sí mismo. Son dos planos de generalidad distinta, aunque ambos teóricos. La teoría generalizada del método envuelve los dos planos, y, en gran parte, consiste en discutir las relaciones recíprocas entre ellos. Lo que caracteriza al primero es que, por la fundamentación que procura dar a la edificación del saber en las operaciones que la ciencia del pensamiento descubre

146 y estudia, de él derivan los conceptos que van a servir para la concepción más general y abstracta del método científico, y de él derivan, igualmente, diferenciaciones conceptuales que servirán al análisis de los momentos de la *praxis* científica, de los pasos, de las etapas, de las modalidades ejecutivas del trabajo de investigación de la realidad. No es nuestro propósito profundizar este tema que constituye objeto de la lógica. Deseamos tan sólo mostrar que, en primer lugar, el concepto de método es extremadamente más rico, complejo y profundo de lo que indica su formulación por la lógica habitual, y, en seguida, que las distinciones tanto más precisas y minuciosas del análisis dialéctico, no deben impedir que se conciba bajo la especie de la unidad el concepto, que, teóricamente, se desmembra en múltiples aspectos y significaciones. Lo que define el punto de vista dialéctico, en el caso presente, es que, después de haber distinguido diversos contenidos significativos en el concepto de *método*, no se agota en esta operación analítica, sino recompone el todo efectivo de la idea por la operación inversa, lo que demuestra cómo lo que fue distinguido se compenetra, se asocia, se condiciona mutuamente, reconstituyendo, por la negación de la operación desmembradora, nuevamente la unidad, pero una unidad cualitativamente superior a aquella de que se había partido. El concepto de *método*, después de investigado dialécticamente, se revela en una unidad más perfecta que la poseída inicialmente, una nueva forma, que es la unidad del método efectivamente ejecutado. Mientras en un principio el método es pensado sólo como concepto unitario, después de efectivamente practicado el análisis dialéctico, se verifica que incluye como momento, como factor de su contenido, su aplicación a la realidad, y adquiere una nueva especie, sintéticamente superior, de unidad, la que le es dada por el acto mismo de haber sido practicado, por la ejecución real en el plano operatorio de la ciencia, en la investigación efectiva de la realidad. La unidad primordialmente pensada, se convierte ahora en unidad realizada.

Lo importante está en distinguir las operaciones fundamentales que se refieren a las diversas formas de raciocinio, de los procedimientos empíricos de estas operaciones. Como operaciones fundamentales consideramos la deducción y la inducción, ambas admitidas como modalidades de inferencia, por las cuales se pasa de lo conocido a un nuevo conocimiento. Cada una de éstas se liga a una operación específica de la actividad cognoscitiva y se desdobra en múltiples procedimientos prácticos, con los cuales no debe ser confundida. Con los conceptos y distinciones anteriormente establecidos, comprenderemos que la recogida de datos demográficos por los censos o por el registro civil no constituye propiamente un método, como acostumbran a decir los libros de demografía, sino un procedimiento destinado a la adquisición de los elementos iniciales para una verdadera operación metódica cual es la inducción

realizada a partir de estos elementos. Para la recogida racional y ordenada de estos datos, se exigen ciertas determinaciones teóricas y prácticas, lo que convierte la operación censal en un procedimiento que debe obedecer a prescripciones técnicas. El buen modo de ejecutar la recogida de los datos es la técnica. Su reunión, y después su elaboración, según criterios apropiados, es un método, porque ahí ya los actos dependen de una de las modalidades de pensamiento constitutivo del saber, y esa elaboración sólo se hace con el fin de sacar de ella conclusiones generales.

Cualesquiera de estas técnicas se divide en otros procedimientos menores, éstos en otros todavía menores, y así sucesivamente, en una subdivisión sin fin. La preparación de un formulario censal implica la aplicación de varias etapas de un proceso de perfeccionamiento, resultado de las experiencias anteriores. El demógrafo sabe cuáles son los objetivos, los resultados generales a que tiende. Quiere, por ejemplo, conocer la composición por edades de cierta población. Pero esta finalidad, idealmente propuesta, no le permite sino de manera muy general e indirecta deducir cuál es la forma de ejecutar la consulta popular para obtener los datos pretendidos. Para efectuarla es preciso que sea concebido con un carácter más determinado el método por adoptar, y después, que este método inspire las técnicas convenientes. En el caso, se trata, en primer lugar, de definir las bases del razonamiento lógico que se empleará, que será aquí la inducción, a partir de los datos recogidos, lo cual es una cuestión de técnica, así como después la revisión, el ajuste, la evaluación, la clasificación, la distribución, etc. Todas estas operaciones secundarias no son el método, pero éste se está cumpliendo en ellas. El método preside y unifica estas operaciones sin confundirse con ellas, porque es el envoltorio lógico que las justifica y organiza. El método es, pues, el concepto de la actividad cognoscitiva vista más propiamente en su aspecto general, mientras la técnica, los procedimientos, son el lado particular de esta actividad. Pero éstos, a su vez, son también el método en el sentido de que constituyen el modo particular de su cumplimiento; no se destacan de él, sino lo representan en la particularidad de los actos empíricos que lo concretan. Vemos, pues, cómo lo general y lo particular, el método en cuanto tal y la técnica con que se realiza, se interpenetran, se exigen, se condicionan recíprocamente, y, aunque distintos, se unifican. Como la reflexión de los especialistas se concentra, con razón, en el perfeccionamiento de los procedimientos técnicos, de los que depende la exactitud y la veracidad de los resultados, y en parte, también, porque les falta muchas veces la conveniente preparación teórica, tienden a llamar *método*, a todo trabajo de investigación, confundiendo, así, el método como tal con los procedimientos operatorios de detalle en que se corporifica.

Las formas fundamentales del método lógico son tradicionalmente conocidas como deducción e inducción. Ambas formas de inferencia de un nuevo conocimiento a partir del conocimiento anterior, de premisas supuestas válidas o de datos objetivos que dan al espíritu la posibilidad de alcanzar una verdad antes ignorada. Los dos procedimientos son modalidades del raciocinio, cada cual con leyes peculiares y alcance y validez igualmente distintas, utilizándose en el estudio de las ciencias empíricas, por lo que cabría discutir sus límites y su aplicación en cada tipo particular de ciencia. La demografía constituye un campo especialmente interesante para el debate del problema metodológico, y para la distinción entre lo que corresponde a las formas deductivas del pensamiento y lo que pertenece al razonamiento inductivo. Desdichadamente, poco material se encuentra en la literatura relativo a este asunto, de magna importancia, sin embargo, para la exégesis de los principios de esta ciencia. Contribuye a esta escasez, de un lado, las dificultades que el tema ofrece en sus aspectos exclusivamente lógicos, a los cuales, de modo general, los demógrafos no prestan su atención; y, de otra parte, la confusión ya señalada, entre métodos y técnicas, tan frecuente. Si algunos especialistas, como Boldrini, se atreven a tratar de la distinción entre métodos deductivos e inductivos en demografía, la mayoría ignora esta cuestión y discute exclusivamente el segundo problema. Sabemos que no se trata de una cuestión fácil.

El problema se estudia en cualquier compendio escolar de lógica; pero, en virtud de la desvinculación entre las tesis teóricas y los problemas de la investigación de la realidad natural y social, se observa que, aun los autores que eventualmente se interesan por el asunto, no saben qué hacer con las nociones expuestas y, en general, no sacan de ellas ningún resultado útil para el avance de las ciencias. Esto se debe principalmente a no distinguir entre lógica formal y lógica dialéctica, presentándose el problema de la deducción y de la inducción en términos que no contribuyen a esclarecer esta cuestión capital. Siguiendo al espíritu formalista, que procede por distinciones rígidas, inmoviliza la realidad so pretexto de investigarla mejor e ignora el tiempo y las contradicciones inherentes a las cosas, la lógica formal opone deducción a inducción como procedimientos antagónicos, de sentido contrario y resultados igualmente opuestos. La deducción es considerada como el modo de pensar que parte de una proposición general, con valor de verdad establecido como cierto o hipotético, y de ella saca, por inferencia mediata o inmediata, conclusiones de carácter particular o singular. Va, así, como se dice, de lo universal hacia lo particular. La inducción procede a la inversa. A partir de proposiciones referidas a datos o hechos singulares, se eleva a conclusiones de mayor generalidad. To-

do el problema del raciocinio, para la lógica clásica, consiste, primero, en explicar cómo, mediante qué mecanismos mentales, se produce esta doble antitética operación; y segundo, justificarlas en su pretensión de alcanzar la verdad. Se trata de asunto de gran importancia en la construcción de la lógica, y no vamos a discutirlo aquí. Nuestro intento es apenas indicar que también en este terreno la lógica formal se revela restringida, y que la teoría general de la inferencia, con sus dos variantes, sólo puede ser establecida en toda su amplitud y aprehendida en los distintos aspectos que posea, por el análisis dialéctico. Para eso se exige un cambio de perspectiva en la concepción del proceso de pensamiento, abandonar el modo de pensar que separa y opone irreconciliablemente los procedimientos de sentido opuesto. Mientras el formalismo establece el esquema de una oposición incommunicable entre los dos modos de pensar, y trata la oposición entre ellos como un antagonismo irreductible, la lógica dialéctica, reflejando la realidad de los procesos objetivos y las maneras de su aprehensión por el espíritu, declara que entre las dos operaciones no existe exclusión mutua, sino que ambas están condicionadas recíprocamente, de tal modo que no hay deducción sin la inducción previa de los datos y principios que son su fundamento, así como no hay inducción sin conocimientos generales, proposiciones e ideas universales que permitan practicar la reunión de los datos, el reconocimiento del significado y valor de sus semejanzas, sin los criterios que definen las proposiciones verdaderas en el plano de las generalizaciones.

No hay separación nítida entre deducción e inducción, ni su oposición es radical y sin mediaciones. Entre lo general y lo particular sólo existe oposición dialéctica, lo que significa real distinción, pero, al mismo tiempo, identificación, en la síntesis superior representada por el hecho objetivo que es el avance del proceso del conocimiento. Lo general depende de lo particular, es siempre la expresión de un conjunto de hechos o condiciones reales que existen con carácter de particularidad, pero sólo encuentran expresión en la idea que los presenta en su significación universal. Inversamente, objetos singulares sólo ofrecen interés para la ciencia si en ellos se corporifican aspectos inteligibles universales, que serán extraídos y presentados en su condición de calidad común a varios objetos por la operación inductiva generalizadora. Si, por lo tanto, las operaciones lógicas de deducción e inducción corresponden al tránsito entre los planos de la singularidad y de la universalidad, en uno y otro sentido, es evidente que tampoco pueden ser entendidas aisladamente una de otra. La oposición que las separa es exactamente el factor dialéctico que las liga. Cada una de ellas, cuando es puesta en práctica y profundizada, conduce a su contraria, y en este sentido son como fases o momentos de un mismo proceso superior, en el cual ambas se unifican. Lo particular, sea que se trate de un ser u objeto indi-

150 vidual, sea un colectivo, como una población, es siempre rico en connotaciones inteligibles, cuya extracción, por vía abstractiva, y expresión en forma de proposiciones generales, es la tarea propia de la inducción. Esta, al completarse, produce un resultado lógico distinto de lo que había sido el punto de partida. Mientras éste consistía en el enunciado de una proposición singular o particular, es decir, relativa a un dato delimitado, localizado, fechado, la proposición resultante del trabajo de interpretación del objeto tiene exactamente el carácter opuesto, es general y se refiere a la totalidad de los datos semejantes. Cuando partimos de nociones generales, sea las que sabemos válidas, por su comprobada verdad, sea las que admitimos por hipótesis como verdaderas, llegamos, por vía de inferencia, a conclusiones particulares. De esta forma, lo general se hace particular, trae al plano de la objetividad concreta la verdad que poseía en la esfera de la abstracción, de la generalidad. Y los dos procesos, aunque opuestos, no se repelen, sino se asocian, se completan, se identifican en el trabajo unitario de la investigación de la realidad.

Esta es la razón por la cual deducción e inducción no son procedimientos exclusivos, que puedan ser concebidos, estudiados o practicados aisladamente uno de otro; de ahí la falta de sentido de las discusiones formalistas respecto a su recíproca limitación. Son fases complementarias de una sola y misma actividad del espíritu, el descubrimiento de la realidad. Considerando la complejidad de este problema, no es de extrañar que los demógrafos no se hayan detenido hasta ahora lo que sería de desear en su consideración. Y, dada la diferencia de comprensión entre el punto de vista formal y el dialéctico, se explica que los especialistas, muchas veces desconocedores de estas cuestiones y apenas habituados, en el mejor de los casos, a manejar las conceptualizaciones formales elementales, no hayan podido traer a la ciencia de la lógica la ayuda que sería la confirmación de los enunciados teóricos por su verificación en el mundo de fenómenos que examinan. Se establece entonces un círculo vicioso de desconocimientos recíprocos, con evidente daño para el progreso del saber: los demógrafos, ignorando las formulaciones lógicas, particularmente las dialécticas, no producen la valiosa contribución que resultaría de efectuar sus trabajos bajo la égida de una teoría general del pensamiento y la clara definición de los métodos empleados; de otra parte, los lógicos y epistemólogos, por deficiencia de conocimientos en el terreno demográfico, no son capaces de aportar al estudio de las poblaciones la ayuda de nociones teóricas y de directrices metodológicas que, sin duda, fecundarían el campo de la investigación concreta.

Si para cualquier dominio científico son válidas estas observaciones, más insistentemente resalta su significado en el terreno de la demografía. Porque esta ciencia está pasando por una fase de gran florecimiento histórico, con la extensión de sus investigaciones a todos los

países, en virtud de las transformaciones políticas de los últimos tiempos, que determinan la entrada de grandes masas de pueblos extra-demográficos en el área del recuento y la especificación científica. En efecto, la demografía, como ciencia impulsada en la época actual por necesidades empíricas, ligadas principalmente al desarrollo económico, sólo era posible y necesaria en las áreas metropolitanas, en especial en la parte desarrollada del mundo occidental. Con la reciente expansión de la conciencia política y social a toda la humanidad, la demografía sigue la marcha progresiva de la civilización de las áreas atrasadas, y se convierte en una exigencia de la cultura y de la práctica social de todas las comunidades humanas. Este fenómeno histórico objetivo no puede dejar de reflejarse en la esfera ideológica y en la construcción del saber. No solamente los métodos son afectados por la expansión cuantitativa de la investigación demográfica —y aquí tenemos una buena muestra del paso de la variación cuantitativa a la cualitativa—, sino los resultados obtenidos, que siendo de mayor volumen y certidumbre, van a exigir la transformación de los procedimientos cualitativos antes utilizados, a fin de poder ser aplicados en volúmenes más amplios de población. Donde antes se recurría con gran frecuencia a la extrapolación, siempre insegura, ahora, con el conocimiento de los valores efectivos, de los hechos de un conjunto poblacional, el proceso inductivo aplicado en su investigación se vuelve más riguroso. El demógrafo se ve precisado actualmente a tener una completa formación lógica y epistemológica, que no era tan imperiosa en períodos anteriores, cuando las exigencias de la conciencia científica en la investigación demográfica eran menores. El avance cuantitativo del saber, determina alteraciones cualitativas en las exigencias de la conciencia teórica del investigador, especialmente en lo que se refiere a la mayor necesidad de la preparación del científico, para el dominio de los problemas lógicos suscitados por su actividad.

Es conveniente, pues, examinar con cuidado el problema de la deducción y de la inducción en demografía. Observemos, en primer lugar, que el problema no es tratado con la amplitud que posee, refiriéndose a todas las formas de investigación y estudio de las poblaciones, sino en general, sólo con relación a la cuestión del descubrimiento y formulación de las llamadas *leyes del desarrollo de las poblaciones*. Este aspecto es el que los pocos autores que se ocupan del tema, lo discuten, dividiendo los procedimientos intelectuales para llegar al conocimiento de tales leyes en deductivos e inductivos. Se comprueba así que, desde un comienzo, el problema es colocado equivocadamente en términos excesivamente restringidos no percibiéndose su relación con los procedimientos generales de la demografía en todas las formas de investigación que realiza. En consecuencia, nuestra primera intención será mostrar que el problema de la naturaleza de las operaciones lógicas abarca

152 la totalidad del campo demográfico, y no sólo la cuestión, algo limitada, aunque de gran importancia, de la vía metodológica para el descubrimiento de las leyes generales que rigen el desarrollo de las poblaciones. Esta rectificación es esencial, pues abre la perspectiva para discutir todos los principios metodológicos de las investigaciones que la demografía lleva a cabo. Tenemos que criticar, primero, la estrechez de la formulación de algunos demógrafos —como Boldrini, cuyo *Tratado* elegimos como simple material documental—, los cuales sólo perciben el problema en la forma indicada; después nos compete mostrar que toda investigación demográfica suscita la discusión de los métodos y vías de pensamiento que permiten efectuarla.

Para los especialistas a los cuales nos estamos refiriendo en estos términos generales, la deducción está ligada a la producción previa por el espíritu de modelos matemáticos para la explicación del desarrollo de las poblaciones, y presenta como correlación práctica el descubrimiento de hechos registrados o suscitados experimentalmente, los cuales deben servir para confirmar o invalidar los modelos matemáticos de que se había partido. Tal es la concepción axiomática de la demografía. Las premisas del proceso deductivo son estos esquemas generales, modelos o conjunto de axiomas en los cuales figuran parámetros cuyo valor debe ser definido por la verificación objetiva. Notemos que la deducción que en este caso se practica no es de tipo asertórico puro, no se encuadra en los modelos clásicos del silogismo de aseveración, porque el *modelo* que sirve de premisa mayor es una hipótesis que busca confirmación en la realidad de los hechos. Tenemos así el caso de un procedimiento deductivo en el plano hipotético, es decir, no se asevera la realidad de las consecuencias de las premisas establecidas, pero tales consecuencias son concebidas formalmente y sometidas a la prueba de la experiencia o de la verificación empírica, para saber entonces si el modelo, el conjunto axiomático o la premisa general tenía o no validez. En consecuencia, debemos observar, desde luego, que no estamos aquí en el terreno de la silogística aristotélica rigurosa, sino más bien en el de la silogística tal como la concebían los estoicos, o sea, como teoría de la confirmación de las hipótesis, aunque la vía para ello sea realmente el paso desde el plano de la generalidad al de la particularidad. Aristóteles, como es sabido, definió el silogismo como “un raciocinio formado de tres juicios, tales que, dados los dos primeros, el tercero resulta necesariamente por el simple hecho de ser dados aquellos”. El tipo de raciocinio deductivo que la demografía practica, con la intención de establecer la ley del desenvolvimiento poblacional, no se encuadra obviamente en este esquema.

En efecto, consideremos la más conocida de las manifestaciones del pensamiento deductivo en demografía, la ley de Verhulst. En la formulación que tenía en su precursor, Quetélet, en 1835, estaba expuesta

así: "La resistencia o la suma de los obstáculos que se oponen al crecimiento ilimitado de la población aumenta en proporción al cuadrado de la velocidad con que tiende a aumentar la población." O, en la forma que le ha dado Verhulst en 1838: "Los obstáculos aumentan en proporción al porcentaje del exceso de la población en relación a la población total".¹ Como se ve, estas proposiciones ofrecen un modelo matemático abstracto, generalizado, que no permite pasar inmediatamente a conclusiones objetivas, por vía silogística asertórica, por falta de premisa menor. Esta tiene que ser obtenida por la vía experimental, por observación o registro de hechos empíricos. Cuando eso se da, el *modelo*, o la proposición axiomática de que se ha partido, encontrará confirmación, y se podrá decir que representa la ley de la evolución de las poblaciones. La deducción así considerada es del tipo de las deducciones hipotéticas. La conclusión que se saca de las formulaciones de tipo axiomático propuestas por los autores citados, es que el crecimiento de la población tiende a ser cada vez más lento, pero no es posible establecer sino con carácter abstracto esta conclusión, sin garantía de veracidad. Esta sólo le será dada por la verificación experimental, que confirmará la hipótesis; pero en este caso ya habremos pasado del esquema deductivo a la inferencia inductiva que Bochenski llama *reductiva* y que se expresa por la forma: "Si A, entonces B; ahora bien, B; luego, A". En efecto, no existen razones *a priori* para admitir la legitimidad de la formulación de Verhulst. Esta es ofrecida sólo como un posible *modelo* de lo que ocurre en la realidad. De ella se deduce por vía analítica pura la consecuencia de que el crecimiento de la población tiende a disminuir constantemente. Pero nadie dirá que es cierto que este fenómeno ocurra simplemente porque es la consecuencia lógica de la premisa asumida. Al contrario, la deducción en el caso sirve sólo para conducir a la proposición que se tratará de verificar experimentalmente. Si tal confirmación es obtenida, entonces la verdad de la formulación general inicial está asegurada. Esta, como se ve, es apenas admitida por hipótesis de trabajo para el comienzo. Su verificación se encuentra en el procedimiento opuesto al deductivo, en la inducción, que recogerá de la experiencia los hechos que permitirán afirmar la verdad de la premisa menor, y con eso, por vía reductiva, queda establecida la verdad de la premisa mayor.

Tenemos aquí un buen ejemplo de cómo se interpenetran los dos procedimientos, y cómo está mal aplicado el término *deducción* a problemas como el del establecimiento de la ley general de desarrollo de una población. En casos como ese, lo que realmente se está practicando es una inducción disfrazada de raciocinio deductivo. Las deducciones en demografía existen, pero son poco frecuentes y casi siempre poseen

¹ Naciones Unidas, *op. cit.*, pág. 44, 45.

154 un valor meramente expositivo, no llevando a la adquisición de conocimiento originales. Así, por ejemplo, es una verdad general indudable que la fuerza de trabajo de una población depende de la distribución por edades de sus componentes, pues evidentemente es nula en las edades iniciales y en las finales, siendo variable en toda la amplia faja central. De esta proposición general puede deducirse de inmediato que una población determinada con elevada proporción de miembros infantiles, o, en el caso opuesto, de ancianos, tendrá menos fuerza de trabajo que otra donde sean relativamente menos ponderables las edades extremas. Como ésta, pueden ser practicadas muchas otras deducciones en demografía; mas este procedimiento es poco corriente por no presfarse al verdadero avance del conocimiento, toda vez que se trata casi siempre de sacar de proposiciones generales conclusiones obvias sin mayor valor heurístico. Con todo, la discusión del problema de la deducción es oportuna porque nos revela la necesidad de averiguar el origen o los fundamentos de las premisas generales tomadas como punto de partida, sean afirmaciones teóricas axiomáticas, sean los llamados *modelos matemáticos*, casi siempre postulados teniendo en vista la presunción de las conclusiones a que conducen. En las ciencias naturales, al contrario de lo que ocurre con las de objetos ideales, el conocimiento de la premisa mayor supone un proceso inductivo previo, a consecuencia del cual queda asegurada su verdad. Es justamente en la reflexión sobre el papel desempeñado por la inducción como fundamento de la generalización, donde se da la distinción entre raciocinio deductivo y reductivo como especies de inferencia. Si la inducción que fundamenta la verdad de un procedimiento inferencial fue practicada en otro raciocinio previo, cuyos resultados ya tienen confirmado su valor de verdad, y, por tanto, si la generalización que sirve de punto de partida al raciocinio inferencial considerado en el momento ya tiene el sello de la veracidad, tenemos el caso del proceso deductivo clásico; si, sin embargo, es en el curso de la propia inferencia en examen donde la inducción debe traer la veracidad a la premisa mayor, a la proposición general tomada como punto de partida, tenemos el caso del razonamiento reductivo. Los dos modelos se expresan, pues, en los siguientes enunciados: en el primer caso, "Si A, entonces B. Ahora bien, A; luego, B"; en el segundo, "Si A, entonces B. Ahora bien, B; luego, A".

El silogismo no se basta a sí mismo cuando se trata de objetos reales, porque la verdad que dice respecto al conjunto de ellos sólo puede tener por fundamento la verdad concreta de cada uno. El ser no existe en general; tan sólo puede ser pensado en general. La verdad sólo existe en la realidad concreta, como aspecto inteligible del ser de cada cosa. Si es tomada con carácter generalizado, es porque el espíritu, por vía abstractiva, la recoge de los particulares en los cuales está presente y la eleva al plano de la generalización. De ahí que sea posible, por vía

deductiva, volver al caso particular; pero la fuente original de la verdad estará siempre en la existencia del objeto real, en su singularidad concreta. Así, pues, lo general y lo particular, aunque lógicamente opuestos, se completan, se interpenetran, pues no es dable concebir lo general sino como lo general derivado de un cierto número de particulares, así como no tiene sentido concebir el particular sino como fuente de generalización de sus notas inteligibles al verificarse que éstas también están presentes en otros particulares del mismo tipo. No se trata de dos vías complementarias por simple paralelismo, como dos *manos* de tránsito. Es algo más que esto. La correspondencia entre ellos se hace por la identificación de cada cual con su contraria, por la conversión de la deducción en inducción y viceversa.

En el razonamiento demográfico estas nociones teóricas se muestran con plena claridad. La teoría logística de la población es tomada como ejemplo de raciocinio deductivo, pero sus defensores pretenden apoyarla en medidas empíricas y aun en experiencias sobre poblaciones artificiales, lo que si, por un lado, significa la comprobación de una deducción, por otro también la búsqueda de los cimientos experimentales sobre los cuales construir la verdad de las premisas universales. En la exposición de varios demógrafos no se encuentra comprendido claramente el papel de la estadística en la división entre procedimientos deductivos e inductivos. En efecto, según se desprende de la concepción de Boldrini, uno de los pocos autores que abordan esta cuestión metodológica, la diferencia entre los procedimientos deductivos y los inductivos está en que en los segundos se trata de "investigaciones demográficas que parten de los hechos estadísticamente expresos", mientras el del primer tipo "se funda sobre la formulación de modelos matemáticos".¹ Como se ve, la estadística estaría en el fundamento del proceso inductivo porque el autor supone que no hay otro modo de captar las características comunes de un conjunto de elementos demográficos sino por procesos y método estadísticos. Mas este punto de vista es engañoso. No por estar concebidos en un conjunto estadísticamente ordenado y apreciado los fenómenos demográficos pueden dar origen a un raciocinio inductivo, sino por la naturaleza propia de tales fenómenos, porque es posible compararlos, reunirlos, en un colectivo y tratar a éste como un objeto plural definido. El registro civil y la estadística, con sus métodos, sirven apenas para explicitar, exacta o aproximadamente, el grado de verdad que cada fenómeno posee. Cuando, por tratarse de colectivos numerosos, no es posible discriminar uno a uno los elementos del conjunto, y designar cada cual por su valor de verdad o por la nota cualitativa que interesa en el momento, se recurre al tratamiento estadístico; pero ni por eso deja de ser, en último análisis, en

¹ M. Boldrini, *op. cit.*, págs. 366, 367.

156 la realidad de cada elemento, en donde se contiene el fundamento de la operación lógica inductiva ejercida sobre él.

La estadística no fundamenta ni justifica la inducción; sólo en algunos casos la realiza. La estadística es tan sólo el recurso instrumental gracias al cual es posible estimar en una medida cuantitativa probable el valor cualitativo de verdad de una proposición relativa al comportamiento y a la función de un elemento en un colectivo definido. Si en una realidad determinada, en un determinado período, se comprueba, por ejemplo, como hecho real, por las indicaciones estadísticas un aumento en la esperanza media de vida, tenemos derecho a enunciar inductivamente la proposición generalizada que declara que el progreso económico es un factor de prolongación de la vida. Pero este resultado no parte de los hechos en su expresión estadística, sino en su realidad ontológica. Cada individuo de aquella población, al mejorar sus condiciones de trabajo, de bienestar, de alimentación, está prolongando su existencia. Como no se puede medir este hecho por vía biográfica, en vista de la multitud de los casos, se recurre al procedimiento estadístico, que recoge los resultados de la colectividad con el inevitable apagamiento de la realidad individual.

A efectos del análisis teórico, no debe olvidarse que el dato estadístico contiene en sí una contradicción, pues es la representación del caso individual, bajo la forma de su negación, en el colectivo en que se disuelve. Solamente la postura dialéctica es capaz de justificar este procedimiento. El caso individual es, y permanece siempre, el único real; pero su expresión no puede ser científicamente utilizable en su singularidad, dada la necesidad de aprehender un contingente voluminoso de casos semejantes o análogos. En tal situación, la estadística provee los recursos metodológicos para superar la dificultad. Substituye un conjunto de existencias siempre individuales por un colectivo de existencia simplemente racional, aunque de fundamento objetivo, y toma como notas de este objeto colectivo las que son el resultado de la contribución de cada elemento concreto al conjunto en que es incluido. El procedimiento lógico que posibilita esta substitución, es el paso de la cualidad a la cantidad, la cual, por negación, se va a presentar como nueva cualidad de grado superior perteneciente al objeto superior que es el conjunto de los elementos. Lo real y concreto es el individuo existente en el seno de la población. Se define por una serie de notas cualitativas que son la expresión de su individualidad, de su existencia singular. Al ser pensado en la condición de integrante de un colectivo, juntamente con un inmenso número de otros individuos, las notas que diferencian cualitativamente el caso individual y siempre único en su realidad, se pierden, son ignoradas, en favor de las medidas cuantitativas del colectivo, que no son más que las cualidades comunes del todo aprehendidas en la perspectiva de su extensión. La cualidad del objeto

real y concreto es substituida por la cantidad del objeto real y abstracto. Pero esta cantidad, toda vez que es la nota característica de este segundo objeto, se torna para él su atributo distintivo, y por eso aparece como cualidad, como aspecto cualitativo, retomando así la condición lógica inicial, por vía de la negación de la negación, pero ahora en un plano más alto, y por referencia a un objeto que supera el objeto inicial, que lo anula en el propio acto de absorberlo, de conservarlo.

Si la inducción demográfica se hace frecuentemente por vía de la expresión estadística de los hechos, no es menos cierto que la deducción puede encontrar muchas veces su comprobación en la prueba estadística de sus previsiones. Esta situación es bien percibida por los demógrafos que incluyen, con razón, los modelos llamados estocásticos entre las variedades de la deducción demográfica. De los postulados de la teoría logística se deduce que el aumento de la población sigue una curva simétrica, con aspecto de una campana, cuyo punto más alto equivale a una población real igual a la mitad de la cifra máxima. Para que se considere válido este modelo, es preciso realizar verificaciones experimentales, u otras deducciones laterales, que igualmente permitan llegar a conclusiones susceptibles de comprobación empírica. Pero, como se trata siempre de un objeto colectivo, de un agregado con elevado número de componentes, no es la verdad de cada uno lo que importa establecer, sino la del conjunto, y ésta sólo puede conseguirse por medidas estadísticas, sea por el estudio de datos humanos, sea por la observación de poblaciones experimentales. La opinión generalizada actual en contra de la teoría logística, resulta de haberse averiguado que las deducciones que el modelo permitía no se cumplen en la práctica con suficiente aproximación a los valores deseados, lo que es demostrado por las operaciones estadísticas. En el caso en estudio la conclusión relativa a una población determinada sólo puede tener carácter estocástico, sus enunciados sólo valen dentro de límites de probabilidad, cabiendo a la técnica estadística examinar si los datos reales se incluyen entre tales límites, o no. De este modo, la estadística es sólo una técnica de elaboración de datos reales, que sirve tanto al método deductivo como al inductivo, en demografía, y no constituye criterio para diferenciar el empleo de uno o de otros de esos caminos lógicos. En efecto, en la deducción está siempre incluido un momento inductivo, así como en la inducción hay siempre en vista el empleo de la idea o proposición general como punto de partida para razonamientos deductivos. Para una ciencia cuyo objeto es el estudio de multitudes de seres reales, dotados de características individuales, con el fin de averiguar cómo se convierten éstas en características generales del colectivo, la vía deductiva y la inductiva se oponen por sus notas lógicas, pero se completan y se identifican en su esencia, en la unidad del acto cognoscitivo como procedimiento racional, e igualmente en sus aplicaciones prácticas.

Una verdad obtenida por deducción tiene que sufrir la prueba de la verificación, lo que podrá ocurrir, según el caso, o en términos deterministas o de probabilidad. Pero, igualmente, una verdad conquistada por inducción no subsiste si no encuentra expresión lógica en proposiciones generalizadas que conduzcan a deducir conclusiones racionales comprobables por la experiencia. No puede haber, pues, unilateralidad de apreciación. El punto de visto dialéctico corrige las distinciones del razonamiento formal, el cual aísla procedimientos que, en verdad, sólo existen en concomitancia y en acción recíproca. La lógica demográfica tiene que ser construida según esquemas diferentes de los pocos actualmente utilizados. Esta afirmación no debe ser tomada como un juicio presuntuoso, sino como una advertencia en el sentido de que el científico evite caer en el error, tan común y natural en el pensamiento formalista, de aislar la teoría de la práctica, lo que sería fatal para cualquier ciencia, pero todavía más para la demografía, la cual supone una amplia operación práctica inicial para la obtención de los datos con que se constituirá en teoría. Uno de los engaños corrientes en la discusión de este asunto está en que, para la visión formal, la deducción correspondería a la actitud teórica, porque, dadas las proposiciones generales, las premisas de que se parte, por el sencillo mecanismo de las operaciones lógicas abstractas se alcanzan las conclusiones. Si, después, éstas se someten a la verificación empírica, la concepción formal considera esta actividad como secundaria y no esencial. Del mismo modo, la inducción sería para este tipo de pensamiento el resultado de la práctica pura. Bastaría la reunión de los datos, lo que es una operación práctica, para que, por los caminos habituales de la inducción formal, se llegue a las conclusiones generales. Si éstas tienen carácter teórico, tal hecho sobrepasa las fronteras de la inducción pura; llegar a las formulaciones teóricas no constituiría la finalidad de la inducción.

Lo que constituye el modo formalista de pensar es que, siendo por naturaleza un raciocinio que separa por esencia y solamente uno por accidente, por correlaciones externas, aquello que ha sido separado, la distinción entre deducción e inducción, el aislamiento, y mutua exclusión de ambos procedimientos conduce a la más grave de todas las consecuencias de una concepción epistemológica: a la separación de la teoría de la práctica, y en seguida su oposición e inconciliabilidad. Como consecuencia, la práctica deja de ser criterio de verdad para la teoría, tornándose un plano autónomo donde reinarían criterios propios de veracidad; y también la teoría deja de valer como criterio de interpretación y evaluación de las actividades operatorias, con lo que éstas son concebidas como si no pertenecieran al mismo orden de racionalidad que el pensamiento en términos de ideas generales posea. Toda concepción que separa la teoría de la práctica rompe la unidad real del acto cognoscitivo, es decir, destruye precisamente aquello que le da carácter de racionalidad.

La actitud inductiva se realiza en demografía principalmente en el trabajo censal. Consiste en partir de las instancias singulares para las generalizaciones que el conocimiento de los aspectos comunes a los casos examinados comporta. En el censo, lo singular es el individuo con sus notas personales. El trabajo demográfico consiste en reunirlo con sus semejantes en colectivos, de acuerdo con ciertos criterios de distribución. En los colectivos así formados, se revelan cualidades y aspectos generales que son en seguida enunciados como expresiones generalizadas, relativas al conjunto de los elementos singulares, una evidente conclusión inductiva. Una vez ésta obtenida, sirve de base para otra forma de procedimiento lógico, el deductivo, pues permite sacar conclusiones que reasumen el carácter de expresiones relativas a hechos o condiciones particulares. Es lo que se da cuando de los resultados de un censo, del conocimiento del volumen y de la distribución de una población por sexo, edad, profesión, instrucción, morbilidad, etc. se concluye sobre su potencial en fuerza de trabajo, su fecundidad, sus necesidades de recursos escolares, de servicios de salud, etc. Tales conclusiones, aunque demográficamente sean previsiones y tengan carácter aproximativo, desde el punto de vista lógico son deducciones, pues provienen de la admisión como verdaderas, de generalizaciones resultantes del censo. Tales proyecciones obedecen a requisitos operacionales estadísticos, fundados, a su vez, en concepciones matemáticas, lo que demuestra que en el circuito inductivo-deductivo figuran al mismo tiempo una etapa práctica, la realización del censo, y una etapa teórica, representada por la metodología del análisis demográfico necesario para llegar a las generalizaciones inductivas y para sacar de éstas después conclusiones deductivas con el valor de proyecciones objetivas.

Se ve que la unidad de la práctica y de la teoría ocurren constantemente en demografía. Justamente el carácter estadístico de muchas de sus proposiciones la obliga a no restringirse a la exposición de hechos singulares, sino que tiene que unirlos por correlaciones formales, matemáticas, estadísticas, que implican una teorización previa, cuya justificación es de naturaleza puramente racional. En todos los sectores de la investigación demográfica se revela esta unidad. Por eso es conveniente que el demógrafo tenga siempre presente que no debe perderse en el cuidado exclusivo de la ejecución de sus operaciones indagadoras, debe comprender que ya en esa etapa, esos mismos actos, en la más elemental recogida de datos o en el registro civil más rutinario, está presente todo un arsenal de conceptos generales y de normas abstractas que son el resultado de la teorización crítica de trabajos análogos precedentes. No hay, por tanto, trabajo práctico exclusivamente, así como tampoco existe teoría demográfica pura. Lo que bajo ese nombre se concibe es, en verdad, el esfuerzo de reflexión racional ejercido sobre datos obtenidos por operaciones objetivas; lo contrario sería confundir la demografía

160 fía con una obra de imaginación. El término *demografía pura* se presta a un peligroso equívoco, el de creerse que se trata de las conclusiones generales de la ciencia de las poblaciones desligadas de sus orígenes en la práctica y de su confirmación también en el terreno objetivo. En este engaño parece incurrir A. Landry, cuando define la demografía pura en los siguientes términos: "Sistemas de verdades de carácter absolutamente general, referentes a los factores inmediatos del movimiento natural de la población, a la manera como actúan y al entrelazamiento que existe entre ellos".¹ Se nota aquí la identificación de la demografía pura con las verdades generales; pero nada se dice respecto a los procedimientos metódicos que sirven para efectuar la adquisición de tales verdades generales. Ahora bien, precisamente en este punto es donde reside el problema epistemológico. La demografía pura no es tal por ser general, lo que llevaría a la conclusión de que la aplicada sería particular. Esta diferenciación no tiene sentido, pues tanto la ciencia pura como la aplicada son aspectos del proceso único del conocimiento. La unidad de lo puro y lo aplicado posee la misma naturaleza dialéctica que la de lo abstracto y lo concreto, de la deducción y la inducción, de la teoría y la práctica. La demografía pura se constituye por la correlativa y recíproca realización del método inductivo y del deductivo, en cada uno de los cuales son momentos opuestos, pero indisolublemente unidos, la teoría y la práctica.

Estas reflexiones son de valor para el demógrafo que no podrá admitir convertirse en cultivador especializado de la demografía pura, mientras otro profesional dirá que por imperativo de oficio o por inclinación de espíritu, se interesa sólo por la ejecución de las operaciones demográficas. Uno y otro utilizan simultáneamente nociones generales y datos singulares, y el trabajo que ejecutan desde un punto de vista o desde otro, consiste siempre en la búsqueda de la expresión racional que los unifica. Es preciso que el científico posea la correcta concepción lógica para percibir la unidad de esos dos aspectos, en apariencia opuestos, pero objetivamente idénticos. Entre inducción y deducción, entre aprehensión de los datos singulares y generalización de los contenidos inteligibles que les son comunes, se establece un circuito continuo formado por etapas sucesivas: posición de cada uno de estos actos como la etapa del momento, luego seguida de su contraria, y ésta, a su vez, seguida de la síntesis de ambas, que representa nueva posición, y así en adelante. Los resultados de la recogida de datos censales se refieren a elementos individuales. Su valor científico está en la generalización que facilitan. Pero el valor real de ésta no consiste sólo en este resultado en cuanto tal, sino en la posibilidad que ofrece de hacer progresar en conocimiento, lo que se da cuando se sacan las conclusiones que tal genera-

¹ A. Landry, *Traité de Démographie*, pág. 13.

lización permite. Pero, continuando el trabajo científico, estas conclusiones sólo tienen utilidad si, además de reflejar el conocimiento general objetivo de una población, se tornan en factor teórico de mediación entre dos momentos consecutivos de la práctica, y permiten profundizar o analizar con mayor perfección el colectivo poblacional, o sea, si por efecto de la generalización intermedia, la práctica de un segundo análisis demográfico puede ser hecha con mayor exactitud, facilidad o extensión que la primera. De este modo se ve cómo en todos estos pares de opuestos, no sólo se encuentra su recíproca implicación, sino como ésta es la condición del avance del saber. Entre dos momentos prácticos la generalización desempeña el papel de mediación indispensable. Pero las dos prácticas referidas no son cualitativamente equivalentes. La segunda es de tipo superior, pues deriva de la experiencia de la primera, a la que se ha acrecentado la generalización que ésta permitía, lo que representa un valor de conocimiento nuevo, para la más perfecta ejecución de la segunda. Igualmente, entre dos generalizaciones se intercala una operación práctica que determina que la segunda generalización tenga un valor cognoscitivo más alto que la primera. En efecto, lo que la primera contenía era el resultado de todos los circuitos inductivos-deductivos anteriores. La realización de nueva operación amplía de algún modo el conocimiento antes poseído y se manifiesta en nueva formulación general.

Así se ve la poca utilidad del pensamiento formalista, que ignora estas nociones, no percibe este circuito de continua posición y cambio de los contrarios, y permanece en el plano de las distinciones de simple simetría. El trabajo del pensamiento racional en la investigación científica de la realidad no se hace de esta manera. No aísla sino para identificar mejor. No aprecia sólo las relaciones externas entre los hechos o los respectivos conceptos, sino también penetra en las relaciones internas que son la trama lógica objetiva entre las propias cosas y fenómenos, y que el espíritu tiene que captar para representar científicamente el mundo. La demografía ofrece buen campo para estas consideraciones porque su progreso se logra por evidente alternancia de la práctica y de la teoría, de inducciones y deducciones. Cualquier acto de investigación demográfica puede ser visto simultáneamente desde los dos lados. La elaboración de un sencillo formulario de encuesta de campo puede ser entendida como práctica, si tomamos por criterio su modo de ejecución y la referencia a las operaciones similares anteriores; pero es teoría, pues tiene que estar orientada por una concepción racional de la necesidad, utilidad y valor de los actos por ejecutar y del modo de seleccionar los medios para llegar al fin propuesto, ya que lo que se busca es recoger informaciones para las generalizaciones interpretativas, en las cuales consiste efectivamente el trabajo del científico. El censo es la primera operación de un trabajo teórico, que es la interpretación del estado y de las tendencias dinámicas de una población. A su vez, esta in-

162 interpretación influirá en la ejecución de las colectas censales subsiguientes. Estas reflexiones nos dan la oportunidad para reconocer el carácter esencialmente histórico de la demografía. Más tarde desarrollaremos este tópico, pero queremos desde ahora dejar establecido que la historia entera de la demografía está presente en cada operación actual, que resume todas las inducciones de prácticas censales previas y las deducciones sacadas de generalizaciones que éstas han propiciado.

Al referirnos a la teoría en demografía, retomando una observación inicial aquí hecha, conviene recordar que no debemos confundir las teorías de la demografía con las teorías sobre la demografía. Son, en efecto, cosas distintas, pero, como siempre, no las podemos apreciar aisladamente, formalmente separadas, aparte unas de las otras. Las teorías de la demografía son aquellas que procuran explicar cómo se desarrolla una determinada población y principalmente de qué hechos o factores depende su crecimiento. En este sentido, Warren S. Thompson distingue dos tipos de teorías demográficas, las naturales y las sociales, siendo las primeras las que admiten que existe un factor inherente a la realidad del hombre o del mundo, el cual determina el crecimiento de la especie en una dirección que escapa al control del propio hombre; y las segundas, las que rechazan esta ley natural e inmutable y juzgan que son los factores sociales, ambientales, los que conducen a la multiplicación de los contingentes poblacionales.¹ Estas son teorías de la demografía. Pero la demografía, entendida como cuerpo de ciencia, es ella misma una teoría de nivel superior a las que enuncia, constituye la metateoría de sus teorías interiores. Se ve claramente que éstas no pueden ser concebidas sin la influencia de la concepción general de la demografía como tal, así como esta concepción no puede dejar de estar vinculada a las ideas que orientan las explicaciones de los fenómenos particulares del universo.

Se comprende que existan varias concepciones de la demografía en su totalidad como ciencia. Cualquiera de ellas funciona como metateoría en relación a sus teorías. En este sentido, toda teoría sobre la demografía influye sobre las teorías de la demografía, o sea, en las que esta ciencia elabora para el conocimiento de su objeto. Pero la recíproca es también verdadera. Las teorías de la demografía, resultantes del circuito dialéctico de deducción e inducción, de teoría y práctica, del confrontamiento del pensamiento con los hechos empíricos, son un elemento para la formación y fundamentación del propio concepto de demografía; es decir, de teoría general que se confunde con el cuerpo de este género de saber. Así se verifica, una vez más, que planos lógicos referentes a grados distintos de generalización están en comunicación por dependencias recíprocas. La demografía es un producto de sus teorías particula-

¹ Warren S. Thompson, *Population Problems*, Mc Graw-Hill Book Company Inc., Nueva York, 1953, pág. 45.

res, mientras éstas, a su vez, se pueden suponer como derivando de la concepción general que es la misma demografía como metateoría.

No es preciso decir que no encontramos en la literatura mención de estas especulaciones. Tal vez muchos especialistas las menosprecien, no vean en ellas más que suposiciones. Sin embargo, parécenos, que para la formación científica del demógrafo, estas reflexiones serán posiblemente útiles, porque permiten ampliar el horizonte de las indagaciones generales, mostrando cuán rica y fecunda es la problemática lógica que la demografía propone y que necesita ser discutida y aclarada como condición para el progreso del conocimiento. Advertido, quizás, por estos análisis, el demógrafo sentirá interés en distinguir con claridad los diversos planos lógicos en que se mueve su espíritu, principalmente en el dominio de la elaboración y crítica de las teorías, colocará en sus adecuados niveles las generalizaciones a que proceda y sabrá distinguir y correlacionar lo que representa el aspecto de *principio*, de *postulado*, con que constituye las conclusiones implicadas en las proposiciones generales. No realizará diferenciaciones, análisis y divisiones corriendo el riesgo de no saber después agrupar orgánicamente lo que ha separado, pues el razonamiento dialéctico le servirá siempre para unir en síntesis superiores lo que las operaciones anteriores han llevado a distinguir. No caerá en el error de suponer, por ejemplo, que teorías diferentes de la población, como las que citamos antes en los conceptos de W. Thompson, o se excluyen radicalmente, sin tener ningún elemento común de verdad, o se amalgaman, en un todo amorfo, como mezcla indiferenciada de conceptos. Sabrá que entre teorías naturales y sociales no existe exclusión absoluta, sino implicación recíproca; que la verdad de unas no implica dogmáticamente la falsedad de las otras, sino que, en una visión sintética superior, los dos tipos aparecen como expresión parcial de aspectos legítimos, distintos, sin duda, del mismo fenómeno real que es el crecimiento de una población.

EL MÉTODO COMO TEORÍA DE LA INVESTIGACIÓN DEMOGRÁFICA.

Hemos dicho que en el método pueden estudiarse principalmente dos de sus aspectos: por el lado propiamente procesal, ejecutivo, que se refiere a las técnicas, medios y procedimientos que utiliza, y por el de las relaciones que ligan las manipulaciones procesales con las operaciones lógicas generales, representativas de los diversos modos de actividad de la razón humana. El primero de esos aspectos es el que se tiene que considerar cuando se discute el problema de la investigación demográfica. Hemos dicho también que muchos demógrafos entienden su especialidad como incluida entre las *ciencias de observación*, lo que, por los motivos expuestos, no nos ha parecido aceptable. Preferimos, como se ha visto, definir la demografía como ciencia antropológica-

164 existencial. Observemos ahora que, al enunciar esta definición, no le negamos el carácter empírico; y de ahí, que la cuestión de los fundamentos, modos, validez y límites de la investigación en este terreno, permanece inalterada, y exige seria discusión y completo esclarecimiento.

El progreso de la demografía ha estado basado hasta ahora en la investigación objetiva, representada por los censos, por la verificación de las hipótesis oriundas del cálculo estadístico y por las proyecciones relativas al estado de las poblaciones futuras. La mayoría de los demógrafos no se ocupa sino de investigar en primer término la ejecución rutinaria de censos y registros. Pocos son los que se interesan por las reflexiones teóricas, conscientes de la necesidad de generalizar los resultados de las investigaciones efectuadas, o de enunciar *leyes, principios* demográficos, explicativos de los movimientos de la población que servirán como hipótesis, como premisas, para deducciones que nuevas premisas deberán confirmar o refutar en la práctica. Es preciso que el especialista comprenda que el problema de la investigación está en el centro de la reflexión crítica sobre la demografía, lo debata y tome una posición definida en relación a él.

En un trabajo de síntesis sobre los objetivos y métodos de la demografía, Giorgio Mortara nos da elementos que pueden servir de hilo conductor para nuestras reflexiones.¹ Según dicho autor, la investigación demográfica se desarrollaría en cinco etapas sucesivas: descripción; análisis; indagación de las relaciones entre los fenómenos demográficos y las condiciones de observación; determinación de las uniformidades, y coordinación de esas actividades en teorías. Sirve de base a esta enumeración la concepción de que los fenómenos pertenecientes al dominio de las ciencias empíricas admiten ser distribuidos en tres grandes clases: los que son *individualmente típicos*, como una reacción química; los *colectivamente típicos*, como los demográficos; y la de los *atípicos*, como las catástrofes sísmicas. Siendo concebidos los fenómenos demográficos como presentando solamente carácter típico por el hecho de ser aprehendidos en función de colectividades, se sigue la conclusión metodológica de Mortara de que, por ese motivo, la demografía tiene que utilizar en sus investigaciones la metodología estadística. De ahí que las fases de la investigación referidas signifiquen nada más que fases del desarrollo de la metodología estadística aplicada a colectivos poblacionales. Cabe decir que, a nuestro juicio, y sobre todo en lo que se refiere a la aprehensión de los detalles, es importante la parte de verdad contenida en esta concepción. Con todo, padece de un enfoque unilateral, y no nos parece suficiente la justificación expuesta para fundamentar

¹ Giorgio Mortara, *Objetivos e Métodos da Demografia*, Revista Brasileira de Estadística, Año XII, Nº 46, Río de Janeiro, 1951.

la teoría de la investigación, que, además, manifiesta carencia de un vínculo lógico estructurador. 165

En primer lugar, es evidente que los objetos demográficos son, por una de sus caras, *colectivos típicos* y que, como tales, muestran regularidades estadísticas que compete a la investigación desentrañar y hacer explícitas. Pero ya hemos tenido ocasión de mostrar con algún detalle que el verdadero principio, del cual se debe partir en la exégesis de la ciencia demográfica, es la dialéctica del todo y del uno, del colectivo y de lo individual. El colectivo demográfico es de naturaleza enteramente original, no se equipara a las simples colecciones de objetos, por que está compuesto de elementos existencialmente subsistentes por sí, seres racionales, que actúan con voluntad libre, y afectan, con sus decisiones personales, la fisonomía de la masa en que están inmersos. De ahí que los referidos *colectivos típicos* no constituyen un punto de partida absoluto, sino sólo uno de los lados de una realidad en que se verifica un antagonismo, real, objetivo, que se traba entre el grupo y el individuo, antagonismo que, por la ley intrínseca de las correlaciones entre sus fatcores, por sus oposiciones e identificaciones, constituye la causa de que fenoménicamente, o sea, en la apariencia de la llamada *observación demográfica*, se produzcan comportamientos típicos. La demografía busca con razón descubrir, analizar, catalogar y explicar estas tipicidades, pero no las debe tomar como surgidas del fundamento primario representado por la masa poblacional en sí, como exclusivo montón cuantitativo, pues ésta se funda en un factor todavía más primordial, el hombre individual, en la realidad de su existencia, siempre única e insubstituible. Con esta observación queremos tan sólo recordar que es preciso ir más al fondo en la búsqueda de las razones que explican la aparición de tipicidades demográficas. Estas no son el dato primario; ocultan otro, más original, cual es la acción recíproca entre el individuo y la colectividad que lo absorbe, de cuyo antagonismo, por la conversión mutua entre cantidad y cualidad, resultan en la apariencia de las investigaciones demográficas las regularidades registradas.

En este sentido, séanos permitida una observación filosófica, tal vez un poco al margen del asunto: la dialéctica demográfica nos da argumentos para refutar un conocido lema de la filosofía existencialista contemporánea que dice: "El hombre muere solo". Únicamente desde un punto de vista subjetivista, peculiar a estas doctrinas, está permitido enunciar tal fórmula; la demografía, entendida dialécticamente, la refuta. El hombre no muere solo, sino, diríamos, muere en colectividad. Sólo hay causa personal de muerte, entendiéndola por uno de sus aspectos; cuando se la ve desde el otro aspecto, esa misma causa revela tener su fundamento en el colectivo a que pertenece el individuo, no solamente en sentido biológico, sino social. No es exacto decir que el hombre muere solo; al morir cada cual, muere con él el colectivo de

.66 que es parte, pues se altera cuantitativa y cualitativamente, deja de ser lo que era.

Se hace preciso rectificar la noción de que parte Mortara para desarrollar su teoría de las fases de la investigación. Lo mismo se dirá de la necesidad de extender a ella la crítica dialéctica, por cuanto luego se notará que sufre de los defectos del formalismo metodológico. Falta a este autor la noción auténtica de la unidad del procedimiento investigativo, manifestado en la multiplicidad de sus partes, fases o momentos. Todo indica que el único nexo que concibe entre los momentos distintos, es el constituido por su sucesión ordenada. La sucesión lógica sería suficiente para asegurar al proceso total la unidad que lo convierte en procedimiento científico. Esto, realmente, sólo acontece si nos contentamos con el modo formal de pensar. Desde este ángulo, el concepto de investigación en cinco fases consecutivas tiene por modelo las *líneas de montaje* de los artefactos mecánicos. La construcción de la ciencia es pensada en este caso como la yuxtaposición de las diversas piezas de un complicado mecanismo, que se unen y articulan por agregación, y van siendo llevadas al banco de montaje una después de la otra. Esta concepción deforma la realidad lógica profunda del proceso investigador. Las partes, las *piezas*, las fases que se distinguen en la ejecución de una investigación están vinculadas por lazos dialécticos que nos importa insistentemente acentuar. La distinción entre fases o momentos es legítima, tiene que ser reconocida y mantenida, siempre que no se le dé carácter absoluto, sino se interprete como recurso descriptivo para referirnos a lo que es objetivamente una operación unitaria.

La primera cosa por hacer es reconocer que cada fase no existe aisladamente, ni en su *modus operandi* ni en sus fundamentos metodológicos. Cualquier etapa está ligada a todas las demás, influye sobre ellas y recibe su influencia. Una etapa superior no implica sólo que las precedentes sean indispensables para llegar a ella; las precedentes implican igualmente la superior, pues no se constituiría el cuerpo del saber demográfico si la investigación se detuviera en las fases iniciales. No se trata, sin embargo, de implicaciones formales, o de una exigencia de relaciones exclusivamente externas, para la buena marcha de la investigación. Se trata de exigencias internas entre los momentos sucesivos de la investigación, que se refieren a las vinculaciones lógicas inherentes a ellas. Cuando, por ejemplo, se describe el estado de una población mediante un censo, ya están presentes y actuantes en esta práctica los principios de lo que será el análisis consecutivo o la coordinación de las uniformidades observadas en forma de una teoría. Lo que nos importa resaltar es la unidad interna de la investigación; no la regularidad mecánica de la coordinación de sus actos. Igualmente, no se llegaría a la fase de la especulación teórica si los principios lógicos a que obedecerá no conformaran la obtención de los datos iniciales.

En segundo lugar, incúmbenos indicar que la unidad de la investigación constituye una síntesis superior, y por eso no se explica satisfactoriamente por el concepto de síntesis, tal como es utilizado en el plano del raciocinio lógico formal. Concepciones como la del autor que estamos citando sólo manejan este tipo de concepto de síntesis, no lo trascienden y por eso demuestran ser insuficientes para revelar la riqueza del acto real de conocimiento representado por la investigación científica en general, y particularmente demográfica. Se da aquí un tipo de síntesis entre etapas analíticamente distintas, el cual es superior a la simple conjunción de ellas como partes de una unidad. En la investigación, como totalidad, las fases se apagan, disueltas en la unidad metodológica de la operación completa. Esta, superponiéndose al plano en que se ejecutan sus partes, representa un nuevo momento del saber, el cual actúa como punto de partida para otras actividades, más avanzadas de investigación, en una espiral sin fin.

En tercer lugar, la teoría formalista de la investigación demográfica no permite que se ponga al descubierto uno de los aspectos más valiosos e interesantes de la metodología de las ciencias empíricas en general: la unidad dialéctica entre el objeto y el observador, en la ejecución de la operación investigadora. En efecto, no se concibe la investigación sin su motivación. Nadie se dedicará a un trabajo que por algún motivo no le parezca razonable y necesario. No se trata aquí de motivación en sentido subjetivo, lo que nos llevaría hacia el terreno de las abstracciones en procura de fundamentos inmateriales para la actividad del investigador. Se trata del reconocimiento de que toda investigación de la realidad es originariamente producto de la condición del hombre, de ser éste un ente situado en el mundo y en relación existencial con él. El hombre no puede existir sino como ser que procura conocer el mundo donde se encuentra, el cual no es un simple ambiente exterior, sino un componente de su realidad, que no sería lo que es si no estuviese dada esta correlación del ser humano con la naturaleza circundante. En este fundamento se asienta la razón de ser de la investigación de la realidad objetiva en general, y naturalmente la de la realidad demográfica. En este campo particular se manifiestan numerosos motivos que acentúan el interés del hombre por el conocimiento de la realidad, la cual, en el caso, es su propia existencia en colectividad. El investigador demográfico no debe ser concebido como un interventor que opera sobre una materia extraña a su ser, sino como un individuo que se dedica a este estudio por motivos que individualmente pueden tener tonalidades subjetivas, pero que, apreciados socialmente, son siempre objetivos y necesarios. El investigador lleva consigo toda una serie de condicionamientos que la filosofía demográfica deberá desmenuzar y explicar. Tal hecho es, por lo demás, universalmente reconocido por los demógrafos, aun los menos inclinados a las especulaciones.

La investigación demográfica se ejecuta en lo íntimo de una unidad preexistente entre el hombre y la realidad por investigar; y, recíprocamente, al ser ejecutada, refuerza e ilumina todavía más esta unidad. También por este lado se revela el carácter eminentemente existencial de la investigación demográfica. No es sólo la manifestación de una necesidad del saber, inherente a la existencia racional del hombre; aquí, la existencia, en su aspecto colectivo, está en lo íntimo del objeto que estudia. Al ofrecerse a sí mismo como objeto de examen, en la cualidad de colectivos demográficos, el hombre está reflexionando sobre sí, no en la forma subjetiva de la introspección, ni en la objetiva de la anatomía, fisiología, sociología, u otra semejante, sino en la forma de su existencia como ser colectivo. En la investigación demográfica el objeto del hombre es el hombre, pero en la condición, de segunda instancia, de entidad dialécticamente superior a la individualidad, de hombre en cuanto colectividad. Verifícase, pues, que la formulación del problema de la investigación en demografía no puede ser dejada a los criterios de la metodología formal, que se supone válida para la universalidad de las especies del saber a costa de no tomar en consideración lo que cada cual contiene de exclusivo y único. Si en la descripción práctica los actos de la investigación científica en un dominio del saber se revelan como utilizados también en otro por ser ahí igualmente eficaces, este hecho no debe engendrar criterios de generalidad abstracta que sirvan para explicar lo que cada campo definido contiene de específico. Contentarse con una teoría general formal es perder casi todo lo que hay de esencial en el problema de la investigación científica.

Intentaremos dar una interpretación de las fases mencionadas de la investigación demográfica, resaltando lo que cada una tiene de peculiar, y cómo esta singularidad se convierte en universalidad, y la expresa. La primera etapa corresponde a lo que los demógrafos llaman *descripción*. Es la fase en que se ejecutan las recogidas censales para *describir* el estado y el movimiento de las poblaciones. Se aplican métodos apropiados con la triple finalidad de:

- a) proceder a la *observación* de los datos o hechos;
- b) resumir los resultados de la *observación*, y
- c) medir la extensión o la intensidad de los fenómenos *observados*.

Se ve que es una fase compleja, en la cual el trabajo de *descripción* es entendido en sentido amplio, variado. Párecenos que el término *descripción* es inadecuado, por cuanto lo que se tiene en vista es recoger los datos y su elaboración inicial, principalmente su distribución en clases y subclases, de acuerdo con criterios metodológicos. Realmente el término *descripción* no parece justo, porque no hay una actitud de simple observación sin motivación de parte del investigador, sino que se practica ya una elaboración elemental, consecutiva a la recogida ini-

cial de los elementos. Y habiendo elaboración, aunque de tipo apenas clasificador, ya están en juego criterios metodológicos, y no se puede hablar de actividad sólo descriptiva. Este, es, en efecto, un momento indispensable de la investigación, pero lo que se quiere no es sencillamente describir un objeto colectivo, sino también captar las razones lógicas objetivas que servirán en otra etapa para explicar la multiplicidad de aspectos aprehendidos. En consecuencia, por este lado la supuesta descripción se revela, de hecho, un complicado proceso metodológico, en el cual intervienen técnicas especiales y exigencias lógicas que no se identifican con lo que se entiende por la expresión simplista *descripción*. Además, como dice el autor que consultamos, se pasa después a otros momentos, el del resumen de los resultados y la medición de éstos. Resumir los resultados quiere decir catalogarlos, coordinarlos, lo que supone principios directivos aceptados en función de un objeto final. Medir los resultados obtenidos es un procedimiento que, aunque venga a proveer elementos para la determinación del aspecto general del objeto, no constituye operación descriptiva. Es cierto que del conjunto de todos esos actos resulta una imagen de la realidad de una población y en este sentido podría decirse que se hace la descripción del objeto; pero tal imagen no se ofrece directa y pasivamente a la visión del investigador, sino que constituye un producto de su actividad de indagación. Lo que importa es señalar que no existen fases simples, que todo momento de la investigación puede ser descompuesto en actos más simples, de modo que aun por aquí se comprueba la importancia de la concepción dialéctica, que unifica en el concepto de totalidad de la investigación la variedad y la descomposición sin fin de los actos en que se desdobra.

El concepto de *descripción* desempeña un papel importante en cierta concepción de la lógica de la ciencia, defendida por la filosofía fenomenológica. Según esta concepción, que tuvo en la obra de Husserl su más elaborada expresión, el espíritu, en el trabajo de aprehender la realidad, debe conservarse en el plano del mero ver el objeto de su interés, y su función cognoscitiva se agota en la operación de describir lo *visto*, lo *intuido*, lo *vivido*, como tal. Concepción que rechaza como metafísica la indagación de ignotas causalidades, la fenomenología, según declara su mayor exponente, es una especie de positivismo; en rigor, sería el único positivismo, pues sólo desea atenerse escuetamente al dato, describirlo en la forma como aparece a la conciencia indagadora, dando por terminada con esa operación su tarea. Aunque se trate de una escuela de pensamiento tan metafísica como las que combate, y que incide en la simplicidad de no percibir las implicaciones lógicas y metodológicas contenidas en el acto supuestamente simple de describir un objeto, la fenomenología ha puesto al alcance de los hombres de ciencia, naturalmente imposibilitados de profundizarla, esta atrayente

170 tesis: que el trabajo de la ciencia se reduciría fundamentalmente a la descripción verídica de lo dado, con la exclusión, la *reducción*, de cualesquiera otras implicaciones. El atractivo de simplicidad y claridad que muchos científicos encuentran en el punto de vista positivista ejerce poderosa influencia y sería conveniente adoptarlo si no fuera por su arbitraria simplificación de la investigación y construcción del saber, y la ocultación que hace de los ingredientes lógicos y teóricos que incluidos en la operación, supuestamente elemental, de describir lo vivido, lo visto, lo experimentado. En varios terrenos científicos, investigadores de renombre han abogado por lo que llaman, en una simplificación poco justificable, el *método fenomenológico*.

También en demografía puede proponerse, y la primera fase de la investigación ser interpretada como conteniendo en sí, aunque no todo, por lo menos lo esencial del trabajo investigador. Nuestra crítica, si tenemos razón, revela lo insostenible de esta actitud metodológica. No solamente la descripción ya implica todo un aparato conceptual de gran riqueza y complejidad, sino que no tendría utilidad investigar una realidad, especialmente del tipo de la de que se ocupa la demografía, con el mero intento de *describirla*, sin explicar nada de lo que se observa, sin indagar la razón de ser de los hechos comprobados, sin inferir nada en cuanto a los momentos subsiguientes de la existencia del objeto estudiado. El método fenomenológico, que encuentran algunos cultivadores en determinadas ciencias físicas y sociales, no cabe en demografía, pues aquí, más que en otros departamentos del saber, tan importante cuanto el conocimiento de la realidad actual, es la posibilidad de prever la realidad futura. Si el demógrafo describe, por el registro civil o por la comparación censal, los movimientos de una población, es para prever estados futuros. Nuestra impresión es que la primera fase del trabajo de investigación, expuesta por Mortara, corresponde al que efectivamente se tiene que proceder, pero exige que rectifiquemos el nombre que se le ha dado y el concepto en que la aprehendemos, llamándola, preferentemente, *fase de recogida y elaboración primaria de los datos demográficos*. Por elaboración primaria entendemos un número mayor de operaciones que las indicadas por el autor. El dato recogido tiene que ser sometido a diversas manipulaciones que le aseguren la plena representatividad de lo real y lo preparen para el trabajo de las fases siguientes de la investigación. En los formularios de un censo o en las hojas de un registro civil, los *datos* demográficos se encuentran en estado bruto. Precisan sufrir un proceso de elaboración, de decantación, para convertirse en material apropiado para la construcción de la ciencia, aquello que, según distinción anteriormente establecida, hemos llamado *hechos*. Esta elaboración atraviesa varias fases, tales como: la confirmación de la veracidad cuantitativa de los resultados cogidos; la depuración, que consiste en obtener la veracidad cualitativa; el ajuste, para que los números y

tipos obtenidos sean encuadrados en los patrones analíticos previstos por la técnica de la investigación y del análisis subsiguiente; la comparación, cuando se aproximan grupos de resultados afines de dos o más censos, efecto principalmente de examinar la variación intercensal de la población; la clasificación de los datos y su distribución por grupos y subgrupos de acuerdo con ideas generales y conceptos normativos previamente admitidos como válidos; y, por fin, la mensura de las variaciones por medio de coeficientes que revelen la extensión o la intensidad de los fenómenos estudiados.

Estos y otros episodios en que se desee subdividir la primera fase de la investigación poseen el carácter común de que en ellos se procede al arreglo del material con el fin de prepararlo para la etapa analítica que sigue. Según el autor citado, el análisis tiene por objetivo identificar y discriminar los factores que contribuyen a crear el estado y los movimientos de la población aprehendidos en la etapa inicial. Se intenta examinar la acción causal de estos factores y el mecanismo de su influencia. No estamos en el terreno descriptivo, sino en la indagación causal. El análisis del cuadro demográfico se efectúa ahora como instrumento para descubrir los factores causales y su mecanismo de acción. No es necesario decir que para cumplir un trabajo así se exige un complejo aparato metodológico, el correcto conocimiento de las categorías lógicas con que se averiguarán los varios factores. De estas categorías la más importante, y, en consecuencia, el más esencial de los instrumentos lógicos, es la propia noción de causalidad, que debe ser convenientemente utilizada para comprender lo que se está procurando conocer. Se impone, por tanto, que el demógrafo esté provisto de una teoría general de la causalidad para aplicarla en el esclarecimiento de los problemas de la especie particular de causalidad que examina, la que se refiere al objeto poblacional, y estar en condiciones de realizar las operaciones previstas en esta segunda fase de la investigación. No es el momento de profundizar el asunto, bastando apenas señalar el significado de este tema para la ejecución de la investigación demográfica. No sólo la determinación del concepto de *causa* es en sí una cuestión filosófica profunda que exige complejo debate a fin de recibir un contenido definido, sino que se trata de un concepto relacionado con otros análogos, los de *relación*, *correlación*, *función*, que precisan igualmente ser esclarecidos para que el científico pueda comprender el modo como los factores objetivos y subjetivos influyen en los resultados empíricos que la recogida de los datos revela. No es admisible que el demógrafo emprenda con conciencia esta segunda etapa de su investigación sin estar preparado para ella. Referirémos aquí tan sólo a la preparación teórica, la más importante de todas por las consecuencias negativas que puede acarrear para el desarrollo de la investigación un equívoco de comprensión de las ideas generales. Elemento fundamental de esta preparación teórica es la cla-

172 rificación del concepto de *causa*. Es indiscutible que los datos recogidos indican la acción de factores de la realidad sobre la población en desarrollo; pero esa acción puede ser entendida de varias maneras. El propio Mortara indica la dificultad del asunto cuando escribe: "La mayor parte de las relaciones que se encuentran entre los fenómenos demográficos y las condiciones de observación no se encuadran en el esquema lógico de la relación entre efecto y causa, ni aun en el de función, en el sentido matemático de esta expresión".¹

La segunda etapa de la investigación intentaba indagar los factores que contribuyen al estado y los movimientos de las poblaciones, discriminando la acción de cada uno de ellos. Pero denota inocencia suponer que sea posible mencionar los factores de un fenómeno sin indagar la naturaleza del proceso mediante el cual influyen. El estudio de este último aspecto pertenecería ya a la tercera fase de la investigación, pero, por lo dicho, se percibe la ausencia de una nítida frontera entre esas dos fases. No puede haber análisis de factores sin investigar la naturaleza de las relaciones existentes entre ellos y sus resultados, como tampoco éstas pueden ser estudiadas sin el competente análisis previo de sus condicionamientos censales. Los factores o circunstancias aislados por el análisis, cuya relación con los datos demográficos se trata de aclarar, los reducen los demógrafos a tres grupos principales: a) factores referentes a la constitución somática y psíquica de los componentes de las poblaciones y sus grupos; b) factores relativos al ambiente natural en que habitan las poblaciones, y c) los que atañen a la constitución del ambiente social. Estos son los principales.

Permítasenos dos observaciones metodológicas. La primera: nada obliga a que exista uniformidad de acción en esos tres tipos de factores. El pensamiento formal no advierte esta peculiaridad, y como consecuencia, el demógrafo, conducido por una errónea visión metodológica, puede creer que el descubrir el significado de uno de los grupos de factores mencionados, permita atribuir lo mismo a los demás. Solamente el modo dialéctico de pensar nos previene contra este riesgo. No hay uniformidad de acción en los tipos cualitativamente diferentes de factores demográficos. Cada tipo tiene que ser objeto de una indagación particular, y el paso de la consideración de un modo de actuar a otro constituye una inferencia que sólo puede practicarse cuando es justificada y con conciencia de las necesarias determinaciones metodológicas. La segunda observación es que no se debe aislar la acción de un grupo de factores de la ejercida por los otros. En verdad, la comprensión de cada grupo implica la de los demás, y es, a su vez, implicada por ésta. Aislar los factores sería una actitud formalista, que incapacitaría para aprehender lo esencial de la realidad de los hechos. Cada grupo de factores desem-

¹ Giorgio Mortara, *op. cit.*

peña el papel de mediador en la influencia de los demás.

Así, por ejemplo, la constitución somática media de los individuos de una población discriminada por grupos de edades no influye directamente en las consecuencias demográficas observadas, a no ser por la intervención, por la mediación de la estructura social en que vive tal población. La fertilidad femenina puede ser entendida como factor somático, pero su exteriorización en fenómenos demográficos es mediada por la situación social de las mujeres, por sus condiciones de ambiente, de trabajo, de vida. Entre la fertilidad comprendida abstractamente como factor somático y la fecundidad efectivamente comprobada se interponen los factores sociales que deciden si realmente se ejercerá o no aquella fertilidad fisiológicamente posible. La misma mediación tiene lugar entre el grupo de factores naturales y sus efectos demográficos. El caso más destacado es el de las migraciones internas en países muy extensos como el Brasil, en las épocas de calamidades climáticas. Las sequías del nordeste brasileño determinan el éxodo de voluminosas masas humanas hacia otras regiones, en procura de condiciones de sobrevivencia; pero las sequías, como factor natural, no engendran directamente sus resultados demográficos, sino por la intervención de los factores sociales. En efecto, la sequía no significa la misma cosa para el colono, el mediero, o el agregado, que no poseen la tierra en que laboran, que para el patrón, propietario de la hacienda. Este último no emigra porque para él hay remedios o defensas con que hacer frente al flagelo climático, pues los recursos económicos de que dispone le permiten obtener alimentos y soportar la situación ambiente desfavorable, hasta que haya pasado. El colono sólo emigra porque sus condiciones sociales —falta de acumulación de bienes de consumo, de tierra para labrar, de rentas para adquirir alimentos cuando no es posible el trabajo de la gleba estéril— son de tal naturaleza, que no lo defienden contra el factor natural.

Nociones de esta especie pertenecen, con todo, a otro tipo de lógica, distinta de la formal. Su necesidad es imperiosa para el demógrafo, quien no debe proceder según esquemas fijos o divisiones infranqueables, pero sí poseer en cada momento del trabajo investigador la visión de conjunto del proceso que estudia, a fin de proceder al acto que se impone en cada fase sin perder la percepción interpretativa, la cual sólo la teoría de la investigación, orientada por el pensamiento generalizador, permite realizar. La búsqueda de factores causales, de relaciones funcionales, de covariaciones, si por un lado es precisa para examinar un fenómeno empírico determinado, debe compensarse con el pensamiento abstractivo, que sitúa en el plano de la teoría general de la investigación el acto ejecutado y le da el contenido de significación que posee.

La cuarta tapa de la investigación procura y determina las uniformidades que se verifiquen, sea en los fenómenos de estado, sea en los

174 de movimientos de las poblaciones, y aun entre estos mismos fenómenos, y entre ellos y las condiciones objetivas, de ambiente, naturales y sociales. Tratándose de fenómenos demográficos, las uniformidades investigadas son evidentemente entre colectivos. No es, por lo tanto, la semejanza entre casos singulares, sino la que ocurre entre conjuntos o series, tomados como objetos definidos. A propósito del concepto de *uniformidad* parecen oportunas dos observaciones: la primera, advierte de la conveniencia de distinguir entre uniformidades morfológicas y uniformidades dinámicas, unas referentes al estado de las poblaciones, su fisonomía en el momento en que son *fotografiadas* por los censos, y otras referentes al proceso que desarrollan y que las hacen pasar de cierta configuración a otra, en otro momento del tiempo. La segunda observación se refiere a la naturaleza de la interpretación lógica de las uniformidades. Veremos que éstas pueden ser concebidas de dos modos: o por la perspectiva formal o por la aprehensión dialéctica.

Las uniformidades morfológicas se revelan en el cómputo y en la distribución de las poblaciones. En esencia, este procedimiento no pertenece al modo deductivo ni al inductivo de pensar, sino al raciocinio por analogía. Cuando observamos la imagen censal de una población en dos momentos distintos, es clara la existencia de datos o situaciones semejantes. Son lo que se podría llamar *constantes relativas*, y demuestran la presencia de determinantes biológicos, naturales o sociales que no han variado la naturaleza o el sentido de su acción durante el período examinado. Así, la distribución porcentual del matrimonio según edades de la mujer, es casi invariable en las sociedades actuales. La mortalidad infantil en una población en condiciones de estancamiento económico, es prácticamente uniforme y constituye uno de los índices demográficos que reflejan una situación histórica. Muchos otros ejemplos de regularidades podrían ser aducidos. Lo que importa es discutir las razones de este fenómeno. Las uniformidades dinámicas se encuentran en poblaciones estacionarias, que justamente sólo merecen este calificativo porque sus variaciones se hacen entre límites estrechos y constantes y se compensan recíprocamente. Una población estacionaria es aquella en que nacimientos y óbitos, emigración e inmigración aproximadamente se equilibran, de modo que se produce una uniformidad visible, que será interpretada como morfológica, pues atañe al aspecto del conjunto, y que es, en su esencia, dinámica, ya que es la constancia de los flujos representativos de cada par de fenómenos opuestos la que da como resultado la relativa estabilidad del todo. Si muere más o menos el mismo número de habitantes en la columna de edades, tenemos una regularidad que, apreciada en sí, es de carácter dinámico, mas, considerada en la totalidad poblacional de que es parte, se constituye en factor de una regularidad morfológica.

Esta reflexión basta para indicarnos cómo es insuficiente el punto

de vista formalista, que aprecia la uniformidad por sí misma, sin indagar cómo se compone, cuáles son los factores que la producen, y si, tras la apariencia de estabilidad que en ella se manifiesta, lo que existe no es, por el contrario, una incesante movilidad y alteración de los elementos de la realidad. Como la naturaleza de la población consiste en un proceso de perpetua transformación de sus componentes, toda exteriorización que se percibe como estabilidad de forma es, en verdad, producto de la compensación de procesos parciales contrarios entre sí. El término de *población estacionaria* sería un absurdo si no fuera la realidad de los procesos parciales objetivos, antagónicos entre sí, los que justifican esa denominación. El crecimiento de una población puede producirse en proporción aritmética o geométrica, con razón constante, en un caso o en otro. Pero esta constancia no indica ni mide la permanencia de la acción de un factor único, invariable, sino que se refiere a la resultante de la acción general de los vectores sociales que se manifiestan en tal fenómeno demográfico. Una población está siempre localizada en el espacio y en el tiempo. La variación de los factores espaciales, territoriales, geográficos, se hace en el tiempo histórico con lentitud mucho mayor que la de los factores sociales y políticos, y eso tanto más seguramente cuanto más atrasada y primitiva es la masa humana en estudio. En condiciones de primitivismo, el ambiente espacial varía poco, o casi nada, en su aspecto. Los cultivos que el suelo permite son invariablemente los mismos y dan aproximadamente el mismo volumen de productos, descontadas las variaciones por motivos accidentales. Sin duda, sobre la base de estos factores espaciales, en amplio margen estables, se da siempre la variación de los hechos sociales y políticos que jamás dejan de ocurrir como forma de cambio de la realidad. Pero la existencia de aquéllos es, desde luego, un condicionamiento que actúa en el sentido de producir un cierto número de uniformidades, que, de hecho, la historia demográfica tiene demostrado. La estabilidad mucho mayor de las poblaciones rurales se debe a su adherencia a un contorno físico prácticamente inmutable. Es preciso que se altere intensamente el estado de la población, como consecuencia de variaciones de orden social y político, condicionadas naturalmente por imposiciones económicas, para que las poblaciones rurales vengán a sufrir modificaciones de estado y manifiesten un dinamismo antes inexistente. Así, un grupo rural en un país de economía atrasada o estancada crece vegetativamente por el sencillo balance positivo entre natalidad y mortalidad, en la ausencia de exomigraciones o endomigraciones. La falta de circulación se debe a factores envolventes que sobrepasan los límites de la comunidad en cuestión y tienen relación con el estado general de la sociedad a que pertenece el grupo. Es el conjunto de la sociedad en que se incluye el que no ofrece condiciones para migraciones internas o externas. Pero desde que se acelere el ritmo de desarrollo de la tota-

176 lidad social, se crearán las condiciones determinantes de los movimientos de salida o entrada, se instalará el fenómeno del éxodo del campo para la ciudad, que irá a alterar el cuadro estático primitivamente ofrecido por la comunidad rural. Las uniformidades demográficas no tienen, pues, el valor de puntos de reparo de carácter absoluto sobre los cuales se debe fundar lo esencial de las interpretaciones teóricas.

La concepción del autor que estamos citando parece del tipo de las que juzgan de suma importancia la búsqueda de las uniformidades, en razón del valor absoluto que se les atribuye. Admite que la coordinación de las uniformidades conduce al establecimiento de las teorías demográficas fundamentales, explicativas de la realidad de los movimientos actuales y futuros de una población, les da soporte y veracidad. Hasta tal punto es ésta la convicción del autor examinado, que considera el trabajo de descubrir las uniformidades la quinta y última fase de la investigación demográfica. De ahí deriva para él la propia definición de *teoría demográfica*, entendida como *una regularidad general, más compleja*. Tenemos que hacer dos reparos a este respecto. El primero, se refiere al valor y significado de las regularidades. Hemos visto que no se les debe atribuir valor absoluto. Son la expresión transitoria, estática o dinámica, de un proceso que, por la multiplicidad de factores que lo impulsan, lleva a constituir repeticiones objetivas de fenómenos que precisan ser interpretadas no en sí mismas, desde un punto de vista absoluto, que conduciría a la negación o al olvido del proceso real del cual son manifestación, sino desde un punto de vista relativo, histórico, dinámico, del proceso del cual, en verdad, son apenas la apariencia. Las regularidades no son aspectos privilegiados del panorama demográfico. La atención que se les debe dar tiene que ser la misma que se prestará a las irregularidades y disparidades. Tanto un orden de hechos como el otro son indicios de situaciones reales, objetivas. Si el demógrafo se deja hechizar por la búsqueda de las uniformidades será inducido a relegar a un segundo plano, dándoles valor epistemológico menor, las divergencias, las desarmonías, las desigualdades, lo que es un engaño, pues su valor heurístico es, metodológicamente, equivalente al de las igualdades.

El segundo reparo es que no se puede admitir que las teorías demográficas exijan para su formulación y fundamento descubrir y coordinar las uniformidades. Diremos tan sólo que en el trabajo lógico de una construcción intervienen muchos otros factores, y que el papel de las regularidades comprobadas es efectivamente reducido frente a estos otros factores, de índole muy diversa. La teoría surge como una necesidad natural del espíritu, que piensa en forma de generalizaciones siempre más amplias la explicación de los hechos. Sin duda, las uniformidades observadas son un dato que tiene que ser tenido en cuenta, pero no solamente de ellas depende la elaboración de las teorías, pues si no

hubiera tales regularidades, las teorías serían igualmente construidas, en base a la comprobación de desigualdades permanentes y tendrían por misión explicar por qué ésta; y no la que reconocemos como regular, es la situación real. Hay un visible mal entendido lógico en privilegiar las uniformidades, en detrimento de las contradicciones e irregularidades. En verdad, encontramos aquí una manifestación particular del tradicional sofisma del *orden del mundo*, de profunda resonancia en la historia de la filosofía, y que conduce a una actitud interpretativa de carácter teleológico. El pensamiento dialéctico no procede según inclinaciones *a priori*, aunque inconscientes u ocultas. Intenta llegar a la formulación teórica, que es la meta natural suprema de la actividad racional del hombre, pero toma como punto de partida lo real en la totalidad de sus manifestaciones, de cualquier tipo que éstas sean. En una población en movimiento hay uniformidades al lado de evidentes disparidades. Comparemos, por ejemplo, la pirámide de edades de las poblaciones de dos países: Estados Unidos y Venezuela.¹ Observaremos en la primera una uniformidad que le da un valor patrón; las variaciones de un año para otro de edad siguen un cortorno suave. Cuando examinamos el caso venezolano verificamos una irregularidad representada por el excesivo crecimiento de las edades de números terminados en 0 ó 5. Los autores del manual editado por el Bureau of the Census de los Estados Unidos no tienen explicación para este hecho y expresan su estupefacción frente a él: "En teoría, una distribución de la población por distintos años de edad debería ser muy suave; es decir, en cualquier año de edad dado debería haber ligeramente menos personas que en el precedente, y apenas unas pocas más que en el año de edad mayor siguiente. La distribución en una población real jamás sería así tan suave, evidentemente, pues variaciones anuales en la tasa de la natalidad, lo mismo que la migración, introducen aberraciones. Es improbable, con todo, que una verdadera distribución de edades sea tan irregular (*erratic*) como la que se observa en relación a Venezuela".² El fenómeno mencionado ocurre también en otras áreas. Varios demógrafos lo han notado, y lo atribuyen a tendencias subjetivas, al deseo de quienes responden por los censos, de referirse a *números fáciles*. Tenemos aquí un buen ejemplo para mostrar la incoherencia y volubilidad del pensamiento formal, pues en el caso venezolano las irregularidades de la pirámide, si efectivamente comprobadas como hecho real, toda vez que son la manifestación más saliente y más constante, deberían dar fundamento a hipótesis teóricas explicativas del estado de la población, y no ser tomadas por *aberraciones*, como si hubiera tal cosa en los fenómenos de la realidad.

¹ *Handbook of Statistical Methods for Demographers*. U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census, 1960, pág. 90.

² *Id.*, pág. 89.

Debemos notar, además, que un mismo fenómeno puede aparecer como uniforme cuando es examinado desde un punto de vista en cierto momento, e irregular en relación al mismo punto de vista, pero considerado en otro momento. Tenemos el caso bien conocido del incremento de la natalidad después de la Segunda Guerra Mundial. Si estudiamos la mayoría de los países europeos que participaron en ella y que sufrieron ponderables brechas en su población por efecto de ese choque social, encontraremos que en los años inmediatamente subsiguientes hubo aumento de la población, a pesar del exterminio durante el conflicto de un significativo bloque de la misma, principalmente de la masculina joven. Visto desde este ángulo, el fenómeno demográfico se presenta como una regularidad, toda vez que tuvo lugar en casi todas las naciones que lucharon. Un demógrafo a quien faltara el necesario sentido crítico podría tentarse a elevar al nivel de una generalización teórica el hecho comprobado, y enunciar la proposición de que después de las grandes guerras que afectan a las poblaciones, éstas, por causas difícilmente identificables, se regeneran rápidamente mediante un incoercible crecimiento de la natalidad. Sin embargo, sería un error tal generalización, pues si confrontamos el caso de la Segunda Guerra Mundial con el de la Primera, percibimos la falta de razón de la tesis enunciada, ya que en el primer gran conflicto europeo hubo, después del término de las hostilidades, descenso y no ascenso de la natalidad. Ejemplos como éstos deben servirnos para proceder con cautela y no entregarnos a las generalizaciones formales. La diferencia de resultados demográficos en los dos casos comparados indica que se tiene que pensar en términos de objetividad histórica. El fenómeno de la fecundidad refleja siempre situaciones objetivas y si manifiesta aspectos divergentes en dos ocurrencias presumiblemente iguales, es porque éstas son diferentes en esencia. Esta distinción, y el reconocimiento de que situaciones semejantes en apariencia pueden ser distintas en esencia, son datos que sólo el pensamiento dialéctico acoge, porque el formal, apoyado en la semejanza de las apariencias, llega luego a una conclusión final, sin reflexionar en la posibilidad de la variación de las circunstancias objetivas determinantes, aunque conservadas iguales las apariencias de los hechos en su expresión abstracta.

Lo que constituye la superioridad del punto de vista dialéctico es su adherencia a lo concreto. Para la visión no formal, dos guerras mundiales sólo aparecen identificables como conceptos, como abstracciones; pero aquello que les da substancia como hecho histórico, su esencia, siempre concreta, es distinta en cada una. La regularidad de los factores circunstanciales del fenómeno demográfico sólo existe, con carácter abstracto, formal, y es en amplio margen una presunción del analista, que simplifica los hechos al examinarlos en la superficie, por ser una actitud más fácil que indagar las condiciones profundas. En consecuencia, una

teoría que pretenda explicar el comportamiento de una población que ha sufrido un prolongado conflicto bélico, con sus secuencias de horrores y sufrimientos humanos, tiene que fundarse, no en las *coordinaciones de las uniformidades*, que es el lado superficial, sino en la coordinación de las no uniformidades, que es el lado profundo, para comprender por qué en un caso concreto se verifica aumento y en otro, del mismo género, descenso de la natalidad. El motivo del equívoco señalado está en la incorrecta concepción de lo que es *teoría*. Esta no constituye, como declara el demógrafo que estamos comentando, *una regularidad general, más compleja*, sino un sistema de proposiciones racionalmente concatenadas que explican y permiten prever el estado y el proceso objetivo de un conjunto de hechos reales conexos. En la composición del modelo teórico intervienen numerosos factores, y se exigen 'procedimientos metodológicos especiales que sobrepasan con mucho la búsqueda de regularidades. Lo que está en juego es el concepto de la naturaleza de la demografía como ciencia, por cuanto según sea éste, así será la concepción y la construcción de las teorías relativas a esta rama del saber.

Parécenos que la investigación demográfica se desarrolla por etapas más complejas que las indicadas por Mortara. Sin desconocer el mérito de la propuesta de tan afamado especialista, creemos oportuno presentar otro esquema, que se distingue por el intento de profundizar más las diferentes fases del procedimiento, que, según hemos dicho, constituye un acto cognoscitivo único en esencia, explicado en última instancia por la relación existencial de comunicación entre el hombre y el mundo. Las *fases de investigación* sólo existen realmente en el pensamiento que precede a la teorización del acto unitario de descubrimiento de nuevos aspectos de la realidad. Son abstracciones, aunque no ilusorias, sino reales, en el sentido de que corresponden a momentos concretamente identificables, en los cuales es legítimo parcelar la acción de la inteligencia en el manejo de la realidad con el fin de conocerla. Las *fases de la investigación*, por un lado, dividen el acto total, pero, por otro, no lo dividen, toda vez que aparecen como momentos abstraídos de la acción real e implicados cada uno de ellos por la totalidad, de modo tal que la división en vez de fragmentar consolida el todo. Otra observación, de igual importancia, es que no queda predeterminado en la descripción de una sucesión de fases en que se puede descomponer el acto general de la investigación, cuál sea el tipo de pensamiento lógico que deba presidir la marcha del proceso investigador y la elaboración de sus resultados, si el pensamiento formal o el dialéctico. Lo único que se admite es que uno u otro de esos modos de pensar se está utilizando, y de eso el investigador debe tener conciencia.

Dejando de lado, por el momento, estas dos observaciones, creemos que sería justo distinguir en el curso de la investigación demográfica

1) Determinación de los presupuestos lógicos de la investigación y demás especies de condicionamientos, o sea, la definición de los principios, leyes y categorías lógicas y metodológicas, y de las motivaciones e influencias ideológicas, individuales o colectivas, según las cuales se va a desarrollar el proceso indagador desde la fase inicial de adquisición de los datos.

2) Ejecución práctica de la recogida de los datos, por medio de censos, del registro civil o de muestreo.

3) Análisis de los datos para efecto de depuración, ajuste, rectificación, comparación, clasificación y medida.

4) Búsqueda de los factores determinantes de los resultados obtenidos, con el estudio simultáneo de su mecanismo de acción.

5) Tipificación de los resultados, según grupos, clases y subclases de fenómenos con la apariencia de afinidades, uniformidades o irregularidades.

6) Elaboración de hipótesis explicativas, por vía inductiva, deductiva o reductiva, con el eventual auxilio del método analógico o de la experimentación.

7) Posible ascensión al plano de las generalizaciones máximas con la elaboración de teorías, que serán o particulares a un determinado subcampo de hechos o generalizadas y tomadas como válidas para todo el ámbito de la ciencia.

En lo que sigue haremos un breve comentario de cada uno de estos momentos. Actualmente tenemos en vista tan sólo acentuar el doble aspecto de diferenciación y unidad que tiene lugar en cada una de esas fases de la investigación demográfica. Dejemos en claro, desde luego, que no todo programa de investigación demográfica está obligado a recorrer la gama entera de estas etapas. La mayoría de los trabajos de investigación no va más allá de las fases iniciales y se orienta por hipótesis o teorías que ya fueron elaboradas por encuestas y sistematizaciones precedentes. Sin embargo, la teoría de la investigación, en su exposición metodológica, parécenos que abarca las diversas etapas mencionadas.

Hemos dicho que el concepto de *dato demográfico* como algo que *está ahí*, que se ofrece a nuestra percepción, sin esfuerzo de nuestra parte, es irreal. El dato es siempre un *hallado*, porque ha sido buscado, pues siendo un aspecto de la existencia de un colectivo humano, no puede ser percibido por la simple inspección, sino que se manifiesta como resultado de la aplicación de técnicas especiales al objeto poblacional. Estas técnicas son un producto cultural, y, en particular, como sabemos, derivan de la ejecución de ensayos anteriores que se van perfeccionando. En consecuencia, la recogida del dato demográfico, su conversión en hechos que serán apreciados después, tiene que ser realizada

por el empleo de métodos adecuados, los cuales contienen implícitamente determinaciones lógicas e ideológicas, transportan todo un sistema de pensar que se van a reflejar en los resultados. Los propios demógrafos señalan la posibilidad de que las investigaciones de su ciencia sean conducidas con espíritu preconcebido, con la deliberada, aunque no confesada, intención de fortalecer los puntos de vista del autor y de comprobar la tesis que defiende. De alta relevancia en este asunto son los intereses políticos a que pueden servir las conclusiones demográficas. Hay razones de prestigio nacional que llevan, por ejemplo, a aumentar falsamente el número de habitantes de un país, de una capital, o a disminuir las cifras oprobiosas, como las que indican el estado real de mortalidad infantil, miseria y atraso cultural. Todos éstos son condicionamientos de la investigación que el demógrafo debe tener en cuenta desde el momento en que inicia su trabajo.

Tendrá que distinguir dos especies de condicionamientos: los evitables, y que deben ser evitados, pues representan un falseamiento, consciente o inconsciente, de los resultados del trabajo científico; y los que no pueden ser evitados, pues incluyen no sólo la posición personal del investigador, es decir, sus condiciones psicológicas y culturales, su formación, sus tendencias e intereses, como también las determinaciones del medio, principalmente los intereses del gobierno o de la organización que patrocina y sufraga la investigación. Esta segunda clase de condicionamientos, que jamás falta, debe ser tomada muy en cuenta por el demógrafo a fin de, sabiendo que existe y es inevitable, evaluar correctamente los resultados y las conclusiones teóricas que fundamenta sobre ellos. Por eso, la condición inicial de que el demógrafo debe armarse para emprender sus investigaciones, es el conocimiento de la indefectible existencia de presupuestos lógicos e ideológicos. El especialista tendrá que proceder, por el análisis de su conciencia y por el conocimiento del medio, a un estudio de las circunstancias en que va a obrar.

La investigación de carácter científico no es aquella que se proclama ingenuamente sin presupuestos, sino la que se hace con percepción crítica de los presupuestos personales, sociales y políticos, los cuales, no pudiendo ser eliminados, sólo serán dominados por el conocimiento de la naturaleza y del grado de las influencias que ejerzan. Esta noción es capital, no solamente para las encuestas que un demógrafo tenga que emprender personalmente, sino también para la evaluación de aquellas que desea utilizar para estudios comparativos. Sabiendo que ninguna encuesta está libre de premisas sociales, el demógrafo, al evaluar los resultados ajenos, tiene que hacerlo no sólo mediante la crítica interna de los datos publicados, sino también por la indagación del sistema lógico de pensamiento, formalista o dialéctico, en que se desarrolla el raciocinio y de los presupuestos que estaban en causa en la investigación

182 examinada. Sin esta segunda noción, el especialista se arriesga a ser víctima de una simplicidad de espíritu, que lo haría tomar como igualmente valiosos, resultados estadísticos que, en verdad, reflejan determinantes inevitables, pero que necesitan ser desenmascarados y ponderados para comprender mejor lo que representan los números dados a la publicidad. Sin duda, el ideal del trabajo científico es la investigación de la realidad llevada a cabo con el mínimo de condicionamientos perturbadores. Se admite que entre el espíritu, que desea conocer, y la realidad, que está ahí, se consigue establecer una relación cognoscitiva de la cual sean excluidos, por lo menos, los factores de grosera falsificación, y que los inevitables puedan ser sometidos a las técnicas de racionalización metodológica que permiten calcular el margen de su influencia y la manera como afectan los resultados finales.

El factor personal en la investigación demográfica tiene particular preponderancia. No nos referimos sólo a la personalidad del demógrafo como científico dirigente de una operación censal. Como la investigación por vía de un censo o del registro civil tiene que ser hecha con personal numeroso, desparramado por todo el territorio del país, a veces de vasta extensión, y siendo este personal casi siempre contratado para las tareas primarias de recoger informaciones, sin mayor preparación científica previa, el resultado es que el producto de la investigación viene marcado por la acción de esos agentes anónimos, cuyo grado de influencia no puede ser medido y difícilmente sería reducido. La reflexión sobre este hecho nos refuerza en la comprensión de que una estadística demográfica es un producto social, no tan sólo por la materia sobre que versa, y por los métodos que emplea, que supone un determinado estado cultural de la comunidad, sus recursos económicos y disponibilidades técnicas, sino también, por el personal que la ejecuta. Un censo es, en cierto sentido, un autorretrato social. El estudioso que reflexiona sobre este condicionamiento social inevitable comprende que no es legítimo comparar, sin la necesaria apreciación de los pesos respectivos de los factores que intervienen, las estadísticas demográficas producidas en países de desigual nivel de desarrollo. La calidad del pensamiento demográfico como producto cultural y la perfección en la ejecución de las estadísticas, revelan el grado de avance del desarrollo social de un país.

La demografía, como ciencia antropológica, se incluye en el campo de las ciencias culturales, lo que significa que pertenece a la cultura de la sociedad que la produce. Un país tiene la demografía que su estado de desarrollo económico y social le permite tener. Como las áreas nacionales son muy distintas en grado de desarrollo, no se concibe una demografía universal, sino como tentativa de llegar a resultados válidos para toda la humanidad, por vía de exhaustiva medida del coeficiente de veracidad de cada información nacional particular. La reunión de los

datos demográficos por un órgano internacional no puede hacerse por simple agregación de las informaciones nacionales, sino considerando el grado de veracidad que cada situación social permite que sus estadísticas posean. Con todo, el reconocimiento de esta desigualdad no debe paralizar el espíritu del demógrafo, llevándolo a desconfiar de la posibilidad de una apreciación científica de la realidad poblacional de toda la humanidad, sino que debe constituir un hecho normal con el que tiene que contar en su trabajo. Su tarea será la de tener en cuenta la variabilidad de las circunstancias, ponderarla, darle la debida interpretación y hacerla valer en las conclusiones a que se llegue. Tiene que advertirse igualmente que es parte de la primera etapa la opción consciente entre los sistemas de lógica en cuyo cuadro y de acuerdo con cuyas leyes y procedimientos se va a desarrollar el trabajo entero de la investigación, elaboración y exposición de los resultados. Es preciso que el demógrafo tenga la noción de que le cabe proceder inicialmente a esta opción, que existe siempre, pero debe hacerse consciente y reconocida como el principal condicionamiento del producto científico que de ella deriva.

La segunda etapa de la investigación es aquella que la mayoría de los estudiosos sin la debida preparación confunden con la investigación en cuanto tal. La reunión de los datos, sea los recogidos por un censo —con intervalos, en general, de diez años, o en algunos países de cinco años—, sea los registrados en forma continua por las oficinas de registro civil, es una vasta tarea. No examinaremos la técnica empírica de los censos, lo que constituye material de estudio de la demografía corriente. Para la concepción crítica del problema general de la investigación en demografía, sólo importa señalar el significado de ese acto en el conjunto de la operación investigadora. Por la recogida, el científico toma contacto con la realidad; de ahí haber sido entendida por tantos autores como una actividad de *observación*. Hemos dicho que se trata realmente de conseguir *información*, con todas las implicaciones de este procedimiento. La recogida nos da la imagen de la realidad demográfica de una nación o parte de ella. Como, sin embargo, la obtención de los resultados finales no se sigue inmediatamente, pues depende de los momentos consecutivos de la investigación, que son las restantes etapas de la elaboración, se verifica que la recogida es una operación social que, aunque se haga generalmente en un solo día, abarca un amplio período, pues ha sido preparada con todo cuidado y ha sido prevista para atender a los requisitos de la elaboración que luego se hará sobre ella. De este modo, el acto efectivo de la recogida, que parece ser el fundamental, sólo lo es desde el punto de vista práctico, por cuanto es evidente que sin él no habría ninguna especie de investigación. En el conjunto de ésta, con todo, se pierde entre dos segmentos de la investigación, el que lo precede, lo prepara, y por eso hace depender la recogida de los presupuestos y condiciones anteriores; y el que sigue,

184 en el cual se van a elaborar los actos principales que llevarán la investigación a su término, a su fruto. Se confirma así, el concepto metodológico del entrelazamiento de todas las fases de la encuesta demográfica.

Pero hay que recordar constantemente la naturaleza social de esta operación. En primer lugar, la realización del censo depende de factores políticos, siendo a veces impedida por una coyuntura desfavorable, en una época de guerra o de crisis económica. En segundo lugar, como los censos deben revelar aspectos de la realidad individual o familiar, relaciones de convivencia y de comercio humano que, en ciertos casos, tocan la intimidad de la existencia individual, se constituyen muchas veces en problemas de conciencia y, por eso, los datos obtenidos son comunicados con dificultad y resistencia por parte de los interrogados. El recoger los datos depende, en consecuencia, del estado de espíritu de una población, representa su reacción frente a la *situación de contestación* en que está colocada y de la naturaleza de las preguntas contenidas en el formulario censal, y se constituye así en una manifestación de su autoconciencia. Los límites impuestos a la posibilidad de ejecución de una encuesta son estrechos. Cabe a los demógrafos dotados de suficiente sentido crítico la tarea de tomar en cuenta estos factores. Un formulario censal no debe contener más preguntas que aquellas que se espera puedan ser respondidas con mínimo margen de error o de ocultación. Aun así, es preciso que este margen, por procesos que la estadística ofrece, sea medido con suficiente grado de aproximación a fin de que los errores inevitables en la encuesta censal sean reducidos a valores apreciables y tenidos en cuenta al evaluar los resultados finales. Lo importante está en que el demógrafo tenga el indispensable sentido crítico para no creer ingenuamente en la fidelidad de los números e informaciones recogidas.

La rectificación de los resultados que corresponden a lo que hemos llamado tercera fase de la investigación, tiene que hacerse a partir del examen de las condiciones sociológicas de la realización del censo y del registro civil. Estudios como el de W. Edwards Deming se dedican a clarificar las causas de error en las investigaciones demográficas.¹ El autor citado distingue nada menos que trece clases de errores, que se cometen habitualmente en las encuestas. En verdad, no todos se refieren a la recogida, afectando a otras fases de la investigación. Lo importante es que, como dice con razón el autor, estos errores constituyen un complejo y no actúan aisladamente. Por eso, es indispensable evaluar la eventualidad de la ocurrencia de cada una de estas clases de error en relación con la realidad que se investiga, antes de iniciar la encuesta, pues del margen de veracidad de los resultados esperados, procederá la

¹ W. Edwards Deming, "On Errors in Surveys", en *Handbook of Statistical Methods for Demographers*, U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census, 1960, pág. 109.

decisión de saber si vale la pena, o no, dar crédito a la investigación. Dice el autor que la principal finalidad de su artículo es "señalar la necesidad de dirigir el esfuerzo en relación a todos ellos (los trece errores que afectan a la utilización de las encuestas) al planear un censo, y la futilidad de concentrarse en solamente uno o dos de ellos".¹ No se puede destacar mejor el carácter existencial de la investigación demográfica, como lo hace sin comprenderlo este autor, al mostrar el papel decisivo representado por el encuestador y por la organización patrocinadora de la encuesta, sea el Estado, sea una agencia privada. "La variación atribuible al encuestador surge de muchos factores: las creencias políticas, religiosas, sociales del encuestador, su estado económico, ambiente y educación. También, tal vez muchos encuestadores no puedan dejar de ser arrastrados en la dirección de los intereses de sus empleadores". La influencia del centro de poder que orienta la colecta censal es tan fuerte, que Deming la llama de "tendenciosidad de los patrocinadores" (*bias of the auspices*); y declara: "La tendenciosidad de los patrocinadores es tan bien reconocida, que tanto el gobierno como las organizaciones privadas, al contratar o subcontratar la recogida de los datos, intentarán algunas veces esconder su identidad para que las personas que responden ignoren cuál era la agencia patrocinadora".

Los factores emocionales, siempre señalados como causas perturbadoras de las encuestas, son algo más que psicológicos; son existenciales. Es sabido que el simple recuento de los miembros de una familia ofrece dificultades, pues la declaración de que cada cual de sus componentes está, o no, presente, suscita reacciones emocionales variadas, en correlación con situaciones vividas, y la respuesta al cuestionario refleja esta condición existencial. Así, el jefe de familia o el hijo que ha desertado del hogar es dado por los parientes como muerto cuando, en realidad, se conoce donde está. Es lo que se podría llamar *asesinato estadístico* perpetrado imaginariamente por despecho, odio o venganza. Sin duda, desde el punto de vista de la pura estadística tenemos ahí un caso de *error*, que se deberá desentrañar y corregir tanto cuanto sea posible. Pero, desde el punto de vista de la metodología crítica, se trata de un dato objetivo, de explicación natural, que en rigor no constituye ningún *error*, sino uno de los aspectos de la verdad demográfica. Si, para corregir este supuesto error, se tiene que recurrir a procedimientos o indagaciones que introducen nuevas tendenciosidades y crean nuevas fuentes de engaños, el fenómeno se torna inextinguible. Lo que hay que hacer entonces, es corregir la idea que quizás tuviéramos *a priori* de la verdad demográfica. Esta sólo puede tener, es evidente, la exactitud que le permite la naturaleza de la ciencia que la produce y las condiciones de la realidad social en que tal ciencia recoge sus datos. Si un margen de

¹ Id., pág. 109.

186 incertidumbre forma parte de la investigación demográfica por su propia estructura, lo que se tiene que buscar no es la precisión aritmética, que, por lo demás, no sería reconocida por falta de patrón de comparación, sino la exactitud sociológica, en el sentido de que una investigación demográfica refleje fidedignamente el grado máximo de perfección posible en las condiciones objetivas en que se practica la recogida de los datos y su posterior elaboración científica.

Reflexiones análogas sirven para otros aspectos de la tercera fase de la encuesta en demografía. El análisis de los datos recogidos es el comienzo del trabajo interpretativo. Los datos recibidos de una encuesta representan sólo el material bruto que se convertirá en hecho científicamente elaborado después del pertinente análisis y purificación. El primer objetivo del análisis es hacer que los datos se presenten tan exactos cuanto sea posible. Se impone, desde luego, comprender que la exactitud es teóricamente un límite al cual tiende un método de depuración, pero prácticamente constituye una exigencia de grado variable. Hay determinados exámenes demográficos para los cuales basta un grado de exactitud que sería inaceptable para otro tipo de indagación. Es lo que dicen conocidos demógrafos: "El grado de exactitud exigido de los datos es una cosa relativa y es función del uso que se pretende hacer de los datos".¹ Como dicen también los mismos autores: "El recuento total de la población es evidentemente sólo el comienzo del estudio demográfico; la encuesta analítica requiere información sobre las características de la población y sobre los acontecimientos vitales que ocurren en la población".² El carácter estadístico de la mayoría de los fenómenos demográficos determina que en el análisis de los datos a ellos relativos exista siempre un margen de imprecisión. El problema del demógrafo consiste en saber el valor de este conocimiento y evaluar si, permaneciendo éste dentro de ciertos límites, los resultados obtenidos tienen validez suficiente para representar los hechos objetivos y permitir la especulación teórica a que se presten.

El análisis es un procedimiento complejo, que envuelve varias operaciones distintas, tales como la purificación cuantitativa y cualitativa de los datos, la comparación, la clasificación y la medida. No entraremos en el examen particular de cada una de estas operaciones, que, técnicamente, envuelven muchas veces considerables dificultades de ejecución. Bástenos decir que, de modo general, el trabajo de análisis se divide en una parte que se refiere a la estática de la población y otra que se refiere a la dinámica. Hemos dicho ya cuán poco exacta es esta diferenciación; pero es cómoda para los efectos de la investigación corriente. Para el estudio analítico de la estática de las poblaciones, el

¹ Hauser y Duncan, en *The Study of Population*, pág. 65

² Id., pág. 47.

demógrafo utiliza las técnicas estadísticas aprobadas y procura llegar a una imagen representativa del estado del colectivo humano investigado. El análisis se refiere ahí a la distribución del conjunto de acuerdo con las características naturales del objeto poblacional, tales como sexo, edad, estado civil, profesión, origen, educación, etc. En este caso, existiendo la intención de tener la imagen instantánea del conjunto, las causas de error son más limitadas y queda excluida la necesidad de proceder a comparaciones. El análisis en este caso excluye el factor tiempo, pues supone idealmente lo instantáneo de los datos, y solamente se ocupa de problemas de cantidad y cualidad en el espacio. Cuando, sin embargo, se analiza una población en su movimiento real, no por medio de los censos, sino del registro civil, tórnase necesario introducir el concepto de *tasa* o *razón*, por el cual se miden, gracias a una relación numérica, los acontecimientos demográficos que implican la noción del tiempo, tales como natalidad, mortalidad, nupcialidad, migraciones, etc. Las tasas pueden ser imaginadas en número ilimitado, pero son siempre concebidas como medios de apreciar los cambios de estado de una población, y "son calculadas con aproximaciones de juicios probabilísticos *a posteriori*".¹

La ejecución de los análisis, especialmente para la determinación de las tasas, es un proceso a veces arduo, que obliga a los demógrafos a recurrir a métodos como el de la tipificación de las poblaciones, para evitar los errores que resultarían de la comparación no controlada de fenómenos demográficos en el espacio y en el tiempo. Desde un punto de vista metodológico, lo importante es comprender que ningún análisis es conducido por el simple interés o gusto de clasificar o *arreglar* en varias combinaciones abstractamente posibles los datos recogidos. Todo análisis corresponde a una pregunta previa, que dirige el pensamiento del investigador y lo lleva a concebir los procedimientos y a proponer los instrumentos analíticos que le permitan satisfacer la indagación propuesta. El examen del estado de la población sólo proveería lo que se podría llamar *datos muertos*, si no fuera puesto al servicio de una indagación que refleja un problema surgido del contacto con los objetos vivos que son las poblaciones. Muchos de los más interesantes y perspicaces procedimientos analíticos fueron fraguados para resolver un problema de interés inmediato, el de la reproducción de las poblaciones. De la combinación de los datos recogidos en los censos con los datos del registro civil se desprenden las tasas de natalidad y mortalidad de un colectivo poblacional. Disponemos entonces de la imagen del conjunto en cierto momento y de los vectores de su variación. La cuestión fundamental consiste en saber cuál es la capacidad de la población actual para reproducirse y, en consecuencia, cómo será su composición en un

¹ Id., pág. 70.

188 momento futuro. Para eso el análisis exige datos depurados de la mayor parte de las causas de error, además de algunas suposiciones adicionales de carácter interpretativo, y, por tanto, teórico, para que se establezcan las tendencias de las modificaciones del conjunto. El análisis mostrará que existen varios tipos de tendencias en las variaciones, unas seculares, otras cíclicas. Cuando se verificó el aumento de fecundidad después de la Segunda Guerra Mundial, se presentó el problema de saber si se trataba de la reversión de una tendencia secular o de la fase ascendente de un movimiento cíclico. La solución de una cuestión como ésta no cabe en los límites de la fase analítica a que nos estamos refiriendo. No depende de la calidad de los recursos metodológicos utilizados; sobrepasa la fase de análisis y exige la comprensión general teórica del proceso del colectivo en su totalidad.

Por eso el trabajo de depurar los datos recogidos, aunque de importancia máxima, no llega a satisfacer todas las exigencias del espíritu científico, y conduce, por antítesis natural, al momento de la síntesis, en el cual el material distribuido y depurado debe encontrar su explicación y comprensión. La lógica formal, con una visión muy esquemática del trabajo de la ciencia, se contenta contraponiendo una fase a otra, y declarando que después del análisis es preciso proceder a la síntesis unificadora y explicativa. Cree que si el todo ha sido desmembrado en sus partes, es necesario recomponerlo en su integridad; de lo contrario, la operación analítica destruiría y falsearía el objeto. Se entiende la síntesis como el restablecimiento del objeto después de dividido para estudiarlo mejor en sus componentes. Pero lo que la práctica indica es que las cosas no pasan con tanta simplicidad, especialmente en el campo demográfico. Lo que la lógica formal entiende por síntesis encubre, sin que esta forma de pensar tenga noción de ello, todo un ciclo de raciocinio que contiene varias y distintas operaciones intelectuales. La verdad no consiste en reunir lo que ha sido separado, según dicen los manuales en una visión simplista. El punto de vista de la lógica dialéctica nos conduce a comprender que análisis y síntesis se oponen como momentos contrarios de un mismo proceso. El paso de una a otra no se da por reversión de rumbos, sino por mediación de etapas que ligan y unifican los dos procedimientos. Análisis y síntesis se interpenetran, y se contienen recíprocamente, de tal modo que la separación ya contiene en sí el momento de la unión, que es la finalidad del proceso total, y lo mismo se da con la síntesis, que contiene el análisis como su factor constitutivo. Análisis no significa clasificación, distribución u obtención de correlaciones dinámicas de datos tomados exclusivamente en la apariencia; significa desde el primer momento la búsqueda de los factores que determinan y explican los resultados obtenidos.

Ninguna fase está separada de la otra por límites rigurosamente marcados, y por eso el acto de distribuir los datos recogidos en grupos

o especies, y relacionarlos, ya implica la obtención de correlaciones causales. El pensamiento pasa de una indagación a otra por gradación insensible. La natalidad, por ejemplo, no es un fenómeno abstracto, sino un hecho biológico de ocurrencia social, y por eso envuelto en todo el complejo de determinantes que esta última condición implica. En este sentido hay una base económica de la natalidad, como hay una base política. Disposiciones psicológicas, convicciones ideológicas, entran igualmente en juego, reflejando situaciones objetivas y presiones de los hechos reales. De modo que la idea de *natalidad* como fenómeno demográfico es un concepto abstracto tomado de la realidad concreta, una simplificación cómoda para designar *grosso modo* un fenómeno colectivo, del cual no se pueden separar sino por delimitaciones imprecisas, y muchas veces arbitrarias, el aspecto *efecto*, revelado por la recogida de datos y análisis inicial, del aspecto *causa*, que otros procedimientos metodológicos procurarán sacar a la luz.

El concepto de causalidad envuelve grandes dificultades. Referimons aquí solamente a la naturaleza y al papel de los determinantes de la especificación y división de los hechos que el análisis inmediato propicia. Deseamos indicar que no le es posible al demógrafo permanecer en el terreno de la simple taxionomía, dejando de incluir en la reflexión sobre los grupos de hechos que analiza y clasifica la de sus antecedentes determinativos. El paso de los resultados a la obtención e interpretación de sus posibles agentes causales es inevitable; resulta de la comprensión de que los hechos demográficos no acontecen aisladamente en el contexto social. La construcción de una tabla de sobrevivencia no es sólo el medio de realizar el indispensable empadronamiento para conducir eficientemente los estudios comparativos de la mortalidad; es igualmente un problema puesto al espíritu del investigador para que desentrañe del complejo de hechos sociales correlativos con el tenor de la mortalidad comprobada, cuál es el valor de cada uno en la determinación de los resultados observados.

Cuando, por análisis, procedemos al aislamiento, distribución y clasificación de los hechos demográficos, en el mismo acto en que los segregamos, estamos, por contradicción creadora, uniéndolos al conjunto de sus factores originantes. En efecto, un fenómeno demográfico que en la pura recogida se presenta con fisonomía confusa y mal discernible, gana nitidez por la operación analítica que lo aísla. Aislarlo significa al mismo tiempo delimitarlo mejor para comprender las relaciones efectivas, externas e internas, que mantiene con otros fenómenos, que actúan como sus determinantes. Por eso, análisis no significa abstracción formal, sino, al contrario, movimiento hacia lo concreto. Las células censales familiares nos traen una gran variedad de datos en un estado de relativa indiscriminación, en que ninguno de ellos resalta especialmente. Cuando analizamos y agrupamos por tipos los resultados obtenidos, apro-

190 **ximámonos más a la situación concreta de que provienen tales datos,** que cuando los examinábamos en la multitud de las fichas censales. Ahora bien, acercarse a lo concreto quiere decir necesariamente caminar en dirección al conocimiento del objeto en totalidad, o sea, pasar de la simple percepción inmediata de su presencia ahí a la de sus factores determinantes. Estos, en efecto, están presentes en la realidad concreta del ser, del fenómeno. Sólo son ignorados o dejados fuera de consideración cuando se procede, metodológicamente al examen en planos abstractos, más elevados. Cuando descendemos a la particularización, lo que se hace desde la fase inicial del análisis, los datos se van volviendo progresivamente más concretos, los grupos que destacamos, los fenómenos que discernimos, las relaciones que establecemos son cada vez menos abstractos. Y esto se da justamente porque, para llegar a la creciente individualización de los hechos, tenemos que abandonar las ponderaciones generales simplificadoras en favor de una visión cada vez más particularizante, y eso implica, como es evidente, que lo particular se muestra en la plenitud de su realidad concreta, o sea, con el máximo de referencias a su determinismo objetivo.

El paso a lo que hemos llamado la cuarta etapa de la investigación se hace por necesidad interna del proceso de conocimiento. El dato resultante del análisis, si por un lado es el término de un acto investigador, por otro lado remite a otro acto, y continúa en él, el de la inquisición de los mecanismos causales. El dato concreto, que se logra conocer por el análisis, se vuelve fuente de un haz de indagaciones, por el modo como se presentan al espíritu en su concreción. Siendo concreto, está más profundamente vinculado al ser de la realidad, y por eso manifiesta, en su singularidad, con más insistencia, la trama de relaciones objetivas que lo envuelven y le dan origen. Al separar analíticamente la fecundidad de la mortalidad, tornamos más concretos cada uno de esos fenómenos, o sea, representamos cada cual por un número mayor de vínculos objetivos. Caminamos en dirección a la totalidad, que, efectivamente, está más concretamente presente en el fenómeno resultante de los procedimientos divisorios del análisis. En la operación de síntesis la lógica clásica sólo ve lo negativo del análisis; no ve lo positivo que existe en la supresión de ésta negatividad. No se trata sólo de admitir que en el análisis se divide y en la síntesis se unifica. Se trata de que, al practicar uno y otro de estos actos lógicos, se está efectuando un procedimiento metodológico inmensamente más rico y complejo que el supuesto por el formalismo. La verdad es que, al dividir, el análisis trae el dato inicial a un plano más concreto, porque lo hace presentarse con un contenido de relaciones objetivas más rico que el que tenía anteriormente. Estas relaciones, por propagación, conducen hasta el plano de la totalidad, en que se sitúa el proceso de que el fenómeno era aspecto o parte. La percepción de esa totalidad, abarcando los otros

nechos correlativos e igualmente discriminados por el análisis, es lo que la lógica habitual llama síntesis. Se ve, pues, que la oposición entre los extremos no se hace por oposición radical, mecánica, formal, sino por transición, por mediación de numerosos intermediarios, que conducen de un acto lógico a otro, cualitativamente distinto.

Como producto de ese movimiento, que parte del análisis y lleva al inicio de la síntesis, encontramos la distribución de los resultados demográficos según tipos, en cada uno de los cuales se verifican las uniformidades o regularidades de que hablan los demógrafos. Hemos comentado con alguna extensión estos conceptos; ahora deseamos apenas señalar su lugar en el desarrollo del trabajo de la investigación. La distribución de los resultados, realizada con carácter concreto, dando origen a la formación de grupos de fenómenos distintos, encamina naturalmente a descubrir regularidades o irregularidades en la conexión de los hechos. Es la fase que hemos llamado de *tipificación* de los resultados, que tiene decisivo valor en el tránsito del pensamiento hacia etapas teóricas más elevadas, como la elaboración de hipótesis y teorías. Sin la verificación de estas tipificaciones, en efecto, el proponer hipótesis explicativas o expositivas sería imposible. Notemos que bajo el nombre de *tipificación* entendemos no ya la constatación de las regularidades, sino también la de las irregularidades. Las últimas no son menos significativas que las primeras. Pero, sin duda, lo que resalta con mayor vivacidad son las repeticiones y las uniformidades. Por eso se fundan sobre ellas con más frecuencia las teorías y explicaciones de la ciencia demográfica. Siendo ésta el conocimiento de colectivos manipulados en amplia extensión con métodos estadísticos, ocurre que, al lado de las uniformidades realmente percibidas por ser efectivas, se utilizan otras, artificiales, instrumentales, que no por eso dejan de desempeñar importante papel en la construcción del razonamiento demográfico. Podríamos decir que son conceptos operacionales, son ficciones de uso justificado por la utilidad. Así, para medir la reproducción de una generación, se utiliza el concepto de *tasa neta de reproducción*, que es función de la población estable. Se opone esta tasa a la otra, la *bruta*, que no toma en cuenta la mortalidad. Evidentemente, la fecundidad indicada por una no coincide con la indicada por la otra; pero este desacuerdo no impide que se usen como instrumentos eficaces los dos conceptos, que se refieren a un tercero, el de población estable, que sólo existe en la imaginación. Esta es una regularidad imaginaria, pero no por ello deja de tener valor operacional en el campo de la investigación.

Se comprende, por tanto, que no son sólo las regularidades naturales las que el demógrafo maneja. En el trabajo científico pueden ser creadas artificialmente otras uniformidades, por vía de simplificación de las variaciones reales, y estos productos del pensamiento llegán

92 a desempeñar papel eficiente en el avance del conocimiento. Con gran frecuencia encontramos en el raciocinio demográfico la mención de lo que se podría llamar la cláusula de *coeteris paribus*. Es tan común la referencia a esta condición en que se supone que los hechos ocurren, que ni precisamos ejemplificar. Cuando el demógrafo admite esta condición, que muchas veces es conscientemente artificial, no está haciendo más que crear por convención una uniformidad, donde efectivamente no existe. Al declarar cuando investiga una correlación entre fenómenos, que las demás circunstancias permanecen invariables, sabiendo muchas veces que en verdad lo que ocurre es lo opuesto, el demógrafo está usando de un recurso metodológico legítimo para crear una regularidad, por simplificación convencional del cuadro objetivo; de lo contrario, si tuviera que tomar en cuenta la multitud de factores y de aspectos que intervienen en el problema o acompañan a aquellos que estudia, no conseguiría producir un concepto racional, aunque aproximativo, de la verdad de los hechos que investiga. Recurre a una uniformidad inexistente, sabiendo, sin embargo, que en la realidad no hay circunstancias que permanezcan invariables ni se puede abarcar la totalidad de éstas en una visión única. Todos los datos de la realidad están en continuo fluir, además de su número infinito, y sólo son considerados estables para permitir la aprehensión lógica de ciertas correlaciones entre otros datos que, sin esa ficción referente a las condiciones objetivas, serían irreductibles a un concepto explicativo.

Lo mismo se dirá del empleo de *modelos*, especialmente en la práctica de las proyecciones demográficas. En economía, en estadística, en demografía, el concepto de *modelo* es usado para representar dos cosas: o la expresión formal de una teoría, sentido que actualmente se viene generalizando; o un sistema de factores causales, que se admite pueden engendrar los datos comprobados.¹ En este segundo sentido el modelo es una regularidad imaginaria, que se emplea como instrumento para la investigación de nuevos hechos y la explicación de los conocidos. La población estable es un modelo de esta especie. Hay conveniencia en referir a ella ciertos movimientos cogidos de la realidad, porque, aunque al hacer eso estemos alterando la naturaleza de los datos, el error que cometemos es un error calculado, y nos permite, por este artificio de raciocinio, extraer consecuencias que aclaran los fenómenos objetivos.

Lo mismo se dirá de las *tendencias constantes o prolongadas* en la evolución de una población. En una serie de censos o a lo largo del registro civil de varios años, puede darse el caso de que cierto fenómeno, digamos la natalidad, presente una variación cualitativamente constante. Tenemos ahí una uniformidad que, siendo real, sirve de base

¹ Kendall y Buckland, *Diccionario de Términos Estadísticos*, op. cit., Rosaric, 1959.

para varios raciocinios relativos al hecho verificado y a su influencia sobre otros hechos. El demógrafo no advertido por la correcta teoría lógica, tal vez se apresure a aceptar esta regularidad como fundamento para conclusiones a veces audaces. Con todo, ese impulso deberá ser moderado, no solamente por razones teóricas, sino por la verificación de los errores a que en muchos casos ha conducido este procedimiento. Con toda razón dice Sidney H. Coontz: "La mera continuación de una tendencia apenas proporciona pequeña satisfacción si hemos fracasado al elaborar una teoría adecuada que explique el fenómeno".¹ En efecto, es la teoría ya producida basándose en generalizaciones anteriores la que permitirá evaluar hasta qué punto es lícito confiar en las inclinaciones evolutivas de cierto orden de fenómenos. El autor citado refiere como buen ejemplo de las sorpresas en los pronósticos demográficos fundados en regularidades tendenciales el caso de la reciente inversión del curso descendiente de la tasa de la natalidad. Como efecto de la desorientación causada por esas sorpresas, comparemos el cambio de tono en los juicios generales sobre la demografía emitidos por especialistas en dos fechas bien próximas una a la otra: en 1946 afirmaba un autor, que "con mejores datos, nuevas técnicas y la medición precisa de la transición demográfica que estaba ocurriendo, la demografía tendía a convertirse más en ciencia que en literatura".² Pero, poco después, en 1949, otros autores asumen un tono pesimista: "El estudio de la población no ha producido un marco conceptual para la investigación de las variaciones a corto plazo de las pautas maritales y de natalidad".³ Se debe comprender que no es posible hacer de las uniformidades recogidas la única base para la construcción de las teorías generales de la demografía. Son un elemento importante, tienen que ser tomadas en cuenta, pero el trabajo de comprensión final sólo puede tener por fundamento la totalidad del proceso de la investigación. Las uniformidades son un dato que precisa ser explicado, tanto como las desigualdades. Pero el proceso lógico tiene por principio normativo el concepto de totalidad, y ésta abarca todas las fases en que se descompone la investigación.

Como sexta etapa del desarrollo de la investigación tenemos la fase de la elaboración de hipótesis explicativas. Todo el trabajo anterior se presenta como material para el pensar teórico que busca dar razón de los hechos y datos obtenidos en la experiencia. Para eso es preciso concebir al comienzo, a título de explicación verosímil, una interpretación que atienda todo lo posible a la masa de datos acumulados. En la producción de las hipótesis el espíritu recorre varios caminos,

¹ Sidney H. Coontz, *Teorías de la población y su interpretación económica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pág. 11.

² Irene Taeuber, "Population Studies in the United States", *Population Index*, octubre de 1945, pág. 254.

³ George J. Stoinitz y Norman B. Ryder, "Recent discussion of the net reproduction rate", *Population Index*, abril de 1949, pág. 124.

194 de acuerdo con la naturaleza del objeto de que trata. A veces, las produce por inducción, sobre todo cuando se trata de presentar una interpretación hipotética como versión explicativa de primera aproximación, de los resultados de un censo recién realizado. A la vista de los hechos, si presentan aspectos originales o sobresalientes, o si hubo sensibles diferencias en relación a las encuestas anteriores de la misma especie, el espíritu, por vía inductiva, busca una razón de los fenómenos verificados, y emite una explicación con carácter de hipótesis. No existen reglas formales para concebirla, pues estamos en el dominio de la imaginación creadora, en que todo depende de la sagacidad del investigador. En ciertas ocasiones, como se acostumbra decir, *los hechos hablan por sí*, lo que significa que los fenómenos observados apuntan irresistiblemente un antecedente causal o a una indicación explicativa. El caso común, sin embargo, es que el demógrafo haya de valerse de la agudeza de su espíritu científico y, teniendo en cuenta los factores revelados por el análisis de los datos, conciba una explicación teórica, verosímil. Gran importancia tiene para el grado de seguridad de las explicaciones hipotéticas la cantidad de elementos que deben ser comprendidos. Cuanto mayor la masa de datos por explicar o la extensión del fenómeno examinado, tanto mayor será de ordinario la incertidumbre de las hipótesis propuestas, porque, aunque por un lado haya base más amplia para las operaciones inventivas o las inductivas, por otro crece en mayor proporción que este factor favorable el desfavorable representado por la inclusión de más agentes desconocidos o de probables causas perturbadoras ignoradas, en la producción del efecto por explicar. Cuando se reflexiona sobre la población total de un país o la humanidad entera, el valor de verdad de las suposiciones explicativas se torna más incierto que cuando atendemos a un hecho microdemográfico. Así, la afirmación de que la fecundidad decrece con el desarrollo de la civilización, especialmente con el aumento de las masas urbanas, es una hipótesis aleatoria en alto grado, pues incluye una serie de factores cuyos efectos sobre el fenómeno en cuestión no pueden ser previstos con suficiente exactitud, como el tipo de producción, el régimen político, las influencias ideológicas, los estilos futuros de vida, etc. Si discutimos, por lo contrario, un fenómeno restringido como el éxodo rural en los países en desarrollo, luego se presenta como explicación la idea de que los individuos mejor dotados salen de su medio original, atrasado y pobre, porque aspiran a formas de trabajo mejor remunerado, que, en general, sólo se encuentran en las áreas urbanas o en las rurales desarrolladas. Este punto de vista, que vale como hipótesis explicativa, es bien reconocido por Carmen A. Miró: "Como los que emigran son generalmente personas en edad de trabajar, con un mayor nivel educativo y con actitudes que en cierta medida pueden tomarse como indicativas de una mayor disposición al cambio y al progreso,

las comunidades proporcionalmente más atrasadas se ven privadas de sus elementos más dinámicos y emprendedores, al mismo tiempo que se hace más desfavorable aún la relación de dependencia de menores y ancianos con respecto al grupo de personas potencialmente capaces de trabajar".¹

Entre la hipótesis y su objeto existe una relación de determinación recíproca. Por eso el valor exegético de las hipótesis es limitado en el tiempo y el espacio y depende de la fase del proceso objetivo por la cual pasa el contenido sobre que versa. Como la realidad del colectivo está en constante movilidad, esta variación del contenido torna necesariamente limitadas en su valor de verdad las hipótesis que en cierto momento se emiten sobre ella. Por eso, la hipótesis no puede ser generalizada y convertida en teoría, sólo por su verosimilitud obtenida por vía inductiva. Una vez constituida, funciona como *modelo*, del cual es posible sacar consecuencias por el camino de la deducción. Las afirmaciones derivadas por vía deductiva de la aceptación de tal *modelo*, serán en ciertos casos comprobadas, o por combinaciones de los datos, sugeridas por la explicación en examen, o por nuevas investigaciones, incluso las de carácter experimental, en el caso en que sean ejecutables. Otras veces, las hipótesis demográficas por su extrema generalidad no se prestan a deducciones ni aun aproximadamente comprobables por procedimientos analíticos o por la práctica; permanecerán entonces en el estado de suposiciones más o menos admisibles, dependiendo su grado de credibilidad de las condiciones, objetivas y subjetivas, del estudioso, que servirán de base a su opinión, favorable o contraria, a las explicaciones propuestas.

Es frecuente que las hipótesis de este tipo sean presentadas por los demógrafos, o por filósofos de la demografía como *teorías de la población, leyes, principios* o con otra designación formal. Hay aquí indiscutible confusión metodológica. La teoría es la hipótesis comprobada, son las proposiciones anteriormente presentadas como posible explicación elevadas a un grado superior del proceso de raciocinio, por haberse completado el ciclo del conocimiento respecto del asunto en causa, por el confrontamiento de la realidad con la representación cognoscitiva que pretende explicarla. Cuando tal no se da, es indebido el uso de la expresión *teoría* para designar una hipótesis que no ha encontrado todavía razones objetivas suficientes que aseguren su plausibilidad. Es el caso, por ejemplo, de las teorías que procuran relacionar el movimiento expansivo de la procreación con el desarrollo de los recursos materiales de que una población dispone para sobrevivir, suponiendo que llegará el momento en que éstos no serán suficientes para cubrir las necesidades creadas por aquella.

¹ Carmen A. Miró, *La población del mundo: dos bloques claramente diferenciados*. CELADE, Serie A, Nº 51, Santiago, 1965, pág. 13.

Desde las teorías clásicas a este respecto hasta sus variantes contemporáneas, lo que se hace es abusar del término *teoría* para designar lo que no pasa de suposiciones inaptas para ser confirmadas por la práctica. Se admite que tal relación en el mejor de los casos es imprevisible en su situación futura, cuando, en verdad, es perfectamente previsible en su curso histórico. El crecimiento de los medios de subsistencia es un proceso previsible no sólo en la práctica, por la constante aparición hasta ahora siempre verificada, de nuevos procedimientos tecnológicos que aumentan el volumen de los recursos a la disposición de la humanidad, sino que es una previsión teóricamente necesaria, porque los recursos por descubrir en lo futuro próximo están ya asegurados por el grado de avance del conocimiento de la realidad natural, son una consecuencia de este conocimiento, y esta situación es válida para cualquier momento de la historia que se considere. El crecimiento de los recursos es una función exponencial, no sólo en cantidad, sino igualmente en calidad. El proceso de producción, incluyendo tanto los medios materiales de producir como las relaciones humanas que les corresponden, es función de su propio desarrollo, pues las técnicas y los modos de producir existentes en cada momento determinan los que les seguirán.

La humanidad, al perdurar en el tiempo, produce su realidad, como ya explicaremos más detalladamente. Cuando se admite como distintivo del hombre el carácter de ser un ente que produce su existencia, se altera todo el esquema lógico pesimista o que suponga que por principio son imprevisibles las disponibilidades futuras de bienes de consumo. Y como la fecundidad humana ha de ser encuadrada dentro de una ley que tome en consideración la totalidad de los factores que sobre ella influyen, y uno de estos es el proceso de producción de los bienes de subsistencia, las especulaciones que admiten como declinante, proporcionalmente, o como imprevisible en principio el proceso productivo de los bienes de subsistencia, están en contradicción con el más fundamental de los conceptos sobre la realidad demográfica del hombre. No pasan de generalizaciones hipotéticas, incapaces de recibir confirmación por la práctica. La demografía no es una ciencia *a priori* ni permite juicios que se anticipen a la realidad, sino fundados sobre la esencia histórica de su objeto, el hombre como ser en población. No siendo así, toda previsión no pasará del estado lógico de hipótesis y no llegará al grado superior, como reflejo representativo de la realidad, de teoría.

No sólo teorías demográficas clásicas, sino otras, modernas, como las de fondo psicologista, son hipótesis que se disfrazan de teorías para ganar mayor respetabilidad. Así, es sabido que gozan de gran popularidad en la época actual las investigaciones psico-sociales, que procuran descubrir en la motivación psicológica individual, fundada en última

instancia en la libre determinación del espíritu, la causa de numerosos hechos demográficos, como la fecundidad, las migraciones, la distribución de la fuerza de trabajo, etc. Se ha llegado hasta a hablar de la creación de una nueva disciplina que sería la "psico-demografía". Lo que se presenta, sin embargo, aquí como *teoría* es, en verdad, la hipótesis de que fenómenos como el casamiento, la emigración o la entrada del individuo en determinada profesión deriven meramente de la decisión subjetiva de las personas en cuestión. El voluntarismo constituye el fundamento filosófico de esta actitud; es la suposición de que la voluntad humana por sí sola crea el acto individual. Sabemos, sin embargo, que éste es producto de la convergencia, infinitamente más compleja, de factores, en que las condiciones objetivas restringen el campo de posibilidades de concretarse la voluntad libre. Suponer que alguien emigra por deliberación incondicionada es infantil. Por eso dicen con razón Ogburn y Nimkoff: "Los motivos no son una explicación adecuada para un cambio en el comportamiento social durante un cierto período".¹ El voluntarismo demográfico, aun cuando admita un papel secundariamente influyente de las condiciones objetivas, pero desde que coloque el fundamento de los hechos en el estado psíquico del sujeto, es una teoría sin pruebas, que no pasa de hipótesis, por lo demás altamente improbable.

No podemos, tampoco, dejar de referirnos al uso corriente en demografía de llamar teorías a las grandes generalizaciones explicativas producidas por esta ciencia. Por la criba metodológica pocas recibirían justificadamente esta designación. Pero el uso corriente de una expresión en la práctica de la ciencia impone respetar el empleo del término, aunque muchas veces en casos inadecuados. Teorías, efectivamente, son pocas las que se encuentran en la demografía. Lo importante, a nuestro juicio, no está en el alcance que comportan, sino en el grado de verificabilidad a que se prestan. Hay teorías de amplitud total, supuestamente válidas para toda especie de poblaciones, como la teoría logística o la analítica; y hay teorías de ámbito restringido, que coligen los datos de un proceso demográfico delimitado dentro del proceso general. Si la dificultad de la concepción puede suscitar dudas, la localización de la etapa teórica en el curso general del proceso de la investigación es indudable. La ciencia tiende a las generalizaciones explicativas por fuerza de incoercible necesidad del espíritu. La sencilla recogida de datos, su agrupamiento y explicación sólo se justifican como exigencia del conocimiento como etapas de una marcha hacia un objetivo más alto: las generalizaciones teóricas, en las cuales los hechos se encuadran y las explicaciones subalternas encuentran su entrelazamiento y justificación. Aunque se discuta sobre lo que sea *teoría*

¹ Ogburn, W. F. y Nimkoff, M.F., *Technology and the Changing Family*, 1955, Boston, Houghton Mifflin Co., pág. 24.

—si será una concepción general referente a las causas del estado y de los fenómenos de la población, o si, con mayor rigor, exige la comprobación empírica—, lo cierto es que son el término del esfuerzo cognoscitivo común de los demógrafos que no se contentan con la práctica rutinaria. Tienen que ascender a los planos especulativos por la necesidad de captar mejor la esencia de la realidad que estudian. Por eso, la demografía, no solamente tiene que producir varias teorías para aspectos parciales o generales de su objeto, sino que ella misma es una teoría, en el sentido de ser la síntesis de un conocimiento objetivamente fundado. De ahí la defensa, que corresponde, de la actitud especulativa, sólo menospreciada por algunos sectores demasiado positivistas de la ciencia demográfica.

Con la elaboración de la teoría se completa el ciclo de la investigación de la demografía. Las fases precedentes son absorbidas en ellas, que en su grado de amplitud y de verosimilitud las reflejan. Se llega así a la síntesis dialéctica que efectivamente hace progresar el conocimiento. Lo particular del más humilde de los datos se ve ahora investido de valor universal, por expresarse en el seno de la formulación general. Lo concreto de cada caso es ahora expuesto en la forma superior de la idea, abstracta, pero conservando en sí, en nueva forma, la unicidad del acontecimiento inicial. Lo que antes se presentaba aislado, ahora se muestra en un plano de la totalidad integradora. La esencia de cada hecho real, que las apariencias no dejaban ver, halla su expresión natural y adecuada en el concepto general explicativo. Así, la teoría no es mero resultado de una inclinación del espíritu, sino la conclusión necesaria del proceso del pensamiento, que, como sabemos, va de lo particular a lo general, de lo concreto sensible a lo abstracto, y de éste a lo concreto inteligible, de lo parcial a lo total.

Con esas observaciones, deseamos llamar la atención de los especialistas hacia la seriedad del trabajo teórico, que no debe ser considerado, según a veces se piensa, un hábito, una extravagancia, un devaneo de cierta clase de espíritus inclinados a las divagaciones imaginativas. La teorización es la finalidad lógica del proceso de la investigación, por una necesidad interna del espíritu en el progreso del saber. Si algunos especialistas, por condiciones estrictamente personales, no se interesan por el estudio y producción teórica, esta actitud debe entenderse como comportamiento individual y no invalida la tesis de que la demografía como ciencia es teórica en su plano más eminente. Claro está que se tiene que interpretar debidamente la expresión *teórica*, para no confundirla con *especulación* despreocupada o hueca. La defensa de la teorización como forma superior y final de la investigación científica en demografía, tiene que ser un postulado del pensamiento consciente de la esencia epistemológica de este campo del saber. No sólo toda estructuración de la demografía tiene que incluir en sí teorías de

mayor o menor grado de amplitud, para explicar aspectos más o menos generales de los fenómenos que estudia, sino que tiene que ser concebida como una teoría general en su totalidad en cuanto ciencia. Una última observación séanos todavía permitida. Es la que se refiere al carácter histórico de las teorías demográficas. Estas tienen, por naturaleza, validez limitada en el tiempo. Ninguna puede pretender el *status* de verdad eterna, por dos razones: porque dependen de las fases precedentes de la investigación demográfica, que como es evidente, son producto histórico, ya que se desarrollan sucesivamente, y están condicionadas por las circunstancias objetivas de su ejecución, o sea, por el estado de la sociedad que las realiza, lo que significa decir que son un producto cultural de la evolución de tales sociedades; y porque el objeto de las teorías demográficas, las poblaciones, es un colectivo en movimiento en el tiempo, lo que naturalmente limita sus condiciones de validez al período en que el objeto presentaba las características que la recogida inicial reunió y el análisis discriminó. Por esos dos aspectos, además de los que se refieren a la propia historicidad de la naturaleza humana, se comprueba que la teoría demográfica, como producto de la cultura, es algo histórico, que sólo tiene vigencia en función de su situación en el proceso general de la cultura y en el proceso particular de la evolución de la ciencia demográfica.

EL MÉTODO EXPERIMENTAL EN DEMOGRAFÍA.

Próximo a las reflexiones sugeridas por la metodología de la investigación demográfica encontramos un tema de decidida importancia para la construcción de la ciencia de las poblaciones. Nos referimos a la posibilidad, valor, límites y significados de la experimentación en demografía. Los avances en este terreno son relativamente recientes y tienen casi todos por punto de partida el deseo de verificar por vía experimental la verdad de las concepciones logísticas, expuestas, renovadamente, por Pearl y Reed en 1920. En efecto, la suposición, matemáticamente simple, de estos autores, en lo que hace al modo de crecimiento de un contingente poblacional, sugiere la idea de examinar experimentalmente si las poblaciones biológicamente inferiores, animales o vegetales, cuyo desarrollo puede ser observado en el laboratorio, confirmarían o desmentirían la hipótesis logística. De ahí partieron numerosos trabajos de biología experimental, con vistas al estudio de tales poblaciones, que hoy son repetidos y extendidos con auxilio de técnicas cada vez más refinadas.

Lo que a nosotros nos cabe discutir al respecto es hasta qué punto es legítima la vía experimental como fuente de conocimientos demográficos, y qué contribución pueden dar tales experimentos a la solución de las indagaciones generales de la demografía. Como consecuencia,

en parte, de los resultados obtenidos en experiencias sobre colonias animales u organismos unicelulares, nació la sugerencia de constituir una nueva rama de la ciencia demográfica, que se pretende llamar *bio-demografía* (Hutchinson y Deevey, 1949), la cual no es nada más que la extensión a las colectividades humanas, de las categorías y teorías de la ecología. La demografía se entendería entonces como ciencia de las relaciones entre el colectivo poblacional y el medio que lo sostiene, y desarrollaría ciertos aspectos de su objeto que los análisis clásicos, principalmente cuantitativos, dejan ignorados o inexplicados. Así, la demografía y la ecología se encontrarían y conjugarian para permitir un mejor conocimiento de las poblaciones, en particular las humanas.

Al lado de este estudio de las relaciones entre la población y el medio, el trabajo de laboratorio viene desempeñando notable función, a partir, sobre todo, de los experimentos de Alexis Carrel en 1912, sobre el crecimiento de las culturas de tejidos *in vitro*. Se admite la validez de estos esfuerzos para la demografía en la suposición de que, con algunas diferencias, incapaces de inutilizar la proyección de los resultados de los trabajos experimentales sobre el campo de la realidad demográfica humana, las poblaciones de hombres pueden ser asimiladas a colonias de células, al crecimiento de un tejido vegetal, como los meristemas radicales, a la multiplicación de insectos en cultivos de laboratorio. La perspectiva ecológica tiende a acentuar el examen de las relaciones del colectivo poblacional con los factores del medio, y especialmente a estudiar los efectos de la densidad del conjunto sobre su capacidad de multiplicación y las interacciones que tienen lugar cuando poblaciones animales distintas compiten por la subsistencia en un mismo espacio donde son limitados los recursos. Los trabajos de laboratorio en cultivos de tejidos o colonias animales buscan particularmente averiguar la verosimilitud de las hipótesis clásicas sobre el crecimiento en progresión aritmética o geométrica de las poblaciones, o sea, examinar hasta qué punto se confirma el *modelo* logístico. Lo que hay de común a una y otra de estas perspectivas es que apelan a la observación controlada y la experimentación en especies o elementos biológicos inferiores para sacar de ellas conclusiones aplicables a las poblaciones humanas. No habiendo oportunidad aquí de criticar los procedimientos de ejecución de las experiencias, el valor y el alcance de sus resultados desde el punto de vista de la estricta técnica experimental, concentramos nuestros comentarios sobre la cuestión de la aplicabilidad de tales resultados al estudio de las poblaciones humanas.

Los autores están de acuerdo en que las observaciones ecológicas y pruebas experimentales pueden prestar una valiosa contribución para el mejor conocimiento de los procesos de desarrollo de las colectividades humanas. A esta convicción, en forma de proposición genérica, en prin-

cipio no hay por qué objetarle nada. Pero la verdadera cuestión no está en aceptar, o no, la ayuda de la experiencia, sino en saber hasta dónde es lícito llevar las afinidades entre los métodos de observación empírica y experimental y el registro demográfico. Hasta qué punto están autorizadas las conclusiones de laboratorio a servir de postulados, pruebas, o aun de simple material de reflexión para el demógrafo. Esto es lo que representa el problema por discutir. Si recurrimos a la bibliografía al respecto, veremos que no solamente divergen los especialistas, sino a veces un mismo autor se muestra impreciso y contradictorio en el tratamiento teórico de la cuestión. El punto de partida, evidentemente válido, es que las poblaciones humanas son poblaciones naturales, como las de cualquier otra especie animal o vegetal. En este sentido, deben someterse a las leyes generales de la ecología, pues el mantenimiento de su existencia depende de las relaciones con el medio en que encuentran los recursos para subsistir. De ahí que se admita una base común para el establecimiento de ilaciones entre el caso humano y el de otras especies. Pero, al mismo tiempo que perciben esta afinidad, los autores descubren también las diferencias entre los dos casos. La averiguación de este segundo aspecto y la explicación de la razón de ser de las diferencias se torna decisiva para el valor que se dé al método experimental en demografía. Un ecologista y demógrafo, Peter W. Frank, escribe: "Aunque los mecanismos específicos que modifican las poblaciones humanas puedan diferir, y difieran, de los que se encuentran en otros organismos, el hombre no es fundamentalmente diferente en ninguno de los determinantes últimos de las variaciones de población, reproducción, mortalidad o movimientos".¹ No es preciso gran esfuerzo para descubrir lo inadmisibile de semejante punto de vista. El mismo autor, en la página siguiente de su artículo, se encarga de restringir su validez, al declarar: "Cuando se comparan con los métodos demográficos, los del ecologista difieren muy marcadamente en los datos que pueden obtenerse. Además, las poblaciones experimentales y las naturales presentan un gran contraste entre sí".

Está claro que la demografía puede servirse de los estudios ecológicos generales, de la genética de las poblaciones y de las experiencias de cultivos de seres vivos, a la condición de conocer los límites que separan las realidades de los respectivos objetos y la diferencia de los métodos que se emplean en esas ramas de estudio. Los demógrafos ya habían percibido la necesidad de restringir el alcance práctico de las conclusiones experimentales como consecuencia de la diferencia capital entre poblaciones naturales y artificiales. Pero el problema no consiste en reconocer este hecho, sino en explicarlo. Así, dice M. Boldrini: "Los cultivos *in vitro*, aunque sean extraordinariamente intere-

¹ Peter W. Frank, en *The Study of Population*, pág. 652.

102 santes como caso de una población tendencialmente maltusiana, prácticamente logística, tienen el defecto de ser del todo artificiales. Nada en la naturaleza realiza una situación tan sencilla y evidente".¹

A pesar de las ventajas ofrecidas por el material experimental, pues se pueden elegir especies con un ciclo de vida suficientemente corto para ser observado en su totalidad y en la secuencia de numerosas generaciones sucesivas, hay aspectos negativos en el propio campo experimental, como la imposibilidad de tipificar la edad de los objetos, la de realizar un censo total de los individuos animales reunidos para la observación, y otras dificultades que oscurecen la primitiva y animadora expectativa de rigor experimental. De ahí la necesidad de utilizar teorías matemáticas en el campo teórico, o, empíricamente, el recuento de representantes de los colectivos para corregir y complementar el estudio de los objetos.

Se ve que los demógrafos perciben las diferencias entre los resultados de las investigaciones sobre poblaciones artificiales y los que se obtienen por el estudio de las colectividades humanas. Pero no parece que hayan llegado a definir la esencia de la cuestión, que está en la propia naturaleza del ser humano como elemento de una población real, y en la diferencia entre esa naturaleza y la de los animales o vegetales reunidos en colonias y tomados como objeto de investigación y comparación. El estudio experimental y comparativo sólo puede observar lo que hay de común en los dos casos, por el lado biológico; pero necesariamente tiene que ignorar la diferencia esencial, la social. Una cultura de seres animales no es una sociedad, lo mismo que una sociedad no es una colonia de individuos humanos. Esta distinción es irrecusable y no puede ser desdeñada bajo ningún pretexto científico. Cuando se cultiva en gota pendiente células aisladas de tejido conjuntivo o de epitelios animales, cuando se mide la longitud de una hoja vegetal en crecimiento o se cuentan los componentes de una colonia de *Drosophila Melanogaster*, se recogen datos cuantitativos referidos al proceso vital de esos objetos. Se estudia la duración de vida de las moscas, su fecundidad en función de los alimentos disponibles, el efecto de la densidad de la cohorte sobre los ciclos vitales, y muchos otros datos que, sin duda, son valiosos resultados experimentales. Pero, al intentar aplicarlos, aunque sea aproximadamente, al objeto humano, encontramos un obstáculo insuperable en la esencia cualitativamente distinta de éste.

En la experiencia con un colectivo animal, la correlación entre los medios de subsistencia y los fenómenos demográficos depende de condiciones que son establecidas por el experimentador. El objeto, los animales en estudio, no intervienen en nada en la realización de la

¹ Marcello Boldrini, *Demografía*, pág. 397.

situación en que se encuentran, no la crean ni la modifican voluntariamente, por la razón, absolutamente capital y decisiva, de que no producen los medios de su sobrevivencia. Ahí está la diferencia fundamental. El hombre es un ser que *produce* su existencia, por la modificación material del mundo en que vive, por la producción de los bienes que necesita, entre ellos los alimentos, y por la producción de los medios para producir estos mismos bienes. No sólo descubre e inventa nuevas fuentes de recursos, sino que saca recursos nuevos de las fuentes antiguas. Pero, para producir los bienes con que se sustenta, está obligado a establecer relaciones sociales con sus semejantes, y de esta trama de relaciones resulta el marco envolvente en que se desarrolla su existencia, con los fenómenos específicos que la definen, entre ellos los demográficos. La producción de la especie humana no puede, por tanto, ser sino remotísimamente comparada, aun en su aspecto puramente biológico, con la de los ratones, hongos o moscas, que son seres vivos que no producen los alimentos que necesitan. Para el animal, la producción de la existencia es un hecho exclusivamente biológico; para el hombre, es un hecho biológico que sólo puede tener lugar por medios sociales.

El hombre, al producir los medios de su subsistencia, modifica, por la introducción de la percepción racional de la realidad de que es capaz, el estado de la realidad en que se encuentra. Los obstáculos que se oponen a su desarrollo, en vez de actuar como factores necesariamente negativos, funcionan como estímulos para la superación de las condiciones desfavorables del ambiente por el empleo de la técnica y de la ciencia. En consecuencia, además del desarrollo espontáneo de una especie *in natura* o del crecimiento de otra en condiciones de laboratorio, es preciso considerar un caso cualitativamente distinto y superior, el desarrollo eminentemente social de la especie humana. Por este lado, el objeto humano es inaccesible a la experimentación y a la observación. Las conclusiones que se pretendan establecer por estas vías son engañosas u ociosas. La frase, anteriormente citada, de Peter W. Frank, representa una muestra de la incomprensión del aspecto social de los fenómenos demográficos. Cuando ese autor dice que los determinantes últimos de los movimientos de las poblaciones no son esencialmente diferentes en el hombre y en los animales, comete un evidente error, el de reducir los determinantes demográficos al simple conjunto de factores biológicos o a las condiciones materiales, pasivamente dadas, en que éstos actúan.

Hemos repetido que en el caso del hombre el hecho biológico no existe por sí, ni constituye un determinante inmediato. La realidad social mediatiza siempre la relación entre el plano biológico y el demográfico. Por eso, constituye un engaño perjudicial al conocimiento demográfico reducir las semejanzas entre poblaciones humanas y ani-

204 males a este exclusivo factor determinante. Otro demógrafo, Chevalier, aunque de manera más sutil, incide en igual equívoco, porque, reconociendo el valor del plano social, lo que ya representa un progreso epistemológico, no sabe apreciar su significado, pues lo considera como reflejo, como determinado por los factores biológicos. Así, dice: "Estos caracteres biológicos determinan los caracteres sociales que van a determinar, a su vez, la evolución de la población". Y más adelante: "Los caracteres biológicos de su especie imponen al hombre su modo de asociación". Tenemos en estos enunciados excelentes muestras del ilusorio modo de pensar representado por el determinismo mecanicista, a que se contrapone el pensamiento dialéctico. Como se ve, los caracteres biológicos determinarían mecánicamente los caracteres sociales y éstos los demográficos. Falta la noción de la especificidad, de la independencia relativa del plano social. Falta la noción de la mediación dialéctica ejercida por éste en relación a los dos extremos, el biológico y el demográfico, que son por él unidos y separados. Y, sobre todo, falta lo esencial, la caracterización del motivo por el cual el plano social se constituye en mediación necesaria entre el fenómeno biológico y el demográfico, o sea, se ignora el hecho absolutamente decisivo que es la producción social de su existencia por el hombre. El pensamiento de Chevalier se confirma en esta otra frase, reveladora del mismo determinismo mecánico, que sirve de fundamento lógico justificativo de la experimentación en poblaciones inferiores con la finalidad de aclarar problemas de demografía humana: "Se puede, pues, considerar que los factores biológicos actúan sobre los fenómenos demográficos determinando las estructuras sociales en el seno de las cuales estos fenómenos demográficos se desarrollan".¹ Aunque el autor reconozca la naturaleza intermediaria del plano social, no lo asocia lógicamente a los dos extremos, ni explica por qué le cabe esa función. No es lícito aplicar las conclusiones válidas en un plano inferior a otro superior, sin tener presentes los fundamentos objetivos que determinan la distinción cualitativa entre los dos planos, y sin introducir las razones oriundas de esta distinción en todo razonamiento que compara un plano al otro, o busca sacar conclusiones de uno, aplicables, aunque sea aproximadamente, al otro.

Si el esquema de Chevalier fuera suficiente, tendríamos una base para aceptar algunas de las conclusiones de la demografía de laboratorio, porque, en el caso de que lo social fuera determinado mecánicamente por lo biológico, podríamos equiparar lo social humano, al menos con cierta aproximación a lo social de una cultura de insectos, de pulgas o aun de células aisladas. Pero esto no es admisible, en virtud de la forma, dialéctica y no mecánica, como lo social intermedia entre

¹ Louis Chevalier, *Démographie Générale*, págs. 136, 139.

lo biológico y lo demográfico y, sobre todo, por la naturaleza intrínseca de lo social. Lo que fundamentalmente se entiende por *social*, y por tal motivo esto sólo existe en agregados humanos, son las estructuras referentes a las relaciones de producción correlacionadas con los medios existentes de producción. La aproximación entre los casos humano y animal es, por ende, casi enteramente ficticia, y sólo de lejos sirve para esclarecer los verdaderos problemas demográficos. En verdad, el interés de los autores que han recurrido a la experimentación para utilizarla con finalidades demográficas, se han limitado prácticamente al estudio de un solo problema, el del crecimiento de las poblaciones. No es preciso decir que la demografía trata de muchas otras cuestiones, que no reciben ni indirectamente el beneficio de las conclusiones sacadas de experiencias de laboratorio. Se supone que la fecundidad sea un hecho que se explica enteramente por su causalidad biológica y, por eso, al menos en este particular, serían comparables los resultados de la observación experimental en animales con lo que se verifica en el hombre. Los experimentadores acentúan la conveniencia de este recurso metodológico, teniendo en vista las comodidades de la observación, dada la rapidez de la reproducción de los individuos, su recuento en general exacto, el control del tiempo de duración de vida, etc. Pero estos argumentos quedan invalidados cuando se plantea el problema en sus debidos términos, y se toma en cuenta la naturaleza social del fenómeno demográfico de la fecundidad. Por eso, las conclusiones de laboratorio que vengan eventualmente a demostrar la obediencia de una población como la de *Drosophila* a la curva logística de Verhulst-Pearl son de valor prácticamente nulo como fundamento lógico para aplicar este *modelo* a las poblaciones humanas. El insecto no produce su existencia; apenas la reproduce, si las condiciones del medio son favorables, y sobre éstas el animal no tiene ninguna acción. En este sentido, lo correcto sería decir que quien produce la existencia del insecto no es él mismo, sino el experimentador, que le ofrece los medios de subsistencia y los hace variar al sabor de las intenciones que se propone en el curso de la experiencia.

Un demógrafo como Boldrini percibe la imposibilidad de generalizaciones demográficas con base en experiencias de laboratorio, como consecuencia de la realidad social distintiva del objeto humano, pero no llega tampoco a discernir la razón profunda de esta limitación. Así, declara: "Basta, por otro lado, razonar *a priori* para comprender que, aunque la ley de Verhulst-Pearl fuera perfectamente válida en relación al hombre como animal, no podría reflejar igualmente bien el comportamiento de las colectividades sociales. Entre todos los seres vivos el hombre es el único que procura huir a la presión dolorosa del principio maltusiano, forzando la naturaleza, luchando contra las enfermedades y contra las destrucciones, controlando las concepciones, regulando las mi-

graciones, aumentando el espacio económico y social, en suma, dominando con el ingenio las fuerzas brutas que tienden a impedir el aumento de la población".¹ Se nota en este trozo que el autor descubre la presencia y la actuación específica del hecho social, aunque no sepa decir la razón de su significado e importancia. Para eso es necesario remontarse a los orígenes lógicos del problema en el sistema de lógica y la concepción general de la realidad que presiden el trabajo del científico sobre el objeto que estudia. Es necesario abandonar el tipo formal, mecanicista, del pensar y colocar el problema en los moldes de la epistemología dialéctica, utilizando el concepto de mediación y comprendiendo la esencia del hombre en la trama de las relaciones sociales que él mismo engendra para subsistir.

Con este cambio de perspectivas se descubre la disimilitud cualitativa que invalida el alcance, en el plano demográfico, de muchas de las investigaciones de ecología y biología de las poblaciones. Eso no quiere decir que se disminuya o desconozca el valor científico de tales investigaciones; lo que se desea es distinguir entre su significado referente a las influencias de los factores biológicos sobre colectividades vivas y las formas que asumen tales influencias cuando se refieren a seres cualitativamente superiores. Hemos dicho que el animal apenas reproduce su existencia, mientras el hombre es el único ser que la produce. A esta distinción debemos añadir otra: el animal apenas vive, mientras el hombre es el único ser que sobrevive. De hecho, el animal vive si encuentra las condiciones ambientales que le permitan proseguir con vida. El hombre, no obstante, crea estas condiciones si no existen, venciendo las condiciones desfavorables del medio. Se podría existencialmente establecer esta distinción definidora: el animal vive, el hombre sobrevive.

El carácter social no es aún la última distinción entre los dos tipos de colectividades, las animales y las humanas. Aunque a efectos de la crítica a los trabajos experimentales y la práctica del método experimental sea suficiente, desde un punto de vista filosófico es posible alcanzar razones más hondas. Nos hemos referido hasta aquí al ser del hombre como definido por su naturaleza social, pero este rasgo no toca todavía la profundidad máxima de su esencia, la cual es dada por su significación existencial concreta. En una cultura de bacilos, de hongos o de insectos, cada individuo que la compone, a los ojos del experimentador, es indiferenciado, es intercambiable por otro cualquiera, es *uno cualquiera*. De ahí el carácter abstracto del ser en examen, y por eso su inevitable y definitiva condición de objeto. No pasa lo mismo en el caso de la demografía. Aquí, los colectivos sólo metodológicamente y en la relación de conocimiento son objeto de la operación

¹ Marcello Boldrini, *Demografía*, pág. 405.

del científico, pero en verdad éste no puede ignorar, al buscar comprender el comportamiento de ellos, que son sujetos para sí, y de esta condición derivan las reacciones y los fenómenos, incluso los demográficos, que manifiestan. En un censo el demógrafo es él mismo censado; es, pues, un censador-censado, y por eso tiene la oportunidad de percibir en sí mismo cómo deben sentirse los objetos-sujetos, los *otros*, sus semejantes, que tiene por función estudiar.

El comportamiento de una población, si resulta de la mediación de lo social, tiene por principio último la realidad concreta de cada elemento que compone el colectivo. Se encuentra ahí un determinante supremo de los hechos que después aparecerán en la escala demográfica, el cual escapa al análisis, a la medida, al empadronamiento, y, tiene por origen más profundo la libertad, que es el carácter definidor del ser del hombre. Claro está que la demografía se organiza en un plano en que, consciente, metódicamente, decide ignorar este factor a efectos de constituirse como ciencia. Pero si tal actitud es legítima en la organización específica del campo del trabajo demográfico, el especialista, como portador de una racionalidad que no pone a sí misma ningún límite, no está dispensado, en su afán de comprensión, de descender a los fundamentos extremos de la realidad que estudia. Por eso necesita, cuando pretende sobrepasar la simple esfera práctica de la ciencia, el concurso del pensamiento teórico. Desde este ángulo la consideración de la esencia del hombre como existente concreto en colectividad agrega un nuevo y decisivo argumento en favor de la limitación de la validez de las conclusiones experimentales para la demografía humana. El carácter de concreción es un existencial, y no se confunde, por tanto, con la noción de *individualidad de las poblaciones*, discernidas por demógrafos de tendencias naturalistas. Para éstos, la *individualidad de las poblaciones* se basa en caracteres de la especie, lo que acontece en todas las formaciones colectivas de los seres inferiores al hombre.¹ Sin embargo, hay que formular una distinción decisiva: la individualidad de las poblaciones animales es de orden natural, mientras la de las poblaciones humanas es de orden histórico. El animal se representa en sus caracteres *demográficos* por la mediación de la especie, la cual, por ser de orden natural, señala los mismos rasgos a todos los elementos individuales que la componen; el hombre, en cambio, se representa en sus caracteres demográficos por la mediación de la sociedad. Lo que constituye la condición en virtud de la cual cada individuo figura en el conjunto, no es un factor biológico, sino histórico. Cada población es demográficamente lo que su historia determina que sea. Como, sin embargo, esta historia se hace en amplio margen por la acción consciente de los hombres, éstos

¹ Livio Livi, *Trattato di Demografia*, vol. I, pág. 3.

208 son, por interrelación dialéctica, simultáneamente causa y el efecto de las alteraciones demográficas que sus conjuntos poblacionales manifiestan.

Tanto entre los hombres como entre los animales la densidad de los conjuntos influye sobre los caracteres morfológicos y las variables demográficas de las poblaciones. En el caso de las especies inferiores los individuos sufren pasivamente la acción del medio, no lo pueden alterar por iniciativa propia, son apenas objetos de la acción de una situación natural. En el hombre la acción consciente ejerce influencia causal modificadora sobre las condiciones del medio, pero los determinantes y los condicionamientos de tal actividad son de orden histórico, se refieren a las disponibilidades de recursos materiales y dependen del instrumental técnico existente, que es en cada momento un producto de la evolución cultural, para transformar la coyuntura en que transcurre la vida del grupo. La duración de vida de un animal en una colonia, aunque determinada por las condiciones del grupo, es un hecho natural; la del hombre en sociedad es un hecho histórico, porque el hombre, por la mediación de la conciencia y su capacidad de modificar la realidad, altera el sistema de determinaciones puramente orgánicas que sobre él inciden y que, de no ser así, lo reducirían al caso de las cohortes animales. Conviene insistir, al reflexionar sobre el concepto de duración de la vida, aunque en su aspecto puramente biológico, sobre la diferencia entre el animal, que sólo vive, y el hombre que, por su acción creadora del medio, sobrevive. En una colonia de animales la densidad de población influye por su límite máximo, pues a partir de cierto valor, aun habiendo alimentos en cantidad teóricamente suficiente, no hay probabilidad de ejercicio de las actividades vitales normales; la densidad de las poblaciones humanas, en cambio, influye sobre todo por su límite mínimo; como dice Chevalier: "La vida social exige el mínimo de poblamiento necesario a la división del trabajo y a la lucha contra las amenazas de todo orden", o también, "una sociedad humana no puede desarrollarse y debe extinguirse si no alcanza una cifra mínima de población".¹

Se observa con plena nitidez en este paralelo la diferenciación entre la situación del animal, que sufre pasivamente las condiciones del medio, y la del hombre, que construye por su acción voluntaria el medio en que se va a desarrollar. Por eso, para este último, el factor cantidad tiene por límite un mínimo, debajo del cual ya no cabe hablar de estructura social diversificada en funciones múltiples. El concepto de trabajo es de importancia primordial en la construcción de la teoría demográfica. Al contrario de lo que piensa la demografía descriptiva, para la cual el trabajo sólo aparece como un ítem, entre

¹ Louis Chevalier, *op. cit.*, págs. 139, 137.

otros, de la distribución por clases de la población, para la visión crítica el trabajo es un concepto original, constitutivo de los fundamentos de la demografía como ciencia. Si ésta tiene el carácter antropológico-existencial que le atribuimos, no es por la mera naturaleza social e histórica de los conjuntos humanos; es, sobre todo, porque éstos sólo se organizan y sostienen por el trabajo que ejecutan. La cantidad y cualidad del trabajo, sus formas y regímenes de producción, no son un simple dato, entre otros, en el registro demográfico. Son los propios determinantes de la realidad demográfica, pues el trabajo de cierto tipo condiciona la mayor natalidad, generalmente compensatoria de la alta mortalidad en baja edad, y la distribución de los demás factores. La razón de este hecho es que, precisamente por el trabajo el hombre crea, modela el ambiente social, que, en seguida, funciona como mediación entre el dato biológico puro y la expresión demográfica. Por eso, cuando nos referíamos al papel de la conciencia como organizadora de las condiciones sociales, y decíamos que esta capacidad es definidora de la realidad de la población humana, todavía no habíamos llegado al grado último de concreción. Solamente ahora, cuando mencionamos el trabajo como la forma según la cual se materializa la acción social de la conciencia, tocamos el fondo de la cuestión y distinguimos el factor final del cual procede la cualidad objetivamente distintiva de los agrupamientos humanos. Lo que hace realmente distintos estos colectivos e imposibilita casi totalmente la aplicación de los resultados de la experimentación de laboratorio a los grupos humanos, es el hecho de que el hombre trabaja y el animal no trabaja. La reflexión sobre el concepto del trabajo nos dará las ideas necesarias para esclarecer este problema y muchos otros de la ciencia demográfica.

Por todas estas razones se comprende que, aunque las experiencias de laboratorio produzcan resultados que sugieren la posibilidad de su aplicación al proceso demográfico humano, esa transferencia sólo debe hacerse ponderando las diferencias que señalamos y no por proyección o traducción mecánica. Es lo que ocurre cuando se busca comprobar el modelo logístico *a priori* con verificaciones experimentales. Sabido es que la curva de crecimiento de los tejidos *in vitro*, lo mismo que ciertos cultivos de células aisladas, se comportan según la curva logística. También el desenvolvimiento volumétrico de ciertas células vegetales y el de algunos animales, como el ratón blanco, se produce de conformidad con la curva logística. Hasta el desarrollo de ciertas características humanas, como el peso o el volumen de algunos órganos, crece en proporción logística. Pero de ahí no se sigue que el crecimiento de una población humana sea del tipo logístico. La verificación experimental no da fundamento para la aplicación de ese modelo al caso humano porque, en primer lugar, el concepto de *población* referido al colectivo humano y a colectivos animales, vegetales o a un

210 cultivo de células, sólo posee valor analógico. Pero nada obliga a que se tenga que concluir de un particular a otro particular. Hay semejanzas formales, abstractas, exteriores; con todo, nada que revele un nexo interno, una razón lógica de similitud concreta. En segundo lugar, el crecimiento de los ágregados de células en cultivo o en tejidos es determinado por procesos que se fundan en el crecimiento previo de cada elemento celular, en la hipertrofia de éste hasta el momento en que se da la reproducción de la célula. La multiplicación de la especie humana no obedece a este mismo condicionamiento. De modo que, aun dejando de lado las razones generales, teóricas, que invocamos, sobre todo el papel especial de la conciencia y del trabajo en la construcción intencional del colectivo, las simples ponderaciones de orden biológico ya ofrecen argumentos para limitar la transferencia de las conclusiones del laboratorio al plano de la realidad demográfica.

EL PROBLEMA METODOLÓGICO DE LAS PROYECCIONES EN DEMOGRAFÍA.

Bajo este título pueden entenderse dos cuestiones diferentes: o la crítica de los procedimientos técnicos, comúnmente llamados *métodos*, por los demógrafos para calcular el volumen y la composición de una población no efectivamente censada; o la crítica de los principios lógicos y de los fundamentos que sirven a estas operaciones. Nuestro interés está predominantemente en lo segundo, aunque sin olvidar que esos aspectos no existen uno sin otro, ni dejan de ejercer sensible acción recíproca. En efecto, y éste es el primer punto que señalar, los procedimientos técnicos corrientemente practicados en demografía son resultado de las concepciones teóricas, de fondo, que justifican y posibilitan esas técnicas; pero, inversamente, su ejecución se torna preciosa fuente de puntos de vista críticos sobre los principios y bases que utiliza, lo mismo que importante factor para el hallazgo de nuevas técnicas que corrijan o perfeccionen las existentes, o conduzcan a invenciones originales. Encontramos aquí una nueva instancia que documenta la unidad del pensamiento y la práctica en el desarrollo de la ciencia.

El problema de las proyecciones en demografía deriva de la esencia de esta rama del saber. Es bien conocido que esta ciencia tiene como finalidad principal la determinación del estado de una población en el momento en que se procede a un censo, y la descripción de los fenómenos dinámicos que en ella se suceden, los cuales revelan la íntima relación mutua de las causas que engendran la alteración del estado. Una población es un proceso permanente de surgimiento y supresión de estados, en el cual actúan factores de diverso orden: biológicos, económicos, sociales, psicológicos, políticos, existenciales... Por el reconocimiento teórico de su naturaleza como ciencia que se refiere a un proceso histórico, la demografía se ve compelida por necesidad natural

a indagar cuál fue la realidad de la población en los intervalos en que no se la examinó directamente, y en particular cómo será en lo futuro. A esta razón teórica, que señala naturalmente a la investigación demográfica un tercer campo, allende la investigación del estado y de la dinámica, se suman motivos prácticos que se ligan a lo que se podrá llamar la *fertilidad* de la demografía, y que muchos demógrafos conciben bajo el término, a nuestro juicio: confuso e impropio, de *política poblacional*. Existen, pues, motivos teóricos y prácticos para que el demógrafo no desee limitarse a ser un mero revelador de situaciones actuales o pasadas, intentando, en beneficio de la ciencia que cultiva, y mirando la utilidad práctica de tal empresa, descubrir cómo será en época futura la población que ahora conoce. Esta actitud metodológica es razonable y compartida por todas las ciencias que estudian procesos, sean sociales, sean históricos. Es inevitable que el espíritu indague cómo será la realidad futura, desde que el objeto de que se ocupa es algo que existe y perdura en el tiempo, está sujeto a la acción de factores cuyo resultado se aprecia hasta ahora, y el conjunto, presenta una cierta uniformidad en su evolución.

La tendencia a anticipar la realidad futura no se confunde con la profecía. Cuando el demógrafo se aplica a concebir con anticipación lo que podrá ser la realidad de una población o de la población total del globo, no está practicando lo que se podría llamar *demomancia*. No está adoptando una actitud mágica, sino desempeñando una actividad científica, desde que tenga el conocimiento de los principios a que debe ceñirse, del valor y límites de los métodos que utiliza y de la validez de los resultados a que puede llegar. Los más responsables especialistas son cuidadosos en salvaguardar la diferencia entre *predicción* y *proyección* demográfica. La predicción se caracteriza como actitud metodológica acritica, dogmática, que vaticina, por ejemplo, que las tasas de fecundidad, de mortalidad o de migración de un conjunto deberán mantenerse inalteradas, y parte de esta suposición para el cálculo de los aspectos futuros. La proyección, en cambio, resulta de otra actitud metodológica y procede por medio de otra técnica. Por un lado, admite que los métodos hasta ahora vigentes deben ser tomados como base apenas a título operatorio, sin privilegio de estabilidad, antes con la noción de que se fundan en la utilización de parámetros modales de empleo aleatorio, para el cálculo de un resultado que no sobrepasa los límites de determinada probabilidad. Por el lado práctico, igualmente, la proyección recurre a suposiciones de múltiples valores presumibles sobre la fecundidad, la mortalidad, las migraciones, en el conjunto de la población futura. La tendencia actual es en el sentido de la utilización creciente del término, *estimativa* para designar el cálculo de las características de estado y de movimiento de una población relativas a otro momento diferente de aquel en que se recogen los datos objetivos.

Se distinguen tres tipos de **estimativas**: las intercensales, referentes a la situación en el intervalo entre censos consecutivos; las postcensales, son las evaluaciones referentes al período comprendido entre el censo anterior y la época actual, y las estimativas futuras, las principales proyecciones, que procuran prefigurar la situación demográfica a partir de la actualidad. En este sector particular de la demografía, el método dominante es el estadístico. Las técnicas desarrolladas por la estadística encuentra aquí su más amplia área de aplicación, porque se trata de suplir por el cálculo lo que la realidad, todavía inexistente, no puede dar. De ahí el inevitable margen de inseguridad que afecta a toda proyección de esta especie. De todos modos, es siempre sobre la base del conocimiento de lo pasado —y aquí lo presente puede ser interpretado como tiempo ya transcurrido—, sobre la que se intenta prever la realidad futura. Se supone que las tasas de variación de fecundidad, por ejemplo, se mantendrán casi estables, si ésa era la tendencia anterior, o se modificarán en el mismo ritmo observado, al cual el calculista aumenta arbitrariamente cierta franja de variación. Obsérvese, con todo, que el mejor conocimiento de lo pasado no constituye garantía de mayor seguridad en la previsión. Esta reflexión es de gran importancia, porque nos indica que no estamos practicando un raciocinio inductivo, sino un procedimiento con base en un proceso estocástico. Si fuera inducción, el conocimiento más exacto de los casos anteriores, que fundamentan la conclusión interpretativa, aumentaría la probabilidad de aproximación a la verdad. En la prefiguración demográfica, sin embargo, la incertidumbre es intrínseca a la conclusión proyectiva porque depende de un juego de factores reales que no pueden ser controlados ni en lo pasado ni en lo futuro. De ahí deriva el inevitable margen de inseguridad que la ciencia procura estrechar, lo que intenta de dos modos: eliminando las tendencias inductivas, que no caben en el particular; e investigando con mayor precisión los efectos de los factores objetivos del proceso demográfico. Por eso, dice un demógrafo, bien que sin parecer comprender los motivos metodológicos que dan veracidad a su frase: "Aunque nuestra comprensión de lo pasado fuera más completa, lo futuro es inevitablemente incierto. Por tanto, es de desear que no se pretenda ninguna certeza en lo que se refiere a las tendencias demográficas futuras. *Proyección* es un término que no implica nada más que un cálculo ilustrativo basado en ciertas suposiciones dadas".¹ Precisamente aquí está la diferencia respecto a la inducción habitual. En ésta los elementos de que se parte son datos de la realidad, cuyo valor es definido por su naturaleza empírica, y por eso tienen que ser aceptados tal como se presentan, tal como son conocidos, sin posibilidad de intervención, elaboración o arreglo de parte del investigador. En las estimativas demográficas, empero, existe el derecho

¹ K. C. Zachariah, *Notes on Population Projections*, Demographic Training and Research Centre, Bombay, pág. 4.

de *presumir*, de *presuponer*, *admitir* la conservación o la alteración regular de ciertos índices y tendencias del proceso poblacional. Sin duda, tales presuposiciones no son arbitrarias o fantásticas, sino que buscan reflejar lo más posible el sentimiento de la realidad. Pero no dejan de ser presuposiciones. 213

Ahora bien, justamente en la elección de los presupuestos se manifiesta la comprensión que el especialista tiene de la totalidad de la ciencia que profesa. Confrontemos dos casos distintos: el del demógrafo de visión exclusivamente estadística con el de otro, poseedor de una concepción antropológico-existencial. Para el primero, las estimaciones serán guiadas por el mayor o menor grado de confianza que le merezcan los empadronamientos y los registros, su disponibilidad y su consistencia. Si estos datos son puestos a su disposición con razonable margen de seguridad, las proyecciones se hacen por vía de hipótesis matemáticas simples, como cuando se basan en la admisión de que la variación de la población es exclusivamente función del tiempo. Este método, llamado habitualmente *matemático*, supone que todos los parámetros incluidos en la función pueden ser expresados en términos numéricos obtenidos de los censos anteriores. La simplicidad del método matemático, sea que se suponga que el crecimiento poblacional se hace linealmente o en progresión aritmética, sea que se admita un crecimiento logarítmico, señala la ventaja de esta forma de computar, pero también sus límites. Cualquiera sea la técnica de cálculo empleada, en estas proyecciones se obtiene una *curva de crecimiento* como función exclusiva del tiempo. En este caso la población está tomada como un todo, y se *supone* que los factores de su variación cuantitativa, aunque cualitativamente distintos, actúan en el tiempo según regularidades estadísticas, de modo que la consideración del todo de la población engloba y absorbe la diversidad de acción de los múltiples factores, y los expresa como su resultante final. Esto significa, en verdad, la reducción del movimiento de una población, que sabemos es un proceso histórico, a un proceso mecánico de tipo estocástico.

No es preciso insistir en que este *modelo*, que no es falso dentro de los límites de su campo de conjeturas y que puede prestar servicio en evaluaciones globales, especialmente para fines de interpolación, es fruto de un conjunto de presupuestos metodológicos que tal vez escapen al operador, pero que la crítica debe señalar. En primer lugar, el tiempo no es el parámetro único del proceso demográfico, sino el soporte de todas las variables, cualitativamente distintas, que en él actúan; es el envolvente, el continente del proceso, y por eso nada esencial dice de él, sino la tautología de que se trata de un proceso. Pero el error más serio en cuanto a los presupuestos metodológicos implícitos en esta actitud mecanicista, está en que admite que lo futuro es el prolongamiento, cualitativamente idéntico, de lo pasado,

214 o sea, desconoce el principio de emergencia de lo nuevo en el proceso social, en el cual las variables demográficas figuran apenas como caso especial. Precisamente esto jamás es olvidado por el demógrafo dotado de espíritu crítico, de una visión antropológica, cultural, de su ciencia. Para él, el proceso histórico es fuente de permanente florecencia de algo nuevo, de modo que no se puede referir al pasado de la misma manera como se dibuja la prolongación de una curva que se extrapola. La naturaleza social de la realidad demográfica, el carácter de las mediaciones que se ejercen entre los factores causales y los efectos constatados, desmienten la pretensión de validez exclusiva de los modelos matemáticos mecánicos, aunque no se les niegue el valor que legítimamente poseen. No se juzgue, sin embargo, que al destacar el principio de la originalidad en el curso histórico, estamos privando a la demografía, y a las ciencias sociales en general, de la posibilidad de previsión teórica de la realidad futura. Eso sólo acontecería si concibiéramos el proceso histórico como irracional, como *ilegal*, en el sentido de no estar sometido a leyes. El punto de vista crítico consiste exactamente en lo contrario. Para el pensador dialéctico, lo nuevo, que siempre se espera, es el resultado de lo actual y de lo pasado. Sólo que no es un resultado mecánico, y por eso no puede ser aprehendido con los métodos de pura proyección estadística. Lo nuevo es algo cualitativamente distinto de lo existente, aunque surja de éste por leyes históricas ineluctables. Estas leyes, por ser de gran generalidad, aunque de fundamento concreto, no determinan la previsión del caso individual aislado, la situación instantánea, en la singularidad de su ocurrencia, sino en la relación con las condiciones objetivas de inteligibilidad de que se revisten todos los casos y hechos singulares y que dan a éstos la posibilidad de ser comprendidos y traducidos en ideas.

En la cualidad y cantidad de la población actual se están gestando las causas de su movimiento y las determinaciones que la harán presentarse con tal estado y tales tendencias en lo futuro. Por eso, los métodos prospectivos, aunque utilicen técnicas de cálculo numérico, y no podría ser de otro modo, no se reducen, en cuanto métodos, al contenido de estas técnicas, pues se guían por presupuestos teóricos de naturaleza completamente diversa. En el conocimiento y la crítica de estas premisas tiene que concentrarse la atención del demógrafo advertido. Cuando el calculista proyecta la cantidad de una población futura basándose en la suposición de un crecimiento parabólico, según la fórmula $P_t = a + bt + ct^2$, está imaginando que los factores cualitativos que han actuado para traer la población desde su pasado hasta el momento P_0 continuarán desempeñando la misma acción, una acción que nada original producirá, y por eso puede ser ignorada, pues no perturbará, con la producción de aspectos inesperados, su resultante, que es considerada sólo como una cantidad total de gente. Pero esta suposición es

irreal, desconoce una de las leyes del proceso objetivo, la que declara que con la variación de la cantidad en el tiempo se altera la cualidad de los efectos que un mismo factor, o conjunto de factores, produce. De ahí la aparición de lo nuevo en función precisamente del aumento cuantitativo, que la demografía formal juzgaría ser causa sólo de la intensificación de las calidades anteriormente observadas. La variación de la cantidad hace variar la cualidad de los factores de estado y movimiento de la población, pero la variación de éstos produce, a su vez, una variación de la cantidad total en otro momento, subsiguiente, del proceso. Justamente en esta interacción de la cantidad que altera las cualidades y de las cualidades que alteran la cantidad está la esencia objetiva profunda del proceso poblacional. La admisión del presupuesto fundamental de la teoría formal, matemática, conduce al error y a la infecundidad científica, por cuanto deja de alertar al espíritu para la búsqueda de valores y situaciones inéditas.

La visión mecanicista estrecha las posibilidades prácticas del procedimiento prospectivo en demografía. Su mayor defecto está en no contar con la aparición de nuevos factores del proceso poblacional. Uno de éstos es, para ejemplificar, el político. El cambio de cualidad social, de régimen político, no figura en las expectativas del demógrafo formalista, de modo que, cuando ocurre y produce efectos demográficos inesperados, le deja perplejo. Un grupo de autores, al examinar el desarrollo previsible de la población europea, confrontándola con la de la Unión Soviética, admiten, como dice Chevalier, "que la URSS registrará, con un cierto atraso, ese declive de fecundidad que ha aparecido en la Europa Occidental desde mediados de siglo XIX y en la Europa Oriental y Meridional en vísperas de la guerra. Como las mismas causas producen los mismos efectos, el desarrollo de la civilización técnica del tipo occidental deberá producir en Rusia también una baja de la fecundidad".¹ Se retrata en esta frase el espíritu formal en la expresión "como las mismas causas producen los mismos efectos", pues el autor sólo entiende por causas las del tipo mecánico o físico, sin referencia a la diferenciación de cualidad de la acción causal, inherente a las causas del tipo social e histórico. Por ahí se ve que los autores relacionados piensan apenas en un proceso iterativo, en el cual lo existente produce lo futuro existente según una determinación monótona. No hay lugar para un hecho original, especialmente social o político, que subvierta el flujo causal invariable.

Otros demógrafos, sin embargo, perciben la insuficiencia de este esquema y lo corrigen con reflexiones que se aproximan al modo de

¹ Louis Chevalier, *op. cit.*, pág. 258. Se refiere este autor a la obra colectiva de Notestein, Taeuber, Coale, Kirk y Kiser, *La population future de l'Europe et de l'Union Soviétique, Perspectives démographiques, 1940-1970*, Ginebra, S.D.N., 1944.

216 pensar dialéctico. P. George muestra la debilidad de esta argumentación que presume que "a medida que los progresos técnicos y sociales penetran de oeste hacia el este en la vieja Europa, la vitalidad de las poblaciones disminuye", al declarar: "ni el progreso técnico ni el social en sí mismos son directamente responsables. Cuando se asegure al individuo la posibilidad de seguir el ritmo del progreso general, cualquiera que sea el número de sus hijos, si al mismo tiempo se torna para él un deber no limitar el crecimiento de su familia, las razones del malthusianismo desaparecen".¹ En el caso, las razones de alteración de la tendencia demográfica son de tipo claramente político. En tales condiciones la previsión social mecánica pierde todo sentido. Aunque sin recurrir a una interpretación más profunda, la obra editada por las Naciones Unidas respecto a las tendencias demográficas destaca la importancia de los factores históricos, con la consiguiente limitación de las proyecciones estadísticas: "Está demostrado que las tendencias demográficas, si bien son más estables que muchas otras características de las sociedades humanas, están sujetas a cambios considerables dentro de períodos de pocas décadas e incluso de pocos años. Una previsión segura de la futura población sólo sería posible si se hubiesen establecido leyes demográficas universales y si se pudiese conocer de antemano las circunstancias sociales y económicas que habían de influir en el cambio de la población".²

La confianza que merece una estimación no depende sólo de las técnicas particulares con las cuales se ejecuta; en alta proporción deriva de la naturaleza de las hipótesis de que se vale el demógrafo para la transferencia de lo pasado hacia lo futuro. El especialista sin espíritu crítico juzgará tal vez que estas hipótesis son de fundamento exclusivamente empírico, o aun, en el peor de los casos, puros ensayos arbitrarios. Será preciso que conozca la fundamentación lógica del proceso demográfico para que comprenda que existen leyes objetivas, las cuales, aunque no permitan prever con exactitud la particularidad de hechos que, por su naturaleza son de orden estadístico, influyen sobre la elección de las hipótesis de que se sirve el calculista para sus proyecciones. Basta que el pensamiento se desplace de la exclusiva admisión de una base biológica como explicación de los fenómenos demográficos, la aceptación del papel predominante del terreno social, para que luego se prefieran ciertas suposiciones generales, como la de que los fenómenos demográficos estarán cada vez más influidos por los movimientos sociales y políticos, o la de que los hechos de determinada área nacional dependen tanto más de la totalidad de los problemas humanos cuanto

¹ P. George, "Esquisse d'une étude démographique de l'Union Soviétique", en *Population*, 1946, N° 3, pág. 411.

² Naciones Unidas, *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas*, pág. 159.

En el siglo pasado, en la época en que la demografía era apenas una realización científica en la cual se manifestaba la superioridad económica y social de las naciones entonces dominantes, muchas de las cuales debían su subsistencia y prosperidad a la explotación colonial, los movimientos y tendencias de sus poblaciones reflejaban, sin que sus hombres de ciencia se percataran de ello, la relación de dominación sobre las áreas dependientes. Cuando se pasa, como actualmente, a otra fase histórica, en que esas áreas atrasadas y sumisas se hacen independientes y procuran suprimir el desnivel que las separa de las más adelantadas, este hecho es de naturaleza total, afecta a la universalidad de los fenómenos sociales, entre ellos los demográficos. El tipo, la forma de colonización constituye un hecho histórico de alta relevancia, que se traduce en la esfera demográfica condicionando el proceso de desarrollo de los fenómenos poblacionales en la región dependiente y explotada. Cuando la colonización se hace por trasplante, por *metástasis* de la sociedad europea original, prácticamente sin alteraciones para regiones lejanas deshabitadas, escasamente pobladas o en las cuales fue fácil repelir o extinguir los grupos autóctonos e instalar una sucursal de la metrópoli, el tipo de crecimiento demográfico será evidentemente igual, paralelo o muy similar al del centro de irradiación. En cambio, cuando la minoría invasora europea se va a instalar sobre áreas culturalmente distintas, a veces realmente atrasadas, otras sólo de civilización diferente, aunque, en su especie, representativa de realizaciones históricas igualmente superiores, el cuadro demográfico de tales áreas conservará las características de la situación local tradicional, pues el dominador, aunque lo sea políticamente, étnicamente es de hecho el dominado. La demografía, al mostrar la permanencia de las tendencias ancestrales, vale en este particular como un precioso certificado histórico de la no descaracterización, de la conservación de las raíces naturales del grupo conquistado, revelando, por la resistencia al cambio, ser él en verdad el conquistador del conquistador. Solamente así se explica la situación, de lo contrario sorprendente e inexplicable, de que regiones coloniales como Australia, Nueva Zelandia, Canadá, se presenten demográficamente con perfiles próximamente semejantes a los de la metrópoli, mientras otras áreas coloniales, como Africa en general, el Sudoeste de Asia o el Archipiélago Indonésico conservan los índices de atraso económico y social y los mismos rasgos demográficos que tenían antes de la conquista. De este modo se comprende porqué no se manifestarán en Java, Sumatra o Borneo los rasgos demográficos representativos de la metrópoli holandesa.

Hemos recordado esto para demostrar cómo el factor histórico tiene que estar constantemente presente en el pensamiento del demógrafo. Las

121 hipótesis que elabora para constituir el marco de referencia o de sustentación de las suposiciones proyectivas, no pueden fundarse en la mera observación de los resultados precedentes, pues esto significa, inconscientemente, suponer que las situaciones sociales y políticas que han dado origen a tales resultados serán las mismas que prevalecerán en el porvenir, o en otra área. Esta suposición significaría convertir el pasado en valor eterno, admitir la repetición invariable de las mismas causas; en suma, sería negar la esencia del proceso histórico, que consiste en la constante emergencia de lo nuevo. Cuando el demógrafo de áreas europeas, una década atrás, hacía previsiones locales o en escala mundial, contaba ciertamente, aunque no lo dijera o supiera, con el prolongamiento de la situación en que vivía, o sea, con el mantenimiento de los vínculos coloniales, que tan decisiva influencia ejercen, entre otros, sobre los fenómenos de emigración e inmigración, y que, por garantizar un alto nivel de vida metropolitana, influyen en la tasa de fecundidad del área central. En el año 1960, con la liberación política de casi todo el continente africano, se ha modificado el panorama, y este hecho tiene significativa traducción demográfica. El especialista francés o belga, que digamos, en 1955 no contara a lo menos como acontecimiento teóricamente posible, con la pérdida de Argelia o del Congo, se forjaría una falsa imagen de las respectivas realidades nacionales, que ya en aquel momento contenían los gérmenes de la próxima independencia de dichos países africanos. La previsión demográfica francesa o belga no podía incluir entonces, es evidente, como hecho cierto, la liberación de las antiguas colonias, pero la teoría de las previsiones que no tomara en cuenta alteraciones sociales de esta magnitud era insuficiente ya en aquella época.

Resumiendo, repetimos que en las proyecciones y estimaciones, tenemos que distinguir metodológicamente los procedimientos técnicos de prospección y el cálculo estadístico, de las hipótesis generales que fundamentan y dirigen la aplicación de esos procedimientos. Los autores insisten con frecuencia en la necesidad de depurar las técnicas proyectivas, esperando que de su mayor precisión resulten conclusiones más exactas. Hay motivos para creer que las posibilidades de éxito por la mejoría de ese factor son limitadas. En lo esencial, al pararse los métodos matemáticos posibles son conocidos y se utilizan correctamente. Lo que podrá traer más exactitud a los resultados de las proyecciones y previsiones demográficas será el mejor entendimiento y aplicación en la elaboración de hipótesis directivas de la prospección. A este propósito debemos llamar la atención sobre la importancia creciente mayor del concepto de totalidad social, y su papel, no solamente para esclarecer el pensamiento demográfico en general, sino, particularmente, para la formación de las bases técnicas de las técnicas proyectivas. Los datos de los censos globales o analíticos de lo pasado solo

rendirán el máximo que permiten cuando se considere la situación demográfica revelada en cada época por las encuestas, dentro del marco de la totalidad social entonces existente. Un censo constituye un índice de una etapa histórica vivida por una colectividad. Si no se tomase en cuenta todos los aspectos de la realidad en cierto momento, apenas en su reunión cuantitativa y en su entrelazamiento y la acción recíproca de los factores objetivos, revelados, la imagen censal se tornaría inexpressiva y casi inutilizable como punto de apoyo para previsiones. Encontramos en un ensayo de John V. Grauman cierta aproximación al concepto de multiplicidad de factores, pero no parece que esté presente la noción decisiva, la de totalidad dialécticamente interpretada. Este autor, refiriéndose al hecho de que en el campo social las condiciones experimentales no pueden ser producidas a gusto, lo que excluye la verificación de una predicción en la cual sólo se considera un número limitado de factores, dice: "El número de factores posiblemente relevantes es demasiado grande para la capacidad humana de concepción". Y agrega: "La predicción, entonces, está confinada a sistemas en los cuales solamente se incluye un número manejable de factores. Debería comprender si es posible, una selección de aquellos hechos cuya relevancia es máxima". Seguidamente dice que sólo la prueba de la experiencia confirmará más tarde si se ha hecho una elección relevante.¹

Esta es otra buena oportunidad para apreciar la debilidad teórica de la metodología formal. El demógrafo perspicaz comprende la existencia de una multiplicidad grande en principio, y hasta infinita, de factores, en la determinación de cada coyuntura social. Como no le es posible abarcar a todos, o se siente desalentado y prefiere tal vez abandonar el propósito de proceder a proyecciones, juzgando demasiadas las dificultades; o elige otra actitud, la de seleccionar, sin criterio definido, los aspectos que parezcan más relevantes para tomar en cuenta solamente éstos en el cálculo proyectivo. La postura dialéctica nos da otra manera de enfocar el problema. En primer lugar, dota al espíritu de categorías lógicas de validez necesaria, entre ellas la de totalidad. A partir de este concepto, la realidad social se revela compuesta de un número infinito de aspectos y factores, pero ahora se los entiende en su mutua conexión interna, lo que hace a cada cual índice y representante de todos los demás, en vez de estar sólo yuxtapuestos, de coexistir en el todo social. Cualquiera de ellos es la manifestación del conjunto y tiene por función traducirlo. Aplicado al problema demográfico, este concepto permite superar la idea de que el número de factores posiblemente relevantes en el cálculo proyectivo es demasiado grande para la capacidad humana de concepción. El es-

¹ John V. Grauman, "Population Estimates and Projections", en *The Study of Population*, pág. 545.

píritu descubre ahora que no precisa recoger todos, ni eso agregaría gran cosa a la verdad de la comprensión de un momento de la realidad. Lo que se debe llamar *factor relevante* no es aquél que arbitraria o aparentemente se muestra tal, sino lo que refleja en condiciones de percepción más favorable el estado del todo. La elección de este factor, o mejor, de éstos, pues siempre serán varios, deriva evidentemente de la capacidad de discernimiento del científico, pero ésta sólo es fecunda cuando está iluminada por una correcta teoría metodológica. En la gran mayoría de los casos, la elección de los factores relevantes de una situación social depende del juicio acerca de cuál sea en el momento la contradicción principal de la sociedad en estudio. De esa contradicción dependen con frecuencia los aspectos objetivos relevantes que servirán de marco de referencia para las proyecciones poblacionales.

La diferenciación de cuáles sean los factores relevantes de una coyuntura es, desde luego, parte de las hipótesis que van a dar base para las proyecciones demográficas. Ejemplifiquemos con el caso de la mortalidad infantil. Para apreciarla en una prospección de medio o largo plazo, es indispensable situarla en el marco de las condiciones históricas del país, en particular de las contradicciones, principal y secundarias, en él existentes. Tales condiciones dirán si los factores admitidos como influyentes en aquel fenómeno demográfico son, o no, relevantes. Así, en el país altamente desarrollado, donde la mortalidad infantil se encuentra en nivel razonablemente bajo, no hay motivo para que se admitan como relevantes en las prospecciones actuales los factores que la han hecho bajar, los cuales, de ahora en adelante, ya no podrán prácticamente alterarla. La prospección demográfica puede designar como secundarios tales factores, en las hipótesis que establezca. Pero en el país subdesarrollado, donde es alta la mortalidad infantil, los factores que la originan y que son, en rigor, las contradicciones peculiares de tal sociedad, asumen extraordinario relieve y, por eso, al concebir una proyección poblacional para lo futuro, es preciso conceder la máxima atención al comportamiento de los mismos. Si la sociedad está empeñada en un vigoroso esfuerzo de superación del subdesarrollo y del atraso cultural, hay necesidad de prever cuál será en calidad y extensión la modificación que las condiciones objetivas van a sufrir por la política de desarrollo y de difusión de la cultura, para tomarlas en cuenta en la elaboración de hipótesis configuradoras del cálculo proyectivo. Los factores sociales de una coyuntura son, en principio, un número infinito, pero la constelación de los decisivos para definir la realidad del momento contiene una porción limitada, y aun modesta, de elementos. Son, por lo común, los que dependen de la contradicción social principal y de las secundarias más actuantes. Por eso, lo importante no es la captación cuantitativa, teóricamente irrealizable con carácter absoluto, sino la cualitativa. Y para esto último lo que más

interesa es la concepción general que orienta al espíritu del demógrafo. Un especialista ya citado, Mortara, percibe la importancia de la coyuntura histórica en la sugerencia y fundamentación de las hipótesis que fundamentan las previsiones demográficas: "Se debe, sin embargo, reconocer que las profundas perturbaciones de la vida de los pueblos causadas por los acontecimientos de los últimos cuarenta años han contribuido a hacer arduo el éxito de toda previsión demográfica, justamente en un período en que las propias condiciones políticas internacionales han suscitado mayor interés para esas profecías".¹

La conveniencia de un pensamiento teórico explícito que oriente las proyecciones poblacionales se muestra todavía con más claridad cuando se incorpora otro elemento conceptual de decisiva importancia en estos procedimientos: el factor tiempo y el papel que representa. Según es sabido, las previsiones se realizan por dos procedimientos principales: el de la extrapolación de conjunto, utilizado especialmente para la previsión del volumen global de la población futura, y el de las extrapolaciones particulares, discriminando analíticamente en sus diversos componentes, ante todo por sexo y edad, los elementos de una población. En un caso y en el otro el tiempo es el parámetro de fondo, siendo el único en la primera de aquellas prácticas metodológicas.² El factor tiempo sobresale todavía por su significación en la división, tan importante en el problema de las proyecciones demográficas, entre previsiones a corto y a largo plazo. De este último aspecto deseamos ocuparnos brevemente. No hay límites objetivos, está claro, entre lo que sea un plazo corto o largo. Se trata de una apreciación subjetiva, aunque sujeta en algunos casos a condiciones limitantes que proceden de la naturaleza del problema propuesto. De todos modos, es indiscutible que el concepto o, si quisiéramos, la categoría de plazo, desempeña decisivo papel en la teoría de las previsiones. Y esto, porque la falibilidad de las previsiones crece aceleradamente con el alargamiento del plazo para el cual se proyecta un cálculo demográfico. Los autores son unánimes en esta convicción, que se refleja en el diccionario de las Naciones Unidas: "Las previsiones demográficas suelen ser previsiones a corto plazo, porque el riesgo de error aumenta considerablemente cuando el período de extrapolación se alarga".³ Otra opinión en el mismo sentido es la de Mortara: "No parece probable que ni siquiera ulteriores avances de la ciencia demográfica puedan aumentar mucho

¹ Giorgio Mortara, *op. cit.*

² "Las proyecciones de curvas de crecimiento se basan en el supuesto de que la magnitud de la población o su tasa de crecimiento puedan considerarse como una función matemática del tiempo". Naciones Unidas, *Factores determinantes*, etc., pág. 160.

³ Naciones Unidas, *Diccionario Demográfico Plurilingüe*, Vol. español, pág. 57.

el grado de aproximación de sus previsiones, especialmente las de largo plazo".¹

De estas citas se desprende que los especialistas piensan que la distancia en el tiempo es factor adverso a la mejoría de las anticipaciones del estado de una población. Tenemos todavía algunas observaciones que hacer sobre la noción de tiempo en demografía y por eso le reservamos un capítulo en esta obra. Aquí, sólo deseamos apreciar el significado del alargamiento del tiempo en el problema de las previsiones. Al parecer, los técnicos lo juzgan la principal causa de error de sus profecías. Si así piensan, en verdad están cometiendo una inexactitud metodológica. No es el alargamiento del plazo de alcance en sí mismo lo que determina la mayor falibilidad de las proyecciones. El tiempo, por su simple dimensión, no causa ninguna perturbación en el raciocinio prefigurador de un estado futuro. El tiempo en sí es indiferente; puede ser largo o corto, que en nada influirá sobre los resultados del cálculo, según se ve en la matemática, que no le da especial relieve en el cálculo de las extrapolaciones. El tiempo sólo adquiere la significación de componente decisivo del razonamiento prospectivo por el contenido de hechos sociales que ocurren en él. Son éstos en su realidad, y no su curso, breve o largo, los que dan sentido al concepto de plazo en las previsiones demográficas. Las cuales, en efecto, se tornan cada vez más inseguras cuanto más lejos lanzamos nuestra mirada, pero eso sólo sucede porque con el mayor plazo se crea la posibilidad de un volumen mayor de acontecimientos históricos. El tiempo en sí no constituye causa de fracaso en los cálculos prospectivos; sólo representa una de las condiciones objetivas necesarias para la ocurrencia de mayor cantidad de hechos, que posiblemente no puedan ser abarcados y computados en las hipótesis que sirvan de cuadro de referencia lógica al raciocinio retrospectivo. Es lo que parece comprender un especialista como John V. Grauman, el cual, aunque sin la teoría adecuada, percibe la necesidad de abarcar el mayor número de hechos en el marco de referencia para que las proyecciones puedan convertirse en previsiones: "Las proyecciones para lo futuro pueden ser previsiones si el sistema de hechos es suficientemente amplio".² Añade que las estimaciones sólo adquieren carácter científico cuando se hace una tentativa seria para recoger todos los factores posiblemente relevantes y seleccionar al final aquellos que presumiblemente lo sean más. Estas recomendaciones son fruto de una percepción algo confusa, pero en líneas generales verdadera, de que se mejoraría el margen de seguridad de las proyecciones y aumentaría su alcance en el caso de que se consiguiera disminuir el coeficiente de sorpresa, de inespera-

¹ G. Mortara, *op. cit.*

² John V. Grauman, *op. cit.*, en *The Study of Population*, pág. 545.

bilidad de los acontecimientos demográficos. Si éstos no son exactamente previsibles en su singularidad, el curso del proceso a que pertenecen y que representan puede ser anticipado en sus contornos más amplios. Tomándose en consideración el curso del proceso, si no se llega, como es evidente, a prever un fenómeno concreto singular, se evitan los errores debidos al dogmatismo, muy frecuentes en la actitud formal en demografía.

En el estudio de un problema capital como el de la relación entre la fecundidad familiar y la situación económica de la familia, el examen de los textos sirve para ilustrar la desorientación de los especialistas. No estando debidamente esclarecido este tema, a pesar de su gran importancia, no es lícito incluir en el marco de referencia que sirve de hipótesis a una proyección cuantitativa o cualitativa de la población, cualquier afirmación particular sobre el comportamiento futuro de la fecundidad, con base en la situación de bienestar familiar, pues entre las proposiciones contrarias que podrían enunciarse, la elección es arbitraria, toda vez que ninguna conclusión está asentada con carácter científico en este asunto. En efecto, dice el Manual de las Naciones Unidas: "Está bien establecido que los pobres tienen más hijos que los ricos" (pág. 92). Pero como el concepto de *riqueza*, y sobre todo el modo de medirla, presenta notables márgenes de variabilidad, procurarán los estudiosos especificarla mejor, principalmente distinguiendo los grupos urbanos de los rurales, a fin de examinar si en los dos casos se confirmaba la impresión expuesta en la frase citada. La lectura de los pasajes correspondientes del Manual de las Naciones Unidas revela que ninguna conclusión se justifica a este respecto, pues aun discriminando el concepto de riqueza de acuerdo a las condiciones urbanas y rurales, si algunos estudios confirman la proposición antes reproducida, sobre la mayor fecundidad de las masas pobres, otros la refutan. En la misma página, el Manual, citando estudios realizados en Oslo, nos muestra que no es coherente la relación entre fecundidad y nivel de ingreso pues "la dimensión de la familia disminuye con el aumento del ingreso a partir de los grupos de ingresos más reducidos hasta cierto nivel y por encima se manifiesta una tendencia a aumentar la fecundidad paralelamente al aumento de ingresos. Las parejas con los mayores ingresos tienen, incluso, familias tan numerosas como las parejas de ingresos más reducidos". El caso noruego repite el panorama de Francia. Si nos dirigimos a los medios rurales, estudios hechos en Suecia y en los Estados Unidos, dan el siguiente resultado: "En algunos estudios el nivel más bajo de fecundidad se ha observado en el grupo económico intermedio, mientras que los grupos más pobres y los más ricos tienen familias más

224 numerosas; en otros hay una continua disminución de la fecundidad paralela al aumento de la riqueza".¹

Citamos esto para mostrar lo arduo del trabajo científico de proyección demográfica, toda vez que no está debidamente establecida una de las premisas fundamentales del movimiento de la proyección; la relación entre la fecundidad familiar y la situación económica de cada unidad social. Aceptar como paradigma uno entre los varios *modelos* de esta relación, tiene mucho de arbitrario y explica los fracasos de numerosos esfuerzos prácticos. Lo que la demografía crítica tiene que hacer es plantear el problema de la relación entre la fecundidad y el estado económico en bases lógicas objetivas más profundas y sólidas que las utilizadas hasta ahora, que se revelan insuficientes para el análisis sociológico, según demuestra la disparidad de los resultados estadísticos. Por su variabilidad, indican que no se ha aprehendido la ley del fenómeno, que algo esencial no ha sido tomado en cuenta, y por eso no está todavía objetivamente establecida la relación que debe existir entre la fecundidad y el nivel de renta familiar. La falta de este dato invalida la posibilidad de hacer proyecciones a este respecto. Tocamos aquí de cerca la diferencia entre el factor *tiempo* puro y el factor *insuficiencia de base teórica*, en el establecimiento de previsiones. Se percibe claramente cómo no depende del plazo el error cometido en una estimación, sino de la inadecuación de las hipótesis orientadoras. Los demógrafos repetidamente se refieren a la utilidad del error para la rectificación de las estimaciones. Creen que cada equivocación cometida y averiguada se convierte en causa de más rigor en los cálculos subsiguientes. Pero incluso aquí su visión no parece desprenderse del raciocinio estadístico, y del plano lógico formal. Casi nunca se elevan de la discusión del *error* en términos exclusivamente estadísticos, sin indagación causal, para llegar a descubrir las razones históricas, coyunturales, sociales que están en el fondo de los *errores* demográficos y los explican. "El demógrafo difícilmente puede predecir el curso de la tasa de fecundidad o la migración con gran exactitud".² "En la práctica se han hecho muchos cálculos de ese tipo, relativos a la población futura de varios países, ciudades y localidades, y también del mundo entero. Las previsiones hasta ahora rara vez han resultado absolutamente exactas".³ Las previsiones demográficas son más frecuentemente inexactas que confirmadas por la evolución, posteriormente observada, del colectivo. Su error es lo estadísticamente más frecuente. Pero si continúan practicándose proyecciones y previsiones, no es sólo porque responden a una necesidad

¹ Naciones Unidas, *Factores determinantes*, etc., págs. 92 y 93.

² Hauser y Duncan, en *The Study of Population*, pág. 72.

³ Naciones Unidas, *op. cit.*, pág. 159.

natural de la ciencia; es, sobre todo, porque los proyectistas creen que la repetición de los fracasos es una fuente de conocimiento verdadero, pues permitirá corregir los cálculos anteriores y aproximarlos más a la verdad. Son guiados en este particular, al parecer, por la exclusiva esperanza en la corrección estadística con el auxilio de métodos matemáticos. Lo que nos importa es llamar la atención hacia el otro lado del problema, el de las suposiciones sociológicas siempre implicadas en las hipótesis iniciales. La mejoría del cálculo proyectivo no depende de la fijación más rigurosa del valor de los parámetros o de las variables, sino que deriva de la revisión conceptual de los moldes, de las bases teóricas en que se monta el análisis estimativo. Esta revisión no se hace por aproximaciones, por procedimientos correctivos con auxilio de coeficientes cada vez más estrictos en virtud de las suposiciones cada vez más adecuadas hechas a su respecto, ni por ensayos y errores, sino por la discusión lógica, en particular por el examen de la teoría lógica que fundamenta todo el proceso de pensamiento y el trabajo práctico del demógrafo. John V. Grauman comprende el valor del error en la estimación, y llega a presentir la importancia de dar con sus causas, pero no alcanza los auténticos cimientos del problema, porque, según parece, no sabe dónde buscar el origen de tales divergencias. "El valor teórico de una estimación errada, puede ser tan grande como el de una correcta. Pero sólo puede sacarse de un error una lección cuando la naturaleza del error puede ser adecuadamente definida".¹ Ahora bien, lo que importa es discutir la "naturaleza del error", no solamente en términos de imprecisión estadística, sino en términos de imprecisión sociológica. El concepto erróneo de la realidad actual de las poblaciones, principalmente de la naturaleza y el papel de sus determinantes sociales, constituye la causa de error en las estimaciones referentes a la población futura.

Las equivocaciones en aquéllas tiene por principal factor, no un error de cálculo, sino un error de interpretación de los datos actuales, de concepción sobre lo que significan, el desconocimiento o inadecuado concepto del cuadro lógico dentro del cual se mueve el raciocinio que los manipula. Esto debe merecer mayor atención por parte de los especialistas. El error de un cálculo sobre lo futuro no está en lo futuro, sino en lo presente. Esta convicción nos lleva a intentar definir las causas de error de las proyecciones demográficas. Creemos poder señalar por lo menos cinco causas, o, más modestamente, influencias, que contribuyen a la imperfección en prefigurar el estado y los movimientos de una población futura.

1) En primer lugar, existe de hecho posibilidad de mejorar las técnicas de cálculo estadístico. Aunque este factor sea de elasticidad

¹ John V. Grauman, *op. cit.*, en *The Study of Population*, pág. 551.

226 reducida, no está excluida la hipótesis de que se depuren los métodos de extrapolación, a consecuencia de lo cual la aproximación entre los puntos calculados para el curso previsible de una curva se tornaría mucho más estrecha que la actual. Pero en este factor deben depositarse, a nuestro juicio, menores esperanzas.

2) Como segunda influencia capaz de perturbar el resultado de las estimaciones debemos resaltar la insuficiencia de los datos disponibles. Ahora bien, éstos siempre son sólo relativamente satisfactorios. Ni en cantidad ni en cualidad llegan jamás a la perfección, y los cálculos que en ellos se basan no pueden ser mejores que los cimientos en que se fundan. Si las estimaciones globales de un país, y más las de la humanidad entera, son tan inseguras, se debe en gran parte a las imprecisiones de los censos y del registro civil. Encontrámonos aquí en un terreno de naturaleza sociológica y política. En los países que ofrecen gran diversidad de desarrollo en sus áreas, la ejecución de los cómputos censales está subordinada a un cuadro social local que afecta a la precisión de los resultados. En el conjunto de las condiciones nacionales estas variaciones no pueden ser discernidas con facilidad, y de ahí el error que marca la evaluación presente, que sirve de apoyo a la proyección hacia lo futuro. Este es el factor que ofrece, tal vez, mayores perspectivas de mejoría en el trabajo demográfico y que, convenientemente aprovechado, más contribuirá al perfeccionamiento de las estimaciones. Este objetivo podrá ser alcanzado por dos caminos: por el desarrollo social y económico, que conducirá a la progresiva homogeneidad de la situación general de los países, en especial los subdesarrollados, donde la desigualdad es la regla, dadas las formas vigentes de estructura social, con lo que la imagen demográfica que de ellos se obtendrá será cada vez más fidedigna y permitirá, por tanto, proyecciones más justas; y por otra parte, porque los demógrafos podrán usar el método de las extrapolaciones parciales, que hoy casi sólo utilizan para las discriminaciones cualitativas de edad, sexo, profesión, nivel económico, etc., también en la diferenciación entre áreas desigualmente desarrolladas dentro de un mismo país. En este sentido, se abre un campo casi del todo inexplorado en la investigación demográfica diferencial. Cabría, entonces, a los demógrafos, en íntima colaboración con los sociólogos y economistas, operando en la realidad concreta de un determinado país, distinguir sus diversas áreas de desarrollo y proceder a las extrapolaciones parciales correspondientes, para lo cual se exigirán criterios todavía no establecidos, que sepamos, y después integrar todos estos cómputos proyectivos parciales en la visión de la totalidad futura del país.

3) Como tercer factor causal de inexactitud de las estimaciones conviene registrar al lado de la mencionada insuficiencia de datos actuales, la evaluación frecuentemente incorrecta de aquellos de que

se dispone. No basta tener los datos, es preciso saber exactamente qué significan. Justamente aquí se presenta el problema de los criterios, que en último análisis se refiere al de la naturaleza del sistema lógico utilizado. Se impone en este punto al demógrafo una opción intelectual, siempre individual y libre, entre la concepción lógica formal y la dialéctica. Uno de los aspectos que separan los respectivos terrenos de estos dos modos de pensar la realidad, es la existencia de movimiento, o no, en el objeto de estudio. Si consideramos un ser aparentemente invariable o en un período proporcionalmente corto de su transformación, o aún un proceso de extrema lentitud, la lógica formal proveerá categorías válidas para interpretarlo y sacar conclusiones, incluso prefiguradoras, de razonable veracidad. Si, no obstante, se trata de un proceso más complejo o veloz, ya la insuficiencia y falibilidad del pensamiento formal se revelará claramente. El objeto demográfico es de este último tipo. Una población no sólo se transforma según un proceso dotado en cada momento de velocidad definida entre dos instantes distintos por la variación que sufre entre ellos, sino que esta velocidad es función de las condiciones cualitativas o de la composición del proceso en cada instante. La velocidad de transformación de este objeto es, por tanto, función de su complejidad, en fases distintas del tiempo.

Esta situación excede las posibilidades de representación por las categorías de la lógica formal. Solamente el pensamiento dialéctico puede aprehender e interpretar la realidad de un objeto de esta especie. La noción de población como un proceso en que la identidad del conjunto se obtiene siempre por la eliminación de una parte de los elementos y su substitución, en que el aumento del todo resulta del cambio de las partes, es de tal especie que solamente la lógica no formal se muestra capaz de apreciar con justicia. Cómo se encuadra en el pensamiento lógico el hecho de que dos individuos de sexo diferente al reproducir la especie, aumentan el conjunto aunque al cabo de cierto tiempo desaparezcan, es un tema que se deberá llamar la *dialéctica de la generación* y que merece profundas reflexiones. El concepto de *renovación* es vislumbrado, aunque en una perspectiva enteramente formal, matemática, por un autor como Alfred Sauvy, al decir: "La demografía podría, con una terminología enteramente convencional, constituir simplemente una rama de las ciencias matemáticas que se podría llamar el *estudio de los conjuntos renovados*".¹ El error está en suponer que el elemento cuantitativo, del que la matemática se ocupa, sea el lado principal de la realidad demográfica, hasta el punto de poder servir para definirla.

¹ Alfred Sauvy, *La Population*, pág. 11.

La visión dialéctica, al servicio de una concepción antropológico-existencial, va más al fondo, y revela que no basta la noción de *conjuntos renovados*, de carácter cuantitativo, sino que se impone la noción de *conjuntos reproducidos*, que envuelve otra y mucho más rica connotación. De hecho, en la idea de *reproducción* se entrelazan los aspectos cuantitativos y cualitativos, porque, cuando dos individuos reproducen otros dos y desaparecen, aunque cuantitativamente cabe decir que el total se mantiene inalterado, cualitativamente no es así, pues los dos nuevos son *otros* dos, están viviendo en otra época, son portadores de una conciencia que se relaciona con condiciones objetivas distintas y los lleva a proceder, en cuanto factores demográficos, de manera diversa de los dos anteriores. La realidad social está presente con aspectos originales en el segundo caso, y por eso la igualdad numérica poco significa. La disminución de la natalidad que se observa en ciertos países, en determinados períodos de su historia, no refleja otra cosa. Es que los nuevos progenitores no repiten, aún suponiéndose iguales las condiciones subjetivas, el comportamiento de los anteriores. El examen de estas condiciones es uno de los caminos más promisorios, a nuestro juicio, para la investigación demográfica. Esta se ha preocupado demasiado de registrar cantidades y como no disponía de un instrumento lógico que le advirtiera de la necesidad de profundizar el análisis cualitativo de las situaciones, de la totalidad, sus condicionamientos sociales, económicos y políticos, no ha evaluado el significado de los propios datos que poseía.

4) Ligado a éste, está el cuarto factor de reajuste de las investigaciones proyectivas: la revisión de las hipótesis orientadoras de las estimaciones. Hemos dicho que en ellas se contiene gran dosis de arbitrio y artificio. La precipitación en la elección de los *modelos* tiene que ser cuidadosamente evitada. Para eso, claro está, la primera condición es saber que existe. Advertido de su eventualidad, el demógrafo ejercerá riguroso control crítico sobre los presupuestos de que parte. Sabemos que los especialistas han señalado que las proyecciones no siempre son usadas como previsiones, sino para otros fines, de los cuales el más común es hacerlas valer como *modelos* para el empleo analítico. Como modelos, las proyecciones tienen valor explicativo, al menos provisional, y sirven para la discriminación de aspectos de la dinámica de las poblaciones. En la práctica, la construcción de un *modelo* no significa más que la postulación de una hipótesis global sobre el estado y la dinámica de una población. Tal hipótesis no surge arbitrariamente en el espíritu del demógrafo, sino que es condicionada por factores existenciales, lo mismo que por la masa y cualidad de los datos de que dispone, y también, claro está, por su agudeza intelectual. Avisado del papel de la hipótesis que formula y de la importancia que posee como factor influyente de los resultados

proyectivos, el demógrafo será cauto en producirla. Dedicando mayor atención a la elección y fundamentación de los presupuestos de su trabajo, contribuirá a mejorar las anticipaciones que se proponga efectuar.

5) En quinto lugar, tenemos todavía que observar que, incluso después de corregidas hasta el límite de lo ejecutable, las eventuales causas de imprecisión antes señaladas, todavía permanecerá aleatorio el resultado de los cálculos, aunque grandemente mejorado, porque la imprevisibilidad marginal de los acontecimientos demográficos tiene fundamento objetivo, y, como tal, no puede ser completamente suprimida. La razón de ser de este residuo de indeterminación está en que se trata del efecto de un factor de orden existencial, que deriva de la esencia del objeto de la demografía. Según tendremos ocasión de indicar en el capítulo siguiente, la demografía trata fundamentalmente de la producción colectiva de la existencia humana. Muchos de los factores que influyen sobre este fenómeno pueden ser dominados por el pensamiento analítico, tener sus causas conocidas y ponderadas, y sus efectos cuantificados. Pero en esencia, continúa siendo un fenómeno colectivo que se asienta en gran parte en la decisión de voluntades individuales libres, lo que introduce un agente cuyo comportamiento es irreducible a la previsión exacta. El demógrafo, por la preocupación estadística que en general le domina, se deja confinar en la perspectiva de las causas objetivas, cuya actuación se expresa en los resultados cuantitativos anteriores, y procura partir de éstos para pronosticar el estado futuro. Ignora, así, el papel y la importancia de las decisiones individuales, y hasta se comporta metodológicamente como desconociendo su existencia. Se empeña en las investigaciones objetivas, lo que es loable, pero, por falta de comprensión teórica, termina por enfrentarse con un residuo de imprevisibilidad en los acontecimientos, que no sabe explicar. Ante la expectativa de inexactitud en sus previsiones, y no pudiendo, como es evidente, renunciar a su esfuerzo de proyectista, no encuentra otra conclusión que no sea una moraleja como esta: "el demógrafo prudente debe ser muy modesto en lo que se refiere a la extensión en que puede esperar que sus suposiciones sean válidas".¹

El desconocimiento del significado existencial del problema no es nocivo sólo por la laguna de la comprensión teórica que representa; tan grave cuanto este resultado es la creación de un *sentimiento de inferioridad* en el científico, que, por un lado, no renuncia a sus ensayos prospectivos, y por otro no consigue hacerlos aproximarse a la verdad tanto cuanto desearía. Tenemos en este particular un excelente ejemplo de los inconvenientes de la falta de preparación teórica al

¹ Hauser y Duncan, en *The Study of Population*, pág. 73.

230 tratar un problema científico, lo que lleva al investigador a un concepto erróneo de su trabajo y de sus posibilidades. Desconociendo la naturaleza íntima del fenómeno que investiga, el demógrafo se apega a la esperanza de mejoría de las técnicas estadísticas, de más exactos censos y registros civiles. "Nuestros conocimientos de los factores que afectan a la fecundidad, la mortalidad y la migración son todavía imperfectos. Con la mejoría de nuestro conocimiento respecto de estos factores, nuestra capacidad de predecir el futuro curso de estos componentes del crecimiento también mejorará. Sin embargo, esto no significa que en última instancia será posible predecir exactamente la población futura. La profecía del futuro de las sociedades humanas es una cuestión incierta; no hay razón para que la predicción del tamaño de la población constituya una excepción".¹ Como se ve, el especialista tiene la intuición de la original y específica realidad del fenómeno poblacional y de las limitaciones impuestas a las teorías proyectivas. Pero, al parecer, por falta de mayor profundización sociológica y filosófica, se contenta descargando sobre la naturaleza social de los hechos la responsabilidad de las dificultades, y no llega a la razón última de la imposibilidad de las predicciones rigurosas. Claro está que las técnicas calculatorias se perfeccionan; pero no al punto de incluir entre los parámetros de la extrapolación la libertad humana. Ya hemos dicho que la demografía no trata de seres que reproducen su existencia, sino de individuos que la producen, y con amplia conciencia y en función de decisiones libres. La libertad es un factor decisivo en el proceso de renovación de los conjuntos poblacionales. Para llegar a la verdadera comprensión de este fenómeno, es preciso esclarecer el significado existencial de la libertad. No es éste, evidentemente, el lugar para discutir un tema de tanta gravedad; exigiría un ensayo aparte. Pero, por ser indispensable para la comprensión de nuestra actitud crítica, basta decir que no concebimos la libertad como origen ignoto de decisiones, como causa incausada, como fuente de sorpresas, como un puro indeterminado; a la inversa, creemos que, como opuestos que se unifican, libertad y determinación se componen en la producción de los actos existenciales. Por eso, no es lícito hacer que el proceso demográfico, repose como cualquier proceso social, en último análisis, en lo incognoscible, en algo irreductible a las determinaciones oriundas de las circunstancias, de los acontecimientos objetivos. Estos, al contrario, proporcionan el fundamento indispensable al ejercicio de la libertad, que no se hace por elección casual, ilógica entre cursos de acción igualmente posibles, sino que es guiada por situaciones que engendran la decisión, la que, con todo, permanece libre, por ser racionalmente comprendida.

En el problema particular que ahora nos ocupa, podemos observar

¹ K. C. Zachariah, *Notes on Population Projections*, pág. 68.

el encuentro, el cruce de las dos líneas determinativas, la de la libertad y la de los condicionamientos objetivos. Una no existe sin la otra, pues no hay acto libre que no se ejerza en respuesta a solicitudes concretas; de lo contrario, sería un acto imaginario, como tampoco puede definirse en términos humanos una situación objetiva como condicionante de la acción sin tener en cuenta que el hombre que en ella participa o interviene, es un ser dotado de libre arbitrio, de la capacidad incluso de modificar la situación que colectivamente lo condiciona. En el punto de encuentro de estas dos líneas se sitúa el origen de los hechos que constituyen la esfera demográfica. El complejo objetivo es evidentemente de naturaleza social; pero, por su extensión, engloba la sociedad entera y exige ser tratado principalmente por la categoría de totalidad. En el caso, las totalidades son los países, en escala mundial, o las grandes áreas de un país, en escala nacional. En efecto, la situación real de cada comunidad social provee el campo en que se van a ejercer con libertad las decisiones individuales que engendrarán colectivamente los acontecimientos demográficos. Los estudiosos miran apenas una mitad del problema cuando procuran establecer la geografía de la natalidad, de la mortalidad o de las migraciones. Comprenden que la realidad social desempeña papel decisivo, y hoy ya se aproximan más a la auténtica interpretación al dar el debido valor al concepto de desarrollo y subdesarrollo económico. Observan así una *facies* social y política y a ella refieren un cuadro demográfico tomado por información directa o completado por el cálculo. Hay toda la razón para proceder así, y los trabajos que se realizan en este sentido son lo más valioso y progresivo que se cuenta en la demografía contemporánea. Falta únicamente que se coloque en el cuadro así descrito el hombre en la plenitud de su realidad subjetiva, para verificar cómo, del encuentro de sus determinantes existenciales con el conjunto de los factores materiales descritos, se engendra el comportamiento traducido en fenómenos demográficos.

La ciencia actual, para referirse a la realidad objetiva y ligar a ella las perspectivas demográficas, comprende que debe partir de los efectos actualmente observados, pero tiene que correlacionarlos con el cuadro del desarrollo nacional. Así, el Manual de las Naciones Unidas declara: "Se admite generalmente que las condiciones que influyen en la determinación de los cambios demográficos que se producirán en el curso de los próximos decenios, difieren según se trate de países cuyas tasas de mortalidad y fecundidad son actualmente relativamente bajas, o de regiones en las cuales la tasa de fecundidad o la de mortalidad son ahora elevadas".¹ La proyección del futuro tiene por base las tasas actuales; pero éstas son distribuidas por países de acuerdo

¹ Naciones Unidas, *op. cit.*, pág. 161.

con el grado de desarrollo económico presente, o sea, con el cuadro social que este desarrollo crea en cada caso para el desenvolvimiento de la historia humana. Se distinguen, entonces, tres tipos de regiones: a) las de fecundidad y mortalidad bajas, correspondientes a los países altamente desarrollados; b) las regiones en las cuales empieza a declinar la fecundidad, formadas por países y áreas que están entrando en la fase de desarrollo acelerado; c) regiones de alta fecundidad, que abarcan el mundo pobre, colonial, subdesarrollado.

Como se ve, el pensamiento demográfico dominante sólo consigue captar la mitad del problema. Describe el cuadro de la situación objetiva en que se dan los fenómenos, pero no discrimina todos sus componentes. No obstante, es importantísima la referencia al desarrollo económico como factor decisivo de la situación real que motiva el cuadro demográfico. Claro que falta todavía mucho para llegar a la interpretación justa, pues es indispensable, de un lado, que se posea la correcta teoría sociológica y filosófica del desarrollo económico, y, de otro, que se reconozca el papel capital que el hombre, la masa de la población, desempeña en las transformaciones de la realidad. Además, aun suponiendo que todas estas premisas metodológicas hayan sido debidamente establecidas, resta todavía hacer la crítica de las hipótesis de que se sirve el estudioso para correlacionar los fenómenos demográficos con la realidad así descrita, clasificada y entendida. El Manual de las Naciones Unidas se hace portavoz de la opinión de amplios círculos de especialistas que admiten una correlación funcional directa entre crecimiento económico y decrecimiento de la natalidad. "Es posible que el desarrollo económico y las transformaciones sociales conexas en los países en los cuales todavía es elevada la tasa de mortalidad, traigan consigo una disminución de las tasas de fecundidad análoga a la que se ha registrado en otras partes del mundo. Entre los argumentos expresados para apoyar la predicción de que eso es lo que sucederá, se cuenta la hipótesis según la cual es probable que la reducción de la mortalidad provoque una disminución de la fecundidad".¹ La discusión de algunos aspectos de esta hipótesis, tan ampliamente empleada, no puede hacerse ahora. Desde un punto de vista lógico, es evidente que se trata de una simplificación. La población futura se correlaciona con la presente por una trama de conexiones causales y circunstanciales mucho más complejas, en la cual pierde todo sentido, a no ser como lenguaje de trabajo, hablar de factores abstractamente aislados del conjunto y ligados entre sí por correlaciones que dejan de mencionar el papel de las mediaciones y el de la totalidad. Basta que se diga que, además de determinar las bases físicas del actual cuadro demográfico, es necesario establecer dos conjuntos de

¹ Naciones Unidas, *op. cit.*, pág. 167.

premisas: uno, constituido por las proposiciones que correlacionan el comportamiento del individuo con la realidad presente; otro, que sirva de *modelo* para relacionar esta realidad con la futura. En cualquiera de los casos, el tema comporta una investigación de orden sociológico que, para ser exhaustiva y satisfacer las exigencias del pensamiento, tiene que ir a los orígenes existenciales de las decisiones que se reflejan en el campo demográfico.

Para terminar este apartado, mencionaremos dos tendencias que se observan entre los especialistas respecto al progreso de las realizaciones en demografía prospectiva. Unos son optimistas; en mayor o menor grado, creen que los progresos actuales son la garantía de mayores éxitos en lo futuro. Otros son pesimistas, llegando al punto de caer en el más extremado subjetivismo, que, si se admitiera como válido, tendría por consecuencia extraer del campo de la reflexión científica todo este capítulo de la demografía. Ejemplo señalado de esta última actitud lo encontramos en John V. Grauman: "En el mejor de los casos una proyección de la población será una opinión de experto. Puede poseer algún peso por la habilidad de su autor. Pero proyecciones hechas independientemente por dos expertos diferirán probablemente, y, difieran o no, ambos pueden estar equivocados".¹ Esta frase es una buena muestra de la desorientación producida por el olvido de las exigencias metodológicas con fundamento en la visión filosófica del problema demográfico. El especialista siente las dificultades que lo asaltan, y muchas veces no está provisto de los instrumentos conceptuales para hacer frente a los obstáculos lógicos, a las situaciones de incertidumbre, a las dudas y nebulosidades que le cercan. Propende entonces un optimismo infundado o un pesimismo esterilizante, ambos igualmente ingenuos, que significan en la práctica un escepticismo real en las posibilidades de la previsión demográfica. Esto resulta de una situación real que es preciso confesar, porque sólo se hará consciente y se corregirá rápidamente: la de que el demógrafo, aunque excelentemente adiestrado en las técnicas que debe poner en práctica, padece, en muchos casos individuales, fallas de preparación teórica, porque o ignora que ésta exista y sea necesaria, o, inconscientemente, la tiene inadecuada para darle una formación intelectual que le arme con los instrumentos indispensables para afrontar los problemas con que se encontrará. El esclarecimiento propiciado por la metodología dialéctica servirá a la demografía para orientar a los estudiosos e impedir que se extravíen en ingenuidades como las que acabamos de citar. Para eso es preciso proseguir en la investigación

¹ John V. Grauman, *opt. cit.*, en *The Study of Population*, pág. 553.

234 del fenómeno demográfico, en aquello que tiene de esencial, el renovarse las generaciones por la producción de la existencia, y de ahí sacar después los principios de orden teórico y práctico que se conviertan en directrices de la investigación concreta en el trabajo rutinario del científico social.

IV. LA PRODUCCION DE LA EXISTENCIA

CARÁCTER EXISTENCIAL DE LA PRODUCCIÓN DE LA EXISTENCIA.

Al discutir la naturaleza de la ciencia demográfica, la concebimos, filosóficamente, como una ciencia antropológico-existencial. Esta concepción queda mejor determinada si estudiamos la producción por el hombre de su existencia y descubrimos que todos los fenómenos de que se ocupa el saber demográfico dependen directa o indirectamente de ella. Tal tesis, de importancia primordial, sirve de guía para muchas reflexiones que enseguida explayaremos. Otra le sigue, de no menor relieve: la de que la producción de la existencia sólo puede comprenderse como un hecho existencial. De estos dos principios derivan, a nuestro juicio, las categorías, las ideas generales de toda la ciencia demográfica, en su aspecto teórico y en la inspiración de su aplicación práctica.

El primero muestra que los hechos demográficos habituales sólo tienen realidad cuando se refieren al hombre como ser al cual hay que atribuir la dignidad superior de existente. Aun en cuanto a la mortalidad, las condiciones en que transcurre la existencia son las que señalan las características del fenómeno biológico del fallecimiento. Una cosa es éste como hecho bruto, y otra su significación demográfica. Para ésta importan de modo decisivo las condiciones del hombre que ha muerto o va a morir, pues el fallecimiento es un hecho de la existencia, en gran parte condicionado por ella. Lo mismo pasa con el nacimiento. El hombre nace por efecto de un proceso biológico, pero el curso de éste depende de la existencia de los progenitores. De modo que, incluso desde antes de ser concebido, el hombre está determinado por las condiciones de la existencia efectivamente vivida por la generación con la cual va a convivir. Estas condiciones, que en términos sociales son generales, se concretan en la familia generadora, que va a constituir el parámetro real y más significativo de toda la existencia individual venidera. Algunos aspectos de esta situación pueden ser cuantificados,

236 y, por ello, reducidos a datos, por los cuales se deberá interesar la demografía, pero lo fundamental es el espíritu y sentimiento de la existencia, de su valor y de sus posibilidades, que anima a los miembros de la familia y de la comunidad en que debe nacer un nuevo ser humano. Estos valores no pueden ser objeto de apreciación cuantitativa, ni medidos por métodos objetivos; sólo son accesibles al análisis filosófico orientado por una adecuada concepción de la antropología existencial. Toda situación que dé origen a un fenómeno demográfico, por existencial que sea y reflejada en aspectos subjetivos, tiene determinantes objetivos, sociales, económicos, que son datos de una apreciación concreta. Pero si no dispusiéramos más que de éstos, no comprenderíamos adecuadamente el conjunto que encuadra el fenómeno demográfico. Es necesario ahondar hasta las raíces del proceso humano para descubrir ahí el origen de las condiciones subjetivas que se traducirán después en hechos demográficos.

La demografía es la ciencia de la reproducción de la existencia, no en la acepción trivial de considerar la natalidad como el fenómeno original, del cual derivan todos los demás, sino en el sentido filosófico de que es la existencia que reproduce la existencia, y así en el curso de las generaciones. Al decir el existente, tenemos que interpretarlo en la integridad de su realidad, y no, como hace cierta corriente del pensamiento demográfico, sólo en su estado social, en sus disposiciones subjetivas o en sus fundamentos económicos. El concepto de existente absorbe y supera todos estos aspectos. Concibe al hombre en su situación concreta, lo que significa su vinculación y dependencia del medio en el cual habita y del cual vive; dependencia que no debe ser entendida en sentido pasivo, sino activo, pues el hombre se realiza al transformar para sí el medio donde se encuentra. La relación de los factores sociales, económicos, objetivos en general, con la esfera demográfica, no es directa; se realiza a través de la existencia del individuo, que, de este modo, la transforma quitándole las características de presión, de determinismo mecánico, y elevándola al plano de la dialéctica existencial. Y así, el nacimiento de un nuevo ser humano puede ser entendido en dos sentidos: como producción o como reproducción de la existencia.

Por el primero, se considerarían los aspectos biológicos, antropológico-sociales, culturales; por el segundo, la naturaleza propiamente existencial del fenómeno. El nacimiento de un hombre significa dos cosas: un nuevo ser que empieza a vivir, y un ser viejo que prolonga su existencia. Todo nacimiento es una creación original, pero, al mismo tiempo, una prolongación de la especie. Esta dialéctica de lo nuevo y lo viejo, que coexisten en el mismo acto, y, con todo, se definen por significados opuestos, es esencial para la comprensión filosófica de la demografía. Una población sólo se produce porque se reproduce, pero estos dos momentos no tienen el mismo significado. El producirse

puede ser apreciado en sí, independientemente de que con ello se conserva y mantiene la población préexistente; y puede ser enfocado desde otra perspectiva, como el procedimiento por el cual se conserva el ser continuo de la masa poblacional. La demografía tiene que utilizar permanentemente estos dos puntos de vista, el de la creación y el de la conservación, como ideas generales directrices de su pensamiento. En todo fenómeno demográfico hay que discernir lo que corresponde a lo nuevo, a lo inmediato, a lo que se crea, y lo que se refiere a lo viejo, a lo que se conserva. En el nacimiento está al propio tiempo lo nuevo y lo viejo de la población: lo nuevo, porque su realidad es ahora otra, diferente de la anterior; y lo viejo, porque la mantiene en su entidad, y un aspecto no existe sin el otro.

Nacer un individuo significa una alteración del conjunto poblacional donde aparece; pero a la vez, es la condición de la no alteración, de la conservación del conjunto, que se prolonga en sus nuevos miembros. Ese prolongamiento se hace al costo de una alteración, pero ésta, al mismo tiempo que modifica el particular, conserva la totalidad. Lo decisivo de estas reflexiones es la necesidad del demógrafo, de asumir un punto de vista antropológico, por el cual incorpore los aspectos opuestos de renovación y conservación. Así como el nacimiento, siendo el inicio de lo nuevo, no suprime la conservación de lo anterior, la muerte, siendo el fin de lo viejo, no excluye el surgimiento de la originalidad. Antes al contrario, la supone. La mortalidad de que el demógrafo se ocupa, no es el fenómeno biológico del cese de la existencia, en virtud de la extinción de la potencia vital o por una causa violenta. Es un hecho existencial, que se refiere a un conjunto de condicionantes objetivos, pero no se explica exclusivamente por éstos, sino que, además, hay que tener en cuenta las circunstancias concretas de cada caso. La definición de la demografía como ciencia de la vida en la totalidad concreta de sus fenómenos de renovación existencial, debería ser la concepción más amplia en que el especialista asentara sus explicaciones de los hechos de que se ocupa.

Hemos señalado que de todos los animales el hombre es el único que, no sólo se reproduce, sino que produce su existencia. Este hecho constituye un carácter existencial que nos importa esclarecer. Era la segunda tesis a que antes nos hemos referido. La reproducción como función biológica es natural en todo ser vivo. Cuando no puede ejercerse, desaparece la especie. En el hombre, el fenómeno biológico asciende a un plano superior, el existencial, por tres motivos: en primer lugar, según hemos señalado, porque la reproducción, aunque siendo siempre la generación de un individuo, significa igualmente la continuidad de una población; segundo, porque la reproducción se convierte un hecho consciente, y en tal sentido incluye la representación, por el hombre, de su condición de generador o de sujeto agente de los fenóme-

238 nos demográficos, pudiendo por su voluntad influir sobre ellos, y en fin, porque la reproducción en la especie humana, es efecto de la producción de la existencia, con lo que se torna en amplia proporción un fenómeno cultural.

En el primer sentido, la reproducción del individuo es también la de la población que lo engendra, y entre los dos factores hay evidente interrelación dialéctica. Tan claro cuanto que la población no puede reproducirse sin el nacimiento de los individuos, es el que éstos no se engendran en encuentros fortuitos de los progenitores, o sea que si éstos últimos no pertenecieran a un agregado poblacional estable que supone alguna forma de organización social, y por tanto, un grado de desarrollo cultural, no se produciría el nacimiento. Por este aspecto, la población se presenta como la generadora de sus elementos. Y no sólo porque desde el pasado vino engendrando la estirpe que da origen a los padres inmediatos del nuevo individuo, sino porque, siendo una organización, además de biológica, social, encierra en sí los condicionantes circunstanciales, culturales, de la procreación. El tipo de organización social, en cuanto define las condiciones del encuentro sexual, fija las reglas de la nupcialidad y las expectativas de la fecundidad; pero, además, el tipo predominante de régimen de trabajo, de producción, a que están sometidos los progenitores, fija la esperanza de natalidad y las expectativas vitales de toda la existencia del ser que va a ser engendrado. Por su organización, la sociedad engendra el nuevo miembro y prepara las condiciones de su existencia entera, o sea, los accidentes demográficos de su vida, entre ellos la capacidad de convertirse en lo futuro en un progenitor y desarrollar mayor o menor fecundidad, y vivir más o menos tiempo. Todo esto está socialmente prefigurado antes de la concepción. En tal sentido debemos entender el concepto de la población como matriz permanente de los elementos que en ella surgen. Produce nuevos seres para substituir a los que van pereciendo, y en este proceso cíclico se conserva. Pero no lo hace sólo por la continuidad biológica, sino por la calidad existencial que le es peculiar. Cada generación es como una cohorte que describe su trayectoria existencial e incluye, entre los accidentes de su curso, la siembra de sus substitutos. Pero ocurre al mismo tiempo el movimiento contrario. Los nuevos miembros, que son el efecto de la población existente, forman ahora parte de ella, y luego se reproducirán con lo que, de efecto que eran, pasan a causa de la población.

En esta sutil dialéctica de la substitución radica la esencia del proceso demográfico como proceso existencial. Porque, al nacer en una población, que lo acoge con una organización material, cultural e ideológica constituida, en la cual se va educando, el nuevo individuo no se comporta sólo conforme lo hicieran las generaciones pasadas, sino que, como sujeto de pensamiento y decisiones propias, es capaz de

transformar la realidad. De este modo, la creación de un nuevo ser por una población supone la producción de un factor potencialmente perturbador de los equilibrios existentes. Uno de éstos es el régimen demográfico, con su sistema de usos y costumbres, de valores y expectativas, que no están a salvo de modificaciones introducidas por la acción consciente de los seres humanos. Siendo así, la población que, en principio y como ocurre en las especies animales, funciona como sistema conservador, se vuelve en el hombre un sistema inestable, capaz de alteraciones que se originan desde el interior, gracias al papel de la actividad libre de sus elementos. Y no sólo por la alteración de las condiciones sociales, especialmente el sistema de trabajo y de producción económica, que indirectamente va a afectar el proceso demográfico, sino que éste puede ser alterado por decisiones conscientes, que harán a los hombres ser prolíficos o restringir la natalidad, que los obligarán a cambiar su residencia, a adoptar tipos de trabajo y a practicar hábitos de vida, como los regímenes alimenticios, que tendrán decisiva influencia sobre la duración de su vida.

Cuando ciertas teorías demográficas, que tuvieron en épocas anteriores considerable boga, proclamaron lo inalterable de la relación entre el volumen de la población y los medios de subsistencia, incurrían, entre otros, en el error de desconocer el papel de la conciencia en el proceso demográfico, por no enfocarlo desde el ángulo existencial. Tomando en cuenta los planos biológico y social, se adquiere, es cierto, un fundamento indispensable para la apreciación del proceso demográfico. Pero esta base es todavía insuficiente, porque tales planos, por más importantes que sean, no permiten la formación de la teoría final que los englobe, explique y alcance la realidad de los fenómenos investigados, penetrando hasta su esencia, lo que solamente acontece cuando se los mira desde la realidad de la existencia. Como portador de una conciencia que es simultáneamente representación del mundo y voluntad de acción sobre él, el hombre, aislado en el seno de una población, es tanto el paciente de los efectos que ésta ejerce sobre él, como el agente de influencias que ejercerá sobre ella. Aisladamente, parece insignificante la acción de cada elemento, y por eso se la menosprecia a menudo. Pero el conjunto es la población en su totalidad, y en tal sentido, su acción sobre los individuos y la de éstos sobre ella equivalen. La demografía, al examinar por el prisma de la cuantificación el proceso demográfico, deja escapar su calidad más distintiva, la de que en el fondo de los efectos que recoge y estudia está la acción, más o menos clara para sí, de una conciencia independiente. Sin duda, no compete al demógrafo práctico sumergirse en estas sutilezas que nada alteran los resultados de sus cálculos. Pero si no alteran los resultados de los cálculos, alteran las ideas respecto a ellos, y esclareciendo la inteligencia del especialista, hasta pueden abrir nuevos

caminos de investigación, conducir a la "instalación del pensamiento en el cuadro de otro sistema de lógica más correcto, y valorar conclusiones que, de otro modo, serían desdeñadas. No se trata de alterar de inmediato las técnicas estadísticas habituales, sino de apreciarlas con mentalidad crítica.

La dialéctica de la existencia puede aportar esta contribución, que será juzgada modesta o valiosa según el punto de vista en que nos coloquemos. Basar la demografía en lo social y lo económico, es cosa hoy corriente, pero reconocer que esta profundidad no es todavía suficiente para fundarla, y que es preciso ir hasta el plano concreto de la existencia, en el cual individuo y población figuran como término de una relación dialéctica, es una adquisición que podrá rendir resultados insospechados en el espíritu de demógrafos competentes. El concepto de Sauvy sobre la población como un "conjunto renovado" no debe ser descuidado, sino desarrollado hasta inéditas consecuencias, lo que sólo puede hacerse con el auxilio de una comprensión lógica que después se convertirá en cálculo cuantificado. Pero será estéril si se limita a intentar establecer, según modelos diferenciales, la fórmula de la sustitución de las cohortes. Lo importante está en reconocer el papel de la conciencia en la génesis del hecho demográfico, y explorar los datos conocidos ahora a la luz de esta perspectiva, para ver hasta qué punto se extiende aquella influencia. Conviene hacer constar en este momento que, cuando nos referimos a la conciencia, no estamos tratando, en general, de la conciencia que es consciente de sí. Esta autoconciencia interviene raramente en el proceso demográfico. Aunque con la difusión de la cultura su influencia tienda siempre a crecer, no nos ocupamos especialmente de ella, sino de la que, sin conciencia de sí, actúa por motivos que proceden de una representación de la realidad, de la vida, del valor de la existencia, de sus fines y posibilidades. Basta la introducción de este factor para encontrarnos el proceso demográfico ligado al plano de la conciencia. Pero es claro que en la reflexión del demógrafo lo que observa como fenómeno de conciencia en los individuos, se eleva a la categoría de autoconciencia. El especialista no sólo sabe, sino sabe qué sabe, y además por qué sabe. Su ciencia no pasaría de un catálogo de hechos o de un grupo de explicaciones más o menos superficiales si no estuviera unida a una idea lógica, que preside la creación del saber.

La acentuación del papel de la conciencia es indispensable para alcanzar el tercer puesto a que nos referimos, cuando dijimos que el hombre es un ser que produce su existencia. Nuevamente volvemos aquí al tema de la relación dialéctica entre reproducir y producir. Como animal, y en el simple plano biológico, el hombre sólo se reproduce; pero como el ente engendrado va a participar de una colectividad donde el mantenimiento de la vida está condicionado por un sistema de rela-

ciones entre los miembros de la población, que produce lo necesario para tal subsistencia, la reproducción se vuelve un fenómeno que trasciende el plano biológico y se carga de un sentido teleológico: el nuevo individuo es engendrado para una sociedad que lo espera, que necesita de él para el cumplimiento de tareas productivas, entre las cuales se cuenta la creación de nuevos seres humanos, y que lo aguarda con un sistema de relaciones ya listas, en que deberá encuadrarse.

Así, la reproducción se hace en vista de la producción, pero entendida ésta en dos sentidos: el de la propia vida, en la generación siguiente, y el de la producción de los medios de subsistencia para mantener esta vida que precisa durar para reproducirse una vez más. Este concepto es de valor capital.

La intermediación, la intervención, en ese fenómeno, de la sociedad, crea una situación totalmente original, que relega el plano biológico a un papel subalterno, y sólo puede ser comprendida por la teoría existencial. La sociedad, que espera el nuevo ente, que lo recibe, en la mayoría de los casos ofreciéndole condiciones rudas y adversas, no es un sistema eterno ni estático. En cada época, cada cultura, tiene una conformación particular, determinada, en último análisis, por la forma como se asocian los individuos para la producción en común de la existencia, para la exploración de los recursos naturales a su disposición.

El sistema está constituido con una configuración propia cuando en él brota el nuevo ser humano recién engendrado. Su destino en gran parte está fijado por las circunstancias de su aparición en el ámbito social, por el tiempo, lugar, clase, orden en el seno de la familia, etc. En este sentido, lo que lo aguarda al nacer es un complejo de condiciones que no ha elegido y que no dependen de él. Sería, pues, un autómata, conducido mecánica e inexorablemente por un sistema impersonal que lo domina, si no estuviese dotado, como está, de una conciencia que le hará, con la madurez biológica, ejercer sobre su medio el influjo que deriva de la capacidad de reflexión sobre su realidad personal y la de su sociedad, en la certidumbre de que de algún modo dispone de condiciones para contribuir a modificarla. La facultad por la cual se define la naturaleza de su conciencia, y que no debe ser desconocida en el curso de esas reflexiones, es la razón.

La intervención de la conciencia en el proceso productivo tiene una característica y una finalidad: la de tornarlo cada vez más racional. Este aspecto del problema conduce a importantes repercusiones en el análisis demográfico. En el esfuerzo por producir su existencia, el hombre empieza por producir la de la sociedad en que tiene que vivir. Pero no lo hace aislado, ni caprichosamente, sino en cooperación con esa misma sociedad y en función de los recursos culturales que ésta pone a su alcance, dentro de la dinámica de la fase histórica en que se encuentra, la cual, a su vez, se somete a las leyes universales del proceso total a que pertenece.

El proceso demográfico tiene que ser interpretado por las dos caras de este proceso más general, y así en la dialéctica de la población y del individuo es lícito decir que tanto el hombre crea la población como ésta lo crea. Se trata de una interacción que se hace con la renovación de los agentes, pues éstos se van substituyendo a lo largo de las generaciones. Por tanto, en la primera forma como el hombre produce su existencia, en el acto de reproducirla, crea la sociedad, que funcionará como matriz de las condiciones en que se sustentará su existencia, pues las demás modalidades de acción que desarrollará se revisten del carácter social, o sea, están impregnadas del estilo y de las determinaciones que la sociedad les confiere. La principal de las modalidades sociales de la producción de la existencia consiste en la producción de los bienes necesarios para conservarla. Al contrario de los animales, que los encuentran hechos, el hombre tiene que producir los bienes de que precisa para subsistir. La característica fundamental de este proceso está en que no puede ser realizado normalmente por el individuo aislado. Aun en la forma más primitiva de vida, cuando el ser subsiste recogiendo sencillamente productos alimenticios o por la caza o la pesca en condiciones extremadamente rudimentarias, jamás es el acto del individuo solo; se hace siempre con la cooperación de un grupo y para la sustentación del grupo; es decir, se constituye en acto social.

Con eso queremos significar que sobre la base de la acción directa del grupo en la naturaleza se establecen vínculos entre los miembros de éste, para obtener el mejor rendimiento de la acción común. Son estos vínculos los que constituirán las relaciones de producción. Relaciones de carácter social, pues ligan a los hombres por determinadas obligaciones y formas de prestación mutua de auxilio, cooperación y servicio. Se origina así un régimen de producción que, mientras perdura con sus peculiaridades y fisonomía distintiva, corresponde a una fase definida del proceso histórico. Esta no es permanente; se modifica y por fin se agota, siendo substituida por otra, porque, con el incremento de los resultados favorables, obtenidos por el buen ejercicio de cierto sistema de relaciones de producción, éstas se alteran, los individuos descubren nuevos instrumentos capaces de aumentar la productividad de su trabajo y nuevas ideas para comprender mejor los fenómenos naturales y explorar con mayor provecho el medio ambiente, y las antiguas formas son abandonadas en favor de otras más compensadoras. Pero adoptar éstas, quiere decir crear nuevos tipos de vínculos en las relaciones entre los hombres; y con facilidad se pasa de la primitiva equiparación colectiva de todos en la faena productiva y en la participación en los resultados, a otra etapa en la cual algunos individuos empiezan a tener un papel superior al de los demás, no solamente en la regulación del esfuerzo común, sino también en la apropiación de los resultados obtenidos. Se engendran así sistemas de producción en los cuales la primitiva

igualdad ha desaparecido y comienza a destacarse el desnivel y la explotación del trabajo de muchos por algunos. Este régimen de desigualdad asume históricamente formas variables, pero siempre con el mismo rasgo fundamental: que los hombres tienen que unirse para producir su existencia.

Como nuestro intento no es hacer historia ni economía, bástenos con esbozar el cuadro de referencia en que se desarrolla el proceso demográfico, que nos interesa. La producción de los medios de subsistencia por los hombres afecta decisivamente el curso de su vida y todos los fenómenos por éste condicionados. Si las dificultades son grandes para subsistir, como acontecía en las sociedades rudimentarias, se impone el infanticidio de los vástagos probablemente menos vigorosos, porque la sociedad no podría soportar una carga improductiva. El canibalismo, aunque haya sido explicado por varios antropólogos como práctica ritual fundada en asociación de ideas mágicas y representaciones fantásticas, tiene casi ciertamente en su origen este fundamento objetivo. De este modo, en tal etapa primitiva no sólo la posibilidad del nacimiento, sino la conservación de los niños y la muerte de los adultos están determinadas por las circunstancias sociales que permiten la producción y el mantenimiento de la existencia.

En las formas superiores del régimen productivo persiste la misma determinación de los fenómenos demográficos por la situación vivida. La alta mortalidad infantil de las poblaciones subdesarrolladas es consecuencia del régimen productivo, que margina masas voluminosas de la población trabajadora y no crea disponibilidades de bienes y servicios sociales, que atiendan a las necesidades de prolongamiento de la vida humana. El incremento de la racionalidad del proceso productivo traerá, sin duda, alteraciones sensibles en el curso demográfico. Justamente, una de las tareas del demógrafo dotado de comprensión existencial está en saber hasta qué punto los hechos que recoge en el curso de sus encuestas y análisis son debidos a la interferencia de decisiones conscientes.

Pero no sólo la modificación en el régimen productivo influye en la producción, por el hombre, de su existencia. Esta modificación ejerce sus efectos a través de las formas de trabajo. Admitido cierto régimen de producción, la actividad humana se distribuye en incontables especies diferenciadas de trabajo. En verdad, es por el trabajo como toma contacto el individuo con el sistema social en que se encuentra situado. El trabajo le da la posibilidad de trazar su trayectoria existencial, de la cual los hechos demográficos de que es agente son una parte representativa. La procreación indeterminada está ligada a las formas primitivas de trabajo, que son justamente aquéllas que, por el primitivismo de la conciencia que originan, conducen, en etapas iniciales de la humanidad, a una relativa ausencia de lazos de solidaridad humana, actuando cada individuo apenas ligado por los vínculos de la horda, en la búsqueda de

244 alimentos y en las acciones comunes de defensa. Más tarde, en fases más adelantadas, pero todavía primarias, aun en el seno de economías más desarrolladas, el trabajo explotado e inhumano origina la disminución del sentimiento de responsabilidad familiar. A medida que el individuo asciende en la escala social del trabajo, su perspectiva de vida se modifica, y entre los efectos de esa modificación está su comportamiento demográfico. Ya sabemos que no es posible establecer una función uniforme entre los niveles de renta y la fecundidad familiar. Esta correlación, tan buscada por los demógrafos, no es regular, porque entre los dos términos que se procura correlacionar en función uno del otro existe un factor que la demografía corriente no toma en la debida cuenta. El mismo nivel de renta puede ser encontrado en formas de trabajo muy distintas. Y la diferencia entre éstas no es sólo cuantitativa, o sea, referida al dispendio de energía física o mental, o al tiempo consumido en la ejecución de la tarea, sino que es también cualitativa, es decir, tiene que ser pesada igualmente la valoración social de que se reviste cada forma de trabajo. Tanto las distinciones cuantitativas como las cualitativas son causas de diferencias en la condición existencial del trabajo, resultando que pueden producir niveles semejantes de renta sin que signifiquen en términos humanos la misma realidad. Por ahí se ve la debilidad del procedimiento metodológico que procura relacionar sistemáticamente los niveles de renta, que por sí mismos no reflejan todos los elementos humanos del problema, con las tasas de fecundidad o de mortalidad.

La demografía oficial se ha ocupado casi exclusivamente del trabajo apreciándolo como un dato interno de la investigación. Procura dividir una población por modalidades de trabajo y por el volumen de la productividad representada por cada una. Pero esta perspectiva es incorrecta. Porque el trabajo no representa un dato interno de la realidad de la población, sino un envolvente, un condicionante de ella como totalidad. El trabajo que la población hace, hace la población. Y en este proceso hay lugar para la intervención creciente de la conciencia. El trabajo que las masas ejecutan, funda su visión del mundo. En las formas inferiores, explotadas, humildes, el trabajador no llega a tener sino una noción sensible de su realidad, y, aunque desee modificarla, no alcanza a comprender cómo será posible. Al progresar las formas de producción, se crean oportunidades superiores de trabajo, realizado por un volumen cada vez mayor de personas, las cuales, por la necesidad de hacerlo bien, tienen que poseer conocimientos más amplios. Precisan instrucción técnica y una formación cultural que tiende siempre a crecer, sin posibilidad de que los interesados en la ejecución del trabajo le puedan fijar un límite. La conciencia del trabajador, una vez despertada, se descubre como un proceso individual siempre más independiente. Con eso, su percepción de la realidad se engrandece, y pro-

fundiza en el conocimiento de las causas de su situación; y así, el individuo es llevado a una interpretación de sí mismo, de su papel en el mundo y en la sociedad, qué le hace emitir juicios de valor sobre la estructura y los procedimientos de la sociedad a que pertenece. Entre las ideas que se engendran en su espíritu, hay muchas que influirán en su comportamiento demográfico. Así, en un régimen de trabajo de la tierra a base de la media o de la pequeña propiedad, la familia numerosa, si el sistema de herencia es el de la división igualitaria, se torna perjudicial, pues llevaría al parcelamiento excesivo del área cultivable, con el riesgo de reducirla a condiciones antieconómicas. Si, con todo, imagináramos que por un cambio en el sistema de posesión, esa producción se hiciera sobre bases que no estén estrictamente vinculadas a la propiedad individual del terreno, desaparece el óbice señalado, y no hay motivo para que la familia deje de ser tan numerosa como lo imponga la fecundidad natural.

Las dificultades del trabajo son causas de acortamiento de la existencia, y en ese sentido la demografía corriente ha procurado establecer conexiones entre los dos órdenes de hechos. Pero, aun cuando consiga, mediante recursos estadísticos, mostrar que la insalubridad de ciertas modalidades de trabajo tiene efecto letal, no es corriente que especule sobre esta noción y sobre todo que profundice el concepto de trabajo como determinante externo global del proceso demográfico. Por tanto, se hace necesario adoptar una actitud hasta cierto punto contrapuesta a la habitual. Esta última es de orden analítico, y consiste en discriminar en el todo poblacional las categorías de empleo de mano de obra. Tal investigación atiende casi siempre a inmediatas exigencias prácticas, pues se procura saber, por ejemplo, cómo adiestrar mejor los trabajadores para las exigencias de la producción, qué disponibilidades existen de trabajo calificado para dar cumplimiento a planes de expansión económica, etc. Pero lo que ahora se requiere desde un punto de vista interpretativo, es la actitud inversa, la de naturaleza sintética, la que unifica el proceso general de trabajo y lo considera como uno de los determinantes del conjunto poblacional, o sea, como uno de los factores de la producción de la existencia de un grupo humano diferenciado. Para tal fin, es importante la apreciación cualitativa del trabajo de la población, su distribución por clases según el tipo de operaciones que realiza sobre el ambiente natural, el rendimiento que produce, y, después, la correlación entre los tipos cualitativamente distintos y la masa de trabajadores que participan de cada uno. Se constituye así el espectro del trabajo de una población y se observa la proporción que cada tipo representa en el total de miembros del colectivo.

Un sistema de trabajo determinado no es inmovible ni para una sociedad ni para el individuo dentro de ella. Está en continua variación, por efecto del proceso histórico, en el cual la conciencia y la voluntad

146 humana desempeñan papel decisivo, siempre en función y, en gran parte, como reflejo de las condiciones objetivas. Ciertas teorías demográficas, como la llamada teoría de la "capilaridad social" de Arsène Dumont (1900), o la teoría voluntarista de la multiplicidad de motivos que determinan la conducta del hombre, expuesta por Frank Fetter (1894), han llegado a ver en la estratificación social del trabajo y en la voluntad del individuo de ascender en la escala de valores de la comunidad, un factor de regulación demográfica. El error de estas concepciones está en desplazar hacia la esfera de la exclusiva subjetividad, y centrar sobre hechos psicológicos, tales como la aspiración, el deseo, el instinto, la causalidad que, en verdad, deriva de condiciones objetivas y se ejerce por medio de las modificaciones materiales que provoca en el sistema de la comunidad. Toda sociedad tiene una pauta de valores para apreciar y clasificar las categorías de trabajo. Es natural que el individuo, transportando consigo la familia, aspire a subir de condición dentro de tal escala de valores colectivos, que ha de respetar por coacción irresistible. Hará todo en vista de este fin, incluso reducir al mínimo el número de hijos, si tal fuera necesario, para evitarse un lastre que le dificultaría la ascensión. Si esto es cierto desde el punto de vista subjetivo, y a este aspecto se atiene la doctrina de la capilaridad social de Arsène Dumont, no lo es menos que aquéllos que consiguen mejorar su situación personal por el empleo de estos recursos son pocos, en relación con el volumen total de la población trabajadora. La noción de *capilaridad* implica que sean pocos los que conseguirán el resultado, estrictamente personal, de mejorar su vida. Es una noción que se opone a la de la ascensión en masa de las clases trabajadoras. A las grandes masas, lo que les puede traer mejoría de situación no es esta ascensión individual, sino la modificación general de la condición social del trabajo, que es la causa objetiva de la situación de atraso y pobreza en que tienen que vivir. Si algunos individuos, en número siempre pequeño, pueden elevarse por su esfuerzo propio y sacrificando su vinculación a la masa, es evidente que ésta no conseguiría hacerlo sino por la alteración de las condiciones objetivas que afectan a todos los trabajadores. Si algunos individuos aisladamente pueden elegir la primera vía, las grandes masas sólo pueden tener esperanzas en la segunda.

Esta observación nos conduce a descubrir otro aspecto de la condición del hombre como productor de su existencia: el papel de las ideologías en este particular. Toda situación existencial está conformada por un conjunto de ideas, al mismo tiempo que se constituye en origen de otras. Estas ideas no son reflejos pasivos, en el espíritu del hombre, de situaciones exteriormente existentes, sino que se comportan como factores actuantes que influyen sobre el proceso de la producción de la existencia de modos muy variados. Entre las posibilidades de influencias de las ideas está la de dirigir ese mismo proceso para finalidades cons-

cientemente concebidas y deliberadamente escogidas. Los factores biológicos están siempre ligados a situaciones concretas, presentes o pasadas, y actúan como condicionamientos subjetivos de proyectos de modificaciones de la realidad. El comportamiento demográfico de una población, en gran parte, se deriva de la constelación de creencias y valores que la mayoría de sus miembros cultiva. El engaño de las actitudes psicológicas consiste en tomar por causa inicial lo que, en verdad, es una mediación. Procediendo así, tales concepciones perturban la comprensión del proceso real. En el campo demográfico se observa con nitidez el papel de las creencias y, en general, de las ideologías; pero para evaluar correctamente su fuerza y significado, es preciso poseer una teoría de la conciencia que explique debidamente el origen, función y efectos de estas ideologías. Los demógrafos abordan estos temas, en la mayoría de los casos, al estudiar el papel de las creencias religiosas en la conducta sexual del hombre y sus efectos demográficos, pero suelen hacerlo empíricamente, sin una concepción filosófica que explique el significado de las ideologías y la influencia de las ideas abstractas sobre la acción concreta, práctica, de los hombres. Las creencias religiosas u. otras conductas ideológicas afines, desempeñan efectivamente poderoso papel en la determinación del proceso demográfico, pero no sería correcto considerarlas como las causas principales de las ocurrencias observadas. Es preciso incluirlas en el conjunto general de las representaciones ideológicas y estudiar primordialmente los efectos globales de esta especie de ideas, antes de pasar al estudio de cada clase particular de ideología.

El concepto de ideología es extremadamente más amplio; incluye, entre otros componentes, el concepto que el hombre tiene de su papel en la sociedad, del valor de la vida, de la expectativa de la felicidad que se abre para él y sus descendientes, de la utilidad de procrear, etc. Frecuentemente, los demógrafos relegan este tópico al campo de lo que llaman *política demográfica*. A mi juicio, convendría restituirlo a su base real, que es el proceso de producción de su existencia por el hombre, y los reflejos que determina en la conciencia individual del trabajador. Solamente así, después de haberse comprendido la teoría general de las ideologías y su función en el condicionamiento de la producción de la existencia, será posible abordar el caso particular de la demografía, que es, en cuanto saber de fenómenos dependientes del comportamiento humano, una ideología que necesita ser estudiada desde este ángulo peculiar de apreciación. Cuando nos referimos a *ideología*, es preciso dejar en claro que no estamos restringiendo el término a ninguno de los sentidos particulares que posee: religioso, ético, político, etc., únicamente mencionamos el hecho de que la existencia vivida por el hombre despierta en su espíritu un complejo de ideas, creencias, valoraciones, que, socialmente fijadas, actúan como parámetros del juicio,

248 como origen de categorías del pensar, que influirán su comprensión de la realidad y de sí mismo. Y, simultáneamente, constituye la matriz de decisiones voluntarias que se destinan a modificar esta realidad. Si consideramos sólo el campo demográfico, debemos señalar que la condición vivida por el hombre lo lleva a una serie de juicios generales sobre el mundo, la vida, el trabajo, que determinarán, entre otras actitudes, la conveniencia o no de procrear familia numerosa. Este es el aspecto práctico de las ideologías.

En cuanto al teórico, las teorías demográficas están inevitablemente cargadas de intenciones, lo sepan o no quienes las fraguan o difunden. La materia de este saber suscita la creación ideológica por un mecanismo mental irreprimible. El hombre no puede concebir su existencia, ni la de los demás, sin someterla a valoraciones. Y esta actitud no puede dejar de buscar una sistematización, una justificación lógica, o sea, tiende a configurarse en teoría de la existencia. Cuando tal ocurre, por obra de los pensadores o de los hombres de ciencia, está formada la ideología científica o filosófica que, de ahí en adelante, orientará la opinión y la acción de quienes guían el pensamiento social científicamente expresado. No es el momento ahora de estudiar en particular las teorías demográficas y demostrar su carácter ideológico, ni nos lo proponemos en el presente ensayo. Con todo, no dejaremos de señalar que, una vez convertidas en ideologías, porque derivan de cierta concepción de la existencia, tales teorías expresan necesariamente intereses materiales y espirituales de grupos sociales bien definidos. Toman, entonces, el carácter de instrumento de acción social en defensa de tales intereses y se colocan al servicio de tales grupos. Esto es inevitable y se debe a la propia manera como surgen las ideologías.

Si el demógrafo no estuviese advertido de esto, tal vez tomara las ideologías particulares de su campo de estudio como algo natural, discutiéndolas y procurando con la mejor buena fe tomar posición al respecto, sin percatarse de que, tras las ideas que tiene que criticar o entre las cuales deberá tomar partido, están las situaciones, las cosas, los hechos reales, la existencia humana, en suma, que las engendra. El estudioso podría perderse en las alturas de las discusiones académicas, sin comprender que una actitud de esta especie es, ella misma, ideológica, y significa el repudio de las bases efectivas del pensamiento. Pero, por otra parte, el demógrafo puede ser víctima del error de desconocer o menospreciar la utilidad instrumental de las ideologías. Juzgando que son simples elucubraciones de espíritus inclinados a la teorización, se burlará de las pretensiones de los pensadores que considerará especulativos, y se alejará de los debates suscitados por ellos. Este es un error frecuente, una de cuyas consecuencias es la actitud de sospecha en relación a las ideas generales, y la creencia en la ventaja de que el especialista se dedique exclusivamente a la investigación directa, dejando de

lado las especulaciones como cosa nebulosa, sin utilidad práctica, capaz de arrastrar al peligro de debates estériles o de posiciones extremadas, que perjudicarían el trabajo rutinario, organizado y fecundo. En verdad, todas las grandes teorías demográficas que la historia registra han sido concebidas con evidente intención ideológica.

Lo que importa señalar aquí es que el origen de las actitudes ideológicas radica siempre en la condición existencial del hombre, de ser un ser que produce su existencia. La libertad de hacerse a sí mismo y la capacidad racional de reconocerse como dotado de este poder, abren al espíritu un espacio de creación ideal, y de ahí surge la sistematización de las ideas en ideologías. Estas son, pues, directamente, la expresión de la capacidad del hombre de producir su existencia. Hemos observado que la reproducción, que en el animal es una función biológica regida exclusivamente por el instinto, en el hombre es un episodio de la producción de la existencia por sí mismo. Este hecho, aunque ligado a él, trasciende el plano de lo instintivo, porque, gracias a la conciencia, el hombre hace intervenir en este proceso la representación ideal que tiene de sí. Articulando en una ideología las ideas que tiene de los fenómenos de la reproducción, la conciencia los eleva del plano del instinto al de la racionalidad. Por la intervención de la conciencia, se introduce en el proceso biológico un nuevo orden de factores, de grado cuantitativamente superior, que van a complicar el mecanismo reproductivo de la especie con una serie de ideas que, por efecto de la condición gregaria del hombre, se convierten en hechos y valores sociales. Cuando así sucede, tales factores pasan a tener rango propio y ejercer sus efectos con relativa estabilidad e independencia, lo que significa que el fenómeno original, la reproducción como producción bruta de la existencia, queda mediatizada por la intervención de numerosos agentes —los conceptos y valores socialmente difundidos y acatados— que derivan de aquella situación primitiva, pero que, una vez formados, actúan con relativa autonomía. Los hombres están constreñidos por las normas y valores sociales. El acto instintivo de la reproducción no se ejerce en su inmediata espontaneidad, sino a través de la mediación social, la cual, como sistema organizado, existe para imponer al hombre las condiciones en que tiene que desempeñar la producción de su existencia. De este modo, lo espontáneo de la reproducción se ve frenado por el orden de la producción. El hecho demográfico de la fecundidad deja de ser una manifestación únicamente biológica, para cargarse de otros componentes, sociales, religiosos, económicos, políticos, que le dan el aspecto de totalidad con que se presenta al estudio del especialista.

En una visión esquemática, y algo simplista, es fácil distribuir los fenómenos demográficos en categorías distintas y tratar aparte lo que es biológico, para examinar después el dato social, el económico, el político, etc. Esta conducta metodológica es insuficiente, porque ignora la es-

250 trecha vinculación entre estos aspectos. Acostúmbrase a representarlos como caras de un prisma, lo que es una imagen no más que aproximadamente correcta, pues induce a creer que se trata de la yuxtaposición externa de aspectos, cuando, en verdad, son modos de ser de un proceso unitario existencial, que transcurre en el tiempo histórico. Lo valioso de esta explicación es que abre la comprensión de los múltiples datos del problema demográfico, así como de la razón interior que los entrelaza. El carácter social de los hechos demográficos no aparece ya como un rasgo independiente al lado de otros, sino como una necesidad lógicamente entendida en su naturaleza de mediación, entre momentos distintos de un proceso existencial. Es la realidad del hombre que determina que así sea, y de esta base objetiva procede la lógica que se refleja en esta explicación. El demógrafo advertido por reflexiones de este género, tendrá una actitud más profunda en el trato de los problemas de su ciencia y en la comprensión de sus concepciones.

La convicción del papel ideológico de su saber da al demógrafo una grave responsabilidad. No podrá expresar sus opiniones con el candor de quien cree ser imparcial y que trata hechos objetivos, porque sabe que las mediaciones que intervienen en el proceso que estudia, los condicionamientos a que no escapa su formación personal de hombre de ciencia y las circunstancias de su trabajo gravitan sobre los resultados que enuncia. No hay ciencia *pura*, en este particular, pues sería suponer que existiera una ciencia hecha por nadie. Toda ciencia es creada por alguien, que pertenece a tal cultura y a tal momento de la historia de una comunidad con tal estructura, que le impone, por su inserción en ella, tales o cuales condicionamientos. De este modo, lo que incumbe al hombre de ciencia no es cerrar los ojos a esta realidad, o negarla; es, simplemente, utilizarla para expresar el punto de vista que conscientemente le parezca que sirve mejor a los intereses de su sociedad. No se juzgue que estamos pretendiendo desplazar la demografía de su dignidad científica para hacer de ella un vulgar instrumento de presión psicológica; sólo estamos reconociendo un hecho histórico objetivo y procurando interpretarlo a la luz de categorías racionales. Una ideología no deja de ser tal por el hecho de ignorarse que posee esta cualidad. La demografía no ganará dignidad y utilidad cultivando el sofisma de su imparcialidad, sino que, al contrario, se tornará más respetada y fértil en resultados valiosos si incluye en sí la teoría de su propia construcción como ciencia, y se fija en esta cuestión, o sea, si reconoce su papel como ideología social.

En relación a este aspecto, es preciso señalar los vínculos que ligan la demografía a la teoría de la cultura, no sólo como noción abstracta, sino también a la situación cultural existente en cada fase histórica. La forma que el mundo histórico asume como envolvente de la existencia humana, es la de la cultura. Esta noción tiene que entenderse en sus

aspectos físico, antropológico, histórico y existencial. Este último es el que más directamente se relaciona con la demografía. Por tres facetas puede decirse que la cultura está en contacto con la ciencia demográfica. En primer lugar, los fenómenos de población, y entre ellos el principal, el de su volumen, están inmediatamente referidos al estado cultural vigente. Efectivamente, la pauta de valores cultivada por la sociedad define las condiciones subjetivas con repercusión directa en el campo demográfico. Esta pauta tiene fundamentos objetivos, pero, una vez constituida, se comporta con relativa independencia y se vuelve un determinante específico de los fenómenos demográficos. No solamente el valor de la existencia es un dato cultural, sino que las ideas, las creencias, los usos en vigor muchas veces se traducen en hechos demográficos. El sacrificio de recién nacidos, igual que la hecatombe de la servidumbre y las concubinas que acompañaban el sepelio de un emperador inca o de un rajá indio, son casos de mortalidad de fondo evidentemente cultural.

En segundo lugar, la producción cultural, y sobre todo la preeminencia histórica de una cultura, están ligadas a condiciones de volumen y densidad de población. La cultura es producto de la sociedad, y se relaciona con el volumen total del conjunto humano y su composición. El fenómeno demográfico de las migraciones es al mismo tiempo un acontecimiento de la historia cultural, pues consiste en la exportación de contingentes sociales o en la importación; en cualquier caso esos agregados transportan consigo la *facies* cultural que les es propia y en virtud de ella afectarán el medio en que se establecen. El hecho histórico-cultural de la conquista política de áreas y pueblos que se ven sometidos a dominadores foráneos, se traduce al mismo tiempo en un cambio demográfico que afecta, tanto a la composición como a la curva de desarrollo de las poblaciones que han sido perturbadas así en su curso natural.

Todavía, en último término, es preciso señalar que la ciencia demográfica es por sí un producto cultural de alta calidad, no solamente en la práctica de las operaciones censales, sino sobre todo, en la elaboración de un pensamiento teórico, que nada más que algunas sociedades en cada época histórica son capaces de crear. En nuestros días, y con más razón para lo futuro, con la difusión de la cultura, la demografía tiende a tornarse en bien cultural que todas las sociedades nacionales podrán poseer y desarrollar.

LA PRODUCCIÓN BIOLÓGICA DE LA EXISTENCIA COMO FENÓMENO DEMOGRÁFICO.

Una población humana es un conjunto en renovación por efecto de la reproducción sexual de sus miembros. Este hecho original se complica

252 enormemente y se diferencia en una constelación de fenómenos demográficos por las condiciones específicas en que tiene lugar el hecho biológico de la reproducción. El fenómeno fisiológico ha de referirse por fuerza, en la especie humana, al medio en que ocurre, porque no se trata de la simple reproducción animal, sino de la producción social de un nuevo ser vivo. Este aspecto, según hemos indicado, define e influye la estructura de la situación histórica y cultural en que se realiza. Cuando se examina un hecho biológico en demografía, constantemente hay que introducirlo en la perspectiva de su superación como acontecimiento biológico, por ser el hombre un ente que produce las condiciones en que se reproduce. Con todo, el examen del aspecto biológico es fundamental, y el demógrafo debe asumir la actitud del naturalista al estudiar las poblaciones en su aspecto de conjuntos en reproducción. La procreación, por el más elemental de sus condicionamientos, implica la producción de los medios de subsistencia, principalmente los alimentos. El contorno de la naturaleza que una población explota, debe asegurarle ante todo los medios de alimentarse.

Los demógrafos señalan, con razón, que cuando se habla de medios de subsistencia, no solamente se entiende los alimentos indispensables a la conservación de la vida, sino también todos los otros bienes que, en cada tipo de cultura, son imprescindibles para el desarrollo normal de la convivencia humana. Vemos que, por este criterio, se pasa insensiblemente del área de los bienes de todo punto indispensable al de los demás, que, en gran parte, son, cuando no artículos de lujo, por lo menos utilidades que una comunidad no se resigna a perder. En este sentido se llega hasta a admitir los servicios, o sea, el sector terciario de la producción, como factores de subsistencia. Fuerza es reconocer que el concepto de *bienes de subsistencia* se revela amplio y de contornos indefinidos, pues depende de la pauta de valores que la cultura de una comunidad establece para ella. Debemos comprender que en la base de cualquier sistematización del significado de los *bienes* están los bienes reales, indispensables, de subsistencia, principalmente los alimenticios. Estos proceden siempre del medio natural y son objetos consumibles próximos y en estado nativo, pero luego son elaborados en grado creciente de complejidad, y su obtención se torna un producto de la técnica alcanzada por la comunidad. Como tal técnica es un dato cultural, se concluye que, aun la obtención del más primitivo de los bienes de subsistencia, el simple coger un fruto, una raíz o un animal, ya son actos que dependen de determinada etapa cultural. La recolección de un fruto puede hacerse por el encuentro casual, por la búsqueda deliberada o cultivándolo, y en cada una de estas modalidades, cualitativamente diferentes como momentos sucesivos del proceso de desenvolvimiento del conocimiento colectivo, está en acción todo el sistema de cultura, todo el complejo de representaciones, valores y creencias de la

Ciertas teorías demográficas que pretenden establecer la relación entre el volumen de una población y el de los bienes disponibles para su subsistencia, incurren casi siempre en el engaño de no advertir el carácter cultural del concepto de *bienes de subsistencia*. Y como no lo advierten, no lo discuten previamente para examinar hasta qué punto es lícito aplicarlo a las cuestiones demográficas en que figurará. Dado que la posibilidad de disfrutar de tales bienes es función del desarrollo cultural, no se puede establecer una relación directa entre los hechos demográficos y sus bases biológicas, sin hacer intervenir la mediación de las condiciones sociales en las que se sostiene la vida de las poblaciones. En consonancia con esta mediación, el hecho biológico se complica y se ve sometido a reglas y normas culturales que lo envuelven tan completamente, que nunca existe sin estas envolturas culturales. Los tabúes del matrimonio, de la fecundidad, del parto, de la enfermedad y de la muerte, son hábitos sociales que envuelven el hecho biológico central en un sistema tal de capas culturales, que ya no se puede hablar de acontecimiento biológico puro. En demografía el hecho biológico jamás puede palpase en estado de pureza, sino que apenas es el núcleo interior de un hecho social de gran complejidad, y así es como el demógrafo toma conocimiento de él y tiene que estudiarlo. Claro está que es preciso pensar el hecho biológico como el substrato original, el núcleo, pero jamás podemos aislarlo de sus connotaciones sociológicas. En una sociedad primitiva, en que los ancianos y débiles son sacrificados porque la comunidad no puede cargar con el peso de mantenerlos, el concepto de duración de la vida pierde todo significado biológico, no es más que un concepto social, e incluso depende de las condiciones ambientales de las áreas en que habita o hacia las cuales emigra la tribu, así como de los factores meteorológicos; por ejemplo, las épocas de sequía, con la correspondiente escasez alimentaria, determinan en el grupo la eliminación de los débiles e inútiles. No se diga que hemos elegido tendenciosamente un caso residual, las sociedades de extremo primitivismo; igual ocurre, aunque veladamente, bajo otras apariencias, en las naciones civilizadas de la actualidad en etapa de subdesarrollo en donde existen áreas de acentuado pauperismo. En ellas se sacrifican igualmente amplios sectores de sus poblaciones aunque por medios mucho más discretos, como consecuencia de la miseria que aflige a gran parte de sus masas, en especial de las campesinas, y determina el acortamiento de la vida en función de condiciones sociales, algunas de carácter más o menos permanente, otras episódicas y dependientes de factores climáticos. Cuando el demógrafo constata la alta mortalidad infantil de las poblaciones miserables de la actualidad, no debe reflexionar como si estuviera delante de un hecho únicamente biológico, sino ante un hecho esencialmente social. Si no estuviese capacitado por la teoría crítica de

254 su ciencia, tal vez se limitara a registrarlo en una curva de sobrevivencia, pero su preparación teórica le hará conocer que, aunque la muerte sea en sí siempre un hecho biológico, las condiciones objetivas en que ocurre pesan tanto que no tiene sentido hablar de "muerte natural" para incontable número de seres humanos, aun en países civilizados, sino de "muerte violenta disfrazada" como efecto de diezmantes condiciones sociales.

Esta reflexión nos lleva a confirmar la distinción, establecida por la demografía, entre duración de la vida como edad modal de los fallecidos, y longevidad, que se refiere a la permanencia máxima en vida que el ser humano es capaz de alcanzar. La idea de un límite de la existencia humana como concepto objetivo no tiene valor definido, ni sentido por sí misma, porque tal existencia no transcurre en un ámbito abstracto, sino siempre en un mundo concreto en circunstancias propias de cada individuo. No se la puede pensar fuera de sus condiciones de vida. En consecuencia, el concepto de duración de la vida es de orden efectivamente social, envolviendo un hecho biológico. Lo mismo se dirá de la morbilidad, que está igualmente siempre en la dependencia de una situación individual, en el ámbito de la sociedad, aunque tenga como núcleo un acontecimiento fisio-patológico.

Estas reflexiones adquieren decisiva importancia para confirmar nuestro punto de vista que atribuye a la demografía la naturaleza de ciencia antropológico-existencial. Como el hecho demográfico tiene por núcleo un acontecimiento biológico, el demógrafo inadvertido tal vez confunda núcleo con esencia, juzgando que la demografía, por tal razón, sea una ciencia biológica, sólo accidental y secundariamente relacionada con el proceso social. La verdad es otra. El hecho biológico puro no tiene interés para la demografía, sino para otras ciencias, la biología, la fisiología, la patología, etc. Lo que da carácter específicamente demográfico al fenómeno es la correlación dialéctica entre los aspectos orgánico y social, que los acontecimientos poblacionales exhiben. Si, por un lado, no hay mortalidad demográfica sin muerte natural, por otro, ésta no ocurre sin la mediación de determinadas condiciones sociales, que integran su causalidad. Lo mismo cabe decir de cualquier otro de los fenómenos de que se ocupa la ciencia de las poblaciones. Una permanente correlación liga entre sí todos los aspectos de los hechos demográficos. La razón que los liga, los unifica como caras diversas, pero constitutivas, del mismo hecho objetivo, cuyo enunciado constituye la tesis maestra de nuestro análisis, es que en el hombre la reproducción de la existencia transcurre como acontecimiento particular que tiene lugar en el seno de otro, más general, la producción de la existencia. Actividad que determina la conexión de los aspectos sociales, económicos y políticos. El concepto de *medios de subsistencia* queda así grandemente ampliado. El alimento, si por un lado es un bien fisiológico, por otro constituye un

producto económico, y su disponibilidad no debe ser interpretada como hecho de orden natural, sino social, histórico, dependiente de un régimen de producción que implica a su vez determinado sistema de convivencia y una forma caracterizada de poder político. Todos estos elementos influyen en el acto de la generación del individuo y en la conservación de su vida. Por eso no pueden ser aislados. Cuando ciertas doctrinas procuran establecer previsiones sobre el curso de la productividad de alimentos necesarios para mantener una población en constante crecimiento, el caso más común es que ignoren, por el modo ingenuo y unilateral como articulan el razonamiento, la categoría de totalidad en la concepción de la producción.

En la misma ingenuidad, aunque con loables intenciones, incurren los que intentan refutar tales doctrinas valiéndose únicamente del argumento, perfectamente válido, de la inagotabilidad de la inventiva humana, capaz de crear siempre nuevas técnicas productivas y de disipar así la fatalidad de los pronósticos melancólicos. Es verdad indudable que no hay límites al poder creador del espíritu, y que fuentes insospechadas de riquezas y de bienes de consumo indispensables para mantener la vida están siempre al alcance del hombre. Pero lo fundamental no es este lado de la cuestión, y por eso no representa el principal argumento para refutar las aludidas doctrinas, y sí la comprensión de que la producción de la existencia implica todo un complejo de factores dialécticamente interligados en una sola totalidad, de modo que, aun suponiendo que se hiciera sentir aguda escasez de alimentos para sostener cierto conglomerado humano, este hecho sólo se configura al ocurrir en un escenario social y político definido. No sólo el cambio de los factores económicos, el principal de los cuales está en la productividad, permite salir de una situación de forzosa restricción a las necesidades humanas: igualmente, el cambio de ciertas condiciones sociales puede modificar por completo el cuadro de la realidad en que se da una emergencia alimenticia, o la escasez de otros bienes indispensables para la vida. Los demógrafos de buena voluntad apelan con frecuencia a la esperanza de una alteración positiva de la productividad, olvidando que ésta no constituye sino una de las variables del problema, aparte de otras, y que ni siquiera es la principal, pues la alteración de la productividad depende profundamente de modificaciones sociales y políticas, en particular de las transformaciones en el régimen de trabajo de las grandes masas. Todo eso tiene que ser tomado en cuenta; de lo contrario, caeremos en la visión lineal del problema, suponiendo una causalidad en una sola dirección, cuando la verdad es que se da un complejo de acciones recíprocas, todas centradas en el fenómeno biológico de la procreación, pero sobrepasándolo en mucho y envolviéndolo con otras manifestaciones de la realidad.

De todos los aspectos que se superponen al biológico, el más importante para la producción de la existencia es el económico. En efecto, puede decirse que la existencia es un resultado económico. El vivir cuesta cierto consumo de bienes que tienen precio, que se debe evaluar en dinero. El hombre mismo es considerado un bien económico en la medida en que su fuerza de trabajo puede ser vendida a otro, y por eso su vida es apreciada en términos fiduciarios. Así ha sido desde la antigüedad, cuando el valor venal del hombre se refería a la posesión completa de su ser, como un simple semoviente (Levítico, 27, 2-8), hasta la época actual en que su valor se mide por el trabajo que produce, y representa lo que Mortara llama *costo y rendimiento económico del hombre*.¹ La demografía tiene, entre otras tareas, la de suministrar datos estadísticos que van a permitir a los actuarios y a las compañías de seguros valorar la vida humana o partes del cuerpo humano. Es una consecuencia de las condiciones en que vivimos y debemos hacer alusión a ella.

Económicamente, el hombre es un bien de producción para quien dispone de su trabajo, y por eso la demografía tiene que considerar esta cruda realidad: entre los bienes mediante los cuales el hombre produce su existencia y, por tanto, la reproduce, se cuenta el mismo hombre. El régimen de aprovechamiento del hombre como bien de producción varía históricamente. Desde la esclavitud antigua hasta las formas modernas de prestación de servicios, el hombre ha constituido un factor de reproducción del hombre, no sólo directamente por el hecho biológico de la procreación de un nuevo ser humano, sino además indirectamente por el aporte de fuerza de trabajo productora de recursos de que la sociedad se vale para organizar la forma de existencia que permita al conjunto, y principalmente a los que no participan de la producción, conservar la vida y reproducirla, en sus descendientes. Claro está que el precio económico de la existencia, que influye sobre el volumen de la población y sus procesos demográficos internos, como la diferenciación de la mano de obra, la mortalidad diferencial por edades, etc., está influido a su vez por la situación demográfica. En la antigüedad poblaciones emprendedoras se armaban y se lanzaban a la guerra con el deliberado intento de capturar esclavos, como botín para aumentar la mano de obra. Se trataba, en el fondo, de un violento empleo de capital para obtener un súbito incremento demográfico. La prueba está en que, en casos bien conocidos, los vencidos eran incorporados por la fuerza en condiciones de igualdad al estatuto social de los vencedores. Tenemos ahí el ejemplo de cómo el volumen de la población era estimado como

¹ Giorgio Mortara, *O custo da produção do homem adulto e sua variação em relação à mortalidade*, Rio de Janeiro, 1946.

un bien económico, que por eso se trataba de incrementar, incluso por medios violentos. Claro está que la comunidad vencedora esperaba obtener para sí todas las ventajas, y calculaba que el aumento de bocas que sostener era perfectamente compensado por el aumento proporcionalmente mayor de la producción, lo que al final beneficiaba al grupo que tomaba la iniciativa de la inversión bélica.

No existe, pues, una determinación absoluta que ligue el volumen de una población al de los bienes disponibles. De ahí, la ingenuidad del concepto, tan frecuentemente discutido en demografía vulgar, de *óptimo de población*. En su debido lugar examinaremos esta noción, que no pasa de un equívoco, cuando es cultivada de buena fe. Ninguna población es *óptima* cuantitativamente, por la misma razón por que ninguna es *mala* o *pésima*. Toda población oscila, dentro de límites definidos, en un régimen de equilibrio siempre inestable con el medio que la sostiene. Cuando se tornan difíciles los tiempos, cuando aparece el fantasma de la escasez de recursos, y la población amenaza convertirse en *mala*, entran en acción varios mecanismos de comprensión, que, con amplio margen de eficacia, consiguen recuperar la relativa estabilidad normal. Exceptuándose casos de calamidades naturales, sin valor como argumento lógico, lo corriente es que la población recobre su equilibrio, inestable, pero suficiente, por el empleo de alguno de los recursos que determinan su cantidad. En situaciones de extremo primitivismo, uno de estos recursos ha sido, por ejemplo, el geronticidio, como en épocas recientes ha podido ser el incremento de la productividad por el aumento de la jornada de trabajo. Pero, como ninguno de tales expedientes deja de tener repercusiones negativas, habrá casos en que la recuperación es imposible y se llegará a tensiones de ruptura, produciéndose una crisis social, cuya salida tal vez se transfiera al plano político, con el cambio profundo del sistema. Al parecer, ninguna de estas observaciones es tomada en cuenta en los análisis teóricos de las coyunturas demográficas calamitosas, ni en las tentativas de resolución del falso problema del *óptimo de población*. La concepción crítica, sin embargo, no las pierde de vista, en virtud de que maneja con entera conciencia la categoría de totalidad.

La relación entre el crecimiento demográfico y las disponibilidades de medios de subsistencia no se aquilata sólo por la abundancia o restricción de bienes alimenticios, susceptibles de ser producidos por el sistema económico vigente, sino que debe ser analizado igualmente por el ángulo de la posibilidad de que disponga la sociedad amenazada, de recurrir a medios sociales y políticos para corregir una coyuntura desfavorable. Porque es evidente que determinadas alteraciones del cuadro social implican tal redistribución de factores, que las mismas cantidades de bienes de producción existentes pueden pasar de la condición de escasos en su capacidad productiva a la de relativamente satisfactorios o, por lo menos, suficientes para resolver los aspectos más graves y ur-

258 gentes de la coyuntura. Cuando la demografía oficial trata el tema *demografía política*, está casi siempre en pleno paraíso de la ingenuidad, pues no considera el verdadero significado de los factores políticos. Partiendo, en general, de la hipótesis, correspondiente a intereses doctrinales bien definidos, de la inmutabilidad de las condiciones vigentes, para ella, *política poblacional* es hacer variar la población a fin de que se ajuste a la política deseada. No se le ocurre que existe otro modo de pensar, el opuesto, que sería hacer variar la política para adaptarse a las necesidades de la población. De tal modo, esas concepciones se reflejarán en el campo económico, y darán como consecuencia la conservación o el cambio del sistema, por el cual la economía de la comunidad condiciona el volumen de su masa humana.

Deseábamos, con estas reflexiones, mostrar, en primer lugar, que no sólo la posibilidad, siempre real, de incremento de la producción, por insospechadas mejorías técnicas, refuta las voces aciagas de las cassandra demográficas. Impórtanos ampliar el concepto de *condicionamiento de la población*, y mostrar que el factor económico puede ser manipulado por otros lados, además de la introducción de medidas que miren al aumento de la productividad; así, por ejemplo, por la alteración del régimen de trabajo. Cualquiera de estas providencias engendra nuevas condiciones sociales objetivas, a que corresponden posibilidades de más amplia reproducción de la existencia. La familia obrera que restringe la natalidad por el temor de la sobrecarga económica representada por una prole numerosa, perdería ese recelo y se multiplicaría naturalmente si tuviese asegurada mayor productividad en su trabajo; la participación más justa en los frutos sociales del mismo o los servicios de asistencia vital y educación práctica gratuita, que la pusieran a salvo del espanto de los tiempos inclementes. La influencia de los factores políticos y sociales sobre el régimen de la población, no se hace sentir directamente, sino por medio de las condiciones económicas creadas, especialmente el régimen del trabajo.

Frente a la verificación de que los pueblos subdesarrollados son los que generalmente exhiben altos coeficientes de natalidad y que los más desarrollados presentan tasas reducidas, un respetable sector de la demografía oficial, con entera simplicidad de espíritu, concluye que el alto índice de fecundidad es una de las causas del atraso. No discutiremos de momento el vicio lógico y la completa falta de correspondencia que revela esta conclusión apresurada e infundada, sólo explicable por su contenido ideológico. Sería entrar en el debate doctrinal, al cual no está destinado este ensayo. Basta aprovechar la oportunidad para mencionar y reconocer el alto significado teórico de estas palabras de dos responsables demógrafos respecto a este asunto, en las cuales se manifiesta un juicio crítico que conviene no perder de vista. Dicen Carmen Miró y Jorge Somoza: "Afortunadamente, cada vez se va admitiendo

más que el subdesarrollo es consecuencia de la interacción de un conjunto de causas y no simplemente de una alta tasa de crecimiento de la población. Por tanto, la acción debe emprenderse en varios frentes simultáneamente, dejando responder la fecundidad a las nuevas condiciones creadas, como ya ha respondido entre ciertos grupos y en ciertas áreas de América Latina, donde no existe ninguna política de control de la población". Y seguidamente agregan: "La insistencia de parte de algunas personas en incluir el control de la natalidad como un prerequisite para el desarrollo, puede constituir una actitud que, por despertar resistencias, cree serios obstáculos en vez de las ventajas que sus defensores confiadamente, y hasta cierto punto ingenuamente, esperan".¹

Como continuación normal de las reflexiones anteriores, nos acercamos a un tema que ha promovido serios y vehementes debates en demografía: el problema de la extrema escasez de recursos alimenticios, y en particular el papel del hambre en la dinámica de las poblaciones. Diremos, desde luego, como primera observación, que las discusiones al respecto por lo general se hallan viciadas por la insuficiencia de los fundamentos lógicos en que se sitúan, para no hablar de la ingenuidad y, a veces, hasta de la comicidad, de los argumentos de que se valen algunos autores para la defensa de sus puntos de vista. Por permanecer en el terreno del formalismo, de la concepción abstracta, la mayoría de los estudiosos de este problema tratan los conceptos de escasez y *hambre* como si fueran cosas en sí, realidades absolutas, objetos materiales, y no, como de hecho son, conceptos relativos, de evidente base material, que no admiten ser tratados como realidades absolutas, definidas por sí mismas, adquiriendo sentido sólo cuando se atiende al cuadro social al que pertenecen. Con simplicidad de espíritu se cree que los hechos mencionados tienen una significación invariable, y pueden ser manejados como argumentos en un debate, desligados de la realidad a que pertenecen. El tratamiento dialéctico del asunto restituye la verdad. El concepto de *hambre*, demográficamente hablando, no tiene significado absoluto, sino relativo. Hace mucho que se sabe que admite grados y que, por tanto, bajo el nombre de *hambre* lo que se examina es un estado de más o menos generalizada escasez de alimentos para una población. Los estudios recientes permiten establecer acertadamente que no basta con definir por el lado cuantitativo la realidad del hambre; tan importante, por sus nefastos efectos sobre el organismo humano, cuanto la carencia cuantitativa, es la cualitativa, la ausencia de determinados elementos nutritivos o factores específicos en el régimen alimenticio.

Lo que la noción dialéctica-crítica evidencia es que, en principio, existe hambre siempre que se da una sensible desigualdad social de

¹ Carmen A. Miró y Jorge Somoza, "Demographic Aspects of Latin America", *Teachers College Record*, Vol. 63, N° 5, febrero de 1962, págs. 353 y 354.

acceso a las disponibilidades cuantitativa y cualitativa de medios alimenticios para todos los individuos de una comunidad. Siendo así, el concepto de hambre tiene que ser tratado no sólo por su significado fisiológico y económico, sino aun por el antropológico-existencial. En poblaciones primitivas, en las cuales el suministro alimenticio es inseguro y depende de los azares de la caza o de la cosecha, la noción de hambre es distinta de lo que es en una sociedad superior, donde la mayoría de los individuos tiene la posibilidad de satisfacer regularmente sus necesidades de nutrición. Si en éstas sociedades, debido a acentuados niveles económicos, grupos enteros son relegados a la pobreza, que acarrea un déficit alimenticio, el hambre aparece como consecuencia de la imperfección del sistema. En las sociedades de este tipo el hambre es un componente normal del sistema. Sus efectos demográficos pueden estar enmascarados por no ser factor dominante, aunque sea ampliamente ponderable. Cuando se analiza la situación demográfica de tales poblaciones, no es corriente clasificarlas como poblaciones sometidas a un régimen de hambre; sin embargo, su situación es, en gran parte, resultado de la acción de este componente, que tiene que ser intencionalmente investigada, debidamente disociada por el análisis, pues se oculta bajo la acción de otros factores que la disimulan. Abarcando en su aspecto general el desarrollo del conjunto, la población presenta a veces índices que de hecho están influidos por el hambre, aguda o crónica, de proporciones considerables de sus masas, y con todo no se hace patente con evidencia inmediata esta faz de su realidad.

Las teorías demográficas que acentúan el aspecto económico en la fundamentación del crecimiento demográfico han puesto de relieve el problema del hambre, como situación corriente o amenaza potencial. Algunos demógrafos y antropólogos llegan a creer que ciertas deficiencias alimenticias actuarían como estimulante del instinto sexual, incrementando la natalidad entre las masas hambrientas. Algunos autores clásicos han interpretado el hambre como un castigo que recaería sobre las masas que osan reproducirse más que lo racionalmente permitido por sus disponibilidades económicas. No es ésta oportunidad para discutir el carácter filosófico de tal aserto, que nos parece incidir en el engaño que hemos llamado de "sacralización de lo existente", que corresponde a una visión estática de la realidad, a la negación de su esencia como proceso histórico. Tales autores parten del concepto, tácitamente admitido, de que el estado de la sociedad será siempre éste en que se halla, y, por tanto, que los fenómenos que se dan en ella tienen que ser apreciados por el prisma de la inmutabilidad de las condiciones existentes. Si éstas son necesariamente invariables, los hombres tendrían que acomodarse a sus determinaciones inexorables. Si, por lo contrario, adoptamos el criterio de la naturaleza exclusivamente histórica de las estructuras vigentes, el problema teórico se presenta con otros contornos ente-

ramente distintos. Las conclusiones generalizadas de las teorías propuestas, pierden el abusivo carácter de leyes naturales, y se revelan como simples descripciones que están casi siempre lejos de respetar la pura verdad de los hechos, de coyunturas, cuyas propias contradicciones e injusticias se encargarán de modificarlas. La base económica de la sociedad es variable y depende de un proceso histórico que evoluciona incesantemente. La *punición* representada por la miseria nada tiene de fatal; no es más que un mero efecto estructural, cuya misma inhumanidad lo hará desaparecer.

Por eso, al estudiar la influencia decisiva de la base económica en la producción de la existencia, tenemos que establecer una división radical entre dos modos de pensar: entre la actitud que santifica la realidad existente, e incluso cuando reconozca su historicidad, sólo lo hace en relación al pasado, a la evolución que ha traído a la sociedad hasta su etapa presente, juzgándola implícitamente como la mejor posible y definitiva, y otra perspectiva, que postula la historicidad absoluta de cualquier formación social y demuestra que, cuando se toma en cuenta el fundamento económico de la existencia, se supone consecuentemente su constante movilidad, y de ahí que la substitución de la que tiene vigencia en cada época sea inevitable, desde que su posibilidad de atender a las necesidades humanas se revele agotada o profundamente reducida. Comprendemos, así, que no basta con declarar, como hace Sidney H. Coontz, al definir la tesis central de su libro, que "el objeto de esta obra es devolver la teoría de la población a su ambiente natural, el campo de la economía".¹ Es preciso mucho más que este objetivo general aún insuficientemente determinado; es necesario establecer con precisión cuál es la concepción particular que se cultiva sobre la influencia ejercida por la economía en el proceso social en general, del que los fenómenos demográficos son una parte significativa. Nuestro punto de vista, ya expresado, es que el régimen de producción social de la riqueza, y su distribución, que es un corolario de aquél, mediatizan la relación entre los recursos económicos actualmente disponibles o potencialmente accesibles y los hechos demográficos. El hambre sola es un caso particularmente impresionante de la disparidad entre los miembros de una misma comunidad en el acceso a los recursos alimenticios. No es necesario para formular el concepto, que se trate de la carencia de recursos alimenticios juzgados mínimos para la conservación de la vida humana; lo que importa es que se dé la desigualdad social en la distribución de los bienes de nutrición. Que el hambre sea episódica o crónica, cualitativa o cuantitativa, son detalles objetivos que no afectan al concepto que aquí tratamos de desentrañar del ovillo de los hechos sociales.

¹ Sidney H. Coontz, *Teorías de la Población*, México, Fondo de Cultura Económica, pág. 17.

Como conclusión de este tema debemos acentuar la noción de la población como ente colectivo, biológico por naturaleza, que se reproduce en función de los medios que produce para sostenerse en vida, con la organización comunitaria que le es peculiar. De ahí, la base económica de los hechos demográficos. Las teorías que eventualmente mencionan este aspecto son por lo común superficiales, aunque no erróneas, cuando no alcanzan el núcleo del problema, que se sitúa en la esfera de la producción de la existencia. Las teorías a que aludimos no perciben el carácter dialéctico, de mediación, desempeñado por la producción de la existencia entre dos momentos consecutivos de la reproducción biológica, o sea, entre dos generaciones que se substituyen. No observan que la segunda sólo puede ser reproducida por la primera si ésta fuera capaz de producir para sí su existencia. Ahora bien, para eso precisa explotar su base de recursos de subsistencia, de los cuales los alimenticios son imprescindibles, pero no los únicos, y tiene que hacerlo en determinado régimen de asociación y convivencia social. De este modo, el ejercicio de la facultad reproductora, que hace surgir la generación siguiente, será concebido como un efecto, un episodio, del proceso primordial, básico, que es la sobrevivencia de la primera generación.

Llegamos así al concepto capital en esta doctrina antropológico-existencial de la demografía, de que el advenimiento de una segunda generación es una modalidad de la sobrevivencia de la primera, uno de los aspectos en que se manifiesta esta sobrevivencia.

La noción demográfica de *sobrevivencia* no debe ser tratada sólo estadísticamente, en cuanto al número de individuos de una determinada generación ficticia que alcanzarían cada una de las distintas edades, sometidos a la mortalidad estudiada. En ella se incluye igualmente la idea de substitución, pues, al engendrar una nueva cohorte, la antigua sobrevive en ella, no ya en el sentido romántico de la expresión, sino en el significado exacto de que el surgimiento de la generación futura es efecto natural e incoercible del pleno ejercicio vital de la anterior. Cabría tal vez decir que, en rigor, no existe *sobrevivencia*, sino meramente *vivencia*, pues cada generación sólo está interesada biológicamente en subsistir, en vivir, y si de ese interés deriva el engendrar nueva generación, eso se da por necesidad natural de la especie y pertenece al dominio de la vivencia de cada grupo existente en determinado tiempo.

La concepción económica de la existencia nos ofrece la ocasión de comprender que uno de los más perniciosos defectos de la demografía consiste en desligar los hechos de su base histórica real, para tratarlos como entidades en sí, que en algunos casos llegan a asumir tonalidades místicas. La sencilla expresión: "el hombre engendra al hombre", será, según la manera de interpretarla, o la más rica, aunque la más trivial, de las proposiciones demográficas, cuando se base en sus soportes con-

cretos, existenciales, o la más pobre, si la desligamos de su contenido real y la tomamos como abstracción formal. En el primer caso, condensa toda la auténtica teoría demográfica. En el segundo, pierde cualquier sentido lógicamente fecundo, limitándose a expresar el hecho evidente y sin mayor interés de que las generaciones se suceden en el tiempo. Con estas reflexiones pretendemos despertar la conciencia de los demógrafos para que atiendan a la necesidad de juzgar los conceptos aquí expuestos, y, en caso de admitirlos como válidos, que no se abandonen a las abstracciones formales, satisfaciéndose con ellas. El tratar con datos objetivos, el ser un investigador que se ocupa sólo de establecer correlaciones empíricas, o un funcionario que no va allende la práctica de los recuentos censales, no inmuniza al especialista contra las fallas del formalismo lógico. Muy al contrario, el hábito de las operaciones de recuento y de análisis será a veces el más fácil camino para el cultivo de las abstracciones, bajo la capa de una mal comprendida objetividad, cuando falte el pensamiento lógico capaz de dirigir la interpretación de los fenómenos investigados o de las operaciones realizadas.

LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE LA EXISTENCIA.

Nuestra concepción teórica de este ensayo se funda en la idea de que la realidad social media entre todas las relaciones de causalidad demográfica. No captar como intrínseco a los fenómenos examinados el estado general de la sociedad donde se producen, es incurrir en el vicio de la abstracción formal a que nos hemos referido. No basta, con todo, hablar de la sociedad, ni comprender la existencia de una sociología del proceso demográfico. Es preciso incluir el factor social en lo íntimo del proceso demográfico, así como, inversamente, no se debe aislar el elemento social y concebirlo como un recipiente ajeno a lo que en él pasa. Por eso, dialécticamente, tanto se debe incorporar el dato social al hecho demográfico, como examinar la retroacción de éste sobre el primero, mostrando que no existe lo social concreto, esta sociedad, de que nos estamos ocupando en este momento, sin el proceso demográfico, también concreto, que en ella se está desarrollando y que la constituye físicamente por la producción de sus componentes humanos.

Mucho se ha escrito sobre la sociología de la natalidad, de la sobrevivencia y, todavía, con más frecuencia, de la mortalidad, especialmente de la infantil. No hay demógrafo capacitado que ignore la relación de los problemas a que se dedica, con el ambiente de que surgen y donde tienen sus causas y explicación. Pero lo que menos a menudo se encuentra es el pensamiento que ligue de modo racional el dato demográfico a la situación social concreta a que se refiere. Dos equívocos parecen ser bastante comunes. El primero consiste en concebir la relación del

264 hecho demográfico con su contorno social como una relación externa, o sea, en reducirse a confrontar una cosa con otra, a yuxtaponer, y a veces hasta a superponer una realidad a otra. Cuando se procede así, y el caso es corriente, en las teorías llamadas culturalistas de la demografía, se habla profusamente del factor social y de su influencia, pero, como falta la percepción del correcto vínculo lógico entre los dos términos, acontece que la demografía es apenas incluida, envuelta por la sociología, se establecen relaciones de simple funcionalidad entre los dos órdenes de conocimiento, acompañadas de copiosa documentación estadística y gráfica, pero, sin adelantar por ello ni un paso en la auténtica comprensión del problema. Desearíamos insistentemente destacar la insuficiencia, la ineficacia de establecer un mero condicionamiento externo entre la demografía y la sociología. Ningún tratado de demografía deja de mencionar el cuadro social en que dominan los altos índices de mortalidad infantil, ni de correlacionarlos con las etapas del subdesarrollo nacional. Las causas de muerte son objeto de clasificación especial, en que los factores sociales tienen indiscutible preeminencia. La sobrevivencia media de las poblaciones es hoy un rasgo de su perfil social, señalándose las más prósperas por la acentuada longevidad. Parece no faltar, pues, la comprensión de la conexión sociológica de los hechos demográficos. En sentido descriptivo, e incluso interpretativo de poca profundidad, estamos de acuerdo con el trabajo realizado, de que hemos tenido conocimiento, cuyo mérito somos los primeros en reconocer. Pero juzgamos que la mayoría de los autores no aprecia debidamente la naturaleza real del vínculo que ligó los dos órdenes de ocurrencias. El pensamiento abstracto por lo común, vicia todo intento de descubrir el fondo de la realidad estudiada. Sus frases permanecen en el plano de las generalidades, para ser después desmentidas por investigaciones más detalladas. Así, una publicación de las Naciones Unidas declara: "Toda variación de la mortalidad está correlacionada con cambios que afectan la estructura económico-social en su totalidad".¹

Esta frase en su generalidad es rigurosamente exacta. Cuando, empero, se desciende a las necesarias especificaciones, aparecen las incertidumbres y aun las contradicciones, con plena fuerza. En el mismo trabajo, en la página 61, se dice: "Se conviene también en que, dondequiera que se hayan producido, esos mismos elementos de progreso económico han influido en las más recientes reducciones de las tasas de mortalidad". En la misma página, con todo, se señala también que: "Quensel informa que la tasa más baja de mortalidad registrada en Suecia durante la Segunda Guerra Mundial coincidió con un período en que las raciones de alimentos eran más reducidas y que la mortalidad aumentó en 1943 en momentos en que mejoraba la situación alimenticia".

¹ Naciones Unidas, *Factores determinantes*, etc., pág. 51.

El engaño de la abstracción ingenua consiste en permanecer en la superficie de las correlaciones observadas, en mencionar el hecho sin incluir su esencia en la representación conceptual del mismo. Tal es el segundo vicio a que nos referíamos: el formalismo. En virtud de este modo de pensar, las nociones y las correlaciones no pasan del plano formal, porque provienen de abstracciones que, no habiendo sido practicadas en forma dialéctica, no incorporan la esencia de los fenómenos examinados. El concepto listo y acabado funciona como un obstáculo para la comprensión de su génesis. El hábito de manejar conceptos desvirtúa el pensamiento, privándole de estudiar el proceso de la concepción. El concepto, formalmente entendido, acaba por dificultar el acceso a la realidad que en él se representa. Uno de los rasgos distintivos del procedimiento formal es la disociación de forma y contenido. Se reconoce el hecho, se investiga y describen las correlaciones funcionales, particularmente sociales, que lo envuelven, pero no se llega a superar la etapa en que éstas aparecen como el marco, el cuadro de referencia, las coordenadas, las circunstancias en que transcurre el fenómeno particular. No se incorpora la forma al contenido ni éste a aquélla, por vía de las mediaciones dialécticas. Con eso, el raciocinio, aunque correctamente orientado en el sentido de la búsqueda de los soportes sociales de los fenómenos demográficos, no trasciende de la etapa de la yuxtaposición, deteniendo el pensamiento ante dos elementos correlativos, pero no unificados en la unidad objetiva en que efectivamente tales fenómenos ocurren. El desarrollo económico y la reducción de las tasas de mortalidad son acontecimientos correlativos, lo que se percibe bien en las regularidades históricas del curso común de ambos, que no sigue una trayectoria continua. La demografía presta a la ciencia social inestimable servicio al desentrañar esta correlación y documentarla de modo indudable. Pero, por falta de visión profunda, termina su trabajo, en general, en el enunciado de la medida de la correlación, sin definir la naturaleza de la relación entre ambos términos, y sobre todo sin incorporar esta relación al concepto de cada uno de ellos. Como consecuencia, el desarrollo económico deja de ser concebido como envolviendo entre sus notas lógicas definidoras la disminución de la mortalidad, así como en este último concepto no se integra la nota de que tal decrecimiento ocurre en el curso de un proceso de desarrollo económico. Con eso se perjudica la claridad conceptual de ambas nociones.

La causa de esta deficiencia debe buscarse, en primer lugar, en la falta de un sistema de pensamiento adecuado por parte de los especialistas; pero, como segunda razón, aparece la inadvertencia en incorporar las mediaciones que vinculan los dos términos de una relación objetiva. Porque para hacerlo es preciso considerar el factor de mediación, constituido por el estado social en su totalidad. Ahora bien, hemos visto que la tendencia del espíritu científico menos avisado en demo-

grafía es proceder por vía analítica, o sea, disociar lo que objetivamente sólo existe en totalidad. Así, por lo regular, cuando el científico invoca la acción de factores causales, éstos acostumbran a ser parciales, o se consideran aisladamente en la influencia que ejercen sobre el caso en examen. El todo no es pensado dialécticamente como contenido en lo particular, y por eso, cuando el estudioso percibe el efecto de cierta condición social y económica, no reflexiona con el todo de que tal condición es elemento e índice, sino en ésta en sí misma, en su ocurrencia aislada. Aun cuando conciba el valor del cuadro social en demografía, permanece como un telón de fondo, o como un bastidor, un marco, envolviendo el fenómeno, dándole abrigo, contribuyendo para explicarlo, pero desde afuera, por la acción de los factores aislados que pone en juego. Nuestro modo de pensar se inclina en el sentido de la percepción total de la realidad. Así, parecenos que se evita la paradoja de que cuanto más se multiplica la investigación de los factores circunstanciales y se considera un número mayor de ellos, menos rico se torna el concepto que se desea esclarecer. Está perfectamente establecido que las tasas de mortalidad varían según los diferentes países y dentro de cada cual según sus regiones y grupos de población. "Tales diferencias responden a las distintas condiciones sociales y económicas de las diversas regiones y a las diferentes circunstancias en que viven los diversos grupos de la población".¹ Se ha estudiado minuciosamente la diferencia entre las zonas urbanas y las rurales, las influencias de los niveles de ingreso, de ocupación y aun de carácter étnico o religioso. Como resultado de estas investigaciones, se han acumulado datos sobre la mortalidad, o mejor dicho, se ha rodeado este hecho de numerosos factores que seguramente están ligados a él, pero no por ello se consiguió alcanzar la esencia de la correlación que el hecho en sí mantiene con tales factores. Y eso ocurre, según nuestro modo de ver, porque la incorporación de los aspectos circunstanciales a la esencia, en forma de relación intrínseca, exige la formulación global del problema de la mortalidad en el ámbito de una concepción general de la sociedad.

Gran número de especialistas ignora o rechaza esta manera de pensar, y la rechaza casi siempre inconscientemente, porque su actitud, como posición ideológica que es, deriva de cierto tipo de concepción de la sociedad que —por lo demás de muy buena fe— permanece habitualmente lejos del campo de pensamiento del científico. Este muchas veces cree adoptar actitudes progresistas, y hasta avanzadas, porque no se olvida de mencionar el condicionamiento social de las ocurrencias que estudia.

Es fácil enunciar los problemas demográficos en términos sociológicos; lo difícil es resolverlos en esos términos. Observamos, en efecto,

¹ Naciones Unidas, *op. cit.*, pág. 65.

que el tratamiento sociológico comúnmente dado por los demógrafos a sus investigaciones se limita a la fase de mera postulación, se reduce al acto de partir del ámbito social. Pero es igualmente verdad que el curso habitual del razonamiento de ahí en adelante consiste, por lo general, en alejarse del terreno sociológico y subir al plano de las abstracciones con olvido del punto inicial. La sociedad es entendida como la matriz que provee los problemas, pero no como el fundamento de que proceden las soluciones. Estas derivan del tratamiento dado a los elementos del problema por el espíritu del investigador en su actividad reflexiva.

No es preciso mucho esfuerzo para descubrir aquí los efectos perniciosos de lo que podremos llamar *idealismo demográfico*. Es el modo de pensar que, creyendo que las ideas generales tienen origen en el espíritu puro, juzga ser función de éste aplicarlas al material recogido por la experiencia, por la observación, por el registro; la realidad, que engendra los datos, no sería la fuente que engendra también las ideas utilizadas para comprenderlos y resolver los problemas que propone. Ahora bien, la verdad está, a nuestro modo de ver, en la posición opuesta. La realidad que se revela problemática es también el único origen de las ideas generales, de las categorías lógicas de que el espíritu se sirve para comprenderla, para interpretarla.

La relación de la demografía con las demás ciencias sociales se hace tanto más necesaria y útil porque gracias a ella el demógrafo enriquece su visión y se habilita para pensar con ideas y categorías que sobrepasan las que proceden de su ámbito científico estricto. La inclusión de la demografía en el campo de las reflexiones sociológicas beneficia al especialista por la apertura de horizontes más amplios, que le permiten percibir que los fenómenos observados son siempre resultado de un proceso general que se desarrolla en el conjunto de la sociedad, y que solamente atendiendo a ésta en su totalidad puede comprender los hechos particulares del dominio demográfico. Sea que se trate de la fecundidad, la nupcialidad o la mortalidad, no es posible razonar sobre estos acontecimientos sin el auxilio de la visión sociológica. No basta el conocimiento del principio de que la demografía está ligada a la teoría social; es preciso algo más que eso. Solamente alcanzando conciencia de sí, de su papel como científico, el demógrafo adquiere lo que hemos llamado *actitud crítica*, en el terreno de su ciencia. Porque ahora sabe exactamente dónde está situado, qué conceptos categoriales maneja y por qué lo hace. Esta actitud supone una ponderable suma de conocimientos, un balance previo de las cuestiones generales de la sociología y una fijación de convicciones que servirá de base para el trabajo interpretativo en el terreno propiamente demográfico. Solamente a partir de ahí será posible al demógrafo alcanzar conscientemente puntos de vista generales sobre los hechos de su especialidad, y princi-

268 palmente emitir juicios de orden teórico con la justificada pretensión de que puedan constituirse en cuerpo de doctrina.

Ejemplificaremos estas reflexiones con la mención del problema fundamental de la demografía: el del volumen de la población. El pensamiento teórico, llevado a la plena clarificación de sus cimientos, muestra que en la concepción de tal problema se presentan dos posiciones opuestas: o se admite que la cantidad de la población funciona como determinante principal de los fenómenos que en ella ocurren, o se toma la posición inversa y se admite que son las condiciones objetivas de una sociedad, en particular la estructura de su sistema de trabajo y de la producción de la existencia, las que determinan el volumen de la población. Parece difícil no aceptar que, aunque reducido a su más simplificada formulación, nos enfrentamos aquí con el dilema original de todo conocimiento demográfico. No vemos cómo huir de esta alternativa o cómo recusarle el carácter de cuestión primordial. Presentada en estos términos, se trata de una cuestión de filosofía social, que el especialista deseoso de llegar a las raíces de su estudio no puede alejar como inoportuna o secundaria; antes bien, tiene que resolverla tomando posición por una u otra tesis. Este es el procedimiento efectivamente científico, que no busca evitar los compromisos intelectuales ni ocultar los dilemas básicos con argumentaciones sinuosas, que sólo revelan el intento de hurtarse a un debate donde surgen problemas de difícil solución o que empuñan la responsabilidad intelectual.

No es nuestro objetivo tratar minuciosamente tal tema; no deseábamos más que indicar su importancia, a título de muestra de la necesidad en que el demógrafo se encuentra de no rechazar las concepciones sociológicas y de proceder a opciones que anteceden lógicamente a la formulación de sus problemas particulares. Decimos "lógicamente" porque de hecho existe una precedencia ideal de los principios sociológicos sobre los demográficos; pero eso no significa que el demógrafo deba recibir "desde afuera" la inspiración que le llevará a situarse en el campo de las posiciones ideológicas que se relacionan con su trabajo intelectual, lo que significaría hacerle subordinarse a la fascinación o la autoridad de los cultivadores de otras ramas del saber. Sostenemos exactamente la opinión opuesta. El demógrafo debe ser cada vez más demógrafo, para que, justamente así, realizando con plena objetividad y libertad su esfuerzo intelectual, llegue a descubrir la existencia de los problemas de fundamento de la ciencia que cultiva, sea llevado a dedicarles la atención que exigen y tome, por fin, en relación a ellos una actitud racional definida. El especialista debe estar advertido de la existencia de estas cuestiones, que trascienden su campo de visión, pero que le son esenciales. La elección de rumbos, el nacimiento de convicciones, la toma de actitudes, todo eso debe originarse del ejercicio de la capacidad crítica del estudioso, que encontrará en los libros

y en los maestros donde busque información, valiosos elementos de orientación y conocimientos, pero no guías o jefes a que deba obedecer pasivamente. Serán los propios hechos que maneja los que le deberán suscitar un deseo de esclarecimiento más general o más profundo. La base espírica a que está ligado será su verdadera escuela, pues de ahí provienen los problemas de que debe tratar y también los estímulos para ir allende las simples preferencias de rutina científica y construir un pensamiento interpretativo autónomo. Claro está que no todos los trabajadores de la demografía serán movidos por estas reflexiones; otros, posiblemente, llegarán a menospreciarlas como pérdida de tiempo, desviaciones de su atención o especulaciones ociosas. No será menos cierto que los más capaces y conscientes sentirán siempre el deseo de un conocimiento que no se limite a la constatación de resultados empíricos, sino que produzca la satisfacción espiritual que proporciona la certidumbre de las explicaciones racionales. Es natural al hombre no detenerse en el camino del conocimiento, y por eso nada impedirá que del campo de la experiencia vaya al de las investigaciones teóricas. En este ensayo, dedicado a la reflexión sobre este segundo aspecto de los problemas demográficos, deseamos mostrar lo inevitable de la transformación recíproca de la práctica en teoría y de ésta en aquélla. En efecto, la práctica significa en demografía la recolección de datos que se revelan como interrogaciones que exigen respuesta. El espíritu del científico no puede dejar de procurarla so pena de condenarse al papel subalterno de mero escrutador, de vulgar contador de la población. Su función como hombre de ciencia consiste en intentar resolver los temas que presenta la realidad, pero para hacerlo tiene que emitir opiniones y juicios generales que se elevan al plano de las formulaciones teóricas. Al pretender formular explicaciones generales, descubrirá que tales juicios no surgen como resultados automáticos del contacto con las cosas, sino son productos elaborados por el pensamiento racional, lógico, que supone su correlación con otros juicios, de mayor generalidad, pertenecientes a diferentes ramas del saber y, con carácter universal, a la filosofía. Así, no puede detenerse en las fases primarias del trabajo de esclarecimiento de los procesos objetivos que observa, sino que se ve compelido a llegar a debates que no formaban parte de su finalidad original de investigación, pero que tampoco le cabe ahora rehuir.

Hasta aquí nos hemos referido al hombre como ser que se reproduce a sí mismo en el curso de un proceso más general, aquel mediante el cual produce o sustenta su existencia. Ahora lo que deseamos acentuar es que esa producción de sí por sí se reviste siempre de un doble carácter: es social e histórica. Al segundo, dedicamos consideraciones propias en otro capítulo; el primero merece ser profundizado.

La producción de la existencia jamás es realización del hombre

270 aislado, sino resultado que conquista incluyéndose en un grupo social, que constituirá la base objetiva de la posibilidad de su producción de sí mismo. Aunque el productor sea individual, y el producto, la existencia, le pertenezca, el *modo* de producirlo, las condiciones imprescindibles de la producción, son de naturaleza social. Sin la integración en la colectividad humana, a que pertenece, el hombre está perdido, no es capaz de producir los medios de subsistencia y, en consecuencia, de reproducirse. Se comprende, por tanto, que la propagación de la especie, que, como hecho objetivo es unitario, posea en el campo lógico una fisionomía dual. Interpretada por el prisma de la complementariedad dialéctica, se presenta como acción tanto del individuo como de la sociedad. Si el primero actúa como agente directo del acto fecundante, del que resulta un nuevo ser humano, su acción es mediatizada por la totalidad de la sociedad, que le permite subsistir como individuo y le da las condiciones de sustentación de sí y de sus vástagos. Por esta cara, el individuo es el agente principal. Pero, por la otra, la sociedad se revela como el agente primordial si entendemos que se sirve de los individuos como de instrumentos mediatizadores para la consecución de su fin específico, la procreación de nuevos miembros. Colocadas las explicaciones en estos términos, podrían parecer demasiado abstractas para despertar algo más que un vago interés especulativo. Pero, si bajamos a lo concreto y procuramos traducir en sentido real lo que hemos formulado, verificaremos que tras estas fórmulas lógicas se perfila la realidad objetiva que en ellas se manifiesta. Hasta aquí, al hablar de sociedad estamos utilizando todavía un término genérico. Para llegar a la comprensión auténtica que buscamos, debe comprenderse que no hay *sociedad* en abstracto, como entidad ideal, sino sociedades, siempre concretas, particulares, históricamente realizadas. Con esta observación escapamos al riesgo de las divagaciones infecundas y entramos en el terreno de la comprensión apoyada en las condiciones de la realidad.

Cuando reflexionamos sobre el papel de la sociedad en la determinación de los hechos demográficos, es imperioso mencionar siempre el tipo de sociedad a que nos estamos refiriendo. Ahora bien, la especificación de los tipos de sociedad, o sea, de las distintas formaciones sociales, sólo será hecha a la luz de una concepción sociológica general, que no puede dejar de fundamentarse en la evolución histórica. A lo largo de las edades, la humanidad ha pasado por diferentes etapas de organización social, configurando cada una, una *formación histórica* definida por caracteres objetivos y culturales ligados al modo de organizarse los hombres entre sí para trabajar sobre la naturaleza circundante y sacar de ella los medios de subsistencia. El demógrafo no tiene derecho a ignorar que, no sólo como individuo, sino como científico, opera en un ámbito social, que pertenece él mismo a una de estas formaciones, y por este motivo, si investiga hechos contemporáneos, no

le está permitido desligarlos del contexto histórico en que se producen, y tiene que comprender que, tanto los hechos como su comprensión, son tributarios de la fase cultural en que se encuentra. Noción fundamental a este respecto es la de *proceso* a que ya nos referiremos. La reproducción de la especie se inserta como proceso particular en el curso de un proceso general, que constituye la historia de la formación social vigente. Ningún fenómeno de los que forman la materia de la demografía puede ser estimado aparte de su determinación por el proceso general de la colectividad. Así, resultan improcedentes las concepciones que tratan los hechos demográficos como variables libres. En verdad, son variables dependientes y reflejan el juego de factores sociales más amplios que los superan, engloban y determinan.

Gran parte de los debates relativos a ciertas doctrinas de la población que gozan de popularidad, se simplificarían si los autores concentraran su atención en esta presentación lógica del problema, y se decidieran a tomar posición en los términos en que el problema se presenta de acuerdo con esta perspectiva. Realmente, la opción básica es en favor o en contra de la concepción sociológica de la realidad de los hechos demográficos. Deriva tal concepción de la noción de la demografía como ciencia que estudia hechos causados, en última instancia, por la producción social de la existencia humana. Ahora bien, toda producción supone un *régimen de producción*, es decir, un sistema de relaciones entre los productores para fines de elaboración de ciertos bienes. El fundamento de tal régimen es el modo de producción, o sea, las condiciones en que los trabajadores desempeñan su esfuerzo. Es sabido que a lo largo de la historia se han verificado varios tipos principales, cualitativamente distintos, de regímenes de producción. En cada uno los hombres eran obligados a producir su existencia de acuerdo con la trama de relaciones sociales objetivas vigentes. Como, según hemos mostrado, la reproducción del individuo se da dentro del régimen de producción, tanto el proceso dinámico de las poblaciones como las ideas teóricas que constituyen el cuerpo de la ciencia demográfica están determinados en esencia por la formación histórica en vigor en cada fase de la evolución de la humanidad, y no al contrario, según se observa ser el pensamiento de las teorías que hemos llamado *ingenuas*.

No vamos a descender a las raíces del mal entendido que encontramos en la postulación general de las teorías demográficas corrientes. Tal discusión nos obligaría a suscitar el problema general de la conciencia, y a examinar sus diversos comportamientos frente a la realidad. Quedémonos sólo con la afirmación de que la demografía convencional incide, a nuestro modo de ver, en un error de principio, al creer que el proceso demográfico es el continente del proceso social, cuando la verdad está en la formulación inversa: el proceso social objetivo, en la fase y forma histórica en que se halla, contiene, determina y expli-

72 ca el proceso demográfico. Este es producto social del primero. Si no procedemos a esta inversión, corremos el riesgo de cultivar las más fantásticas conceptualizaciones, como las de "superpoblación", "explosión demográfica", "óptimo de población", "política de población" y tantas otras ideas míticas análogas, de que, desafortunadamente, todavía no se ha liberado el estudio demográfico, a fin de adquirir la autenticidad y la seriedad que le corresponde.

La revisión de las concepciones demográficas ha de proceder de la reflexión sobre la relevancia del factor social. Ya hemos dicho que no se trata de no olvidar la referencia externa al dato social que, evidentemente, va siempre unido al demográfico. Eso la demografía oficial lo viene haciendo rutinariamente. Se trata de establecer la relación lógica interna entre los dos órdenes de datos, en cuya consecuencia el hecho demográfico incorpora a su esencia la relación que lo liga al contexto social envolvente. Tomemos, para muestra, cualquier hecho poblacional relevante, la natalidad o la mortalidad. Es sabido que las tasas de fecundidad varían de país a país, y, en una misma nación, de región a región, de la ciudad al campo, de un estamento económico a otro, de profesión a profesión, etc. La demografía habitual se esfuerza por descubrir la naturaleza de los vínculos que entrelazan esas tasas con sus factores ambientales, pero, como procede de manera formal, no toca la esencia del problema, y por eso queda perpleja cuando no consigue descubrir una regularidad, una ley, un principio que asocie, según modelos abstractos y estables, los dos órdenes de hechos. No ocurriría lo mismo si fuera otra la postura lógica del demógrafo, porque entonces, en vez de suponer que sea uniforme la relación causal entre los dos extremos, descubriría que se trata de un vínculo necesariamente variable que revela la variabilidad de los comportamientos humanos con las circunstancias sociales, la coyuntura histórica en permanente proceso de transformación.

Lo fundamental es que este proceso sea tomado, en primer lugar, en su totalidad, y, además, en la condición concreta correspondiente a cada grupo de población. Cuando se verifica que en un país altamente desarrollado son bajas las tasas de fecundidad, no es legítimo, por ejemplo, establecer una correlación sólo entre los términos *número de hijos* y *renta familiar*. De tal tipo de raciocinio nada se puede concluir, siendo vanas las laboriosas operaciones a que se entregan tantos especialistas en este asunto. Intentar establecer aquella correlación solamente entre los dos términos es obrar en abstracto, porque una renta familiar sólo tiene sentido dentro de determinado régimen de producción; en consecuencia, el régimen de producción mediatiza la vinculación entre aquellos términos. En verdad, la totalidad social se manifiesta en toda correlación entre dos cualesquiera de sus aspectos. Solamente al pensar conforme a este modelo concebimos el fenómeno en su concreción. La

tasa de natalidad es baja en aquellos grupos sociales que, por el régimen vigente, tienen motivos de temer por la suerte de sus vástagos, cuya manutención, salud y educación significan un peso económico que anticipadamente pueden apreciar. La sociedad entera, por la situación existente, funciona como determinante del régimen de natalidad, de modo que, aislar el factor *renta* y relacionarlo con el factor *fecundidad*, es proceder a una mera relación lógica entre conceptos abstractos, con evidente desprecio por los fundamentos objetivos de la realidad que se desea esclarecer, la cual es un proceso en movimiento.

Cuando, por otro lado, las estadísticas indican que las poblaciones más miserables son las que ostentan tasas más altas de fecundidad, se presenta al especialista un problema que muchas veces no consigue comprender, y que ha llevado a conspicuos estudiosos a las más inverosímiles hipótesis explicativas capaces de despertar hasta hilaridad si no se debieran a personas honestas y de gran seriedad. Se han invocado los más imaginarios factores causales, desde el clima caluroso, exacerbador de los instintos genésicos, hasta la dieta pobre de vitaminas. Las explicaciones naturalistas de este tipo, que procuran presentarse como *teorías sociológicas*, pueden clasificarse en dos grandes grupos: las que apelan a potencias anímicas, tendencias psicológicas, instintos, etc., divagando en el empíreo de las lucubraciones impresionistas e inverificables; y las que pretenden ser objetivas porque tratan de apoyarse en algún aspecto material de la realidad, pero lo hacen con el más cándido idealismo, procediendo siempre por aislamiento de algún factor arbitrariamente elegido, o con poco fundamento, de modo que el raciocinio se convierte en un ejercicio formalista, en el cual se ignora sistemáticamente la función categorial de la noción de totalidad. Si el estudioso procediera con más aguda percepción crítica, comprendería que no es una casualidad, ni mucho menos una anomalía o un absurdo, que las familias de las áreas más atrasadas y miserables sean las más fecundas.

En el nordeste brasileño, de una población de cerca de 25 millones de habitantes, se puede afirmar que de 16 a 18 millones pertenecen a familias pobres o miserables, y al mismo tiempo son las de más altas tasas de fecundidad. Un espíritu ingenuo juzgaría con facilidad ilógico este fenómeno. ¿Será que tales grupos humanos, sabiendo que no tienen con qué alimentar y educar a los hijos, no perciben la conveniencia de reducir el ritmo de procreación? Sin embargo, analizándolo críticamente, nada tiene de absurdo tal hecho. En primer lugar, lo lógico es calificar así aquello que constituye simplemente un hecho real. Tenemos aquí una flagrante actitud ingenua que llamamos de *incriminación de la realidad*. La simple condición de ser real ya significa que el hecho es lógico, o sea, explicable por la lógica inmanente a la realidad donde se produce. La percepción de la logicidad del hecho no depende sino de saber aprehenderlo con el auxilio de los adecuados instrumentos cate-

274 goriales. Ahora bien, éstos deben buscarse en el terreno social y referirse al modo de existencia de las comunidades humanas. Las familias miserables son más fecundas en virtud de un mecanismo natural de defensa contra la inclemencia del ambiente social, que explota sin piedad el trabajo humano. En tal ambiente, tener muchos hijos, aun sabiendo que gran número o la mayor parte de ellos van a perecer por falta de recursos de subsistencia, constituye una inversión existencial positiva, es, podríamos decir, casi con crueldad, si no fuera una tristísima verdad, un *buen negocio*, toda vez que los hijos que sobrevivan se emplearán desde la más temprana edad como mano de obra en las labores domésticas, y luego como fuente de recursos y fuerza de trabajo asalariado. Cuando una madre famélica toma en los brazos una criatura de meses de edad y va a mendigar, porque sabe que por este expediente despertará más vivamente la piedad pública, está convirtiendo al niño recién nacido en un trabajador. Lo mismo pasa con los hijos que a los cuatro o cinco años ya ayudan a buscar agua, a hacer pequeños servicios domésticos, o salen a la calle en procura de trabajo eventual con que mantenerse y, si es posible, cooperar al presupuesto familiar. Los padres no tienen motivos para negarse a procrearlos en tales condiciones, pues lo más que arriesgan es que mueran, pero, si por casualidad tal no acontece, habrán conseguido una ayuda valiosa para su situación social. Examinado por el ángulo filosófico, puede decirse que se trata de un cálculo existencial, inconsciente, es claro; la procreación indiscriminada representa una apuesta existencial hecha sobre la alternativa que presenta probabilidades más favorables. En rigor, es la única inversión de capital que la familia en la miseria puede realizar.

La explicación de la alta tasa de natalidad de las masas paupérrimas nada tiene, pues, de hermética, ni revela un comportamiento incomprensible o irracional. Al contrario, es el camino más natural para aquéllos que no tienen gran cosa que esperar de la sociedad donde viven. No hay motivo para invocar sibilinas explicaciones, cuando el hecho se aclara por la más elemental referencia a la realidad vivida como fuente de todos los procesos que en ella se observa. Basta pensar correctamente y no abandonar el suelo social, sino ver los problemas en la perspectiva lógica de la totalidad. La alta tasa de natalidad de las áreas hambrientas es un fenómeno de totalidad. En él está presente la sociedad toda, con sus desigualdades, sus oposiciones, carencias, incapacidad de atender al bienestar de todos los seres humanos que la componen.

El olvido de la categoría de totalidad constituye un pecado capital en el análisis demográfico y sociológico en general. Si tal se da en relación con el fenómeno de la natalidad, también se repite con otros, como la mortalidad. La muerte es evidentemente un acontecimiento individual en su ocurrencia empírica; pero, cuando indagamos su natu-

raleza profunda, se presenta como originariamente social. Sin duda, morir es el destino biológico de todo ser humano por la simple razón de estar vivo; pero el cumplimiento de este destino, en sí inexorable, se procesa envuelto por un complejo de condiciones y factores sociales que lo absorben de tal modo, que la ocurrencia fatal se torna sólo el núcleo material necesario de un concepto en el cual figuran con preponderancia, a efectos de su interpretación, los datos de la situación objetiva en que acaece el óbito. Tenemos, pues, que distinguir, en la noción *causa de muerte*, de uso imprescindible en demografía, la parte correspondiente al acontecimiento fisiológico en cuanto tal, de aquélla que refleja las circunstancias e influencias de origen ambiental. El hombre muere en función de su sociedad, o mejor dicho, en función de su vida, que implica la relación con el estado de su sociedad. En forma paradójica, séanos permitido decir: el hombre no muere de la muerte, muere de la vida. La muerte posee un aspecto cualitativo que está ligado a las condiciones de la vida que se extingue. Si la muerte es el final de la vida, ésta es el comienzo de la muerte. La vida efectivamente vivida por el hombre va preparando, salvo los casos accidentales, la situación de que resulta el fallecimiento. En una forma concisa cabría tal vez decir que es la vida la que mata y no la muerte. Esta sólo concreta, en forma de acontecimiento que tiene lugar en un instante definido del tiempo, la lenta acción de las condiciones en que ha transcurrido una existencia humana.

Cuando el demógrafo, en la ecuación fundamental de la población, procede a la suma algébrica de los factores, no debe ignorar que los nacimientos y los fallecimientos no son variables independientes, sino que se hallan envueltos por la noción existencial, más profunda, de *forma concreta de la existencia humana*. Sociológicamente hablando, y, claro está, sin que tal afirmación implique ningún fatalismo, el individuo nace para una determinada forma de vida, como igualmente muere de una determinada forma de vida. Este es, pues, el terreno, el sustentáculo del proceso vital que se inicia con el nacimiento y se cierra con la defunción. Si consideramos los dos extremos del proceso como variables libres, sin relacionarlas con la realidad objetiva que las soporta, estaremos cometiendo una imperdonable ingenuidad, por cuanto desligaremos uno de otro hechos correlativos que, aunque extremos opuestos, representan, en verdad, la misma realidad, una vida concretamente vivida. Todo pasaría como si ignoráramos que el mismo individuo que ha nacido un día, va a morir más tarde. Podríamos llegar a una visión exclusivamente algebraica, en la cual desaparece el curso real de la existencia humana, y la muerte de un hombre podría ser substituida por la de cualquier otro.

La demografía debe conservar la concepción existencial de la unidad del ser humano, no en carácter abstracto e idealista, sino en la

276 efectiva condición concreta en que ocurre. Como fundamento, como envolvente de la ecuación de población, está la noción original de *existencia*. Aunque no figure, como es evidente, en los cálculos del especialista, debe constituir la idea central orientadora de la interpretación teórica y valorativa de los fenómenos que investiga. Sabemos que la edad de la muerte es correlativa del nivel económico de que el individuo disfruta en su vida. La duración de la vida, en términos estadísticos, es el resultado de las posibilidades de sobrevivencia que se ligan, como un coeficiente demográfico virtual, a todos los niveles de existencia, a las condiciones de trabajo, educación y comodidad.

La expectativa de sobrevivencia, a partir de 0 años, que la demografía técnica trata como un dato objetivo, sólo cobra verdadero sentido cuando se la sitúa en la perspectiva sociológica. Decir que en tal región de ínfimo desarrollo económico la mortalidad infantil alcanza una cifra inhumana y desoladora; no es decir toda la verdad del fenómeno. Porque si averiguamos que en una área miserable fallecen 100, 200, 300 o más niños de menos de 1 año de edad para un determinado volumen de nacimientos anuales, estamos produciendo un dato numérico que prácticamente ningún sentido posee. La verdad de aquellos números queda del todo obliterada si no agregamos informaciones concretas que identifiquen socialmente a los niños fallecidos, que revelen *quiénes son* los niños que sufren este persistente "degüello de los inocentes". La falta de indicación sobre el contenido sociológico del fenómeno de la mortalidad infantil constituye, para la conciencia de los técnicos, un procedimiento normal, practicado con entera insensibilidad profesional. Sin embargo, sin tener conciencia de eso ni culpa, están incurriendo en un comportamiento ideológico que, en la mayoría de los casos, no llega ni a sospecharse, pues la identificación de los muertos tendría una repercusión ética y despertaría un sentimiento de responsabilidad que no quedaría sin resonancias.

En las condiciones de extrema pobreza en que viven extensas masas humanas, el hecho biológico normal de la mortalidad asume la característica, cualitativamente distinta, de *mortandad*.

La demografía, silenciando el carácter sociológico de los procesos que investiga, especialmente el de la mortalidad, puede ser acusada de complicidad en el ocultamiento de la realidad. Dificulta la comprensión del papel positivo del desarrollo económico y de la toma de conciencia por parte del pueblo, de las causas de las calamidades que lo afligen.

No sólo en relación a la mortalidad infantil se hace necesario el aclaramiento sociológico. Lo mismo se debe decir de la mortalidad senil, y de la duración de la vida en general. Es sabido que la duración de la vida se prolonga en aquellos países que gozan de nivel económico más alto. Con eso, la pirámide de edades modifica el contorno, curvándose gradualmente la cumbre. Tan evidente es la relación, que los

demógrafos toman como término sinónimos *alto desarrollo económico y elevación de la duración media de la vida*. Después de constatarse tal identificación, es imperioso averiguar las causas sociológicas que la explican. La primera es que se trata de un proceso histórico-cultural. Tenemos que distinguir dos aspectos de ese proceso: el conocimiento de los medios capaces de defender la vida humana contra la fatalidad de la muerte, y la posibilidad de posesión de tales medios por el individuo. Mientras el primer hecho es de orden cultural, y depende del avance de la ciencia, de los descubrimientos en el terreno de la biología, de la medicina, de la higiene y de múltiples transformaciones materiales de la situación humana, sintetizadas en el progresivo ahorro de los esfuerzos físicos en la lucha por la sobrevivencia, el segundo aspecto es de orden económico. Esta es la razón por la que la situación actualmente observada es cualitativamente semejante a la vigente en épocas pasadas, en el sentido de que, en sociedades divididas en capas económicamente desiguales, siempre la vida ha sido más larga para aquéllos que pertenecían a la parte alta. Dadas las disparidades sociales, la posesión de los medios de prolongar la vida, especialmente los que aseguran la comodidad, la defensa contra las enfermedades y contra los efectos de un trabajo agotador, siempre se ha distribuido desigualmente, entre una capa que podía obtener lo mejor que había en su tiempo para defenderse de la muerte, y la parte restante de la población, que tenía que sufrirla sin ninguna protección.

La distinción entre esos dos aspectos es un concepto de capital importancia para la conciencia del demógrafo. Su falta conduce al engaño de evaluar sólo el grado de avance del proceso cultural, de no referir el proceso demográfico sino al conocimiento científico, que, particularmente en el campo del combate a las endemias, ofrece ahora recursos insospechados de éxito contra la muerte, y descuidar la observación de que el conocimiento de los recursos médicos, quirúrgicos, hospitalarios, etc., es solamente un dato de principio; pero el factor decisivo consiste en el derecho, no abstracto, sino ejercido, de tener acceso a usar tales recursos. Si nos fijamos en este aspecto, aparece el hecho existencial concreto, la posibilidad real de que el individuo tenga o no, acceso a los medios de prolongar la vida.

Un tercer aspecto de este análisis debe mencionarse. Como las enfermedades que más diezman las poblaciones pobres, en la actualidad igual que en lo pasado, son las enfermedades infecto-contagiosas, las llamadas *enfermedades de masa*, las sociedades emprenden ingentes esfuerzos en el sentido de erradicar tales endemias y mantener permanente control preventivo contra eventuales epidemias. Procediendo así, evidentemente se proporciona a las poblaciones indigentes los medios que las librarán de una muerte ahora "innecesaria". Nadie discute lo que hay de meritorio e imperioso en tales medidas de salud pública.

78 Pero a este respecto se debe notar los dos rasgos siguientes: esas medidas representan una actitud de defensa de la colectividad, dictada por el terror de que los morbos combatidos afecten a los grupos que poseen el poder social, y que, dada la naturaleza endémica o epidémica de las enfermedades contagiosas, no pueden defenderse aisladamente, requiriendo para salvarse la eliminación del peligro generalizado. En segundo lugar, tales medidas, por el carácter asistencial de que se revisten, tienen el efecto de reducir las capas pobres de la población a la condición de *objeto* de la solicitud social. Mientras las capas pudientes se tratan por sí, las otras son tratadas por la asistencia colectiva. Esta distinción es nociva, no sólo para la dignidad humana, sino para las mismas finalidades de éxito de las medidas médicas y sanitarias. No es la misma la situación del individuo perteneciente a los peldaños superiores de la sociedad, el cual dispone permanentemente de atención para una emergencia médica, y la condición de las masas, que tienen que ser atendidas por establecimientos sociales obligatoriamente insuficientes en número y casi siempre inferiores en calidad de servicio, en la realidad de los países subdesarrollados. De ahí resulta que la simple presencia material de establecimientos hospitalarios y de recursos médicos no lo dice todo. Por eso, los fríos cuadros estadísticos tienen significación limitada, pues no dicen lo esencial: quiénes y cuántos pueden ser atendidos y cuáles y cuántos quedan al margen de esta posibilidad.

La íntima conexión entre salud pública y demografía es determinada por la base existencial que les es común. Una sociedad posee el grado general de salud y la distribución de ella entre sus componentes, que le permite la fase de su desarrollo, el sistema de organización y el modo como se realiza en cantidad y calidad el trabajo de su población. La demografía, al describir los sucesos vitales que en ella se dan, se presenta como un epifenómeno del proceso sanitario, en el sentido de que por este respecto, el volumen de la población es función de la salud del grupo, siendo el conjunto condicionado por la etapa de desarrollo económico general. El factor decisivo en la comprensión de la problemática de la salud y de la mortalidad, es el papel desempeñado por el trabajo de los individuos. Este tema ha sido tratado por sanitaristas y demógrafos en el aspecto descriptivo, en los análisis cuantitativos, por los métodos estadísticos, y en las repercusiones en el terreno específicamente médico. De modo general, observamos cierta insuficiencia en el tratamiento que se le da desde un punto de vista sociológico. Para empezar, es común ignorar el hecho original y decisivo de que por el trabajo el hombre ejecuta la producción de su existencia. Sea en las formas rudimentarias de la economía primitiva, sea en las más avanzadas de la época actual, el trabajo es el ejercicio de la capacidad de transformación de la naturaleza para el fin de sustentar la vida. El

animal se nutre por procesos fisiológicos equivalentes a los del hombre, pero no trabaja porque sólo utiliza los bienes de consumo que encuentra listos y disponibles. Sea que se trate de los alimentos, sea de los materiales con que construye nidos o abrigos de otra especie, el animal sólo realiza la tarea de cogerlos del medio natural donde son dados, no modifica la naturaleza para sustentarse. El hombre, en cambio, produce aquello que necesita, en primer lugar porque incluso la recolección de los bienes que se presentan en condiciones de consumo inmediato es dirigida por el raciocinio, por la observación y acumulación de una experiencia progresiva; y además porque —y eso es capital— produce los medios con que va a producir los bienes para el consumo. En una u otra modalidad, está trabajando sobre la realidad. Y la forma cómo trabaja, que en las sociedades completas le señala el lugar que ocupa, determina igualmente la facilidad o dificultad de acceso a los recursos de su existencia. No sólo la comodidad material, sino la cantidad y la calidad de los alimentos, la disponibilidad de los medicamentos y recursos médicos, todo le proviene del lugar que ocupa en la sociedad. Como éste es definido por la categoría y el volumen del trabajo que ejecuta, perfectamente puede decirse que la demografía, como la higiene, debe considerar como substracto social de sus proposiciones el régimen de producción y la posición del individuo en el engranaje del trabajo social.

El intento común de aumentar la productividad conduce a la búsqueda de condiciones cada vez más humanas de trabajo, lo que tiene evidente repercusión demográfica favorable. Baste recordar las horribles condiciones de explotación del trabajo de mujeres y niños en el inicio de la fase económica moderna, para comprender cuánto progreso y mejoría se ha conquistado desde entonces. Pero no debemos olvidar que el cuadro que habitualmente se exhibe de la evolución de la sociedad moderna, en este particular, retrata apenas la transformación del proceso productivo en las áreas metropolitanas de los países dominantes, donde de hecho se ha conseguido en general significativa humanización de la vida. Cuando, empero, nos volvemos hacia las inmensas áreas subdesarrolladas del mundo donde se amontonan las multitudes hambrientas y andrajosas que componen la amplia mayoría de la humanidad, tenemos que reconocer que el progreso obtenido es todavía una parcela extremadamente reducida de lo que falta por conquistar. Los pueblos pobres continúan muriendo jóvenes. Al decir de Celso Furtado, "sobreviven al costo de vivir poco". De ahí, el fenómeno de la alta fecundidad correlativo de la alta mortalidad. La certeza de vida corta lleva a los individuos, casi siempre inconscientemente, a desear reproducirse temprano, rápida y abundantemente. La expectativa de la inevitable hecatombe infantil hace que el hombre adulto procrea más por un condicionamiento existencial natural, porque presiente que por este medio

conseguirá obtener mayor número de vástagos sobrevivientes. La corta duración de la vida que espera para sí, hace apresurarse al individuo a reproducirla, sin tomar en cuenta las circunstancias de conservación, educación y orientación de la prole, simplemente porque esto no es un problema para él. Y no lo es porque no lo ha observado ni sentido en relación a sí. Su misma vida es un ejemplo de sobrevivencia casual, y como no tiene exigencias culturales, educativas o de preparación profesional, y sabe que sus padres no las han tenido en relación a él, no tiene motivo para hacer de estas interrogantes un obstáculo a su libre reproducción.

La miseria es fecunda porque no se preocupa de la vida, entendido esto en sentido existencial profundo. Quien vive al nivel de la economía de simple subsistencia, tiene preocupaciones tan elementales e inmediatas, que la conciencia está ocupada totalmente por el penoso afán de producción de la vida. La preocupación significa, según la etimología indica, una "ocupación anticipada", una proyección del ser hacia lo futuro, una antevisión de lo que podrá ser su realidad personal en el tiempo lejano; nociones, estas, que, por supuesto, no figuran en el pensamiento del trabajador primario de las áreas miserables, para el cual solamente el día de hoy, la manutención de sí y de los suyos en este momento vivido, tiene sentido e interés. No hay, pues, razón para preocuparse por una prole que todavía va a nacer, y por eso no siente escrúpulo en procrearla, toda vez que no es un problema inmediato.

Cuando se lee, en los tratadistas de la demografía, las eruditas interrogaciones al respecto de la correlación, que a muchos autores parece enigmática, entre alta mortalidad y alta fecundidad, debemos recordar que, posiblemente, muchos aspectos del problema serían aclarados si nos concentráramos en la comprensión de sus fundamentos sociológicos. Ahí está la llave de la explicación de la citada correlación. Para encontrarla, es preciso poseer una teoría sociológica crítica; no una visión ingenua, pues con ella nos alejamos progresivamente del objetivo y crearemos subproblemas o paraproblemas inexistentes, simples productos de formulaciones incompletas o equivocadas. Insistimos en que lo importante es el correcto enfoque conceptual de la cuestión, lo que significa el empleo de adecuadas categorías lógicas para definir y juzgar los fenómenos. No falta a los demógrafos la conciencia del factor social. Sería, por lo demás, imposible que tal ocurriera, pues sin ella no habría ciencia de las poblaciones. Pero notamos, con frecuencia, que les falta comprensión crítica de los procesos particulares de que se ocupan. Corregir este defecto es asunto que supera la órbita de la demografía en cuanto tal y exige la discusión de la teoría social en sí misma. Nuestro intento, con estas reflexiones, ha sido únicamente sugerir la conveniencia de colocar la demografía en el campo de la ciencia social y proceder previamente, a título de formación intelectual del especialista, al debate

de estos temas a nivel de la sociología pura, como prolegómeno a toda conceptualización demográfica. Existe afortunadamente una vía que encamina naturalmente la demografía a este plano científico de mayor generalidad: consiste en la reflexión sobre la presencia necesaria de condiciones políticas, al lado de las meramente sociales, en el proceso de producción de la existencia.

CONDICIONES POLÍTICAS DE LA PRODUCCIÓN DE LA EXISTENCIA.

La concepción de que el hombre sólo se reproduce en sociedad, conduce, por transición lógica natural, a comprender que el fenómeno demográfico está sujeto a condiciones políticas, aquéllas con vigencia en la formación histórica a que pertenece. La sociedad, en cuyo seno se da el proceso demográfico, tiene una supraestructura política que debe ser tomada en cuenta, pues de ella derivan influencias recíprocas sobre las bases objetivas, que van a afectar, de modo claro, el estado y la dinámica de la población. Por dos lados se tienen que considerar los factores políticos: por su acción como configuradores de la etapa histórica vivida por la comunidad, y por su influencia en la determinación de la fase del desarrollo social, o sea, sobre la posibilidad y la velocidad de las transformaciones sociales.

Estos influjos de orden político encuentran traducción en términos de modificación del régimen demográfico. La etapa histórica significa la formación más amplia en la cual se desarrolla la vida social de una población. Está ligada naturalmente a las formas de la producción y del trabajo, pero se erige sobre su base objetiva como estructura política relativamente independiente, con leyes internas, de organización y movimiento, y de ella procede un influjo que envuelve todos los hechos humanos que se producen en su interior. Así, el particular campo de la realidad constituido por los fenómenos demográficos, tiene todas sus determinaciones internas sometidas a las que provienen de la estructura política más general que las abarca. Las leyes de la población que una sociedad manifiesta, no pueden ser generalizadas y pretender valor absoluto, pues fueron inducidas de la experiencia, registro y análisis de un campo de la realidad que no existe por sí, aparte de un mundo histórico donde se sitúa, sino que depende siempre de éste. La formación histórica a que pertenece el dominio demográfico posee leyes específicas, las cuales, por su mayor generalidad, subentienden las menos generales, las que se evidencian en el campo particular de la demografía. Con esta sencilla reflexión, queda, desde luego, desvanecida una ilusión comprobada en cierto número de autores, que se esfuerzan por descubrir *leyes de población* partiendo de los datos de la experiencia directa que poseen de la realidad donde viven. Creen que las

282 generalizaciones que producen son válidas en sí mismas y revelan las leyes absolutas de la dinámica de la población.

Basta que el problema sea puesto o pensado en estos términos para que se perciba su insalvable ingenuidad. Esta postura revela ausencia de sentido histórico para comprender la categoría de totalidad. La población, que es siempre un dato concreto, se vuelve una abstracción vacía cuando la tomamos aislada de su inserción en el tiempo histórico. Si procedemos así, las leyes que eventualmente proclamemos dejarían de ser leyes, por no atenerse al requisito fundamental de toda proposición que pretende reflejar los aspectos más generales de la realidad, el de explicar la relación entre el estado, la composición y los movimientos de la población, de un lado, y la etapa del proceso histórico vivido por ella, de otro. Los demógrafos inadvertidos juzgarán lícito seguir el camino de la inducción, elevándose de su campo particular de análisis hasta las generalizaciones pretendidas. Pero este modo de concebir ofrece el riesgo de tornarse visiblemente estrecho e insuficiente si no fuera esclarecido por una teoría crítica general, y equivocado si consiste en practicar una abstracción de tipo formal, cuando lo que se requiere para llegar a la verdad es la realización del procedimiento inductivo según el modelo del razonamiento dialéctico, o sea, incluyendo esa particular operación lógica en la esfera de pensamiento que abarca en conjunto la realidad de la existencia humana. Por esta última concepción, la noción de totalidad surge como el concepto categorial dominante. Las leyes demográficas tienen que ser sin duda inducidas del campo del análisis poblacional, pero para eso es preciso distinguir entre el aspecto operacional y el interpretativo; para este último, se exige la consideración del proceso social como mediación necesaria, principalmente en su expresión y coordinación política. Esta exigencia es desatendida y no se cumple en los creadores de doctrinas y teorías de la población. No llevan en la debida cuenta la envoltura del proceso poblacional por el proceso, más general, de la realidad objetiva, como un todo, y no meditan en que el primero, no sólo no existe sin el otro, sino que no puede ser concebido sin éste.

La tendencia más actual en el estudio demográfico tiende a relacionar el desarrollo de las poblaciones con el estado económico o las circunstancias sociales. La falla principal que lo domina y le impide rendir los resultados más ricos que esa correcta orientación promete, consiste en que, de modo general, no va allende el establecimiento de relaciones externas, quizás verdaderas, pero insuficientes para producir la comprensión real del proceso en su integridad. Porque lo que se necesita para eso es el concepto de relación interna, por el cual todos los hechos del análisis demográfico aparecen, no como variables independientes o simples correlaciones de situaciones exteriores, sino como factores causales de una trama de influencias recíprocas, en que el

volumen y cualidad de la masa humana es el mismo tiempo determinado por un conjunto de hechos sociales y determinante de estos mismos hechos. Este modo de pensar excluye las relaciones causales y las substituye por las que se traban en el ámbito de una totalidad cultural en desarrollo. La conclusión que se debe sacar de esta primera discusión del problema es que no tiene sentido hablar de *leyes de la población* en carácter absoluto, como un concepto abstracto, y que, por tanto, el especialista sólo debe buscar las leyes de la población concreta que investiga, las cuales se refieren siempre a una determinada configuración histórica y sólo tienen valor para ésta. No hay leyes generales de la población, válidas para toda la humanidad en todas las épocas y lugares, simplemente porque cada fase histórica se define por condiciones supraestructurales políticas que le son particulares y condicionan la correlativa configuración del proceso demográfico, distinguiéndolo de las caracterizaciones que asume en otra época. La particularización de los regímenes demográficos, y sus correspondientes leyes generales, es el primer resultado que se nota, al reflexionar sobre el papel de las condiciones políticas en la constitución de la realidad poblacional.

Hay otro resultado, no menos importante. Cuando nos referimos a una población, sea a la de una nación, sea a toda la humanidad, no podemos ignorar que concretamente estamos mencionando un conjunto heterogéneo, por coexistir en él grupos sociales con distintos, y a veces extremadamente distintos, niveles de realidad existencial, en virtud de la disparidad económica en que reposa el proceso colectivo de la existencia. Si nos limitamos al caso de una nación, lo que primero importa definir es el grado de desarrollo general que ostenta; después, las disparidades interiores que funcionan como componentes del resultado final, y, por fin, la estructura y los condicionamientos de su proceso político. En el concepto de época o formación histórica, adquiere primordial relieve el rasgo referente a la fase de desarrollo económico vivido por la nación en causa. Si examinamos las naciones de la periferia mundial, que abarcan la mayor parte de la humanidad y manifiestan los más dolorosos cuadros de miseria y atraso cultural, veremos que en ellas la estructura política corresponde a esta situación objetiva, la refleja, y tiende a conservarla. Cuando se trata de establecer, por vía analítica e inductiva, el régimen de estado y movimiento de tales poblaciones, o sea, cuando se busca definir las leyes demográficas que les corresponden, tenemos que dar la máxima atención a los factores políticos, que, si muchas veces son factores de conservación, en condiciones históricas diferentes tórnanse posibles agentes de la modificación de las relaciones regulares que hubiéramos establecido con el título de leyes poblacionales.

Como tales naciones son un conglomerado de estamentos sociales representativos de fases históricas distintas, coexistiendo en el mismo espacio geográfico, en virtud del principio propuesto líneas atrás, cada

una de estas capas debe tener su régimen demográfico particular. En verdad, eso es lo que ocurre. Dada, sin embargo, la complejidad del conjunto, de las interacciones recíprocas extremadamente intrincadas que en él se traban, es imposible proceder como si practicáramos un análisis de Fourier, pues no se trata aquí de componentes cinemáticos, sino de un dinamismo antropológico-existencial. Así, lo que nos cabe estudiar es el conjunto en su integridad de objeto histórico y definir como ley de su movimiento demográfico la que sintetiza, sin anularlas, sino reflejándolas, las leyes de las partes que lo componen. Esta síntesis de componentes tan variados es determinada y realizada objetivamente por los factores políticos dominantes en el ámbito social. Cuando hablamos de *leyes de la población* para una nación en que coexisten poblaciones simultáneas, pero históricamente no coetáneas, nos estamos refiriendo a una entidad objetiva que debe la relativa cohesión que le permite presentarse como un ser nacional definido, a la presencia de un centro de poder político y a acciones políticas que de él emanan, que unifican los procesos singulares en que se puede descomponer el todo. Lo que caracteriza el país pobre es el peso de las capas subdesarrolladas. Estas tienen su ley demográfica particular, no necesariamente coincidentes con la que rige para las clases altas, que, por otro lado, son las que detentan el poder político. Se origina así un complejo problema de análisis social, de primordial importancia para la definición de las leyes y teorías generales de la población.

En la sociedad donde coexisten áreas desarrolladas y subdesarrolladas, interpenetrándose, se torna difícil destacar la influencia de cada una en la formación de la ley general de la población, y, sin embargo, esta operación analítica tiene que intentarse con el empleo de procedimientos adecuados, algunos de los cuales quizás precisen todavía ser fraguados. No se trata de proceder a una composición mecánica, cinemática, sino de componer dialécticamente, es decir, creando una síntesis de nivel superior, la ley general como resultante de la acción conjunta y mutua de las leyes particulares de cada fracción del todo. Elaborar el método para alcanzar este resultado, manejando debidamente las delicadas categorías del pensar crítico, es tal vez hoy la tarea más importante, aunque también la más difícil, del demógrafo esclarecido que se dedica al estudio de poblaciones de naciones subdesarrolladas. La ley general de la población sólo puede ser expuesta en principio y como una primera aproximación, empíricamente, como producto del juego de las influencias que se traban en el seno del conjunto. Como la masa poblacional predominante es la que corresponde a las capas pobres, serán éstas, evidentemente las que tendrán mayor peso en la creación de la ley general, aunque no sea fácil distinguir siempre con exactitud la parte que les cabe, sobre todo porque la influencia de los factores políticos, en gran proporción manejados por las otras capas,

es difícil de ser cuantificada con precisión. Lo importante es estar atentos a esta circunstancia y saber evaluar los resultados generales por este prisma.

No se debe caer, sin embargo, en el engaño de suponer que las áreas pobres están ligadas sólo por una relación externa, y yuxtapuestas a las más desarrolladas; en verdad, no se trata de distribución regional dentro de un contorno nacional, sino de composición social. El área pobre está dentro de la presumidamente rica, según lo demuestra el espectáculo de los barrios miserables de las grandes ciudades de las naciones subdesarrolladas. La composición de que resulta la ley demográfica general es, pues, de carácter social y no geográfico. Por eso, aunque esté claro que las regiones pobres son aquéllas en que predominan las relaciones de trabajo subdesarrolladas, no debemos olvidar que incluso en las áreas más atrasadas existen minorías sociales que disfrutan de los niveles de existencia correspondientes a las áreas de alto desarrollo. No hay, por tanto, criterios regionales puros, pero sí datos de conjunto, que el análisis desmenuza hasta cierto punto. El postulado teórico decisivo que deseamos acentuar, es que cada formación histórica, representativa de una etapa del desarrollo de la civilización, tiene su ley peculiar de población. Por eso, cuando en una misma sociedad se encuentran entrelazadas capas poblacionales correspondientes a etapas distintas del curso histórico, la ley general del conjunto no aparece como la resultante de las acciones recíprocas de las leyes particulares de sus capas humanas, ni tampoco es fija; varía con el proceso por el cual la sociedad se eleva de las formas más atrasadas a las más adelantadas, en razón del progresivo movimiento que va transformando las camadas más pobres en grupos dotados de mejores condiciones de vida. No basta, por tanto, el concepto estático de composición de la ley general por los componentes particulares; cuando se concibe dialécticamente este todo, está implícito que lo tomamos como realidad en movimiento, en proceso de variación interna, en el cual las capas inferiores van a poco elevando el patrón de vida y alterando así la naturaleza y el peso proporcional de la participación que tienen en el conjunto. En la esfera demográfica esto significa que la ley general cambia como consecuencia de la variación interna que altera o elimina ciertos componentes parciales.

El proceso de desarrollo es un determinante de la política de todas las naciones actualmente atrasadas. Por vías diferentes y utilizando filosofías sociales distintas, métodos de producción varios y dispares concepciones de la realidad internacional, todos los países retardados buscan ascender en la escala del proceso cultural, lo que tiene reflejos directos en el comportamiento demográfico. Sabemos que conviene alejar el modo formal de pensar, que elegiría uno de los dos términos del problema para hacer de él una causa absoluta y del otro una va-

riable dependiente. En verdad, tratándose de un proceso histórico, lo que ocurre es el juego dialéctico de las interacciones, de modo que entre la cantidad de la población y el grado de desarrollo material se establecen relaciones de extrema complejidad que no caben dentro de las correspondencias simples de funcionalidad, o de los *modelos* abstractos que el análisis económico se esfuerza por imaginar. El desarrollo económico es siempre la variable fundamental, lo que no excluye la influencia causal también del volumen de la población. El fenómeno es complejo porque, de un lado, el desarrollo económico tiene que hacerse a partir de las condiciones demográficas existentes, y está profundamente influido por la disponibilidad de brazos, por la existencia de mano de obra calificada, por el volumen del mercado de consumo presumible, etc.; pero, por otro lado, como el curso del desarrollo va alterando las mismas condiciones en que es realizado, eso significa que éstas funcionan inversamente como causas de las nuevas situaciones en que tiene que proseguir el proceso de desarrollo.

Si la población es escasa, pobre, y el territorio inmenso, éste es un dato básico para planear el curso del crecimiento económico. Pero, con la mejoría de las condiciones de vida producidas por éste, ciertamente habrá disminución de la mortalidad y aumento de la natalidad, por la mejor perspectiva de vida ofrecida, entonces, al pueblo. La población, así aumentada, y ascendiendo a niveles un poco más altos de cultura, conviértese en factor de desarrollo, pero esta acción recorre fases distintas. Inicialmente, la prolongación de la vida significa un aumento de la sobrecarga de asistencia social a los jubilados y ancianos, y, además, la intensa procreación amplía la faja de la población infantil, con todas sus necesidades y momentánea falta de rendimiento productivo. Esta situación, si de una parte perturba el desarrollo, de otra lo estimula, pues la sociedad comprende que es imperioso superar lo más rápido posible tal coyuntura para alcanzar las etapas en que la riqueza social será suficiente para atender a todas las necesidades de la población. Lo importante está en comprender que es inhumano e ilógico pretender *reglar* la población de los países subdesarrollados para hacer de ella un factor creador de supuestas mejores condiciones de desarrollo económico, cuando precisamente sólo tiene sentido definir como *mejores* las condiciones que atiendan a las exigencias presentes de la actual población real, y sus expectativas de crecimiento en amplia libertad. Las teorías que abogan por ajustar la población a las exigencias del proceso económico, inciden en el equívoco, entre otros, de no comprender que sólo es defendible el proceso de desarrollo que atiende a la población real. No es la realidad la que tiene que adaptarse al mundo del pensamiento, a la teoría, al *modelo* esquemático, sino el pensamiento el que debe reflejar la realidad tal cual existe y tratar de transformarla, dirigiendo las fuerzas en ella misma contenidas. Si para obtener los índices

económicos deseados es preciso proceder previamente a la *matanza de los no concebidos*, lo que se pretende es proceder a un escamoteo de la realidad, falsificar los términos del problema, lo que lo torna evidentemente de fácil solución verbal. Si el problema consiste exactamente en el desarrollo social para la población ahora presente y para aquélla que la generación actual, normal y libremente, es capaz de procrear, imponer frenos o mutilaciones al proceso reproductivo actual o futuro no es resolver el problema, sino simplemente suprimirlo por la substitución imaginaria de la realidad efectiva por otra que se trata de crear; es suponer que el problema ha sido resuelto por la violenta y arbitraria alteración de los términos en que se presenta.

La superación de este equívoco no es fácil de conseguir, porque existen numerosos factores colaterales, unos ligados a intereses materiales poderosos, otros, de orden ideológico, que propician la conservación del problema en estos términos, a nuestro ver erróneos, y buscan refutar las argumentaciones que lo desafían o protestan contra él. De dos lados provienen los ratiocinios falaces: del campo económico y del demográfico. Los economistas, aun dejando de lado los intereses de grupos sociales o las influencias ideológicas a que están sujetos, tendrían —es claro— la tarea profesional facilitada si les fuera permitido alterar la masa de la población cuya atención de bienes y servicios tienen que proyectar. Es fácil comprender que se deslicen hacia una ilusión teórica muy cómoda, apareciéndoles como solución científica la modificación de la masa humana, que constituye exactamente el término más arduo de la ecuación que tienen que resolver. Por eso, con natural apresuramiento se inclinarán a aceptar las teorías que proponen la previa substitución de los términos del problema. Pero este procedimiento, además de ilógico, es manifiestamente irrealista, pues significa planear el desarrollo no de esta población, que está ahí, y que es la efectivamente existente, sino de otra abstracta e imaginaria que se prescribe debería ocupar el lugar de la actual. Mediante esta prestidigitación intelectual, los economistas que defienden las modificaciones dirigidas o controladas de la población, resuelven el problema del desarrollo al costo de no hacerlo para la población realmente presente, sino para otra, que sólo existe en la imaginación, y que tiene que ser previamente creada.

A su vez, muchos demógrafos inciden en un engaño semejante. Entre éstos, lo que se observa es el cultivo de concepciones teóricas que parten del doble presupuesto de que en primer lugar la población *puede* ser modificada a gusto, y además *debe* ser modificada, para ajustarse a las exigencias del desarrollo económico. La idea de que eso significa restringir el derecho a la vida de los *nascituri*, que de este modo son suprimidos antes de existir, les parecerá tal vez una abstracción sin motivación social realista. Naturalmente, no les causa preocu-

paciones o remordimientos, pues creen que están actuando en beneficio de los individuos efectivamente existentes y, además, están convencidos de que solamente de esta manera se pueden asegurar condiciones más dignas y humanas de vida para las poblaciones reales. Se ve que no faltan las más nobles y altruistas intenciones para justificar la actitud que estamos discutiendo. Y se ve, además, cuál es la causa del engaño en que incurren: para esos técnicos, el cuadro social, el sistema de producción y de trabajo en que tienen que ser conquistadas las mejores condiciones de vida que desean garantizar a las masas, es éste, aquí y ahora existente, y sólo éste. No poseen habitualmente la noción del papel y del valor del factor político en la producción de la existencia. Como razonan dentro de un cuadro social que les parece fijo e inmutable, la variable política deja de ser percibida, y con ella desaparece la noción de totalidad, volviéndose imposible la aplicación de la categoría de acción recíproca. La masa poblacional aparece como un dato bruto que es conveniente refinar por medio de manipulaciones sociales hasta adaptarla al volumen en que, para la forma vigente de producción de la existencia, se consigan los más rápidos y favorables índices de crecimiento económico. La teoría convencional pretende, a este respecto, que se debe actuar de preferencia sobre el factor cantidad de la población, porque del exceso de ésta, relativo o absoluto, actual o proyectado, provienen las disparidades más agobiadoras y los mayores obstáculos al progreso general. Con la disminución de la masa, se supone que habrá mayor concentración de recursos financieros, menor presión sobre las disponibilidades de bienes y servicios, y más fácil atención a las exigencias culturales, materiales, higiénicas, sociales de los habitantes. El progreso de la producción será mejorado y alcanzará mayores rendimientos, por el hecho de que funcionará con gente mejor para menos gente. Esta es, tal vez, la fórmula que sintetiza el pensamiento, ciertamente generoso, pero ingenuo, de la mayoría de los especialistas en este asunto.

Nuestro punto de vista se contrapone a aquél porque creemos que el problema ha sido formulado en términos inadecuados, y que, formulándolo en nuevos términos, saltan a la vista soluciones anteriormente no vislumbradas. El concepto que nos sirve de base para el análisis de la cuestión es el de la variabilidad de las formaciones históricas, cada una proporcionando una ley propia de la población y una particular posibilidad de desarrollo económico. Para cada etapa del proceso cultural existen simultáneamente, con carácter objetivo, una ley de reproducción de la especie y una vía de desarrollo material y cultural. Entre ley y vía se establece una conexión recíproca, que se presenta en la forma de contradicción, en la cual el factor *desarrollo* constituye el polo principal. En efecto, hay contradicción porque de un lado, el desarrollo existente se revela insuficiente para atender a

las necesidades de la población presente; y de otro lado, ésta se multiplica a un ritmo que agrava los problemas que el desarrollo tendrá que resolver. Pero tal contradicción no se establece entre extremos simétricos y de valor independiente. Lo que corresponde al polo principal es evidentemente el dato material, el estado de desarrollo, por cuanto es éste el que, a través de la estructura del proceso social dentro del cual se desenvuelve y por los reflejos políticos que acarrea, asume el papel de variable relativamente independiente.

Como conclusión, se impone admitir que poco o nada se adelanta modificando el volumen de la población si no se alteran los términos de la realidad existencial en que vive cada uno de sus componentes. Ahora bien, esta realidad se define expresamente en función de las condiciones del hombre en el sistema de trabajo y de su situación en el proceso productivo. Todos los fenómenos demográficos están condicionados por la situación existencial del individuo en el sistema de trabajo. Así, por ejemplo, la mortalidad es directamente influida por la forma de movilidad del trabajo. El *Manual* de las Naciones Unidas tantas veces citado, dice con toda exactitud: "Los análisis de la distribución de la mortalidad por ocupaciones indican que es mayor entre los trabajadores manuales y menos remunerados".¹ Este es un hecho de verificación universal. Lo mismo se dirá de la duración de la vida, de la morbilidad, de las carencias alimenticias, del analfabetismo y, de modo general, de todos los índices que, en conjunto, retratan el espectáculo del subdesarrollo. De nada serviría disminuir la masa de trabajadores con la ilusoria esperanza de que vivirían más y mejor si no se actúa sobre el punto central de todo el problema, la relación entre la mortalidad y la forma de trabajo. Esta última es la que tiene que ser alterada, pero para ello hay que modificar cualitativamente el proceso económico y no cuantitativamente el volumen poblacional. Sean más o menos numerosos los obreros que vayan a ocupar una forma de trabajo que por su naturaleza social y por su remuneración insuficiente es la propia causa de la situación que determina la alta mortalidad, el efecto letal será el mismo. Si el individuo muere más temprano como resultado de las condiciones en que trabaja, la reducción de la masa poblacional sólo serviría para mejorar la tasa de mortalidad si con esa alteración fuera afectada directamente *en su calidad* el proceso de producción. Como, sin embargo, este resultado no es lo que se desea ni lo que se conseguiría por ese medio, la disminución de la población representa apenas la substitución más rápida de un trabajador caído en el campo de la acción productiva por otro que irá a tener el mismo destino. Se comprende que el único procedimiento eficaz consis-

¹ Naciones Unidas, *Factores determinantes*, etc., pág. 67.

290 te en actuar sobre el otro término de la contradicción, y reorganizar el proceso productivo de modo que se altere cualitativamente el papel y la función del trabajador que en él participa.

Esta transformación es un hecho político, resulta de la consciencia social y significa objetivamente el paso de la sociedad de una fase a otra superior. De efectuarse esta transformación, cambiarían radicalmente las bases objetivas del proceso de producción de la existencia por el individuo, las cuales, ya sabemos, contienen en sí el fenómeno de la reproducción biológico. Este cambio social y político, por la amplitud de sus repercusiones, representa la substitución de la ley demográfica anteriormente vigente por otra, nueva, correspondiente a la nueva fase. A título de ejemplo proporcionaremos dos fenómenos demográficos que se modificarían rápidamente a consecuencia de los cambios inducidos por factores políticos en la estructura del proceso social. Uno de ellos es la disponibilidad de mano de obra. En las condiciones de subdesarrollo, ésta es abundante, barata, no calificada y de poca duración efectiva. Tales caracteres pertenecen a la efigie social del subdesarrollo especialmente en aquellos países en los cuales la mayor parte del trabajo de la comunidad es de orden primario y se dedica a las faenas agrícolas. La mano de obra es muy abundante porque, por las razones anteriormente señaladas, las familias campesinas son prolíficas y, a pesar del alto tributo pagado a la mortalidad, siempre sobra un voluminoso contingente de seres humanos que no tienen otro remedio que ofrecer al productor, al propietario de tierras, su fuerza de trabajo. Se dibuja así el fenómeno demográfico y económico del exceso de *mano de obra* tan sensible en las zonas pobres. Pero se hace necesario comprender —y esta es una observación que juzgamos de suma importancia— que tal exceso sólo existe desde el punto de vista del arrendador del trabajo, del productor, del hacendado, que de hecho es asediado permanentemente por insistente demanda de trabajo de parte de grupos numerosos de la población, especialmente jóvenes que entran temprano en la edad productiva y se ven obligados a buscar ocupación. Si analizamos el fenómeno en la perspectiva de la sociedad como una totalidad, se desvanece la noción de exceso de mano de obra. En primer lugar, se trata de un concepto abstractamente ininteligible, dado que todo individuo en principio tiene obligación y posibilidad de trabajar. En consecuencia, el concepto de exceso es por sí ilógico. Además, se descubre que la mano de obra que aparece como excesiva porque no encuentra colocación natural inmediata y queda en la condición de postulante, ejerciendo presión sobre el mercado de trabajo, está compuesta por individuos que de cualquier manera tienen que conseguir medios de subsistencia, no siendo, en sentido social, *demasiados*, no constituyendo *excedentes*, sino siendo simplemente aquellos que permanecen al margen del mercado regular y son obligados a ocuparse en un

trabajo productivo ínfimo, de rendimiento sólo marginal. Consecuentemente, el concepto de *exceso de mano de obra* sólo adquiere sentido en función de un particular régimen de trabajo y de producción.

Lo mismo se diría de la noción opuesta, la de *falta*. Al estudiar una sociedad en que existen centros populosos de desarrollo, en fase superior, industrial, la noción de *exceso de mano de obra* se refiere a la demanda de trabajo por parte de trabajadores no calificados, semicalificados o aun calificados, que el sistema no consigue absorber. Constituyen el llamado *ejército de reserva*, acampado a la puerta de la fábrica, esperando ser aprovechado en cubrir las bajas que el escuadrón ocupado va sufriendo. La noción de exceso es relativa a las condiciones de producción. No constituye un valor absoluto, y por eso no debe ser manejada como argumento fuera del contexto en que adquiere sentido. El ejército de excedentes está formado por el aflujo de olas de la población que procuran huir del primitivismo y estrechez del ámbito rural. Hay, sin duda, la multiplicación bruta de las capas urbanas miserables, pero la mayor parte tiene aquel origen. Por esto se hace indispensable correlacionar el problema del volumen de mano de obra con el de las migraciones, especialmente las que se producen en el interior de las naciones subdesarrolladas. Ambos hechos son de profunda significación en el proceso demográfico. La disponibilidad de mano de obra es función de la etapa del proceso económico del país en su totalidad. Depende de la calidad de las exigencias creadas por el desarrollo en la situación en que se encuentra en determinado momento. Si la industrialización es incipiente y requiere principalmente trabajo no calificado, lo normal es que haya mano de obra abundante, pues la falta de preparación cultural de las masas es factor de la producción de este tipo de trabajadores. A medida que aumenta la industrialización con la consiguiente urbanización, el trabajo requerido pasa a ser de categoría superior, de modo que se verifica el doble fenómeno de la falta de mano de obra calificada y, al mismo tiempo, por la atracción de la mejoría de vida, exceso de oferta de mano de obra no valiosa para las tareas ahora necesarias.

Este desequilibrio se refleja en el campo político y determina esfuerzos de carácter económico y educativo destinados a elevar rápidamente el nivel cultural y tecnológico del trabajo de las masas, al mismo tiempo que, de acuerdo con lo que se observa en los países en que prepondera la influencia de las oligarquías latifundistas, se crea la figura de una imaginaria calamidad, el llamado *éxodo rural*, contra el cual se hace activa propaganda ideológica y se exigen medidas prohibitivas, hasta apelar a la violencia. Dicho fenómeno es proclamado por los grandes terratenientes que explotan a las masas de braceros analfabetos, como un desastre social. Si para ellos realmente lo es, tal no debe ser el punto de vista del científico social independiente, dotado de con-

292 ciencia crítica. Para él, el problema demográficamente llamado de *migraciones internas* no puede comprenderse sin la visión de totalidad de la coyuntura social y de los movimientos humanos que ésta necesariamente condiciona. Desde el inicio del estudio de esta cuestión hay que sentar que la movilidad migratoria, en cualquiera de sus variedades, es siempre resultado de la etapa histórica por la cual pasa el proceso de desarrollo de una sociedad. Las migraciones son la forma normal por la cual las poblaciones, en vista de su volumen y necesidades culturales, procuran adaptarse al espacio explotable, de acuerdo con los estilos de vida que les son peculiares y que reflejan una fase de su proceso de desenvolvimiento. Según sea la calidad de la fase atravesada, una sociedad o bien atraerá migrantes del exterior o bien expulsará a sus connacionales, o bien, todavía, determinará el desplazamiento de voluminosos contingentes humanos en su interior. Cada momento el proceso de desarrollo económico, reflejado en una determinada política estatal, condiciona el flujo o el reflujo migratorio. En verdad, este fenómeno es mediatizado por otro, que examinaremos con el nombre de *calidad de acogida* del espacio habitado. Este no es un dato únicamente geográfico, sino esencialmente ecológico o ligado a la capacidad de escoger, de recibir al hombre y darle mejores oportunidades de vida. Tal rasgo del espacio no es abstracto, sino concreto, lo que significa, histórico y variable. Un área habitable con provecho, e incluso atractiva, cuando el tipo de cultura o de explotación que en ella se practica trae beneficios para los ocupantes, deja de tener interés y es abandonada cuando se alteran las condiciones de rendimiento económico. No se trata de factores de medio o climáticos, por cuanto se ha visto al tropel humano buscar regiones las más inhóspitas, desérticas, tórridas, glaciales, en cuanto se descubre en ellas alguna posibilidad de rápido lucro.

El problema de las migraciones no admite que se le desvincule del factor económico ni ser tratado aparte de sus repercusiones políticas. Las corrientes humanas no deben tratarse, sin embargo, como efecto unidireccional de causas económicas. En las ocurrencias demográficas, siempre hay que considerar el retorno del efecto sobre la causa, en la condición igualmente de causa. Las áreas que atraen poblaciones trahumantes, aun después que se atenúa o cesa la razón de su prestigio, se tornan centros de desarrollo por sí y pueden llegar hasta la condición de exportadores de gente. Los fenómenos económicos envueltos en estos ciclos demográficos se reflejan a su vez en la superestructura política de la sociedad. La presión de los intereses a ellos ligados obligan al poder público a procurar institucionalizar un elenco de medidas demográficas exigidas con creciente insistencia por ciertos sectores sociales, que los teóricos proponen y exponen bajo el nombre de *política de la población*. Este es uno de los temas o capítulos actuales de la demografía oficial. Son muy numerosos los trabajos dedicados a él; muchos

especialistas creen aun que la finalidad suprema de su ciencia consiste en el establecimiento racional, científico, de una *política de población*. Les parece que todo cuanto se investiga y estudia en demografía debe convergir en este objetivo final, que vendría a ser, al mismo tiempo, la prueba máxima de la utilidad de la demografía.

No pretendemos discutir tal asunto, por cuanto nos llevaría a la crítica de las teorías demográficas, objetivo que no tenemos en vista por el momento. Sólo deseamos en estas líneas hacer dos declaraciones de carácter teórico: la primera, referente a la esencia, filosóficamente simplista, del concepto corriente de *política de población*; la segunda, mostrar que este tema no se relaciona con la cuestión particular que ahora discutimos, el examen de las condiciones políticas de la producción de la existencia. La discusión de la primera afirmación sólo tendría cabida en un análisis detallado de las teorías demográficas. Basta decir que, bajo el título de *política de la población*, se entiende, según A. Landry, los medios para llegar a los fines que se proponen. Estos fines son la regulación de la cantidad y calidad de la población, de acuerdo a los criterios que los intereses de los grupos pensantes y dirigentes de un país aconsejan. Que se la considera fruto supremo de la ciencia demográfica, lo podemos apreciar bien por las siguientes expresiones de Livio Livi: "...pero todas (las investigaciones especiales, biológicas, eugénicas, sanitarias, económicas, históricas, etc.) se coordinan en el intento específicamente político de individualizar cuáles son las mejores premisas estructurales y de movimiento que, en relación a las condiciones universales del mundo exterior, aseguran a la sociedad las mejores condiciones de vida".¹ Lo que se entiende, en consecuencia, como política demográfica es la definición y la elección del conjunto de medios para actuar sobre el estado y el movimiento de una población. Louis Chevalier muestra que hay dos maneras de ejercer esta influencia, la política directa y la indirecta: "Se puede, en primer lugar, tomar un cierto número de medidas generales o particulares destinadas a estimular la natalidad, a disminuir la mortalidad y a importar mano de obra extranjera. Se puede, en segundo lugar, actuar indirectamente, pero con una seguridad tal vez todavía mayor, sobre la evolución demográfica de un país, orientando la política general de ese país, y en particular la política económica, en un sentido que sea favorable al crecimiento de las poblaciones".¹

Aunque sin discutir sistemáticamente las ricas e importantes connotaciones de este concepto para el entendimiento de la demografía, tenemos que justificar, aunque sea de paso, la calificación de *ingenua* que atribuimos a este pseudo-tema, el cual, no obstante, despierta tanto

¹ Livio Livi, *Trattato di Demografia*, vol. I, pág. 3.

¹ Louis Chevalier, *Démographie Générale*, pág. 492.

interés y concentra a los científicos de la población en tan graves y largas especulaciones. Según se verifica con las palabras de los autores antes citados, parece que todo pasa como si una fuerza imponderable, de orden espiritual o lógico, las ideas que pueblan la cabeza del demógrafo, bajara sobre la masa humana, envolviéndola, y la modificara en el sentido deseado por los pensadores. Es inequívoca la postura idealista asumida por los cultivadores de esta idea. La mayoría seguramente no sospecha el carácter ideológico de la actitud contenida en la propuesta de un plano de *política de población*. Tal carácter es, sin embargo, evidente e inevitable, dado que el criterio según el cual se admite como favorable el curso de un proceso demográfico, como las medidas sugeridas para modificarlo, no pasan de ideas nutridas y justificadas por los intereses de aquellos a quienes sirven. Pero el rasgo de ingenuidad se define mejor en la completa ausencia de comprensión de la reciprocidad de los términos y de la acción mutua entre ellos, en los actos y juicios que componen la llamada *política demográfica*. La realidad de una población es la de un proceso en el espacio y en el tiempo, que incorpora leyes objetivas, incapaces de ser alteradas por el arbitrio de los poderes públicos o por la acción ideológica de algunos pensadores, como no sea en la medida en que esas influencias supra-estructurales se combinan con los mecanismos reales de la dinámica de la población. Por consecuencia, si por *política de la población* entendemos una acción exterior ejercida sobre la población, caeremos en plena abstracción, en sencilla ingenuidad intelectual. Sólo adquiriría sentido el concepto si lo interpretáramos como la descripción del complejo de todos los factores reales que representan la acción de la población sobre sí misma. La verdadera *política de la población* es aquella que se ejerce, que está en curso en el proceso, y no aquella que se pretende ejercer sobre el proceso. En el primer caso, la conciencia social, en la complejidad de sus mecanismos, actúa determinando ritmos de reproducción y de movilidad migratoria que tienen evidente reflejo político. Este, a su vez, tornado consciente en la representación colectiva de las masas y expreso en la reflexión de los intérpretes fidedignos de la realidad, puede convertirse, limitadamente y sólo en cuanto factor ideal, en componente de acción sobre la realidad en el sentido auténtico, crítico, de condicionamiento subjetivo de conductas sociales, el cual nada tiene de común con la idea simplista de *planeamiento demográfico* con que se adormecen algunos especialistas.

La historia nos enseña que en todos los tiempos ha habido dirigentes políticos que pretendieron resolver situaciones económicas y sociales por la manipulación, por vía política, del volumen y calidad de las poblaciones que gobernaban. Desde la ley *Julia de Adulteriis coercendis*, o la ley *Papia Poppaea* de Augusto, hasta los decretos de los regímenes fascistas contemporáneos, en el sentido de estimular una

procreación torrencial, siempre existió la actitud de desear afectar por medios legislativos y compulsivos la población. No sería justo declarar de efecto nulo tales esfuerzos. Debe repararse que representan el resultado de la toma de conciencia por una comunidad, de sus intereses, según los conciben los dirigentes políticos y exponentes intelectuales, y el deseo de actuar en el sentido de fortificar tales intereses. Parécenos *ingenua* tal actitud por no ser producto de una concepción crítica del proceso demográfico, por no admitir su dinamismo objetivo, autónomo, sus leyes propias, ligadas al proceso de la producción de la existencia, por pretender ejercer coacción sobre la realidad a partir de la idea abstracta, materializada en la propaganda psicológica, en la presión mediante premios o puniciones, en la violencia de los grupos dirigentes sobre el dinamismo de un proceso que afecta a grandes masas de trabajadores, y, en fin, por no representar, en la casi totalidad de los casos históricos conocidos, los verdaderos intereses de los pueblos. Cuando los dictadores de todos los tiempos juzgan que el aumento de la población significa prestigio y poder político, además de reserva militar para acciones de conquista y expansión, no se dirá, sin duda, que están interpretando los verdaderos intereses de las masas de la nación, sino apenas los de determinados grupos dirigentes. No deseamos incidir en la misma ingenuidad que estamos indicando. Es evidente que nuestra actitud crítica es ideológica y no puede dejar de serlo. Pero creemos que no es ingenua, en el sentido en que usamos el calificativo. No partimos de una visión idealista del proceso poblacional. No pretendemos que éste pueda ser modificado por la influencia inmaterial de las ideas, que no pueden menos de ser concebidas por alguien en beneficio de alguien. Para nosotros, el proceso mismo es el origen de ideas auténticas, que pueden tener limitadamente efectos controladores sobre el mecanismo de reproducción de la existencia; pero tal hecho se da en el ámbito de la conciencia colectiva, libremente, de tal manera que esas ideas, en este caso, son parte del dinamismo específico del proceso real, y por eso, cuando de retorno actúan sobre él, no lo hacen sino a título de reflejo de situaciones objetivas concebidas por la conciencia de la masa, y en función de estas mismas situaciones.

Retomamos la segunda observación de líneas anteriores. No se confunda el examen del término y del contenido de la *política de la población* con estas breves reflexiones sobre las condiciones políticas de la producción de la existencia y su significado en el campo demográfico. El poder político de una sociedad está siempre influido por su base demográfica. Basta recordar el origen del grupo ocupante del poder, de la formación del centro de poder en los países de régimen democrático, donde la ascensión al plano de la dirección social se hace por el voto popular. Como para ese acto se exige, naturalmente, un límite mínimo de edad, es claro que los volúmenes de la población

situados encima y debajo de esta línea divisoria son decisivos factores de la organización política. Otro ejemplo, también destacado, es el de los países en los cuales se requiere la calidad de alfabetizado para el ejercicio del derecho político del voto. No solamente la edad de la población es factor decisivo en estos casos, sino, sobre todo, su composición cultural. En las sociedades de gran analfabetismo el desarrollo económico es más retardado o desigual. Ahora bien, un amplio margen de este hecho tiene un componente demográfico. Una gran masa de la población infantil en edad pre-escolar representa un contingente social ausente, por ahora, del proceso productivo y desprovisto evidentemente de acción política directa. No puede así influir inmediatamente en la creación de las condiciones de producción social de la existencia. Pero no carece de acción indirecta, y este aspecto asume decisiva importancia para el juicio crítico del demógrafo. La masa infantil miserable, si, por un lado, no vota, por otro constituye poderoso factor político por el simple hecho de existir, por los problemas que suscita y presiones sociales que ejerce, por lo que representa como *masa de inercia*. Aun no poseyendo condiciones de alfabetizarse y estando, por consecuencia, destinada a aumentar el ejército de los analfabetos adultos, su significación política es considerable.

En primer lugar, porque pone delante de la conciencia social adulta responsable el problema de la concesión o no, del derecho de voto a los individuos analfabetos que tienen la edad legal, obligándola a definirse a este respecto, lo que hará siempre en función de sus intereses políticos. En segundo lugar, porque obliga al demógrafo o al sociólogo a definirse sobre el significado político, en general, de las masas. Obligándolos a adoptar entre una actitud aristocrática, que ve con desconfianza la multiplicación de los pobres, en la cual presentirá tal vez el crecimiento de una potencia social hostil, o una actitud democrática, que interpreta la multiplicación de las masas, aun en las actuales condiciones de miseria y abandono, como un factor político de capital importancia para la superación de este deplorable estado social. En el primer caso, el especialista recurrirá a argumentos y demostraciones que quizá sean aceptadas como válidas por muchos, pero difícilmente escaparán a la calificación de ingenuas por quien posea la verdadera noción del papel del pueblo en la construcción de la historia. En efecto, dos concepciones opuestas se enfrentan aquí: la que juzga la masa poblacional como *objeto* de acción de fuerzas por naturaleza distintas de ella, que no provienen de su seno, sino que actúan sobre ella, y por esta acción impulsan el proceso histórico; y la que ve en la población el *sujeto* del proceso histórico, el origen de que brota, por la actividad meramente operativa de los representantes auténticos de la masa, la dirección de los acontecimientos, gracias a la creación, conducida por la conciencia social, de las condiciones materiales y de los sistemas de ideas que influirán en la conducta de los individuos.

Demográficamente, las dos concepciones tienen sentidos antagónicos. La primera determina actitudes que se ha convenido en llamar *política de la población* en la acepción de influencia directriz por fuerzas ideológicas o medidas abiertas o disfrazadamente coercitivas, sobre el dinamismo de la reproducción de la existencia. La segunda interpreta la noción de *política poblacional*, si tuviera que ceder al uso de este término, como un dato objetivo, un elemento de base del proceso histórico, del cual proceden en el plano político consecuencias que la conciencia social tiene que tomar en cuenta como factor de gran importancia. Según ella, el demógrafo debe estar preparado por la comprensión sociológica para traducir en términos políticos el desarrollo de los hechos que registra y estudia. De estas conclusiones emanarán, sin duda, líneas de acción práctica sobre la realidad social, que se revestirán de significado político. Conducida por el pensar crítico, esta actuación tiene carácter auténtico, porque no cae en el engaño de creer que esté manipulando a su gusto el dinamismo de la multiplicación humana, según padrones de valor establecidos *a priori*, sino que comprende que está procediendo en dirección exactamente opuesta, es decir, procurando traducir en términos de decisiones políticas las medidas sociales más convenientes a las masas.

No caerá en simplicidades como la de suponer que sea urgente mejorar la *calidad* de la población. La demografía corriente entiende por *mejoría de la calidad de la población* su reducción a perfiles juzgados abstractamente preferenciales. Claro está que los criterios determinantes de la elección son los intereses de quien enuncia la solución admitida como óptima. La concepción crítica indica que bajo el nombre de *calidad de la población* hay que entender la distribución de los individuos según la condición en que efectivamente es definida su esencia humana, es decir, según su posición en el proceso productivo mediante el trabajo que desempeñan. De la colocación de cada individuo en el proceso social de producción de la existencia, deriva la calidad general de la población. Todos los aspectos comúnmente definidos por la demografía, sexos, edades, diferencias económicas y culturales, distribución en el espacio, índices de fecundidad y de natalidad, etc., tienen en este concepto su explicación más profunda. De estos aspectos cualitativos los que más importan son los que representan la distribución de la población por grados de desarrollo económico, por capas desigualmente desarrolladas, coexistiendo en el seno de la misma colectividad. Esta es inferior, pobre, atrasada, cuando las masas viven en las condiciones de una economía de subsistencia, no tienen perspectivas de ascensión cultural y de comodidad material. Esta base objetiva, dada por el modo de trabajo, condiciona el perfil demográfico, la pirámide de edades, las tasas de mortalidad, de nupcialidad, el espectro de las causas de muerte. La calidad del conjunto es la integral de todas las

Cuando decimos *producción*, tomamos el término en sentido al mismo tiempo sociológico, económico y existencial. Producción no significa sólo formación, surgimiento colectivo de la masa humana, lo que por sí solo ya sería un proceso histórico, en el cual se tiene que reconocer la fase existente en el momento y condicionando el movimiento en el sentido de su superación; significa también las relaciones de producción, las disponibilidades de recursos materiales, de procedimientos y de instrumental técnico, o sea, el lado propiamente económico de la producción. Pero, además, significa la realidad concreta, individual, del hombre en ese proceso, que viene a ser aquello que da fundamento a la realidad de los fenómenos demográficos. *El principal producto del hombre es el hombre*. Este apotegma asume el valor de un principio supremo, y en verdad en él se unifican todas las vertientes de los datos demográficos que hemos estudiado: la biológica, la sociológica, la económica y la política. Por este principio se ve que el concepto de *producción de la existencia* envuelve y sintetiza todas las ideas con las cuales los análisis parciales, justos y necesarios, contribuyen al esclarecimiento de la realidad demográfica. Biológicamente, el hombre produce el hombre en el cumplimiento de una ley natural, y como el más valioso rendimiento de la vida individual. En la perspectiva sociológica, el hombre, entendido como conjunto poblacional, es el creador del ámbito colectivo que permitirá recibir e incorporar sus descendientes, y formarlos para que, a su vez, formen la generación siguiente. Desde un punto de vista económico, la producción del hombre por el hombre es el factor fundamental, el que está en el substracto del concepto, generalizado, de producción económica, pues todo el proceso de satisfacción de las necesidades materiales de la vida se destina, en última instancia, a conservar el individuo, ofrecerle las mejores condiciones de comodidad, para darle, como efecto de la subsistencia, la oportunidad de reproducir la especie. En el campo político, el principio enunciado tiene la máxima proyección: la intelección del proceso histórico, la participación de cada cual en él y la tentativa de dirigirlo para fines que se presentan en forma de ideas en la conciencia humana, todo aquello en que consiste la organización y el movimiento de las comunidades nacionales, está dirigido a transmitir a una nueva generación de seres humanos, generados por la actual, los modos de convivencia, las ideas, valores, bienes materiales y espirituales que la generación presente, por el pensamiento de los representantes de sus distintos estamentos, venera como los más deseables.

Todos estos aspectos se sintetizan en la concepción existencial, con la cual se confunde la de la demografía correctamente entendida. Por todos los variados aspectos en que hemos apreciado el principio

antes expuesto, lo que de él sobresale como consecuencia suprema del análisis lógico, es que el concepto de *producción de la existencia*, en sus múltiples facetas, debe ser la noción primordial y originaria de toda reflexión teórica en demografía, y de la cual el especialista deberá sacar los fundamentos metodológicos y las reglas prácticas para el examen de los hechos empíricos. Para llegar a la convicción de esta verdad, sin embargo, se hace necesario que el estudioso de los problemas nacionales, sin renunciar a nada de lo que es esencial a su ciencia, sin abandonar los métodos y técnicas seguramente válidos, proceda a la revisión crítica del pensamiento teórico que habitualmente utiliza. De este modo, llegará por la reflexión personal, en el caso, desafortunadamente frecuente, de cultivar todavía concepciones ingenuas, a descubrir numerosas falacias y sofismas que crean obstáculos a la claridad de la percepción intelectual. Si no estamos equivocados, esta reforma del entendimiento científico del demógrafo tendrá ciertamente como consecuencia conducirlo a admitir una nueva formulación de la esencia de la demografía, comprendiéndola como saber fundamental, antropológico y existencial.

V. EL ESPACIO EN DEMOGRAFIA

AREA Y POBLACIÓN.

El concepto objetivo de la *población* nos muestra que sólo aprehendemos la realidad de la comunidad humana cuando la interpretamos como proceso histórico. Un proceso de esta especie se define como un conjunto de transformaciones que se realizan en el espacio y en el tiempo. No es lícito, en consecuencia, desligar el concepto de *proceso* de sus soportes reales, el espacio y el tiempo; de lo contrario, seríamos conducidos a una noción puramente idealizada. Los conceptos de *espacio* y *tiempo* son de significación capital en la fundamentación teórica, filosófica, de la demografía. Nos ha parecido, por tanto, conveniente dedicarles algunas reflexiones, porque existen ciertos riesgos en que acaso puede incidir el especialista no debidamente provisto a este respecto del instrumental lógico necesario, con gran daño para el trabajo técnico.

El reconocimiento de que el espacio y el tiempo son las coordenadas fundamentales de la evolución demográfica constituye un hecho universal; ningún especialista lo ignora o menosprecia. Lo que deseamos acentuar son los riesgos ligados a la incorrecta comprensión, sea de la naturaleza, en sí, de las realidades referidas en estos conceptos, sea de su papel en el establecimiento de los principios y procedimientos metodológicos del pensamiento demográfico. Por evidente conveniencia, e incluso para atender a la buena regla del paso de las cuestiones de menor complejidad a las de mayor, nos limitaremos en el presente capítulo a discutir algunos aspectos del problema del espacio en demografía, dejando para el siguiente las reflexiones referentes al tiempo. Esto no significa más que un expediente didáctico del cual el demógrafo debe estar consciente, por cuanto espacio y tiempo no son nociones abstractamente desligadas, ni en la realidad de las cosas ni en el orden del pensamiento, sino concretamente unidas siempre en la categoría, más fundamental, de *proceso*, que las sintetiza. Nos hemos referido continuamente a esta última, porque no es admisible

02 el tratamiento del problema demográfico del espacio sin constantes y correlativas referencias al tiempo, como inversamente, no tiene sentido discutir el curso de una sucesión de acontecimientos reales, determinada por motivos objetivos, sin proyectarla en el espacio en que necesariamente ocurre. Nuestro actual estudio del espacio incursiona a veces en el terreno del proceso cronológico, como el de éste no puede dejar de manifestar la base geográfica que lo soporta. Limitándonos al carácter demográfico de nuestras preocupaciones, no nos perderemos en discusiones teóricas sobre la naturaleza del espacio, tema que concierne a la filosofía de las ciencias, ideales o reales, que de él se ocupan, como la geometría y la geografía. El espacio de que nos ocupamos aquí es la superficie terrestre capaz de ser habitada por el hombre, que en ella encuentra los recursos materiales con que sustentar su existencia. Por ende, espacio en demografía significa, ante todo, ocupación efectiva, o potencial, de la superficie de la Tierra por una población humana.

El carácter histórico y relativo de esta definición se advierte en seguida, si observamos dos aspectos, decisivamente importantes, para fijar el concepto de espacio o de *área habitada*: el primero dice relación con la distinción entre ocupación real y posible del espacio, lo que revela que el establecimiento efectivamente existente de las masas humanas en cierto territorio en un momento determinado constituye una variable histórica, un hecho de un proceso en el cual se observa, no sólo la expansión progresiva de la ocupación de la superficie de la Tierra por la especie humana, sino también el lado opuesto, el abandono de áreas antiguamente habitadas, y después despobladas por motivos varios. En segundo lugar conviene agregar el aspecto recentísimo de que, con la conquista inminente del espacio cósmico por el hombre, la noción de relación entre población y espacio puede sufrir una alteración cualitativa insospechada. Estos aspectos sirven para proporcionarnos desde el inicio una noción de validez decisiva: de que la relación entre área y población, como fenómenos objetivos, es un hecho histórico y, por eso, sometido a constante variación. En verdad, se trata de un proceso en el cual el tiempo cronológico entra como parámetro fundamental para la constitución del tiempo histórico. La composición entre esos dos sentidos del concepto *tiempo* justamente se hace por la unidad del primer sentido con el concepto de *área geográfica habitada*. Necesitamos aclarar desde el comienzo la diferencia entre *espacio físico*, el área existente por sí de la superficie terrestre, y el *espacio demográfico*, o sea, el área que una población humana ocupa como *locus* donde se desarrolla su existencia. Con este segundo sentido, el espacio ingresa, como componente, en el concepto de *proceso*, y a él se dirige nuestro interés.

Tenemos que partir de la base física real y comprender cómo

ésta supera la condición de mera extensión geográfica para convertirse en área habitada por el hombre y, por tanto, en parte original, en soporte del proceso existencial, que es la sobrevivencia y la reproducción de ésta. Como área bruta, horizonte muerto, vacío, simple dimensión de la superficie terrestre, el espacio es aprehendido como eventual sede futura de un aglomerado humano. La ocupación no puede ser interpretada sólo mediante la descripción de las ocurrencias que llevarán grupos de habitantes a instalarse en él, reproducirse, vivir; es preciso que en el concepto del espacio habitado se introduzca, además de la descripción histórica de los episodios de la conquista, la dimensión existencial que está presente y es decisiva en todos estos acontecimientos. Ahora bien, esta dimensión existencial está ligada a los caracteres cuantitativos y cualitativos del espacio que se ha de ocupar; de ellos hablaremos seguidamente. Por ahora, deseamos señalar que cuando la demografía inicia el estudio que denomina *distribución de la población*, en el cual se contiene lo principal de sus preocupaciones por el problema del espacio, inadvertidamente deja atrás varios problemas de orden teórico, que el especialista no debe ignorar. A efectos de las investigaciones y recuentos prácticos actuales que debe ejecutar, estas discusiones no tienen, aparentemente, eficacia inmediata; pero tan solo en la apariencia, pues guiado por la correcta comprensión del problema, el investigador tiene que establecer los temas y los objetivos de la encuesta o medida que emprende, y los métodos que va a utilizar.

La ciencia demográfica corriente parte del espacio ya ocupado por una población, o que puede ser habitado, sin detenerse en analizar con mayor profundidad ciertos aspectos de esa condición que son de primordial significado para la filosofía demográfica. Un primer dato es evidente: un área sólo se vuelve habitada cuando se muestra capaz de sustentar la vida de la población que la ocupa. En este sentido, la demografía corriente se ha revelado pródiga en estudios que tratan de la relación entre la disponibilidad de recursos naturales de un área y el volumen y las características de la población que la explota, para sacar de aquellos los frutos con que se sustenta. Investiga la influencia de tales recursos sobre la cantidad y la calidad de la población, sobre los fenómenos de natalidad, morbilidad y mortalidad que se dan en ella, y todos los demás tópicos, que representan cuestiones de gran interés, a que dedican extensa parte de su esfuerzo los investigadores. Pero ya aquí se presenta un aspecto del problema al cual no se suele hacer la debida referencia. Cuando se discuten cuestiones de ecología humana y los problemas de la relación entre la población y los recursos naturales, no es frecuente que se observe el hecho de que el espacio, si de un lado sostiene la existencia humana, por los recursos materiales que ofrece, por otro, en virtud de este efecto, se vuelve producto del hombre, que lo transforma para darle

304 las condiciones de habitabilidad. En consecuencia, más fundamental que la noción de relación entre recursos naturales y población es el concepto de *producción de la existencia*, porque éste envuelve la referencia a la base física, incorporando el doble sentido de: a) producción del hombre por el área natural que ocupa y aprovecha; b) producción de ésta por el hombre que la transforma según finalidades racionales; en el rumbo de intereses que determinan un nuevo tipo de *proceso*, superpuesto al natural, el único que se daría si estuviera ausente el ser humano.

El hombre, por la conciencia, al mismo tiempo refleja la realidad en el conocimiento y proyecta la modificación del mundo natural y social, instalando sobre el curso del proceso natural —que ocurre en función exclusivamente de las fuerzas físicas naturales—, otro tipo superior de proceso, el histórico, al cual los demógrafos frecuentemente aluden con el nombre técnicamente inadecuado de *cultural*. Lo que caracteriza la superposición del proceso histórico al natural es que el paso de uno a otro se hace por la necesidad de introducir el concepto de *producción*. En el proceso natural hay efectos mecánicos y físicos de toda especie, pero no tiene sentido usar la noción de *producción*, peculiar del agente humano, por cuanto implica la presencia de una conciencia capaz de proyectar la creación de la cosa, del *producto* que no surgiría por las exclusivas fuerzas naturales. Cuando se dice que un relámpago produce luz, estamos usando una manera coloquial, pero incorrecta de hablar; en rigor, sólo la lámpara eléctrica, por ejemplo, produce luz, porque es un artefacto del ingenio humano, de modo que hablando exactamente, es la conciencia que proyecta la lámpara, la que, con el auxilio y el dominio de las fuerzas eléctricas, produce la luz. Ciertos animales son capaces de operaciones constructivas con limitado éxito e invariable repetición; pero esto no constituye tampoco verdadera *producción*, porque no es previamente planeado por la conciencia. Al contrario del proceso natural, el histórico es producido por el hombre como respuesta a la exigencia de la necesidad de sobrevivir, mediante la interferencia de la razón y del arte sobre el curso de las transformaciones meramente físicas que acontecen en el medio exterior. El hombre se vuelve productor del proceso histórico, lo que significa productor del espacio que habita, así como del tiempo en que perdura. Los esfuerzos que ejerce sobre la realidad constituyen lo que en sentido más amplio, se llama *cultura*. En esta acepción, el proceso histórico se confunde con el cultural, aunque conceptualmente sean cosas distintas.

El hombre debe ser concebido como productor del área que habita, y esa producción es un dato cultural. No podría ser realizada sino mediante instrumentos que tienen que ser intencionalmente concebidos para los fines a que se destinan, lo que denota su origen

en la conciencia humana, en un proyecto de acción que sólo puede existir en el pensamiento. El área que una población conquista para multiplicarse allí, es un producto de su acción consciente; eso se comprueba por el estudio de las fases primitivas o más antiguas de la historia, en que vemos al animal humano errar por la superficie de la Tierra en busca de las condiciones más convenientes para la subsistencia. Aun en este estado no es lícito equiparar la vida errática del hombre primitivo, siempre en busca de alimentos y de condiciones climáticas favorables, con el comportamiento análogo de otras especies animales, pues en el caso del hombre, hasta el más atrasado, la vida errante tiene por finalidad la procura consciente de un local donde encontrar el mínimo de condiciones aceptables, es engendrada por un proyecto y conduce al máximo de resultados útiles posibles en tales circunstancias, dada la calidad extremadamente precaria de los instrumentos de que disponía el hombre para actuar sobre la naturaleza. La conciencia estaba presente, porque siempre se trataba de utilizar instrumentos y, por el inevitable proceso de desarrollo cultural, crear otros más perfectos. Ninguna población humana, por más primitiva que fuere, ha permanecido en la mera fase de la utilización pasiva de los recursos naturales. Ha sido siempre creadora, productora del espacio que habitaba.

Puede decirse que el desarrollo de la especie humana, y sus aspectos demográficos, tienen por base la producción intencional, por ella misma, del área geográfica que la debe sustentar. Hoy, como otrora, el hombre continúa siendo un productor del espacio que necesita, y si ahora no se trata ya de acomodar la caverna en que se abriga, sino de construir íntegramente edificios para vivir, en esencia la relación del sujeto con la realidad espacial, con el mundo, permanece cualitativamente inalterada. En todos los casos, lo dado está ahí, tiene que ser aprovechado, pero aprovechamiento quiere decir transformación técnica, creación de lo nuevo y, como reflejo histórico, subjetivo y objetivo, producción de cultura. La habitabilidad del espacio, interpretada en sentido amplio, revela ser un dato de la cultura, en virtud de ser resultado de la actividad productiva. El agrupamiento circular de chozas en el centro de la selva o los barrios más racionalmente planeados de las ciudades, son apenas datos de la cultura, expresan momentos de un proceso histórico, pero todavía más —y esto representa un aspecto de mayor importancia— son etapas del conocimiento científico por las cuales pasa la humanidad. La *taba* de una aldea indígena amazónica o las construcciones lacustres de las poblaciones papúas resultan de la aplicación de los conocimientos científicos de las respectivas poblaciones, no son menos ciencia y, por tanto, datos culturales, que las construcciones de que se enorgullecen las gigantescas metrópolis modernas. Sólo difieren como manifestaciones del grado de progreso en el proceso cultural, pero no dejan de

06 ser cualitativamente equivalentes, en cuanto productos, en un caso como en otro, del esfuerzo de creación del espacio habitado por el hombre.

Una observación fundamental a este respecto es la de que en la producción del espacio el hombre actúa colectivamente, lo que significa que el mundo es resultado de una acción poblacional. El sujeto de la creación del espacio humano no es el individuo, sino la población que lo crea para instalarse en él y desarrollar su proceso vital. Si es así, tenemos que considerar las variables demográficas que participan de este proceso creador y transformador del contorno espacial. En primer lugar, está la cantidad de la población. Esta es un factor primordial en la capacidad de la transformación del espacio, de dimensión geométrica o física en dimensión existencial. En las épocas primeras de la especie, el número de individuos que componían una horda errante buscando alimentos y abrigo era suficiente apenas para la realización de un tipo muy rudimentario de trabajo transformador de la naturaleza, y por eso los efectos de tales cohortes humanas sobre el ambiente eran extremadamente reducidos. Con todo, ya entonces no eran nulos y daban origen a dos clases de resultados: de un lado, aunque al principio en grado mínimo, incrementaban el proceso cultural de creación histórica del mundo, expandiendo y mejorando la ocupación del espacio; y, además, determinaban la transformación del propio ser humano. La cantidad y la calidad de la población constituyen en cualquier fase de la historia factores de la posibilidad de realización del espacio como medio habitable. La calidad es particularmente importante, desde que por este término se entienda lo que realmente se debe admitir. Antes que todo, con esa designación abarcamos los aspectos sociales y políticos de la población, además de las características biológicas que manifiesta, como la distribución por edades, las tasas vitales, etc. Damos mayor importancia al dato social y político de la noción de calidad porque justamente en el asunto que estamos dilucidando tiene decisivo papel. Las impresionantes construcciones que nos revelan la capacidad de transformación de la realidad por las antiguas civilizaciones, orientales o pre-colombinas, no suponen sólo voluminoso contingente demográfico de mano de obra; revelan igualmente un tipo de organización social en que el aprovechamiento masivo y forzoso de esa mano de obra se podía ejecutar con continuidad. Supone, en consecuencia, un tipo de sistema social, el tipo esclavista, como régimen de producción colectiva, del cual uno de los productos específicos es el espacio habitado, la forma, el estilo y las dimensiones de las construcciones erigidas por el hombre para habitarlas como ser vivo, o en el caso de los monumentos funerarios, utilizarlas para enterrar a los muertos.

Así, la cantidad y la calidad de la población influyen sobre la

producción del espacio para la existencia; pero también la recíproca es verdadera, o sea, el contorno espacial conscientemente construido y organizado, por sus dimensiones disponibles y por su calidad en función de las exigencias humanas, se torna factor determinante del contenido y de la forma de la población que lo utiliza. Este segundo aspecto es en el que habitualmente se instala la perspectiva demográfica. En efecto, los investigadores se dedican particularmente a esclarecer los resultados que derivan para la población de la naturaleza del suelo en que se halla instalada, de los recursos naturales que ofrece; procuran establecer los reflejos que tiene sobre la organización de la familia, la vida individual y la reproducción de la especie, el tipo de vivienda, las dimensiones del espacio de que el hombre dispone para habitar, etc. Encontramos aquí la perspectiva inversa de la anterior. Vemos ahora el espacio condicionando la cantidad y la calidad de la población. A este respecto las investigaciones demográficas llegan a resultados ricos y muy expresivos. De ellos procede un cierto número de conceptos, como el de *densidad* de población, al cual seguidamente nos referiremos. Pero lo que deseamos en este momento destacar es que, así como en la primera perspectiva la acción del individuo sobre el aspecto se hace solamente por la mediación objetiva de la sociedad con su tipo de desarrollo de medios productivos, de relaciones sociales de producción y de forma política, lo mismo se da cuando examinamos el lado inverso, la acción del medio sobre la población. Aun aquí la sociedad es el factor de mediación, que no puede ser desconocido, porque actúa como poderoso regulador en la relación que se establece entre el ambiente espacial, como base material de la existencia y causa de muchas de las condiciones en que ésta se desarrolla, y la composición numérica y diversificada de la población. El espacio, aunque único e idéntico en cuanto dato físico, no significa la misma cosa para todos los individuos que lo habitan. Una misma realidad del espacio como envolvente y fundamento de la existencia adquiere carácter diferenciado en virtud de la desigual capacidad de ocupación de él por los elementos de una colectividad, lo que, a su vez, resulta de la desigualdad de condiciones en que se hallan los hombres en el seno de la comunidad. Los recursos que ofrecen, los problemas de ocupación que suscita, las resistencias a la acción humana que opone, son distintos según se trate de individuos colocados en tal o cual posición en el ámbito de la sociedad. El tipo de formación social determina la forma de contacto del hombre con el medio, directo, por el trabajo rudo, o indirecto, por el usufructo de los productos del esfuerzo ajeno, y naturalmente los efectos, favorables o adversos, del ambiente sobre el ser humano.

La diversidad del medio geográfico es patente y ha sido en todos los tiempos uno de los condicionantes de las acciones históricas

de los pueblos. Su historia se liga a su geografía y hasta cierto punto es producto de ésta. Los pueblos, lo que concretamente quiere decir los grupos dominantes que tienen a su cargo trazar los proyectos, los rumbos, de las sociedades, se mueven por motivos íntimamente relacionados con el medio físico de que dependen. Cuando buscan expandirse en expediciones de conquista, no se trata sólo de lograr prestigio, sino de obtener ventajas materiales resultantes de la ocupación de áreas libres o tomadas por otras sociedades, que tienen recursos económicos que ofrecer al conquistador, de los cuales muchas veces el más importante es el mismo hombre. Las guerras de rapiña y de expansión derivan siempre del objetivo de alcanzar ventajas económicas, o de defensa de las situaciones de hegemonía, lo que naturalmente no suele ser crudamente declarado, sino que es siempre velado con cuidado por justificaciones ideológicas racionalizadoras, sobre todo en los tiempos modernos.

La relación entre la sociedad humana y el espacio físico ha dado origen a una rama de los estudios geográficos que se viene denominando *geografía humana*. Conviene observar que esta expresión puede ser entendida en dos sentidos: uno, lato, y hasta cierto punto un tanto lógico, al considerarse que la geografía existe como perspectiva humana del contorno físico en que se sitúa la especie. En tal sentido toda geografía es por definición humana, pues se confunde con la descripción del espacio exterior desde el punto de vista de los intereses, presentes o futuros, vitales, sociales y culturales del hombre. El medio físico, con sus accidentes y recursos, sólo ofrece incentivo para su estudio cuando lo colocamos en la perspectiva del hombre y lo interpretamos como el continente en que la especie traba la lucha por la sobrevivencia. En sentido estricto y más definitivamente científico, debemos tener de la geografía humana un concepto como el que nos expone Edward N. Ackermann: "En el siglo XX los geógrafos pasaron a tener interés dominante en las fases de la disciplina que colectivamente son conocidas como geografía humana: estudio de las relaciones en el espacio, de atributos culturales en el cuadro del ambiente natural".¹

Se ve así que las relaciones entre el hombre y el espacio que habita son complejas y de tipos distintos. Pueden entenderse referidas a las condiciones que el medio ofrece, por los recursos disponibles para la sustentación de la vida de una población, para la lucha contra especies diferentes, hostiles, y en este caso tenemos la rama de conocimientos denominada *ecología*. En otra perspectiva podemos tener el concepto amplio de *geografía*, como descripción del medio ambiente, empezando por el conocimiento del globo terrestre, y to-

¹ Edward N. Ackermann, *The Study of Population*, pág. 718.

davía la *geografía humana*, en la cual se acentúa el interés por la descripción y explicación de los hechos culturales de una población en aquello en que están ligados a las condiciones del ambiente y que ella dependen. Es preciso señalar que en caso alguno se trata de una relación individual del hombre con el medio, sino siempre de relaciones a través de la sociedad. El individuo sólo se correlaciona con el ambiente geográfico por su pertenencia a la sociedad y por la posición que ocupa en ella, que determinan las posibilidades y las formas en que le será dado aprovechar los bienes naturales y le permiten un comportamiento creador en todos los campos del saber, de la cultura y de la técnica. Pero la sociedad no existe como concepto abstracto, sino siempre como conjunto concreto de individuos, con sus relaciones y determinantes entre los cuales tienen primordial relieve los demográficos. Al decir *sociedad* nos referimos a una población, que tiene necesariamente tal cantidad y tales calidades. Estos atributos demográficos mediatizarán efectivamente, concretamente, las relaciones entre la población y el espacio, en el doble sentido y con las acciones recíprocas que anteriormente señalamos.

Todos los demógrafos están de acuerdo en que se debe reconocer en el espacio dos clases de caracteres distintos: los cualitativos y los cuantitativos. En la mayoría de las veces toman en préstamo, de los geógrafos o ecólogos, especialmente de los cultivadores de la geografía humana, el contenido de tales conceptos. No es nuestro intento discutirlos, sino sólo observar que las nociones de *cantidad* y *calidad* del espacio dependen de las nociones de cantidad y calidad de una población, las cuales, a su vez, reflejan el contenido de estas mismas ideas con referencia a su fundamento en el sistema social vigente en la sociedad constituida por esa población. Tenemos así una cadena de implicaciones lógicas, lo que nos indica que no es legítimo razonar sobre el dato geográfico con olvido del lado demográfico, ni sobre éste sin citar la estructura de la sociedad en causa. Estas reflexiones adquieren sentido práctico para el demógrafo, ayudándole a comprender la exacta posición de su ciencia. Como campo de su trabajo e interés, tiene que dedicarse al estudio de la cantidad y calidad de una población; pero no puede hacerlo sin referirse simultáneamente, de un lado, a las nociones de cantidad y calidad del área habitada por el grupo humano que estudia y, de otro, a esas mismas nociones en cuanto expresiones de la forma social adoptada por este mismo grupo. En cada uno de los tres casos cantidad y calidad significan cosas distintas, pero los contenidos objetivos de estos conceptos, diferentes en cada caso, se interpenetran, se interrelacionan. Uno de los objetivos principales de la formación teórica del demógrafo deberá ser manejar con precisión lógica contenidos distintos de conceptos de nombres iguales en campos diferentes de la realidad. Así, la relación entre cantidad de espacio y de población constituye el

310 concepto y el problema de la *densidad demográfica*, como la relación entre los aspectos cuantitativos y cualitativos de una población y la forma social que poseen representa la noción general de *desarrollo*. No quiere eso significar que la demografía tenga el papel de intermediario entre la geografía y la sociología; significa sólo que existen dos vertientes en el análisis de los temas y problemas demográficos y que por eso el especialista debe saber correlacionar debidamente sus datos particulares con los aspectos geográficos y sociológicos a ellos pertinentes.

Una de las tareas básicas de la demografía consiste en establecer la distribución de las poblaciones en el espacio. A título de ilustración de las reflexiones teóricas presentadas en este momento, deseamos dejar claro que la comprensión de tal problema no puede realizarse sin referencia a las condiciones objetivas del espacio en que se da la distribución del grupo humano y sin la mención de la estructura del sistema de convivencia social reinante en él. Aunque pueda ser, en el caso límite, la totalidad de la superficie terrestre, por lo común se trata de áreas restringidas generalmente llamadas *región*. Toda población tiene que ser referida a una región y, por consecuencia, el problema de que el demógrafo se debe ocupar es el de definir con criterio preciso lo que entiende por *región*. No es fácil hacerlo porque, si a veces tenemos el recurso de valernos de un criterio cuantitativo natural, como en el caso de áreas espontáneamente definidas como tales, sean islas o superficies bien delimitadas por accidentes señalados, en otros casos la definición cuantitativa, debiendo corresponder a determinaciones administrativas, es difícil, incierta o hasta completamente arbitraria. Otro camino es la correlación entre el área pura y el complejo cultural en ella existente. Este es el criterio adoptado, por ejemplo, por Donald J. Bogue, al decir: "El término *región* es meramente un término abreviado para un conjunto único de condiciones interrelacionadas, rasgos y fuerzas presentes en un área de un momento determinado".¹

Como se ve, se define la región más acentuadamente por sus contornos culturales que por los geográficos, lo que supone que el fenómeno demográfico se sitúa a medio camino entre estos dos órdenes de hechos. Estamos aquí en presencia del concepto, que hemos expuesto, de intermediación y de acción recíproca. La demografía se vale del término *región*, definido por la intermediación entre el puro dato espacial y los aspectos específicamente culturales. Significa esto que la demografía reconoce, por un lado, que la población es un factor de construcción del espacio, de la transformación del contorno ambiente en *región* geográfica, por las obras con que materialmente

¹ Donald J. Bogue, "Population Distribution", en *The Study of Population*, pág. 396.

modifica la fisionomía del medio físico; y que, por otro, esa misma población, como constituye una sociedad en la cual se desarrolla una vida cultural, política, marca con rasgos distintivos el conjunto humano, a tal punto que las características que les imprime, cuando son observadas en el espacio, sirven para delimitar un área particular. Las naciones, en su configuración moderna, son unidades de área de carácter político resultantes de un proceso histórico-social, en que la cultura del grupo humano que las constituye desempeña papel decisivo en la demarcación del contorno espacial que ocupa. En épocas primitivas, lo que para esa formación histórica se podría llamar *nación*, como grupo demográfico cultural, tenía, en algunos casos, naturaleza ambulatoria, llegando a fijarse en cierto territorio en función de las exigencias económicas que su desarrollo requería. Estos grupos, mientras podían proveerse a sí mismos y atender a su crecimiento demográfico en el estado errante, aún constituyendo poblaciones relativamente considerables, no tenían razón para elegir una región y asentar allí la base física, porque los rasgos culturales, que la base económica propiciaba, se conservaban, a pesar de todo, sin peligro en el curso del permanente desplazamiento.

Las naciones migrantes del pasado no conocían el concepto de *región*, tal como se le entiende hoy, pues para ellas región era todo lugar que les permitiera sobrevivir como grupo humano sin perder las características culturales que las definían, en relación con el modo de producción de su existencia. El proceso cultural, sin embargo, al crear formas de explotación de las riquezas naturales de obligatoria ocupación local, a partir de la instauración de la agricultura, impuso la sedentariedad de las masas antes nómadas. La población, convertida ahora en grupo geográficamente estabilizado, tiende a ocupar el máximo de territorio que le es dado conquistar, para utilización inmediata o reserva destinada a expansión futura, o incluso como cinturón de defensa, sea por la penetración de áreas deshabitadas, sea por la disputa con otras poblaciones. No debemos olvidar que la palabra *nación* tiene por núcleo etimológico el concepto demográfico de *nacer*. Las naciones, literalmente hablando, son los grupos de *nacidos* de un mismo tronco poblacional, que se mantienen unidos por la obligación de obtener en común los medios de subsistencia, y que por ese motivo son llevados a crear y preservar un sistema de ideas, creencias y valores que les es peculiar y funciona como vínculo subjetivo, cultural, uniendo el agregado y dándole las características *nacionales*. Con la estabilización de la población empiezan a definirse las regiones como espacios culturales. Ya no serán las *naciones*, es decir, las poblaciones enteras, las que se moverán en el espacio, sino sólo los individuos o pequeños grupos aislados. En la fase histórica moderna y contemporánea, el fenómeno de la migración es individual o se refiere a minorías

312 étnicas. Sus motivos continúan siendo los mismos, con frecuencia encubiertos por justificaciones ideológicas.

El concepto de *región* nada tiene de absoluto; si, de un lado, es objetivo porque se relaciona con un dato de hecho, por otro es subjetivo porque se refiere a un complejo cultural que contiene numerosos aspectos supra-estructurales. Es un término relativo, visto que se caracteriza por su funcionalidad empírica, por cuanto se subdivide en sub-áreas, lo mismo que se congrega en super-áreas, de acuerdo con los requisitos de la investigación demográfica. La región no es un dato fijo, inmediato, evidente, del trabajo demográfico. Precisa ser concretamente definido en cada caso, lo que habrá de hacerse siempre en función de las finalidades del estudio o de la investigación a que el demógrafo esté procediendo. En la mayoría de los casos, el contorno regional normal de referencia para el establecimiento de los universos demográficos es la nación, lo que se debe a que son las unidades políticas de este tipo las que organizan, costean y controlan los servicios demográficos, porque están interesadas en los resultados que se obtienen de ellos. Pero la nación se subdivide políticamente en unidades menores, en referencia a las cuales hay que estudiar los procesos demográficos. De este modo se crea para el especialista un campo de trabajo especial que ha sido llamado de *distribución de la población*. Según Bogue, "el campo de la investigación de la distribución de la población puede ser definido como el estudio de la población de una nación o de una comunidad en términos de subdivisiones de áreas, tales como regiones, estados, áreas socio-económicas, residencia urbano-rural y espacios de censos". La subdivisión política no constituye una base científicamente apropiada para apreciar la distribución de la población, pues su carácter artificial, resultante de un curso histórico caprichoso e irregular, es patente. Las subdivisiones del espacio que tendrían correcta justificación para servir de base de la distribución poblacional, son aquéllas en que se asocian los caracteres físicos a los económicos, según delimitaciones racionales. Pero la demografía no puede superponerse a la realidad de la situación histórica, tiene que aceptar las divisiones políticas, desde las naciones hasta las fracciones interiores a éstas, como hechos reales, y se ve obligada a realizar sus investigaciones sobre este fundamento.

Además, el uso práctico de los resultados demográficos está subordinado a la división política de las áreas nacionales, y en función de los intereses administrativos parciales, del conocimiento de las necesidades locales, de las poblaciones, en servicios de educación, salud, defensa, etc., habrá de proceder para llegar a formar la idea del estado demográfico del todo nacional. Estos intereses están contenidos en ámbitos políticos que no compete al demógrafo alterar o despreciar. Por eso, la demografía, en el estudio de la distribución espacial de

las poblaciones, está condicionada por el factor político, y de esa situación resultan varias consecuencias teóricas y prácticas, no sólo atañentes a la realización de las encuestas y censos, sino también al mismo concepto de área habitada. Vamos a mencionar dos aspectos de este tema. El primero se relaciona con la noción de *riqueza* del espacio habitado. Es posible distinguir, para el análisis, dos casos extremos: el espacio *rico* y el espacio *pobre*. Con estos calificativos procuramos definir todo un complejo de factores objetivos relacionados con la presencia del hombre y que abarcan un campo de realidad mucho más amplio que el representado por el concepto de *área ecológica* o de *disponibilidad de recursos*. En efecto, el espacio es rico o pobre según una función primordialmente existencial concreta, y sólo secundariamente económica. Desearíamos llamar la atención sobre este concepto de la preponderancia del aspecto existencial en relación con el económico puro en la definición de la riqueza, por no encontrarse en casi ninguno de los autores que analizan tema tan importante. Los demógrafos de formación economista se esfuerzan por establecer la correlación entre las disponibilidades de riqueza contenidas en un área geográfica y la capacidad de ésta para sustentar un contingente humano. Pero la relación está lejos de ser lineal, simple y unívoca. Porque se trata de una función fundamentalmente histórica, derivada, ella misma, del estado cultural en que se halla el individuo y en el cual le es dado producir su existencia concreta. Los recursos minerales de una región, el clima favorable, la fertilidad del suelo, la abundancia de agua y todos los demás factores físicos que favorecen la instalación de las poblaciones y les aseguran una base de comodidad vital, no tienen significación por sí mismos, sino en función de la capacidad, permitida por el grado de conocimientos científicos y técnicos de un determinado escalón cultural, de aprovecharlos para fines que tampoco son espontánea y necesariamente determinados, porque derivan de un *proyecto* de la conciencia humana. Si una población primitiva no llegó todavía a la etapa agraria, de nada le sirve la fertilidad del suelo que ocupe. Las riquezas auríferas del Imperio de los Incas no valían a esa civilización para emitir moneda fiduciaria, que era un producto cultural entonces impensable, ni siquiera funcionaban por su valor intrínseco como moneda en especie, pues ésta era igualmente ignorada, sirviendo sólo para objetos de adorno o votos religiosos. Sólo en el ámbito de otra cultura tales recursos pasan a tener el significado que, por ejemplo, tiene actualmente el oro en el campo de la economía. En consecuencia, la noción de recursos naturales es un dato histórico variable, dependiente de los estadios culturales. Los recursos sólo lo son para las condiciones de existencia y de cultura vigentes en cada estadio, donde el hombre se propone a sí mismo determinados objetivos vitales. Es un concepto que reposa, en último análisis, en una base existencial, y por eso no debemos proceder en la conceptualización teórica de la *riqueza* de un espacio geo-

314 gráfico como si ésta fuera un dato absoluto, independiente del proceso histórico que es el origen del valor que se le atribuye.

El espacio no es rico ni pobre, como no sea de modo relativo y condicionado, y entonces debemos buscar el principio de que deriva este condicionamiento. Tal principio no está representado por el número absoluto de la población ni por evaluaciones subjetivas, sino por necesidades concretas determinadas por la naturaleza y grado de desarrollo del proceso de producción material de los bienes necesarios para la existencia y, correspondiendo a él, por la evolución cultural del pueblo a que se refiere. Esta última, a su vez, refleja el proceso de operación sobre la realidad y el descubrimiento de las posibilidades que los cuerpos físicos y las condiciones del ámbito espacial ofrecen para mantener la existencia. No es preciso decir más para entender que el concepto de *recurso natural* está mediatizado por el de organización social de la comunidad, en su doble aspecto, básico, de organización material y social de producción y subjetivo, de mundo de conocimientos poseído por la conciencia colectiva. Con el proceso de división de la sociedad, el concepto de *recurso*, que inicialmente, aunque con un valor primitivo, significaba *recursos para todos*, se hace representativo de una distribución desigual y pasa a significar con carácter diferencial *recursos para algunos* o incluso, en el caso extremo, *recursos para uno solo*. En la sociedad donde imperan amplias desigualdades es evidente que, a no ser con carácter abstracto, no se puede hablar con propiedad de *recursos*, porque éstos sólo lo son para determinados individuos y no para otros. Para unos, los que de ellos efectivamente se benefician o pueden llegar a beneficiarse, son recursos, pero para los que objetivamente, concretamente, carecen de condiciones para apropiarse o valerse de ellos, es como si no existieran.

El carácter de *rica* o *pobre* del área geográfica sólo adquiere sentido cuando estos atributos se refieren a personas y grupos humanos; lo que significa que el fundamento de su significado objetivo es de orden existencial. Una zona árida u hostigada por sequías periódicas sólo es pobre para el campesino flagelado que en ella trabaja, pero es *rica*, relativamente hablando, para el latifundista cuya es y que no desea deshacerse de ella.

Muchos demógrafos sucumben, por falta de la debida crítica, a estas insinuaciones de los economistas, acatándolas como respetables conclusiones de la ciencia económica. Basándose en tal diferenciación, los especialistas en estudios de población construyen los conceptos particulares de su ciencia, como el de *densidad*. Pero no es preciso repetir que, habiendo seguido una ruta abstracta, inspirada en una idealización de la realidad, no llegarán a la completa verdad de la situación que desean aclarar. La consecuencia más común de este

¹ Donald J. Bogue, "Population Distribution", en *The Study of Population*, pág. 396.

equivoco es el establecimiento de una relación abstracta entre la cantidad de la población y la base geográfica, definida ésta por sus dimensiones y cualidades. Se crea así una problemática y una metodología que no son falsas en sí mismas, o sea, dentro del limitado propósito que sientan, pero que son incapaces de producir las conclusiones lógicas y filosóficas que se alcanzarían de otro modo, si las cuestiones en discusión, fueran propuestas desde el comienzo en otros términos, en términos concretos, si la preocupación central estuviera dirigida hacia la realidad del hombre situado en el espacio y en el tiempo, y no hacia un concepto abstracto y vago de *población* que, como hemos dicho, acaba por ser un conglomerado de *nadies*. El punto de vista antropológico existencial que defendemos, propugna, al contrario, fundar la demografía sobre la investigación de la realidad de seres que son siempre *alguien*. Es el hombre y su modo de vivir, lo que debe, como punto de partida y meta final, interesar a la demografía y darle la razón de ser como ciencia. De esta manera, el espacio será juzgado *rico* o *pobre*, no según una apreciación general abstracta, indiscriminada, por los índices de bienes efectivos que contiene, sino sólo en función de una situación histórica definida y por la posibilidad que ésta ofrece a los hombres de apropiarse de tales bienes. De ahí, que el tiempo cultural pasa a ser una variable determinante de la calificación del espacio. Pero al decir que pasando de una situación histórica a otra se transforma el significado económico del espacio, estamos indicando que eso ocurre en función de la organización social, que varía de una a otra fase.

Estas reflexiones nos parecen particularmente fecundas y pertinentes para aclarar un problema crucial de que se ocupan políticos, economistas, sociólogos y demógrafos, cual el de las desigualdades regionales en el ámbito de un mismo país. Aunque la situación de desigualdad regional sea universal y no haya país, grande o pequeño, adelantado o atrasado, en que no se verifique, por motivos históricos y materiales bien comprensibles, en su forma corriente esta cuestión surge y se discute en relación a los países subdesarrollados, especialmente aquéllos de grandes dimensiones en que los desniveles asumen aspectos más impresionantes. No es preciso decir que en ellos la desigualdad regional constituye, no sólo una característica de primera magnitud para la determinación de la totalidad, sino un problema de máxima importancia social y política. La propia conciencia de este problema es un producto histórico y resulta, en los tiempos actuales, de la creciente y reforzada conciencia que las masas de las regiones pobres o atrasadas han adquirido de su situación, y de los reclamos cada vez más insistentes que hacen a las capas sociales dirigidas para que pongan fin a esta inaceptable disparidad. Es en el cuadro de la realidad de los países subdesarrollados donde centramos

316 nuestra meditación. Los economistas miden los niveles reveladores de la desigualdad en las condiciones de la producción y de consumo, en los modos de vida de la población de las áreas diferenciaas de un mismo país subdesarrollado, y los expresan en índices que alarman la conciencia política de estos pueblos. Los demógrafos, frecuentemente mal avisados, dejan de proceder por cuenta propia a la crítica de las lecciones que reciben de los economistas, siguen por el mismo camino y proponen ingenuamente concepciones absurdas, como, entre otras, la de juzgar excesivas las poblaciones que habitan las áreas pobres, justamente porque son las que ofrecen peores condiciones de vida. La falta de correcta perspectiva histórico-existencial es patente en ambos casos.

Tanto unos especialistas como otros no reflexionan sobre este dato de simple evidencia, que las disparidades regionales, que afectan a poblaciones considerables de un país, condenándolas a la condición inefable de miseria permanente, no son más que el efecto de la organización social del país en su integridad. No hay, por principio, por fatalidad, y como por decreto divino, áreas ricas u otras miserables. Todo es efecto del proceso histórico de desarrollo general de la economía de un país, en consecuencia del cual en cierta fase una porción de territorio se aventaja en la apropiación de los recursos naturales, en la expansión de los modos de producción, especialmente, para la época actual, en el crecimiento de la industria, mientras otras porciones quedan relegadas a la condición de pobreza en virtud de no haberse desarrollado en ellas con igual intensidad el proceso de acumulación de factores productivos, o de haber sido compelidas a la condición subalterna de proveedoras de bienes primarios y de mano de obra para los centros dinámicos del desarrollo. En el circuito interno de la economía del país o figuran como *regiones de consumo*, o ni a ese plano llegan, si su grado de miseria es tal que solamente subsisten como áreas marginales. Nace de este modo el desequilibrio regional, no por fatalidad inescrutable ni por exigencia insuperable del desarrollo de las energías productivas, sino en virtud del peculiar sistema social de explotación de la realidad física del país, en función de las diversas etapas de su curso histórico. Y tan variable históricamente es la desigualdad, que en numerosos países se ha verificado substancial alteración, alternando las situaciones. Ejemplo señalado es el Brasil, donde las regiones septentrionales en los siglos XVII y XVIII fueron las más ricas, siendo el sur la parte rezagada, y ahora se convirtieron en las más pobres, en virtud del mayor ímpetu del crecimiento de la riqueza en las áreas meridionales. Esa alteración tuvo lugar porque la economía del país, como un todo, sufrió un cambio de fase, en virtud de haberse desplazado el epicentro económico de determinada base de explotación de la realidad, a otra; en este caso, de la riqueza

fundada en la explotación de cultivos agrícolas primarios a las formas superiores de producción industrial, que encontraron, por motivos históricos particulares, mayor facilidad de concentración en las regiones sureñas. 317

Sin duda, las regiones geográficas están sujetas a procesos naturales, como la erosión de los suelos, las variaciones climáticas, el agotamiento de recursos, etc., que alteran de modo objetivo la situación de un área y la tornan más pobre. Pero aún un proceso de este tipo es histórico en relación al hombre, pues éste, por el desarrollo de la ciencia y de la técnica, puede hacer frente al progresivo deterioro de las condiciones objetivas y producir un salto cualitativo en la forma de explotación de la naturaleza, al pasar a explotar en una misma área recursos que hasta entonces o eran insospechados o no tenían aplicación. De este modo, una región que había declinado de valor económico, se revela de súbito extremadamente rica, como es el caso de los lugares donde se descubre una riqueza mineral.

El demógrafo no debe tener un concepto estático del valor económico de una región. Con este nombre queremos designar la capacidad de un área de ser receptiva para un grupo humano de volumen variable, porque se muestra capaz de asegurarle un nivel conveniente de existencia. El valor económico del lugar es función del proceso histórico en doble sentido: en función de las posibles transformaciones de la naturaleza que el ámbito permite, y frente al desarrollo de la aptitud del hombre para aprovechar el ambiente donde se instala. Regiones, como el centro de Asia Menor, donde durante milenios tuvieron su asiento grandes civilizaciones, y que hoy encontramos desérticas, pobres, inhóspitas, fueron descritas por Herodoto como jardines de hartura y fecundidad. Áreas que actualmente son de difícil penetración por el hombre, como las selvas amazónicas, serán, en lo futuro, de las más prósperas, cuando la densidad de población y la técnica permitan entrar en ellas y aprovechar todas sus posibilidades. El concepto de *área atrasada* no debe ser entendido como dato estático, como realidad en sí, sino como momento de un proceso cultural de producción, que, en principio, siempre puede superar la fase presente. En esta perspectiva pasan a tener valor primordial los factores sociales y políticos, porque, interpretándose el atraso como momento de un proceso histórico, de ellos depende la posibilidad de vencer la condición pobre o difícil existente. El demógrafo no debe adoptar un punto de vista naturalista que, además de aceptar el criterio estático, acarrea una concepción que hace ignorar el valor de los componentes sociológicos y políticos. Frente a una condición económica presente de calidad inferior, atrasada, no debe comprenderla como hecho natural, sino como hecho histórico, resultado de un proceso que la explica en su realidad actual y al mismo tiempo da los fundamentos para transformarla.

Estas observaciones son importantes para el especialista, al tratar

118 el problema de la densidad de las poblaciones. Uno de los engaños ingenuos en que podría incurrir sería éste, que calificamos de *naturalista*, o sea, referir la cantidad de habitantes de un área a sus dimensiones, sin tomar en cuenta el proceso de variación cualitativa de su valor económico. Proceder por el simple establecimiento de una razón aritmética entre los dos números, es determinar un índice verdadero y útil, pero de utilidad primaria, extremadamente limitada. Porque sólo toma en consideración el aspecto dimensional, topográfico del espacio. El concepto de densidad de población tiene que ser entendido como noción dinámica, referente a un proceso global, como relación entre valores móviles, representativos de momentos de dos procesos parciales componentes de otro más general, ambos históricos, el de la naturaleza y el de la población. De ahí, la relatividad de los conceptos de escasez y de exceso de población. No pueden ser apreciados por números que previamente han sido despojados de toda significación existencial, al ser aprehendidos sólo por su lado cuantitativo. La densidad de un área tiene que ser entendida en la perspectiva del proceso social y político que le da sentido cualitativo. Solamente así se torna un concepto útil. Claro está que al demógrafo como técnico compete en primera aproximación, y para efecto de la obtención de los datos, la fijación de los valores cuantitativos. Pero incidiría en un error si creyera que termina ahí su trabajo, y que la apreciación de los aspectos cualitativos de estos datos compete a otros campos de la ciencia, a otros especialistas. El demógrafo tiene entera competencia —diríamos más, obligación— de proseguir en su trabajo como demógrafo y proceder al análisis de los aspectos cualitativos, sociológicos, culturales y políticos de la relación de densidad. Estos aspectos constituyen un capítulo de su ciencia, y no debe admitir que haya de limitarse al establecimiento de un dato primario y aceptar que otro sector del conocimiento lo explote e interprete. La definición del valor económico del espacio incumbe primordialmente al demógrafo, y sus conclusiones serán recibidas y discutidas por los sociólogos, economistas y otros científicos sociales.

Para proceder a esta definición, el demógrafo tiene que poseer un concepto auténtico de la distinción entre cantidad y calidad del espacio. Hemos dicho que, en primer lugar, debe entenderse en sentido relativo, como datos de un proceso objetivo en continua variación. Pero, en segundo lugar, debe comprender que son valores dependientes de un criterio de apreciación subjetiva, a su vez reflejo de condiciones e intereses objetivos. Así, por ejemplo, una comunidad juzgará que en cierto momento el área de que dispone es insuficiente para su desarrollo, para la realización de los intereses y finalidades de su pueblo. Esta apreciación, de orden subjetivo, convertida en dato ideológico por la acción de los pensadores, sociólogos y políticos, lleva a consecuencias demográficas e históricas de varios tipos: o conduce al incremento del

flujo emigratorio de sus masas, en busca de otras áreas donde establecerse en mejores condiciones de vida, o engendra el ideal de la expansión del área nacional, sea por la ocupación de zonas limítrofes, sea por la conquista de dominios coloniales. Verifícase así la formación y vulgarización de una serie de conceptos que casi todos demuestran claramente su correspondencia a un momento del proceso peculiar de desarrollo de la nacionalidad a que pertenecían los autores de tales elucubraciones, que son conocidos con los nombres de *espacio vital*, *política realista*, *geo-política*, etc. Estos conceptos son elementos que revelan la existencia de un tercer proceso, subjetivo, que hay que sumar a los otros dos, objetivos, el de la naturaleza física de una región y el de la población que la ocupa. La noción de densidad de población resulta de la intersección de todos estos procesos.

El proceso subjetivo a que nos hemos referido es de orden evidentemente ideológico y está ligado a los propósitos de grupos sociales que encuentran ventajas en proponer y divulgar tales ideas. Detengámonos apenas en dos: la de *espacio vital* y la *geo-política*. Ambas cristalizan en forma ideológica los deseos expansionistas de naciones cuyos grupos dirigentes no admiten otra forma de resolver sus dificultades económicas y sociales que no sea la conquista de nuevas áreas. La justificación del concepto de espacio vital con frecuencia se busca en la esfera del comportamiento biológico de especies animales, y en último análisis, en el concepto naturalista de *lucha por la vida*. No es preciso decir que se incurre así en uno de los errores más perjudiciales al conocimiento de los hechos sociales y políticos, al asimilar éstos a los de orden biológico como fundamento suficiente para transferir las conclusiones de un plano de la realidad a otro, cualitativamente distinto. Se desconoce con eso, y se viola, la ley lógica que prohíbe trasladar mecánicamente, so pretexto de apariencias semejantes o analogías superficiales, las determinaciones de cierto orden de la realidad a otro cualitativamente superior. Al ignorar el carácter específicamente original del plano social, el pensador comete el error de continuar aplicando al plano superior, más complejo, categorías válidas para los planos inferiores, sin reducirlas en su significado o sin percibir la inadecuación a los nuevos objetos.

Para el hombre, *espacio vital* es aquél que le permite conservar y reproducir su existencia, en el sentido específico de esta noción. No contiene obligatoria ni esencialmente ninguna noción cuantitativa, dimensional; es de orden principalmente cualitativo, siendo las condiciones sociológicas y políticas ingredientes lógicos de tal concepto. Tiene que ser entendido como área en que es dable al hombre producir las condiciones de su vida. Como esta producción supone la explotación de los recursos naturales del medio, a ella se liga indiscutible sentido político, porque esos recursos vienen a ser objeto de disputa entre grupos socia-

320 les o nacionales distintos. De ahí, el carácter ideológico de que se reviste el término en cuestión y su necesaria crítica, a fin de que el estudioso de un problema social que lo desee usar no sea víctima del intento capcioso que puede contener. El espacio vital es una creación del hombre, resulta del trabajo ejecutado sobre la realidad, dependiendo por eso de las condiciones objetivas, técnicas y sociales en que el trabajo humano es cumplido. No representa una dimensión territorial, sino un área existencial; no es una cantidad de espacio, sino un modo humano de existir en el espacio. No puede ser entendido excluyendo los procesos sociales de producir la existencia, por cuanto de la naturaleza de éstos dependen las exigencias y determinaciones cuantitativas. En función de la forma social de sustentación de vida, una determinada cantidad de espacio se revela suficiente o no. Las tribus que vivían de la mera recolección de frutos o raíces, o de la caza con medios primitivos, precisaban áreas extensas para mantener la vida de un número relativamente pequeño de individuos. El progreso de las técnicas de explotación de la naturaleza, convertidas en formas sociales de producción, se define por la tendencia constante a restringir las áreas de ocupación necesarias para sustentar el mismo número de seres humanos. Por eso, el concepto de *densidad* de la población no debe ser entendido en su apariencia estática, como simple razón entre dos cantidades, sino que tiene de ser comprendido en sentido dinámico, cualitativo, histórico, representando una relación variable a lo largo del tiempo, y variable por fuerza de las modificaciones resultantes del modo social de producción de la existencia.

Estas reflexiones tienen importancia porque justamente a este respecto se observan equívocos e ingenuidades que conviene deshacer. En primer lugar, como el concepto de densidad de la población tiene que ser tomado en sentido histórico, no puede representarse por los procedimientos formales, ni se reduce a un simple cociente. Tiene que ser entendido como aspecto cuantitativo de una realidad cualitativa existente en *proceso*, o sea, como variación objetiva en función del tiempo. Poblar un área inicialmente deshabitada configura un proceso histórico, en el cual se verifica la constante variación del cociente de densidad, pero en el que ocurre mucho más que eso, toda vez que simultáneamente se alteran las relaciones de los hombres con el espacio que explotan y, además, como efecto de ello, se alteran las propias relaciones entre los hombres. Por este último aspecto, la noción de densidad de población se relaciona directamente con las condiciones de procreación de la existencia y su duración. Se torna, por tanto, un dato demográfico de alta valía. Pero no llegaríamos a comprenderla por este ángulo como no sea partiendo del concepto lógico de densidad referido a un proceso histórico. Si la tomamos en sentido formal, parecerá inexplicable la diversidad de comportamiento demográfico entre poblaciones con el

mismo índice de densidad. Es que en este caso estaremos comparando simples datos numéricos formalizados, destituídos de referencia a su contenido histórico. Una región altamente desarrollada con gran densidad puede ofrecer condiciones de existencia superiores a las que se encuentran en áreas menos pobladas, pero de bajo nivel de desarrollo. El concepto de *presión demográfica* tomado en sí, como noción formal, está completamente destituído de utilidad, siendo hasta fuente de discusiones ociosas o de desviaciones de interpretación. Porque no puede ser desligado del contexto social a que se refiere o pensado excluyendo el momento histórico por el que pasa el proceso de la respectiva población.

Además, no cabe comparar densidades abstractamente, porque nada esencial revelan sin referirlas a las condiciones existenciales, es decir, al grado de desarrollo correspondiente a estas poblaciones. De ahí, la perplejidad de los autores, que no consiguen extraer una regla coherente relativa al comportamiento demográfico de poblaciones que revelan poseer densidades iguales, o que englobe las variaciones observadas entre densidades discrepantes. En las áreas urbanas marginales, donde la precariedad de recursos económicos obliga a las familias a amontonarse en habitaciones colectivas o a construir minúsculos abrigos aglomerados en pequeño espacio, se engendra un alto índice de densidad. El comportamiento demográfico de tal subpoblación no puede ser incluído indiscriminadamente en el de la población urbana general de que es parte, pues sus características existenciales son enteramente diferentes. Si tomamos el concepto de densidad, pero se refiere éste a situaciones de grupo de gran variabilidad, su valor práctico es inaprovechable, como no sea en cuanto índice de una situación social que precisamente se caracteriza por la diversidad e imposibilidad de reducción a patrones regulares, al menos relativamente. Es evidente que en ningún país o región la población se encuentra uniformemente distribuida; a eso se oponen la naturaleza geográfica del ambiente, la localización de las áreas de recursos, los accidentes históricos, etc. En este sentido, el concepto de *densidad* encierra una determinación inevitable, y representa una aproximación grosera a la realidad que se pretendería retratar en él. Se torna necesario utilizarlo sólo como fundamento numérico para representar cualitativamente la realidad vivida por una población determinada.

El proceso de condensación poblacional está contenido en el de la evolución social de la comunidad. Este confiere al otro las determinaciones que manifiesta. En el país o región donde se explota intensamente el trabajo humano con bajo rendimiento, se produce en la población un doble movimiento, de carácter contradictorio: de un lado la pobreza obliga a gran parte del conjunto a aglomerarse en residencias colectivas o áreas insalubres, que son lugares de más bajo costo habitacional; por otro, esa misma explotación del trabajo lleva a una

322 parte de la población, especialmente elementos jóvenes, a emigrar hacia otras áreas del país o del extranjero. Así, la densidad en determinado momento, pasando de cierto límite, ocasiona simultáneamente su incremento y su descompresión. Los dos efectos opuestos se derivan de idéntica causa, la excesiva explotación del trabajo humano. Sin embargo, como no son numéricamente equivalentes, la densidad del conjunto puede crecer, incluso dándose una relativa corriente emigratoria, o puede bajar, aunque se esté verificando el amontonamiento humano, también relativo. Se ve que solamente el análisis del dato demográfico en las condiciones reales del proceso en que figura, es capaz de explicar estos fenómenos contradictorios. En las áreas en que hay una significativa evasión de parte de la población, ocurre a veces que la restante alcanza a poco niveles de densidad más alta que los anteriores, en virtud de modificarse el régimen demográfico de la población.

Dos explicaciones se ofrecen para este hecho, de verificación no infrecuente: una, la que corresponde a la llamada *ley de Sadler*; otra, la que invoca la indeterminación de los procesos sociales en la producción de la existencia. De acuerdo con la primera, estaríamos viendo en el fenómeno el cumplimiento de la referida ley, la cual enuncia que la fecundidad varía inversamente con la densidad de la población. En tal caso, la emigración de una parte del grupo distiende el conjunto, hace bajar la densidad y, por eso, a lo menos durante cierto lapso, produce un rápido incremento de la natalidad, que en algunos casos llega a determinar un cociente de densidad superior al existente anteriormente. La aceptación de esta explicación está condicionada, no sólo al reconocimiento de la validez de la mencionada ley, sino limitándola al período en el cual se hace la comparación, y se comprueba el aumento de la densidad por vía del aumento de la fecundidad. La otra explicación nos parece más razonable, al invocar el juego de los factores sociales objetivos, en especial la modificación en la estructura de la distribución cuantitativa y cualitativa de la mano de obra. La salida de un contingente de trabajadores de cierta área significa, cuando es elástica la oferta de fuerza de trabajo, el aprovechamiento de la parte restante, casi siempre con exceso en relación a los que han partido, y la incorporación al esfuerzo productivo de nuevos contingentes reclutados en áreas próximas, de modo que, provisionalmente por lo menos ocurre un balance local favorable al aumento de la densidad de la población. Cuando las condiciones del mercado de mano de obra son de relativa rigidez, se encarece el valor del trabajo, el cual, siendo mejor pagado, atrae emigrantes de áreas vecinas y, por la mejoría de la vida de los trabajadores que permanecen, y eventualmente la disminución de la mortalidad infantil, crece la densidad. Se ve que las fluctuaciones del mercado de trabajo tienen que ser tomadas en cuenta, o sea, que el concepto de densidad poblacional no puede ser separado del proceso de la realidad

económica que en cada fase, determina el sentido de su variación.

No es legítimo, por tanto, fundar en bases exclusivamente biológicas el mecanismo de la variación de la densidad poblacional. La intervención de las condiciones de trabajo es evidente, lo que no sólo demuestra la acción de un factor cualitativo, sino que sobre todo, acentúa la noción de *proceso*, a que está ligado aquel dato. En efecto, las variaciones de las condiciones de trabajo, aunque de ámbito local, son resultado de modificaciones generales en la economía del país o de la región y se subordinan a éstas, reflejándolas como una de las consecuencias. Ahora bien, las variaciones en la estructura del trabajo son por esencia histórica y constituyen en conjunto la marcha del desarrollo del país. De este modo, la densidad de población se presenta al demógrafo con doble significación: tiene que establecerla como un dato cuantitativo en función del cual determinará una serie de características vitales de la dinámica de la población; pero, además, tiene que tomar este dato como fundamento relativo, condicionado por un proceso más general que lo envuelve y tiene en él una de sus expresiones. Solamente así, manejando dialécticamente el concepto en la dualidad de sus aspectos, podrá darle una significación útil. La naturaleza contradictoria del concepto de densidad aparece clara. Desde cierto aspecto la densidad de la población se revela como causa de efectos demográficos, que compete al especialista averiguar y documentar por vía analítica; pero, referida a otros casos, la densidad pasa a ser efecto de condiciones objetivas que tampoco pueden ser ignoradas por el demógrafo, pues de lo contrario sólo llegaría a captar una parte, un lado del contenido del concepto que utiliza.

Otra limitación del enfoque habitual de la demografía en el problema de la densidad poblacional, reside en que, por detenerse en la pura constatación del índice numérico, ignora o subestima una de las caras de la realidad retratada en aquel concepto, que con todo es de importancia capital. Nos referimos a la noción y al hecho de la *distancia* entre grupos humanos y entre los individuos. En el análisis del espacio este aspecto adquiere significación decisiva, aunque casi nunca se lo menciona. El concepto de *distancia* define o resume un sistema de relaciones entre los seres humanos. Su naturaleza es originariamente métrica y se expresa por un valor cuantitativo, la distancia en el sentido común. Pero este sentido, que se refiere a un hecho material, en el plano existencial se carga de una supraestructura de significación que importa aclarar, dados sus efectos en el campo demográfico. La distancia espacial entre grupos o individuos define un cuadro existencial dentro del cual transcurre el proceso de la realidad humana personal. Las poblaciones con poca densidad o dispersas en las áreas extensas, son aquellas en las cuales la distancia entre los individuos son grandes y a veces, en el límite inferior de densidad, pueden ser tan grandes que se tiene el caso

324 de individuos o de grupos viviendo aisladamente. El modo como estos hombres producen su existencia está marcado por la escasez de contactos frecuentes o largos con sus semejantes, lo que se refleja en el comportamiento demográfico, por ejemplo, en los índices de nupcialidad. La distancia tiene que ser interpretada como aspecto relativamente autónomo del concepto de *densidad*. No se confunden, por cuanto a una densidad reducida tanto puede corresponder una distancia intergrupala o interindividual grande como una pequeña. En las áreas geográficas naturales de bajo grado de desarrollo, tanto puede ocurrir la dispersión de los individuos —tal es el caso de las poblaciones de recolectores que habitan las selvas amazónicas—, como darse el fenómeno inverso, su aglutinación en núcleos enormemente distantes unos de los otros, pero interiormente condensados.

La noción de *distancia humana* asume un significado propio, que importa al demógrafo conocer y utilizar en el cuadro de una concepción teórica más general, por la cual orientará su comprensión de la realidad. La noción de distancia sólo es tomada en cuenta por la demografía corriente refiriéndola a los aspectos prácticos de la ejecución de los censos, donde aparece casi siempre como obstáculo a la realización del recuento y por tanto, como factor de eventual inexactitud de los resultados. Se entiende entonces la distancia en el sentido puramente métrico y en función de las exigencias de una operación que en nada influye sobre la realidad de los objetos, los seres humanos, en relación a los cuales se efectúa. Sin embargo, el concepto precisa ser estudiado más a fondo y aprehendido en sentido existencial, como fundamento objetivo de las posibles formas de agrupamiento y de relación entre los hombres. Las variaciones de la distancia crean cuadros sociales cualitativamente distintos y determinan la diversidad de los efectos que afectan a la dinámica de las poblaciones. Cuando, por ejemplo, una comunidad nacional pone en marcha una campaña de salud pública para extinguir cierta endemia, el factor distancia crea diferencias cualitativas entre los grupos sociales que irán a ser, o no, alcanzados por tal campaña. Una fuerte densidad, o sea, una reducida distancia entre los hombres, si, por un lado, ofrece condiciones favorables a la rápida propagación de una epidemia, por otro constituye factor propicio para su extinción, pues facilita la rápida y completa distribución de los recursos profilácticos y curativos. Examinándola por el ángulo de la densidad del conjunto al cual pertenece, la existencia del individuo es función de su *distancia* de los demás, en el sentido de que la presencia de los otros en su espacio existencial es determinante permanente de aspectos y posibilidades de la realidad personal. El explorador, el *settler*, el colono, que, aislado o con familia, se va a establecer en un espacio deshabitado tiene características existenciales que se reflejarán en su comportamiento demográfico, y que proceden de la voluntaria creación de

largas distancias entre él y sus semejantes. Las diferencias no se deben sólo al aislamiento cultural, sino sobre todo a las condiciones de trabajo que ese aislamiento engendra. Y mediante las condiciones de trabajo se crea el soporte objetivo de la dinámica de la población.

Estas reflexiones deben hacernos comprender el carácter bastante estrecho del concepto habitual de densidad demográfica y los riesgos de su aplicación mecánica, formal. Vale poco desvinculado del contenido del proceso histórico a que momentáneamente se refiere. Vale todavía menos cuando de él no se extrae convenientemente el aspecto representado por la noción de *distancia existencial*. De ahí la precariedad de los raciocinios y teorías demográficas que acentúan ingenuamente la idea de densidad de la población y la manipulan como un dato en sí, con desprecio de su relación con otros factores de la realidad social. En principio, cabe decir que ninguna población está absolutamente condensada o dispersa. Como se trata de una noción que sólo tiene sentido relativo y dentro de una perspectiva histórica, de un cuadro objetivo dominado por factores que lo hacen siempre variar, no es preciso gran esfuerzo para percibir la insuficiencia de los argumentos que, a efectos de demostrar tesis o teorías, se apoyan en la realidad exclusiva, o fuertemente exagerada, del valor de un cociente numérico que, en verdad, sólo adquiere sentido concreto en la perspectiva del proceso histórico de la comunidad a que se refiere. El concepto de *calidad del espacio*, a que ya Sadler se refería en 1830, aunque no tenga el valor absoluto que le concedía este autor, quien lo entendía como puro ámbito geográfico, vale como determinante natural que no puede ser ignorado por la demografía, mas sólo adquiere plena actualidad en la concepción de su continua transformación por el esfuerzo consciente del hombre. La calidad del espacio ha sido definida en función de su eventual productividad de bienes de subsistencia. Este punto de vista es justo, pero no dice toda la verdad. Si el espacio ofrece la base de la productividad, lo importante es que sobre ésta se erige el proceso de producción en el cual desempeña decisiva función la capacidad humana de pensar la realidad e intentar técnicas productivas. En un grado de complicación todavía más elevado y necesariamente siempre presente, debe reconocerse que las posibilidades técnicas de la producción de los bienes se hallan envueltas por el sistema de relaciones sociales que los hombres establecen entre sí en un esfuerzo común por organizar la subsistencia individual y colectiva. De modo que, a partir de la calidad del espacio, como base, otros dos planos se superponen en la determinación de la posible densidad de la población asentada en tal territorio: el grado de desarrollo tecnológico y de las fuerzas productivas, y el modo de relacionarse socialmente los hombres, que conduce a la diversificada distribución entre ellos de los recursos ofrecidos por el medio natural.

Verifícase así que la actitud teórica que correlaciona el estado y

el movimiento de una población directa y únicamente a su base de sustentación espacial, comete un error de serias consecuencias, al ignorar la mediación de los otros dos planos a que nos hemos referido. El hombre no utiliza los recursos existentes en el espacio que está a su disposición sino mediante una determinada técnica de trabajo, que es producto del desarrollo histórico, y el concurso de otros hombres, o sea, dentro de la cooperación social. De este modo, en la apreciación científica por parte del demógrafo, el volumen físico de la población de un área geográfica será grande o pequeño según los criterios adoptados para juzgarla. No es preciso decir que, en vista de la unilateralidad con que han sido establecidos estos criterios el resultado es una conceptualización demasiado ingenua. Densidades de 50, 100 ó 300 habitantes por kilómetro cuadrado significan indudablemente niveles de existencia más comfortable que las de 1 habitante por kilómetro o menos, encontradas en las selvas ecuatoriales. Pero el valor de esta comparación se limita a la constatación de un hecho que representa la realidad histórica de dos procesos paralelos observados aisladamente uno de otro, y por eso constituye una referencia exterior que puede ser completamente destituida de significado más profundo. No es lícito deducir de ahí ningún juicio o valor para índices distintos de los efectivamente observados, porque, en relación a éstos, se conoce la coyuntura a que se refieren. No debe concluirse que una densidad de 400 ó de 600 habitantes por kilómetro cuadrado en las mismas áreas que ahora tienen 300 sería desastrosa. Tal manera de pensar pecaría por ausencia de visión dialéctica, significaría ignorar el papel de las mediaciones, de los planos superpuestos a la simple ocupación geográfica, los cuales, por la acción relativamente independiente que desempeñan, constituyen factores de transformación de las condiciones existenciales con carácter científicamente imprevisible.

A este propósito, deseamos señalar todavía otro mal entendido ligado al concepto de *densidad*, que se encuentra con frecuencia en los estudios demográficos: su carácter abstracto. Siendo una simple correlación entre cantidades, la densidad es evidentemente una abstracción. Esto no es una objeción a su validez, pero indica que, fuera de algunos casos en que puede ser utilizada en esa condición, se le debe tomar en la versión concreta que se obtiene cuando se une la forma con el contenido del concepto. Se entiende por contenido la realidad de la etapa en que se halla el proceso de desarrollo de las fuerzas sociales que aseguran la sobrevivencia humana, o sea, el grado en que un grupo humano dispone de recursos para ocupar y explotar el espacio donde reside. La falta de referencia concreta a la densidad de la población, su substitución por un valor abstracto, que se presta a todas las lucubraciones lógicas, explica el empleo corriente de este concepto en doctrinas demográficas que son objeto de grandes críticas cuando se coloca la idea en

examen en su fundamento concreto. El carácter abstracto de la noción de densidad se acentúa cuando se toma en cuenta su naturaleza de valor matemático medio, que en rigor expresa una constelación de distancias entre los miembros del grupo humano. Dos valores iguales de densidad poblacional pueden significar sistemas de distribución de los hombres completamente diversos.

A los efectos del análisis demográfico es preciso distinguir los casos en que la noción de densidad admite ser aplicada en sentido abstracto, porque la naturaleza del problema así lo permite, de aquéllos en que su empleo da resultados defectuosos, justamente porque en tales casos sería necesario el concepto en su sentido concreto. Es lo que ocurre cuando se estudia, por ejemplo, la cuestión de la compensación vital, es decir el equilibrio entre mortalidad y natalidad. Las variaciones en esta compensación se expresan siempre en variaciones de la densidad de la población, pero las conclusiones que el análisis de los índices numéricos permite sacar serán diferentes según tomemos en abstracto o en concreto la idea de densidad. En el primer caso, poco nos aclara salvo la oscilación de su valor aritmético. Pero nada dice sobre la variación histórica del proceso poblacional contenido en el ámbito de aquella oscilación. Sólo cuando se expresa concretamente el valor de la densidad, es decir, como función de la distribución espacial, como distancia, el conocimiento de la compensación vital asume real utilidad, porque se convierte en dato revelador de un proceso social. Esta misma dualidad de sentidos del concepto de densidad, en correspondencia con distintas actitudes de pensamiento, explica las dificultades de la demografía corriente en establecer relaciones cuantitativas definidas entre los valores de la densidad poblacional y las tasas de fecundidad o de mortalidad. Esto es uno de los viejos debates de la ciencia demográfica, una de cuyas más constantes aspiraciones consiste en esclarecer la relación que liga la variación de la natalidad a la de la mortalidad. Sadler, en su obra *La Ley de la Población*, decía: "La prolificidad de un número igual de individuos, en tanto otras circunstancias sean similares, es mayor donde la mortalidad es mayor, y, por lo contrario, más pequeña donde la mortalidad es menor".¹ Numerosos son, sin embargo, los ejemplos que se podrían aducir en los cuales la referida ley no encuentra confirmación. Según explica Sidney H. Coontz, este principio se opone al principio general de la variación de la población con la densidad. Estas dificultades, cuando se analizan con un criterio lógico más refinado, revelan ser malentendidos derivados de un insuficiente esclarecimiento de los contenidos de las ideas y de los métodos, y de la incorrecta aplicación de los conceptos con que trabaja el espíritu del investigador.

¹ Michael Thomas Sadler, cit. por Sidney H. Coontz, en *Teorías de la Población*, pág. 36.

Todo se debe, en general, al hecho de que no se toma las ideas en su significado concreto; se procura, por ejemplo, establecer una correlación entre dos tasas, la de fecundidad y la de mortalidad, ambas flotando en pleno dominio del pensamiento formal, como ideas puras, sin tomar en cuenta que no tiene sentido hablar de fecundidad en sí, de valores o tasas de mortalidad, sin ligarlas al estado material de la sociedad a que se refieren. Sin esta objetivación, siempre indispensable, el debate se traba en el mundo de las especulaciones y por eso no adquiere límites definidos ni consigue llegar a conclusiones válidas. Para empezar, es conveniente abandonar la creencia de que sea posible establecer una relación universalmente válida entre tasas de natalidad y de mortalidad. Unas y otras son fenómenos que indican una situación humana colectiva concreta, y solamente como tales adquieren significación subjetiva. Dada una sociedad particular, con la estructura de mediaciones representada por la etapa de su desarrollo económico, por la modalidad de distribución de su fuerza de trabajo, por el régimen de distancias espaciales entre sus elementos, etc., entonces cabe procurar definir una correlación significativa entre sus tasas demográficas principales. Pero no tiene sentido intentar establecer en abstracto esta relación, o sea, desconociendo el papel de los factores reales, particulares, insubstituibles, o desinteresándose de las situaciones históricas que figuran en la correlación propuesta. Con esta afirmación no suponemos, de modo alguno, que la demografía no pueda alcanzar el rango de ciencia teórica, estableciendo verdades de carácter general, sino estamos apenas protestando contra el uso indebido de la abstracción en los casos en que su empleo indiscriminado o no analizado conduce abiertamente a resultados falaces. La demografía asciende al carácter de ciencia por el correcto uso de los métodos lógicos generales. La abstracción que puede practicar la demografía es la que se basa en el análisis de las correlaciones concretas establecidas para cada caso particular, atendiendo siempre a los factores sociales objetivos en juego.

No obstante, obsérvese muchas veces la tentativa de definir en términos generales correlaciones matemáticas y, después, procurar darles una explicación en el plano de los hechos sociales. Este modo de proceder invierte la dirección del camino lógico correcto. Cada grupo humano, regional o nacional, tiene correlaciones demográficas definidas concretamente en virtud de las mediaciones sociales a que aludimos, o sea por el régimen en que el hombre produce el más importante de sus productos, el propio hombre. La conservación de la vida por la conquista de los medios de subsistencia, por la búsqueda de condiciones siempre más favorables de trabajo y de situación social, por la lucha contra las enfermedades, es una forma de producción de la existencia en que actúan el individuo y la sociedad entera, pero siempre a través de mediaciones que objetivamente le permiten alcanzar el intento de

resistir a la muerte. Por eso, no se puede hablar de mortalidad en general a no ser si nos referimos a un *Fatum*, a una *Moira* que la razón no conseguiría jamás descifrar. Ahora bien, la actitud abstracta casi uniformemente encontrada en los análisis demográficos, tiene por efecto presentar el problema de la mortalidad, por más que se disponga de datos cuantitativos objetivos respecto a él, como si fuera un misterio, y por eso conduce a no usar con veracidad los índices correspondientes. Es que en verdad se toma en abstracto el fenómeno social, creyendo ingenuamente que la simple recogida de los números que lo miden sea por sí un procedimiento suficiente para asegurar su concreción. La verdad es que ésta sólo se obtiene examinando una situación social determinada. La posibilidad de las generalizaciones es pequeña, porque la complejidad de los datos no permite sino comparaciones limitadas.

La marcha hacia lo concreto no tiene límites prefijados. Se da el caso de que para el establecimiento de una relación demográfica basta llegar hasta determinado grado de especificación de la situación concreta, mientras para otra relación se exigirán detalles más minuciosos de los aspectos de la realidad. Este hecho constituye una de las grandes dificultades con que tiene que contar el demógrafo teórico. No existe un plano uniforme de concreción en que, por motivos *a priori*, haya de colocar los datos que va a examinar. Para cada cuestión en particular se exige un nivel de concreción suficiente para la investigación de la verdad. De ahí resulta la dificultad de los problemas demográficos y el carácter casi siempre aproximado que tienen muchas de sus soluciones. Así, si queremos precisar la correlación entre las variaciones de las tasas de fecundidad y de mortalidad de un grupo social, lo primero, después de haber asumido la correcta comprensión metodológica, es definir la estructura social del grupo en cuestión, lo que en forma práctica significa examinar los modos en que se realiza en él el trabajo colectivo. Distribuido el grupo en las diversas categorías que el análisis sociológico indica, tomaremos los valores de fecundidad y de mortalidad referentes a cada uno de los estratos sociales y procuraremos ver si a lo largo del proceso cronológico se mantienen o si varían cuando se altera el peso o la posición proporcional de cada uno de esos estratos en el conjunto total. Obtenidos estos datos, estamos en condiciones de emitir un juicio sobre la correlación buscada, pero advirtiéndolo que su validez se limita al grupo examinado.

Se nos podría objetar que de esta manera se torna imposible la ciencia demográfica, que busca naturalmente el conocimiento en forma generalizada, en ideas generales. Responderemos que la generalización se alcanzará por la consideración del conjunto de los casos particulares, estudiados de la manera indicada, y por la eventual verificación de las regularidades o por la interpretación de las irregularidades en-

330 tre ellos. Lo que en ningún momento se debe admitir es que se pierda de vista la heterogeneidad objetiva del grupo social, que determinaría empeñarse, desde el principio, en generalizaciones de base abstracta y no en conclusiones correctamente apoyadas en bases concretas. Sin duda, la demografía procura descender a los pormenores y apreciar las diferencias de estrato social cuando analiza, por ejemplo, las tasas diferenciales de fecundidad y de mortalidad en relación a la posición económica del individuo, medida por los ingresos o rentas que recibe. Este es un análisis de gran valor, del que resultan valiosas conclusiones. Desgraciadamente, estos estudios suelen llevarse, no como etapas intermedias de un método de investigación que tiene en vista la recomposición del conjunto, sino con pura finalidad analítica, no seguida del intento de recomposición sintética del todo. Además, es preciso observar que, en una fase de aceleración del proceso de desarrollo económico, como la actual, de luchas de los pueblos con esta finalidad, se verifica una intensa movilidad social, que determina la existencia de corrientes verticales, de verdadera conmoción social, de modo que, aunque puedan por algún tiempo presentar perfiles relativamente estables, esta apariencia no significa que en el seno de tales sociedades no se están trabando intensos movimientos de desplazamiento individual. Este hecho constituye otro factor de dificultad para obtener una perspectiva que diferencie los grupos interiores al conjunto en clases suficientemente definidas como para establecer en relación a cada una de ellas los valores de sus características vitales.

El cuadro aquí presentado parece acumular tantas dificultades que tal vez alguien juzgue que se torna imposible, en este caso, la construcción de la ciencia demográfica. Sin embargo, no es así, porque no pretendemos que esta ciencia sea exacta en sus formulaciones y juzgamos que su función es proceder a las generalizaciones, muchas veces de carácter aproximativo, de orden estadístico, que tienen por materia una multiplicidad de datos a los cuales es inherente la disparidad. La demografía tiene que proceder lógicamente utilizando tanto la vía sintética como la analítica, pero al mismo tiempo huyendo de los deslices que resultan del empleo unilateral de cualquiera de ellas. La generalización apresurada es el resultado de la síntesis sin el suficiente análisis; así como la excesiva preocupación analítica, sin la consecutiva recomposición sintética, lleva a la diferenciación de datos que permanecen sin correlación y no proporcionan base a las hipótesis explicativas y las ideas generales que deberían fundamentar. La densidad de una población expresa como concepto general las fluctuaciones de sus tasas de mortalidad, fecundidad y migración. Es por tanto, un valor variable fundado en valores variables. Pero estos últimos son variables en función de condiciones objetivas que se subdividen, a su vez, en aspectos múltiples, de modo que los valores referidos son de

carácter medio, tienen una gran generalidad, superior a los elementos de que se componen, y encubren multiplicidad de hechos y valores todavía más diminutos, que no se alcanzan de modo perfecto en el análisis. Por eso, se adopta un límite razonable al proceso de discriminación analítica; de lo contrario, el procedimiento científico se tornaría imposible. Si en la práctica esa actitud se impone y es inevitable, debemos no perder de vista su influencia en las evaluaciones teóricas, y no cometer el error de olvidar los fundamentos probabilistas y aproximativos en que se asientan los datos que manipulamos en las especulaciones más generales. Como una de éstas es la que se refiere a la noción de *densidad*, no deberemos utilizarla sin la debida consideración de sus límites de validez metodológica. Es exactamente lo que parece no acontecer con los especialistas que utilizan el concepto de densidad como base para formulaciones teóricas, que irán a servir después a propósitos políticos o ideológicos.

El concepto de espacio debe ser entendido en demografía con doble significado: como espacio geográfico y como espacio social. Por el primer sentido, se entiende un área de la superficie terrestre en la cual se distribuye una población humana, con la inevitable variabilidad de modos de ocupación y de distribución resultantes de la diversidad de características del ámbito espacial. Cuando observamos una región como unidad para referir a ella un conjunto de habitantes, mencionamos una extensión —por tanto, un factor cuantitativo—, que contiene, sin embargo, una diversidad cualitativa de aspectos objetivos, como disponibilidad de recursos, naturaleza del suelo, aguas utilizables, clima, accidentes geográficos favorables o desfavorables, etc. Es inevitable que usemos alguna unidad de medida espacial, para definir convencionalmente un contorno relativamente extenso y situar en él los procesos demográficos, aun reconociendo la heterogeneidad real de esa base física, pues, de lo contrario, llegaríamos a la atomización del espacio, y sobre esta base no sería posible construir ninguna explicación racional de los hechos. Por tanto, desde que empezamos a usar el concepto de *región* ya estamos practicando una abstracción, indiscutiblemente necesaria y útil, pero que no debemos desfigurar en su fisionomía real, atribuyéndole una homogeneidad de contenido que sabemos no posee. Las dimensiones de la región son variables y arbitrarias y dependen, en gran parte, de los intentos de la investigación demográfica. Es claro que la superficie terrestre ofrece delimitaciones físicas naturales, pero el demógrafo, al contrario del geógrafo, conserva finir, de acuerdo con los intereses de su estudio, lo que entiende por región a los efectos del trabajo que está realizando.

El concepto geográfico por sí solo tiene escaso interés, si no se le asocia al de *espacio social*. Porque la pura ocupación física del espacio por el hombre no establece el ámbito del cual surgen los fenó-

332 ments llamados demográficos, sino la ocupación social del territorio. La primera no interesa más que a la ecología, en cuanto estudio de las condiciones para el sustento material de la vida. Para la demografía, la noción primordial es la de la ocupación del espacio por el hombre, no como especie animal simplemente, sino como especie animal que se organiza socialmente para actuar sobre la naturaleza y extraer del espacio circundante los medios de subsistencia. De ahí que los fenómenos que ofrece en común con otros seres vivos no se reduzcan a la perspectiva meramente ecológica, ni a la de la geografía humana, sino que exigen un tratamiento cualitativamente superior, que atienda a la intervención del plano social mediatizador, y las funciones ejercidas por la conciencia de la realidad. Por eso, la demografía no se confunde con la ecología de la especie humana. Cuando analiza, aunque con instrumentos semejantes, como el cálculo estadístico, fenómenos comunes al hombre y a otros seres vivos, se sitúa en un plano cualitativamente superior, en consecuencia de lo cual la significación de los resultados que obtiene, con métodos de aplicación extensiva también a otras especies animales o vegetales, precisan ser interpretados en la esfera conceptualmente superior en que tienen lugar tales resultados. Tal esfera es precisamente lo que llamamos *espacio social*. No es sólo el área física ocupada, sino la distribución de los hombres en ella según relaciones específicas, las relaciones sociales. Este es un aspecto de la realidad privativo de la especie humana, y la diferencia se debe, según hemos señalado, a que, de todos los animales, el hombre es el único que produce su existencia incluso en el caso particular de la producción biológica. Esta producción es, por excelencia, social, colectiva.

La noción de espacio tiene un contenido inmensamente más rico y complejo en demografía que en geografía o en ecología. Incluye la trama de relaciones de producción que los hombres establecen en su afán común de extraer de la naturaleza los recursos para mantener la existencia. Si la producción de la vida es una de las formas de producción que el hombre realiza, tiene que estar, evidentemente, envuelta por el complejo general de relaciones sociales de producción, o sea, **depende de la naturaleza que éstas asuman a lo largo del proceso histórico de la comunidad.** En un caso como en el otro la característica del espacio es su divisibilidad en partes componentes. Con todo, esta característica se presenta en tonalidades diferentes según se trate del espacio físico o del social. La divisibilidad del espacio expresa la presencia en él de relaciones todo-parte, que originan una diversidad de puntos de vista según apreciemos la multiplicidad de las partes componentes a partir del todo, o viceversa, ascendiendo de los elementos hacia la totalidad. Esta diferencia se refleja en el plano de las concepciones demográficas, según reconoce un autor: "La población de un

país entero puede ser estudiada de dos modos: como los residentes de un único universo de área o como los residentes de una congerie de subuniversos, de los cuales cada subuniverso tiene una particular localización en el espacio. El primer enfoque, el *agregativo*, acentúa el todo; el segundo, el *distributivo*, acentúa las partes, más los dos son complementarios, pues cada uno responde a una clase de cuestiones que el otro no responde".¹ Este factor comprende con exactitud la diversidad de puntos de vista que la divisibilidad del espacio físico propicia. Ve la diferencia cualitativa establecida entre uno y otro modo de apreciar la realidad. Esta diferenciación es, empero, insuficiente, si sólo aprehende el espacio en el sentido geográfico o físico. Porque la misma divisibilidad tiene lugar en la consideración del espacio social, aunque evidentemente por motivos distintos. También aquí se presentan un punto de vista *agregativo*, o sea, sintético, partiendo de los elementos y elevándose a la apreciación del todo, y otro, *distributivo*, que procura dividir el todo en las partes constituyentes. La diferencia entre uno y otro modo de pensar está en que en el primer caso se trata de una división física en amplio margen arbitraria, pues si examinamos una *región*, el concepto de parte de ella, o de *subregión*, se define no por motivos absolutos, sino de acuerdo con las condiciones metodológicas del problema por resolver; mientras que en el segundo caso las divisiones son reconocidas por una conciencia que está ligada a una división, objetivamente existente, de la realidad social y la refleja. La división en partes, en este caso, no es producto de la conciencia, no deriva de procedimientos metodológicos para facilitar la solución de un problema, sino que existe como realidad objetiva, que la capacidad racional del hombre se limita a descubrir y conocer.

Cuando el demógrafo considera la sociedad dividida por ejemplo en sectores o estratos de niveles de renta diferente, y procede a analizar el comportamiento de los subgrupos que pertenecen a estos niveles, él mismo como persona está representado en uno de esos niveles y refleja en su conciencia el correspondiente condicionamiento social. Claro está que puede lógicamente superarlo, por tener conciencia de él y ser capaz de valorar y tomar en la debida cuenta su influencia; pero no consigue eliminarlo, pues se trata de una determinación existencial, de la que no le es dado a nadie eximirse cuando los fenómenos demográficos son apreciados en función de las divisiones del espacio social. La recomposición del todo, siempre fácil en la división del espacio geográfico, donde no consiste sino en una suma, se torna extremadamente difícil, porque las partes componentes del espacio social se condicionan mutuamente, de modo que los valores representados por los índices de un fenómeno demográfico relativo a una par-

¹ Donald J. Bogue, en *The Study of Population*, pág. 383.

34 cela y a una división del espacio social, están influidos por los valores de los índices relativos al mismo fenómeno, y a otros correlativos, que ocurren en otra división del espacio social. Esta es una circunstancia que complica enormemente el análisis demográfico. Ningún índice o tasa es *puro*, en el sentido de referirse biunívocamente al fenómeno que representa. Hay siempre inevitable interpenetración de los estratos, partes o factores en que se divide el espacio social y, aunque uno de ellos sea dominante, todos los demás están presentes e influyen en mayor o menor grado sobre cualquier aspecto de cualquier hecho, en virtud de los vínculos objetivos que tienen entre sí. Ningún índice expresa, por consecuencia, sólo el fenómeno al cual es atribuido, sino, como dato mediador, se refiere a la totalidad de que tal fenómeno es parte, visto desde esa parte. De ahí, la imposibilidad de establecer por vía matemática, con carácter de representación absoluta y exacta de la realidad, relaciones de funcionalidad entre valores representativos de fenómenos demográficos, relaciones que pretenden definir la esencia del proceso poblacional. En verdad, los lazos exteriores entre los fenómenos no son esenciales, sino una pura abstracción fundada en su correlación; lo que define la unidad entre los hechos es una relación interior, una conexión interna en el seno de la totalidad.

Nos parece que a este aspecto de la realidad se debe atribuir la dificultad, que varios demógrafos consideran inexplicable, de establecer relaciones sencillas y regulares entre tasas o índices de procesos demográficos. Es que al intentar establecer, por ejemplo, la relación pura, bajo forma de *ley*, entre fecundidad y mortalidad en un grupo social, están intentando correlacionar como factores aislados, como cosas en sí, hechos que, precisamente, sólo existen en cuanto dependientes uno del otro, en conexión recíproca. Lo que efectivamente consiguen por esta vía no es establecer relaciones objetivas entre fenómenos, sino relaciones subjetivas entre conceptos. Dominados por el modo de pensar formal, cambian el hecho por el nombre, se contentan con éste, y se olvidan de la realidad. La tasa de natalidad de un grupo social o de una región expresa simultánea y substancialmente la tasa de mortalidad, no por la manera como la demografía corriente se esfuerza por establecer esta correlación, es decir, por un correlacionamiento exterior de ambos hechos, sino por el establecimiento, gracias a las mediaciones reales, de su dependencia mutua. Esta situación determina que todas las tasas o índices expresen valores matemáticos medios, en los cuales se refleja la interpenetración de factores cualitativos diversos. Las diferenciaciones del espacio social se conjugan con las del espacio físico, de modo que todo índice referido a un área se compone, en verdad, de la interpenetración de los índices correspondientes a todas las subáreas en que se puede dividir la primera. Es lo que declara en cierto sentido el autor hace poco citado: "Así, hay una diversidad interna o *variación*

local en la mortalidad. Lo que parecía a primera vista ser un índice único para la nación, aparece ahora como siendo simplemente la media de los índices de las subáreas, siendo cada subárea pesada en la proporción de su participación relativa en el todo".¹ Estas notas sobre la divisibilidad del espacio, en sentido físico y social, nos conducen a tejer algunos comentarios respecto al problema de las modalidades sociales de ocupación de las áreas habitables, lo que en demografía se estudia con el nombre de *formas de asentamiento* de la población. En verdad, lo que ahí se discute es la cuestión de la distribución de los hombres en dos modalidades principales de ocupación del espacio geográfico, la urbana y la rural.

URBANIZACIÓN Y RURALIZACIÓN.

La demografía corriente ha tratado con justificado interés del problema de distribución o de asentamiento de la población en el espacio geográfico, no tanto en la expresión territorial de la cuestión, como en el sentido cultural. Dos principales modalidades de asentamiento o forma de habitación han sido reconocidas, la urbana y la rural. Prácticamente, el problema que se presenta es el de definir la densidad y la distribución de la población según los demás caracteres en esos dos diferentes ámbitos en que transcurre la vida humana. Sin embargo, dificultades de dos clases han tornado ardua la resolución de tal problema. Las primeras provienen de que las localizaciones urbanas o rurales no se distinguen sólo como formas de asentamiento en dos medios geográficos distintos, no son solamente modos de localización separados en el espacio, sino que son sobre todo formas diferenciadas de apropiación cultural del espacio por el hombre. En segundo lugar, surge otra difícil cuestión, que consiste en establecer con precisión los límites entre las áreas definidas como urbanas y las rurales.

Son éstas las dos cuestiones generales por las cuales se interesa la crítica demográfica en el tratamiento habitual de este problema. Con todo, nos parece que no sólo es posible un punto de vista nuevo, original y fecundo sobre el tema, sino también que, incluso aceptando esa manera de ver, caben ciertas aclaraciones sobre los términos en que se debate este asunto. Aceptar la naturaleza exclusivamente espacial de la división entre poblaciones agrarias y urbanas, supone que el demógrafo posea de antemano un criterio objetivo seguro para señalar las fronteras entre las dos áreas, que esté en condiciones de reconocer y definir con rigor en todos los casos reales si tal población pertenece a una región rural o a un área urbana. Este criterio no puede ser fijado *a priori*, en abstracto

¹ Donald J. Bogue, *op. cit.*, pág. 383.

336 lo que conduciría en la práctica a un círculo vicioso pues no hay razones por las cuales se deba admitir una población como rural si no está previamente definido lo que significa ser *rural*; y por otro lado, no se puede llegar a esta definición sino partiendo de la observación de una población que se suponga rural, lo que depende de la aplicación de algún criterio objetivo, al menos provisional, y mantenido a título de hipótesis de trabajo. Lo que la demografía corrientemente hace es admitir ciertas definiciones implícitas y procurar después explicitarlas por la exposición, en forma sistemática, de criterios que engloban las implicaciones inicialmente aceptadas.

Hace mucho que los autores han sentido la insuficiencia de las delimitaciones fundadas únicamente en la densidad de la población, porque la fijación del umbral que diferencia uno y otro tipo de asentamiento queda enteramente al arbitrio del demógrafo. En los censos se han adoptado criterios exclusivamente de densidad, por ejemplo, considerando urbana la población que habita en aglomerados de 2 000 o más habitantes. Si este criterio es utilizado en algunos países, como la Argentina, México, Guatemala, otros aceptan para el mismo fin números menores, como Colombia, donde se considera urbana la aglomeración de más de 1 500 moradores. Se ve que el criterio de densidad territorial es insuficiente y no corresponde a ningún principio lógico objetivo. Esta conclusión ha sido también reconocida por la mayoría de los demógrafos, que juzgan imprescindible sumar a la densidad mínima otros datos, para obtener la delimitación del concepto de urbanidad. Así, se exigiría la existencia, en el área a que se pretenda dar el calificativo de urbana, de ciertos servicios públicos, como iluminación eléctrica, agua corriente, alcantarillados, calles pavimentadas, servicios de utilidad social, como hospitales, correos, bancos, etc. Esta es la modalidad adoptada por países como Panamá, Cuba y otros. Es igualmente la recomendada por calificados demógrafos. A este criterio efectivamente se refiere Juan C. Elizaga, cuando, después de reconocer que "el concepto censal de población urbana carece de la uniformidad deseable para fines de comparaciones internacionales", declara que "desde un doble punto de vista geográfico y sociológico se pueden señalar dos criterios para distinguir lo urbano de lo rural, tanto en lo referente al territorio como a la población que lo ocupa: la densidad y la función".¹

Los autores en general indican claramente la insuficiencia de exclusivos límites de densidad habitacional para servir de frontera divisoria entre las formas de ocupación rural y urbana del espacio geográfico. Significa, por tanto, que reconocen como necesaria la complementación del criterio del número, lo que sólo puede hacerse introduciendo lo que

¹ Juan C. Elizaga, *Formas de asentamiento de la población en la América Latina*, CELADE, Serie A, N° 2, Santiago, 1963, págs. 5, 6.

hemos llamado criterios culturales. En efecto, varios autores, incluso el recién citado, entienden por *criterios funcionales y urbanísticos complementarios* lo que en verdad son rasgos de la *facies* cultural del conglomerado humano. Como criterios complementarios de la densidad se proponen, sin comprender debidamente su significado cultural la mayoría de las veces, dos órdenes de factores: los que se refieren a las modalidades de trabajo, o sea, los que expresan la importancia relativa de la parte de la población económicamente activa dedicada a actividades agrícolas, y los que se refieren a las *características urbanísticas*, tales como trazado de calles, proximidad de las residencias, tipo de vivienda, materiales de construcción empleados, servicios públicos, etc. Parécenos importante reconocer que estas dos especies de características pertenecen, en verdad, a un sólo concepto, son dos caras de la misma realidad: la etapa del desarrollo cultural en que se encuentra una comunidad humana. Esta noción engloba los dos tipos de características citadas porque representa objetivamente la totalidad social, que funda la relación de funcionalidad entre el modo dominante, rural o urbano, del trabajo de la población y los productos materiales y las instalaciones para su comodidad de que dispone, que ha sido capaz de crear para su uso. Una cosa y otra están ligadas por una relación interna que solamente se revela a quien sea capaz de aprehenderlas por medio de la noción dialéctica de totalidad social en proceso de transformación. Si un poblado de 1.500 ó 2.000 habitantes no dispone de calles pavimentadas o de un edificio escolar condigno y si la población se ocupa predominantemente en tareas primarias o en faenas agrícolas, esos dos órdenes de hechos no se yuxtaponen ni se trata sólo de datos simultáneos paralelos, correlacionados por su ocurrencia en común, sino que representan aspectos interiormente relacionados de una sola realidad, la etapa del desarrollo cultural de la comunidad.

Solamente un concepto dialéctico, y no estático, por vincular en una relación de funcionalidad recíproca todos los aspectos de la realidad, sirve en demografía de punto de partida para el examen del tema de la ruralización y de la urbanización. La actitud habitual, carente de categorías lógicas adecuadas, se limita a buscar *criterios complementarios*, o sea, a yuxtaponer mecánicamente varios criterios, creyendo que procediendo así llegará a circunscribir mejor el problema que desea resolver. No se advierte, sin embargo, que por ese camino el número de rasgos objetivos que se adopte será siempre impreciso, y en principio infinito. Además la mera colección de criterios no permite llegar hasta la esencia del objeto o del problema que se desea conocer. Por eso aunque fueran correctos en la práctica, los varios criterios yuxtapuestos que se han sugerido no ayudan a encaminar el pensamiento para llegar a la debida interpretación teórica, antes bien actúan como ideas perturbadoras, impidiendo formular convenientemente el problema desde el principio. En

338 todo caso, el criterio más amplio de colección de aspectos significativos se muestra superior a formulaciones incomprensiblemente simplistas, como las que nos ofrece el Diccionario de las Naciones Unidas, que se limita a declarar: "En Demografía se suele emplear la expresión *municipio rural* para designar aquellos municipios cuyo núcleo principal no alcanza un determinado número de habitantes, generalmente 2000. Los restantes municipios se suelen llamar *municipios urbanos*. Se llama *población rural* de un territorio la población total del conjunto de sus municipios rurales; y *población urbana* la población total de todos los municipios urbanos".¹

La deficiencia de esta demarcación es patente, toda vez que reduce a una determinación cuantitativa lo que por esencia es un rasgo cualitativo del proceso social. Por eso, los demógrafos que procuran completar el criterio de mera densidad con las características culturales proceden correctamente. Sólo desde un punto de vista lógico, en lo que se refiere a la posibilidad de interpretación y justificación de los criterios que utilizan, sería de desear que avanzaran más, superando la etapa de la simple utilización de un conjunto de características objetivas de la realidad de una población, para descubrir la razón de ser de los rasgos de que se valen. El concepto de cultura, ofrece una primera aproximación a la comprensión del problema, y por eso sería un innegable progreso el que se le adoptara generalmente. Con todo, su valor está sujeto a un doble condicionamiento: el de ser entendido de manera no formal, y el de ser profundizado hasta sus raíces existenciales según explicaremos en seguida. La condición de vida rural, materializada en el trabajo predominantemente agrícola, en su modalidad primaria, está ligada a la baja densidad por una relación interna, que se explica por el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas. La comunidad pobre no tiene medios para explotar científicamente el suelo y, además, en la mayoría de los países latinoamericanos, está sometida a un régimen social que importa, en razón del régimen de la propiedad, formas de explotación de la tierra que conservan el estancamiento cultural y dificultan las transformaciones sociales. El régimen de propiedad de la tierra es un factor fundamental para comprender la dinámica de la distribución de la población. Las grandes masas agrícolas, que trabajan en tierras que no les pertenecen, y ceden su trabajo en condiciones de explotación, en numerosos casos, inhumanas, no pueden constituir un factor creador y propulsor, sino que están obligadas a adoptar formas de vida vegetativa. Como existen casi siempre áreas disponibles deshabitadas, la multiplicación natural de los individuos no aumenta la densidad, pues el nivel poblacional de un área, desde que pasa de cierta altura, determina que el aumento de gente se desparrama con facilidad

¹ Naciones Unidas, *Diccionario Demográfico Plurilingüe*, pág. 22.

sobre las tierras incultas vecinas, y el resultado es que puede aumentar el área general ocupada sin que por eso se altere substancialmente la densidad por unidad de superficie. Como los migrantes o excedentes van a ocupar tierras nuevas en condiciones iguales a veces aún más primitivas, que las de los núcleos de donde han partido, no se produce el efecto de presión demográfica que conduciría a la rápida urbanización.

El cuadro cultural permanecería, por tanto, sensiblemente inalterado si sólo estuviera en acción este mecanismo de crecimiento vegetativo y no incidieran otras causas que vienen a modificarlo, produciendo el fenómeno, ahora generalmente observado, de la expansión de las áreas urbanas. Las transformaciones ocurridas en la economía del país, principalmente en sus mayores conglomerados urbanos, constituyen el agente que rompe el complejo rural y produce rápidas alteraciones de la estructura del asentamiento de la población, con la migración intensiva de la gente del campo hacia la ciudad. Cuatro rasgos caracterizan la distribución geográfica de las poblaciones en la mayoría de los países latinoamericanos:

- a) el predominio de la población rural sobre la urbana;
- b) la rápida urbanización;
- c) la concentración de la población urbana en los núcleos de mayor tamaño;
- d) la baja densidad de la población rural.¹

A nuestro juicio, para entender estos fenómenos no basta la lógica formalista, que desmembra el hecho social global en sus aspectos o componentes, y después se revela incapaz de ofrecer una visión integrada de los mismos. Solamente el procedimiento dialéctico supera este defecto, porque se fundamenta en la categoría de totalidad. Lo importante es percibir que tales aspectos no representan rasgos aislados, sino una única realidad social en proceso de transformación. Manifiestan una etapa de ese proceso, y para ser entendidos necesitan interpretar el todo partiendo de la consideración de la ley interna que preside su desarrollo histórico.

Hemos dicho que una población rural, con alta tasa de natalidad, por poco que consiga reducir la tasa de mortalidad, exhibe un aumento de densidad, que, por sí solo, no conduce a alteraciones estructurales significativas, especialmente a la pequeña urbanización, porque el aumento de densidad se descarga en la ocupación de áreas baldías, no contribuyendo a la transformación efectiva del contexto social original. Pero se da el hecho de que esa área pertenece a una totalidad mayor, en la cual figuran centros urbanos con poblaciones cualitativamente diferentes de las primeras, en lo que concierne a las características culturales, especialmente a la forma de ocupación. El trabajo que se

¹ Juan C. Elizaga, *op. cit.*, pág. 11.

340 ejecuta en los centros mayores exige, por necesidad interna de desarrollo, el paso a formas de producción más adelantadas, en particular a formas de producción industrial, las cuales imponen exigencias de mayor volumen de mano de obra y su progresiva calificación. Estas exigencias tienen que ser satisfechas por la transferencia cualitativa de fuerza de trabajo del campo a la ciudad, y la simultánea presión en el sentido de la mejoría cualitativa de las condiciones culturales, y estos hechos determinan la transformación de la estructura del trabajo rural, creando en las masas que permanecen ligadas al trabajo agrario exigencias materiales y subjetivas que engendran rápidos cambios culturales. La percepción de la totalidad nos permite comprender los hechos contradictorios indicados: el predominio de la población rural con baja densidad y la intensiva urbanización con acentuada concentración.

En un país de bajo nivel de desarrollo, con masas ocupadas principalmente en la agricultura elemental, sólo puede tener lugar un proceso de lenta condensación en diminutos centros, que tienden a la configuración urbana, en un proceso contradictorio, en virtud del cual los aumentos de las áreas rurales se transfieren a nuevas áreas rurales, y pocos son los elementos que, en un movimiento centrípeto, tienden a la formación de aglomerados ciudadanos. En tales condiciones, el movimiento centrífugo es por lo general predominante, y de este modo la ocupación territorial crece más rápidamente que el florecimiento de comunidades que merezcan el nombre de ciudades. Estas permanecen pequeñas, y no encuentran estímulos ni recursos en las áreas circunvecinas para un rápido desarrollo cultural, como ejes de la vida campesina, en la situación de focos donde se ubican los centros administrativos, los parques servicios públicos, los mercados locales, las modestas tiendas, etc. Es la etapa en que la ciudad es un complementó del campo. Se comprende que sean numerosas, pero insignificantes. Las condiciones de la población y la producción agraria, determinan la situación de tales núcleos incipientes en los lugares más propicios, en las zonas de mayor facilidad de transporte, y dictan la ley de su crecimiento. Este es siempre reducido y lento, porque no existe todavía nítidamente configurada la línea divisoria entre la *urbs* y el *rus*. La ciudad pequeña es un apéndice, una secreción del campo, y sus habitantes no se distinguen, en esta etapa inicial, por características cualitativamente originales de las masas agrícolas. En verdad, son, culturalmente, campesinos ocupados en servicios apenas diferenciados, pero destinados a servir a los demás campesinos, y por eso sin rasgos existenciales que diferencien el campesino que permanece en el campo del empleado en el poblado o en la villa. Culturalmente, los límites entre los dos tipos humanos son de difícil o imposible demarcación.

Este complejo ciudad-campo, sin embargo, no puede ser tratado en abstracto. En la realidad concreta, es siempre elemento de un todo

más amplio, de una totalidad nacional, donde, por motivos que provienen de etapas anteriores de su proceso, se configuran áreas urbanas más densas y con un proceso cultural más avanzado. Cuando abarcamos la totalidad mayor en la dinámica de las interrelaciones complejas trabadas en ella, percibimos que la etapa inicial del asentamiento poblacional referida, tiende a desaparecer en virtud de la inclusión, cada vez más absorbente, de la pareja "ciudad pequeña-área rural circunvecina" en la dinámica del proceso general del país. Al alcanzar esta nueva etapa, surgen fenómenos originales, como la sensible migración de las masas campesinas hacia los centros urbanos, que se refleja en la estructura del complejo rural en variadas ocurrencias: encarecimiento de la mano de obra, antes de precio vil; la relativa contención del proceso de dispersión de la población, que empieza ahora a presentar un movimiento de retorno a las pequeñas ciudades locales; y la transformación de éstas, dejando de ser apéndices del campo, para comportarse, en la reducida escala de su importancia económica y demográfica, en relación a las áreas próximas, como se comportan los verdaderos grandes centros del país en relación a la totalidad de éste. En esta etapa, las pequeñas ciudades o villas, que antes vegetaban en el atraso y en el abandono, empiezan a desarrollarse, a crear oportunidades de trabajo en actividades secundarias, y hasta terciarias; y, por este efecto reflejo, la pequeña ciudad, que antes era parte integrante del complejo rural, empieza a destacarse de él y a actuar sobre el mismo como factor de ruptura de la condición agraria ancestral.

La distinción cultural entre la ciudad y el campo se acentúa, lo que se advierte en la esfera subjetiva, por la división entre las áreas conservadoras de valores, creencias e ideas tradicionales, y otras, donde rápidamente se difunden los patrones culturales de los centros asentados, sus estilos de vida, gustos, modas, actitudes de señalarse, de superar las formas culturales antiguas, que todavía perduran en el contorno rural. Por otra parte, en el terreno económico empieza a engendrarse un circuito productivo en virtud del cual las áreas próximas a las ciudades, aun las pequeñas, se tornan proveedoras de los bienes agrarios que éstas necesitan, al mismo tiempo que, por la acumulación de productos acabados en las tiendas comerciales de la ciudad, pasan a interesarse en consumir tales artículos, yendo a buscarlos en la localidad. Con eso, cambia de calidad la relación de recíproco suministro de mercancías, antes existente. Aunque en escala limitada, en el límite de esta segunda etapa, el campo pasa a ser suministrador de bienes ahora comercializados y pagados en moneda, al mismo tiempo que se vuelve consumidor de productos antes desconocidos y de aquí en adelante exigidos como imprescindibles. Para obtenerlos, tiene que ingresar en el ámbito monetario, aparecen las operaciones de crédito, lo que significa la fractura, al menos en principio, de las antiguas formas de

342 servidumbre, en las cuales el propietario de la tierra retribuía en especie —por la concesión de los derechos de *media* o *tercera parte*, o mediante ficciones monetarias como el *vale de almacén*—, el trabajo del campesino. De este modo la ciudad pequeña crece a ritmo acelerado, en función del proceso global del país.

De este breve análisis se deduce que no se puede tratar los conceptos de *ciudad* y de *campo* como realidades estáticas, sino que solamente adquieren sentido en la perspectiva de su posición histórica. Ciudad y campo son momentos de un desarrollo cultural específico de la realidad humana. Su naturaleza histórica es el rasgo peculiar por el cual tienen que ser considerados, lo que se comprueba por la variación sufrida por los conglomerados urbanos en sus funciones a lo largo de las diversas etapas del proceso cultural. La demografía no debe despreciar esta concepción dialéctica y restringirse a los análisis que toman como exclusivo material de estudio y reflexión las situaciones corrientes en nuestro tiempo. Al decir que la distinción entre la ciudad y el campo es variable históricamente, está implícito que es igualmente variable en el espacio actualmente ocupado por los hombres, pues sabemos que una de las características de la desigualdad en el proceso del desarrollo global de la humanidad es la presencia simultánea de etapas y *facies* culturales correspondientes a momentos diversos del proceso general. Esto significa que no es lícito hablar de *ciudad* o de *área rural* con idéntico sentido cuando comparamos dos países en etapas de desarrollo diferentes, o dos regiones desigualmente desarrolladas de un mismo país. Si procediéramos así, *ciudad* y *campo* pasarían a ser simples abstracciones, conceptos vacíos, privados de un contenido histórico concreto, e invirtiendo de su desvinculación del proceso a que pertenecen las cosas reales a que se refieren. Esta es, desdichadamente, una actitud lógica, casi general en los trabajos demográficos que se ocupan del tema. La falta de pensamiento dialéctico conduce al desconocimiento o al abandono, del contenido concreto a que hacen referencia los conceptos formales, al tratamiento de éstos como si fueran las mismas realidades que tienen por función representar, y por las cuales se interesa el hombre de ciencia. Tal distorsión es casi siempre el resultado de la aceptación de ciertas concepciones positivistas y del cultivo de una mentalidad semántica. Como consecuencia de este inconveniente tratamiento epistemológico, el científico se contenta con generalidades, con abstracciones desligadas del punto de partida empírico, y deja de percibir lo efectivo y concreto de los objetos que idealmente representa en conceptos.

La *ciudad*, genéricamente hablando, significa un término general, representando un contenido de realidad que varía de una época a otra, de un lugar a otro, en razón de procesos históricos objetivos que la engloban y le dan a cada momento una significación particular, válida

para tal momento y derivada de la función específica que desempeña en cada caso histórico en la trama del proceso social. Esta reflexión teórica no nos dejará caer en la ingenuidad de ignorar las diferencias de contenido que se esconden bajo las apariencias de uniformidades cuantitativas o de similitudes funcionales superficiales. Cuando el demógrafo estudia, para establecer los índices de la dinámica de las poblaciones, dos ciudades de 5000 habitantes, por ejemplo, pertenecientes a países distintos, o aún de un solo país, pero de regiones diversas, no debe dejar de reflexionar en que la semejanza revelada por la igualdad cuantitativa sólo permite limitadas conclusiones de carácter concreto, pues lo esencial, aquello sobre lo que deberá fundarse el correcto análisis comparativo, se encuentra en el dominio de la cualidad de las relaciones del objeto dentro de la totalidad; en este caso, las relaciones de las ciudades en cuestión con el medio nacional donde se teje la trama de las conexiones económicas, culturales, existenciales, de sus habitantes. El concepto de ciudad, como el de campo, se refiere siempre a un complejo cultural de contenido en constante movilidad. Ciudades de equivalente número de habitantes, pueden mostrar tendencias demográficas por completo diferentes, en virtud de la distinta significación que poseen en el contorno histórico global a que pertenecen, o sea, por el papel económico que desempeñan, por la posibilidad de irradiar con mayor eficiencia sus influencias culturales por el modo como asocian rurales, contiguas, etc.

En particular, esta exigencia del pensamiento concreto se manifiesta en la delimitación entre ciudad y campo. A este propósito el pensamiento formal se muestra incompetente, porque, supone contra la verdad, la existencia de fronteras nítidas entre las dos formas de asentamiento poblacional. Críticamente, ciudad y campo son modalidades de la realidad existencial objetiva, opuestas por muchos aspectos e idénticas por muchos otros. La pregunta por la línea divisoria entre ellas sólo tiene significado relativo y sólo admite ser contestada en función de la perspectiva en la que se coloca el intérprete del problema. No sólo en el espacio geográfico se tornan imprecisos los contornos entre las áreas rurales y las urbanas, sino igualmente en el espacio cultural. Esta imprecisión, que lleva a los demógrafos a buscar múltiples criterios para delimitar mejor los dos conceptos, es reveladora de que posiblemente falte enfocar el problema por uno de sus aspectos esenciales. Hemos visto que la distinción por valores cuantitativos, que representan clases de densidad, conduce a una división burda, primaria, de difícil práctica y escasa utilidad. Se le añaden explicativos de la realidad social y cultural, que, sin duda, mejoran la formulación del asunto y permiten una clasificación más cuidadosa. Pero nos parece todavía insuficiente, según se verifica por las reflexiones anteriores que muestran no ser fácil la discriminación, por criterios metodológicos, de casos manifesta-

344 mente distintos. A nuestro juicio, el plano histórico-cultural, a pesar del progreso que aporta, no llega todavía a la substancia de la cuestión. El plano fundamental, sobre el cual deben asentarse todas las formulaciones conceptuales a este respecto es, según creemos, de orden existencial.

La ciudad y el campo son, ante todo, modos de existir del hombre. Deseamos establecer estos conceptos como fundamento de nuestra concepción y como sugerencia para los estudiosos. De ellos debemos partir para entender la esencia del tema en debate. La ciudad y el campo no son sólo diferenciaciones geográficas, que se extienden en todo un complejo de relaciones económicas y culturales; son, ante todo, formas de relación del hombre con el mundo, modos de apropiación del mundo por el hombre, y definen variantes de la naturaleza humana que se expresan en los diversos comportamientos del individuo, entre ellos los demográficos. El hombre sólo existe como ser en situación, en el espacio y en el tiempo. Estos, sin embargo, según hemos señalado repetidamente, no constituyen recipientes pasivos, estáticos, indiferentes, en los cuales el hombre simplemente se aloja. La esencia del hombre se crea como proceso de formación de relaciones sociales entre individuos que se tocan en el espacio y coexisten en el tiempo, en el esfuerzo común por conservarse vivos, mediante la creación de los recursos que el mundo exterior les ofrece. La relación del hombre con el mundo no es una categoría filosófica abstracta, por la cual se interpreta la realidad del ser humano, sino una trama concreta de acciones materiales del hombre sobre la naturaleza física, posibilitada por la congregación social de esfuerzos, de modo que la capacidad de transformación del mundo, en que precisamente el trabajo consiste, se torna la función definidora del ser del hombre. Ahora bien, tal transformación está vinculada al tipo del ambiente en que el hombre se encuentra situado. Y de ahí resulta que, por el trabajo, o sea, por las formas de apropiación de los recursos del mundo exterior, el hombre va configurando el tipo de existencia en que transcurrirá su vida. Se forma un *estilo de vida*, que no es sólo un conjunto de ideas, valores, hábitos, creencias, confección de objetos, producción de bienes vitales y suntuarios, y demás aspectos ideológicos, económicos y culturales, sino que representa en cada caso una modalidad de realización del ser del hombre, que tiene en estas exteriorizaciones subjetivas y objetivas su expresión perceptible.

Partiendo del contacto bruto, simplemente animal, con la naturaleza, el hombre, por el desarrollo de las técnicas de apropiación, y después por la producción consciente de los medios de subsistencia, en forma colectiva, va constituyendo el mundo en que pasa a existir. Donde inicialmente no había sino espacio y naturaleza, con los dones que ofrecen inmediatamente, empieza a aparecer, gracias al trabajo social del hombre, la configuración voluntaria de la realidad, en forma de productos de

invención y confección humana, que diferencian las etapas culturales subsiguientes. Si el hombre es personal y hereditariamente un producto del hombre, esta particular producción es mediatizada por la producción de bienes extraídos de la naturaleza, por la acción consciente del trabajo. De este modo, entre el hombre y el hombre, sea en el curso de una existencia individual, sea en el curso de la evolución de la especie, se interpone el trabajo como la mediación fundamental. Es natural que los varios grupos humanos, al dispersarse por el espacio, tengan que conformarse a las condiciones y recursos naturales del medio, pero igualmente por el desenvolvimiento de la inteligencia creadora se cian en variantes dotadas de originalidad.

Empieza, entonces, la fase de creación cultural superior. Son in-números los productos que la caracterizan, pero dos aparecen como los más representativos: los instrumentos de trabajo y la casa. Estos productos, que deben atender a la necesidad existencial primordial de apropiación del mundo por el hombre, están en la raíz de la futura distinción histórico-cultural y demográfica, entre la ciudad y el campo. Porque, al apropiarse del mundo, al desarrollar en el espacio geográfico las fuerzas productivas capaces de asegurarle la subsistencia, la progresiva comodidad y el florecimiento de su capacidad espiritual, el hombre se ve forzado a crear instrumentos de operación sobre la naturaleza física. La evolución de éstos, en el constante perfeccionamiento técnico, conduce a diferenciaciones en las formas de trabajo y en las relaciones sociales entre los individuos, que contienen en principio la futura bifurcación entre la vida urbana, en la cual se irán a concentrar ciertas modalidades de trabajo, y la rural, donde, por necesidad, el grupo humano se especializará en otras. Nos parece una concepción ingenua y subjetivista creer que un día los hombres empezaran, sin razones materiales imperiosas, a separarse unos de los otros, prefiriendo aquéllos continuar en las faenas del pastoreo, de la caza, la pesca o la recolección de alimentos, las únicas hasta entonces existentes, sin residencia fija, y éstos ocupar ciertos sitios favorables, instalando en ellos tipos de moradas antes desconocidas, y practicando trabajos agrícolas y artesanales, y transacciones que los hicieran diferenciarse en población urbana. Esta es una pintura irreal. La verdad es que la evolución de algunas de las técnicas productivas fue eliminando la necesidad de practicarlas en común con las demás, ligadas a la provisión de recursos alimenticios, y así se formó el grupo social que podía concentrarse en espacios restringidos, donde mejor se organizaba su forma particular de trabajo.

La centralización de ciertas actividades, impuesta por la obligación de obtener mejor rendimiento de la producción, está en el origen de las aglomeraciones humanas, que más tarde, por evolución propia, se convierten en áreas urbanas, diferenciadas de las rurales. Es conve-

niente anotar que uno de los modos de actividad que, desde el principio, se condensa en núcleos bien definidos en el espacio, es la actividad administrativa, como consecuencia de la formación del poder social dirigente, que asumirá más tarde el tipo de organización estatal. Anteriormente, cuando la sociedad no había llegado todavía a la institucionalización centralizada del poder, éste existía difuso en el seno de toda la aglomeración humana, de los clanes o tribus. Pero la complicación de la producción social impone la disciplina de las relaciones entre los hombres y la aparición de un centro de fuerza reguladora. Este, a medida que aumenta, se condensa y fortalece, y se convierte en uno de los motivos determinantes de la agrupación urbana. Lo importante de esta concepción, es comprender que la ciudad es una secreción de la existencia humana, determinada por la necesidad de organizar en condiciones más fecundas el trabajo productivo de toda la comunidad.

Al lado del desarrollo de las técnicas, de los instrumentos de trabajo y de los modos de producción, actúa en el mismo sentido de diversificar la vida humana en las modalidades urbana y rural, la construcción de la casa o residencia. Al construir su imprescindible abrigo, el hombre se acomoda a las condiciones del medio en lo que se refiere al empleo de los materiales, a detalles de adaptación, al tamaño y división del espacio cubierto, de que resultan en gran parte los estilos de arquitectura en todas las fases culturales; y el propio medio le hace fijar las distancias entre las viviendas, la dispersión de ellas en el espacio y la ubicación, aprovechando los sitios más favorables. Así, germina la diferenciación rural-urbana. Mientras para ciertos individuos y sus respectivas familias la casa ha de elevarse en medio del campo, de donde sacan los recursos para mantenerse, estando aislada en el espacio productivo, para otros, en virtud de la forma de trabajo que practican y a haberse independizado relativamente del suelo, puede estar situada fuera del espacio inmediatamente productivo, aunque conservando la conveniente proximidad a él, porque los bienes resultantes del trabajo son, ahora de tal especie que permiten ser transportados con facilidad, manipulados y consumidos dondequiera que sea. Como consecuencia de este cambio en el modo de producción, se introduce, como factor nuevo, la independencia de la casa en relación al suelo, lo que va a permitir su agrupación y que surja la ciudad. Esta sólo empieza a existir como tal cuando la casa se independiza del suelo. Por eso las *tabas*, los asentamientos gregarios de los primitivos y hasta las aldeas de las etapas iniciales de la civilización, aunque formando un conjunto de residencias, no poseen la esencia diferencial de la ciudad, pues constituyen minúsculos núcleos de agregación, pero no demuestran suficiente independencia frente al área productiva. La nucleación residencial en esta fase es todavía un aspecto de la existencia agraria, sin autonomía.

La ciudad supone, por tanto, un proceso evolutivo de desarrollo de los modos de producción, gracias al cual una parte de la población se libera, en cuanto a su morada, de una relación directa con el espacio de donde saca los medios de subsistencia y de trabajo, para dedicarse a otras actividades. La independencia adquirida por la casa permite a los individuos que no permanecen vinculados a la producción agraria, instalarla en común en los lugares que ofrezcan más evidentes ventajas. Surge así la ciudad como forma superior de agrupamiento humano, en virtud del proceso de transformación en las técnicas de apropiación del mundo, con el correlativo reflejo cultural. La creación de la ciudad bifurca el proceso histórico, escindiendo en dos especies las modalidades de vida de los hombres en su esfuerzo por subsistir. La dualidad entre campo y ciudad no resulta de simple diferenciación ecológica; tiene que ser entendida como expresión existencial. Efectivamente, como resultado de la especialización en las formas de apropiación del mundo, se engendran los correspondientes modos objetivos de ser del hombre, expresados en la trama de las relaciones sociales, y en el mundo de la subjetividad, individual y colectiva, que de ellas se deriva, así como en las actividades creadoras. El vivir en el campo creará un tipo de hombre apegado al suelo y conservador, en principio, del mundo de ideas, valores y representaciones en que está inmerso. Su movilidad física queda limitada por la natural inserción en el espacio de que se apropió, el cual, por efecto inverso, puede decirse que se apropió de él. La relativa inercia e impermeabilidad que tradicionalmente caracterizan el espíritu rural, se explican como un comportamiento subjetivo y como un modo de ser correlativos de una forma de vida que ayudan a conservarla, protegiéndola, por la resistencia al cambio, de influencias transformadoras, y en ningún caso deben ser interpretadas como una inferioridad o deformación de formas superiores. Si el ciudadano tiene un comportamiento diverso, se debe a que son distintas las raíces de su condición existencial, y no a una supuesta superioridad. Son modos de ser que se encuadran en el curso de un proceso histórico que diferencia modalidades culturales de existencia en función de causas objetivas.

La dicotomía entre el campo y la ciudad, por ser de orden existencial, repercute decisivamente en el campo demográfico. La actitud de los dos tipos de individuos, relativa a la fecundidad y la nupcialidad, por ejemplo, será diferente, y los respectivos rasgos demográficos serán incorporados a los dos modos de ser. Los esfuerzos de los demógrafos por fijar estadísticamente tales comportamientos, tropiezan con un obstáculo fundamental, que nos parece no ha sido suficientemente meditado. Juzgamos que la demografía oficial, especialmente cuando se trata de ejecutar un censo, concibe con frecuencia su trabajo según un esquema demasiado simplista, llegando en algunos casos a lo inve-

rosímil. Se mira el problema como si consistiese en determinar, en primer lugar, el volumen global de la población urbana y de la rural de determinado país y, luego, especificar sus características demográficas, los índices de su oscilación. Esta manera de presentarlo peca por su abstracción y falta de correspondencia con los hechos, debido a una incompreensión teórica que, si no estamos equivocados, consiste en ignorar la imposibilidad, no sólo práctica, sino teórica, de fijar las líneas entre las modalidades de asentamiento poblacional urbano y rural. Los demógrafos profesionales reconocen que el problema ofrece grandes dificultades, pero las conciben sólo como de índole práctica, creyendo que se superarán con la mejor ejecución de los censos, la mayor precisión de los cálculos y, sobre todo, con una distinción más correcta de los conceptos de ciudad y campo. De ahí que, muy loablemente, los especialistas se esfuercen en la búsqueda de estos criterios y en la mejoría de las prácticas censales. Ahora bien, desde el punto de vista que intentamos expresar, el problema aparece más complejo, y hasta imposible, en principio, de una exacta resolución. Para la demografía corriente, se trata de separar en el espacio los dos tipos de población. Nos parece, con todo, que esto es impracticable según los criterios habituales, porque los que deben servir para la diferenciación, concebidos de esta manera, se muestran únicamente necesarios, pero no suficientes. No bastan los caracteres distintivos corrientes, porque no se trata sólo de dos localizaciones aparte en el espacio, sino de dos modos de ser del hombre, que representan etapas diferenciadas de un mismo proceso cultural y, después, de la civilización. La ciudad y el campo no forman un continuo de difícil deslinde, sino un entrelazamiento de modos de ser de los individuos que se encuentran agrupados en la misma área espacial, urbana o rural. La ciudad, lejos de constituir un *status* social puro, contiene dentro de sí el campo, en razón de las mil modalidades como absorbe las masas agrarias, y hasta exige la presencia en su ámbito de individuos que existencialmente representan el modo de ser campesino. La familia rica de la ciudad, a cuyo servicio están dos o tres empleados domésticos recién emigrados del campo, tiene el campo en su propio seno, y no constituye, pues, una unidad urbana pura. En los países de intensa movilidad migratoria, la entrada de considerables contingentes de población campesina en los quehaceres y servicios urbanos, particulares o públicos, imposibilita un uso inequívoco de las categorías *urbano* y *rural* en los análisis sociológicos y demográficos, porque la interpenetración de los dos estratos es tan íntima, que sería preciso descender a la determinación de las características personales, para, y todavía así aproximadamente, conseguir el cómputo de los elementos pertenecientes a un modo de ser y al otro.

Desde el punto de vista demográfico, estas consideraciones poseen, al parecer, indudable valor práctico, permitiendo comprender las limi-

taciones e imperfecciones de los análisis intentados por una ciencia que descuide tomar en cuenta estos aspectos existenciales. Supongamos que fuera posible trazar con absoluta precisión el contorno de una zona urbana, y que se procediese al censo de sus habitantes. Estos, por definición, serían todos habitantes *de la ciudad*, y, por ende, sus índices demográficos deberían ser entendidos como la expresión de la realidad de la vida urbana. Sin embargo, este modo de pensar, se revela enteramente falso a la luz de las reflexiones anteriormente expuestas. Aun aceptando la hipótesis de la perfecta demarcación del área espacial, en virtud de las corrientes migratorias internas, especialmente intensas en los países en fase inicial de desarrollo, tenemos que admitir que gran parte de los habitantes *de la ciudad* son, en verdad, individuos que existencialmente representan el modo de ser rural, trabajadores que simplemente han cambiado de lugar, sin sufrir todavía por ello el inevitable, siempre largo y no siempre completo, proceso de conversión a la modalidad existencial de vida urbana. Sus hábitos, valores e ideas, y sus comportamientos —entre ellos, los que interesan a la demografía— continúan siendo rigurosamente rurales y, por eso, al contarlos numéricamente entre los ciudadanos, se incurre en un error científico evidente, pues se los incluye en un concepto que les es inadecuado. Son individuos que están *en la ciudad*, pero no son *de la ciudad*.

Como esta diferenciación se refleja decisivamente en el comportamiento de esos migrantes respecto a la procreación, a la edad de su casamiento y a las modalidades de formación del grupo familiar, y tiene decisiva influencia, por fuerza de los hábitos contraídos, sobre la morbilidad y la mortalidad, la distinción establecida no significa mera sutileza verbal, sino un sistema de comportamientos que presenta, al lado de la diferencia interior, una unidad global exterior, por constituir modos de ser de la existencia humana. El campo está en la ciudad, lo que torna, en gran parte, ficticias o convencionales las demarcaciones intentadas. La participación de los inmigrantes, a veces en proporción considerable, en la vida urbana, imprime a ésta un carácter mixto, que hace imprecisas las relaciones y distinciones cualitativas trazadas por los investigadores y falsea en principio sus resultados. El lado positivo de esta verificación es el reconocimiento de la imposibilidad de fijar un tipo *puro* de comportamiento demográfico urbano, y la admisión de que bajo el nombre de *ciudad* lo que se debe entender demográficamente es una fusión de capas o estratos poblacionales representativos, cada cual de modalidades existenciales diversas, desde el tipo rural puro, recién incorporado al medio ciudadano, hasta el tipo urbano puro, resultante de largo proceso de decantación.

Esta concepción explica la imposibilidad de las comparaciones y la ausencia de uniformidad entre conglomerados urbanos cuantitativamente semejantes. Núcleos urbanos cuantitativamente equivalentes ma-

nifiestan características internas diferenciales, con intensidad tanto mayor cuanto más voluminosas son, pues el aumento total de la población va acompañado, por lo menos hasta cierta dimensión máxima, de una composición mixta más acentuada. La variación de la composición interna está sujeta a la cantidad general del conjunto. Cuanto mayor el volumen de un poblado, hasta un límite máximo, más se aproximan sus notas a la existencia rural, y por eso poblacionalmente será menor, aun en el perímetro urbano, la parte que se pueda definir como no rural. El campo pesa sobre el núcleo pequeño con influencia proporcionalmente mayor que sobre los más extensos. Con todo, incluso en estos últimos, y, sobre todo, casi se diría paradójicamente, en los de avanzado desarrollo, vuelve a crecer la influencia del grupo rural incorporado. La industrialización de las urbes donde se centralizan las mejores posibilidades de trabajo, las torna poderoso polo de atracción de masas rurales, que en las encuestas demográficas se contarán como *residentes urbanos*, y físicamente lo son, aunque existencialmente pertenezcan a otro momento cultural. Y como este último aspecto es el que determina la realidad demográfica, nos parece sin sentido la búsqueda afanosa de delimitaciones formales rigurosas cuyo resultado, en el mejor de los casos, no consistirá sino en una mayor exactitud numérica de los datos censales, sin significar por ello mejor información científica sobre la realidad, en lo que esencialmente importa conocer.

Tenemos en esta observación una buena muestra del encuentro de los contrarios y de su identificación en el proceso que los engloba y supera. En la ciudad están continuamente en contacto y en choque los dos referidos modos de ser del hombre. La oposición entre ellos se manifiesta en inúmeras circunstancias, en verdad cuantas veces es llevado el individuo a asumir actitudes decisivas que, por necesidad, derivan de su condición existencial. Pero este antagonismo, y la diferenciación respectiva, constituye para cada uno de los elementos un factor de su formación y modificación dentro de la situación en que se encuentran, por la presencia del otro, opuesto, en su existencia. Y así se superan la distinción y la separación, engendrándose progresivamente un tipo existencial nuevo, que, a su vez, se enfrentará con las sucesivas olas de migrantes del campo.

Esta contradicción, que hemos apreciado en la realidad urbana, se da igualmente en el campo. Tampoco este es un espacio culturalmente *puro*, por cuanto también allí se interpenetran las formas de existencia. La irradiación del estilo cultural urbano, con el consecuente *efecto de demostración*, no rompe la unidad relativa de la modalidad existencial de vida predominantemente agraria, sino que es sobre todo, la circulación de los bienes y personas que traen en sí la señal de la ciudad, la que contamina y corroe la relativa uniformidad de la existencia rural. Los continuos cambios de personas entre el campo y la

urbe, y principalmente la introducción en el espacio agrario de los productos de la civilización, por definición urbanos, causan una conmoción en las estructuras tradicionales, algunas de ellas arcaicas, que las hace ceder a modalidades de comportamiento que no ocurrirían espontáneamente en el área rural. Alcanzamos una fase opuesta a la inicial. Si en los orígenes la ciudad fue un anexo del área productiva rural, ahora la situación se invierte y el campo se torna el extenso e indefinido suburbio de las grandes ciudades. Las pequeñas se desparrraman y casi se disuelven en el medio agrario, convirtiéndose en satélites de un poderoso núcleo atractivo. Esta es una nueva causa, en sentido opuesto, pero que conduce al mismo resultado, de dificultar la demarcación de los espacios geográficos representativos de formas de asentamiento poblacional distintas. Servicios y utilidades típicamente urbanas, como red de transportes moderna, distribución de fuerza eléctrica, asistencia social y sanitaria, educación y policía, pasan a existir en el campo, introduciendo productos de consumo, formas de vida, obligaciones sociales, ideas, valores y exigencias culturales, que transfiguran la antigua imagen de la vida agraria. De este modo, la primitiva y natural distinción entre ciudad y campo empieza a apagarse y a ser substituída por otra especie de distinción, la que tiene lugar entre etapas del desarrollo de la vida económica en el propio ámbito de la existencia agraria. La contradicción demográfica principal deja de ser la que se trataba entre la ciudad y el campo. La que actualmente despunta como dominante es la que se traba entre las áreas rurales superiormente desarrolladas y las que se mantienen en los peldaños tradicionales atrasados, y a ella empiezan a transportarse ahora las diferencias de comportamiento existencial, inclusive las de naturaleza demográfica.

Ya no se justifica, por tanto, el criterio que guiaba las investigaciones demográficas, económicas y sociológicas en términos de dualidad entre áreas urbanas y rurales. Se hace ahora necesario introducir otras categorías de análisis, que servirán para distinguir en las regiones aproximadamente consideradas agrarias, las etapas de desarrollo, en función de las cuales se tendrán que establecer los índices y datos recogidos de la realidad. Pero la demografía, esta observación es de especial valor, porque resuelve varios problemas que continuarían pendientes, dificultando la comprensión de la realidad, si el especialista insistiera en usar instrumentos conceptuales ahora privados de validez objetiva. La ciudad no es un recinto espacial, sino un modo de ser del hombre que encuentra expresión en las condiciones de existencia aglomerada en centros de producción especializada, y en las particulares modalidades de contradicciones objetivas ligadas a esta situación. Como, sin embargo, en estas mismas áreas coexisten, ahora en vasta proporción, individuos procedentes de otras, los cuales, aunque habiendo ingresado

352 en el contorno urbano, no perdieron las especificaciones de rúricolas, no es posible hablar de la ciudad como una unidad geográfica a que implícitamente se hacía corresponder una relativa uniformidad sociológica y cultural de comportamientos y de visión del mundo. Lo mismo se da en el campo y, por eso, estas dos categorías sociológicas y demográficas perdieron el significado primitivo, de fácil diferenciación, y exigen ahora nueva formulación. Hasta que ésta sea encontrada, y los datos estadísticos empiecen a elaborarse en función de ella, la insistencia en el empleo de los cuadros de referencia anteriores solamente vendrá a agravar la divergencia entre el sistema de conceptos y los procedimientos de análisis, de un lado, y las condiciones efectivas de la realidad, de otro.

La interpenetración de la ciudad y del campo no permanece sólo en el plano de las distinciones entre modos existenciales, sino que tiene lugar objetivamente como hecho geográfico. Es imposible hoy trazar el contorno de cualquier aglomeración urbana de mediano tamaño, por la imprecisión de sus partes extremas. En rigor, ya no hay límites nítidos, y por eso modernamente se recurre al concepto de *zonas urbanizadas*, que incluyen un núcleo urbano de alguna importancia más las áreas próximas, sobre las cuales ejerce influencia aquel centro y desde donde se desparraman con densidad variable grupos de viviendas en número y tipos imposibles de ser sometidos a un criterio *a priori*. Este hecho resulta de un proceso de transformación social, que, por un lado, tiende a aproximar la casa campestre a los centros más densos, a transformarla interiormente en casa urbana, aun cuando se halla aislada en el espacio; y por otro, obliga a que se sitúen en los alrededores de las ciudades las pequeñas unidades de producción agrícola, que viven del suministro de productos alimenticios a las aglomeraciones urbanas. El proceso económico, llegado ahora a una etapa más elevada, tiende a reunir e identificar las áreas que, en una etapa primitiva, llevó a diferenciar. Pero es evidente que sólo una parte del proceso productivo agrario se encuentra sometido a estas condiciones. Por eso tiene lugar ahora en el campo el fenómeno de la división cualitativa de las áreas, en razón del cual una parte, convertida en apéndice de los núcleos urbanos, no solamente se transforma en su antiguo modo de vida, sino que se convierte en anexo de la economía de subsistencia urbana, mientras otra, dedicada a los cultivos extensivos, extractivos o de producción de materias primas para la transformación industrial, permanece en las condiciones de la precedente existencia rural.

Este proceso de heterogeneización rural está íntimamente ligado al desarrollo general del país, hasta el punto de que su grado de desarrollo sirve de medida para apreciar el estado de crecimiento y progreso general de la economía. Para las naciones subdesarrolladas, estas observaciones son de particular valía, pues en ellas se observa con ma-

yor agudeza el hecho mencionado. Las que van poco a poco venciendo las dificultades y resistencias que les oponen las naciones dominantes, y escalando los peldaños que las conducirán al pleno desarrollo, tienen que pasar por esta etapa de diferenciación de la vida rural. El aspecto histórico más importante de este cambio de fase, es que la ruptura de la antigua unidad del complejo rural no puede ocurrir sin hacerse acompañar de intensas repercusiones sociales. Y no solamente porque se produce el éxodo de masas campesinas hacia el trabajo urbano, sino, además, porque en el mismo campo entran en acción fuerzas disociadoras de los dos regímenes a que aludimos y que, por generar un fenómeno de orden existencial, llevan a los individuos a comportarse diferentemente, lo que socialmente se traduce en un conflicto de intereses, conductas, aspiraciones y pensamientos. De ahí, que surja lo que se ha llamado *agitación rural*, que los observadores ingenuos atribuyen a la actividad de agentes malintencionados. La explicación científica del fenómeno no puede ser sino otra: en el campo se da un intenso proceso de reverberación de los efectos sociales determinados por la transformación global de la economía del país. Incluso en las fases incipientes, esos efectos son ya bastante sensibles, y tienden a ser cada vez más fuertes, con el avance del progreso general. La rutina de la vida campestre es sometida a poderosos cambios que la van destruyendo. En primer lugar, la salida de la mano de obra, que trae como consecuencia el encarecimiento de la que permanece en su medio; en segundo término, el incremento de la conciencia social de las masas campesinas, que no toleran más las formas tradicionales de prestación de servicios, algunas poco diferentes de la servidumbre, sino que exigen mejores condiciones de trabajo, derechos sociales, sindicalización, etc. Además, se produce la inclusión de la economía rural en el circuito financiero de las metrópolis nacionales e internacionales, con lo que se altera cualitativamente el valor de los bienes fundamentales, como la tierra, y se introducen necesidades pecuniarias para la explotación del suelo antes desconocidas, exigiéndose la financiación de la producción agraria por parte de los sectores urbanos de la economía, sean particulares, sean principalmente estatales. Y por fin, en el plano político se establece la lucha entre los representantes de la forma antigua de la economía rural y los de la emergente, cuyos intereses se tornan cada vez más contradictorios. Tenemos que juzgar auspiciosa tal situación, pues revela la madurez del proceso de desarrollo nacional y la substitución de viejas polaridades por otras, representativas de etapas más avanzadas.

Para el científico social, especialmente el demógrafo, estos hechos son de capital relevancia. Depende de su capacidad profesional percibir este tránsito ocurrido en el proceso general del país, la disposición de substituir las antiguas categorías, cuadros de referencia y va-

354 lores, por otros, nuevos, que, además; en gran parte, tendrán que ser fraguados expresamente para este fin, pues, como es natural, no existen listos esperando ser utilizados. En este terreno tendrá que revelarse la capacidad creadora del demógrafo para enunciar la definición de la nueva estratificación social, así como la distribución demográfica que le debe corresponder, y trazar los límites que hagan debidamente mensurables los segmentos determinados. Las posibles divisiones tendrán que respetar al parecer algunos criterios y condiciones objetivas, entre otros los siguientes:

- a) modos de producción de bienes de consumo para la subsistencia urbana en las áreas ligadas a los centros populosos, que constituyen la faja rural de su complejo humano;
- b) zonas de producción de productos primarios de valor industrial transformados en los centros urbanos, que ocupan áreas considerables a distancias bastante más largas de los respectivos polos de atracción, pero sometidas a la vigorosa acción social y política de éstos;
- c) después, zonas de producción de materias primas para industrias especializadas, localizadas en una o en pocas ciudades o áreas metropolitanas, a veces distantes, a consecuencia de lo cual tales zonas productivas permanecen como espacios rurales relativamente poco influidos por el centro, salvo en lo que depende del suministro del producto principal;
- d) y, por fin, zonas dedicadas a la producción de materias primas para la exportación, sea en la explotación de riquezas minerales, sea en la actividad agrícola o en la pecuaria.

Estas diferentes zonas —y no damos aquí más que una indicación que vale sólo como primera sugerencia—, actualmente englobadas por muchos autores en la designación general de *campo*, *área rural*, etc. y, como tales, consideradas como una condición uniforme, deben ser estudiadas ahora en su diferenciación cada vez más acentuada, en función de la cual tendrán que establecerse las variables demográficas. El crecimiento poblacional, que en las áreas rurales es acelerado, es un factor positivo y altamente favorable al desarrollo, pues precipita el paso de una situación estática y de pauperismo crónico a la de exigencia social de reformas y transformaciones económicas, lo que significa impulsar el proceso general de cambio y ascensión de la economía del país pobre. Hemos dicho anteriormente que en áreas como las de América Latina o de África la densidad de la población, como índice numérico abstracto, aislado del correlativo contexto histórico social, poco revela como medida de las posibilidades y esperanzas de ascenso nacional. La existencia de amplios espacios desocupados sobre los cuales cabe admitir todavía por mucho tiempo que se desparramará el incremento poblacional constituido en algunas áreas, entendido éste

siempre en función de las condiciones económicas, quita todo sentido al índice demográfico de simple densidad cuantitativa. La falta de homogeneidad en la distribución de la población por el espacio disponible es patente, revelando la tendencia de las masas humanas aproximarse a las zonas donde esperan encontrar mejores condiciones de vida. Se trata, por tanto, de un hecho existencial, el deseo del hombre de cambiar las condiciones de existencia, de ascender en la escala de los patrones de vida, lo cual es resultado de los beneficios que el desarrollo económico engendra en las regiones en que más definidamente se concentran sus impulsos y se acumulan sus efectos.

Estamos en la fase del influjo poblacional en dirección del campo hacia la ciudad. Por más que los portadores de la conciencia nostálgica del pasado y los explotadores del trabajo rural deploren este hecho, es altamente saludable como causa y, al mismo tiempo, como índice de las transformaciones en curso. No es posible hacer cesar, y mucho menos invertir la dirección del movimiento migratorio, creando compulsivamente el flujo de la ciudad hacia el campo, o del campo densamente poblado hacia las áreas prácticamente deshabitadas. La ocupación territorial de éstas tendrá que hacerse por otra modalidad del proceso de desarrollo, según indicaremos en seguida. Para documentar la heterogeneidad a que nos hemos referido, entre condensación humana y espacio disponible, citaremos esta conclusión de un informe aprobado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en la 10ª sesión realizada en Mar del Plata (Argentina), en mayo de 1963: "En resumen: la mitad de la población de América Latina vive en unidades administrativas habitadas con una densidad media de 60 ó más por kilómetro cuadrado, mientras la mitad del territorio está habitado con una densidad de solamente dos personas por kilómetro cuadrado o menos".¹ Los espacios vacíos ocupan en la práctica mucho más de la mitad de los territorios nacionales, si admitimos que densidades bastante superiores a dos habitantes por kilómetro cuadrado representan en realidad áreas casi desérticas. Claro está que cierta parte de éstas puede estar constituida por regiones de difícil o imposible ocupación humana para los medios disponibles actuales y los intereses vigentes de explotación del terreno. Aun así, lo que este panorama indica es la coyuntura general en que las masas humanas buscan concentrarse en las áreas suburbanas, donde encuentran mejores condiciones de vida. Por eso, se evidencia, desde luego, como proposición sociológica difícilmente refutable, la afirmación de que solamente en virtud de la alteración de los procesos de explotación económica de las

¹ Economic Commission for Latin America, *Geographic Distribution of the Population of Latin America and Regional Development Priorities*, mayo 1963, pág. 18.

zonas actualmente baldías, será realizable impulsar la tendencia hacia una distribución más homogénea de los hombres en el espacio territorial.

La demografía, como ciencia objetiva de naturaleza antropológico-existencial encuentra en ésta particular oportunidad de hacer valer sus conclusiones en doble sentido: al demostrar ciertas afirmaciones ingenuas e ilusiones nutridas por una visión simplemente estadística y cuantitativista del proceso de ocupación de la tierra; y al sustituirla por otra, de carácter predominantemente social y político. Hemos dicho que, a nuestro juicio, el trabajo del demógrafo no tiene límites prefijados y que, si sus pesquisas lo llevan a verificar resultados como el mencionado, su deber como científico social es proseguir las reflexiones que la experiencia de la realidad sugiere, y ofrecer, cual sugerencias oriundas de su conciencia científica, otras indicaciones de naturaleza sociológica. Así, tendrá que mostrar la importancia del problema del desempleo y el subempleo en la agricultura. En el país subdesarrollado, la agricultura recibe siempre con retraso los beneficios del cambio en la pauta de la producción general. Aunque suministre a los centros fabriles las materias primas indispensables que van a enriquecer los ámbitos urbanos, durante mucho tiempo no recibe la merecida recompensa por la contribución que ofrece a la industrialización. Sobre todo, las relaciones de trabajo, que son lo fundamental para las masas campesinas, y se reflejan en su comportamiento demográfico, continúan inalteradas; pues al latifundista le interesa mantenerlas inmutables, toda vez que su enriquecimiento suele provenir de la transferencia de las ventas del sector agrario al industrial o urbano. Los beneficios de las transacciones del campo con la ciudad tienden a permanecer en ésta, bajo forma de inversiones suntuarias, o se asocian al capital industrial o bancario, resultando que la economía del campo como tal se descapitaliza. Esto no perjudica, en absoluto, al propietario de grandes extensiones cultivadas; muy al contrario, las aplicaciones en el sector urbano de la economía son igualmente suyas, y por eso le importa poco que las rentas agrarias permanezcan estacionarias, porque como individuo está aumentando su fortuna por sus cuantiosas inversiones en la ciudad, además de conservar una estructura de trabajo en el campo que, según cree, lo pone a salvo de conmociones sociales. Esta situación no perdura sino un lapso relativamente corto, pues la realidad social agraria no se mantiene invariable frente a la continua transferencia de renta. Y eso, por dos motivos principales, uno, de naturaleza económica, otro, de naturaleza social. El primero consiste en que, con el desarrollo que el proceso productivo urbano experimenta, las exigencias de materia prima aumentan, lo que lleva en breve al latifundista a juzgar conveniente incrementar la producción agrícola, pero sólo puede hacerlo desvinculando una parte de los lucros que de otro modo aplicaría en los centros populosos, para invertirlos en el área productiva

rural. Al lado de éste, se perfila el factor social, representado por la creciente exigencia de transformación de la vida rural, que parte de las masas campesinas, las cuales no permanecen indiferentes frente al enriquecimiento económico engendrado por la producción agrícola de que participan. Sus reivindicaciones se tornan incesantes y apremiantes, y aparecen *líderes* políticos que les señalan la posibilidad de mejorar las condiciones de su existencia, haciéndose preciso tomar medidas políticas de alguna especie para tranquilizarlas. Aunque, por lo general, sea alta la natalidad media del área, la mano de obra, incluso la no calificada comienza a escasear, por el éxodo de la parte joven y válida de la población trabajadora. El terrateniente se ve obligado a hacer concesiones de derechos sociales y a mejorar los salarios y el nivel de vida, sacrificando algo de sus lucros. Con estos recursos intenta detener el flujo emigratorio, inclusive propalando conceptos ideológicos, como el de *fijación del hombre a la tierra*, etc. Pero el proceso objetivo tiene leyes imperiosas, y éstas abren camino a cualquier costo. Para satisfacer la demanda de mayor producción de materias primas por parte de las industrias urbanas, es preciso ampliar las áreas cultivadas, intensificar la explotación de las cuencas mineras, etc., lo que significa distribuir en el espacio la población. Este resultado sólo se alcanza si lo determina una alteración del estado de existencia del trabajador, que le traiga mejores perspectivas de vida en el espacio vacante por ocupar, que las que podría esperar si emigrara a la ciudad. El espacio vacío sólo se llenará, inclusive incrementándose la tasa de natalidad, si ofrece posibilidades de vida en otra etapa cultural, de más racional explotación técnica de la naturaleza y de mejor existencia social para el hombre, en la cual tenga aseguradas su salud, condiciones de trabajo humano, la defensa contra la mortalidad infantil y oportunidades de educación.

Por eso no tienen eficacia ni los llamamientos para que el hombre se fije a la tierra, por la cual el trabajador no se interesa, pues no le pertenece, ni las exiguas concesiones de beneficios, sea en salarios, sea en condiciones de vida, a los campesinos que permanecen en los espacios rurales. Manteniendo las condiciones actuales, aunque sea con pequeñas alteraciones y mejoras, su situación tiende momentáneamente incluso a empeorar, en virtud de la acción conjugada de la alta natalidad y del éxodo de los adultos, principalmente adolescentes y jóvenes. La población restante, cargada de problemas sanitarios, educativos y económicos ve fuertemente agravadas sus condiciones de vida. La familia en que aumenta el número de elementos jóvenes, por la partida de los hijos mayores, que ayudaban en la sustentación de la casa, pierde poder adquisitivo, y la pobreza regional crece.

Ante el cuadro de alta condensación demográfica en las áreas pobres, algunos estudiosos, principalmente economistas, elaboran planes

para encaminar los *excedentes* de mano de obra hacia zonas deshabitadas del país, donde desempeñarían las funciones de colonizadores y desbrozarían el terreno. Así se distendería la presión demográfica local, y al mismo tiempo se resolvería otro problema nacional, el de la ocupación de las regiones vacías de que el país dispone, que no rinden ningún provecho. La ingenuidad de este intento, su carácter anticientífico, pues que fundado en abstracciones, nos parece evidente. En primer lugar, los llamados *excedentes* sólo lo son en virtud del modo de producción que rige en el área. Las masas de trabajadores dejarían de tener este significado si pudieran incorporarse a la producción en condiciones de vida dignas, que les permitieran permanecer en el lugar donde nacieron. Sin la modificación del régimen de la propiedad de la tierra, sin la transformación de las formas precapitalistas de explotación del trabajo, sin la conversión de las masas campesinas en consumidores de bienes superiores, sin su inclusión en el circuito económico y monetario del país, ninguna medida podrá hacerlos desear permanecer en la tierra que los castiga. En segundo término, no parece oportuno ni sensato proponer el traslado de los llamados *excedentes* a espacios lejanos del país, pues allí encontrarán condiciones de vida peores aún que las de su terruño natal. En un vacío demográfico, donde no hay recursos humanos ni materiales, como vías de comunicación y los servicios públicos indispensables, su existencia será todavía más abandonada. Por eso, todo plan de colonización de las áreas baldías de un territorio nacional, ha de realizarse hoy de acuerdo a un proyecto racional que contemple simultáneamente el aspecto económico de la actividad que los hombres irán a desempeñar y el aspecto existencial que se les ofrecerá como perspectiva de vida. Evidentemente, las condiciones de existencia en el espacio por conquistar tienen que ser más favorables que las ofrecidas por la migración hacia las ciudades, donde efectivamente la gran mayoría sólo puede esperar su marginación en las *favelas*, *callampas*, tugurios, y las mínimas mejorías humanas, que, a pesar de todo, esta vida significa en relación a la que tenían anteriormente.

Tales reflexiones nos muestran que debemos adoptar una perspectiva historicista en la discusión del concepto demográfico de *colonización*. El contenido objetivo de este concepto es diverso en cada época. Grandes extensiones de la superficie terrestre, especialmente del continente americano, fueron pobladas por colonizadores que en lo pasado invocaban motivos religiosos o la búsqueda de la libertad de conciencia, o aun el gusto o el espíritu de aventuras. En la segunda mitad del siglo pasado, las grandes oleadas de emigrantes que se establecieron en América del Norte y en la del Sur obedecían claramente a la necesidad de encontrar recursos materiales para subsistir. Con las modificaciones ocurridas en los tiempos más recientes, esas corrientes migratorias, fueron siendo reducidas a expresiones casi insignificantes en

el volumen de la población, pues prácticamente todos los países, por motivos varios, dejaron de permitir la libre entrada de extranjeros que venían a competir con el trabajo, ahora más difícil y disputado, de los nacionales. En consecuencia, la colonización como fenómeno demográfico, cambió de contenido. Ya no la hace el extranjero, el conquistador, que, al principio, llegaba a las tierras llamadas vírgenes para trabajarlas. No olvidemos que tales tierras no eran vírgenes sino de acuerdo con un concepto que reflejaba la perspectiva metropolitana. En verdad, estaban ocupadas por las poblaciones autóctonas, que las trabajaban según las modalidades correspondientes a la etapa cultural en que se encontraban. Eran tierras vírgenes sólo respecto a su ocupación por formas productivas más adelantadas. Para ocuparlas, en casi todas partes, se exterminó a los aborígenes, posesionándose de sus tierras e implantando una explotación sedentaria. Tal coyuntura no puede repetirse, como no sea en casos residuales; por ejemplo, la ocupación predatoria de las áreas indígenas de Amazonia. La colonización hoy más común es la de las grandes compañías, casi siempre extranjeras, que pretenden extraer productos nativos o cultivar, todavía en la forma de la economía de *plantation*, especies tropicales. Fuera de eso, sólo a minúsculas regiones mineras de explotación del subsuelo afluyen poblaciones movidas por el estímulo de rápido enriquecimiento.

Como, sin embargo, estas formas de explotación casi no se apoderan de la tierra sino del esfuerzo humano, sus posibilidades de difusión regular son actualmente pequeñas. Es lo que explica la persistencia de los espacios territoriales baldíos. Hoy, el fenómeno de la colonización ha cambiado de contenido. Continúa siendo un proyecto de la conciencia nacional, al cual se atribuye en general alta prioridad, pero difícilmente podría ser conducido por iniciativa de la economía privada, que, como es fácil de verificar, no está interesada en ofrecer substanciales perspectivas de mejoría de vida a los trabajadores. Solamente el Estado, como órgano comunitario, puede planear y realizar eficazmente la ocupación de las regiones deshabitadas que existan en un país. El volumen y la complejidad de las tareas de orden económico, sanitario, institucional, jurídico, educativo, y tantas más, son tan grandes, que ningún poder existe en la sociedad, sino el Estado, con medios para concretar tal fin. La colonización, movida siempre por finalidades económicas, pasa a ser un proyecto que no puede ser ejecutado sino por decisión política y por la concentración de medios materiales obtenidos igualmente sólo por la vía política.

Sin embargo, cabe al demógrafo un papel decisivo en el establecimiento de este proyecto. No sólo le compete trazar el cálculo demográfico de la realidad que impone la necesidad de la colonización, definiendo los índices de densidad de las diversas áreas, el mapa de la ocupación humana del territorio del país, la distribución de los factores

ocupacionales, las tasas de crecimiento de la población regional y los problemas que las perspectivas futuras ofrezcan, sino que, por la conciencia crítica de la ciencia que cultiva, le está reservado analizar y criticar los proyectos elaborados por especialistas en otros dominios del conocimiento social y por dirigentes políticos. Para que su colaboración sea rica y fecunda, es imprescindible que su comprensión de la realidad y de la naturaleza de los problemas específicamente demográficos sea dirigida por una conciencia caracterizada por la visión cultural e histórica. Si permanece atado a los criterios simplemente estadísticos y cuantitativos, si manipula sólo índices numéricos ajenos a todo significado social y humano, nada útil podrá hacer, porque no superará el elemento inicial, el dato cuantitativo de que ha partido y con que opera, y no estará capacitado para acompañar el desarrollo de la dialéctica del conocimiento de que es autor. Será incomprensiblemente incapaz de desentrañar las consecuencias cualitativas, existenciales, sociales, de los datos brutos o metodológicamente analizados que reúne. Quedará a medio camino en su conocimiento, si, por injustificable autolimitación, no se dispone a transponer las fronteras del análisis cuantitativo y participar del examen y debate de la cuestión hasta sus conclusiones lógicas extremas. Al descubrir, por ejemplo, la relación entre las densidades de áreas desigualmente habitadas, no deberá dar por terminada la tarea con la descripción de las dos situaciones divergentes, sino que precisará establecer una ligazón entre los hechos comprobados y sus causas sociales. Deberá penetrar en el campo de las explicaciones históricas y culturales. No está obligado, evidentemente, a ser especialista en estos dominios, pero no puede dejar de llevar hasta ellos los resultados de su investigación científica, so pena de negarse a interpretar los datos recogidos y prestar la útil colaboración que, como cultivador de una ciencia que alcanza planos de generalidad creciente, debe ofrecer. Al verificar las desigualdades del desarrollo regional en un continente o en un país, debe poseer el suficiente criterio histórico-cultural para comprender que esta situación no ha surgido por casualidad, ni se explica por peculiaridades anímicas, psicológicas, *raciales*, sino que es siempre fruto de la hegemonía económica que las naciones y pueblos más fuertes imponen a las que se encuentran, en ese momento, en condiciones de menor desarrollo. Claro que no le compete entrar en el análisis de las formas por las cuales se ha establecido y se mantiene esa dominación; éste es asunto del sociólogo y el historiador político. Pero debe poseer el conocimiento general de tales acontecimientos, del curso histórico configurador del cuadro en que se desarrollan las pesquisas que realiza, debe tener la atención y la curiosidad intelectual vueltas siempre hacia su indagación, con el fin de llegar a la justa interpretación de los resultados que obtiene. Tendrá que formar la idea de la totalidad del problema que

Los desequilibrios regionales que el demógrafo comprueba sólo en su expresión poblacional, constituyen, en verdad, facetas de la totalidad objetiva que es la etapa histórica vivida por la comunidad humana a que se refieren. El punto de vista histórico-cultural tiene que predominar, en último análisis, sobre las consideraciones de carácter únicamente geográfico. Porque, como demuestra el fenómeno de la colonización y de los pioneros, la geografía humana es un producto de la historia. Las poblaciones se dispersan por la superficie de la tierra atendiendo a condiciones materiales de relieve, clima, dotación de recursos vitales, posibilidades de explotación del medio, etc. Pero el proceso de esta dispersión es doblemente histórico, no sólo porque se cumple a lo largo del tiempo, y nunca está terminado, pues el hombre continúa en nuestros días dedicándose esencialmente al mismo fin de ocupar la Tierra para asegurar su subsistencia y la producción de los bienes que necesita; sino igualmente en otro aspecto, por el desarrollo de las técnicas de producción, de los instrumentos de trabajo, de las relaciones que socialmente establecen los hombres en la jornada histórica de desbrozar y aprovechar el espacio de que disponen. Así, el tema de la interpretación del espacio en demografía nos traslada naturalmente al de la significación del tiempo, en sus múltiples expresiones, en el proceso de desarrollo de las poblaciones. Es de lo que trataremos en el capítulo siguiente.

Nos importa, entre tanto, acentuar este lado de la cuestión. La conquista del espacio, como vemos, es un proceso *en el* tiempo; pero es todavía más que eso, es la conquista *del* tiempo. En efecto, cada población dispone de una vida histórica colectiva que se puede, aproximadamente, pero en sentido muy distinto al que le dan ciertas teorías organicistas de la cultura, comparar a la de un organismo, con sus fases de desarrollo y declinación. Un grupo humano que se fija en condiciones de relativo aislamiento demográfico en un espacio libre, es como un organismo vivo que empieza a crecer. Entra en la historia por fuerza de su expansión y realizaciones, la más importante de las cuales, la que condiciona los demás aspectos de la expansión, es la propia multiplicación de la especie, el fenómeno del exceso de la natalidad sobre la mortalidad. Como resultado de su expansión vital, la población se expande sobre la superficie del planeta, ocupa áreas deshabitadas o entra en conflicto con otros grupos humanos para disputarles los territorios que poseen. Este proceso de crecimiento vital se expresa, por un lado, en forma de ocupación del espacio, y por otro, como fenómeno de desarrollo, por la ocupación del tiempo, o sea, por la producción de la historia.

No se debe, por tanto, interpretar una población como un objeto situado sólo en el espacio. Tiene que ser entendida igualmente en su

362 condición de ente histórico, de objeto situado en el tiempo. Ocupa una dimensión del tiempo precisamente porque ocupa una porción del espacio. Porque el proceso de apropiación del espacio se hace necesariamente en el tiempo, de modo que este factor se asocia indisolublemente al espacio en la realización del fenómeno histórico total, que es el desarrollo de la población, por multiplicación cuantitativa y por enriquecimiento cualitativo en la creación de las obras de cultura. La apropiación del espacio exige el desarrollo de formas particulares de producción, de penetración y explotación del contorno geográfico, y, concomitantemente, implica la creación de relaciones entre los hombres, las cuales no permanecen invariables, porque su misma eficacia, comprobada para cierto período, se torna causa de su agotamiento. Al producirse el conflicto entre las exigencias crecientes del conjunto humano y la capacidad de formas y relaciones de producción se ven obligadas a ceder su predominio a otras más eficientes para los nuevos tiempos. Todo esto es un movimiento histórico que da un proceso de alteraciones de la interdependencia entre el crecimiento físico de las masas humanas, el espacio territorial de que disponen y la etapa cultural en que viven.

Tal es la razón por la que el demógrafo debe poseer una conciencia científica, que sólo será bien formada si se asienta sobre la correcta comprensión del proceso histórico-cultural. Comprenderá que una población es siempre un sujeto histórico, que está viviendo, cuando el especialista la investiga, un momento de su proceso de existencia colectiva. La recogida de datos demográficos efectuada en cierto momento, sólo tiene valor en la perspectiva de la relación con lo pasado y de las previsibles conexiones con lo futuro. Aislada de la historia, es una operación inexpressiva. El conocimiento del número de habitantes de un país, en sí, no pasa de una curiosidad. Sólo adquiere valor de dato científico de primer orden cuando se hace factor de comprensión de la realidad del proceso histórico en curso. El dato numérico se convierte entonces en dato histórico, la cantidad se hace calidad. El demógrafo que ejecuta conscientemente su trabajo está sólo recogiendo documentos para la historia de la sociedad en su tiempo. El aspecto numérico de los datos demográficos cobra valor y sentido al convertirse en testimonio histórico. Si, por un lado, la cantidad de la población contribuye a esclarecer y fundamentar el hecho histórico, por otro lado, la descripción de la ocurrencia económica, social, política o cultural y el análisis de sus determinantes exige el conocimiento de las bases demográficas y, en amplio margen, las explica.

Se comprende el interés, cada vez mayor, de la ciencia demográfica por las investigaciones de naturaleza histórica. Pero es preciso que ese intento no sea desvirtuado por una insuficiente preparación de la conciencia profesional del demógrafo, el cual, o rehusa admitir la perspectiva histórica, creyendo que una cosa es ser demógrafo y otra ser historiador,

o se lanzaría a temerarias exploraciones con propósitos de interpretación cultural de los datos demográficos, sin la formación filosófica que este objetivo supone. Lo que en el lenguaje técnico de la demografía se entiende por *dinámica de la población*, por *tendencias demográficas*, son, en verdad, conceptos que expresan realidades temporales, un proceso en el tiempo histórico, caracterizado en cada fase por un complejo cultural de realizaciones materiales, culturales, y de valores, ideas y aspiraciones de que se puebla la conciencia de los hombres. Pero, en última instancia, el sujeto de ese proceso es el hombre, en su incesante búsqueda de una existencia más segura, más larga y confortable. La conciencia histórico-cultural que reclamamos para el demógrafo, es aquella que reposa sobre la comprensión filosófica de la realidad humana. Al ahondarse en el estudio de esta realidad vivida, descubrirá que la historicidad de que se reviste el objeto que estudia, el método y el sistema de ideas que se utiliza y con que construye la ciencia, y de que está revestido él mismo, como individuo situado en un momento del tiempo, deriva de la naturaleza del hombre, y no es más que la expresión de la esencia de esta naturaleza. El estudio de la demografía encuentra el punto de vista supremo y la más perfecta realización en el plano del análisis e interpretación histórica.

VI. EL TIEMPO EN DEMOGRAFIA

LA DEMOGRAFÍA COMO PROCESO.

Las reflexiones relativas al significado y al papel del tiempo en demografía, constituyen la etapa superior de la interpretación de esta ciencia por el pensamiento filosófico crítico. Las poblaciones no existen sólo en el mundo espacial, sino que sobre todo se localizan en un intervalo del tiempo, aquél que indica la duración de su vida colectiva. El espacio, según hemos dicho, no forma el fundamento último, el más originario, en lo que se refiere a las determinaciones objetivas, porque su ocupación es un fenómeno que transcurre en el tiempo, tiene el tiempo por continente. Debemos dedicar algunas observaciones a este concepto, aunque no lo podamos hacer sino en forma resumida. Es evidente que no cabe aquí una discusión filosófica sobre el concepto del tiempo. Tomaremos el término, en parte, en el sentido habitual, intuitivo; y cuando necesitemos una profundización mayor, lo interpretaremos en el plano filosófico como una forma objetivamente existente de la realidad del mundo. En su significación originaria, física, el tiempo existe como forma de la realidad de las cosas en totalidad, y sólo posteriormente se encuentra como representación en la conciencia que aprehende el mundo. El pensamiento descubre entonces el significado que el tiempo tiene para él. Como consecuencia de la correlación que la conciencia guarda con la realidad, aprehende el papel del tiempo en la constitución de sí mismo como entidad subjetiva.

En la perspectiva de la conciencia, el tiempo, que físicamente es una propiedad de las cosas, de los fenómenos de la realidad, se vuelve historia, es decir, duración en un orden de sucesión inteligible, en que los hechos se sitúan, y en cuyo curso el hombre ubica su posición habitual, dividiendo así el tiempo, ahora histórico, en las modalidades cualitativas de lo pasado, presente y futuro. La demografía no puede desinteresarse del estudio profundizado de este problema teórico, porque el fenómeno fundamental de que se ocupa, la variación del volumen,

366 cualidad y distribución de las poblaciones, en función de las condiciones a que se encuentra sometida la existencia humana, tiene las características de un *proceso*. Como tal, sólo se torna plenamente inteligible si comprendemos el significado y el valor del tiempo como concepto y como propiedad de las cosas. La noción de *proceso* es primordial en demografía. En efecto, los datos de que se ocupa la ciencia de las poblaciones sólo tienen interés por lo que expresan de diferencia entre dos situaciones en el tiempo, y en este caso, el proceso consiste en el tránsito de una a otra; o son datos cuantitativos puros, extraídos de la realidad en movimiento, y sólo pueden ser entendidos cuando se los relaciona con el movimiento real de que proceden, que los engendra y que reflejan. En un caso como en otro, una población no es jamás una cosa inmóvil, un objeto estático, que está ahí, que se ofrece al análisis del investigador como un dato pasivo, inerte, invariable, por lo contrario, es una realidad en constante variación, que se transforma hasta durante el acto en que está siendo aprehendida, y sólo se la puede concebir verídicamente si el espíritu la capta en lo íntimo de la variación que en ella tiene lugar, y no por un procedimiento que negara o excluyera artificialmente la movilidad del objeto, so pretexto de analizarlo mejor.

La dificultad principal de la investigación demográfica está en que tiene que ser hecha sobre un ser en movimiento, sin destruir el movimiento, sino, al contrario, incluyéndolo en la esencia de los datos y resultados que reúne. Como conjunto de seres humanos, una población presenta los dos aspectos, contradictorios, de estabilidad y movilidad: estable, porque, al menos durante cierto intervalo, se trata de la *misma* población, y por eso tiene sentido hablar de su estado como de un dato estable; pero, simultáneamente, en el propio acto de referirse al estado de la población como aspecto relativamente estático, la ciencia tiene que negarlo, pues sabe que tal estabilidad efectivamente no existe, es resultado de un proceso interno de substitución y depende de la escala de tiempo en que es apreciada. En efecto, sabe que en todo instante se verifican óbitos y nacimientos, los individuos están envejeciendo, transitando de una edad a otra, de un estado civil a otro, de un lugar a otro, o sea, aquello que en la perspectiva metodológica es admitido como invariable, en la perspectiva interpretativa es reconocido como movilidad. Una población es un objeto que, por presencia, es movilidad pura, aunque para las conveniencias del análisis en función de criterios prácticos procedentes del tipo de examen que ha de realizarse, manifieste aspectos que metodológicamente son admitidos como estáticos, en el sentido de que, para entenderlos, no se hace necesario, o se excluye intencionalmente, la consideración de la variación. Desde sus inicios como ciencia, la demografía se ha constituido en el estudio de la movilidad del objeto colectivo real que son las poblaciones humanas.

Pero no basta el reconocimiento de la evidente variación del conjunto poblacional para comprender en toda su amplitud los cambios que en él ocurren, porque éstos son de variada especie, múltiples y cualitativamente distintos. Se hace preciso, por tanto, establecer la teoría general de este cambio, para constituir el cuadro conceptual de referencia, dotado de suficiente consistencia lógica, y capaz de ser eficazmente utilizado en el trabajo de investigación. No basta con señalar diversas formas de cambio en una población. Es preciso que estas variaciones se aúnen en un esquema epistemológico coherente, que sirva para la comprensión de los hechos y problemas que la realidad ofrece. Es éste el momento metodológico en el cual la demografía pasa de la sencilla constatación de los hechos, del plano empírico del cual parte, a la formulación de los conceptos generales que, entretejiéndose en hipótesis y, posteriormente, en teorías, pretenderán explicar los hechos. Es el momento del tránsito de la etapa empírica a la teórica. La demografía sólo se completa como ciencia cuando realiza, mediante procedimiento lógico, este salto cualitativo en el desarrollo de su contenido.

La demografía oficial reconoce varios tipos de movimientos o de variación en las poblaciones. Pero los especialistas han dedicado escasa atención a los aspectos teóricos suscitados por este modo de ser de la realidad, y por eso, se ocupan poco en establecer la teoría general de estas variaciones. Con excepción de algunas *teorías poblacionales* que la historia registra, que, en su mayor parte, son obra de economistas o sociólogos, los demógrafos parecen desinteresarse de unir la práctica de su trabajo cotidiano a la especulación de las nociones teóricas que explicarían los hechos constatados. Pocos son los que se interesan por estas cuestiones, resultando una deplorable pobreza de la actividad creadora en demografía. Aunque no sea tan ambicioso nuestro objetivo, deseáramos contribuir al desarrollo de estudios futuros más profundos, con las limitadas reflexiones que siguen. La más importante de ellas es la que insiste en el papel decisivo desempeñado por el concepto de proceso en el entendimiento de la realidad demográfica.

El concepto de *proceso* nos provee del punto de vista lógico más general a partir del cual se hace posible apreciar y englobar las múltiples formas de cambio de la población. Sólo indicaremos algunas de las notas lógicas por las cuales se caracteriza. Se dice que una realidad en movimiento constituye un proceso cuando en ella se distinguen modos de ser, aspectos, fases, elementos, que se presentan en una sucesión determinada, de tal modo que cada uno de estos aspectos o *momentos* deja de existir para ceder el lugar a otro en virtud de una razón interna que rige el tránsito o paso de cualquiera de estos modos de ser al siguiente. Todo proceso es portador, así, de una ley interna, que determina y regula el desarrollo de sus *momentos*, es decir, de los aspectos, relaciones y condiciones que manifiesta en cada instante del tiempo. El

368 concepto de proceso objetivo se desdobra en dos categorías constitutivas más generales, la de *ley interna* y la de *desarrollo*. La noción de desarrollo es constitutiva de la de proceso, porque contiene el sentido de la acción determinada por la ley interior de la realidad.

Lo que lógicamente constituye un proceso, se presenta empíricamente como un desarrollo, una sucesión de aspectos diferenciados, pero en continuidad tal que es suficiente para definir la identidad del objeto, para hacer que lo percibamos y conceptuemos como el *mismo* objeto, a pesar de las variaciones que en él reconocemos. En virtud de la identidad, de la permanencia de la ley interior de desarrollo del ser, éste se mantiene él mismo a lo largo de las variaciones. La unidad de variación de las apariencias y de la conservación de la ley interna define el proceso en esencia. Si, por un lado, el proceso es la expresión de la variación de la realidad, por otro es la condición de la permanencia, al menos por un lapso, del objeto como entidad inteligible, de contornos definidos. El ser en proceso está pasando, en cada instante, de un modo de ser a otro, pero este tránsito, lejos de representar una fuente de irracionalidad, es, al contrario, aquello en que consiste la racionalidad del mundo objetivo. Es que los estados sucesivos no surgen por casualidad, sino, según hemos dicho, en virtud de una ley interna, que incluye entre sus determinantes la influencia de los factores exteriores y, en último análisis, de la totalidad de la realidad. Un proceso es el desarrollo de los estados sucesivos de un ser dictados por la razón intrínseca que determina y explica ese movimiento. Para comprenderlo, es preciso tomar asimismo las acciones exteriores que, por conexiones recíprocas, influyen necesariamente sobre la producción de los momentos exhibidos por el ser en proceso. Por eso, en la comprensión del proceso intervienen como factores constitutivos, contradictorios, pero identificados en la producción del efecto, la ley interior y las acciones exteriores, provenientes del resto de la realidad, en el medio de las cuales la ley interior tiene que cumplirse objetivamente, manifiestamente.

La característica más sensible de esta especie de movilidad, es su continuidad. Con este término queremos significar el hecho de que, en la mayor parte de su duración, exceptuados los momentos de ruptura, los estados del ser en cuestión se suceden de tal modo, que entre dos cualesquiera se puede siempre indicar las etapas intermedias que los ligan. Consideradas a distancia una de la otra, o aisladas, las fases del proceso tal vez parezcan extrañas entre sí, tal es la diversidad de aspectos. Pero el examen atento permite definir entre ellas una serie de etapas intermedias que muestran cómo la realidad pasó de un estado a otro. La continuidad es la ley habitual de la evolución de la realidad, particularmente de las poblaciones. Pero no es una ley absoluta. El proceso, que en la fisionomía corriente aparece como sucesión continua y tranquila de una etapa a otra, manifiesta en ciertas condiciones saltos

bruscos que contradicen la continuidad y dan origen a transformaciones súbitas, no previsibles en la perspectiva del desarrollo hasta entonces verificado. Son rupturas del proceso que a veces asumen el aspecto de violenta conmoción o alteración de la realidad. Contradicen, sin duda, la continuidad del curso aparente del desarrollo de la realidad, pero no contradicen la ley interna a que ésta obedece; si representan la introducción de la discontinuidad en el proceso, no dejan de constituir un fenómeno tan lógico de la existencia objetiva del ser cuanto los que manifiesta en las fases en que transcurre continuo su desarrollo.

El salto en el decurso del proceso es tan racional como la continuidad. Sólo en la apariencia se manifiesta como excepción, anomalía. Esta concepción debe llevar al estudioso dotado de comprensión crítica, a investigar las causas que determinan que la ley interior del desarrollo del objeto, que hasta entonces engendraba en sucesión continua y suave los momentos diferenciados, repentinamente le lleve a una ruptura en la movilidad y a pasar de una apariencia a otra substancialmente, o hasta radicalmente, distinta de la anterior, sin que esta ruptura en el plano de la apariencia signifique una ruptura en el plano de la esencia. La ley interna del proceso, inclusive del demográfico, se manifiesta, o bien como curso continuo, o bien como discontinuidad, o bien en forma irreversible, o bien en oscilaciones cíclicas. Son variedades de la realización fenoménica de la ley que no cabe investigar aquí en detalle, pero que en todos los casos derivan de una razón de ser interior a la dinámica de la realidad, que *expone* o *explicita* sus aspectos en una sucesión determinada por una ley racional. Esta tiene por motor íntimo el agotamiento del estado existente y la necesidad de su substitución por otro, como consecuencia de la presencia de contradicciones en el curso de la realidad. El avance del proceso es determinado por la existencia de un complejo de aspectos contradictorios, que en un momento determinado se presenta en las apariencias, en el estado, que exhibe, pero al costo de negar otros aspectos, opuestos a los anteriores, que, con todo, como corresponden a causas reales incluidas en el seno del movimiento general, puede decirse que, por sus factores determinantes, ejercen acción en profundidad y se esfuerzan por substituir las apariencias actuales por otras correspondientes al dominio de las fuerzas antagónicas, ahora reprimidas, pero no anuladas. De este modo, la teoría lógica del proceso objetivo debe contar con el empleo simultáneo y la conjugación de conceptos antagónicos, y con la coexistencia de la verdad de ambos en relación al objeto o fenómeno.

La concepción de la realidad como privada de contradicciones constituye el modelo del pensar formal, que varias veces hemos procurado mostrar no satisface las exigencias de la interpretación de los hechos demográficos. Si, realmente, el juego de las contradicciones constituye la trama interior del proceso demográfico, si contamos con la posibilidad de saltos cualitativos, comprendemos que los procesos de

370 este tipo permiten el surgimiento de lo nuevo como un hecho normal y significativo de su curso. Se da con alguna frecuencia la inesperada aparición de una nueva cualidad en la marcha de un proceso, donde hasta entonces se verificaba la transición regular y previsible de una situación a otra. Las curvas que retratan un desarrollo biológico no están a salvo de bruscas interrupciones e inflexiones, apareciendo cualidades que se juzgarían imprevistas, apreciadas en función de los conocimientos anteriores. Estas ocurrencias no deben interpretarse como momentos ilógicos en el curso de la realidad, sino como meramente indicadoras de que sólo nos parecían imprevistos los sucesos en cuestión porque no conocíamos con suficiente agudeza la real situación de las fuerzas antagónicas que movían la realidad. El curso de los acontecimientos que nos parecía prefigurado y previsible en función del pasado, en los momentos de emergencia de lo nuevo apenas revela la insuficiencia del conocimiento de las causas internas de los fenómenos, pues, si las conociéramos, lo nuevo, surgido con espanto de nuestra parte, sería tan previsible cuanto los momentos de repetición o de expansión de un estado donde no acontecen alteraciones cualitativas substanciales. El trabajo del espíritu tiene que ahondar cada vez más en el conocimiento de la realidad, utilizando siempre el conocimiento adquirido para interpretar la situación existente y prever lo futuro. Con todo, el demógrafo deberá estar armado de la convicción de que, en el mismo momento en que cree poseer los elementos que le permitan hacer un diagnóstico seguro, éste puede fallar, por no haber captado exactamente la realidad, por insuficiencia o de la reunión de datos o de su interpretación. Como no es posible prever por otra vía más que por la acumulación del conocimiento, lo que el método crítico indica es que el demógrafo debe proceder apoyado en la racionalidad de los datos que posee, pero sin excluir la hipótesis de que sus conclusiones sean desmentidas por los hechos, no porque se muestren incorrectos los principios lógicos de que se valía, sino porque lo real en examen está dotado de una complicación superior a la imaginada y que sólo ahora viene a conocer por la ocurrencia del hecho nuevo y aparentemente excepcional.

La aceptación de este punto de vista no significa ningún irracionalismo, ningún relativismo, ningún escepticismo. La expectativa de incorrección de los resultados de su trabajo no debe disminuir la confianza del científico en la capacidad de aprehender la lógica interior de los procesos de la realidad; sólo debe advertirle que esta lógica, siendo dialéctica, cuenta con la natural y racional acción de fuerzas entre sí contrarias en el mundo objetivo, de que resultan a veces situaciones excepcionales e imprevisibles, en función de los datos acumulados y del conocimiento que sobre ellos se haya edificado. Como las fuerzas que operan en la realidad son entre sí antagónicas, es común que el espíritu, equivocadamente, o no tome en consideración más que una de ellas, desconociendo la acción de su contraria, o realce con erróneo énfasis

el papel de uno de los lados de la contradicción, incidiendo así en una apreciación inexacta de la situación. La ocurrencia del salto cualitativo, del fenómeno original, viene a ser un nuevo dato que el científico reúne y agrega a su saber, con lo que aumenta el conocimiento del proceso que estudia y restringe el área de imprevisibilidad y de incertidumbre en las proyecciones hacia lo futuro. Importante es admitir que en todos los casos, sea en los períodos de curso continuo, sea en los de ruptura no sospechada, la realidad, tal como se manifiesta en cada momento, está determinada siempre por sus estados anteriores. La situación actual y la futura de un proceso son efecto de la ley interna que ha producido hasta aquí con la misma lógica las etapas pasadas. Estas han sido revocadas por el tiempo, fueran superadas o contradichas por la existencia actual, pero no eran menos la expresión de la misma ley interior, que continúa actuando ahora, que está determinando la forma presente de la realidad y preparando la germinación de las formas futuras.

Que desaparezcan las manifestaciones de la ley no significa la revocación de la ley. Muy al contrario: es su confirmación. Indica que la realidad en conjunto ha llevado al agotamiento las determinaciones que aparecían como válidas anteriormente, y las hace caducar, siendo substituidas por otras, hasta el surgimiento de las apariencias actuales. Claro está que lo mismo pasará con éstas, y por ello esta reflexión nos lleva a subrayar la importancia decisiva del conocimiento del pasado del proceso que estudiamos, no solamente para darle la correcta interpretación de conjunto, sino para la efectiva penetración del sentido que posee el estado actualmente vigente y como fundamento para el conocimiento anticipado de su futuro. En otras palabras, la historia del proceso es el fundamento de su adecuado conocimiento. Para la demografía, esta noción es de suma valía, por cuanto indica que no se puede prescindir de la investigación del pasado de las poblaciones y enseña que este estudio, lejos de ser un *hobby* de especialistas fatigados de analizar las situaciones presentes, es, al contrario, la condición de la formación del espíritu del investigador, por cuanto le da la posibilidad de interpretar el cuadro objetivo que sus actuales observaciones y registros revelan.

La realidad actual de una población es un momento de su existencia como ser en proceso en el tiempo. Notemos que no dice toda la verdad el reconocimiento, algo trivial, de que la realidad presente es el fruto, el resultado de los estados anteriores. Esta proposición no es suficiente para expresar todo el contenido del proceso, porque puede llevar a creer que se trate de mera sucesión, por vía de consecuencia mecánica o formal de un estado del precedente. Crea en el espíritu un modelo explicativo del proceso, que lo interpreta como constituido por la contigüedad de momentos discretos, cada cual con fisonomía peculiar,

372 ligado al antecedente por una relación externa de causalidad mecánica, física o biológica. Esta imagen traiciona la efectiva naturaleza de los hechos demográficos. El proceso no se forma por yuxtaposición, sino por procedencia de un estado de otro, en razón de la ley interior que explica a ambos y determina su conexión en forma de substitución de uno por otro. Por eso, el estudio de la historia de las poblaciones no es adjetivo, no constituye un complemento, más especulativo que útil, para el conocimiento de los hechos actuales. Por lo contrario, es un fundamento sobre el cual debe asentarse la investigación de la realidad ahora existente. La naturaleza de proceso, peculiar al objeto demográfico, es suficiente para justificar la función primordial que cabe al estudio de la demografía histórica.

El estudioso poseedor de espíritu crítico no debe ver la realidad como un *objeto* cuyo examen revelará todos los aspectos inteligibles que posee, ni deberá pensarla como un *corte* idealmente efectuado en el curso de una sucesión de hechos. Si la noción de *corte* le llevara a fijar, a inmovilizar la imagen de la realidad, este concepto no sería correcto; sólo lo es bajo la condición de entenderlo en sentido metafórico, que no esconde el carácter dinámico del proceso. El demógrafo debe interpretar la realidad que capta como *momento*, es decir, como la forma asumida en este instante por el proceso, en virtud de su ley profunda, forma según la cual la realidad anterior de una población humana se manifiesta en sus determinaciones ahora perceptibles. Si tal forma como dato aparente es el presente, en su fundamento es el pasado, pues éste, en las determinaciones sucesivamente puestas y abolidas por el movimiento general del proceso, está aquí bajo las especies de los efectos actualmente percibidos. Por consecuencia, la demografía histórica, con las connotaciones y función epistemológica que le atribuimos, tiene que ser materia de la formación cultural del demógrafo, que no puede prescindir de ella para esclarecer los problemas de que se ocupa.

El concepto de acumulación histórica nos permite el examen del proceso como totalidad. Repetidas veces nos hemos referido a esta categoría básica del método crítico: aquí sólo la mencionamos en conexión con la idea de acumulación histórica. La noción de totalidad debe ser tomada en doble sentido; primeramente, como entrelazamiento de todos los aspectos actuales de la realidad en la producción de cualquier fenómeno y en la explicación de éste; pero igualmente tiene que ser entendida como conjunción de los estados anteriores, o sea, como historia de la realidad, por cuanto los momentos desaparecidos del proceso están dialécticamente presentes en el dato actual que de ellos se origina. La totalidad no se refiere solamente a la íntima conexión, a la acción recíproca entre todos los datos de la existencia actual. Implica también la presencia, bajo forma de determinantes históricos,

de todas las situaciones y hechos ya ocurridos, del proceso entero en su anterioridad. Lo pasado está presente en lo presente, como continuará presente en lo futuro. Pero la manera de actuar de la realidad acumulada, que constituye en cada momento lo pasado, no es estática y definitiva, lo que contradiría su función de núcleo germinativo dinámico del proceso. Con la producción de sus efectos en cada fase del curso temporal, cambia de cualidad y de función el papel ejercido por el pasado. Esta observación tiene especial valor en demografía. Aleja la idea de una demografía histórica entendida como archivo del conocimiento de los estados anteriores de una población. Las indagaciones históricas que el estudio de las fuentes en cada momento hace, se suman y constituyen por sí mismas un proceso de acumulación del saber, que influye en la propia masa actual y futura y en el desarrollo de los estudios de la población. Si el conocimiento de lo pasado ilumina lo presente y nos conduce a alterar a veces juicios emitidos sobre la realidad actual, el conocimiento de lo presente nos muestra continuamente bajo diferente luz el papel y el significado de los datos relativos a lo pasado. Esto quiere decir que lo pasado no es estático, no es una imagen, un cuadro inmóvil, algo muerto y archivado en la sucesión de investigaciones de que es objeto. Lo pasado se modifica por el mejor conocimiento que de él tenemos en todos los *presentes sucesivos*; es cada vez diferente, según la idea que formamos de él, y que resulta de la unidad del conocimiento de lo presente con el conocimiento hasta ahora obtenido relativo a las épocas anteriores.

La demografía histórica no se confunde con un trabajo arqueológico, de excavación de la realidad antigua, y su mera exposición, sino que constituye sobre todo un esfuerzo, siempre renovado, de comprensión de las condiciones vividas por una población en lo pasado, en función de los efectos que ejercen sobre la realidad de cada fase del tiempo actual o presente. El examen demográfico de las civilizaciones que se extinguieron, no se identifica con la pura arqueología porque, si se practica con el justo método crítico, revela aspectos originales del proceso poblacional en número inagotable, en condiciones tales que la mejoría del conocimiento en cada instante es función de la mejoría obtenida hasta entonces. Las calidades de las pesquisas retrospectivas también van cambiando. Al principio, sólo se indagaba del lado cuantitativo primario; se deseaba saber, por ejemplo, qué poblaciones tuvieron las *polis* griegas, la Roma Imperial, o, en la época moderna, las naciones que se adelantaron en la ruta del desarrollo industrial. A lo mejor, se procuraba averiguar si la dinámica de la población de estas grandes estructuras de civilización tuvo algo que ver con el grandioso papel que les correspondió en el escenario histórico. Estos estudios, que se hacían por curiosidad, con escasos objetivos de comprensión lógica de las situaciones o de fundamentación de procedimientos prác-

174 ticos, ahora adquieren decisiva importancia, cuando descubrimos que no basta con recoger números y levantar estadísticas. Es imprescindible transportar al pasado el mismo espíritu de indagación crítica de la realidad total, y descubrir las conexiones entre los aspectos cuantitativos del plano demográfico, aun el de épocas remotas, y las condiciones totales de la existencia humana que les correspondían, y que permitirán explicar en gran parte el papel que han desempeñado algunas poblaciones en el curso de las edades. El volumen de una población antigua nada significa, no pasa de un dato de almanaque si no lo relacionamos con las formas sociales de vida, las modalidades de producción, el universo de ideas y valores que los hombres a ella pertenecientes cultivaban.

La demografía histórica es histórica en varios sentidos. Uno de ellos consiste en que ofrece los mismos problemas de la demografía actual, la que investiga las poblaciones de ahora, y eso por la sencilla razón de que ésta es tan histórica como la que se refiere al pasado, a la cual habitualmente reservamos este calificativo. Recordemos que la demografía que realizamos en este momento, con las técnicas y procedimientos más avanzados, con las máquinas de calcular más modernas, va a ser el material de la demografía histórica de las épocas futuras. El demógrafo tiene que poseer la noción de que es un estudioso que vive y produce contradictoriamente: por un lado, es un hombre de este presente, que representa su objeto de estudio; pero, por otro, debe sentirse desde ahora un hombre del pasado, un ancestral de sí mismo, pues sabe que el resultado de su trabajo va a ser apreciado por los especialistas que lo sustituirán. Si en todas las ramas de la ciencia la sensibilidad al fluir del tiempo, a la vivencia histórica, debe ser una de las cualidades eminentes del investigador consciente, en el terreno de la demografía esta disposición intelectual adquiere máximo relieve, precisa ser especialmente afirmada, pues aquí el objeto de que se ocupa el científico es en esencia la propia historia, apreciada desde el punto de vista de la realidad de su soporte, su agente colectivo, la población.

El concepto de proceso es la noción fundamental de la comprensión crítica, porque unifica en sí la realidad del momento actual, que necesariamente es el objeto inmediato de la investigación, con la realidad pasada, que se torna viva e idealmente presente en el trabajo de la indispensable reconstrucción. El proceso es una categoría general, en la cual es preciso determinar minuciosamente las formas que asume cuando se refiere a un campo definido de fenómenos del mundo objetivo. No vale sólo para la realidad social o para la esfera de los acontecimientos de que el hombre es el protagonista; es una categoría igualmente fundamental para toda especie de transformación del mundo material, y es aplicable al plano de los fenómenos naturales tanto como al de los sociales. Unifica esas dos grandes esferas de la realidad, por-

que la unión entre ellas es también un proceso, con todas las características lógicas de esta noción. Si no tiene sentido aislar la sociedad de los fenómenos del mundo físico, natural, en que ocurren, tampoco éste puede ser entendido sin la lógica de sus transformaciones, expresa en la categoría de proceso y en los conceptos que se refieren a él. Después de la aparición del hombre en el plano de la realidad, éste se torna agente de modificaciones del mundo físico que, por acción refleja, modificarán al mismo hombre, su organización social y situación existencial. Se descubre, así, la noción de proceso cultural, superpuesto y en conexión recíproca con el proceso natural. Y se comprende que no se puede llegar a la correcta inteligibilidad de los hechos que se refieren al primero, sin percibir su dependencia en relación al segundo. El demógrafo está interesado en la conexión de dos tipos de proceso, porque su dominio particular es mixto, se desdobra en campos que pertenecen a uno y a otro, al mundo social, con sus instituciones, creencias, representaciones, hábitos, valores y prácticas, y al mundo natural, por la necesidad que el hombre tiene de vivir gracias a la explotación de la naturaleza circundante y de reproducir la especie en función de múltiples factores de orden natural, espacial, geográfico...

Desde este punto de vista, sería lícito definir la demografía como el estudio de un proceso entre procesos. En efecto, considera, de un lado, la naturaleza, cuyo curso sólo es inteligible en términos de esta categoría, y de otro lado, la sociedad, en la cual esta noción se muestra todavía más sensiblemente. La demografía, como estudio del proceso de producción de la existencia del hombre por el hombre, es el conocimiento de un proceso en la más íntima acepción del término, y se convierte ella misma en un proceso, dado el carácter histórico del objeto a que se dedica y del modo de acumular los conocimientos que la constituyen. Estudia flujos de fenómenos que ocurren en el espacio y en el tiempo, y estas dos formas de la realidad son los dos parámetros fundamentales a que ha de referirse.

La discusión acerca del significado del tiempo en demografía es esencial para comprender los fundamentos de esta ciencia. El tiempo se manifiesta en una multiplicidad de significaciones, según el aspecto de la realidad que se observa o el campo de investigación a que se aplica la inteligencia. La racionalidad del tiempo es por sí misma múltiple. Una de las tareas del análisis filosófico de la ciencia es definir para cada campo de fenómenos el valor y significado particular que, en relación a ellos, asume la determinación temporal de la realidad. Si nos limitamos al objeto particular de nuestro interés, el estado y la dinámica de las poblaciones humanas, concluiremos que la demografía presenta dos modalidades fundamentales de relación lógica con el tiempo: de un lado, está incluida en el tiempo, y de otro, incluye en sí el tiempo. En el primer sentido, es lícito decir que está incluida en el

376 tiempo porque, como proceso histórico del saber, es una función del tiempo, se desarrolla y acumula sus resultados en una continuidad sin fin, en la dependencia del proceso cultural universal. El conocimiento demográfico crece a lo largo del tiempo, como modalidad del desarrollo cultural de la humanidad. Pero, por otra parte, esta ciencia incluye el tiempo como parámetro del estudio del objeto a que se dedica, la población humana. Esta sólo existe en el tiempo y su reproducción es un fenómeno temporal. Por éste ángulo el tiempo toma caracteres especiales, que procuraremos aclarar, por cuanto se constituye en una modalidad de duración, el tiempo demográfico, que se distingue de las modalidades física o histórica en general.

No se comprenderá el valor y el significado del tiempo en demografía si lo tomamos en su mera exterioridad. No como parámetro de una función analítica captaremos su significado en demografía, porque el tiempo de que aquí se hace mención es aquél en que el hombre existe, y representa por eso el aspecto o carácter existencial del tiempo. Este es el que constituye el concepto original y más profundo a que deseábamos llegar. Sin duda, exteriormente, y en cuanto se le puede registrar y reducir a medida y a fecha, el hecho demográfico se da en el tiempo histórico y, a través de éste, en el tiempo físico. Pero, en su esencia, y para la comprensión de lo más íntimo de él, el fenómeno demográfico, como acontecimiento humano, exige ser colocado en una modalidad particular de comprensión de la duración, que se podría llamar el *tiempo existencial*. De ello deriva, como proyección, la historicidad que el hecho manifiesta y que figura, sin duda, entre sus notas esenciales, pero que supone su percepción desde afuera, como algo acontecido, objeto de descripción, de medida y de análisis, sin referirse al origen primero, que se sitúa en el tiempo existencial. Este, por tanto, precede lógicamente el tiempo histórico que le sirve de fundamento. El tiempo existencial es aquél en que el hombre realmente existe, es la duración que se confunde con su existencia, en él se sitúan los orígenes de sus decisiones, de los actos que brotan de su libertad, incluso de aquéllos que pertenecen a la esfera de los problemas demográficos, porque son relativos a la producción de la existencia, no individual, sino de la especie. No cabe extendernos aquí sobre este problema, de índole eminentemente filosófica. Sólo advertiremos que, al reflexionar sobre el tiempo en demografía, nos referimos en último análisis a las raíces del proceso de generación del hombre, y por eso manejamos el concepto de tiempo en múltiples sentidos, el principal de los cuales es el existencial. Por conveniencia metodológica podemos detenernos en uno de los planos exteriores de la realidad del tiempo; pero, si deseamos alcanzar el fondo de cualquier problema demográfico, forzosamente nos toparemos con la presencia del tiempo existencial, como forma última, básica, en que transcurre la vida de una población.

El hombre es, en efecto, por esencia, un ser dotado de la capacidad de durar, y si esa duración, apreciada *desc'e afuera*, se manifiesta como período limitado cronológicamente entre dos fechas, si el nacer y la muerte tienen día cierto y definido, la duración real en que transcurre la vida humana es algo ininteligible cuantitativamente, presentándose como forma de percepción de una existencia por ella misma, en la conciencia de su identidad consigo misma, que se constituye por la unidad de sus aspectos y estados diversos y sucesivos. La sucesión de sí a sí es percibida por el hombre desde dentro, como un dato evidente de su conciencia. El hombre sabe su existencia como la historia de sí mismo, de la cual, además, él es el único historiador. En esta percepción inmediata, original, la conciencia se capta a sí misma en su realidad perdurante y se ve como un ser que se identifica con lo que ya haya sido, así como se anticipa en la certidumbre, o en la expectativa, de lo que todavía va a ser. Esta duración es intrínseca a la conciencia, no en el sentido de ciertas filosofías que pretenden hacer de ella un dato absoluto, una noción metafísica, sino en el sentido relativo de que es la forma en que la conciencia se percibe a sí misma, y aprehende la identidad de su realidad a través de los momentos distintos y de sus variaciones de contenido, desde que —y eso la torna siempre relativa— haya sido determinada a existir, lo que, como hecho objetivo, tiene causas y antecedentes materiales. La conciencia se comprende como proceso existencial, y entre los hechos que señalan esa corriente de acontecimientos sucesivos, están las decisiones referentes a la voluntad de procrear o de no procrear, de vivir, de decidir sobre numerosos aspectos del comportamiento vital que van a tener repercusiones sobre la dinámica de la realidad humana en cuanto fenómeno de masa. Si no todos los hechos de la dinámica demográfica dependen de la voluntad, y son objeto de decisión existencial —por ejemplo, los que se refieren al fallecimiento—, no es menos verdad que la mayoría de los que tienen repercusiones estadísticamente cuantificables se originan en la intimidad del ser humano, y por eso se sitúan en el tiempo específico en que éste vive, el tiempo existencial. Estas reflexiones sólo tienen valor filosófico, pero sirven para fundamentar las concepciones que constituyen la estructura epistemológica y metodológica de la ciencia demográfica. Considerada en su constitución, como ciencia social, la demografía trata primordialmente del tiempo en la acepción de parámetro histórico del proceso de desarrollo cultural de una comunidad humana. En parte, porque, en cuanto saber, es producto de la cultura de la época, y en parte, porque el factor demográfico cae directamente bajo la influencia de los conceptos que una sociedad tiene de sí misma en cada fase de su duración histórica. Si la demografía se halla referida al tiempo histórico-existencial, envolvente de la sociedad en que surge como producto del saber, por otro lado el tiempo que incluye en sí como cuadro

378 de referencia para los fenómenos que estudia, aunque se distinga del otro concepto, el *exterior*, envolvente del saber demográfico, es igualmente histórico, pues deriva de la concepción que en cada momento la demografía se forja de sí misma.

La noción del tiempo en demografía es, por tanto, resultado de la evolución cultural, de su autoconciencia como forma del saber. La noción de *proceso* es relativamente tardía en el esquema de las categorías demográficas. Hasta hace poco, la ciencia se limitaba a contar gente como si las personas fueran cosas. Al principio, sólo interesaba la cantidad, pero gradualmente se fue abriendo paso el concepto de cualificación de los aspectos objetivos de las poblaciones. Con eso se ha enriquecido notablemente la ciencia; pero la idea que debería marcar una etapa nueva, un salto en la evolución epistemológica fue la de *proceso*. Actualmente asistimos a la introducción de este concepto. Creemos que de ahora en adelante será imprescindible, y que gran parte del esfuerzo teórico en el campo de la fundamentación de la demografía consistirá en aclarar y profundizar su significación y desarrollar sus implicaciones.

A título de contribución elemental séanos permitido indicar algunas formas de variación de la población que se encuentran incluidas en la categoría de proceso. En primer lugar, el crecimiento de la población es un proceso en el tiempo. En efecto, el modo de agregarse los elementos que la componen y su número, creciente o declinante, no se reduce a una mera suma matemática, no se hace por yuxtaposición de nuevos componentes a los existentes, sino que envuelve una complicada trama de relaciones internas, en cuya virtud los elementos acrecentados no se juntan *desde afuera* a los presentes en un determinado período de tiempo, sino que son engendrados por éste. Esta relación de producción de los nuevos elementos por los anteriores, aquello que hemos llamado *producción de la existencia*, tiene la naturaleza de proceso porque manifiesta una conexión interna entre el elemento antiguo y el nuevo, en razón de la cual las condiciones de la realidad del primero determinan en gran parte el surgir del segundo. La agregación de los elementos adventicios no es obra de fuerzas externas, sino de los elementos existentes, por efecto de una determinación que surge de ellos mismos, y aunque envuelta por condiciones exteriores que modifican la acción determinante del procreador, no se imponen sino condicionan, en acción recíproca con el sujeto a que se refieren. El aumento de la población actual por el nacimiento de nuevos seres humanos no deriva de una necesidad mecánica, sino de una ley interior al conjunto, que, en parte, tiene regulaciones sociales, y, en parte, se debe a la libre decisión de la voluntad individual. La medida de la población que se establece en censos periódicos y, en cuanto a su variación, en el registro civil no debe confundirse con las medidas de tipo propiamente cuantitativo,

porque en virtud de la complementación necesaria, de la interpenetración recíproca de los aspectos cuantitativos y cualitativos de un conjunto humano, la expresión *dimensión* aplicada a las poblaciones tiene antes el valor de una metáfora que un sentido matemático riguroso. La *dimensión* representa aquí la medida de una cantidad flotante, y expresa en esencia, no el número de elementos de un conjunto, sino un momento en el proceso de su transformación. No tiene significado estático. Según respetables demógrafos, la *dimensión* de una población jamás puede ser fijada con rigor; y la razón de esta imposibilidad está en que su sentido es eminentemente dinámico, por referirse a un colectivo en movilidad. Es un valor relativo al instante, y, aún así, sometido a tantos factores de imprecisión, que sólo sirve como referencia teóricamente indirecta, aunque en la práctica imprescindible, para la determinación del estado, del movimiento de las masas humanas.

El carácter de proceso es aquí evidente, no solamente porque se trata de concebir un objeto en constante variación, sino por las características originales y definidoras de tal objeto: que es determinado, en parte, por la realidad actual, y, que, en virtud de una ley interna, su estado presente engendra el estado futuro, condicionando las circunstancias objetivas, la etapa social y cultural en que vive el hombre creador del hombre, las posibilidades y el modo de actuación de los factores internos. La población crece por la reproducción de nuevos miembros en número superior al de los que desaparecen; éste es el aspecto meramente biológico del crecimiento, dejando de lado los movimientos migratorios. El excedente poblacional deriva de la actividad conjunta, y mutuamente condicionada, de los factores internos, que en cada individuo, en cada familia impulsan a la procreación, y de los factores externos que favorecen o desaconsejan tal incremento. Tomada en sí misma cada una de estas líneas de factores, constituye un proceso aparte, relativamente independiente; lo importante está en comprender que su obligatorio entrelazamiento para aumentar la población, tiene igualmente las características de un proceso en el tiempo, de un proceso por eso más complejo, de orden superior, cuyos elementos son por sí mismos procesos. Esta condición exige, como se ve, un tratamiento lógico dialéctico, pues se trata de representar conceptualmente y de interpretar el curso de un proceso de procesos.

Gran parte del esfuerzo de la investigación demográfica no ha tenido otro objetivo sino describir, apurar e intentar explicar esta correlación entre las dos citadas líneas de factores. Por eso la demografía, aun cuando no tuviera clara conciencia metodológica de ello, se ocupaba de estudiar procesos y de comprenderlos. Las posiciones sociales favorables no son la causa del aumento de la población, porque la definición de lo que sea *condiciones favorables* es, en gran parte, subjetiva, opinable y se hace *a posteriori*: lo que en ella hay de objetivo tiene que ser medido y juzgado por varios aspectos, uno de los cuales es preci-

380 samente el de propiciar el aumento de la población. De este modo, el concepto de *condiciones favorables* al incremento demográfico, o se establece arbitrariamente, o se torna una tautología. En verdad, la definición de este concepto supone el estudio del proceso de la población en la perspectiva histórica. Si tomamos una realidad física o geográfica, descrita como propicia al desarrollo de la especie porque presenta condiciones juzgadas capaces de producir tal efecto, como disponibilidad de espacio, fertilidad del suelo, clima, relieve, ubicación, etc., no por eso se seguirá que una población colocada en tal ambiente deba reproducirse con elevado ritmo, porque a estas condiciones exteriores, indudablemente de valor positivo, deben sumarse las sociales y políticas, para formar la totalidad del contorno objetivo dentro del cual van a actuar, con la relativa libertad que les es inherente, los motivos existenciales, subjetivos, que constituyen el otro proceso, el de los factores internos de crecimiento de la población. Una tierra puede ser amplia y feraz, y, con todo, estar habitada por un grupo humano que crece lentamente, si la etapa cultural en que éste se encuentra es, por ejemplo, tan primitiva, que no le permite cuidar de numerosa prole joven e improductiva, practicándose el infanticidio de los presuntos incapaces, porque el grupo, por sus técnicas productivas, no domina la naturaleza lo necesario para crear excedentes de recursos con que mantener unos miembros sólo consumidores.

Las variaciones del volumen de la población, como consecuencia de cataclismos, epidemias, guerras, hasta en sociedades desarrolladas, no pueden extenderse estableciendo una relación causal directa, mecánica, entre tales sucesos y los cambios en la cantidad de la población. Se hace indispensable que intervenga la noción de *proceso*, pues solamente así se tendrán las ideas categoriales para aclarar el fenómeno de la acción nefasta de los acontecimientos físicos destructores sobre el comportamiento y la dinámica de las masas humanas. Es sabido que demógrafos de los más competentes (Eversley, Glass) han señalado el desfaseamiento existente entre las alteraciones de la realidad física o social y sus consecuencias en la dinámica de las poblaciones. La sorpresa y la incompreensión que a este respecto demuestran, indican que esperaban establecer un nexo causal, mecánico, irreversible, entre los dos órdenes de hechos, y al resultarles imposible, se muestran perplejos. Si dispusieran del instrumento lógico adecuado, que se resume en la idea de proceso, comprenderían que entre la serie de los factores exteriores y la de los interiores se da una complicada trama de acciones correlativas, y que todo este conjunto no constituye un factor causal determinante final, sino sólo condicionante del proceso de la población, que tiene que contar siempre con las motivaciones subjetivas, existenciales, que actúan en el plano más íntimo de la ley que rige el desarrollo general.

Las dificultades con que hasta hoy se ha enfrentado la demografía

en busca de lo que llama la *ley* o *principio de la población*, provienen, a nuestro juicio, de que los estudiosos del tema pretenden lo imposible; o sea, resolver un problema planteado en términos erróneos. Si partimos del concepto de determinación mecánica, formal, del volumen de la población, inquiriremos toda especie de condicionamientos objetivos y subjetivos; la propuesta de un tipo de ley o de otro diferente, sólo es cuestión de preferencia en la elección de los antecedentes condicionantes, y de imaginación al concebir su modo de operar. Así, para un estudioso será la falta o la abundancia de recursos el factor regulador de la natalidad, pues supone que la miseria social frena la procreación; para otros, más inclinados a los datos subjetivos, serán las creencias religiosas, o los estímulos de las ideologías políticas, que actuarán, sea restringiendo, sea expandiendo la fecundidad. Es fácil ver, sin embargo, que tales intentos no llegan a adquirir valor universal, y casi siempre no representan más que ambiciosas inducciones a partir de una limitada base de hechos, que incurren en el error de establecer en términos lógicos inadecuados el problema que procuran resolver. El descubrimiento de la categoría de *proceso* aniquila estas tentativas de someter a una ley o principio los fenómenos constatados. La aceptación de tal categoría lleva al estudioso a comprender, desde el comienzo, la imposibilidad de fijar una ley o principio de validez universal y aplicación segura. En efecto, el carácter definidor del proceso es la variación de los estados objetivos de la realidad que lo constituyen de acuerdo con una razón interna, la cual, aunque siempre lógica, no puede ser aprehendida *a priori*, sino conocida en sus efectos; el momento presente del proceso expresa siempre una totalidad de estados pasados de los cuales sólo aproximadamente, y con limitaciones que tienden a disminuir, pero que no se extinguen, nos es dado pasar a la previsión de los estados futuros. Cuando, por ejemplo, se afirma que la carencia de medios de subsistencia entra en conflicto con la multiplicación ilimitada de la especie, tomando como criterio los intereses del bienestar humano, lo que se expresa efectivamente, dando por supuesto que se documentara esta hipotética relación, es que la carencia de medios de subsistencia verificada en diversas épocas pasadas hubiera tenido este resultado. La falta de consideración del proceso lleva a substantivar los que no son más que datos fenoménicos, y, por tanto, adjetivos, de una realidad en movimiento.

Las leyes formales del tipo de las que hasta aquí se han sugerido adolecen del error de suponer la repetición monótona del tiempo, la invariabilidad substancial de las situaciones, que deberán ser en lo presente y en lo futuro lo mismo que han sido en lo pasado, y deberán ejercer ahora y más tarde iguales efectos que se supone han producido en épocas anteriores. Esta manera de pensar representa la negación frontal del concepto de proceso, el cual, como hemos dicho, incluye entre

sus notas inteligibles el surgimiento de lo nuevo, el salto cualitativo, la emergencia de cualidades inesperadas. La equivocación de los raciocinios fundados en el paralelismo de las dos curvas, la del incremento de una población y la del aumento de los respectivos medios de subsistencia, deriva de atenerse al pensamiento formal, y sólo tienen la utilidad de ejemplificar los inconvenientes de esta actitud metodológica. Si asumimos la perspectiva del proceso, todo el cuadro cambia. Desde luego, se reconocerá que no es lícito establecer una correlación sencilla entre las dos series citadas, y de ella concluir que si la humanidad no disminuye el ritmo de su proliferación, camina inevitablemente hacia el pauperismo. Hemos procurado explicar que no está en juego una serie única de causas, o una correlación sencilla entre dos series, sino varias, y de naturaleza cualitativamente distinta. El efecto de cada una sobre la curva del crecimiento de la población no puede ser aislado sino formalmente, lo que equivale a decir ilegítimamente, por el pensamiento abstracto, que se desvincula de lo real para considerar aparte un aspecto o dato que de hecho sólo tiene existencia y significación en el conjunto a que pertenece. Todas las series de factores actúan en íntimo entrelazamiento, y más: la serie considerada como resultado, la de las etapas del crecimiento de la población, es, también, un factor determinante de sí misma, por cuanto el volumen del grupo en cada momento actúa como factor incidente y determinante del volumen en los momentos siguientes.

El concepto de proceso, invocando la totalidad de la realidad y la conjugada acción motora de sus diversas líneas de factores, excluye, como simplismo intelectual, el enfoque metodológico que establece un paralelo entre los ritmos de variación de aquellas dos series citadas. La realidad objetiva es infinitamente más rica y complicada que lo que seguramente pensaban los autores que elevaron las conclusiones sacadas del análisis del paralelismo entre tales series a la categoría de *doctrina demográfica*. No puede haber doctrina sin el correcto procedimiento metodológico, y éste, en el caso, sólo puede ser el que parte del empleo de las categorías lógicas adecuadas para aprehender la realidad del crecimiento de las poblaciones, valiéndose primordialmente del concepto de *proceso*. La noción de *medios de subsistencia*, que la demografía clásica y corriente emplea como idea abstracta, y, por tanto, como si poseyera un contenido invariable, es, muy al contrario, un concepto cuyo contenido sólo puede ser determinado con precisión en función de la etapa histórica a que se refiere. En consecuencia, dada esta variación del contenido, el concepto no presenta formalmente un significado uniforme. Obsérvese que no se trata del concepto económico de *productividad*, el cual también en sí mismo es puramente histórico. La razón es más profunda. Los medios de subsistencia son relativos a las exigencias del grupo humano en cuestión y no sólo se determinan

por causas físicas o económicas, sino igualmente por factores supra-estructurales que se instituyen sobre esa base. Así, demógrafos como Eversley reconocen la influencia de las instituciones legales sobre la población en el curso de la historia. Las leyes reguladoras de la posesión y transmisión de las propiedades agrarias, las de la herencia, la primogenitura, los derechos de minorías privilegiadas, así como las clases detentadoras de los bienes de producción, los eclesiásticos, los aristócratas, etc., son factores que influyen en el crecimiento de la población en sentido positivo o negativo, porque son elementos del proceso histórico, en el cual esos agentes institucionales condicionantes se superponen a los factores sencillamente materiales o económicos que constituyen los medios de subsistencia.

En verdad, tales medios se refieren, no a la población en general ni a una población en particular, sino a los estamentos, clases y grupos internos en que se encuentra dividida. Lo que para un grupo o clase representa concretamente medios de subsistencia porque están a su alcance y le permiten sobrevivir, consumiéndolos, deja de serlo para otro grupo, dentro de la misma población, al no tener acceso a esos bienes, por motivo de la posición social diferente que ocupa. La distribución de los medios de subsistencia entre la población revela la intervención de un factor nuevo, de naturaleza social y política; y, por tanto, la idea de la disponibilidad de recursos, definida por el simple hecho de existir en el ambiente o por la mera posibilidad de ser creados por el progreso de la técnica, nada dice sobre su efectiva influencia en la dinámica de la natalidad, ya que lo esencial, que es el modo de apropiación de esos bienes por el hombre, por la familia que debe reproducirse, el dato decisivo, que es la indicación de *quien* se apropia de los recursos existentes, depende del aspecto social y político superpuesto a la simple existencia o disponibilidad de los recursos materiales. La modalidad de distribución de los bienes de subsistencia, o sea, la forma de acceso a ellos, su apropiación por parte de los individuos, es un hecho de orden exclusivamente social, y depende de la estructura de la sociedad, resultando así eminentemente histórico. El concepto de *bienes de subsistencia*, que, supuestamente, serían los únicos determinantes del crecimiento de las poblaciones, sólo adquiere, pues, sentido en la perspectiva del proceso de su producción, porque éste envuelve tanto el lado material, la presencia de los recursos y materias primas, como el lado social y político, el sistema de relaciones entre los hombres, en la ejecución del trabajo productivo, comprobándose que la noción de proceso está contenida en el corazón de este tema capital de la demografía. Si los medios de subsistencia producen la población, ésta, a su vez, en la totalidad de los aspectos de su realidad, materiales y subjetivos, produce los medios de subsistencia. Para entender esta implicación recíproca, se hace indispensable la noción de proceso, ya que una imagen formal nos mostraría sólo una sucesión lineal de datos y

184 nos conduciría a conclusiones abstractas, con la inevitable disminución de la riqueza de contenido inteligible que tal proceso ofrece.

No sólo la discusión del problema del crecimiento cuantitativo de las poblaciones descubre la naturaleza lógica de proceso de que se reviste este movimiento. Otras características las confirman. Así, debemos mencionar, en segundo lugar, después del aspecto de la multiplicación, el de la substitución de los elementos. Se trata de otro rasgo objetivo de gran importancia, que contribuye a dar a la dinámica de la población la naturaleza de proceso. Una población crece o disminuye, no porque se agreguen o retiren mecánicamente un cierto número de componentes, sino porque éstos son substituidos por otros, con un ritmo que puede conducir, sea al aumento, sea a la disminución del total. La población se forma de seres vivos, que, como tales, tienen una duración variable, individual o colectivamente. Como la capacidad reproductiva ocupa apenas una parte de la duración de la vida, se sigue que un gran número de individuos actualmente existentes están excluidos de la posibilidad de engendrar a otros semejantes, que vengan a ocupar su lugar cuando desaparezcan, sea porque son todavía demasiado jóvenes para ejercer la función procreadora, sea porque sobrepasaron la edad fisiológica en que es dable ejercerla. En consecuencia, una población se reproduce mediante una parte sólo de sus miembros, aunque entre éstos, tomados en un corte del tiempo, figuren los que ya han contribuido en lo pasado a la reproducción del grupo. Como, por la mortalidad infantil y juvenil, una buena parte de los elementos actuales jamás tendrán oportunidad de reproducirse, se concluye que un rasgo específico de los conjuntos poblacionales es la substitución de sus elementos por la acción de una parte de los miembros que los constituyen, los cuales, en una visión idealizada, se puede decir que se especializan en la función de mantener y multiplicar la existencia del conjunto. Si la población aumenta en relación al total actual por la acción de una parte, se sigue que ésta deberá engendrar, no solamente una cantidad de substitutos igual al suyo, sino mayor que el número del conjunto total de que es parte.

El crecimiento o la disminución voluntaria del todo es efecto de este juego existencial de reemplazos que poseen las características de un proceso en el tiempo. De un lado, hay individuos que no contribuyen a su propia substitución, y, sin embargo, tendrán que ser reemplazados; y de otro, los que contribuyen a su substitución y a la de los que no se substituyen a sí mismos.

Durante algún tiempo conviven el individuo que va a ser substituido y su substituyente, y éste, en cuanto no engendra a otro elemento, funciona como substituto de un elemento que no pudo procrear. Tal es la razón por la cual la multiplicación del conjunto no se hace por una serie matemática, lineal o geométrica, sino que, en efecto, estamos aquí en presencia de un fenómeno de orden existencial, al cual, sin duda,

es posible aplicar el cálculo, pues se trata de colectivos numerables, pero el procedimiento matemático no consigue alcanzar su esencia y sólo algunas de sus características exteriores, la medida del volumen y demás correlaciones numéricas, que encubren la realidad esencial, la substitución de los elementos por efecto de la generación de unos por otros. No siendo inmediata la substitución, el colectivo crece o decrece, según los aumentos cubran el déficit representado por los no reproductores, por los incapacitados de substituirse. Lo que es inequívoco es la naturaleza de proceso de este movimiento. Ante todo, porque el tiempo es el factor decisivo en que se apoya; pero hay que considerarlo aquí, no ya en la acepción cronológica, en cuanto períodos mensurables durante los cuales se completa la substitución de cierto volumen de la masa humana por otro, sino igualmente en la biológica, como duración de vida media del individuo, y todavía, más restringidamente, en el sentido del tiempo fisiológico, pues sólo parte de esa duración corresponde a la fase fértil.

En todos estos aspectos, el tiempo es la variable básica para caracterizar el proceso poblacional. Además, la calidad de proceso se revela por el modo como se ejecuta la substitución. Los substituyentes proceden de los substituidos, y a su vez engendrarán a aquéllos que los van a substituir. Tenemos ahí claramente la imagen de un movimiento que procede de sí mismo, que se impulsa a sí mismo, en que los estados sucesivos son causados por los precedentes, lo que obliga a admitir la existencia de una ley interna, de una relación lógica inmanente al conjunto, que va a constituir la característica decisiva del proceso. La capacidad que una realidad determinada tiene de extraer de sí sus estados sucesivos, obedeciendo a una determinación interna, es lo que define propiamente un proceso. Cada cohorte poblacional representa simultáneamente el colectivo de los substituidos y el de los substituidores, el de los engendrados y el de los engendrades. Estas dos calidades, para la mayor parte de los miembros del colectivo, pueden ser entendidas desde el punto de vista individual, como unidas en el mismo elemento, y desde el punto de vista colectivo, como separadas en elementos distintos. En esta coincidencia de caracteres opuestos manifiéstase claramente la necesidad del tratamiento dialéctico para la completa comprensión del fenómeno de la renovación, ampliación o disminución de las poblaciones, porque tal renovación se da por un procedimiento de substitución, no mecánico, como si sacáramos un objeto de un lugar y en él colocáramos otro, sino dialéctico, en el sentido en que es el propio elemento el que se substituye por otro, pues transporta consigo la fatalidad de la caducidad y perecimiento; pero, al mismo tiempo, como negación de esta negación de sí, está dotado de la capacidad de engendrar el nuevo elemento que ocupará su lugar. Si esta es la esencia del movimiento, lo que por sí solo sería suficiente para con-

186 ferirle las determinaciones del proceso, su realidad es inmensamente más compleja, pues no se trata de una substitución ni inmediata ni unívoca, como sería si a todo elemento correspondiera únicamente otro, que proviniera de él. La dinámica del proceso se amplía por la naturaleza biológica y fisiológica de los fenómenos que lo integran y, además, por la influencia del conjunto de factores objetivos y espirituales que actúan sobre ellos.

La naturaleza de proceso todavía se acentúa más porque en el caso de las substituciones no se produce la repetición monótona del pasado, sino que emergen características nuevas, tanto en el dominio de la cantidad cuanto en el de la calidad. Cuantitativamente, la población crece o baja según el balance, positivo o negativo, de la capacidad de reposición que cada cohorte poblacional posea. Las tasas de variación de esa cantidad sólo podrán entenderse utilizando la idea de proceso, que ilumina la obtención y la interpretación de los resultados numéricos. Pero sobre todo desde el punto de vista de las variaciones de la cualidad, el fenómeno de la substitución de las cohortes se revela un proceso histórico. Nos referimos sólo a dos tipos de variaciones cualitativas que se dan en el curso de las substituciones: a) alteración de la funcionalidad, y b) alteración de la edad de las poblaciones. El primer aspecto se refiere a las características del ejercicio vital que todo individuo está obligado a ejecutar, al participar de la actividad social por el trabajo. Por la manera como adquieran los medios de sustentación de la existencia, se establecen las diferencias de función entre los miembros de la comunidad. El fenómeno llamado de la distribución de mano de obra, no es sino un caso particular de este aspecto que estamos analizando. En general, por la necesidad de trabajar para mantener la vida, y la evidente circunstancia de que todo trabajo se ejecuta en determinado medio físico, con determinados instrumentos de acción sobre el mundo, en cierto régimen de distribución y de apropiación de los productos, el individuo asume en el espacio social y cultural un valor y una función peculiar. Si consideramos la cohorte toda a que pertenece, comprobaremos que ésta, al substituirse por la siguiente, no repite el cuadro de la precedente. Los individuos substitutos poseerán, en términos generales, una funcionalidad distinta de la anterior. No sólo se altera el volumen de elementos ocupados por categoría de trabajo, sino que éste cambia de cualidad, apareciendo modalidades nuevas, originales. Esta modificación es obra del proceso de evolución social, que determina el agotamiento de ciertas formas de producción, con las respectivas relaciones entre los hombres, y su substitución por otras, en las cuales se verifica otro modelo de distribución de las fuerzas de trabajo. Sobre este proceso social se desarrolla otro, más especializado, el del progreso en los instrumentos de explotación y transformación de la naturaleza, con las correspondientes técnicas de

aplicación. Así, el cambio de los instrumentos de trabajo se refleja en la estructura social, obligando a los diversos grupos en que se divide la actividad de trabajo a cambiar la proporción en que figuran en el cuadro local y a alterar la intensidad y calidad de su influencia en la acción colectiva.

En cada época la sociedad exhibe un panorama de distribución de las normas de trabajo que condiciona, por su dinámica interna, la distribución en la época siguiente. Este condicionamiento tiene la naturaleza de un proceso. En efecto, en cada sistema de producción los instrumentos y las técnicas más adelantadas de la época van a determinar, por haber llegado al límite de la capacidad productiva y por las sugerencias que abren al espíritu inventivo las que las substituirán, como expresión de la posibilidad humana máxima, de actuar sobre la realidad natural de producir, en un tiempo subsiguiente. La relación entre esos dos momentos es la expresión de la ley interna que los liga. No deriva de la casualidad ni de la espontaneidad del genio imaginativo, a no ser en los mecanismos subjetivos. Si no fuera por las bases materiales ofrecidas por el estado de desarrollo de las técnicas y de los instrumentos de trabajo, en determinado momento, simultáneamente con la percepción de sus imperfecciones, y con el deseo de alcanzar mejores resultados, el espíritu creador carecería de fundamento.

El concepto de proceso se manifiesta así indispensable para entender el cambio en la funcionalidad humana de explotar la naturaleza, de que cada cohorte poblacional es capaz. La evolución del trabajo es uno de los aspectos más significativos de la substitución de los elementos del colectivo demográfico. Es preciso que el estadístico, al recoger los datos que se refieren a este movimiento, lo haga con el pleno empleo de esta categoría lógica, pues solamente así se mostrará capaz de percibir la diferencia de la situación entre dos cortes sucesivos del tiempo, no como exclusiva variación cuantitativa, como diferencia bruta, sino como valor cualitativo, en el sentido de que expresa el proceso histórico que tiene lugar en la comunidad que estudia. No interesarse por este dato, conduciría al empobrecimiento de la visión teórica del científico, que dejaría el aspecto cuantitativo sin el cualitativo, cuando es la unidad de los dos la que posee el significado esencial del fenómeno. Ni debe el demógrafo alegar que estas conclusiones corresponden a otras disciplinas, a la sociología o a la historia, porque no se comprende que no desee tener la concepción global de su objeto de estudio y no se juzgue capacitado para aprehenderlo. Admitir lo contrario es condenar a su ciencia a ser un oscuro capítulo de otras, y renunciar a una investigación que de derecho le compete. La conciencia demográfica tiene que ser, como la de los demás científicos, completa, en la acepción de estar provista de las categorías lógicas indispensables para abarcar la totalidad de aspectos en que se revela su objeto. Entre

188 las principales categorías figura la de *proceso*, según hace comprender el análisis cualitativo de los cuadros sucesivos de la distribución funcional del trabajo, en una determinada sociedad. Es una de las facetas del proceso de substitución de los elementos, que no consiste en una pura reposición de unos individuos por otros, de los vivos por los muertos, sino que consiste en el avance del conjunto, en el desarrollo de las formas de producción, que pasan de un estado más pobre y atrasado a otro más rico y complejo. La sensibilidad para la alteración cualitativa de la sociedad, que tiene lugar como consecuencia del proceso material de substitución de los individuos, debe ser una de las dotes específicas del demógrafo que tenga conciencia crítica del trabajo científico.

En otro aspecto de la realidad de la población se manifiesta la naturaleza de *proceso* que posee la substitución de sus componentes. Nos referimos a la modificación representada por el envejecimiento de las poblaciones. Tocamos aquí un asunto que viene siendo objeto de reflexiones teóricas y de encuestas censales, que despiertan cada vez mayor interés en los demógrafos. Hace mucho se sabe que la distribución por edades de los individuos de una población tiene una significación más representativa de la realidad que el exclusivo recuento de ellos. La razón de este hecho es que, con el examen de la edad, se introduce en la pesquisa demográfica el carácter de cualidad que el censo bruto, como mera suma, revela. Surgen así las nociones de *poblaciones jóvenes* y de *poblaciones viejas*, que poseen mucha más importancia para representar las posibilidades de crecimiento demográfico, inclusive cuantitativas, y de expansión del desarrollo económico y cultural de la comunidad, que las medidas volumétricas. El análisis de este concepto prueba que se trata de una noción compleja, que encubre bajo el mismo nombre de *envejecimiento* una serie de aspectos y realidades completamente distintos. El concepto de envejecimiento, es en sí ambiguo, y con razón dice Louis Chevalier: "La propia noción de envejecimiento es rechazable. No se debería hablar de envejecimiento, pues éste comienza antes del nacimiento y vivir es envejecer; el poder de multiplicación celular comienza a decrecer en el curso de los primeros estudios de embriogénesis".¹ Desde nuestro punto de vista, no sólo por este aspecto fisiológico se revela indefinido el concepto, y, en rigor, ambiguo. Con el nombre de envejecimiento lo que fundamentalmente se menciona es la realidad esencial del hombre de ser un ente incluido en el curso del tiempo, y tener conciencia de ello. El fundamento real de la noción de *envejecimiento* es la temporalidad existencial del hombre, como ente material sujeto a las formas de alteración de la realidad. Dotado de conciencia de sí y del mundo circunstante, se torna capaz de elevar esa temporalidad,

¹ Louis Chevalier, *Démographie Générale*, págs. 102, 103, 104.

que es sólo la durabilidad ilimitada en el tiempo, a la condición de auténtica historicidad.

La demografía percibe el carácter impreciso de la noción *envejecimiento* por dos caras que Louis Chevalier llama *demográfica* y *humana*. Nos parece que tal distinción no agota todos los aspectos de este concepto. Hay, sin duda, un envejecimiento demográfico, como calidad de toda una población, que se expresa por la variación de la proporción en que en ella figuran los elementos de edad más avanzada. Es el aspecto que se significa censalmente por el dibujo de la pirámide de edad. Se puede utilizar asimismo la división de la población en clases por intervalos de edad, y con eso se obtienen datos que permiten la fácil comparación entre la realidad de dos países. Cuando se dice que Francia, y de modo general, los países altamente desarrollados, tienen una población vieja, en comparación con los subdesarrollados, que se caracterizan por la juventud de su masa humana, estamos tomando el concepto por el aspecto demográfico. Al lado de éste, es preciso colocar la noción de *envejecimiento humano*, como distintivo de cada elemento del grupo poblacional. Con el pasar del tiempo, todo hombre se va tornando más viejo, y ese proceso, medido en la dimensión cronológica, se manifiesta por un complejo de fenómenos fisiológicos y psicológicos señalado por la declinación y pérdida de la capacidad funcional orgánica, la disminución del poder de trabajo intelectual, de la fuerza muscular, etc. Entre las dos modalidades de envejecimiento existe evidente correlación, pero la comprensión de ésta no parecen haberla hecho con precisión ni siquiera eminentes especialistas. Así, dice Louis Chevalier: "El envejecimiento humano es el aspecto cualitativo de un estado de la población, del cual el envejecimiento demográfico da el aspecto cuantitativo". Y: "La población envejece fisiológicamente porque envejece demográficamente y porque la esperanza de vida ha aumentado".

Ambas frases contienen, a nuestro modo de ver, un error, resultante del incorrecto empleo de las categorías de *cantidad* y *cualidad*. En primer lugar, si aceptamos, como es conveniente, la diferenciación entre las dos modalidades de envejecimiento, la demográfica y la humana, es preciso admitir que *envejecimiento* es siempre una alteración cualitativa. Por consecuencia, no es razonable decir que en un caso representa el aspecto cualitativo y en otro, en la perspectiva del envejecimiento demográfico, "da el aspecto cuantitativo". El hecho de que en este particular aquel fenómeno sea apreciado estadísticamente no altera la esencia de la característica investigada. Se mide estadísticamente porque se trata de hallar en un conjunto un valor determinado. Pero éste es tan cualitativo como el envejecimiento individual, que es también un cambio de calidad del ser humano por efecto de su perduración en el tiempo. La segunda frase citada merece igualmente reparos, pues en vez de expresarse una verdad, su inversa es la que nos

parece verdadera. La población no envejece fisiológicamente porque envejece demográficamente, sino, exactamente al revés, envejece demográficamente porque envejece fisiológicamente. Si así no fuera, tendríamos que suponer que el colectivo subsiste en sí, aparte, independiente de los miembros que lo constituyen y determinante de los elementos que lo componen. Ahora bien, la evidencia indica que estos entes tienen existencia real y, por tanto, precedencia lógica, mientras la población es sólo un ente objetivo lógicamente derivado, resultante de la existencia y unión de sus elementos, suponiéndolos necesariamente por éllo. Lo razonable es admitir que las cualidades pertenecen originariamente a los entes reales individuales y sólo en sentido traslaticio es lícito extenderlas al ser concebido como un colectivo objetivamente formado por los primeros. En consecuencia, si la noción de envejecimiento es cualitativa en relación al hombre, tiene que serlo igualmente en relación al conjunto formado por los individuos. El envejecimiento de éstos fundamenta el del colectivo. No creemos que los dos aspectos en que se desdobló el concepto agoten su contenido. Nos parece que deben mencionarse otros. Queremos apuntar, al lado del envejecimiento humano y del demográfico, un tercer tipo, que llamaríamos *envejecimiento social*. Con él indicamos que no existe el criterio absoluto, fijo, abstracto, para definir el concepto de *viejo*, aplicado a un individuo o a una población. La noción de *viejo* está en gran parte determinada por la etapa del proceso histórico vivido por una comunidad. La duración media de la vida individual ya se sabe que es función del grado de desarrollo de la comunidad. En principio, no es posible predecir el límite máximo que alcanzará la existencia individual. Cuando, en poblaciones del pasado se verificaba una vida media de 30 años, por ejemplo, que todavía rige en comunidades y áreas subdesarrolladas, la presencia en aquellos tiempos de hombres con 50 años, o poco más, definía la vejez de la población en tal época. Lo que hoy entendemos como *edad avanzada*, que caracteriza el envejecimiento demográfico del conjunto, es la que representa para nosotros, ahora el límite superior medio de vida en función de la etapa social más desarrollada actual. Esta duración sirve de patrón para apreciar las escalas de edad en otros grupos sociales, pero nada tiene de absoluta en sí misma. Si imaginamos que dentro de un siglo o más, los hombres vivirán hasta la edad de 150 años, una población, que en tal época futura, tuviera un amplio predominio demográfico, de miembros de 50 ó 60 años de edad, será considerada joven, mientras con criterios actuales estaría envejecida.

El concepto de *envejecimiento* tiene que ser apreciado desde el proceso social, tomando en cuenta la etapa que éste alcanzó y las circunstancias que objetivamente la determinan. Esta observación es importante por dos consecuencias de orden teórico, a saber: una se

refiere a la ingenuidad de comparar cuadros de edad de poblaciones en etapas históricas distintas. El demógrafo que las practica sin la necesaria mención del desnivel histórico, inconscientemente da valor absoluto a la situación favorable de que gozan las naciones económica y socialmente más desarrolladas. Por efecto de este juicio, que revela el típico metropolitanismo de la mentalidad del país desarrollado, la situación de las poblaciones menos desarrolladas se carga de tonos desfavorables, entre ellos la propia *juventud* que posee. Como la población históricamente superior a la cual pertenece en general el científico, es una población *vieja*, se sigue, por deducción ingenua, que la juventud de las poblaciones subdesarrolladas representa uno de los aspectos de su atraso, y es, por tanto, una deficiencia, un peso que debe ser corregido, por la ascensión del nivel de duración medio de la vida, al costo del doble mecanismo de alargar la vida individual y el descenso colectivo de la natalidad. No por ser lógicamente incorrecta e ingenua deja de tener esta conclusión graves consecuencias sociales y políticas. Conducirá a recomendar como medio de elevación de los patrones sociales, entre otros recursos, la restricción de la natalidad, con el fin de disminuir la *juventud* del conjunto. La *vejez* se convierte así en un valor, y peor que eso, en un valor absoluto, no sólo en la escala de la apreciación cronológica, sino en la escala de la valoración social. No se percibe el carácter siempre relativo de todas las edades, ni se reflexiona en que los viejos del pasado son los hombres de mediana edad hoy, como sin duda, los actuales viejos serán juzgados individuos maduros de una época que, tal vez, no esté demasiado distante. Lo grave está en que este punto de vista, disociando el fenómeno de la duración de la vida de sus soportes sociales y de su localización en el curso de la historia, conduce a un juicio de valor sobre la edad de las poblaciones subdesarrolladas, sin percibir, por un lado, que las grandes masas de miembros infantiles y adolescentes constituyen precioso capital humano y poderosa fuente de saludables presiones sociales para alterar las estructuras que determinan la etapa del retraso en que vive el grupo; y descuidando, por otro lado, que el crecimiento de la duración media de la vida, como dato social que es, tendrá que resultar de modificaciones en la estructura de la sociedad, especialmente de alteraciones del régimen de trabajo y de las relaciones a él pertinentes.

Respecto a este segundo ángulo, nos parece que el error más pernicioso de la conciencia demográfica ingenua está en lo que llamaríamos su *demografismo*, o sea, el modo de pensar que, por un procedimiento lógico incorrecto, coloca el resultado antes de la causa, sin ver que el cuadro demográfico es siempre el aspecto fenoménico de una realidad substancial profunda, las condiciones concretas de la existencia humana. Como éstas contienen en su esencia el modo y las relaciones de trabajo dominantes en la sociedad, se sigue que la apa-

392 ciencia demográfica y los movimientos que en ella se observan son apenas manifestaciones de tales relaciones. La equivocación de los analistas ingenuos está en privilegiar el concepto de vejez, que, evidentemente constituye el estado a que todas las sociedades aspiran a llegar, pues la perfección de la vida implica naturalmente la idea de que es deseable su mayor alargamiento. Por oposición, las sociedades jóvenes son juzgadas inmaduras. Insensiblemente, la baja edad media de la población aparece como disvaliosa. Lo cierto es que el aumento de las masas seniles constituye, por su incapacidad productiva, un peso para la sociedad y debería llevar, por el mismo raciocinio *demografista* a que hemos aludido, a concebir como tarea de la ciencia demográfica establecer la tasa máxima ideal de viejos en la población, pues un aumento de éstos resulta tan gravoso como el de los elementos infantiles. Estas ponderaciones son representativas del tipo de especulaciones a que se entregan los autores que incurren en la perspectiva de mero *demografismo*. En todo, lo que se nota es la falta de una reflexión que procure conservarse fiel a las bases objetivas de los problemas de que se ocupa, de los datos que manipula. Ahora bien, estas bases son sociales, es decir, elementos de un proceso histórico-cultural. Solamente con un raciocinio en función de este proceso se superará la atracción del demografismo, del pensamiento demográfico *puro*, no subordinado a la consideración de las condiciones sociales e históricas.

Si nos colocamos en la correcta perspectiva lógica, descubrimos un nuevo ángulo, todavía no mencionado, de la cuestión que nos ocupa. Nos referimos al hecho de que el envejecimiento de una población no puede juzgarse sólo en relación a las edades máximas que alcanza el conjunto. Si sabemos que la idea de *envejecimiento* es *relativa* e históricamente condicionada, no debemos privilegiar el extremo superior de la escala de edades y admitir que una población se torna más vieja por el incremento proporcional del volumen de ancianos que en ella existen. Desde la perspectiva relativista, cualquier edad humana es igualmente apta para dar la noción del envejecimiento, siempre relativo, del conjunto poblacional. Así, una población no es más vieja únicamente porque aumente en valor absoluto la cohorte de los elementos de máxima edad, sino que lo mismo ocurre si duplica, por ejemplo, la proporción en que en ella figuran los individuos de 1, de 5 ó de 10 años de edad. La reducción de la mortalidad infantil significa, desde luego, el envejecimiento de la población. Una población que posee dos veces más individuos de 20 años que otra, es ya, por ese hecho, más vieja, y tal carácter no depende de la comparación de las edades superiores o finales de sus miembros. Esta observación es importante, por cuanto refuerza las que hicimos antes sobre la relatividad del concepto de envejecimiento. Si nos disponemos a utilizar categorías axiológicas en la apreciación de las edades, con el mismo derecho podemos

valorar como altamente enriquecida una población que aumenta la masa de sus capas infantiles.

Lo que de hecho queremos significar es que las diferentes edades no constituyen por sí valores, ni pueden estimarse axiológicamente en relación a ciertas condiciones objetivas bien definidas. Son aspectos del proceso temporal en que transcurre la realidad biológica, social y existencial del hombre. En este último plano, el temporal se convierte en histórico, y, por eso, como nueva observación acerca de este tema, conviene mencionar que no nos parece lícito reducir al dato exclusivamente temporal, cronológico, la noción de edad. La duración de cada vida individual tiene, está claro, una dimensión cronológica, representada por el intervalo entre dos fechas, la del nacimiento y la del fallecimiento. Pero este tiempo personal, dentro del cual transcurren los procesos orgánicos y fisiológicos que caracterizan el envejecimiento, está situado en el conjunto general de la duración del mundo, que la sitúa en el plano de la historicidad. Así, una determinada edad de un individuo no manifiesta la totalidad de su contenido existencial concreto, porque no es el tiempo en sí mismo lo que cuenta, sino el tiempo históricamente localizado. Tener 20 años de edad en una fase de la historia y tener 20 años en otra, son cosas enteramente distintas en términos de posibilidades existenciales del hombre. Las perspectivas existenciales no se miden mencionando exclusivamente la edad cronológica, sino por su proyección en lo histórico. La fase en que se halla la sociedad a que pertenece cada individuo decide, en último análisis, sus posibilidades, incluida la de alcanzar edades propectas. Claro está que existe siempre el factor individual, las condiciones orgánicas de cada hombre, pero éstas ejercen sus efectos por medio de la etapa social vivida por la comunidad. Una causa que provoca la muerte de un individuo de tal edad en las condiciones sociales en que efectivamente se encuentra, tal vez pudiera ser suprimida si otras fueran las condiciones de la realidad vivida por tal individuo.

La noción de edad no puede analizarse sólo en sentido absoluto, por el número de años transcurridos, sino que debe ser colocada en el plano del proceso histórico en que figura el individuo. El envejecimiento, en sus manifestaciones orgánicas y psíquicas, del mismo modo que la sobrevivencia, en cuanto simple alargamiento de la vida, son conceptos que implican la mediación de las condiciones sociales, porque sólo en éstas se crean las perspectivas que determinan y permiten apreciar el carácter histórico de la duración de la vida. La función de sobrevivencia "representa el número de sobrevivientes de las distintas edades exactas, o sea, el número de individuos de una determinada generación ficticia que alcanzarían cada una de las distintas edades, sometidos a la mortalidad estudiada".¹ Este criterio revela claramente

¹ *Diccionario Demográfico Plurilingüe*, vol. esp., pág. 36.

394 el aspecto social del fenómeno. Porque no por casualidad algunos individuos sobrepasan la edad en que se hallan y alcanzan una más alta; y otros no. Aparte los factores endógenos, la situación concreta de la vida crea el cuadro que más directamente influye como determinante de la posibilidad de sobrevivir a un plazo razonable de expectativa de vida.

Estas reflexiones se ligan a uno de los aspectos capitales del problema demográfico general, que es el de la salud del individuo y de las poblaciones. A este respecto nada hemos dicho hasta aquí, porque escapa a nuestro asunto. Pero no es posible dejar de señalar la íntima conexión entre el campo de la demografía y el de la salud pública, porque la salud, como la edad, es una cualidad del individuo, y, colectivamente, de las poblaciones, que depende del proceso objetivo de la sociedad, participando de la relatividad que la perspectiva histórica impone a estos conceptos. La condición orgánica que en determinada fase histórica representa la salud, deja de ser tal en otra época, cuando el progreso del conocimiento médico e higiénico permite al hombre vivir en mejores condiciones personales. Sería necesario aplicar el aparato lógico categorial de que nos hemos valido hasta aquí, a los problemas de la salud pública, para obtener la confirmación del aserto anterior. Como no lo podemos hacer, queda sólo consignado el carácter lógico del *proceso* de que se reviste igualmente la noción de salud, igual que la de *envejecimiento*. Lo que caracteriza a ésta es la sucesión de los estados la existencia, cada uno de los cuales proviene de la totalidad de los anteriores. El hombre que envejece trae en sí, en cada momento de su vida, la suma de las influencias de todas las condiciones, acontecimientos y forma de vida anteriores. El hombre es un proceso en el tiempo cronológico en que le toca existir, así como en el tiempo social, histórico, a que corresponde la duración de su vida. Y entre las dos modalidades de tiempo hay una relación recíproca, de que resulta, como forma superior, la historicidad del existir. En efecto, al incorporar su duración individual a una duración envolvente que pertenece al mundo objetivo, el hombre, por razón de la conciencia perceptiva que aprehende su duración, prevé la futura, y se relaciona con el presente exterior a él, introduciendo en el tiempo en general, la calidad histórica. Al percibirse como momento de una duración que envuelve, que contiene la suya, engendra la perspectiva de lo pasado y de lo futuro en el tiempo de la realidad objetiva, en función de su presencia y posición en un determinado instante de éste. La historicidad es resultado, pues, de un modo de ser de la percepción del mundo por el hombre, porque la existencia individual y colectiva de éste constituye un proceso.

Falta todavía aludir a una faceta de este concepto que confirma el carácter indicado. Nos referimos al hecho de que las poblaciones manifiestan varias formas de desplazamiento en el espacio. Este rasgo

no es accidental, es constitutivo de su realidad. El mero acto de multiplicarse ya las obliga a extenderse, lo que significa ocupar nuevas áreas, contiguas o no a la anterior. Pero, independiente del lado cuantitativo, o como consecuencia de él, ocurren otras modalidades de expansión espacial, como las migraciones, que contribuyen, cuando se las aprecia desde el punto de vista de la lógica crítica, a dar a estos fenómenos la nota que los califica como *procesos*. Efectivamente, la multiplicación de la cantidad de los individuos, imponiendo la necesidad de ocupación de otras regiones, da como resultado importantes alteraciones de la cualidad de las poblaciones. La alteración de la cantidad no puede dejar de ser acompañada del cambio de la cualidad. El desplazamiento por efecto de migraciones, internas o externas, cualquiera que sea la causa, obliga igualmente a que las poblaciones que se asientan en otros territorios, o las partes de la población interior que emigran a otras comunidades, cambien de contenido cualitativo, dejen de ser lo que eran, y adquieran nuevos rasgos, a veces originales. Así surgen calidades distintas, insospechadas, en ocasiones en el conjunto de la población, por efecto de su crecimiento y consecuente desplazamiento en el espacio. Esta transformación de cualidades antiguas en nuevas, por una alteración de la cantidad, es un fenómeno sólo inteligible con el auxilio de categorías lógicas que explican y convierten en racional tal substitución de notas esenciales. Para eso sin embargo, es indispensable el concepto general de *proceso*, por cuanto en el curso de éste, como consecuencia de las leyes que lo rigen, principalmente la que expresa la caducidad de toda forma, que ya ha producido la plenitud de sus resultados útiles, la cantidad antigua, que condicionaba la cualidad antigua, se convierte en cualidad nueva, condicionando nuevas cualidades.

La aparición de caracteres originales en una población por causa de su multiplicación, deriva en cada momento de condiciones acumuladas en lo pasado, entre éstas las variaciones de volumen. Los diversos rasgos relativos al movimiento de las poblaciones y que, en síntesis, definen lo que se llama dinámica de estos colectivos, sólo se aprehenden y explican lógicamente cuando los apreciamos bajo la categoría general de *proceso*. En efecto, este concepto nos permite establecer la permanente relación de las variaciones cuantitativas y cualitativas que los grupos humanos manifiestan con el tiempo, que sirve de abscisa general de tales variaciones. Pero no se trata de mero tiempo cronológico, ni del tiempo entendido como eje de referencia, sino del que ingresa en la condición de tiempo histórico por la presencia, influencia y acción del hombre, que es el componente real del colectivo. El demógrafo insensible a este contenido superior del concepto de tiempo, que lo maneja únicamente a título de parámetro para la medida de una sucesión de estados, de valores cuantitativos o de movimientos

396 de desplazamiento poblacional en el espacio, no está capacitado para tener una visión perceptiva completa de los hechos que investiga, y llegará inclusive a incurrir en engaños y omisiones patentes, porque en verdad, no alcanza la integral inteligibilidad de los fenómenos que estudia. Sin la historicidad, el tiempo de la demografía corre el peligro de confundirse con el tiempo matemático de la estadística o con el tiempo físico de los desplazamientos cinemáticos en el espacio. De asumir el especialista algunos de estos modos de ver que ignoran o subestiman la historicidad, queda completamente destrozada la posibilidad de interpretar correctamente los fenómenos demográficos. El tiempo en que transcurren es de otra especie, superior, fundamentalmente histórico. Esto significa que el demógrafo no puede negarse a admitir que los datos, índices y valores que busca se relacionan siempre con un objeto social colocado en la historia, y sirven para definir un momento de su duración, que, lógicamente, tiene la naturaleza de proceso. Por tras los hechos brutos que los resultados de un censo revelan, lo que existe es una realidad humana, un cuadro histórico, una población humana con el drama de la producción de la existencia, en el doble sentido de hacerse cada cual sobrevivir a sí mismo y de contribuir a la supervivencia de la especie, por la procreación.

La principal virtud de la conciencia científica del demógrafo tiene que ser la sensibilidad para la historia, para las transformaciones sociales. Gran parte del trabajo consiste exactamente en recoger y describir hechos que no representan más que el curso o las consecuencias de las modificaciones sociales. Sin duda, el modo, el procedimiento como las aprehende es de carácter matemático, estadístico. Pero esta circunstancia no afecta a la esencia social e histórica de los hechos ni dispensa el esfuerzo del científico para llegar hasta ella. Carece de valor la comprensión del principio de distribución de las especialidades en virtud de la cual el demógrafo estaría eximido de ocuparse del aspecto social e histórico de los fenómenos poblacionales, so pretexto de que su ángulo de mira es sólo el biológico o el matemático. Son perfectamente legítimos estos modos de enfocar la realidad demográfica, pero lo que sería censurable e inadmisible es que, por tal motivo, se juzgara dispensado de interpretar los datos que descubre y analiza. La importancia de la formación de la conciencia profesional del demógrafo es decisiva para el progreso de la ciencia. La demografía entra en la fase superior de su desarrollo cuando empieza a tomar conciencia de la naturaleza fundamentalmente histórica del objeto que investiga, y a sentir, cada vez con mayor intensidad, la imposibilidad de proseguir en la construcción del saber demográfico como no sea basándolo en un núcleo de conceptos que imponen un modo de pensar que determina la búsqueda de los fundamentos sociales e históricos de los hechos demográficos, como posibilidad de darles interpretación auténtica, la más

alta y general. Veremos más tarde que la naturaleza histórica de la demografía aun no nos da la esencia final del concepto de esta ciencia, sino que es un camino de acceso, una manera de referirse, aunque fundamental, a tal esencia, que consiste en la realidad existencial del hombre, lo que da al estudio de las poblaciones la calidad de ciencia antropológico-existencial. Pero, para llegar hasta este centro absoluto del saber demográfico, es imperioso atravesar la envoltura histórica en que se manifiesta y explorarla concienzudamente, tanto en la conceptualización teórica, cuanto en las operaciones de encuesta y medidas prácticas.

El tiempo demográfico, siendo la forma de duración de un colectivo de seres humanos, es, por naturaleza, un continuo constituido por la sucesión de instantes cualitativamente distintos. La evolución de una población no se señala sólo por las diferenciaciones de cantidad que ofrece, sino por el significado específico que asume cada una de las cantidades encontradas a cada momento. Como la población no se reduce a un conglomerado de elementos, el aspecto cuantitativo va siempre acompañado de otro, cualitativo, apreciado por algunos caracteres externos, como distribución por sexo, edad, ocupación, etc., pero que fundamentalmente significa el paso por un instante de un proceso histórico. Para una población, poseer tal división por edades, tal estructura de trabajo, tales índices de mortalidad infantil o de fecundidad, significa, ante todo, estar atravesando una fase definida del proceso del desarrollo histórico del ser colectivo. Esta reflexión es de suma importancia; nos alerta para comprender las limitaciones de la información demográfica habitual, que no acostumbra ir allende los datos que recoge y organiza, dispensándose, muchas veces, de pensar en las relaciones de los mismos, con el proceso general de desarrollo social del grupo humano a que se refieren. Si se estableciese esta correlación, el tiempo demográfico se convertiría en un indicador del tiempo histórico, remitiendo necesariamente a éste. Si el demógrafo, como profesional, puede individualmente no juzgarse obligado a profundizar hasta esta dimensión de los datos que investiga, no debe dejar de reconocerla y de ponerlos al servicio de los sociólogos, historiadores y pensadores que intentan aprehender el proceso objetivo de un grupo humano en totalidad.

El tiempo demográfico, compuesto de instantes, manifiesta algunas características que nos importa destacar. En primer lugar, es conveniente observar que el procedimiento fundamental de la investigación demográfica, los censos, son, desde un punto de vista empírico y en una imagen útil, cortes practicados en el continuo del proceso histórico, y nos dan, aparte la influencia de inevitables causas de error, una imagen inmóvil de aquello que, en verdad, se encuentra en permanente transformación. Por más próximos que estén entre sí en el tiempo cronológico esos cortes, dejan por las dificultades de ejecución, intervalos

vacíos de datos directos, que son rellenados por el control permanente del registro civil. La demografía procura conseguir medios de producir una imagen que se aproxime a la movilidad real de la existencia de una población, aunque los autores sean pródigos en indicaciones de las deficiencias que presenta aun el mejor organizado de los censos y el más cuidadoso de los registros civiles.

Desde un punto de vista epistemológico, importa señalar que, por el juego combinado de las imágenes estáticas suministradas por los censos con el registro permanente de las variaciones, la demografía intenta recomponer conceptualmente, y en gran parte por un procedimiento que recuerda el efecto estroboscópico, el movimiento de la realidad. Las limitaciones prácticas de este método son patentes, aunque insuperables. La concepción teórica no puede depender exclusivamente de los datos reunidos según tales procedimientos, y por eso se produce un esfuerzo concomitante de interpretación racional, que incorpora a la ciencia demográfica, principios axiomáticos, con el intento de permitirle descubrir fórmulas deductivas particulares. Con base en las técnicas de extrapolación y proyección de los aspectos demográficos futuros, encontramos varias proposiciones generales de nítido tenor axiomático, introducidas en el sistema por la necesidad de recomponer artificialmente con medios discontinuos un fenómeno que objetivamente es continuo.

Como conclusión de estas reflexiones, tenemos que reconocer que el saber demográfico reposa sobre una contradicción fundamental: su realidad es substancialmente la de un proceso que transcurre en el tiempo continuo, pero de ella sólo podemos tener noción por sondeos, por *cortes* practicados a intervalos espaciados, y regulares sólo en lo posible, y después por el control, siempre defectuoso, de la contabilidad poblacional, o sea, introduciendo como condición del conocimiento de los hechos la discontinuidad del tiempo. Sin duda, por otras técnicas estadísticas que corrigen las observaciones y predicciones atendiendo a su alejamiento de la realidad, se procura recomponer mentalmente la imagen de un continuo, a base de datos aislados sucesivos; pero este procedimiento sirve solamente para tornar más sensible la contradicción fundamental derivada de la necesidad de conocer lo continuo del proceso mediante lo discontinuo de los métodos.

Una segunda observación, igualmente importante, conviene hacer. Para expresarla en términos simples, diremos que el tiempo demográfico es siempre un tiempo *atrasado* en relación con el tiempo cronológico. Queremos indicar con ello que la demografía jamás reconoce la realidad objetiva presente, sino que ha de captarla siempre como un dato pasado. No es posible conseguir la coincidencia del presente histórico con el presente demográfico. Este, para la historia, es siempre un momento del pasado. El corte que la investigación social opera, sólo llega a ser materia del conocimiento en un momento del tiempo cro-

nológico posterior a aquel a que se refiere. Y eso, por causas evidentes e insuperables. Suponiendo que en un determinado día, en un país, se ejecuta una operación general de recuento y especificación de la población, la fijación de los resultados no es instantánea, y en la práctica, como sabemos, aun con los más adelantados instrumentos, consume considerable tiempo. Los resultados sólo llegan a ser conocidos cuando la realidad se encuentra ya en otro momento de su proceso propio. Todo censo es, por tanto, el dibujo de una imagen que, cuando esté terminada, ya será pasada. Este hecho es uno de los componentes del carácter necesariamente histórico de la demografía. Los datos de que se vale esta ciencia son siempre datos de lo pasado, pero, por necesidad de la construcción del saber, se los considera convencionalmente como de lo presente. Cuando las oficinas demográficas de un país publican el resultado de sus averiguaciones, generalmente con gran atraso, están hipotéticamente ofreciendo la imagen de lo presente. Y, en verdad, es lo presente, pero en sentido del tiempo demográfico. Se comprende, que no coincida éste con el tiempo cronológico en el cual tienen lugar los hechos culturales. En el sentido de que el tiempo histórico se sitúa en el tiempo cronológico. Entre tales hechos culturales se cuenta la producción del saber demográfico, sus operaciones prácticas y la elaboración teórica de los resultados.

Lo que para el demógrafo es presente, para la historia es pasado. El estado de una población retratado en un cuadro censal, es examinado por el científico siempre con un atraso que debe conocer e incluir en sus cálculos e interpretaciones. Como acostumbra ser bastante amplia esta diferencia, es imprescindible que el demógrafo reconozca que, por motivos irremovibles, siempre realiza sus análisis y estudios basado en una ficción, la de pensar como presente el estado que objetivamente no coincide con el presente histórico. Este lapso sólo puede suprimirse, idealmente, por recursos matemáticos, que la estadística se esfuerza por producir. El intervalo entre el corte demográfico y el presente histórico actual es rellenado por acontecimientos, que cualesquiera sea su naturaleza, alteran la validez de los procedimientos estadísticos de aproximación, de corrección de la falta de coincidencia entre los momentos de las dos especies de tiempo. Si en tal intervalo ocurren disturbios sociales, calamidades naturales o brotes epidémicos que afectan a la mortalidad, el procedimiento matemático deja de representar un recurso correctivo. Siempre prevalece el tiempo histórico, aquel en que ocurren los fenómenos humanos, las transformaciones sufridas por el colectivo poblacional. El corte demográfico sólo adquiere significación cuando es apreciado en la perspectiva de la relatividad que lo afecta. No nos referimos a las imperfecciones de hecho, a las causas materiales removibles o a los defectos subsanables, sino a la esencial discordancia entre las modalidades del tiempo, aquí expuestas. El dato demográfico

400 es uno de los aspectos de la realidad objetiva, pero ésta, por ser una totalidad, entra en contradicción con él. Porque, de un lado, el dato demográfico es parcial y siempre desempeña el papel de índice de una realidad compleja que lo sobrepasa; y, de otro lado, refleja un momento del tiempo suponiéndolo presente, cuando efectivamente pertenece al pasado.

Los demógrafos deberían ser considerados, con fundamento, como historiadores, pues, en verdad, investigan lo pasado. Como el interés de la demografía se centra principalmente en lo presente, el esfuerzo de los especialistas tiende a crear una imagen de la situación existente en el momento, por ser ésta la que tiene interés práctico. Puede decirse que en demografía lo presente es una extrapolación. De ahí, la necesidad de complementar el corte con el registro permanente del balance de la población. Al lado de éste, hay otro procedimiento que tiene por finalidad igualmente posibilitar una información demográfica constantemente actualizada. Nos referimos al estudio teórico de las *tendencias* del movimiento de una población, gracias al cual se procura disponer de medios que permitan dibujar el cuadro, tan fiel como sea posible, de la realidad correspondiente al instante actual del tiempo histórico. No cabe discutir aquí en detalle la validez de las técnicas operatorias puestas en juego, ni los principios y categorías lógicas invocadas. Deseamos sólo señalar que también este aspecto se manifiesta como una nueva faceta de la historicidad esencial de la demografía; y es que las técnicas y suposiciones invocadas para definir el concepto de *tendencia* y su averiguación, constituyen un producto cultural y, por tanto, histórico; se desenvuelven necesariamente en el tiempo histórico y se perfeccionan sin cesar. Cuando se corrigen los datos de un censo demográfico, sea con el auxilio del registro civil, sea empleando técnicas proyectivas, todos estos procedimientos son históricos, son datos del proceso cultural, representan el grado máximo de perfección alcanzado en tal momento por el conocimiento demográfico, y, por eso, el resultado que de ellos deriva no deberá tenerse como absoluto, sino que es siempre relativo, en vista del carácter cultural de que se reviste su elaboración. Consecuentemente, cuando la ciencia demográfica nos ofrece el cuadro *actualizado* del presente, de un presente construido con los recursos del saber disponible en el momento, debemos comprender que, incluso así, persiste la discordancia entre el presente idealmente compuesto por el científico y el presente real. Para convencernos de esa relatividad, basta imaginar el estado de la demografía futura, que indudablemente dispondrá de técnicas mucho más perfectas de aproximación entre los dos momentos del tiempo: el demográfico y el histórico. Esta reflexión nos muestra que aun la mejor aproximación de que dispongamos actualmente, sólo nos ofrece un resultado relativo y condicionado a la etapa vigente del proceso cultural, de cuyas manifestaciones una es la demografía.

No sólo el concepto de *instante* o de *momento* revela la determinación esencialmente temporal y la naturaleza histórica de la demografía. A la misma conclusión se llega analizando los conceptos de *fase* y de *época*. Para la teoría histórica pura y las concepciones filosóficas que procuran esclarecer la esencia y el significado del curso de los acontecimientos, la determinación de tales conceptos constituye, por sí solo, un problema delicado. El tiempo es vivido como un flujo continuado, y si tenemos que reconocer en él demarcaciones, estas sólo pueden ser determinadas por acontecimientos excepcionalmente notables o por otros, de calidad distinta, que representen la ruptura de la línea del flujo e introduzcan alteraciones cualitativas o saltos en el contenido del proceso histórico. De no ser así, la historia se desarrolla sobre el fondo incoloro de la sucesión uniforme y simplemente contable del tiempo cronológico. Para establecer las nociones de fase y de época, necesítase tomar como criterio las alteraciones substanciales que se operan en el proceso objetivo, y éstas no pueden ser sino las que digan respecto a las condiciones existenciales más auténticas. Ahora bien, ninguna de éstas asume mayor relevancia que las representativas del modo de producir la propia existencia. Hemos visto que la expresión *reproducir la existencia* posee doble sentido: el producir, por el individuo, su existencia personal, en rigor su supervivencia; y el producir la existencia en general, la de la especie, o sea, reproducirse. Tanto uno como otro sentido indican claramente que las diferenciaciones cualitativas en el curso del proceso general de la historia son las que se caracterizan por las formas de producción de los bienes que el hombre utiliza para sobrevivir y para reproducirse, para producir su substitución. Así, la delimitación del tiempo se eleva del plano del mero recuento cronológico referido a fenómenos físicos cíclicos, como las revoluciones diarias y anuales de la tierra, al plano de la vigencia histórica, señalado por las grandes formas en que se realiza el proceso de creación de los bienes materiales y por el sistema de relaciones a que socialmente este procedimiento da lugar entre los hombres. Adquiere, así, un sentido original lo que era una dimensión continua, limitada e indiferenciada.

La demografía está directamente vinculada a la demarcación del tiempo histórico, pues, como hemos dicho, las condiciones de trabajo, de explotación del mundo, la cantidad y cualidad de los objetos creados por el hombre, las relaciones sociales que se ligan a estas relaciones, son el fundamento de un doble movimiento productivo humano, el de la supervivencia individual y el de la supervivencia de la especie. El segundo, es el contenido de la ciencia demográfica, que encuentra, del mismo modo que la historia en general, en las etapas del proceso de desarrollo económico, los hitos que le servirán para delimitar la división del tiempo en fases y períodos y los momentos culminantes a partir de los cuales se instala la perspectiva analítica de los hechos en

402 el período considerado. Estas reflexiones indican que la realidad demográfica presenta como delimitaciones distintivas de fases o épocas en el curso de su proceso, las mismas que sirven para dividir la historia en general, o sea, que a cada gran período relativamente homogéneo, a las etapas históricas caracterizadas como totalidades de acontecimientos, definidas por un fundamento objetivo común deben corresponder también regímenes típicos de desarrollo demográfico, de crecimiento y movimiento de las poblaciones, según leyes o principios muy generales que pertenecen a este período o formación histórica.

Encontramos aquí un criterio para proceder científicamente a la división del tiempo cronológico y a la búsqueda y establecimiento de leyes generales que, de forma satisfactoria, sintetizan la descripción de los hechos ocurridos en el período en cuestión. La imposibilidad de trazar el proceso demográfico y, en particular, las variaciones de la fecundidad, sobre la base del simple decurso del tiempo cronológico, está perfectamente expuesta por un especialista de la estatura de D. E. C. Eversley: "Tenemos que preguntarnos a nosotros mismos por la finalidad de nuestras divisiones cronológicas. Para la mera conveniencia del recuento, los años proveen la unidad básica, así como las parroquias sirven geográficamente, pero el año no tiene significación por sí". Indica el autor lo que llama "las dificultades que, en cierto sentido, son peculiares al tipo de historiador que deliberadamente ignora los acontecimientos políticos en la mayor parte del tiempo". Muestra cómo uno de los grandes problemas con que se enfrenta el demógrafo es el de la determinación de los "períodos de investigación". Y explica: "Usamos comúnmente el término *siglo* como si tuviera un sentido normativo, pero evidentemente no es verdad. En cierto sentido, somos víctimas de nuestros propios preconceptos nacionales, cuando hablamos muy imprecisamente de la Inglaterra del siglo XVIII o de la Holanda del siglo XVII".¹

Se confirma, pues, que ni las divisiones cronológicas astronómicas ni las que se fundan en una visión impresionista del curso de la historia —por lo demás, de base metropolitana— están capacitadas para suministrar los hitos divisorios de que precisa tanto el historiador puro como el demógrafo, y especialmente el que investiga la historia de la demografía, para trazar los segmentos del proceso poblacional, y unificar, bajo la égida de un principio o ley general, para tales períodos, los hechos relativos a la producción de la existencia humana. Estos segmentos tienen que establecerse por referencia al proceso de la producción objetiva de la existencia, de producción de los bienes que la sustentan en el individuo y la expanden en la especie. Solamente así

¹ D. E. C. Eversley, "Population, Economy and Society", en *Population in History*, Londres, 1965, pág. 28.

se superará uno de los más serios preconceptos de la conciencia demográfica ingenua: el metropolitano. Al estudiar las variaciones de la fecundidad, la mortalidad, la duración de la vida o la distribución de la ocupación en lo pasado, el estudioso mal preparado teóricamente, con frecuencia es llevado a concebir la historia como centrada en su realidad nacional, a la cual da la función de eje de referencia para evaluar la totalidad del proceso ecuménico. Comete ingenuamente el error de ignorar que, simultáneamente con las etapas atravesadas por su comunidad, otras vivían etapas cualitativamente distintas. Su concepción de la evolución demográfica incide en el error de la unificación de los fenómenos poblacionales en función de la perspectiva metropolitana, lo que implica el desconocimiento de la multiplicidad de procesos sociales desarrollados históricamente en cursos paralelos, pero sin correspondencia ni alineamiento entre las etapas simultáneas.

Si adoptamos el punto de vista histórico correctamente entendido, libre del prejuicio metropolitano, y si somos capaces de pensar en totalidad la multiplicidad de las fases coexistentes del proceso humano universal, comprenderemos que, para comparar los perfiles demográficos de épocas diferentes, o, en la misma época, de comunidades distintas, tenemos que confrontarlos, no unos con otros, o con las situaciones políticas superficiales a que se refieren, sino con las etapas del proceso productivo de los bienes de conservación de la vida. Como resultado, se percibirá que en el mismo instante del tiempo cronológico general coexisten comunidades en etapas muy diversas del proceso de apropiación de la realidad, no solamente entre áreas nacionales distintas, sino en el interior de una misma comunidad políticamente configurada en país independiente. Entre ellas es natural reine inevitable heterogeneidad de comportamiento demográfico.

No cabe exigir las mismas tasas de fecundidad o de mortalidad infantil en dos comunidades muy distantes por la etapa en que se encuentran de su proceso de desarrollo, o lo que es igual, de enriquecimiento comunitario, de capacidad para proporcionar a todos sus miembros los beneficios de la apropiación de los bienes necesarios para la conservación de la vida. Es evidente que la fecundidad será restringida, si en una domina la certidumbre de que todos los *nascituros* sólo podrán trabajar después de largo período de preparación y de estudio, mientras que no tendrá trabas en aquellas donde la fuerza de trabajo es utilizada cuando lo permitan las condiciones fisiológicas. La fecundidad ilimitada que, dado el régimen de trabajo, empobrecería a la primera, realmente enriquece a la segunda. No basta, pues, referirse a la diversidad de etapas históricas en el curso de cada comunidad nacional. En efecto, en primer término existe el riesgo de que se ordenen los hechos demográficos de las áreas subdesarrolladas en función de los momentos característicos del curso histórico de las áreas

404 dominantes; y en segundo lugar, el curso histórico, incluso considerado en relación a la realidad local, apreciado por la marcha de sus acontecimientos sobresalientes, especialmente políticos y sociales, no constituye todavía el fundamento final sobre el cual se asienta la marcha del proceso demográfico. Solamente la variación de los modos de producir la existencia por el hombre ofrece el eje real de referencia y los hitos divisorios que permitirán a la demografía cimentar el análisis y el juicio de los fenómenos de que se ocupa.

Esta concepción nos permite ofrecer posiblemente algunas sugerencias sobre otro aspecto del proceso demográfico que suscita el interés de los especialistas, el de los ciclos en los fenómenos demográficos. El hecho parece indiscutible. Dice D. E. C. Eversley: "Una de las dificultades especiales en el campo de la demografía histórica, consiste en el hecho de que muchas de las series que investigamos exhiben un carácter cíclico". El mismo autor nos explica que se observan dos especies de ciclos, los largos y los cortos.¹ Si el hecho no suscita dudas, su significado y explicación son motivos de debate y no encuentran fácil acogida en las diversas corrientes de opinión. El autor citado, nos da una explicación que consiste en sumar varios factores, de orden diferente, y presentar ese bloque compuesto y heterogéneo como causa de las variaciones cíclicas. Es evidente que este procedimiento se aplica de forma acrítica, pues falta la necesaria valoración del efecto debido a cada factor aisladamente, a su influencia en conjunción con los demás y, sobre todo, no se percibe la razón de aceptarlo como agente de tales resultados. Admite el autor que los ciclos son "en parte un fenómeno estadístico resultante de una construcción (*built-in*), y en parte son debidos a ciertos hechos biológicos correlacionados con los abastecimientos alimenticios y con el espacio vital; parcialmente, a relaciones psicológicas, a la superpoblación y a la subpoblación, y en parte eso se da porque la economía a que la población está ligada, también sufre un proceso de variación cíclica". Como se ve, se invoca un conjunto de factores sin la debida discriminación cualitativa entre ellos ni la comprensión de la diversidad de los mecanismos de actuación de cada uno. El autor oscila entre la declaración del carácter artificial de los ciclos, como producto de operaciones estadísticas, y el reconocimiento de su realidad objetiva. En este caso, los factores serían tanto biológicos como psicológicos y económicos. La mención de todas estas presuntas causas en una sola frase, deja impreciso el significado de cada una de ellas. Sería necesario establecer, según un modelo racional bien definido, la correlación y determinación recíproca entre ellas, pues de lo contrario, o caemos en la trivialidad de las indicaciones insuficientes, o creamos la confusión al mentar indiscriminadamente fac-

¹ D. E. C. Eversley, *op. cit.*, pág. 30.

tores que no sabemos cómo se sistematizan en su influencia conjunta.

También tenemos que reivindicar aquí el principio histórico antes referido, por cuanto solamente procediendo de esta manera encontraremos un criterio para el análisis de los ciclos de variación de la población. En el origen de éstos está, como factor que envuelve todos los demás, el proceso de apropiación de los recursos del mundo circundante por el hombre, dentro de una modalidad histórica de producción de los bienes indispensables. Parte considerable y para ciertas fases históricas predominantes, de este proceso de producción, consiste en utilizar la naturaleza como origen de recursos, especialmente por la explotación agrícola. Ahora bien, los fenómenos naturales, particularmente los ligados a la vida vegetal, están sujetos a ciclos en virtud de condiciones meteorológicas y otros factores físicos que determinan la variación en los resultados del esfuerzo humano por obtener de la naturaleza los bienes necesarios. Principalmente en las fases culturales en que el dominio de la naturaleza por el hombre era todavía muy limitado y precario, la influencia de los ciclos meteorológicos se hacía sentir con intensidad en el proceso de la reproducción humana. Se comprende, por tanto, que el concepto de *ciclo* es de orden histórico-cultural y varía con la fase de la cultura en que se encuentra una comunidad. Una sequía demorada o un invierno riguroso pueden, o no, ser origen de sensibles oscilaciones en la pauta de fecundidad, sin que esta influencia causal determine sus efectos de manera mecánica y fatal; pero, sí por la mediación de las condiciones sociales, de acuerdo con la fase cultural en que se encuentra la población que sufre tales calamidades, pues los resultados sobre la tasa de nacimientos humanos dependen de los medios que la ciencia de la época dispone para combatir, o por lo menos disminuir, los efectos desastrosos de los fenómenos naturales. Mas la fase cultural reposa, en último análisis, en la fase de desarrollo económico, en la etapa en que se halla el proceso de expansión de las fuerzas productivas. La determinación final por parte de estos factores, pero, al mismo tiempo, el papel mediador ejercido por los otros que forman como capas interpuestas entre los hechos materiales brutos y su influencia demográfica remota, es reconocida por autores como D. E. C. Eversley: "Los ciclos cortos en el comportamiento demográfico pueden ser debidos a crisis que asocian violentas epidemias y desastrosos inviernos, con guerras y revoluciones. La descripción de las perturbaciones creadas por tales períodos de crisis es de la mayor importancia para la comprensión del comportamiento de la población".¹

Los efectos de un período de desastres naturales o de calamidades públicas, se hacen sentir sobre la nupcialidad, y, en consecuencia, sobre la fecundidad. Los individuos jóvenes aplazarán el casamiento si las

¹ D. E. C. Eversley, *op. cit.*, pág. 31.

condiciones materiales son adversas a la fundación de la familia, esperando que se restablezca la normalidad perturbada por factores climáticos o políticos. De este modo, queda claro que estos últimos están en el origen de una escala de condicionamientos siempre mediatizados por las condiciones personales del individuo, y, en último término, por su posición en el contexto social. A este hecho no hacen referencia los especialistas, porque, en general, no profundizan el análisis hasta el plano de la existencia concreta. Deberían hacerlo, sin embargo, por cuanto percibirían que los factores fundamentales, sean políticos o físicos, no actúan sino por la interposición de las condiciones individuales, que tienen como base la situación del hombre en la trama del proceso de creación económica. Hemos dicho páginas atrás que una sequía inclemente no actúa de la misma forma sobre la familia del campesino miserable y sin tierra que sobre la del propietario de la hacienda. Si el primero ve su prole diezmada, si no piensa en casarse o si emigra, es porque para él el azote del fenómeno físico calamitoso no tiene remedio. El propietario, en cambio, guarda recursos financieros, con que comprar los alimentos escasos y caros, casi siempre dispone de pequeñas fuentes de abastecimiento de agua con qué mantener un cultivo de subsistencia para la familia, o posee medios para desplazarse hacia las ciudades vecinas, y no tiene sentido tratar por igual su comportamiento demográfico y el de sus colonos.

La nupcialidad, que es el hecho demográfico más sensible a las oscilaciones de las condiciones ambientales, porque resume el estado psicológico de expectativa de vida que anima al individuo, de la cual, como corolario, derivan las tasas de fecundidad, despreciando de momento otros condicionantes, es una buena medida para la apreciación de los ciclos del comportamiento demográfico. Confirma esta tesis el pensamiento del autor antes citado: "Alteraciones fundamentales en la oportunidad económica producirían alteraciones en los cuadros de casamiento que actuarían en un movimiento de tipo ondulatorio (de intensidad declinante) durante un período de varias generaciones".¹ Las conmociones cíclicas tienden a presentar carácter oscilatorio, en el sentido de que, después de la incidencia de una causa restrictiva de un dato demográfico, surge una fase en que se verifica la rápida recuperación de los niveles medios considerados normales. Luego de una calamidad que hace bajar los niveles de fecundidad, "estamos todavía admirados de la velocidad con que se recuperan los antiguos niveles de población. Eso puede ser debido a la reducción temporal de la edad del casamiento, o a una proporción más alta de personas que se casan con la fecundidad aumentada en el seno de la familia".

Es preciso observar, sin embargo, que el término *ciclo* puede con-

¹ D. E. C. Eversley, *op. cit.*, pág. 30.

ducir a una comprensión equivocada de la realidad demográfica. Lo que se comprueba por el examen del registro de los valores indicativos del estado pasado de una población, es que éstos no se mantienen fijos ni siguen una curva uniforme, sino que presentan elevaciones periódicas seguidas de depresiones, lo que da al conjunto apariencia aproximadamente ondulatoria. Con facilidad se identifica una relación entre los momentos de ascenso o de declive de tales índices con fenómenos objetivos, favorables o perniciosos para el grupo humano, periódicos o esporádicos, lo que lleva al demógrafo a transferir al campo de sus preocupaciones el estudio de tales ciclos. Conviene ponderar, y ésta es una reflexión metodológica de particular valor, que en el terreno demográfico el efecto cíclico se induce siempre de causas reales externas, y no pertenece a la dinámica intrínseca de los hechos de la población. El condicionamiento de éstos por la fase histórica que atraviesa la comunidad los explica, y no una imaginaria ley interior que obligase a los comportamientos demográficos a variar del modo como lo hacen. Nótese que esta afirmación no contradice la teoría que hemos procurado exponer en este ensayo, de que la realidad de la dinámica de la población es la de un proceso antropológico-existencial determinado por una ley interna. La ley existe, pero debe concebirse como incluyendo en sí la relación de los fenómenos puramente demográficos con sus condicionamientos objetivos, y no como un principio abstracto, una fuerza oculta que impulsaría la reproducción de la población ciegamente y engendraría sus efectos contra cualesquiera obstáculos exteriores, dándoles sus caracteres con entera indiferencia en cuanto a los fenómenos de la realidad total. La ley se realiza a través de los determinantes que son impuestos a la dinámica de la población por los condicionamientos externos, de modo que si los hechos presentan carácter cíclico, esto no pertenece a la ley en cuanto tal, sino al modo empírico como se concreta bajo la presión de los acontecimientos.

La ley del proceso real de la población incorpora inclusive los determinantes psicológicos que surgen como efecto de las condiciones vividas por el hombre y son parte del mecanismo total del proceso demográfico. Como dice el autor repetidamente citado: "Las alteraciones en la organización o en la oportunidad económica se imprimen en el cuadro demográfico mediante dos grupos de mecanismos, voluntarios e involuntarios".¹ Tenemos que tomar en cuenta el plano en que intervienen los factores psicológicos como un nivel superior en la determinación causal conjunta de los factores demográficos, como expresión, subjetiva, pero no por ello menos real, que debe ser incorporada al conjunto de factores causales de la situación demográfica, y por eso en íntima conexión y acción recíproca con las bases materiales del proceso

¹ D. E. C. Eversley, *op. cit.*, pág. 36.

408 entero. Por lo cual, decimos que la ley definidora del conjunto abarca y expresa una totalidad y no sólo una fase del proceso, como serían sus efectos. Se explica así por qué la curva de variación demográfica, ora se desarrolla en segmentos uniformes, ora en tramos oscilantes. En un caso como en el otro, estamos siempre frente a los efectos de una ley interna, que representa y unifica en el concepto general y abstracto la relación entre los determinantes causales y sus resultados.

En estas observaciones se va precisando el concepto de tiempo en demografía, el cual se revela complejo, pues se presenta como la modalidad específica del devenir de un objeto bien caracterizado, la población, en el ámbito general de la temporalidad como forma de manifestación de la realidad del mundo. Como resultado de las reflexiones anteriores, sentimos la necesidad de definir mejor la especie de tiempo en que se desenvuelve el curso de los fenómenos demográficos.

NATURALEZA HISTÓRICA DE LA DEMOGRAFÍA.

La más sobresaliente faceta del desarrollo de la demografía en la actualidad es el interés que en grandes centros de investigación ha surgido por una disciplina o rama de esa ciencia, la llamada demografía histórica. Señala el citado autor que se trata del "comienzo de un nuevo campo del conocimiento". Aunque desde los orígenes de la demografía se conocieron estudios que procuraban retratar las situaciones pasadas del desarrollo de las poblaciones, solamente ahora asistimos a la fundación e institucionalización de este campo especializado de la investigación demográfica. No se trata de un desarrollo en pequeña resonancia, sino de un campo de investigación destinado a producir profundas alteraciones en el conjunto general de la demografía. Dice D. V. Glass: "Los avances de la investigación durante los últimos veinte años —y especialmente durante los últimos diez— ayudarán a formar las bases para un entendimiento completamente nuevo de la historia de la población".¹ Sin esfuerzo se descubre que el origen de este inédito interés por la demografía histórica es de naturaleza política, y deriva de la conciencia de lo importante del condicionamiento del proceso poblacional por las condiciones políticas vigentes en cada fase histórica. Fijemos la atención por el momento sólo en este hecho, sin discutir sus presupuestos, su significado, ni sus implicaciones. Dice David Glass: "Desde 1940 hubo considerables alteraciones en la extensión y en la naturaleza de la investigación sobre la historia demográfica de Occidente. En amplia parte, esto es el reflejo de un creciente interés en cuestiones de población en general, estimulado en los años de 1930 por la aparente amenaza

¹ D. V. Glass, "Introducción", en *Population in History*, pág. 5.

de declinación de la población en Occidente, y desde la segunda guerra mundial por las altas y ascendentes tasas de crecimiento de la población en las sociedades subdesarrolladas”.

Queda así perfectamente claro que el principal factor de que surja el interés por los estudios sobre las poblaciones de épocas pasadas, fue establecer si existe alguna correlación entre las formas de organización política de las grandes áreas mundiales en sus fases anteriores y el volumen y la calidad de las masas humanas que las ocupan. Sin duda, el interés por lo pasado sólo se explica por el interés por lo presente. Porque éste se torna un interrogante cada vez más apremiante y angustioso, en el ansia de comprenderlo mejor se descubre la necesidad de conocer el proceso de su génesis, es decir, de estudiar el estado y el comportamiento de las poblaciones muertas para aclarar la realidad de las actuales. Se ha reconocido que el hecho político es preeminente para comprender la transición de las fases antiguas a las actuales. Las grandes inquietudes políticas de nuestra época han llevado a ciertos autores a preguntar si no tendrán por raíces las substanciales alteraciones del comportamiento demográfico de los pueblos, dando como posible consecuencia la debilitación de los que hasta ahora han ejercido función dominante, en virtud de su declinación poblacional, y el correlativo fortalecimiento de las masas de las áreas antes coloniales y atrasadas, en razón de su más elevada tasa de crecimiento demográfico. Esta es la hipótesis que, confesada o inconscientemente, engendró y cada vez estimula más el interés por la demografía histórica. De tal modo, se percibe que la demografía histórica procura dar respuesta a la pregunta inquietante para ciertas naciones que se expresa en la hipótesis referida. La confirmación o no de ella dependerá de que se investigue con cuidado el comportamiento demográfico de los pueblos que en lo pasado, y hasta en la época actual, han gozado de supremacía histórica. Como solamente éstos poseen registros, relativamente fidedignos, de su pasado demográfico, a ellos debe dedicar su atención el especialista para examinar si es posible comprobar una relación de funcionalidad entre sus antecedentes históricos, en especial sus fases de ascensión económica y política, y el cuadro demográfico que entonces presentaban.

Autores modernos, como Alfred Sauvy, se han apresurado a elevar al plano de la formalización teórica estas concepciones, que servirán de base a conclusiones de clara intención política, en el sentido de preservar los intereses de los países económicamente dominantes, pero demográficamente estacionarios, o hasta declinantes, frente a las inmensas áreas marginadas del mundo, todas ellas con intenso impulso de crecimiento poblacional. Tomemos como ejemplo, y como materia para comentario, el siguiente pasaje de Sauvy: “La mayoría de los acontecimientos históricos profundos encuentran su explicación en las consideraciones de población. La expansión del genio francés del siglo XVII, la fuerza mili-

410 tar en el tiempo de la Revolución y del Imperio, son, en gran parte, debidas a la vitalidad de la población francesa en esas épocas y al vasto campo que ofrecía a la selección de los talentos intelectuales o militares. Sería vano intentar una explicación de conjunto de la crisis económica y de la guerra de 1939 sin dedicar gran atención a las repercusiones de cese de la inmigración hacia el Nuevo Mundo, y en particular los Estados Unidos".¹

Esta es una concepción teórica que pretende elevarse al plano de la explicación de los sucesos históricos basándose en consideraciones demográficas, bastante difundida en ciertos países. Pero no es preciso mucho esfuerzo para verificar que deriva de una comprensión ingenua del proceso histórico. La idea de que la evolución demográfica condiciona el curso de los acontecimientos sociales, políticos, históricos en general, incide en el error elemental de ignorar que el volumen de la población por sí, aisladamente, o hasta como elemento de un proceso superpuesto, no puede causar acontecimientos complejos, pues esta población sólo actúa históricamente en virtud del modo como se traban en ella relaciones y luchas sociales, y éstas tienen por base, no la mera cantidad de individuos presentes en un espacio histórico, sino las condiciones objetivas en que les es dado producir su subsistencia. El volumen de la población es, sin duda, un factor del proceso, pero no es el factor determinante, pues está incluido en él y en gran parte es producido por él. La tentativa de referir un determinado acontecimiento histórico a condiciones causales demográficas, es inviable estableciendo relaciones directas entre esos dos términos, pero implica una apelación a la mediación de las condiciones existenciales, en último análisis, ofrecidas por el proceso de producción social de la existencia, que intervienen entre el hecho cuantitativo bruto del volumen de la masa humana y los fenómenos históricos que en ella se registran. La falta de esta perspectiva teórica conduce a las explicaciones más simplistas e imaginarias, fruto sólo de la conciencia impresionista, enteramente ajena a la percepción de la realidad concreta.

Así, en los ejemplos aducidos por Sauvy, la fuerza militar que consolidó la Revolución Francesa nada tiene que ver con el proceso puramente demográfico, pero revela el fortalecimiento a que, por motivos en esencia extraños al puro hecho numérico, aunque éste pueda haber colaborado en la formación del complejo de causas, había llegado una nueva clase de la población francesa, que la capacitaba para entrar en lucha con las fuerzas dominantes, vencerlas y tomar el poder político. La *selección de talentos* a que se refiere, nos da una bella muestra del tipo de pensar impresionista, pues supone que en las otras masas no haya habido y no esté habiendo siempre una selección de talentos, como hecho normal,

¹ Alfred Sauvy, *La Population*, Presses Universitaires de France, 148, pág. 5.

sólo que sin las consecuencias que le atribuye en la génesis de la Revolución de 1789, porque para los otros casos las condiciones históricas son otras. El recurso a esta explicación psicologista muestra el fondo impresionista de esta actitud, que nada tiene de rigurosa y es opuesta a la conducta científica. Peor todavía es la explicación de la crisis económica y de las causas que engendraron la Guerra Mundial de 1939. Atribuirles a un fenómeno relativamente insignificante en el cuadro de la historia universal de la época, como la suspensión de la emigración europea hacia América, es una forma de pensar que llega a parecer inverosímil por su grado de ingenuidad. Es olvidar todo el proceso de la historia universal, las divergencias entre los objetivos nacionales que han preparado el choque entre los intereses materiales de las grandes potencias; es desconocer la vasta división ideológica del mundo en campos antagónicos, la disputa en la obtención de materias primas para la producción de bienes y la distribución de los mercados, las crisis que con frecuencia se manifiestan en la economía de las naciones dominantes y las han llevado a procurar en la guerra la solución de sus problemas internos. Todo esto, que constituye el contenido fundamental del proceso histórico, es dejado de lado para destacar un hecho de tercera categoría, un simple estancamiento de corrientes migratorias, cuando éste por sí mismo se comprende como consecuencia de las condiciones generales que dibujan el cuadro de la crisis causal del reciente conflicto bélico mundial.

La historia se mueve, sin duda, sobre la base de un proceso demográfico, que tiene que ser constantemente tomado en consideración. Pero la relación de los hechos que componen la trama del acontecer histórico con su soporte demográfico, no es directa, simple, mecánica, sino mediatisada por las formas en que los hombres se organizan para producir en común, con comprensibles conflictos entre ellos, los bienes que necesitan para sobrevivir y reproducirse. La primera lección que nos ofrece esta observación es que solamente debemos juzgar actitud científica seria la que excluye el subjetivismo, las explicaciones impresionistas, la idealización de las situaciones. Es imperioso permanecer ligado al terreno de la objetividad, y apreciar el fenómeno demográfico en la complejidad de factores e influencias en que efectivamente ocurre, siendo simultáneamente causa y efecto de otros fenómenos, también materiales, para componer en conjunto el cuadro general de la evolución de la humanidad. La cantidad de la población no existe independiente de su cualidad, la cual se define por numerosos aspectos, condicionados primordialmente por la etapa de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de trabajo en que se encuentra la comunidad. Si el incremento o la disminución de la masa humana determinan alteraciones en su constitución, lo que se expresa en la superficie del tiempo histórico por acontecimientos de orden social y político, por otro lado los acontecimientos de esta

412 naturaleza se convierten en causas de fluctuaciones de la cantidad de la población, pues la cualidad del medio en que el hombre se reproduce no es independiente, como condición para el curso del proceso de multiplicación de la especie. La principal conclusión de estas reflexiones es que no se puede pensar en constituir la demografía histórica sin estar provisto de una concepción teórica del proceso demográfico en general, de su significación, y de una filosofía de la historia que ilumine y oriente las investigaciones en el campo específicamente demográfico.

La primera indicación que convendría hacer a los especialistas que desean dedicarse a los problemas de este orden, es que no pueden prescindir de una concepción de la historia y de la demografía; de lo contrario, no se elevarán al plano de la verdadera comprensión histórica, quedando en meros anticuarios de la población. Conseguirán revivir un pasado que describirán razonablemente, pero que no llegarán a comprender. La comprensión del pasado implica una teoría que tenga por concepto central el de la racionalidad del proceso humano en el tiempo y la posibilidad de aprehensión lógica del significado de los hechos; si no, el estudio de las épocas y situaciones pretéritas tendrá que limitarse a ser meramente narrativo, contentarse con la descripción de episodios, o sea, ceñirse a la elaboración de un almanaque de los estados y movimientos de una población de diversas edades pasadas. Para superar este plano sin interés ni valor científico, se torna indispensable poseer ante todo el exacto concepto de lo que sea la historicidad de la población. El término historicidad, aplicado a la población, tiene un significado múltiple y complejo. Se refiere a la esencia de la población, porque ésta se compone de seres humanos, cuya naturaleza es histórica. El existir del hombre transcurre en el tiempo exterior, objetivos, como el de cualquier otro ser animal. Sus fases de existencia, apreciadas desde este punto de vista, son consecutivas y se pueden fechar por la cronología corriente. Pero esta condición sólo determina para el ser humano el aspecto de temporalidad, su exclusiva colocación a cada momento en un presente, que divide la vida en dos dimensiones, lo pasado y lo futuro. Sin embargo, la realidad humana no se agota en este puro y bruto estar en el tiempo del mundo natural, sino que, por la conciencia de sí, aprehende su duración como vivencia y la eleva a un plano cualitativamente superior, de auténtica historicidad. Al percibir la unidad de su ser en la contradicción constituida por la realización de esa unidad a lo largo de una multiplicidad de momentos, cada uno relleno por una situación distinta, concretamente vivida, la conciencia da carácter histórico al tiempo natural y convierte al pasado, no en tiempo muerto, perdido, agotado, sino en el proceso de creación de su realidad existencial presente. Lo pasado no es el puro *haber sido*, apenas conservado por la memoria o por registros materiales, sino el *estarse creando* de lo presente. El hombre percibe que su realidad de este momento es el fruto de todas las vivencias anteriores,

no en el sentido trivial del prolongamiento del ser por mera duración natural, sino en el de la efectiva creación de sí por la acción conjugada de las situaciones concretas vividas y de la acción de la voluntad en determinar el comportamiento frente a ellas.

Lo presente, que en la perspectiva cronológica es apenas una fecha, el día de hoy, en la auténticamente histórica es la manifestación de una totalidad constituida por un proceso que se desarrolla en el tiempo exterior y se realiza a cada momento en forma de una unidad contradictoria, acabada, porque trae consigo todas las determinaciones que la explican en su realidad actual, e inacabada, porque se presenta también como condición de su continuación en el tiempo futuro. La conciencia, al percibir su posición en el instante concretamente vivido, discierne, en este mismo acto, las dos dimensiones en que se proyecta, la de lo pasado y la de lo futuro. Advierte que lo presente sólo lo es como extremo de una realidad pasada, y como tal pertenece a ella; pero, simultáneamente, sólo adquiere sentido al ser superado por lo futuro y como tal pertenece también a éste. Tal duplicidad de perspectivas, que se alargan hacia atrás y hacia delante, a partir del presente, revela que la movilidad del tiempo está sometida necesariamente a una apreciación cualitativa que la simple flüencia uniforme de la duración cronológica natural no posee. Es un producto de la conciencia, que califica, mide y sitúa los hechos vividos, y anticipa la realidad por el poder de proyectarse hacia lo futuro.

Estas ponderaciones adquieren particular valor en el campo de la interpretación demográfica. Si las ignoramos, caeremos en una mera visión cronológica de la historia de las poblaciones; actitud inadmisible por la naturaleza del colectivo poblacional. La representación del pasado de la especie se produce en la conciencia del individuo con las mismas características con que percibe la propia duración. El pasado del colectivo determina la realidad presente por vía de una legalidad intrínseca, que no se limita al nexo exterior entre estados o situaciones yuxtapuestas en la sucesión en el tiempo. El pasado del individuo, como el de una población, no es cosa muerta; pesa sobre el presente como determinante vivo de la realidad actual; y más, se proyecta en el futuro por intermedio del instante ahora vivido, por cuanto la ley interna que desarrolla y determina en el plano de la realidad la sucesión de los estados y acontecimientos no se cumple jamás en forma acabada, sino que, por esencia, se continúa siempre hacia el futuro. La demografía descriptiva, en las investigaciones históricas que practica, no hace más que desentrañar los materiales para la formulación de esta ley y ofrecer perspectivas para evaluar las etapas venideras con progresiva exactitud. Prescindir de estas reflexiones, que procuran esclarecer, mediante una concepción filosófica, el significado de las situaciones demográficas pasadas, empobrece la visión teórica básica que debe poseer el historiador de las poblaciones,

414 abandonándolo a un empirismo que le arrastra a un tipo de investigación arqueológica en la cual restaura con ojos del presente la realidad de épocas vividas, sin saber cómo ligar, según principios racionales, los resultados obtenidos, con la situación actual. Ahora bien, el objetivo de la ciencia es siempre la realidad existente. El presente constituye siempre objeto propio y principal del interés científico del pensamiento social. A partir de lo presente se origina el interés por el conocimiento de lo pasado y el deseo de anticipar lo futuro, porque sólo lo presente es efectivamente dado. Pero, para entenderlo, la conciencia ha de descubrir las dimensiones complementarias de lo pasado y de lo futuro; y entonces se dispone, como necesidad para entender lo real, a hacerse histórica.

su valor, aun teórico, sería nulo. Si es, al contrario, considerable, se debe a que los datos del estado anterior de una población constituyen un elemento decisivo para comprender su realidad actual y prever sus estados futuros. Al principio nebulosamente presentida, esta norma se ha tornado ahora clara para la conciencia del profesional. La manipulación del factor tiempo a que estaba acostumbrado en sus análisis, adquiere hoy un aspecto nuevo, original, cuando el demógrafo pasa a entenderlo como marco que le da la posibilidad de conocer el significado de los datos que examina. Para la conciencia carente de la perspectiva historicista, los resultados de un censo, después de analizarlos debidamente, son un fin en sí mismos y dan por terminado el esfuerzo científico que ha llevado a su obtención. Por lo contrario, para la conciencia crítica tales datos no son sino elementos en la cadena de conocimientos que revelan, cada vez con mayor aproximación, la realidad de una población en cierto momento, exigiendo, por ello, ser relacionados con lo pasado, con los datos censales que les preceden y les hacen inteligibles, y referidos a los previsibles estados futuros, mediante los análisis proyectivos. El dato actual, sin perder la actualidad, se incorpora a un proceso de conocimiento y recibe el significado, no de la descripción bruta del recuento, sino de su inclusión en el proceso continuo que lo explica, tanto en el contenido inmediatamente aprehensible, como en los problemas e interrogaciones que suscita. La demografía adquiere así la conciencia de ser incompleta, inacabada, en virtud de tener que seguir el curso de un proceso que se hace en el tiempo cronológico natural, pero sólo recibe de la historia su comprensibilidad. El actual interés por los estudios de demografía histórica representa un considerable progreso en el curso de esta ciencia.

Si esta nueva conciencia es correcta, y si le están prometidas grandes realizaciones en lo futuro, no es menos cierto que son numerosos los problemas que suscita, los cuales, en virtud de su reciente nacimiento y sistematización, permanecen todavía sin respuesta. No hay duda de que el progreso de la ciencia los irá aclarando y que la tendencia

de la evolución del conocimiento científico en demografía la conducirá a una situación en que la demografía histórica, actualmente una rama, una disciplina especial o lateral, se convertirá en núcleo de todo saber demográfico. El carácter sociológico de la demografía se manifestará cada vez con mayor claridad en la formulación histórica. Para eso es preciso, entre tanto, determinar desde el comienzo algunos aspectos fundamentales. Una distinción que conviene dejar establecida desde luego, es la que existe entre los conceptos de *demografía histórica* e *historia de la demografía*. Antes de exponer nuestro punto de vista señalemos cómo se los entiende habitualmente, en particular el primero. Si comparamos las definiciones que del artículo *demografía histórica* nos ofrece el *Diccionario Demográfico Plurilingüe* editado por las Naciones Unidas, observaremos que no concuerdan en las varias ediciones del mismo, según los diferentes idiomas en que ha aparecido. En las ediciones en español se encuentra la siguiente definición: "La demografía histórica se ocupa de la historia del desarrollo de las poblaciones; en sentido estricto se designa con este nombre aquella parte de la ciencia demográfica que estudia las poblaciones de la era preestadística, con los métodos a la sazón existentes". Es una definición que posee diversas connotaciones, contrastando, por ejemplo, con la de la edición alemana, que se reduce a un enunciado prácticamente tautológico: "La historia de la población trata del estado y del desarrollo de la población en el pasado". Se observa que el concepto expuesto en la edición española, aproximadamente igual al del texto en inglés, deja entrever, aunque sin aclararla, una división en el concepto de *demografía histórica*: en sentido lato, es la historia del desarrollo de las poblaciones en general; en sentido estricto, se limita al estudio de las poblaciones de la época anterior al procesamiento estadístico. Este doble sentido es expresamente reconocido en la edición en ruso.

Hay en la definición en español ciertos presupuestos a nuestro juicio más que discutibles, que la edición alemana evita por el expeditivo recurso de ceñirse a un enunciado inexpresivo, que deja sin explicitar el contenido del concepto. Observemos que en la definición del tipo de la española o la inglesa existen por lo menos dos rasgos que la hacen inadecuada para expresar el verdadero significado de la demografía histórica. En primer lugar, decir que la demografía histórica se ocupa de la historia del desarrollo de las poblaciones es una simple petición de principio, una redundancia que no puede servir como definición, pues no explicita la esencia de la cosa por definir. En el predicado debería enunciarse *aquello en que consiste* la cosa, y claramente no acontece así en la definición propuesta. Si la demografía estudia el desarrollo de las poblaciones, es evidente, pero no constituye una definición, que la demografía histórica estudia la historia del desarrollo de las poblaciones. Hay, sin embargo, un segundo aspecto: la declaración

416 de que la demografía histórica, en la acepción más estricta, trata de las poblaciones de la era anterior a la aplicación de los métodos estadísticos en el cálculo del volumen y las cualificaciones de las poblaciones.

Aquí, evidentemente, se acepta sin discusión el presupuesto, como si fuera una certidumbre indudable, de que los únicos métodos válidos para construir la ciencia demográfica son los estadísticos, hasta el punto de que cuando no se los aplicaba, era la *historia* de la demografía. No parece que se les haya ocurrido a los redactores de la definición la idea de que, si la demografía sólo se estructura como ciencia después de descubrir y aplicar los métodos estadísticos, las fases anteriores serían, no la *historia*, sino la *prehistoria* de la demografía. Y, en segundo lugar, esta formulación inclina a admitir la equivocada conclusión de que la demografía, después de haberse hecho científica, al adoptar los procedimientos estadísticos, dejó de ser histórica. Así, la demografía moderna, los censos e investigaciones actuales, no serían históricos. Esta consecuencia es realmente seria, obscureciendo el horizonte intelectual del investigador y del teórico. Constituye una deficiencia de comprensión metodológica que compromete las posibilidades de entender la demografía histórica. Lo más lamentable es que éste sea un modo de pensar bastante difundido. Se lo encuentra en el trabajo colectivo *The Study of Population*, en donde se dice: "Hay una subdisciplina especializada de *demografía histórica* o *historia demográfica*, cuyos especialistas trabajan en períodos anteriores a los modernos censos y sistemas de registro".¹

La teoría general de la demografía, que hemos procurado fundamentar en un concepto lógico de la realidad, se opone directamente a este modo de ver y abre la perspectiva para concebir la demografía histórica muy diferentemente. Según nuestro modo de pensar, la demografía es histórica por naturaleza, en cualquiera de sus períodos de desarrollo como ciencia, refiriéndose a cualquier momento del tiempo, y de cualquier especie que sean los métodos que adopte. Lo que le da la característica de *histórica*, no es el hecho de tomar como objeto de la investigación lo pasado, sino la historicidad intrínseca a su esencia. El dato demográfico es histórico incluso en lo presente, porque se lo recoge como la imagen de un proceso que atraviesa la fase actual y se prolonga hacia lo futuro. El dato presente es histórico porque constituirá en lo futuro un dato pasado, así como los que para nosotros ahora son pasados han sido en su tiempo presentes, y hasta futuros, si reflexionamos en que antes de ellos hubo otros. La esencia histórica del conocimiento demográfico deriva de que el sujeto y el objeto de ese conocimiento es el hombre. En efecto, como hemos dicho, el hombre, por la conciencia de la duración, introduce en el tiempo las perspectivas de lo

¹ *The Study of Population*, op cit., pág. 50.

pasado, de lo presente y de lo futuro, y le da carácter histórico. Por la memoria de sí, por la conciencia de haberse constituido como tal en lo presente, engendra la dimensión de lo pasado; por el proyecto de existencia, por la noción de que su realidad es la de un ser que dispone de la capacidad de hacerse a sí mismo, dentro de las circunstancias objetivas, las cuales, por lo demás, en gran parte le cabe modificar, el hombre se percibe como un existente lanzado en dirección a lo futuro, como un ser que no agota la representación de sí mismo en la percepción de su estado actual, sino que implica en su realidad de cada momento, como uno de los datos de la conciencia de ese instante, el proyecto de su ser futuro, de su modificación y de la del mundo que lo envuelve.

La demografía tiene que ser interpretada como ciencia esencialmente histórica en virtud de su naturaleza antropológica-existencial. Una cosa deriva de la otra. Por tal motivo, la historicidad no constituye un carácter accidental, sino esencial del saber demográfico. Procurando sistematizar, diremos que la demografía manifiesta su carácter histórico en función de los tres motivos siguientes.

A) *El objeto de la demografía ser esencialmente histórico.* En efecto, en dos aspectos se comprueba esta condición. La población es un conglomerado de individuos cada uno de los cuales, según indican los análisis existenciales, se relaciona con los otros en el tiempo, no por una relación externa, de simple colocación en el curso cronológico, por el recibimiento de una fecha de nacimiento, sino por la condición de que sus actos, su realidad, forman un proceso que extrae de sí mismo los determinantes de su continuación, y por eso se constituye como historia de sí. Pero, en seguida, las poblaciones son entidades históricas porque evolucionan en el tiempo con características de desarrollo, que se asemejan a las fases de crecimiento y declive de los individuos. El grupo poblacional nace cuando pasa a ser objeto de la consideración particular del historiador, o porque haya emergido del limbo original de la pre-historicidad y entrado a figurar en el escenario histórico como unidad política de contornos definidos, lo que le da carácter de unidad y le asegura la *personalidad demográfica*, o porque se destaca de otra población ya reconocida y comienza a trabar su gesta histórica, como acontece con las masas que se desvinculan por migración de troncos anteriores y van a ocupar territorios baldíos. De todos modos, es posible hablar con suficiente aproximación a un sentido científico, y por analogía con el nacimiento individual, del nacimiento de las poblaciones. Es indiscutible que ellas evolucionan y, por causas variadas, declinan y muchas se extinguen en su figura histórica, generalmente por haber dejado de representar entidades políticas independientes. La historicidad de la población es, así, consecuencia de su vida limitada, de la sucesión de los estados de desarrollo y de la correlación con un tiempo cronológico

418 exterior que la envuelve. Del mismo modo que los individuos, las poblaciones poseen un pasado que se representa en la memoria de sus fastos y se conserva en los testimonios de su vitalidad anterior, en su creación cultural, entre cuyos productos se cuentan los documentos, directos o indirectos, que servirán para reconstruir actualmente la imagen de sus etapas pasadas.

Toda población tiene conciencia del presente, sabe que perdurará en el futuro y por eso proyecta su ser colectivo de acuerdo con la representación de sus necesidades, tomando en cuenta las relaciones que lo ligan al medio en que está situada. Dispone de la capacidad de alterar y de planear, dentro de límites relativos, el futuro, por la modificación de su cantidad y cualidad. Análogamente a un ser vivo consciente, una población engendra, en función de su capacidad colectiva, hasta cierto punto, una historicidad que le es particular. De ésta se debe ocupar el demógrafo con especial cuidado, por cuanto le compete considerar, por ejemplo, las ideas que respecto a sí misma, a su cantidad y cualidad, se hacía una población en el pasado, los juicios que emitía acerca del particular, si estimaba escaso o excesivo su número, y qué propósitos nutría de hacer variar su composición para adaptarse a las exigencias de la realidad circunstante. El estudio de las ideas que una población en lo pasado tenía de sí misma es un capítulo decisivo de la demografía histórica, la cual no debe preocuparse sólo de encuestas numéricas, sino que tiene por obligación estudiar las concepciones demográficas que las diversas poblaciones desarrollaron en lo pasado y verificar hasta qué punto tales actitudes ideológicas han sido seguidas de repercusiones objetivas, cómo se han engendrado las ideas a partir de las formas existentes de la realidad demográfica, e, inversamente, qué resultados han producido los proyectos y representaciones conscientes.

Cuando nos referimos al nacimiento de una población por instalarse una masa humana en un territorio deshabitado, por ejemplo, estamos recurriendo a un símil biológico que sólo debe ser aceptado con las debidas restricciones que toda expresión comparativa implica. En verdad, tras este acontecimiento que se nos figura como inicial, hay toda una serie de hechos históricos que explican y condicionan el supuesto nacimiento. Las poblaciones implican doblemente el concepto de *generación*, no sólo internamente en la sucesión de las cohortes a lo largo del tiempo, sino exteriormente en la sucesión de las poblaciones enteras que se sustituyen unas a otras en el transcurso histórico. Una población como totalidad engendra otra, por un proceso objetivo que demanda larga gestación en el seno de la población precedente y por motivos que competirá a la demografía histórica aclarar. La población naciente presenta características especiales, originales, luego perdidas con la institucionalización histórica, entre ellas las modalidades de relación que la ligan a aquella de que procede. Aunque estas áreas de investigación

demográfica estén casi totalmente vírgenes, deseamos señalarlas al interés de los especialistas, por el valor que tendrían las respuestas a tales indagaciones, y porque ayudarían a los estudiosos a comprender el carácter eminentemente histórico del objeto de sus investigaciones. La demografía histórica no puede limitarse a mirar retrospectivamente la realidad vivida por una población supuesta ya constituida en su individualidad, porque esta misma no existe eternamente ni por casualidad, sino que es producto histórico y, por tanto, necesita ser comprendido en su génesis a partir de colectivos humanos precedentes.

Cuando se examinan las viejas áreas de civilización en el Oriente o en Europa, sabemos que las poblaciones actuales, que en la era científica están practicando el análisis demográfico de su pasado, tienen que reconocer que éste, en verdad, es un proceso de sedimentación humana. La continuidad de la ocupación de un mismo espacio geográfico no significa la continuidad de existencia de una sola y misma población. Muy al contrario, uno de los problemas más difíciles con que se enfrenta la demografía histórica es el de delimitar en el tiempo pasado cuál es el momento en que una determinada población actual empieza a tener existencia definida. El estudio demográfico a ella referido, parte del presupuesto de su relativa consistencia como *individuo* histórico, del presupuesto que se pueda acompañarla en una coherente *identidad demográfica*, desde el momento en que aparece constituida a nuestros ojos, de acuerdo con los criterios que adoptamos para identificarla, hasta la época presente. No tendría sentido confundirla con otras poblaciones que la precedieran en el mismo territorio, y que, o por estar constituidas por troncos étnicos distintos o por haberse agotado en su ciclo cultural, se diferencien completamente del grupo actualmente examinado. Es cierto que en este trabajo el demógrafo prácticamente depende del historiador puro, que le señalará, según sus criterios y documentación, el momento de dar por constituida la unidad poblacional que cabe investigar por los métodos propiamente demográficos. Pero no es menos verdad que corresponde a la conciencia metodológica del especialista comprender que el paso de las poblaciones anteriores a aquella actualmente existente es un fenómeno en el cual desempeñan importantes papel los procesos demográficos ocurridos en la población anterior. Particularmente importante es esta noción cuando la población estudiada reconoce un origen mixto, compuesto por el encuentro de varios colectivos étnicos, como sucede en las poblaciones de los países americanos, donde se combinaron grupos alienígenas con poblaciones autóctonas.

La reconstitución del estado demográfico pasado sólo puede ser correctamente realizada por la comprensión dialéctica. No puede ser entendida como un cuadro fijo, algo que se ve a distancia, desde la posición en que ahora nos encontramos. Tiene que ser comprendida par-

420 tiendo de la realidad que efectivamente tuvo, la de ser momento de un proceso antropológico, que, por eso, es tanto pasado como presente y futuro. Debe ser apreciada en la perspectiva de su fluencia, o sea, en la precedencia de estados anteriores y en la capacidad de producción de estados siguientes, incluso el actual. La comprensión del demógrafo histórico necesita ser eminentemente dialéctica para practicar con agilidad esta reconstitución dinámica, cinematográfica, del pasado, y no contentarse con una serie de datos documentales que serían como la galería de retratos de los antepasados de la población actual. Los estados pretéritos no son algo muerto, colgado en la pared, sino realidades vivas, en el sentido de que se perpetúan en el presente, por los efectos que han determinado y ahora se perciben. El pasado está aquí vivo en el presente que engendró. La población actual, por contradictoriedad dialéctica en que se expresa su esencia, es y no es la misma del pasado: es, en cuanto continuación de ella, determinada por ella según la ley que producía la otra, anterior; y no es, en la acepción de que las generaciones se substituyen unas a otras, y por eso se diferencian sin romper la unidad, una población en dos momentos de su duración.

La noción de pasado es relativa y sujeta a su propia negación al ser afirmada. Es una imagen que aparece con cierta nitidez y fijeza, pero inmediatamente se le desdibujan sus contornos, al comprender que pasa a una etapa siguiente, a una imagen posterior. De aquí que, la imagen representativa de cualquier momento nunca posee validez absoluta, no por accidente o por casualidad, sino en virtud de una necesidad intrínseca. El pasado demográfico es, en cierto sentido, el mismo presente, cuando éste es aprehendido en el proceso de su gestación. El estudio de demografía histórica debe poseer esta agilidad de captación conceptual. Para ellos, la condición decisiva es que su preparación teórica se haga fuera de los moldes de la concepción positivista y formalista que le impedirían proveerse de la idea de *proceso* para el estudio de la realidad y adquirir la práctica del manejo metodológico de tal idea. La actitud metodológica positivista nos parece que es particularmente nociva en el campo de la demografía histórica, determinando una visión estática de la realidad, sujetándose a una lógica que se mueve en un mundo de abstracciones y se condena a la esterilidad de los criterios formales de verificabilidad. Los ensayos de investigación histórica, como los de Beloch,¹ que procuraba reconstruir el volumen de la población y su distribución en la Antigüedad y en la Edad Media, y tantos otros que representan el esfuerzo precursor del campo de la demografía histórica, tienen el alto mérito de haber contribuido a crear esta subdisciplina, darle los contornos que le son naturales y, sobre todo, llamar la

¹ Beloch, *Die Bevölkerung der griechisch-romanischen Welt* (1886), *Die Bevölkerung im Altertum* (1899), *Die Bevölkerung Europas im Mittelalter* (1900).

atención hacia la importancia de estas reconstituciones. Pero, por comprensible limitación, no sirven como modelos metodológicos, apenas como ejemplos de infatigable dedicación a este género de indagación, pues lo que han conseguido fue realizar obra de arqueología de las poblaciones, en la cual los estados pasados aparecen como sucesivos paisajes demográficos que el espíritu debe, por esfuerzo imaginativo de yuxtaposición, aprehender como momentos de una evolución real. Esta, sin embargo, no es perceptible como tal.

El concepto formal y el método positivista destruyen el flujo del proceso efectivo del pasado demográfico y lo reducen a una sucesión de imágenes, de instantáneas, que se ligan por vía de la imaginación. Esta ligazón es real, es el contenido del proceso de la realidad poblacional. Parécenos que la única manera de superar la deficiencia metodológica de la concepción formalística, es recurrir a la concepción crítica. Los estudios que, en relación a la Antigüedad esclavista o al período feudal, buscan establecer la conexión entre el volumen total de una población y la distribución de mano de obra, no rinden todas las posibilidades si se efectúan a la luz de criterios formalistas, pues las modalidades de trabajo referentes a cada una de estas formaciones históricas sólo pueden aclararse válidamente con el auxilio de categorías que pertenecen a la lógica crítica; de lo contrario, el investigador permanece en la superficie del fenómeno, casi siempre sometido a concepciones que recoge sin un criterio metodológico que alcance la esencia de la realidad estudiada. La ley de reproducción de la población griega, oriental o romana, dadas las modalidades de producción reinantes en ellas, sin duda no es la misma que en la población feudal. Cuando se estudian formas correspondientes de división del trabajo, como las que existen entre el campo y la ciudad, la diferencia de las etapas históricas en que son practicadas no permite sino analogías, y no paralelismos estrictos, según practicaría el técnico movido por la mera concepción formal. El trabajo urbano, por ejemplo, no es un concepto fijo, a no ser como abstracción, y por eso demográficamente no se funda en una correlación uniforme con la realidad objetiva donde se produce. El trabajo en la ciudad, como en el campo, es función de la realidad histórica. La ciudad varía de una época a otra, es una cosa en el régimen en que el grupo urbano es apenas un apéndice del área rural y otra en aquél en que se constituye como centro de actividad administrativa o manufacturera. La *polis* antigua, el burgo medieval, o la metrópoli moderna configuran espacios históricos donde el trabajo, aunque de idéntico tipo, determina consecuencias demográficas distintas.

Sin la concepción de este fundamento histórico, sin captar la variación de las circunstancias según la marcha del proceso de apropiación de la naturaleza, el científico se condena a emplear conceptos inmovilizados, que terminan por dejar de ser hasta conceptos, para convertirse

422 en vocablos. Tal nos parece ser el primer motivo, y el principal, de que la población haya de ser estudiada como proceso histórico, aun cuando se encamine a conocer el estado presente. El método proyectivo, tan necesario como finalidad práctica de los estudios demográficos, no puede fundamentarse fuera de la perspectiva historicista. La mayoría de las veces se lo aplica sin conciencia de esta perspectiva, y el demógrafo no se refiere al futuro sino como un tiempo cronológico exterior que sólo se distingue del actual, o del pasado, porque todavía está por venir. Deja, así, de percibir la calidad definidora del futuro, que le confiere esencial diferencia en relación al presente o al pasado, y que es la de un tiempo que será rellenado por acontecimientos históricos cualitativamente originales, por ahora insospechados, sin repetición de los hechos vividos o en curso en la actualidad. Tratándose de extrapolaciones que sólo buscan previsiones cuantitativas, globales o diferenciadas por aspectos, de la realidad de una población, la limitación de los resultados, por la falta de mención de la originalidad que deberían contener, pasa inadvertida, encubierta por la extracción de un resultado numérico. Con eso, la mayor parte de los especialistas se dan por satisfechos, sin reflexionar en que los datos que establecen no dan sino una porción reducida del significado que tienen, con lo que condenan a la ciencia a una fecundidad restringida, empobrecida, muy inferior a la que alcanzaría si la teoría que presidiera las técnicas proyectivas no fuera de carácter formal. Por los criterios habituales, las proyecciones demográficas nada tienen de históricas; no se refieren al tiempo real en que irán a ocurrir los fenómenos de cambio de calidad y cantidad de los colectivos humanos, sino a un tiempo abstracto, al momento t de las integrales definidas. Las proyecciones son apenas desarrollos en serie de valores cuantitativos que se fundan en la consideración del presente o del pasado, generalmente limitado en su alcance, sin tomar en cuenta, en ambos casos, la calidad histórica de la fase a que se refieren. Buscan sólo establecer los valores probables de las variaciones actualmente significativas, sin indagar si la significación que tienen está también sujeta a variación y si el contenido cualitativo que ahora poseen, o que han tenido en tiempos anteriores, se conservará inalterado.

En la práctica de las proyecciones demográficas es donde más se evidencia la necesidad de la conciencia historicista en demografía. Pero no del historicismo entendido simplistamente y confundiéndolo con la posibilidad de generalizar los datos obtenidos en condiciones limitadas de espacio y de tiempo, aspecto, éste, que nada tiene que ver con el problema histórico, y del cual encontramos un ejemplo en el *The Study of Population*,¹ sino el auténtico historicismo, que es la introducción de

¹ "Debe notarse también que la naturaleza de los datos en demografía plantea una cuestión fundamental, que, en verdad, se presenta a todas las ciencias

la categoría de proceso con todas las consideraciones y distinciones cualitativas, con las determinaciones dialécticas que transporta. La población futura no procede de la presente por procreación simplemente fisiológica, sino que es un producto histórico de la actual, en el sentido de que resultará de la conexión entre ésta y el mundo, de las formas como la población ahora existente explota y modifica la realidad en que vive y que llegará alterada a la edad futura. Según sea la naturaleza, la calidad de las modificaciones que la población actual opera sobre el mundo, éste, en una fase siguiente, ofrecerá un contorno real donde el proceso fisiológico de procreación del hombre se revestirá de características peculiares, distintas de las ahora vigentes. El demógrafo debe comprender que una generación futura no procede de la actual por la mera vía de creación hereditaria, sino que, sobre todo, procede del mundo que la actual construye y legará a la época venidera. Ahora bien, al mencionar el mundo nos referimos a una realidad simultáneamente física y social. Por consecuencia, asumen primordial importancia las formas cómo el hombre actual produce su existencia, no sólo porque determinan el cuadro demográfico del presente, sino porque engendran las posibilidades sociales de constituir para el futuro nuevas formas de producción de la existencia, que serán los factores decisivos de la futura composición poblacional. La población futura está en germen en la actual, y puede ser estadísticamente proyectada a partir de ésta, desde que se considere la totalidad de la realidad histórica vigente y no meramente los datos que definen el estado de la población. Esto implica que se haya de incluir en el cálculo proyectivo, a título de determinantes reales, el proceso social y político, las tendencias del proceso histórico en general, porque de este conjunto surgirán las condiciones objetivas dentro de las cuales se van a engendrar sucesivamente las próximas generalizaciones. Para comprender esta noción, es indispensable la perspectiva historicista, que recusa reducir al dato biológico la continuidad de las poblaciones, sino que piensa a éstas en la continuidad del proceso social que las envuelve, cuyas influencias sufren y sobre el cual simultáneamente actúan.

Movilidad de la realidad, totalidad del proceso y acción recíproca entre sus componentes, son categorías lógicas sin las cuales las prácticas de los procedimientos proyectivos en demografía pierden la oportunidad de rendir los mejores resultados y se exponen a convertirse en ejercicio especulativo estéril, distanciado del mundo objetivo que importa

sociales. Es el problema del *historicismo*, es decir, la cuestión de saber hasta qué punto las generalizaciones sacadas de datos localizados en el tiempo y en el espacio, pueden llevar a proposiciones genéricas, por oposición a las descripciones de situaciones únicas". Hauser y Duncan, *The Study of Population*, pág. 5.

424 conocer y prefigurar. La introducción de la historia no es un requisito sólo de las reconstituciones demográficas, sino que se revela indispensable para la percepción anticipada del futuro. Este no es un espacio vacío, oscuro, en que el científico proyecta una imagen a partir de la linterna mágica situada en el presente, sino este mismo presente en las formas que asumirá más tarde, en virtud de la manera como la ley interna que lo constituye ahora tal como es, actuando sobre sus determinaciones actuales, determinará las poblaciones futuras. El futuro está en amplia medida virtual, pero lógicamente, dado en el presente, como éste estaba dado en el pasado de que procede. Cabe al hombre de ciencia indagar las condiciones concretas de la realidad ahora existente y posesionarse del mecanismo que dicta su transformación en la realidad venidera. Si no hubiera lógica en este proceso de substitución, entonces de hecho sería solamente un devaneo especulativo todo lo que estamos escribiendo. La práctica de la existencia, sin embargo, prueba que no se trata de concepciones de visionario, sino que en el curso de las transformaciones se manifiesta la acción de una ley objetiva. El conocimiento de las condiciones actuales es la llave para prefigurar las que están por venir.

Es preciso, con todo, que se conciba críticamente lo que estamos llamando *condiciones de la realidad actual*. Porque, de no proceder así, si pensamos en términos metafísicos o formales, el mundo, en el cual está situada y desarrolla su capacidad de reproducirse la población presente, aparecerá como un cuadro de referencia estable, inmóvil, y no revelará los mecanismos que determinan las tendencias de su transformación. Aprehendido en conceptos dialécticos, el *mundo* deja de ser un puro espacio para estar el hombre, un ámbito de obtención de recursos, y pasa a ser entendido como un complejo de relaciones entre los hombres, un sistema de relación social, en virtud del cual colectivamente explotan la naturaleza y crean las condiciones en que se reproducirán como especie biológica. Si el interés científico está en anticiparse a los datos futuros, tiene que anticiparse igualmente en el conocimiento de las condiciones objetivas de la realidad social futura. Claro está que, en cuanto a este segundo aspecto, igual que respecto al primero, sólo le es dado proceder con recursos lógicos que definen una probabilidad, pero no se trata de aceptar, según la concepción formalista, un juego ciego de posibilidades y sí de reconocer que lo probable es un carácter que afecta sólo al dato particular, en su singularidad, no la marcha del proceso o su ley interna, la cual se impone con rigor lógico a través de la relativa ausencia de rigor de los resultados o datos parciales previsibles. El demógrafo precisa interesarse por el curso de las transformaciones sociales y políticas que se están produciendo en la actualidad, porque de los choques entre las fuerzas actuales va a depender el cuadro de la realidad

futura, en la cual se desarrollará la población a que desde ahora se está idealmente dirigiendo por vía de los análisis proyectivos. No podrá hacerlo con los meros recursos de la estadística, por cuanto éstos le suministrarán un cuadro que nada tiene de riguroso; y por eso expuesto a ser desmentido por los hechos.

Según repetidamente se declara en la bibliografía relativa a proyecciones de población, el conocimiento del futuro a que el demógrafo puede pretender es de limitado alcance y de incierta verosimilitud. Tenemos la convicción de que se mejorarían mucho las previsiones si el especialista modificase el aparato conceptual de que, consciente o inconscientemente, se vale. Así, la proyección relativa a la fecundidad no debe suponer la permanencia de los factores que actualmente influyen y oprimen al grupo familiar; la de la mortalidad, basarse en que serán siempre los actuales los desniveles de desarrollo social y sanitario entre los países o entre las regiones de un mismo país, ni admitir que la distribución de mano de obra se pueda hacer únicamente según las formas actuales de producción y los índices de su eventual crecimiento. Esta es una visión mecánica y cuantitativista, a que se opone la realidad del proceso efectivo, que implica la simultaneidad y la acción recíproca de lo cuantitativo y de lo cualitativo. En la estructura de las formas de producción actuales, están contenidas en germen modificaciones cualitativas para el futuro, las cuales serían juzgadas por el demógrafo o como insospechadas o como incomprendibles y por eso cuando lleguen a ocurrir no encontrarán al científico preparado con la sensibilidad despierta para la eventualidad de tales cambios. La distribución de mano de obra actual representa el término momentáneo de un proceso cuyas bases se enraízan en el pasado, y que la misma continuidad proseguirá en el futuro. La distribución actual contiene, por ejemplo, determinada proporción de mano de obra no calificada, un vasto excedente de reservas, representado por el trabajo primario de simple subsistencia en las faenas agrícolas más atrasadas. Pero el curso del proceso se hace por exigencias crecientes de trabajo calificado, capaces de ser medidas por técnicas especializadas, las cuales proveen índices premonitorios de una etapa futura. Sin embargo, si las proyecciones no partieran de la visión global del proceso de industrialización, caerán en el error de las previsiones vegetativas, que sólo llevan en cuenta la correlación del volumen y de la distribución de la masa poblacional con los aspectos económicos del proceso, sin la debida ponderación de los datos sociales y políticos en él incluidos. Establecerán, tal vez, un cálculo para el flujo de mano de obra del campo hacia la ciudad en función de las exigencias de empleo en las áreas urbanas, pero se olvidarán de las repercusiones sociales que tal hecho determinan por intermedio de sus repercusiones políticas, y, aun, de que las nuevas fuerzas surgi-

426 das en virtud de esta situación podrán modificar las condiciones de vida del campo tornándolo, no un área de expulsión, sino de atracción y fijación de masas trabajadoras.

La masa de trabajadores que se desplaza hacia la zona urbana no permanece igual a sí misma en cantidad, pues trae consigo hijos y parientes, ni en calidad, porque se ve poseída de exigencias nuevas, como la alfabetización, creadoras de cambios de calidad, que, a su vez, condicionarán alteraciones de cantidad. El bracero que emigra hacia el área industrial, al elevarse culturalmente, modifica su padrón demográfico en función de las exigencias de trabajo a que se ve sometido. Si la técnica proyectiva no toma en la debida cuenta estos cambios sociales y sus consecuencias demográficas, reincidirá en monótona causa de error. La alfabetización y la elevación cultural del trabajador son al mismo tiempo un cambio de calificación social, y, por tanto, en la proporción en que, colectivamente, pesa en el proceso histórico de su comunidad, el trabajo que ejecuta, o a que aspira, pasa a valer más, le da mejores rendimientos, que se reflejan en su pauta de consumo, y crea reclamos familiares, que repercuten sobre el comportamiento demográfico. La demografía convencional, por no estar provista de la necesaria perspectiva histórica, puede confundir la simple práctica de proyecciones en que se utilizan los datos económicos distribuidos en dimensión temporal, con la auténtica conciencia historicista. Nada más ilusorio. El mero empleo del tiempo como parámetro en la antevisión del futuro, nada quiere decir como efectiva aprehensión de la esencia histórica del proceso demográfico. El tiempo matemático, como el de los cálculos económicos, es un curso de variaciones que nada tiene de común, en esencia, con la noción de tiempo histórico, toda vez que esta última implica el concepto fundamental de proceso, que los primeros no incluyen. Lo lineal de una sucesión de estados o de valores permite, fijadas las reglas de transformación, prever los datos futuros. Pero con carácter abstracto apenas. Para que la proyección se aproxime al máximo de la realidad concreta anticipada, es preciso que invoque las variaciones de carácter existencial, fundadas en bases sociales, de la población estimada.

Por este primer rasgo, por tanto, la demografía se revela como la ciencia necesariamente histórica y dependiente de una conciencia historicista para el progreso de sus investigaciones. Es que descubre, a la par de la historicidad esencial de la realidad humana, la de las poblaciones. Restaría analizar la correlación entre estas dos modalidades de historicidad. Una no repite integralmente la otra, como una copia. El paso de una a otra importa una alteración cualitativa. Lo que se propone aquí es el problema de la esencia de las relaciones entre el hombre y la población. En páginas anteriores hemos exployado algunas reflexiones a este respecto. Ahora deseamos apenas acentuar la

relación entre las formas de historicidad que caracterizan a una y a otra de estas entidades. La historicidad del hombre es individual, personal, y limitada por la conciencia de la finitud de su existencia. La expectativa de una vida corta puede llevar al hombre a desear procrear más temprano. Pero esta conciencia de la finitud de la duración personal es, al mismo tiempo, superada por la certidumbre de estar envuelto por la historicidad de la población a que pertenece, por el conocimiento de que, en cuanto ser humano, posee las dos formas de historicidad, por la certeza de su sobrevivencia en la especie, como supresión de la finitud del existir personal. En la procreación de los hijos, el hombre niega su finitud y se prolonga en un tiempo histórico que, de esta manera, es engendrado por él. El tiempo histórico de la población es, por tanto, creado por el tiempo histórico de los individuos que lo componen, pero éstos no existirían sin ser engendrados a partir de una que los precede y envuelve. Siendo así, la recíproca es verdadera, o sea, el tiempo personal es engendrado por el de la población.

Además, el tiempo histórico del individuo es único e intransferible, representando la duración de un ser que se sabe finito e irrepetible. Por consecuencia, la duración de la vida es concebida por el hombre con doble significación: como limitada, en la existencia personal, y como ilimitada en la de la especie a que pertenece. Sin duda, también esta última duración tiene términos finales, pero a la conciencia individual aparece como un prolongamiento que se extiende sin límites conocidos. La población es concebida como poseedora de una duración envolvente, en cuyo seno la del hombre aislado se torna un momento, sólo influyendo en cuanto factor en una apreciación estadística. En el tiempo demográfico también es preciso introducir las distinciones entre fases pasadas, el presente y el futuro. Tales diferenciaciones asumen siempre el doble aspecto cuantitativo, en el sentido en que es posible señalar una duración mensurable a cada una, y cualitativo, en tanto que, como fases de un curso histórico, son definidas por la calidad de los acontecimientos que las llenan.

El presente demográfico, en particular, debe ser objeto de detenida comprensión del demógrafo, porque, siendo la posición desde la cual ejecuta todas las investigaciones, tiene que ser entendido, no como fecha de calendario, sino como momento particular, y, en la acepción en que interpretamos el término, privilegiado, de un proceso histórico. No sólo los conocimientos de la ciencia demográfica son tributarios de este momento; como todos los demás hechos históricos que cercan la actividad del demógrafo, los hechos sociales y políticos que coinciden con la época de un censo, por ejemplo, son factores del análisis que emprende, por los reflejos subjetivos que determinan en su espíritu y por la influencia que ejercen sobre las condiciones ma-

428 teriales de la población investigada. El presente demográfico no es un instante sin dimensiones, sino un cierto período conscientemente identificado con el momento vivido. Ya ahí se percibe la necesidad de practicar la definición del momento presente con instrumentos de análisis sociológico y con visión crítica del proceso histórico.

La primera tarea del especialista consiste en definir lo que entiende por *presente*. Muchas veces se enfrentará con el problema de decidir si datos de un pasado todavía reciente deben ser incluidos en la categoría del *presente* o no. En la proyección del futuro le cabe igualmente decidir hasta qué punto se extiende el *presente* con la imagen cogida por los medios de averiguación de que dispone. Es preciso igualmente que comprenda este aspecto contradictorio de su trabajo científico. Si, de un lado, como es evidente, su acción se hace siempre en el presente concreto del tiempo personal y poblacional, de otro, este presente debe ser ya percibido en la perspectiva de pasado en que va a ser aprehendido por los demógrafos del futuro, y sólo así se torna útil para ellos. Si al práctico actual falta la visión histórica, trabajará como si su operación fuera la última, no tuviera continuidad, y, más, no fuera hecha justamente para servir a los investigadores del futuro. La demografía carecería de toda utilidad si fuera constituida por una serie de cortes yuxtapuestos en el tiempo cronológico. Sólo es útil porque esas imágenes sucesivas son el medio de dar al demógrafo la posibilidad de reconstituir dinámicamente el movimiento de la población en el pasado y la evolución que la trajo hasta su constitución actual. Pero es preciso que perciban que el proceso no cesa, y, por tanto, la misma razón metológica que lo lleva a no concebir el pasado como una colección de cortes, debe hacerle comprender que el presente no es sino un corte más, el tránsito de la realidad por el instante vivido en camino de la constitución futura de nuevas configuraciones de la población. El sentimiento de la historicidad de su trabajo debe ser la virtud cardinal del demógrafo. Para eso, es preciso estar dotado de una concepción sociológica de la ciencia, y no simplemente estadística. Si la extracción de los datos se hace por métodos estadísticos y se expresa por resultados numéricos, la naturaleza de los hechos estudiados es de orden social y humano, y sólo en estos planos encuentra plena inteligibilidad.

B) *El conocimiento como proceso en el tiempo*. Por una segunda nota esencial se llega al concepto del carácter histórico de la ciencia demográfica. Nos referimos al hecho de ser un conocimiento que se constituye como proceso en el tiempo. Por la primera nota hemos visto que la demografía es histórica por la naturaleza de su objeto, el hombre y la población. Por la segunda, se confirma ese carácter, al descubrir que, como todo saber, es un proceso de acumulación de conocimientos, en el curso de una evolución histórica. Todo conoci-

miento es engendrado por el conocimiento anterior y produce el del futuro, siempre en conexión recíproca con las condiciones objetivas, materiales, en que se desenvuelve ese proceso cultural. La demografía de hoy es producto de todas las etapas por las cuales pasó esta ciencia en su desarrollo, de las contribuciones que recibió, de los errores y aciertos que realizó. La demografía, por su naturaleza de ciencia social y antropológica, participa más acentuadamente de este rasgo histórico y lo revela más claramente, al estudiar la evolución de los colectivos constituidos por el propio ser creador de la cultura, el hombre. Por este lado, su vínculo histórico es más profundo que el de otras ciencias, principalmente las que sólo estudian al hombre en sus aspectos materiales o biológicos. El hombre crea la cultura, entre los productos de ésta está la demografía como tipo de saber. La particularidad distintiva de la demografía está en que, sin tener por objeto la cultura en cuanto tal, estudia, por el modo de apreciar colectivo, el ser que es el autor del proceso cultural, y por eso trae una contribución decisiva al conocimiento de la producción de la cultura. Mediante la investigación de las condiciones cuantitativas de las poblaciones, la demografía se torna una fuente de información y, diríamos mejor, un instrumento de formación del saber relativo a la cultura, que no puede dejar de ser constantemente aprovechado, por la reciprocidad de acciones que se traban entre los dos planos, el demográfico puro y el cultural.

La cultura de un pueblo está influida ampliamente por sus caracteres demográficos. Pero, como decíamos, entre los productos de esa cultura está la propia concepción de la demografía, el avance de su desarrollo como ciencia, la creación de sus métodos, la posibilidad de aplicarlos. Así, la demografía revierte sobre sí misma por la mediatización de la cultura, que, en vasta medida, ayuda a crear. Por esta acción de sí sobre sí, la demografía se torna, en cierta extensión, un producto de las condiciones demográficas existentes. Son éstas las que, por la creación de la acumulación de la riqueza y por el grado de civilización que le permiten llegar a un pueblo, van a determinar las posibilidades de la ciencia demográfica que este pueblo poseerá. Hay que contemplar dos aspectos en el caso que consideramos: no se trata solamente de que, en razón de la base de riqueza económica y cultural que posee, un pueblo puede utilizar los métodos más eficaces, las técnicas más complejas y perfectas al ejecutar sus análisis e investigaciones; trátase de que la etapa cultural en que se encuentra, configura el fundamento social de la posibilidad de creación de lo nuevo, en demografía, del descubrimiento de nuevos métodos, técnicas y procedimientos que la harán más perfecta. La demografía, como cualquier ciencia, expresa por su grado de avance en un país y por los resultados a que llega, la etapa de cultura que las condiciones obje-

430 tivas de vida del pueblo de tal nación le permiten tener. Puede decirse, como un axioma epistemológico, que un pueblo posee la demografía que sus condiciones sociales de desarrollo le permiten tener.

La demografía, como todo saber, está determinada por las bases sociales que la sustentan, pero se distingue por el rasgo especial de que; siendo una ciencia que estudia la composición humana de la propia entidad creadora de la cultura, en cierto sentido explica, por las conclusiones a que llega, el estado en que se encuentra la cultura de una población. En todas las poblaciones, desde las fases primitivas, como nos revelan los documentos bíblicos, contar sus miembros es un requisito imperioso de la organización social y del proceso de su dirección. Si al principio se trataba de saber cuántos individuos existían, después cuántos fuegos, hogares, parroquias, etc., lo que la sociedad pretendía siempre era conocer su estado, su volumen y composición, para orientarse en la dirección de sí misma, en las decisiones históricas que está obligada a tomar, cómo emprender guerras, tasar actividades económicas, desplazarse hacia otras áreas, construir obras monumentales de utilidad pública, expandir el régimen educativo, etc. Pero la complejidad creciente del grupo humano, la extensión y variedad de las áreas ocupadas, la distribución y distinción entre los individuos por efecto de su pertenencia a estamentos sociales distintos, y otras variedades de diferenciaciones en lo íntimo de la colectividad, hicieron que se tornase necesario investigar, con carácter cada vez más científico y complejo, el pasado de la población.

La ciencia demográfica no es sino el reflejo de la exigencia de conocimiento de una colectividad humana por ella misma, en función de la complejidad creciente de su organización y de los problemas que la convivencia social, el régimen existente impone. Dos hechos se destacan desde luego: primero, la demografía es una exigencia indispensable de toda etapa de desarrollo de una población, y segundo, es conmensurable al grado de desarrollo social alcanzado por la comunidad, expresado en la etapa vigente de la evolución de su cultura. Ahora bien, esta etapa representa evidentemente un producto histórico cuya base es la realidad objetiva, física, económica y, sobre todo, la del colectivo humano de que deriva, y que, en este caso especial, es igualmente el objeto de esta rama particular del saber cultural. Tal es la razón por la cual decíamos que la demografía se confirma como saber por esencia histórico, necesitando por eso ser cultivada por quienes están dotados de una conciencia historicista debidamente esclarecida por la posesión de categorías lógicas adecuadas. La demografía como ciencia se constituye en el interior del proceso cultural de la población que investiga, y por ella afirmábamos antes que la demografía de un pueblo como saber científico, es siempre aquella que su proceso cultural le permite tener en cada momento. Se explica

así por qué la demografía es cultivada en grados de desarrollo distintos por poblaciones distintas. Aquello que, en cada caso particular, se entiende por demografía, es el saber que corresponde a las exigencias y necesidades de la población a que se refiere.

Con esta afirmación llegamos a una importante conclusión de nuestras reflexiones. Sería una actitud idealista y divorciada de la realidad creer que todos los pueblos pueden llegar a tener, por simples organizaciones de cúpula, la demografía que los unifique en un mismo nivel de desarrollo del proceso cultural de esta ciencia. Es inevitable la actual disparidad de avance en el progreso del conocimiento y de la práctica de las operaciones demográficas, pues esta desigualdad no indica otra cosa sino el desnivel existente en todos los demás campos del saber entre las comunidades nacionales, derivado de causas sociales, que, en último análisis, radican en el desnivel del desarrollo económico, en el colonialismo cultural, en la alienación, que afecta a la conciencia de las poblaciones pobres, en naciones atrasadas y subdesarrolladas. Un corolario de esta conclusión es que son en gran parte artificiales, y condenados a resultados, si no nulos, por lo menos poco provechosos los esfuerzos para unificar por arriba las prácticas de la demografía en países de tan acentuada diferenciación en las condiciones económicas y culturales. La demografía acompaña al proceso de desarrollo social de la ciencia en sus formas más perfeccionadas, que son aquellas que por necesidad pertenecen a las poblaciones más prósperas y cultas. La creación de nuevos métodos, el perfeccionamiento de los análisis, con el empleo de recursos electrónicos, por ejemplo, depende de la riqueza, de las disponibilidades de recursos materiales al alcance de una población para llegar al mejor conocimiento de sí misma. Uno de los aspectos particulares de esta autoformación de la demografía, por la mediación de la etapa cultural en que vive determinada población, consiste en la preparación de los propios demógrafos. Estos son hoy especialistas que sólo llegarán al completo dominio de su objeto de estudio como consecuencia de una larga y laboriosa preparación intelectual, que cada vez exige más todo un aparato de instalaciones, instrumentos, bibliografía y posibilidades de actuación social, principalmente de frecuentes realizaciones de censos, encuestas, sondeos, muestreos, etc., que solamente están al alcance de los pueblos que se hallan en los grados elevados de desarrollo. El demógrafo, como individuo en el cual se refleja el progreso de la conciencia de su sociedad, tiene, en general, las posibilidades de formación profesional que su medio le permite alcanzar. Como consecuencia, es evidente que el país sólo poseerá la demografía que sus demógrafos le permitan poseer.

La formación del demógrafo es producto del avance de la ciencia demográfica en el medio social a que pertenece. Sin duda, cada

432 especialista es libre de superar, hasta cierto punto, las limitaciones del ambiente, y suplir, con la diligencia en el estudio, u observando los trabajos demográficos efectuados en otras áreas más adelantadas, las deficiencias de su formación, impuestas por la base social de que emerge. Esta superación, con todo, no sólo es en gran parte artificial, toda vez que se refiere a individualidades aisladas y no al nivel medio del saber de la comunidad, sino que incluso cuando se verifica en algunos especialistas de excepcional mérito, sólo permite limitadas posibilidades prácticas, por cuanto el mejor saber adquirido por el individuo no encuentra medios para aplicarse, pues el trabajo demográfico, por su naturaleza social, no depende sólo de la capacidad individual, sino que deriva de la capacidad social de realizarlo. Todas estas circunstancias, que determinan la naturaleza cultural de la creación, transmisión y aplicación del saber demográfico, son eminentemente históricas y sólo se comprenden en la perspectiva de su evolución. Pero no se trata de la constitución histórica del saber demográfico en su propio campo. Por las correlaciones que la ligan a todo un conjunto de otras ramas de la ciencia, cada una igualmente un proceso cultural, la demografía se revela histórica tanto directa como indirectamente. Las ciencias de que depende, o con las cuales mantiene relaciones de influencia recíproca, hacen repercutir sobre ella el carácter histórico de su particular desarrollo. En última instancia, la totalidad de la etapa del proceso cultural de una sociedad está en acción en la capacidad de formulación teórica y de ejecución práctica de la demografía que en ella se produce.

Esta etapa, como sabemos, en cuanto fenómeno social, es una totalidad cuyos factores y aspectos se condicionan mutuamente. Creemos que es posible distinguir los cuatro tipos de factores siguientes:

1) Las exigencias objetivas a que el estudio y la práctica de las operaciones demográficas debe atender. Es importante comprender que la necesidad del saber demográfico varía con el momento vivido por la comunidad en el curso de su desarrollo económico y cultural. Una de las desviaciones idealistas más frecuentes está en suponer que todas las poblaciones, socialmente organizadas en comunidades nacionales, necesitan del conocimiento demográfico de sí mismas con igual urgencia y con idéntica perfección. Nada más falso. La utilidad de la demografía para una sociedad precisa ser medida por los rendimientos que efectivamente reporta al grupo humano, y no debe ser apreciada abstractamente, de acuerdo con la visión idealizada del beneficio que sería para los pueblos atrasados el conocimiento de su realidad, ni medida por el patrón de exigencias correspondientes a poblaciones social y culturalmente más adelantadas. Como expresión de la conciencia de sí de una comunidad y como instrumento intelectual para el planeamiento de su transformación material y cultural, la demografía no sobrepasa los límites de las exigencias de conocimiento que la situación de tal comunidad tiene y justifica. Por eso, uno de los errores

posibles en la difusión internacional del conocimiento demográfico está en desconocer la desigualdad de valor de la demografía para las diversas comunidades nacionales, en dejar de valorarla en función de los servicios que efectivamente puede prestar, lo que significa decir en función de la etapa del desarrollo relativo de cada grupo. Como el saber demográfico es naturalmente un patrimonio, entre otros, de los pueblos más cultos, se comprende que éstos midan el valor del trabajo científico y las realizaciones de los pueblos de otras áreas por las exigencias y patrones que se imponen a sí mismos. Este error es funesto para la comprensión teórica de la demografía en general, y todavía más para la apreciación de su utilidad práctica. Porque lleva a creer que todas las poblaciones precisen de la ciencia demográfica en el mismo nivel de perfeccionamiento, que todas tengan que formar los especialistas por el molde de las más adelantadas, que los trabajos prácticos tengan que ser ejecutados en todas partes con los mismos métodos, rigor y perfección para servir iguales exigencias. Tal no se da, sin embargo, porque la utilidad de la demografía es relativa al grado de avance del progreso de cada población nacional, y no va más allá. Los beneficios que presta a una población, y son siempre inestimables, no se igualan por el valor absoluto del saber realmente poseído o practicado por cada pueblo, sino que son relativos a la fase vivida por él, siendo siempre máximos solo en relación a cada particular situación nacional. Imponer un patrón que supera mucho el progreso general del país, es una forma típica de alienación cultural, además de ser un despilfarro de esfuerzos intelectuales y materiales.

Es claro que esta concepción historicizante, como las del mismo tipo aplicadas a problemas análogos, no significa ni remotamente, una actitud de complacencia con el atraso y la ignorancia o resignación frente al deseo de conquistar niveles científicos superiores. Tal concepción historicista vale precisamente porque produce el efecto opuesto a la aceptación de una posición de inferioridad. Es parte de la percepción realista que aprehende en la perspectiva relativista la realidad existente, y comprende que el factor subjetivo es importante instrumento de transformación de la realidad social, que no se altera espontáneamente, sino exige el concurso de la actividad consciente. La ciencia que se debe cultivar y aplicar en un medio atrasado, no por ser relativa a él deja de ser decisivo instrumento de su superación, de la elevación a un peldaño más alto en su proceso temporal. Lo que el concepto aquí expuesto rechaza es la noción abstracta e irreal de una ciencia indispensable para todos en igual nivel, como si todos tuvieran la misma necesidad de ella. Al realizar en cada población la mejor ciencia demográfica posible, el demógrafo está contribuyendo a la elevación cultural del ambiente, a la propia ascensión profesional, y aproximándose así a los patrones máximos existentes en su tiempo. Deseamos

acentuar la importancia del concepto de *mejor ciencia posible*, destacando su relatividad, su dependencia de la etapa histórica vivida por la comunidad, y la oposición entre este concepto y el de una ciencia universalmente requerida, cuando se sabe que irá a ser aplicada en situaciones sociales y culturales dispares. El punto de vista historicista nos enseña que las condiciones objetivas no son idénticas en todas partes, y por eso la exigencia del saber demográfico, como sus posibilidades de ejecución y la utilidad de sus resultados, son variables. Debe constituir una de las preocupaciones dominantes del demógrafo definir con exactitud, para el contorno nacional a que pertenece, el grado de exactitud requerida por los datos demográficos y la utilidad que pueden tener para el conocimiento de los problemas reales de su situación. En vez de ser interpretada como complaciente con la inercia cultural, esta actitud es constructiva y realista, y entiende la ciencia como un instrumento de transformación de la realidad, a condición de adecuarse a ella. Una ciencia que supera con mucho las exigencias del medio, o produce resultados bizantinos, inaplicables a problemas efectivamente presentes, simples lucubraciones de especialistas adiestrados según modelos extranjeros, o profesionales frustrados en su conciencia social, por juzgarse incomprendidos, ineficaces o desconsiderados. El error consiste aquí en la falta de comprensión de la historicidad de la ciencia, en suponer que el saber máximo de cada momento universal tenga iguales virtudes operatorias aplicado a condiciones objetivas que representan etapas diferentes de procesos nacionales. Para curarse de este engaño, que es fuente frecuente de desilusiones, desajustes y desperdicios de recursos en investigaciones socialmente ociosas, aunque brillantes como demostración de capacidad individual, el único remedio es poseer conciencia histórica, la cual muestra a la demografía en su verdadera faz de producto cultural de una determinada sociedad. Especialmente en la elaboración y ejecución de los censos y en la práctica de las investigaciones analíticas de campo, el demógrafo debe ser cuidadoso en planear solamente esquemas de encuestas que correspondan a la demanda real del medio y no caer en el engaño de descender a especificaciones preciosistas, sin utilidad, y hasta sin significación real para la población tal como es en el momento. El hecho de que otras poblaciones sean tratadas en las encuestas demográficas con mayor refinamiento de métodos y de criterios discriminativos, no debe preocupar al científico que comprenda la falta de sentido de entregarse a requisitos solamente existentes en su subjetividad de experto en el asunto, pero sin fundamento en la realidad. En conclusión, una de las cualidades del demógrafo será planear la marcha de sus estudios e investigaciones de acuerdo con el proceso de desarrollo cultural de la realidad nacional a que debe atender.

2) Casi la misma cosa cabe decir de otro componente de la to-

talidad constituido por la etapa en curso del proceso cultural de la sociedad: la formación profesional del especialista. Dando por supuesta la existencia de los factores subjetivos, la vocación, el interés por los estudios demográficos, el demógrafo es un producto de su sociedad, no sólo por la erudición que el medio le permite adquirir, sino, todavía más, por la naturaleza de los problemas objetivos con que se tiene que enfrentar en la práctica profesional e intentar resolver. Tanto, cuanto la formación intelectual y la cultural especializada determinan los problemas, siendo origen de indagaciones y problematizaciones que parten de la conciencia en relación con las situaciones vividas, los problemas, recíprocamente, por tener consistencia objetiva, son factores determinantes de la cultura profesional del demógrafo. Tales problemas no existen abstractamente, sino que son los que tienen lugar realmente en la coyuntura en que vive el estudioso, y se tornan parte de su formación cultural, por cuanto la dedicación a ellos es la principal fuente de inspiración, de estímulo intelectual y de conocimientos que reconoce. No se puede admitir que el intérprete venga de afuera, esté como superpuesto al contexto que le es dado examinar. En el caso de la demografía, particularmente, el demógrafo es uno de los miembros de la colectividad que estudia, y se forma, aparte la acumulación erudita de conocimientos básicos, en el trabajo empírico de esclarecer su realidad. La formación del demógrafo debe consistir en la docilidad para dejarse formar por los problemas que tiene que investigar. Para eso es necesario que previamente se libere de las cadenas de la alienación cultural, que, principalmente para el estudioso perteneciente a las áreas subdesarrolladas y coloniales, restringe la agilidad mental, funciona como una pantalla obscurecedora y como obstáculo para comprender auténticamente la realidad.

La formación del demógrafo es, por consecuencia, uno de los factores decisivos del progreso de la demografía. Está condicionada por las posibilidades pedagógicas ofrecidas por el contexto social. En las sociedades atrasadas, donde la práctica de los censos y de los métodos modernos, mecánicos, de cálculo es de difícil o rara ejecución, el demógrafo se forma en los libros, es decir, se torna un erudito, con escaso contacto con la realidad que le cabe investigar. Para superar esta falla, se hace imprescindible que los gobiernos reconozcan la utilidad de las encuestas y estudios demográficos y les destinen recursos compatibles con las necesidades, sabiendo que se trata de una inversión de seguro rendimiento, pues el conocimiento de la situación demográfica es el fundamento de todo planeamiento económico que se pretenda llevar a cabo conscientemente. La formación del demógrafo es larga, ardua y dependiente, en amplia medida, de la de especialistas en otras ramas de la ciencia. Por eso no es posible exigir de un contexto nacional relativamente subdesarrollado una ciencia demográfica desproporcionada

436 al grado de adelanto general de la cultura y del progreso pedagógico. Los esfuerzos de los organismos de difusión de la ciencia demográfica y de formación de especialistas, como el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), de Santiago de Chile, son tanto más meritorios cuanto a través de ellos se supera en vasta medida la situación desfavorable a que aludimos, pues concentran una pléyade de profesores de renombre. En el caso particular de CELADE, sabemos que suple las deficiencias de formación de especialistas para los países subdesarrollados, por cuanto se orientan en el sentido de crear, al lado de la preparación técnica y teórica básica, un insistente sentimiento de las finalidades de la demografía como ciencia al servicio de los intereses nacionales de los países latinoamericanos.

3) También merece ser mencionada, como uno de los aspectos de la totalidad cultural en que se construye el conocimiento demográfico, la posibilidad de realización de los censos, del registro civil y el grado de exactitud que éstos pueden alcanzar. Todo esto depende de las condiciones sociales, especialmente el nivel de desarrollo económico. Los censos son operaciones costosas, aunque de resultados económicos seguramente compensadores. Pero la movilización de recursos que exigen de inmediato, es un dispendio que los países pobres no pueden enfrentar con facilidad. La exactitud de los resultados depende igualmente de la perfección del montaje social de la recogida y análisis, por medio del cálculo mecánico o electrónico. El costo de una campaña censal, teniendo en cuenta la parte que se refiere a la sensibilización de la conciencia popular, que representa factor substancial del éxito de la operación, es generalmente elevado, y la rapidez del análisis, que constituye uno de los aspectos importantes de la utilidad social de la operación, depende de la movilización de recursos en volumen considerable. Todo esto demuestra que la posibilidad de ejecutar la operación demográfica fundamental, aquella de que resulta el resto del saber, está estrictamente condicionada por la etapa del desarrollo económico, que, a su vez, va a la par con el desarrollo cultural.

También por este lado se percibe, pues, la historicidad de la demografía. Esta sólo existe donde es posible coordinar investigaciones y registros sobre la población, lo que cuesta dinero y supone recursos culturales, cuya existencia en el medio social es producto de un proceso histórico. La demografía histórica viene siendo practicada por las naciones más desarrolladas, que, por los motivos a que hemos aludido, ahora perciben la conveniencia e importancia de reconstituir el pasado de sus poblaciones, como instrumento para el mejor conocimiento de los mecanismos que engendran la situación presente y encaminan al conjunto humano hacia los estados futuros. Por necesidad científica estas mismas naciones se esfuerzan en investigar el pasado demográfico de las áreas subdesarrolladas del mundo, muchas de las cuales son, o

fueron hasta hace poco, territorios coloniales suyos. La noción de que el proceso de la humanidad es, en último análisis, uno sólo y que la dinámica de la población de las áreas cultural y económicamente más desarrolladas tiene por fundamento el subsuelo obscuro del movimiento de las grandes masas subdesarrolladas que forman numéricamente la mayoría de la especie humana, lleva a los demógrafos del mundo adelantado a necesitar del conocimiento de los hechos relativos a las regiones atrasadas, tanto su situación demográfica actual como la pasada, para alcanzar mayor exactitud en el cálculo de sus procesos nacionales y en la determinación de sus propósitos sociales, y todavía, tratándose, en algunos casos, de naciones que ejecutan políticas de influencia sobre áreas atrasadas, para conocer el grado de eficacia de su actuación política, y evaluar los factores ligados al volumen y composición de las masas poblacionales que influyen sobre el planeamiento de movimientos sanitarios y demográficos que, desde su propio punto de vista, les parezcan razonables. Ahora bien, tal sistema de relaciones entre los pueblos, naturalmente no es favorable a los más débiles y atrasados, y hace que gran parte de la demografía que se practica en las áreas menos desarrolladas, y particularmente los estudios sobre el crecimiento de la población, hecho eminentemente histórico, represente en verdad el momento actualmente vivido de un proceso mundial que se ha acelerado extraordinariamente en los últimos tiempos, con la irrupción de las poblaciones antes marginales en el escenario de la actuación internacional. Las áreas pobres, coloniales, que antes recibían entre los innumerables influjos alienadores de su conciencia, las ciencias que les era dado alcanzar, y entre éstas la demografía, se alzan ahora a un plano en que exigen la dirección de su desarrollo cultural. Antes eran objeto de la demografía de los otros; ahora quieren ser sujetos de su propia demografía.

Este cambio de actitud, con las correspondientes correlaciones en los patrones de técnica investigadora y en el volumen de resultados obtenidos, es irreversible, y se produce como parte del proceso de toma de conciencia de las áreas marginadas. Debemos considerar como auspicioso indicio de superación del atraso cultural el interés manifestado por las naciones recién creadas en los territorios coloniales, y por las que ahora se esfuerzan por salir de la situación de letargo económico, por conquistar la mejor ciencia demográfica que les sea posible practicar. Como la demografía es la ciencia de la población, su progreso en un grupo social es valioso índice del avance de tal comunidad, y demuestra el grado de desarrollo de su conciencia de sí. Se comprende que así sea, por cuanto el análisis demográfico viene a ser la recogida de los datos básicos para el conocimiento de sí por un grupo nacional cualquiera. El afán de alcanzar su plena conciencia, en todos los aspectos de su ser, tiene necesariamente que empezar por el conocimiento

de la base física y antropológica. Los estudios económicos destinados a examinar los recursos con que cuenta el país para el montaje de una estructura productiva propia, y los estudios demográficos, para el conocimiento del volumen humano de que está constituida la nación, de las diferenciaciones que en él se encuentran, y de los movimientos que lo animan para prever las necesidades futuras, representan los dos datos básicos de que necesita la conciencia nacional para el dominio y conducción de su destino. Se ve, por tanto, que, también por este lado, por lo que respecta al interés nacional por la ejecución de los censos y registros y a la posibilidad práctica de realizarlos, la demografía es histórica, acompaña, como un indicador, el desarrollo de la conciencia de sí de la población. Deseamos acentuar esta faceta de la demografía, raramente destacada. No se trata de una ciencia que tenga por objeto la realidad exterior al hombre, sino que se refiere al conocimiento del mismo hombre, no individualmente, sino con carácter colectivo. La demografía adquiere así la naturaleza de una ciencia dependiente directamente de la etapa vigente de la conciencia social y, a su vez, contribuye, por los resultados que produce, a aclararla e influirla; o sea, a alterarla.

En demografía la población es simultáneamente el sujeto y el objeto del saber. Tal cualidad es distintiva de esta ciencia y le confiere la mayor parte de los rasgos epistemológicos que la distinguen. Conviene insistir sobre este aspecto; de lo contrario, perderíamos la ocasión de señalar la más profunda y original de las cualidades del saber demográfico. Obviamente, la población es el objeto de las investigaciones, y justifica esta ciencia. Pero a la vez es la población la que se investiga a sí misma, no sólo en razón de que el especialista, el que dirige los censos y los ejecutantes mismos son todos, por lo general, miembros del grupo investigado, sino porque la exigencia del conocimiento y de los análisis demográficos resulta de la percepción de la conciencia colectiva de la misma población. El estudio y las encuestas demográficas se originan, así, de una especie de introspección de la población. Esta necesita volverse sobre sí misma para conocerse tal como es en su volumen y composición. No se trata de una conducta gratuita o imitativa, porque, incluso por los gastos que impone, no tendría lugar si no fuera admitida como realmente útil. Una vez más llegamos a la conclusión central de la historicidad de la demografía, ahora captada por el ángulo de la conciencia de sí, colectiva, de las poblaciones. Esta noción implica profundas repercusiones filosóficas y sociológicas, porque nos presenta la demografía a una luz diferente de aquella en que habitualmente la ven los que, cultivándola como una actividad profesional, se interesan por descubrir el significado del conocimiento que crea. La demografía por naturaleza se mueve en un plano original, por cuanto, si en los actos ejecutivos se desenvuelve al nivel

de los procedimientos estadísticos, biológicos, económicos, etc., por esencia mira a la conciencia de sí del grupo social y ahí tiene sus raíces. Investiga los hechos básicos de la realidad humana, originados todos, de la función esencial de producir la existencia. Vista desde este ángulo, la demografía se reviste de elevada dignidad intelectual, porque, aunque por las técnicas y requisitos de la práctica sea tributaria de otros campos científicos, supera a casi todos por su origen, directamente situado en el centro de la realidad humana. Pero el reconocimiento de este hecho, el saberse uno de los modos de percepción autoconsciente del grupo humano, es un fenómeno histórico-cultural, a que el demógrafo sólo ha llegado en virtud del proceso de desarrollo de su comunidad nacional y de él mismo personalmente, como producto de las posibilidades de creación de la ciencia permitida por el grado de avance de su sociedad. Fue preciso que se hubiese revelado, como necesidad objetiva, la conveniencia del conocimiento cuantitativo y cualitativo de sí, para que una población montase un aparato permanente de registro de su realidad antropológico-existencial. Este requisito apareció en el curso de un proceso histórico, depende de él y, a su vez, influye sobre él. Sin la visión historicista, estos hechos pasarían inadvertidos o no serían debidamente interpretados.

4) Por otro aspecto, todavía, la demografía se revela como uno de los datos componentes de la etapa atravesada por el desarrollo cultural de la sociedad. Nos referimos a la naturaleza ideológica y al carácter de las teorías y proposiciones generales que la demografía propone. Estas pertenecen a la conciencia cultural colectiva existente en el momento; y son, por eso, un rasgo expresivo de la totalidad que en ellos se retrata. Al lado de la práctica rutinaria de censos y registros, la demografía, especialmente en nuestros días, se empeña en profundizar en investigaciones teóricas que abarcan tanto la justificación de la metodología corriente, el descubrimiento de nuevas y más perfectas técnicas analíticas y procedimiento de recogida de datos, como la indagación de los principios epistemológicos que la fundamentan. Es llevada así a proponerse cuestiones que se refieren a su inserción en el proceso social, a los motivos que la hacen ser practicada y le dan la utilidad que posee. El demógrafo no se contenta ya con practicar operaciones prescritas, sino que se está convirtiendo en un científico social, que desde su ángulo de apreciación busca abarcar la totalidad de la realidad, y por eso se ve obligado a ingresar en el campo de las posiciones teóricas, comprendiendo cada vez más que no le basta con comportarse como un obediente ejecutor de técnicas prefijadas, sino que necesita pensar por sí mismo la naturaleza de los problemas que estudia y formular una concepción coherente sobre el conjunto del proceso poblacional que examina. El especialista se ve forzado por el avance de la ciencia demográfica actual a situarse en el campo de las ideas

440 generales, que ahora no puede ignorar. Precisa tomar posición en él, o sea, se ve obligado a cultivar la demografía con la conciencia del carácter ideológico de este saber. No ignorará que las concepciones, los métodos y las reglas de conducta que recibió como naturales y con los cuales formó su bagaje intelectual, las diversas modalidades de acción que venía ejecutando en su carrera profesional, todo eso son, en verdad, productos culturales, sujetos a un condicionamiento histórico y social. Como tales, proceden de una conciencia creadora que los engendró y les ha dado forma elaborada, y que después, por la instrucción y la institucionalización social, principalmente en virtud de la organización de la práctica demográfica bajo el patrocinio de órganos estatales o particulares, se difunden como si fueran la expresión de un saber absoluto e inamovible, la única forma de pensar y de proceder.

Al descubrir el carácter histórico y cultural de los conocimientos de que se nutre, se revela al demógrafo su naturaleza ideológica. Se trata de un carácter inherente a la esencia de todo saber que tiene por objeto la sociedad, el hombre, y su papel de productor de bienes materiales y espirituales, y por ser inevitable sólo compete al estudioso esclarecido aceptarlo y discutirlo. Si la demografía es, por esencia, ideológica, lo que el demógrafo debe hacer es elegir la posición que le parezca más razonable en el campo de las ideas, crear nuevas doctrinas o aceptar algunas de las ya expandidas, criticarlas o refutarlas, no de manera ingenua, inconsciente, como acontecía muchas veces hasta ahora, sino con entero conocimiento de lo imperioso de esta opción, y dirigiéndose por los criterios de racionalidad que le parezcan más verdaderos. Le importa, sobre todo, descubrir que el carácter ideológico no se ciñe al plano de la llamadas teorías demográficas, donde es evidente, como no podría dejar de ser, tratándose ahí de la sistematización de ideas explicativas de la realidad de hechos sociales y humanos; es necesario reconocer que este carácter acompaña y reviste toda y cualquier afirmación general, todo enunciado de principios y toda modalidad de aplicación práctica de los actos investigadores de la situación de las poblaciones.

La teoría demográfica es ideológica por ser teoría, como cualquier otra que tenga relación con la percepción de la sociedad por sí. Pero no lo es menos la práctica demográfica. Porque no sólo es dirigida por orientaciones teóricas, sólo algunas veces implícitas u ocultas, sino que, por su condición de reveladoras de la realidad, el origen del pensamiento se revestirá siempre de calidad ideológica en función de las condiciones objetivas que le sirvan de determinantes. El demógrafo cada vez se torna más consciente de que no le es permitida la imparcialidad en los debates teóricos sobre problemas generales de su ciencia o sobre la finalidad de las investigaciones que ejecuta. Toda supuesta independencia significa, en verdad, un cómodo no comprometerse con las posi-

ciones en el campo de las ideas, un inadmisble rehusarse a penetrar en las cuestiones cruciales de su especialidad científica. Sabe ahora que su papel es el portador de una idea de sí y de la realidad que investiga, y que el comportamiento científico que manifiesta, aunque no lo quiera, está influido por esta idea. Lo que antes hacía ingenua e inconscientemente, después de haber llegado a la comprensión crítica de la ciencia, le aparece con claridad como una actitud realmente ideológica. Pero justamente esta toma de conciencia del carácter ideológico de las concepciones y de la práctica que cultivá, es un dato histórico, no solamente en la biografía personal del estudioso, sino en la evolución de la consocial de la comunidad. En lo que se refiere a las teorías, la cuestión de la posición ideológica del demógrafo tórnase evidente y no admite contestación. Por eso, tal vez, algunos técnicos se declaran poco interesados en estas especulaciones, recelosos de aventurarse en este terreno, prefiriendo el plano elemental de los análisis de resultados y esbozando apenas ensayos de correlaciones abstractas entre los datos, sin elevarse a la esfera de las generalizaciones.

Este modo de pensar es poco recomendable, porque hace creer que es posible el trabajo rutinario y los estudios de nivel medio de generalidad, abstrayendo el influjo de las concepciones teóricas. Además no contribuye a despertar el interés de los estudiosos en relación con el debate de las concepciones generales que, con todo, son parte integrante de la ciencia e, incluso sin saberlo los especialistas, influyen en el trabajo práctico que ejecutan. Basta optar, aun de manera imprecisa, y casi sin tener noción de tal elección, entre una concepción sólo estadística de la demografía o una concepción aunque sea vagamente social de los hechos, para que el técnico esté ya bajo el dominio y la influencia de un pensamiento teórico. Lo que importa es que esta situación, de inconsciente que era, se vuelva consciente.

No basta aceptar y cultivar la actitud teórica. Es preciso comprender que, justamente por tener este carácter y ejercer función orientadora de una práctica social, la demografía se constituye en ingrediente de la totalidad cultural de cada fase de la evolución de una comunidad. En efecto, para elaborar sus perspectivas teóricas, los pensadores demográficos son tributarios del estado de desarrollo del saber en otros campos del pensamiento y en distintas ramas científicas. El concepto de *posible exceso de población* con relación a los medios de consumo, es claramente reflejo de determinada concepción de la economía, supone la libre concurrencia entre los poseedores del capital, y todavía más, se halla ligado a la teoría de la lucha biológica por la supervivencia. Estas diversas concepciones, por formar parte de la totalidad de conceptualizaciones teóricas vigentes en las capas ilustradas de ciertas comunidades desarrolladas, en determinada fase de su historia, peculiares cada una de un dominio científico, contribuyen a constituir una

442 doctrina demográfica con evidente señal ideológica. La superación de ciertos aspectos culturales que explican el producto ideológico demográfico, por el progreso del conocimiento, es inevitable, y por eso la teoría demográfica que les correspondía tiene que sufrir las mismas vicisitudes de la fase histórica en que ha sido elaborada y a cuyos intereses estaba ligada. La denuncia del carácter ideológico del saber es hoy un resultado adquirido de la sociología de la ciencia. Lo que el demógrafo tiene que hacer actualmente, es poseer la correcta comprensión del trabajo intelectual, y esto sólo lo conseguirá por la posesión de una adecuada concepción historicista de la realidad poblacional y del conocimiento de la misma, posible en cada momento.

La mejor manera de alcanzar el especialista los objetivos indicados en la proposición anterior, está en aprehender las finalidades del estudio de la demografía histórica. Esta rama de la ciencia es hoy cultivada con la mayor atención en los principales centros de investigación de los países culturalmente más adelantados. Cabría preguntar con qué finalidad se viene expandiendo e institucionalizando este sector del conocimiento. Nuestra interpretación consiste en que tal hecho es el resultado de la creciente convicción, fruto de exigencias igualmente crecientes, de que la realidad de una población en determinado instante del tiempo no es un fenómeno bruto, simplemente captado en sus aspectos inmediatos, estadísticamente considerados, sino el tránsito de un proceso en continuo devenir, y que tan importante cuanto la imagen del presente es la investigación de las fuerzas y causas que lo han producido. El pasado de la población en examen se torna así un dato exigido por la comprensión de su realidad presente, y por eso la investigación histórica tiene esta finalidad principal, la de suministrar la descripción de los momentos anteriores al actual como condición para la inteligibilidad de éste. No se requiere, sin embargo, la sencilla descripción cinemática, una sucesión de cuadros representando instantes consecutivos, sino una comprensión dinámica, en la cual el concepto de *fuerza*, aquí entendido como *fuerzas sociales objetivas*, como causa de transformaciones, es decisivo.

Otra finalidad, no menos importante, consiste en preparar la elaboración de los datos actuales de modo que puedan ser utilizados en las reconstituciones futuras con la nota de historicidad que les es inmanente, para no exigir del demógrafo del porvenir los esfuerzos interpretativos que los de la actualidad son obligados a hacer para llegar al conocimiento del pasado. A tal fin es imprescindible la preparación teórica del especialista con esta capacidad de aprehensión histórica y con la concepción historicista a que nos estamos refiriendo. Al trazar una estadística de la mortalidad infantil o de la nupcialidad, tan importante cuanto los datos inmediatos obtenidos, es el cuadro social que les corresponde, en función del cual adquieren contenido humano y

significado histórico. Si el demógrafo no estuviese advertido en este sentido, puede darse por satisfecho con la recogida de los resultados técnicamente computados y analizados. Pero, si así procediera, estaría disminuyendo su papel como científico que cultiva un saber de naturaleza existencial, al cual es indispensable la perspectiva histórica. La mortalidad infantil de una región paupérrima, al ser revelada en la cruel desnudez de sus índices, determina efectos en la conciencia social, suscita reacciones políticas y choques de opiniones entre los individuos y sectores de la comunidad, no permanece como un dato abstracto, muerto, fijado y archivado en las publicaciones especializadas. Si el demógrafo mismo no se interesa por extraer las conclusiones sociológicas que sus análisis justifican, ciertamente otros científicos o los pensadores políticos, se posesionarán de esos resultados y sacarán de ellos las consecuencias sociales y políticas que contienen. Nos parece que sería ofender la dignidad profesional del demógrafo admitir que su papel, por ser técnico, tenga que limitarse a la exclusiva extracción del dato, pasándolo después a otros entendidos, o a dirigentes sociales, para que éstos saquen de él las implicaciones de que está cargado. Creemos que el demógrafo, como científico, está autorizado a llevar hasta sus conclusiones finales el raciocinio fundado en la práctica de las observaciones de los hechos que investiga. Para eso se hace necesario, está claro, que no haya previamente aceptado el oscuro papel de proveedor de índices sociales, sino que se empeñe en la actuación exigida por su conciencia moral, fortalecida por la autoridad que le da el título de conocedor de primera mano de tales aspectos de la realidad. No es admisible que descubra los espantosos índices de la mortalidad infantil de las áreas más pobres de los países subdesarrollados y permanezca indiferente frente a tales resultados. No puede limitarse a establecerlos; tiene que asumir, como consecuencia, una posición de actuación social que, como especialista en los problemas de esta especie, mejor que nadie está capacitado para tener.

Así, al lado de la primera finalidad de la demografía histórica —la de iluminar lo presente por lo pasado—, debemos contar esta otra, la de, por la comprensión histórica de lo presente como totalidad existencial de una población, crear la conciencia social que llevará a modificar el estado de miseria e inhumanidad que los actuales datos revelan. Con estas consideraciones se descubre este lado capital del problema general de la demografía; solamente basándose en la comprensión historicista se hace posible la correcta y eficaz unión de la teoría y de la práctica, que debe ser el objetivo de todo saber. Al descubrir un dato esencial de la realidad actual, la conciencia crítica lo acoge a la luz de la percepción histórica y hace de él un argumento, un instrumento para el proyecto de modificación de la realidad. De esta manera, la práctica actual de la investigación y análisis se proyecta,

444 por la mediación de la teoría o de la interpretación teórica a que da lugar, en la práctica del futuro, que presumiblemente producirá resultados superiores, en virtud de la inclusión de los resultados de la práctica anterior en el circuito de la conciencia social. Este, como sabemos, se compone en la permanente oscilación e implicación recíproca entre teoría y práctica, de tal modo que el dato objeto, después de revelado, se torna idea, y la idea se constituye en fuerza transformadora de la realidad. La responsabilidad moral del demógrafo aparece enormemente acrecida por la adquisición de la adecuada conciencia histórica. Porque, desde el momento en que pase a tener la visión total del proceso demográfico, con todas las implicaciones humanas, no puede, como hombre dotado de conciencia moral, rehusarse a participar del empeño general de la sociedad por modificar el calamitoso estado de las poblaciones que sus investigaciones retratan. Una de las finalidades máximas del estudio histórico de la demografía está en abrir caminos para la conquista de mejores condiciones de vida para las masas humanas.

Este trabajo creador del futuro se hace principalmente de dos modos: teóricamente, por la indicación de la historicidad, de la transitoriedad de todas las situaciones sociales que deterioran los intereses naturales y la dignidad espiritual del hombre; prácticamente, por la denuncia de las causas objetivas del estado de pobreza y abandono, que se resumen en el subdesarrollo económico y en la explotación del trabajo imperantes en todas las regiones donde los índices demográficos vitales presentan valores inhumanos. El primer modo tiene real importancia, porque los análisis de las épocas pretéritas, revelando índices de miseria, de alta mortalidad, de reducida duración de vida, confrontados con la situación de estas mismas regiones ahora cultural y económicamente desarrolladas, patentizan el carácter transitorio de aquellas situaciones antiguas, e indican con rigor lógico que lo mismo tendrá que pasar con las actuales áreas pobres cuando alcancen los medios de liberarse de las causas que las mantienen en el estado de degradación. El segundo consiste en revelar el complejo de causas que explican los hechos demográficos del estado de subdesarrollo económico. En último análisis, siempre el dato existencial individual determina el conjunto, por constituir el fundamento de la apreciación estadística, aunque la realidad individual sólo influya por la mediación de las circunstancias sociales donde está situada. El estado económico de una sociedad, apreciada por los métodos analíticos de la economía, resulta de un procedimiento por abstracción en que la realidad concreta del ser humano, su posición en la sociedad, su existencia como tal individuo, es ignorada o metodológicamente menospreciada, para sujetarse al conjunto a los requisitos de las apreciaciones estadísticas abstractas, y por eso destituidas de significado humano real. Así, sólo rela-

tivamente se debe considerar tal estado como índice de condiciones reales de existencia. Índices como la renta *per cápita*, por ejemplo, son de escaso valor para dar a entender el modo efectivo de vida de un pueblo. Hoy, los demógrafos más calificados ya han percibido esta verdad y se acercan a un punto de vista existencial, inclinándose a constituir lo que se podría llamar, con cierta libertad de expresión, una *demografía individual*. Tan decisiva es ahora la valoración de la vida real del individuo y de su proyección en el conjunto a que pertenece, que la comprensión clásica, en la cual se ignoraba la presencia del individuo para considerar sólo la del agregado, se tiende actualmente a substituir por la comprensión inversa, la que acentúa el valor del *status* individual y concibe la población como suma de realizaciones individuales concretas, dejando de ser la *población de nadie*s con que hasta ahora se contentaban los investigadores.

Esta inversión de puntos de vista queda clara en las siguientes palabras de D. E. C. Eversley: "La investigación del proceso de transformación de la población está, por tanto, basada sobre la investigación de la vida de los individuos".¹ Indudablemente, la principal razón de esta feliz inversión de puntos de vista consiste en el reconocimiento de la importancia decisiva de estudiar históricamente la interrelación entre la evolución económica y la demográfica. Sin la iluminación histórica, esta correlación pierde casi todo su significado, dejando sólo un saldo de frías tablas comparativas, en el cual la existencia real del hombre no aparece. Cuando, empero, se concibe la correlación en la perspectiva histórica por efecto de la conversión del tiempo cronológico de historicidad pura, que implica la centralización del pensamiento sobre la presencia real del hombre, la existencia individual aparece como la realidad efectiva y última y, así, lo que precedentemente era apenas una correlación numérica, se torna ahora un panorama humano. El examen del paralelismo demográfico-económico en la perspectiva histórica obliga a traer a la superficie la realidad humana. Esta, que bajo el enfoque del tecnicismo estadístico no era notada, surge ahora como la determinante profunda y como el punto final de convergencia al cual tienden todos los esfuerzos del conocimiento demográfico.

C) *El atraso del saber demográfico*. En páginas anteriores procuramos demostrar que la naturaleza esencialmente histórica de la demografía se debe a los dos rasgos mencionados: su objeto, el hombre, la población; y su condición de ser un conocimiento que, como todo dato cultural, se constituye mediante un proceso a lo largo del tiempo. Hay, con todo, un tercer motivo que confirma aquella naturaleza: el inevitable atraso del saber demográfico. Hemos expuesto algunas reflexiones a este respecto, pero, para sistematizar, es conveniente recon-

¹ D. E. C. Eversley, en *Population in History*, pág. 24.

146 siderar aquí el asunto en breves proposiciones. El recoger un dato demográfico, representa, naturalmente, la realidad del momento a que tal dato corresponde. Pero su conocimiento en virtud de las complejas operaciones a que da lugar, se hace siempre con atraso, de modo que el presente del conocimiento no coincide con el presente del flujo real del tiempo. Queda tanto más distanciado de éste, cuanto más amplia y complicada es la operación estadística. El presente del conocimiento demográfico corresponde siempre a un momento del pasado, lo que hace que el dato conocido se caracterice por su historicidad. Las consecuencias de esta situación son importantes, porque obligan al demógrafo a comprender que su noción del *presente* es la de un momento artificial, reconstituido. Para medidas de grandes volúmenes de población, cuando las fuerzas de inercia son preponderantes, la diferencia entre los dos conceptos del presente posee poca significación en la interpretación de los resultados. Pero, desde un punto de vista teórico, su valor es considerable, y en la práctica queda en la dependencia del tipo específico de mediación que ocurre en el problema en examen. La mayoría de las veces, el presente que utiliza la demografía es un valor de mera aproximación obtenido a partir de valores pasados.

Si queremos obtener valores de medidas demográficas relativos a los años finales de una década, en aquellos países en los cuales la práctica legal es la realización de censos generales cada diez años, el presente *reconstruido* del fin del período difiere ampliamente de lo que es en realidad, según comprueban, especialmente en poblaciones con altas tasas de crecimiento, las divergencias entre los resultados previstos por el cálculo de las proyecciones intercensales y los debidamente fijados en la ejecución directa de las encuestas censales. Hemos indicado que los métodos de corregir esta desviación tienen que ser los de tipo aproximativo, pero lo importante es que el demógrafo tenga la conciencia de que, cuando calcula estos reajustes, en verdad está buscando la correspondencia entre dos conceptos del tiempo, está procurando reconstituir como presente un tiempo que efectivamente no puede captar como tal. Su tarea, aun aquélla que aparenta tratar con la realidad en estado inmediato, es siempre de orden histórico. La población presente, en la mayoría de los exámenes demográficos, es una población futura proyectada como presente a partir de una población pasada. Bastaría esta reflexión para dar al especialista la percepción de que su actividad está ligada al tiempo y depende de él, no accidental, sino esencialmente. Además, debe comprender que el progreso de las técnicas de fijación abreviando el intervalo de publicación de los resultados de una operación censal, no significa la deshistorización de la demografía, sino, al contrario, su más perfecta inclusión en el proceso histórico, por la formación de un continuo de presentes como cortes del tiempo, cada vez más aproximados al presente real.

El interés en torno a esta disciplina en vía de constituirse, sólo puede ser explicado en términos de la sociología de la cultura. Durante mucho tiempo, se practicaron investigaciones de historia de las poblaciones, pero solamente ahora se está configurando como disciplina perfectamente demarcada al estudio histórico del conocimiento demográfico. Conviene señalar, desde luego, la distinción, ya indicada, entre dos conceptos, el de historia de la demografía y el de demografía histórica, desdoblándose el segundo en dos. El concepto de *historia de la demografía* se refiere a las investigaciones demográficas del pasado, por el interés histórico en sí mismo de estas investigaciones, desde las reglas del Levítico, o las leyes de Augusto, hasta los primeros ensayos de la fundación de un conocimiento científico de las poblaciones en la obra de Graunt, Petty y otros precursores. Desde entonces la demografía muestra una evolución cada vez más rápida y rica. La reconstitución de este curso histórico, después de que la demografía tomó conciencia de su naturaleza de conocimiento debidamente configurado, es, sin duda, de la mayor oportunidad. Con eso se establece simultáneamente el pasado del estudio de la demografía, es decir, de las concepciones y métodos que utilizó, que en la secuencia del relato se llamaría mejor *historiografía de la demografía*, y el registro retrospectivo de las operaciones antiguas de investigación poblacional. No se trata sólo de hacer el inventario de errores y ensayos infructuosos, sino de documentar el desarrollo del proceso por el cual la cultura de una sociedad ha elaborado el concepto general de la demografía. La historia de la demografía es la narración de los esfuerzos hechos para llegar a este orden del saber, y por eso contribuye, como factor causal, en el sentido de que todo concepto resulta de la historia de su formación a la concepción actual de la ciencia.

La *demografía histórica* manifiéstase como un concepto en gran parte hasta ahora impreciso, porque, en verdad, contiene dos nociones distintas que precisan ser claramente destacadas: a) la reconstitución del pasado de las poblaciones, no por interés puramente arqueológico, de saber cómo fueron las poblaciones de la Antigüedad, sino por el interés de trazar el movimiento evolutivo de una población desde una época anterior hasta la actual, como condición de conocimiento y explicación de la realidad actualmente constatada; y b) la comprensión del carácter histórico, de la historicidad substancial, de todo conocimiento demográfico.

En el primer caso, se encuentra la mayor masa de estudios que corrientemente se presenta con el rótulo de *demografía histórica*, que procuran establecer el estado y los movimientos de una población en el pasado, con el intento de servir, acompañándose de las transformacio-

448 nes que sufre a lo largo del tiempo, para la comprensión de su realidad actual. Como las limitaciones para este trabajo son grandes, en lo que se refiere a las fases más antiguas de la evolución poblacional, algunos demógrafos han concluido que solamente se debería hablar de demografía histórica como conocimiento racional cuando se utilizan los resultados de las investigaciones pasadas a partir de las épocas en que empezaron a realizarse estudios de demografía histórica con bases sólidas. Las épocas anteriores, la llamada *era pre-estadística*, sería, sólo la pre-historia de la demografía. Los obstáculos para la reconstitución fidedigna del pasado son efectivamente grandes, según dice Louis Chevalier, quien reconoce que provienen tanto de la historia como de la propia demografía: "Las fuentes son limitadas y las conclusiones que de ellas se pueden sacar son frágiles: los documentos son inconexos y los estudios hechos a partir de estos documentos son raros".¹ A pesar de estas dificultades, el demógrafo no puede prescindir de reconstituir el pasado de las poblaciones actuales, y, por eso, se siente impelido a intentar este cometido a cualquier precio. Dice asimismo el autor citado: "Es imposible comprender el aspecto cuantitativo y cualitativo de la población actual, así como la distribución geográfica de esa población, si no se empieza por retratar sus lagunas, y por reconocer sin ambigüedad la evolución que trajo la situación presente, o que se continúa en ella".

Este no es más que uno de los aspectos del concepto de demografía histórica. Otro es aquel que hemos comentado detenidamente y que representa la colocación de todos los problemas de una población, tanto los del pasado como los del presente y las evaluaciones hacia el futuro, en la perspectiva del proceso histórico que es la existencia del hombre y de las colectividades humanas. Ambos aspectos del concepto son válidos, aunque distintos. No es fácil separarlos, porque el término empleado es el mismo. Pero es preciso no confundirlos conceptualmente y reconocer la función primordial representada por el segundo en relación al primero. Sólo es posible construir la historia como conjunto de hechos pasados, si reconocemos desde el inicio la naturaleza esencialmente histórica de estos mismos hechos. Porque el carácter *histórico* no es un atributo accidental del hecho, pero se entraña en él, le da su razón de ser, pertenece a su esencia objetiva. La historia como ciencia se limita a coger por este ángulo el conjunto de acontecimientos reales que tuvieron lugar en el tiempo vivido, del mismo modo como registra los que están ahora acaeciendo, y registrará los del futuro. Llevando más a fondo todavía nuestro análisis, diremos que existen dos aspectos en que se desdobra la noción de historicidad de un hecho objetivo pertinente a un proceso real, y muy particular-

¹ Louis Chevalier, *Démographie Générale*, pág. 168.

mente de un hecho demográfico. Una cosa es la simple ocurrencia del hecho, su exteriorización en determinado momento del tiempo cronológico; y otra la dependencia que manifiesta en relación a la realidad precedente, así como la concatenación con los hechos que de él resultarán; en suma, la naturaleza transitiva del hecho que reconocemos histórico, ligada a un curso lógico de acontecimientos que lo explica y justifica su aparición. En el primer caso tenemos la exterioridad, por así decir, material, la fecha, la localización temporal, la exo-historia del hecho; en el segundo, su razón de ser, la derivación de la situación precedente y su fecundidad como origen de nuevas situaciones subsiguientes: es su endo-historia.

En las páginas anteriores procuramos demostrar la decisiva importancia teórica del segundo concepto de la demografía histórica, y, sobre todo, indicar el papel que desempeña en la formación de la conciencia del investigador. La necesidad que éste tiene de compenetrarse de una visión historicista es absolutamente capital, como condición de éxito en la ejecución de las formas superiores de su trabajo profesional, porque, como dice el autor citado, "se trata de encontrar la continuidad demográfica que explica y soporta la situación actual", y por eso "el conocimiento de la historia es la condición primera del conocimiento demográfico".¹ Estamos de acuerdo con estas dos frases, que revelan verdadera comprensión del problema de la demografía, a condición de no entenderlas significando que sea obligatorio practicar la reconstitución del pasado para obtener datos que sean puestos en correlación de contigüidad exterior con los del presente, sino interpretándolas como estímulo para la búsqueda de la ley interna que rige el proceso de desarrollo de determinada población. La historia investigada sin conciencia crítica historicista, es mera narración de una serie de antiguallas y curiosidades de antaño, y de ella no se extrae el espíritu vivo que anima el proceso objetivo en todas sus fases, hasta aquellas ahora desaparecidas, y explica su condición actual. Hemos citado repetidas veces el trabajo de Louis Chevalier porque nos parece una buena muestra de comprensión completa del valor de la historia para la teoría y la investigación demográfica de la actualidad. Si, por un lado, hay innegables indicaciones de comprensión de la realidad histórica de la demografía, la falta de un pensamiento filosófico crítico, que coordinara en forma de teoría racional las intuiciones verdaderas dispersas, da como resultado una percepción tópica y sin fundamentos lógicos definidos, una concepción general de la historia, de la cual el caso de los acontecimientos demográficos constituye apenas una particularidad. En efecto, este autor, como tantos otros de iguales méritos, no va más allá de la concepción de la historia como receptáculo de

¹ Louis Chevalier, *Démographie Générale*, págs. 174.

50 la evolución demográfica, como sencillo encadenamiento de los hechos, que evidentemente sirve para aclarar mucho la realidad actual. Si declara que "el papel de la historia en el estudio de los problemas demográficos actuales deriva de que estos problemas se presentan esencialmente en términos históricos", lo que podría hacer creer que llegaría cerca de una visión auténticamente historicista, en realidad parece que no alcanza el fundamento real del proceso demográfico, pues en otro pasaje se expresa así: "la disciplina esencial que puede ofrecer a los estudios de población su cuadro principal es la historia, a condición de que la historia tome en cuenta estas condiciones regionales diversas que la disciplina geográfica ha puesto debidamente de relieve".¹ Se ve, así, que, a pesar de las promisorias esperanzas que algunas expresiones hacían abrigar, su concepción no alcanza la plena historicidad del proceso demográfico, no va más allá de la interpretación de la historia como "cuadro principal", como lienzo en que se bordan los hechos poblacionales, en simetría con el cuadro ofrecido por el espacio exterior, según se desprende de sus palabras.

La fase de relativa perplejidad en que se encuentran actualmente los estudios demográficos, proviene del reconocimiento de la importancia de los estudios históricos y de la necesidad de incluirlos en la formación profesional del especialista, y de saber cómo dar a los resultados de los análisis poblacionales su debida interpretación histórica. Esta fase será, sin duda, rápidamente superada con el disiparse de las confusiones todavía reinantes por falta de suficiente precisión de los conceptos. Cuando esto se haya aclarado con carácter general, los tres conceptos de referencia histórica de la demografía que procuramos definir y distinguir pasarán a desempeñar papel positivo, esclareciéndose recíprocamente. La historia de la demografía, o, mejor, la historiografía de la demografía, servirá para dibujar las etapas de formación de esta ciencia y revelará las imprecisiones, las dificultades, los ensayos frustrados, pero igualmente las primeras conquistas positivas de los investigadores de otrora para alcanzar un concepto cada vez más exacto del problema cultural con que se enfrentaban. La reconstitución del pasado de la población de la Tierra en general, y de cada grupo nacional o regional en particular, es rica de enseñanzas porque suministra los antecedentes de los datos que ahora buscamos y que proceden directamente de los ya vividos. Y, por fin, como noción sintetizadora de las dos primeras y justificadora de cuanto establecerán los estudios anteriores, llegamos a la idea de la historicidad en sí del hecho demográfico, concepto gracias al cual nos elevamos al plano de una filosofía de la demografía, que nos ofrece las categorías lógicas con que trabajar en las encuestas y censos, tanto los de la época presente como los

¹ Louis Chevalier, *Démographie Générale*, págs. 162. 172.

retrospectivos y los proyectivos. Porque tendremos entonces una visión de la demografía como *veritas filia temporis*, en virtud de la cual todo hecho y toda situación se abre, permitiendo al espíritu indagador captar su esencia.

A tal punto nos parece ser esta combinación la concepción teórica de la demografía, que no tenemos duda en vaticinar que la interpretación histórica de la demografía irá a caracterizarse como la teoría general de la demografía de nuestra época. En cierto sentido, es posible decir que constituye la versión final de la concepción de esta ciencia posible en el momento actual, no en el sentido de que el futuro no venga a ofrecer otras concepciones universales, que corresponderán al grado de avance del saber de los tiempos venideros, sino en el sentido de que la incorporación de la concepción histórica al cuerpo de conocimientos demográficos es un resultado que permanecerá definitivamente en toda comprensión teórica futura. Si nos limitamos a la situación de nuestra época, vemos que la teoría historicista de la demografía asume ya las características de una teoría general. En primer lugar, porque supera y engloba en generalidad todas las clásicas o modernas *teorías demográficas*, en la acepción de que la demografía histórica, tal como la entendemos, desempeña la función de envolvente total del saber demográfico, dentro del cual las anteriores concepciones aparecen como momentos sucesivos de un desarrollo cultural. En segundo lugar, porque, al contrario de lo que ocurría con las *teorías* anteriores, no padece de ninguna reducción arbitraria de la multiplicidad de los hechos a un cuadro de referencia estrecho, unilateral, no está dominada por ninguna idea particular y tendenciosa, sino deriva de una visión de la totalidad de la realidad en el proceso de producción de la existencia humana. La invocación del tiempo histórico es una referencia irrecusable; el único defecto que podría presentar sería si permaneciera como *cuadro* exterior, un mero papel cuadriculado para que el investigador trace en él las curvas y los perfiles de las poblaciones. Desde que lo elevemos a su verdadera dignidad de dimensión constitutiva de la esencia del proceso demográfico, esta tesis adquiere el valor de una formulación teórica general y definitiva. Podrán ser varias las interpretaciones relativas a la influencia de las transformaciones históricas en el curso del proceso dinámico de las poblaciones, pero ya no podrá llamarse científica una demografía que no esté penetrada por el concepto de duración y no exprese sus análisis y conceptualizaciones abstractas en función de él.

La demografía histórica nos parece ser así, no sólo la versión más moderna de la ciencia demográfica, sino la única posibilidad de fundamentarla en cualquier época futura. La razón de ser de la afirmación del carácter absoluto de la historicidad de los hechos de esta especie y de toda posible teorización futura, reside en que no tomamos el concepto de historicidad en sentido abstracto, sino con carácter enteramente

concreto. Abstractamente, el concepto tendería a confundirse con la pura temporalidad, la simple distancia en el tiempo atrás o hacia adelante. Concretamente, la noción de historicidad representa el contenido de un proceso objetivo, cuyas facetas principales son las de orden biológico y económico. La afirmación de la importancia del aspecto histórico del dato demográfico, todavía no es suficiente para interpretarlo correctamente. Podrá permanecer como material de archivo, y con eso perder totalmente su auténtica significación. La manera de vivificarlo, de restituirle el sentido que realmente tuvo cuando era la realidad, de ser el origen a partir del cual se engendraron las condiciones presentes, está en tomarlo en su concreción, o sea, como expresión de una totalidad social en proceso, en el cual se distinguen como factores principales los de carácter biológico y económico, íntimamente ligados por relaciones de reciprocidad, condicionando toda una estructura superior, subjetiva en la mente individual, y depositaria del acervo cultural en la conciencia colectiva de la comunidad.

Nótese que la tendencia general de los ensayos de la demografía histórica que los diversos centros culturales europeos principalmente procuran desarrollar, es correlacionar los datos evolutivos de las poblaciones con los que retratan la marcha del desarrollo económico. Si el esfuerzo aplicado en tal dirección, el interés por la realización de congresos internacionales de demografía histórica, la publicación de manuales que habiliten para la formación de especialistas en este sector, son los más meritorios, nos parece que, con razón más fuerte, dada esta general atención por la concepción histórica de la demografía, se hace necesario una mayor dedicación a los análisis lógicos que conduzcan a estructurar este campo de conocimientos, para que tan significativo trabajo de investigación no se pierda en resultados estériles, dejando de contribuir a crear una comprensión cultural de la ciencia demográfica y, en última instancia, no se vea amenazado de sufrir el destino de ser archivado. Para conjurar estas indeseables posibilidades, propugnamos que se esclarezca el concepto de demografía histórica, convocando a todos los demógrafos, y principalmente las entidades internacionales de estudio e investigación demográfica, para que contribuyan constantemente al debate y estructuración de este conocimiento.

Nuestra contribución consiste apenas en señalar dos aspectos que juzgamos decisivos, y cuya consideración parece oportuna en este momento en que estamos asistiendo a la constitución de la demografía histórica como disciplina con perfil definido en el campo general de la demografía y de la sociología. El primero se refiere a la necesidad de la contribución filosófica para aclarar los conceptos en debate. Los profesionales, por competentes que sean, no están obligados como tales a ocuparse de discutir los aspectos de su ciencia que trascienden los límites de las restringidas y legítimas generalizaciones que practi-

can. Cabe a la filosofía el derecho incontestable de, en este campo, como en el de las demás ciencias, ejercer la atribución de crítica lógica y epistemológica de que resulta, en el caso, la formulación del concepto historicista de la demografía histórica. La formulación de esta proposición teórica es de orden metademográfico, trasciende el plano de la teorización interior de la demografía, tiene relación con esta ciencia como totalidad, apreciada desde afuera, por otra percepción intelectual, que se sitúa en el plano de la especulación filosófica. Siendo así, no se debe juzgar impertinente u ociosa la presencia y las pretensiones interpretativas del filósofo en este dominio.

El segundo aspecto se refiere a la transformación de la demografía histórica en teoría general de la misma demografía. Por los fundamentos expuestos, la demografía histórica, correctamente concebida en su formulación metodológica, asume el papel de teoría general, porque engloba en la perspectiva de la historicidad del proceso que las engendrará, las grandes teorías que en el pasado han sido invocadas para explicar el estado y la dinámica de la especie humana. Las divergencias a que hemos aludido, y que consignamos en páginas anteriores, cuestiones como las de saber si deberíamos interpretar la demografía como ciencia matemática, biológica, sociológica, económica o histórica, en sentido vulgar, pierden gran parte de su significado, pues a la luz de la teoría general historicista revelan la unilateralidad de todos estos puntos de vista. La concepción historicista, al mismo tiempo que desmiente las pretensiones de las teorías corrientes, las justifica como momentos, ahora superados, pero en su debido tiempo necesarios, del desarrollo de la cultura de que han surgido. La comprensión historicista explica las teorías anteriormente cultivadas como momentos lógicos del proceso de ascensión de la idea verdadera a la plena clarificación en la conciencia científica, y revela que la parcialidad, o hasta el equívoco, de que se revestían, estaban incluidos en la dinámica del desarrollo lógico que ahora llega a una posición nueva, cualitativamente distinta y superior.

Pero, simultáneamente con su constitución en teoría general de la demografía, la demografía histórica conduce al espíritu del estudioso a descubrir un nuevo panorama, en el cual los hechos más comunes y elementos, las técnicas habituales y los procedimientos rutinarios, se presentan bajo una luz oriental, toda vez que adquieren inédito significado, que les advierte del principio que asume el valor de concepto definidor más general de la ciencia demográfica. Faltaba a esta ciencia una simple verdad, contenida en esta reflexión: que, tratándose de un conocimiento que tiene por objeto y por sujeto al hombre, no puede constituirse como saber coherente sino partiendo de la definición del propio hombre. Siendo el hombre un ser cuya esencia consiste en producir socialmente su existencia, la formulación y veracidad de este

54 concepto supremo dan a la ciencia de la población, que es el colectivo engendrado por la necesidad de la agregación de la especie para fines de producir la existencia mediante el trabajo, el carácter de un saber antropológico-existencial. Pero, si en la producción del ser del hombre está su esencia, el desarrollo de esta producción de sí, como proceso, está en el tiempo, en la historia. Por eso, simultáneamente con la exigencia de ser elaborada por la conciencia crítica de la realidad, creemos tener razón al afirmar que la demografía sólo se estructurará y progresará como ciencia rigurosa en la medida en que se constituya bajo el signo de su esencial historicidad.

I N D I C E

	Página
I. CONCEPTO DE DEMOGRAFIA	11
La demografía como ciencia	11
El papel de la teoría	12
El concepto de demografía	17
Definición de la población	25
La naturaleza de la demografía como ciencia	31
La demografía como ciencia del hombre	38
II. EL OBJETO DE LA DEMOGRAFIA	47
Individuo y población	49
Aspecto biológico del objeto de la demografía	60
Aspecto social del objeto de la demografía	66
Aspecto económico del objeto de la demografía	72
Aspecto político del objeto de la demografía	77
Aspecto filosófico del objeto de la demografía	85
III. LOS METODOS DE LA DEMOGRAFIA	89
Los datos en demografía	97
La organización social de la investigación demográfica	105
Las fuentes de los datos demográficos	108
El dato demográfico como resultado de la comunicación	115
La demografía como ciencia de información	119
Naturaleza de la verdad en demografía	125
Pensamiento formal y pensamiento dialéctico en demografía	132
La cuestión del método en demografía	142
Métodos deductivos e inductivos en demografía	148
El método como teoría de la investigación demográfica	163
El método experimental en demografía	199
El problema metodológico de las proyecciones en demografía	210

IV.	LA PRODUCCION DE LA EXISTENCIA	235
	Carácter existencial de la producción de la existencia	235
	La producción biológica de la existencia como fenómeno demo- gráfico	251
	La producción económica de la existencia	256
	La producción social de la existencia	263
	Condiciones políticas de la producción de la existencia	281
V.	EL ESPACIO EN DEMOGRAFIA	301
	Area y población	301
	Urbanización y ruralización	335
VI.	EL TIEMPO EN DEMOGRAFIA	365
	La demografía como proceso	365
	Naturaleza histórica de la demografía	408
	Demografía histórica	447

Impreso en los Servicios de
Reproducción de CELADE.